# Manda Scott

# BOUDICA

## REINA GUERRERA DE LOS CELTAS I



## El sueño del águila

En una Britania asolada por las rivalidades tribales, por el encono entre los pueblos y por las luchas territoriales, la invasión de las legiones romanas supuso la aparición, por primera vez, de un enemigo común y, por consiguiente, de un elemento catalizador. Pero también, el fin de un período histórico aún hoy enigmático.

Con tan solo once años, Boudica, una niña icena cuyo destino señalaba como soñadora del porvenir, se convierte inesperadamente en una guerrera cuando, en defensa de su madre, mata por primera vez. Así empieza la leyenda.

Manda Scott

# El sueño del águila

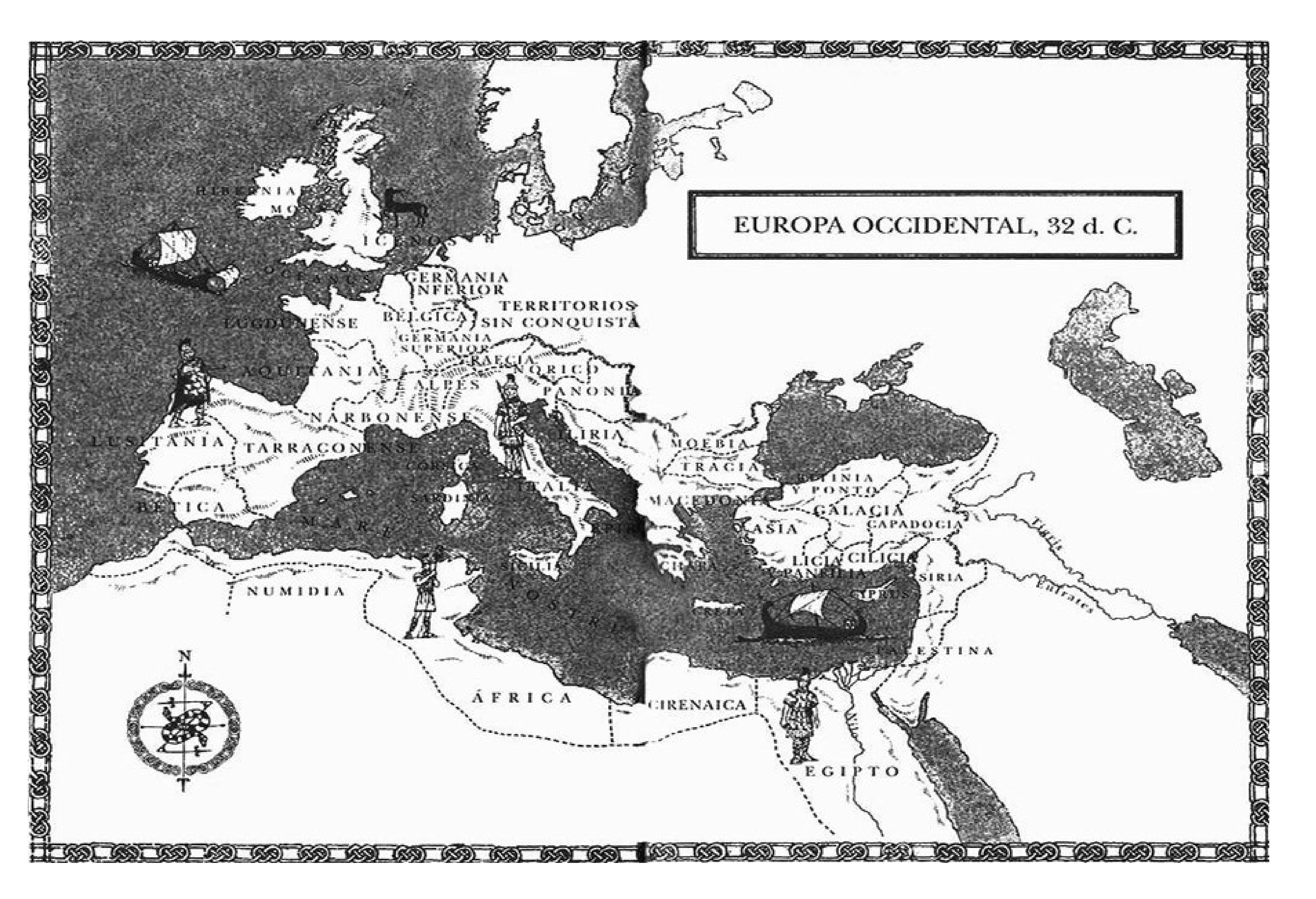
## Boudica. Reina Guerrera de los Celtas 1

**ePub r1.1**
**Titivillus** 27.03.15

Título original: *Dreaming the eagle*
Manda Scott, 2003
Traducción: Ana Herrera
Diseño de cubierta: Iborra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2


*Para Robin y Elaine, con amor*


EUROPA OCCIDENTAL, 32 d. C.
GERMANIA INFERIOR
TERRITORIOS SIN CONQUISTA
BÉLGICA
GERMANIA SUPERIOR
NORICO
NARBONENSE
TARRACONENSE
MOEBIA
TRACIA
Y PONTO
GALACIA
CAPADOCIA
ASIA
CILICIA
SIRIA
NUMIDIA
ÁFRICA
CIRENAICA
EGIPTO
Tigris

# Dramatis personae

## TRIBUS

**Airmid**: soñadora de los icenos. Antigua amante de Breaca.
**Amminio**: hijo del rey Cunobelin y hermano mayor de Caradoc.
**Ardaco**: guerrero de los caledonios y amante de Breaca.
**Bán**: medio hermano de Breaca, hijo de Macha.
**Breaca**: protagonista, también conocida como «Boudica», la que trae la victoria.
**Caradoc**: amante de Breaca, hijo de Cunobelin y medio hermano de Togodubno y Amminio.
**Cunobelin**: rey de los trinovantes y los catuvelaunos, llamado «Perro del Sol», padre de Caradoc, Amminio y Togodubno.
**Duborno**: bardo y guerrero de los icenos, compañero de la niñez de Breaca y Bán.
**Eburovic**: herrero de los icenos, padre de Breaca y Bán.
**Efnís**: soñador de los icenos.
**Gunovic**: vendedor, bardo y herrero ambulante, y luego herrero de los icenos.
**Gwyddhien**: guerrera de los siluros, amante de Airmid.
**Luain MacCalma**: príncipe de Hibernia, del Consejo de Mona y soñador de la garza.
**Iccio**: niño belgo esclavizado por Amminio. Amigo y compañero de Bán.
**Macha**: madre de Bán, esposa de Eburovic y después de Gunovic.
**Togodubno**: hermano de Caradoc, esposo de Odras y padre de Cunomar.
**Aulo Plautio**: gobernador de Britania.
**Cayo Julio César Germánico**: más conocido como el emperador Calígula.
**Julio Civilis**: batavo, decurión de una cohorte de las legiones romanas y amigo de Bán.
**Lucio Sulpicio Galba**: gobernador de Germania.
**Quinto Valerio Corvo**: prefecto del Ala Quinta Gallorum.
**Tito Flavio Vespasiano**: legado de la Legio II Augusta, que posteriormente sería emperador con el nombre de César Vespasiano Augusto.

# Agradecimientos

Cualquier trabajo de esta naturaleza requiere una extraordinaria cantidad de material de consulta. Me gustaría dar las gracias a las siguientes personas por su sabio consejo y su ayuda: doctor Gilly Carr, doctor Jon Coe, Philip Crummy, doctor J. D. Hill, profesor Lawrence Kepie y Owen Thompson. Todos ellos me concedieron gustosamente su tiempo y su experiencia, así como también los miembros de la lista de internet Brit-arch, que a menudo me proporcionaron respuestas a todo tipo de preguntas. Un agradecimiento muy especial para H. J. P. («Douglas») Arnold, astrónomo y antiguo Primus Pilus en el grupo de recreación de la Legio Secunda Augusta, que me dio continuo apoyo y observaciones valiosísimas en todo momento. Como siempre, cualquier fallo técnico que se pueda apreciar es responsabilidad mía, así como la interpretación de los hechos que todos ellos me dieron a conocer.

Gracias también a Jane Judd, mi agente, y a Selina Walker de Transwold por tener fe en mí desde el principio, así como a Kate Miciak y Nita Taublib de Bantam, Estados Unidos, por su apoyo y su entusiasmo.

Y, especialmente, gracias a Leo, que me introdujo en el mundo de los sueños, y a Carol, Hillary, Eliot y Ken, entre otros, que me enseñaron cómo vivirlos.

# PRÓLOGO

## OTOÑO, 32 d. C.

El ataque llegó justo antes del amanecer. La niña se despertó con el olor de la techumbre en llamas y los gritos de su madre. Fuera, en el claro que había junto a la choza, oyó la respuesta de su padre y el choque de hierro sobre bronce. También oyó el grito de otro hombre, y ella se levantó arrojando a un lado las pieles, y tentó en la oscuridad detrás de su lecho en busca de su cuchillo de desollar, o mejor el hacha. No encontró ninguna de las dos cosas. Su madre volvió a gritar, esta vez de un modo distinto. La niña buscó desesperadamente, notando el calor del fuego que abrasaba su piel y el dolor resbaladizo del miedo que imponía la amenaza de un tajo de espada hasta la médula. Sus dedos tropezaron con una empuñadura de madera gastada, y se deslizaron por la cilíndrica superficie de un mango que conocía de memoria por las horas de aceitado y pulido y la reverencia de los jóvenes: era la lanza de cazar jabalíes de su padre. Con un solo movimiento, sacó la hoja de la funda de cuero. La luz que anunciaba el amanecer hirió de pronto sus ojos cuando la cortina de piel fue arrancada de un tirón y reemplazada también con rapidez por una sombra. El bulto de un cuerpo llenó la entrada. La hoja de una espada despidió un destello. Muy cerca, su padre gritaba su nombre: «¡Breaca!».

Ella le oyó y dio un paso, saliendo de las sombras. El guerrero que estaba junto a la puerta sonrió, mostrando los dientes, y se arrojó hacia delante. Su espada captó una vez más la débil luz del sol y la reflejó, cegándoles a ambos. Sin pensárselo, mecánicamente, ella hizo lo que tantas veces había practicado en la seguridad de los cercados donde guardaban los caballos, y una vez en el bosque, más allá de la linde. Atacó también, poniendo todo el peso de sus hombros, curvando su espalda e impulsándose con ambas piernas al enderezarlas en la estocada del arma. Apuntaba al único fragmento de piel clara que distinguía. La hoja de la lanza mordió la garganta y se hundió en ella, justo en el sitio donde la guerrera terminaba y el casco no protegía todavía. La sangre brotó a raudales. El hombre se atragantó y se detuvo. La espada que había buscado la vida de la niña se precipitó hacia ella, impulsada por la velocidad del ataque. Ella se volvió hacia un lado, pero lo hizo con demasiada lentitud, y notó cómo el aguijón se deslizaba entre sus dedos. Soltó la lanza. El hombre cayó, apartado de ella por el peso de la empuñadura. La puerta se iluminó y volvió a oscurecerse de nuevo. Su padre estaba allí.

—¿Breaca? Oh dioses, Breaca… —también él se detuvo. El hombre que estaba en el suelo se apoyó en una mano e intentó incorporarse. La maza del padre bajó con un

silbido y le detuvo para siempre. Solo entonces levantó los brazos y rodeó a su hija con ellos, la abrazó muy fuerte, acarició su mejilla, y pasó sus ásperos y grandes dedos de herrero por el pelo de la niña—. ¡Le has matado! Ah, mi guerrera, mi niña querida. ¡Le has matado! Por todos los dioses, que valiente. No habría podido resistir perderos a las dos…

La acunaba adelante y atrás, como acostumbraba cuando era una niña pequeña. Olía a sangre y a vómito. Ella le pasó las manos por la frente para asegurarse de que estaba entero, y vio que lo estaba. Trató de liberarse del abrazo para ver el resto de su cuerpo. Él la apretó más fuerte aún, y ella notó cómo su respiración se entrecortaba: la cálida humedad de las lágrimas de su padre se deslizó por su cuello hasta la clavícula y desde allí hasta su plano pecho. Dejó entonces que el abrazo se prolongara, mientras el hombre sollozaba, y no le preguntó por qué su madre no había venido con él a buscarla. Su madre, embarazada de otro hijo.

El vómito era de su madre. Yacía junto a la puerta, y también llevaba una lanza en la mano. La había usado una vez, y con fortuna, pero eran dos contra ella, y el niño que llevaba dentro había hecho más lentos sus movimientos. La hoja, al penetrar, la había abierto desde el pecho hasta las caderas, y todo lo que debía estar dentro se había desparramado. La vacilante luz del nuevo día iluminaba ahora levemente la escena. La niña se agachó para examinar la pequeña forma arrugada que yacía junto a su madre, y le dio la vuelta. El padre estaba junto a ella.

—Habría sido un niño —dijo.

—Ya lo sé —la mano del hombre descansaba en su hombro.

Los dedos estaban quietos. Su llanto había cesado. Él se arrodilló y la abrazó con fuerza. La barbilla del padre se apoyaba en la cabeza de la niña, y cuando hablaba su voz retumbaba desde su garganta en el pecho de Breaca.

—¿Para qué quiero otro hijo, cuando tengo una hija capaz de enfrentarse a un guerrero armado y sobrevivir?

Su voz era cálida y llena de orgullo, aun en medio de la espantosa desdicha, y ella no tuvo fuerzas para decirle que había actuado por puro instinto, no por valor, ni por tener el corazón de un guerrero.

* * *

Su madre era líder de los icenos, primogénita de la estirpe real, y fue honrada tras su muerte como lo había sido en vida. Su cuerpo fue envuelto en finos lienzos y pieles de animales, y volvieron a introducir al niño en su abdomen. Construyeron una plataforma de avellano y olmo, y colocaron el cuerpo encima de ella, acercándola más a los dioses, y fuera del alcance de lobos y osos. Los tres guerreros coritanos muertos, que habían roto las leyes de los dioses al matar a una mujer embarazada, y de los

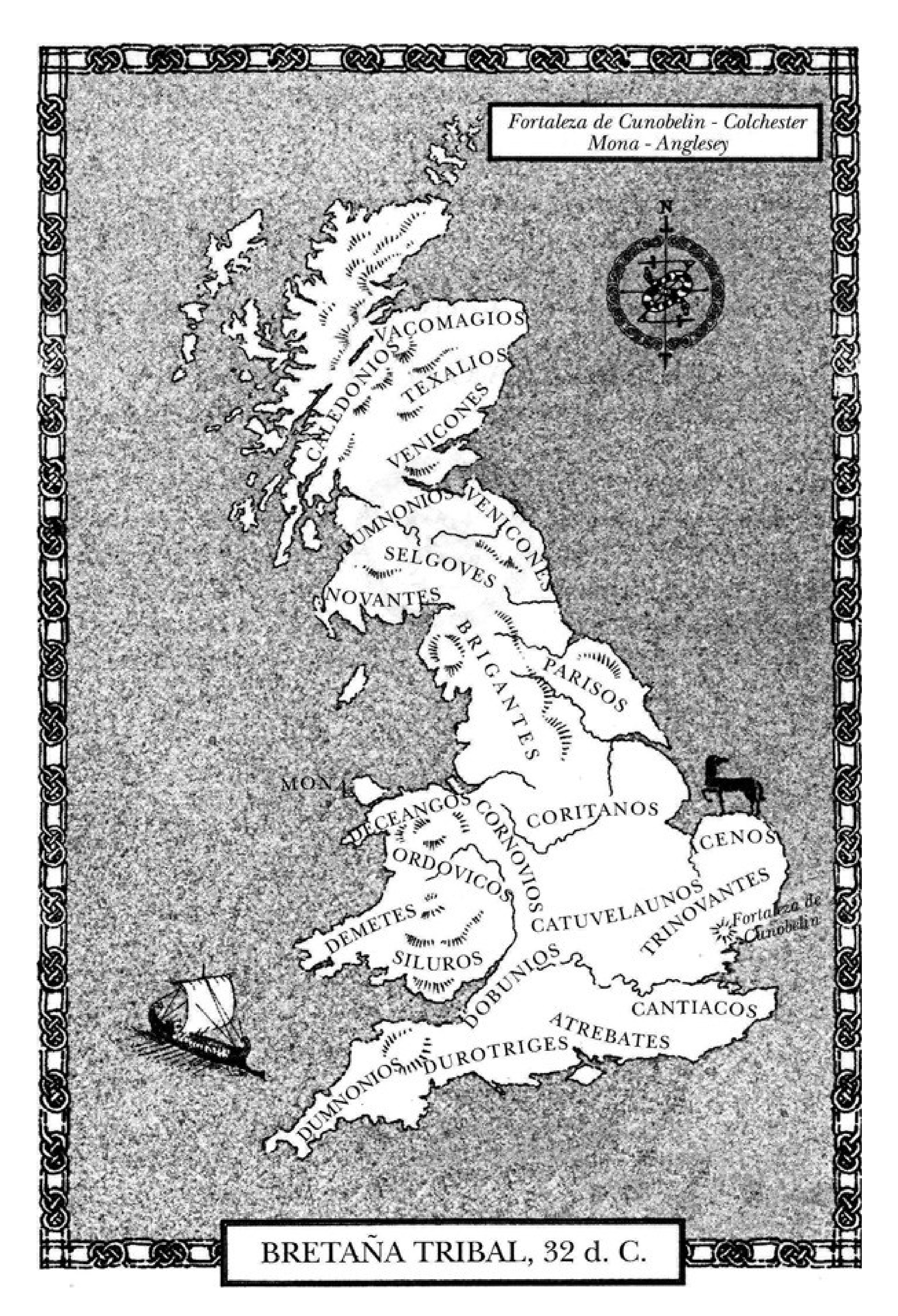
ancianos al matar a la líder de una tribu vecina en una batalla traicionera, fueron despedazados y arrojados al bosque para que alimentasen al primer animal que los encontrara. A Breaca le dieron la espada del hombre a quien había matado. Pero ella no la quería. Se la regaló a su padre, que la rompió encima de su yunque y dijo que le forjaría otra mucho mejor, una de tamaño grande, para cuando hubiese crecido del todo. En su lugar, Airmid, una de las muchachas más jóvenes, le dio una pluma de cuervo con el cañón teñido de rojo y con pelo de caballo azul trenzado, para señalar que había matado a un coritano. Su padre le enseñó cómo entrelazarla con sus propios cabellos a los lados, como hacen los guerreros en la batalla, con la pluma colgando libremente en la sien.

A última hora de la mañana, Eburovic, guerrero y herrero de los icenos, llevó a su hija al río para lavarle la sangre de la batalla y vendarle el corte de la mano, y luego la acompañó hasta la casa redonda, dejándola al cuidado de Macha, la hermana de su madre y madre de Bán, primer y único hijo varón que le quedaba.

# PARTE I

## PRIMAVERA - OTOÑO, 33 d. C.






BRETAÑA TRIBAL, 32 d. C.

# I

Bán tuvo aquel sueño por primera vez a los ocho años, la primavera después de que Breaca perdiese a su madre y recibiese un corte de espada en la mano. Se despertó de repente, sudando debajo de las pieles, y buscó con los ojos muy abiertos en la oscuridad la forma del techo para recobrarse. Mucho tiempo atrás, cuando era mucho más pequeño y tenía miedo de la noche, su padre grabó las marcas del caballo, el jabalí y el carrizo en la retorcida viga que había encima de su cama, para que le protegieran. Él había pasado las alegres noches del verano trazándolos mentalmente, sintiendo su protección. Ahora yacía en aquel silencio apremiante y rezaba para que la luz volviera a iluminar aquella impenetrable oscuridad. Si había salido la luna, no brillaba en aquel lado de la casa redonda. Si había estrellas, su luz no penetraba por el tejado de paja. Dentro, las ascuas del fuego, ya casi frías, dejaban escapar un hilillo de humo, pero no llamas. Era la noche más negra que recordaba, y lo mismo podía haber estado ciego que soñando todavía.

No quería soñar. Parpadeó y buscó otra forma de anclarse al mundo de los vivos. Un humo ligero y seco cosquilleó su nariz. Cada noche, su madre tejía un entramado de ramitas sobre las ascuas, para que el humo que producían al quemarse llevase a su familia a salvo a través del mundo, durante el sueño. Con la edad, él estaba empezando a comprender el lenguaje del humo. Lo aspiró y dejó que los diferentes tonos se filtrasen por su cabeza, clasificándolos en un orden capaz de decirle algo: el toque acerbo de la hierba quemada por el sol, el aroma más sinuoso de las bellotas asadas, el punzante olor de la pizarra húmeda, la clara nota de tanino, como si procediese de una piel fresca, recién curtida. Fue esta última la que permaneció. Se le apareció la imagen de una niña que yacía dormida bajo un montón de pétalos blancos y, más tarde, de un árbol del que goteaba un líquido rojo, con unas bayas del color de la sangre seca, que le habían dicho que no comiese. *Espino*. Debía de ser eso.

Obligó a su cuerpo a relajarse. Ahora ya estaba más tranquilo. Su corazón latía con menos celeridad. Cerró los ojos y dejó que el humo evanescente le devolviera al principio del sueño. En el otro mundo era de día. Él montaba un caballo desconocido, que no era el de su padre, una yegua roja, con el pelaje del color de un zorro en invierno. Era un animal alto y muy ágil. Él le pasaba la mano por todo el cuello y el pelaje brillaba como una moneda recién acuñada entre sus dedos. Corrían muy deprisa, a la velocidad de los sueños. Él iba desnudo, y la yegua no llevaba aparejo. Notaba el bulto de los músculos que se tensaban entre sus muslos. Si conseguía desasirse de este mundo, podría ver el vapor que se arremolinaba al salir de los ollares del animal, y oír el silbido de su aliento por encima del sordo golpeteo de los cascos

sobre la hierba y el barro. Al cabo de un momento, la yegua se apartó de la luz del sol y se internó en una niebla tan espesa que él apenas podía verle las puntas de las orejas. La niebla se arremolinaba y se deshacía al pasar junto a sus ojos, cegándole. Aspiró con fuerza y notó el olor de la yegua y del agua estancada, y el toque entre ácido y mentolado de los mirtos aplastados por los cascos. Sin saber por qué, levantó una mano, se la puso junto a la boca haciendo bocina y grito una palabra, un nombre, hacia aquella blancura vertiginosa. Su voz resonó áspera, como el graznido de un cuervo, y el propio nombre no adoptó forma alguna en su cabeza. Resonó, como el eco, y volvió a él, y seguía sin comprenderlo. Lo dejó pasar y se inclinó hacia delante, susurrándole a la yegua roja, azuzándola, prometiéndole fama y larga vida y hermosos potrillos si les conducía a ambos a la seguridad entre el peligro. Ciertamente, había peligro, ambos lo notaban: el mal les amenazaba en la distancia, contenido solo por su velocidad. La yegua movió las orejas hacia atrás, escuchando, y luego las inclinó súbitamente hacia delante. El niño notó un cambio en su paso y miró hacia arriba. Ante él, un tejo caído bloqueaba el camino. La yegua se preparó, metió la cabeza y acortó el paso para el salto. Él enredó los dedos de ambas manos muy fuerte en el serpenteante pelo rojo de su crin, notando el tacto áspero en las manos. La yegua saltó con limpieza y él voló junto a ella, eternamente. El terreno parecía firme al otro lado. La yegua estiró las patas delanteras para aterrizar. El niño relajó su presa en la crin y se sentó más erguido, y por primera vez se dejó llevar por la salvaje alegría del momento, exultante por las historias que podría contarle a Breaca y a su padre, y después, cuando consiguiera entenderlo bien, a su madre.

El mundo cambió mientras aterrizaban. La niebla se desvaneció y quedaron en penumbra, sin luz del día, y él ya no era un niño cabalgando una yegua, sino un hombre, un guerrero armado, completamente echado encima del cuello de un caballo de guerra. Comparándola con él, la yegua parecería un poni pequeño y fibroso. El animal estaba en plena fiebre de batalla, corriendo con frenesí y levantando con los cascos terrones y piedras a medida que galopaba. El tamborileo de sus cascos parecía sacudir la tierra y arrancar los árboles de sus raíces. Bán extendió la mano hacia delante, hacia un cuello negro y de gruesa piel, y la piel de su palma, llena de cicatrices, volvió empapada de sudor y de sangre fresca. Aspiró con fuerza y el hedor de su propio sudor le inundó la nariz, trayendo consigo un terror que estaba más allá del propio miedo.

Podía haberse caído en aquel preciso momento, tan intenso fue el embate del miedo, pero sintió que otros brazos se apretaban con fuerza en torno a su cintura, y supo que llevaba a alguien con él, detrás, y que esa segunda vida importaba más que la suya propia. Con súbita claridad, comprendió que el peligro no era para él, sino para la otra persona, y que la seguridad se encontraba enfrente. Estaba volviéndose hacia atrás para tranquilizar a Su acompañante cuando el caballo metió la pata en un agujero y tropezó. Se retorció violentamente a mitad de la zancada, luchando para recuperar el equilibrio, y la enorme cabeza se volvió de modo que, durante un breve y

cegador instante, los ojos de Bán se encontraron con los del animal y lo que vio le heló completamente la sangré en las venas. Una voz gritó entonces una advertencia en un tono que jamás antes había oído, y, aún medio dormido, su cuerpo se retorció y saltó mientras una hoja de espada surgía de la nada y le cortaba la mano izquierda por la muñeca.

El dolor que sintió le despertó la primera vez, y volvió a hacerlo en aquella ocasión. Por segunda vez aquella misma noche se quedó echado con los ojos muy abiertos en la oscuridad, mientras el martilleo de su corazón resonaba como los cascos de un caballo en sus oídos, lo bastante fuerte para hacer temblar a las estrellas en el cielo. Aquella vez se asustó menos. Había visto algo que solo los dioses podían ver, y la absoluta imposibilidad de lo ocurrido le desplazó desde el miedo a un lugar tranquilo que se encontraba más allá. El perro que compartía su lecho se había ido, y él estaba solo entre las pieles, acompañado únicamente por su hermana pequeña para darle algo de calor. Silla estaba echada de cara, con la piel pegada estrechamente a la suya por el sudor, de modo que él notaba la ondulación de sus costillas y los angulosos huesos de sus caderas presionando contra su costado. Se concentró en el lugar donde la parte más sobresaliente de la rodilla de ella se clavaba en su pantorrilla, dejando que aquella sensación le devolviera a sí mismo. Y así encontró que el aliento de la niña silbaba con el mismo ritmo que el de la yegua y luego, más tarde, que el peso del cuerpo de ella le aplastaba la muñeca izquierda, dejando su mano insensible. Sacó el brazo lentamente y se liberó, procurando no despertarla.

Silla tenía tres años y hacía muy poco que había pasado a dormir con su hermano mayor. Bán lo esperaba ansiosamente, acariciando la idea de su compañía por la promesa de tener más calor y la novedad de compartir las pieles con alguien distinto a un perro. La realidad había resultado una espada de doble filo. Nueve de cada diez veces ella era un manojo de risas y calor pegajoso que arrugaba la nariz y se retorcía debajo de su sobaco y escuchaba mientras él le contaba las historias de su padre, el guerrero y herrero más grande que jamás tuvieron los icenos, y de su madre, que se había convertido en carrizo y viajaba por el espacio entre los mundos para mantenerlos a salvo. Esas noches, su hermana se reía y le dejaba dibujar las siluetas de los animales en su piel, apretando un poquito, de modo que la sensación le producía un cosquilleo que le duraba hasta la mañana. Y luego estaba esa noche de cada diez en que algo inexplicable la había alterado y bastaba con que él se diese la vuelta en sueños con demasiada rapidez para provocar los lloriqueos y gimoteos infantiles. Sin querer, ella podía acabar despertando a la mitad de los que dormían en la casa redonda, y la experiencia le había enseñado que a la mañana siguiente las miradas reprobadoras eran para Bán, y no para Silla.

Pero aquella no era una de esas noches. La niña escuchó su historia, la del cuervo y el jabalí hembra, y se durmió profundamente, tan profundamente que ni siquiera el agitado despertar de Bán pareció perturbarla. Se apartó de ella y rodó hasta el lado de la cama para incorporarse. Tenía la vejiga llena y no podría aguantar toda la noche sin

vaciarla, y de ahí procedía, quizá, la angustia del sueño. Se metió la mano entre los muslos para comprobar que no había hecho de las suyas, y luego, con mucho cuidado, tocó bajo las pieles para comprobar lo mismo con su hermana. Ambos estaban secos. Se puso de pie, dejando que el alivio le sacara de la calidez hacia el frío helador de la noche.

Pero no hacía tanto frío como había imaginado. La nube tardía había despejado ya, pero el viento soplaba cálido desde el sur e impedía que el suelo se helara. Sin embargo, dio media vuelta y retrocedió hasta la cama para coger su manto. Se lo habían hecho con uno de su padre, y estaba algo quemado en algunos sitios por la fragua, pero seguía oliendo todavía fuertemente a grasa de oveja y a sudor de hombre. Y lo más importante, aparte del color, que era azul, como el cielo al anochecer, y le señalaba como uno de los icenos, era que su madre le había dicho que cuando lo llevaba bien puesto, con el broche colocado en el hombro derecho, se parecía mucho a su padre. Esto no era cierto, en realidad; su padre era rubio, y él tenía el pelo oscuro y la piel más morena, como su madre, pero el chico se daba cuenta de que el parecido residía en la forma en que se comportaba, sobre todo con las mujeres. Había tenido mucho cuidado, desde que oyó decir aquello, de observar cómo trataba su padre a su madre, y procuraba hacer lo mismo cuando estaba con Breaca. Aquella noche, sin embargo, en la oscuridad y sin que nadie le viera, había menos necesidad de formalidades. Dejó el broche en la hornacina junto a la cama y se envolvió el manto apretadamente en torno a los hombros como una piel de animal, metiendo las puntas por los brazos para evitar que se arrastrasen por el barro. Así estaría casi tan caliente como en la cama.

Se dirigió rápidamente al muro lateral de la casa redonda. Estaba equivocado antes cuando pensaba que la noche era totalmente oscura. La luna había caído hacía rato bajo la curva de la tierra, pero las estrellas formaban un dosel de luz que se extendía de un horizonte a otro, arrojando unas sombras suaves y amortiguadas. Allá arriba, el Cazador pisaba la corona de haya. El niño levantó el puño, dirigiéndole el saludo del guerrero. Aquello también podía hacerlo cuando estaba solo en la oscuridad y no había nadie allí para decirle que era todavía un niño, que aún no había llegado a la virilidad y era demasiado joven para hacer el signo del guerrero.

Llegaron los perros y se unieron a él en cuanto salió de la fortificación. Habían estado en el estercolero y ahora que se habían apiñado a su alrededor le olisqueaban, metiéndole los morros en la entrepierna y el sobaco, enseñando los dientes y gañendo como saludo. Se abrió camino entre ellos, susurrando ásperas amenazas que prometían todo tipo de violencia si no le dejaban pasar. Ninguno de ellos le temía, pero de todos modos retrocedieron, mostrando los blancos dientes a la luz de las estrellas, permaneciendo con él solo aquel perro manchado con las orejas blancas que compartía su lecho, que se frotó contra él como un viejo amigo. Bán pasó el brazo por el cuello del animal, y éste se inclinó hacia él mientras el muchacho se quedaba de pie contra el viento, junto al estercolero, manteniéndose erguido del mismo modo que

hacía su padre, y orinaba en arco hacia una cabeza de cerdo que sobresalía. El perro le empujó con el hocico cuando acabó, haciéndole perder el equilibrio. Él se agarró a su manto y se enderezó. El perro retrocedió, enseñando los dientes, tirando del manto, y se pusieron a jugar, luchando en silencio en la oscuridad. El perro era el más alto de los sabuesos, uno de los mejores perros de caza de su madre, y pronto sería padre de una primera camada de cachorros. La perra elegida como madre había pasado hacía tiempo su mejor momento, y hubo una larga y acalorada discusión entre su madre y una de las abuelas en el momento en que la perra sangraba, sobre si sería demasiado vieja o no para traer al mundo más cachorros. Era la única que quedaba de su familia, y la única perra de la manada que había abatido un ciervo ella sola, y aquella vieja sangre era buena, porque fortalecía el fuego de la juventud, aún sin probar. Eso dijo su madre, y la abuela, confortada quizás al oír que la juventud precisaba la levadura de la edad, transigió y dio su bendición para el apareamiento.

Aquello había sido dos meses atrás, justo antes de que las primeras yeguas preñadas llegasen a término. Desde entonces, él estuvo absorto en el nacimiento de los potros, observando cómo cada uno de ellos salía del útero y se liberaba de la membrana. La noche de la luna creciente, eligió a la potranca castaña con el lucero en forma de hoz en la frente para que criase a su propia cuadra, cuando fuese lo bastante mayor para tener una, y ella lo bastante adulta también para criar. La mayor parte del día, entonces, la pasaba a su lado en el potrero, procurando que ella se acostumbrase al sonido de su voz más que a cualquier otra. La potrilla tenía tres días y ya se apartaba de su madre y corría por todo el cercado y se acercaba a él para que le diera un poco de sal. Con todo aquel revuelo y nerviosismo, apenas se había dado cuenta vagamente de que la perra también se encontraba cerca del alumbramiento. Cuando pensó en ello recordó que los pezones le rezumaban leche desde hacía dos noches, y que cuando se echó junto a ella, al lado de la puerta de la casa redonda aquella tarde, y le puso la mano en el vientre, notó la presión de una cabecita pequeña y redonda contra su palma.

El chico notó el hociqueo del perro y buscó a la perra entre la manada. Como no la encontró, volvió hacia la casa redonda, pensando que quizás había pasado por encima de ella en la puerta, en su prisa por salir. Pero tampoco estaba allí. Ni su madre, como comprobó levantando la cortina de la puerta.

Dejó caer de nuevo la piel en su lugar. Había muchos motivos por los cuales su madre podía salir en plena noche, y una perra que paría no era el más importante. Si había salido fuera, más allá de la fortificación, no la encontraría. Además de la enorme casa redonda, solo había otros seis edificios (siete, si se contaba el silo del grano) en el recinto que rodeaba la zanja, pero más allá se encontraban los prados, y el río, y luego el bosque, en el cual se escondían peligros demasiado grandes para un niño de ocho años. Estaba prohibido, bajo pena de maldición, atravesar la puerta de noche sin la compañía de algún adulto. Si los coritanos atacaban y él estaba a punto de morir o de ser capturado como esclavo podía saltarse aquella regla, pero solo en

ese caso.

Pero entonces, ¿dónde buscar? Se mordió los labios y caminó lentamente en círculo, escuchando. Los sonidos de la noche resonaban en sus oídos: el húmedo jadeo de los perros, el apacentamiento y las pisadas de las yeguas en el cercado más allá de la zanja, el relincho de un potrillo que mamaba, y mucho más lejos, y solo una vez, el ululato lejano de un búho llamando a sus crías y un solo chillido agudo como respuesta. De las personas únicamente le llegaba el ronquido de su padre, un sonido solo levemente amortiguado por el muro que se encontraba entre ellos.

Había decidido caminar en círculo, siguiendo el camino de la luna, cuando oyó un sonido que no procedía de la noche: el gañido de dolor de un perro, y un amortiguado murmulló de voces, entre ellas la de su madre. Eso era lo que estaba esperando. Corrió lo más rápidamente que pudo, teniendo cuidado de no ensuciarse en el estercolero, y llegó, jadeante, ante la puerta de la casa de las mujeres, en el extremo occidental más lejano del recinto, justo al otro lado de la puerta. Allí se detuvo. Cuando era muy pequeño, su madre le llevaba dentro con ella, y se echaban en el musgo, y las modulaciones de su voz le tranquilizaban. Luego pasó de bebé a niño, y las visitas se hicieron cada vez más esporádicas hasta que cesaron por completo. Doce meses más, y le estaría prohibido incluso quedarse allí de pie frente a la entrada. Pero entonces se quedó allí de pie y oyó el grito lastimero de la perra una vez más; un agudo chillido de dolor. El perro pinto caminaba a su lado, gimiendo. No era un perro demasiado paciente, y no sabía que el macho no podía entrar allí. Arañó la piel que tapaba la puerta, intentando apartarla a un lado, y el chico se encontró de pie ante una puerta abierta, con los ojos deslumbrados por el súbito resplandor del fuego, paralizado ante la mirada de todas las mujeres que conocía.

—¿Bán? —la voz de su madre se elevó por encima de los susurros de las otras.

Su silueta se movió en el extremo más alejado del fuego. Junto a ella vio un mechón de pelo del color de un zorro en otoño, inclinado sobre una solitaria y quieta forma en el suelo. El sueño volvió de pronto a la mente del muchacho, abrumador. Lo había olvidado al buscar a la perra. Ahora embargaba sus sentidos. Dio unos pasos hacia delante y se apoyó en la jamba de la puerta, de madera grabada. Las marcas del caballo y del carrizo sobresalieron de las demás y revolotearon por encima de su cabeza.

—¡Bán!

Estaba demasiado cerca del fuego. Notaba el calor en sus espinillas. Mucho calor. Habían quemado madera de abedul, muy antigua, para obtener el máximo de luz con la menor cantidad de humo posible. En algún lugar humeaba intensamente la salvia. Su madre le agarró y le dio la vuelta, apartándole del fuego. Se arrodilló y acercó su cara a la del niño. Él parpadeó entre lágrimas que no procedían solamente del humo de salvia.

—He tenido un sueño —dijo. Y su voz sonaba muy infantil—. Cabalgaba en una yegua con el pelo como el de Breaca.

—Muy bien —la voz de la madre era amable. Sin embargo, sus manos lo eran menos—. El espino te habla. Ya me imaginaba que pasaría. Vente ahora conmigo y me dices cómo ha sido tu sueño.

Él luchó por volverse. En el sueño no solo aparecía una yegua.

—La perra —preguntó—, ¿está bien?

—Está muy cansada. Ha sido una noche muy larga. Estará mejor al amanecer.

—¿Y los cachorros? ¿El negro con la cabeza blanca?

Oyó a las abuelas cuchichear a sus espaldas. No era un sonido muy agradable. Los dedos que apretaban su hombro se clavaron aún más en la carne.

—A casa —dijo su madre—. Ahora —y luego, volviendo a hablar solo para él—: Podemos hablar de eso allí.

—¿Por qué, Macha? —La voz era vieja, reseca y ahumada por los años—. No hay necesidad de correr ahora. El niño ha visto ya suficiente. Si el humo le ha traído, quizá debería ser el humo el que eligiese cuándo dejarle ir.

La mano que sujetaba su hombro se aflojó. Él aprovechó la oportunidad y se volvió en redondo. La hermana de la madre de su padre estaba sentada al lado del fuego, junto a la puerta, y le sonreía, cosa que ya era milagrosa en sí misma. En toda su vida jamás le había sonreído. Él la había visto siempre como un tejón hembra, lenta y pesada, y que se enfadaba con demasiada facilidad. Si le había dirigido alguna vez tres palabras seguidas era solo para decirle que dejase la cortina de la puerta, y nunca con el buen tono que había usado en aquella ocasión. Vio que su madre cambiaba de opinión. Con la palma de la mano le empujó hacia abajo y le hizo sentar junto a las abuelas, luego Macha se sentó también, en el extremo más alejado del fuego, y chasqueó los dedos. El perro manchado se volvió y salió. Bán notó el aire que levantó la piel que tapaba la puerta al volver a caer en su lugar tras él. Enseguida notó las ganas apremiantes de salir de allí también. La abuela le dio unos golpecitos leves en el hombro para que se estuviera quieto. Breaca estaba sentada frente a él, en el otro extremo del fuego. Su pelo era como un río de bronce vivo, fluido por el efecto de las llamas, y más brillante ahora que el pelaje de la yegua en su sueño. Ella le sonrió, con aquella sonrisa especial que reservaban el uno para el otro cuando las cosas no pintaban bien. Era la primera vez que la veía desde que murió su madre. Una sensación de alivio se llevó consigo parte del miedo que sentía. Le devolvió la sonrisa y cuadró los hombros, como hacía su padre en el consejo de los ancianos.

La abuela habló.

—Solo había un cachorro —dijo—. Era demasiado grande, y venía de nalgas. La perra no ha tenido la fuerza suficiente para alumbrarlo sola. Al final, hemos tenido que tirarle de las patas y sacarlo.

El corazón le dio un vuelco en el pecho.

—¿Pero vivirá?

—No —La abuela meneó negativamente la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos por el humo. El niño se dio cuenta de que era ella precisamente quien había

desaconsejado el apareamiento—, lo siento. Tu madre tenía algo de razón. Habría sido un buen sabueso, posiblemente el mejor, pero está demasiado débil para vivir… y no tiene buenas marcas. Los dioses envían esas cosas como señal. Nosotros no podemos oponernos a sus augurios.

—Pero entonces, ¿por qué lo han enviado? —el cachorro yacía en las sombras que arrojaba el fuego.

El chico se acercó y levantó el cuerpecillo lacio hasta su cara. El perrillo se quedó colgando de sus manos, una cosita húmeda y fría, con la cabeza demasiado grande para el cuerpo. No tenía la cabeza blanca, era una ilusión producida por el barro y la luz del fuego, y tampoco el cuerpo era completamente negro. Cuando lo miró con detenimiento, encontró que una oreja la tenía blanca con una veta que se asemejaba al recorrido de una lágrima que se hubiese deslizado hasta rodear un ojo, y el resto era oscuro y pinto como el de los demás perros, pero con pequeñas motas blancas repartidas por todo el pelaje, como el granizo visto en una noche muy oscura.

*Granizo*. La palabra resonaba en su interior. Era un buen nombre para un perro. Se lo guardó, acunando el pequeño cuerpecillo contra su pecho. El animal se retorció y él notó que su diminuto corazón latía bajo sus dedos.

—¡Mira! —levantó el cachorrillo a la luz—. No está muerto.

—Aún no, pero está demasiado cerca de la muerte, no podemos recuperarlo —era otra abuela quien hablaba. Parecía cansada.

Alrededor del niño las demás murmuraron, asintiendo. Pero entre los murmullos él notaba la tensión de otras cosas que no se iban a decir.

Su madre tenía unas arrugas en torno a los ojos que aquella mañana no estaban. Un largo rastro de mucosidad sangrienta le manchaba un brazo. Le habló con mucha más suavidad que la segunda abuela.

—Es solo un cachorro, Bán. Habrá otros —levantó una mano por encima del fuego hacia él—. Debería haber tenido hermanos y hermanas con él en el útero, pero la perra era demasiado vieja, y solo pudo concebir uno. Como estaba solo, ha crecido demasiado y el parto ha sido demasiado largo. Aunque podamos recuperarlo, no tendrá fuerzas para mamar. La perra se quedará seca dentro de unas horas, y su hijito morirá de hambre, después de conocer los primeros alientos de la vida. Eso será mucho peor para él. Es mejor que dejemos que muera ahora.

Había sinceridad en su voz. Decía lo que pensaba. Él siguió allí sentado.

—Pero el sueño… el caballo de los dioses… —no se lo había contado. Ella le miró, entornando los ojos entre la luz de la fogata. Él le explicó—: En mi sueño, yo cabalgaba en una yegua roja, pero luego no era una yegua, sino un caballo, y era negro, con la cabeza blanca —su propio nombre significaba «blanco» en la lengua de los hibernios. Él lo supo desde que fue lo bastante mayor para conocer los sonidos. Nunca había preguntado por qué.

Las abuelas se miraron uñas a otras por encima de su cabeza. Él notaba el contacto de sus miradas como un tajo de espada. Su madre se acercó a su lado y se arrodilló

junto a él. Las nuevas arrugas de su rostro habían desaparecido.

—¿Bán? ¿Has soñado con un caballo con la cabeza blanca? ¿Toda blanca?

—Sí. No. No blanca del todo. Tenía una mancha negra entre los ojos, como un escudo con una espada cruzada.

—¿Y qué veías en esa mancha negra? —era la abuela más anciana de todas, la prima lejana de la madre de su madre.

Tenía el pelo tan ralo y tan blanco que se le veía el suave cráneo desde encima de una oreja hasta la otra. Por debajo, la piel de su rostro estaba tan arrugada y oscura cómo la corteza de un roble. Tenía los ojos pardos y acuosos, amarillentos por los bordes, y el puntito negro del centro se estaba volviendo lechoso, de una forma que anunciaba que pronto estaría ciega. Pero aquella noche no estaba ciega. Sus ojos estaban muy abiertos y recogían la luz del fuego, brillando en los huecos de la calavera ante el recuerdo de aquel sueño. Debía de ser así. ¿Cómo si no podía saber ella que él había visto algo en la estrella negra de la cabeza del caballo?

—No lo sé —frunció el ceño él, tratando de recordar. En el sueño sabía exactamente lo que era. Le daba sentido a todo lo demás. Pero ahora, sencillamente era una mancha en forma de escudo de guerrero, que le había mostrado algo más en su reflejo. Luchaba por acordarse pero no pudo, y vio el esfuerzo reflejado en los ojos de su madre—. Lo siento —acabó diciendo—. No me acuerdo.

Su madre había cogido el cachorrillo ahora y le frotaba el pecho, ausente, con la mirada todavía clavada en su hijo. Una de las abuelas le dio unos golpecitos en el hombro y, sin mirar hacia arriba, ella tendió el cachorro por encima del fuego, Breaca lo cogió y empezó a respirar en su hocico para introducirle aire en el pecho. Alguien debió de haberle enseñado tal cosa, y recientemente; no supo cómo hacerlo con el potrillo que había muerto junto al arroyo. Una de las otras mujeres levantó una esquina de su manto y empezó a frotar con fuerza en el pecho del cachorro, encima del corazón. Algo había cambiado. Iban a devolverle la vida. El niño quiso mirar, ayudar, pero su madre le hizo levantar y sentarse detrás de ella, de espaldas a la perra y al cachorro.

—Cuéntame más cosas del sueño —le dijo.

Él le contó todo lo que recordaba. Le costó menos tiempo del que le había costado soñarlo. Al final, todavía seguía sin poder decirle que era lo que había visto cuando el caballo volvió la cabeza. Solo la sensación que le produjo permanecía en él, y no tenía palabras suficientes para describirla.

—¿Tenías miedo?

—No. La primera vez sí, pero la segunda no. Yo sabía que no había nada que temer.

—¿Ni siquiera cuando te hirió la espada?

—No —aquello le sorprendió. Tenía que haber sentido miedo de la espada. Pero en aquel momento era un guerrero en plena batalla, y su padre le había contado que, en el frenesí de la lucha, algunos guerreros pasan por encima de su propio miedo. Se

miró el brazo izquierdo. Estaba tan entero como el otro—. A lo mejor sabía que no era real.

—Quizás.

Macha no lo creía. Al otro lado del fuego se oía un débil gemido, como el viento entre los juncos. La vieja perra levantó la cabeza y gruñó como saludo. El cachorro recibió un último achuchón y lo colocaron junto a sus tetillas. La perra lo lamió con fuerza y lo empujó hacia sí. El cachorro lanzó un gañido y movió las patitas, pero no sabía chupar.

—Habrá que alimentarlo.

Macha se inclinó hacia delante y apretó la tetilla posterior entre el índice y el pulgar. Cuando apareció la primera gotita de leche apretó al cachorro contra la tetilla, mojándole el morro. El perrillo gimió y chupó un poquito, y la segunda vez lo hizo con un poco más de fuerza.

La abuela mayor habló. Su voz era como el crujido de las hojas secas en el invierno.

—El niño ha tenido el sueño. El cachorro es suyo, para que lo críe —se volvió hacia Bán. Los ojos de la anciana examinaron el rostro del niño—. No vivirá sin ayuda. ¿Se la darás tú?

—Sí —él no tenía duda alguna. Añadió—: Se llama *Granizo*.

Ese detalle cerró la cuestión. Si se daba nombre a un ser, éste cobraba vida. Su madre le sujetó el brazo.

—Durante la primera media luna se alimentan muy a menudo, por la noche y por el día. Ya te enseñaré cómo hay que hacerlo. Si lo haces bien, el cachorro vivirá. Si no, morirá. Si muere, será la voluntad de los dioses, y no tendrás que culparte a ti mismo. ¿Está claro?

—Sí.

—Júrame que no te echarás la culpa.

Él lo juró. Lo juró por Briga, la Madre triple, y su hermana Nemain, la luna, y los dioses menores del alumbramiento y la crianza. Entonces, como el cachorrillo era macho, juró también por Belin, el dios del sol, y por Camul, el dios de la guerra. Fue un juramento largo y complicado, y al final él recordó que no estaba jurando permanecer despierto y cuidar al cachorro para que viviese, sino simplemente no echarse la culpa si el animalillo moría. Lo dijo en voz alta para que quedase bien claro.

Su madre sonreía cuando acabó. Ella levantó la mano y le hizo ponerse de pie.

—Vamos entonces, te enseñaré lo que se debe hacer. Y te buscaremos algún sitio donde vivir con el animal, para que no nos despiertes por la noche, cuando tengas que alimentarlo.

# II

Eburovic se despertó con la luna. Un resplandor plateado se deslizaba por el hueco entre la puerta de piel y el recto tronco de roble y caía sobre sus ojos, interrumpiendo su sueño. Se quedó echado, escuchando. La noche era tranquila. Había estado soñando con peligros, y su eco todavía nublaba su pensamiento. La leve respiración de los demás durmientes formaba un manto de sonidos que cubría el humo de la noche y ensordecía sus oídos. Volvió la cabeza y escuchó el gañido de un perro y a los roedores que escarbaban y correteaban. En algún lugar del mundo fuera de la choza, un búho ululó y recibió respuesta. Le oyó y esperó. Aquellos eran los sonidos con los cuales se dormía cada noche, y ninguno de ellos le habría despertado. Yaciendo allí quieto, contuvo el aliento y se esforzó por observar las cosas que había más allá del humo. Al cabo volvió de nuevo: el leve repique de hierro sobre hierro, como el que produciría un hombre descuidado que permitiera que su espada chocase contra su escudo, o el roce de su armadura al trepar por la fortificación para atacar a los que dormían dentro. Pero Eburovic no dormía. Llevaba seis meses sin dormir de verdad, esperando un momento como aquél. Sintiendo algo próximo a la alegría, cogió la espada que mantenía al alcance de su mano día y noche desde el ataque de los coritanos. Su mano se cerró en torno a la empuñadura, adaptada como si hubiese nacido para ella, y sacó la hoja de la vaina. El hierro pulido salió del pellejo de toro engrasado sin hacer más ruido que los durmientes. A pesar de todo, alguien le oyó.

—Tu hija ha salido a trabajar temprano.

Se detuvo. La alegría le abandonó. La voz procedía de su izquierda, de entre las mujeres. Era seca, como el roce del viento sobre la piedra. Atisbo en la oscuridad. Las ascuas del fuego de la noche anterior daban poca luz, pero consiguió ver una forma inclinada que se movía en la oscuridad y el reflejo brillante de unos ojos ciegos y blancos como la leche, y supo de quién se trataba. La abuela más anciana hablaba de forma algo errática y áspera, pero nunca sin motivo. Ciertamente, nunca le había mentido. Él se sentó en el borde de la cama y posó la hoja desnuda de la espada sobre sus rodillas.

—¿Qué trabajo es ése, abuela? —su propia voz sonaba apagada, como un susurro, para ser oída sin despertar a los demás.

—¿Y cómo voy a saberlo? Tienes que preguntárselo a ella.

El tono era agrio, pero hacía mucho tiempo que él había aprendido a escuchar más allá de la aspereza de las palabras, a entender los silencios que contenían el significado real. Aun así, continuó preguntando.

—¿Qué trabajo es ése, que debe hacerse a oscuras y a solas?

—Ella se arranca el sueño, igual que deberías hacer tú —dijo la anciana—. No conviene a ningún hombre, ni a ningún niño, soñar demasiado a menudo con violencia.

Él se quedó callado al oír aquello. Su sueño era el mismo cada noche, desde el otoño. En el sueño, dormía con la espada en la mano, y no colgando del muro, y no se apartaba de las mujeres, aunque Graine estaba en trance de dar a luz. Oía a los guerreros aproximarse antes de que empezasen a matar, y llegaba a tiempo, se colocaba en su camino, blandiendo el cortante y fiero hierro para detener su avance. En su sueño no moría nadie más que los coritanos. Los tres primeros caían ante su maza y su espada combinadas, mucho antes de alcanzar a las mujeres. El último, como ocurrió en la realidad, moría por la lanza de su hija. Cada noche el sueño acababa con él de pie en la entrada de la choza, mirándola por encima del hombre caído y sintiendo el éxtasis y la agitación de la batalla retumbando en su cabeza, y el orgullo que henchía su corazón. Amanecía por encima de su hombro, incendiando el pelo de la niña, su sonrisa y la brillante punta de la lanza. Ella levantaba el arma como saludo y él pensaba que su corazón iba a estallar de gozo. Y entonces, cada vez, él veía sus ojos. En la realidad, eran de un verde bruñido con pequeños hilos de cobre que se extendían desde la pupila, el mismo color que los suyos propios. Allí, en su sueño, se miraba en el azul veraniego de los ojos de la madre, y la sonrisa que los iluminaba era la que había quemado su corazón mucho antes de convertirse en padre. Era aquella sonrisa la que le hacía recordar su pérdida, la que mantenía viva su desgarradora pena. Sollozando, veía a su hija abrir la boca y sabía que hablaba con la voz de su madre. Se esforzaba por oír, pero las palabras de ella quedaban ahogadas entre las olas de su dolor, y siempre se despertaba antes de comprenderlas. Aquella vez se sentó en la oscuridad y notó el mismo dolor que sentía cada mañana, acrecentado aquella vez al comprender que Breaca también había soñado con las muertes, aunque él no pudiera estar seguro de ello.

—No es bueno para una niña soñar esas cosas —dijo.

—Ella lo sabe. Está haciendo lo que cree que debe hacer. No debes detenerla.

—No —él volvió a guardar la hoja en su vaina y se puso de pie.

Su túnica estaba doblada al pie de su cama, encima de las pieles. Se la enfundó por la cabeza.

—¿Vas a ir a verla? —la anciana voz incordiaba como un diente malo, y su desdén iba dirigido exclusivamente hacia él—. ¿Trabajaría ella sola en la oscuridad si quisiera que fueras tú?

—Me he despertado temprano de mi sueño —dijo él, y se dio cuenta de que era la primera vez que lo decía—. Quizá necesite ver qué es lo que está haciendo.

—Está aprendiendo a tener paciencia —la abuela hablaba despectivamente, como si aquello no tuviera más importancia. Pero ambos sabían que no era cierto—. Ya era hora.

—Entonces iré a ver. Le ofreceré ayuda solamente si me la pide. No haré nada

para detenerla —pasó junto al fuego y se dirigió hacia la puerta. Una perra anciana quiso seguirle. Él la empujó por el morro y la hizo retroceder con un gesto. Ella volvió lentamente hacia el lugar donde él dormía y se hizo un hueco entre sus pieles. Eburovic esperó hasta que se hubo acomodado y luego salió.

* * *

La fragua estaba algo lejos de la casa redonda, en el extremo más alejado del recinto, y la entrada principal daba al sur, para que, en la época seca, las chispas del fuego no incendiaran el tejado de paja de la casa redonda y la destruyeran. El edificio era de madera, con lastras de avellano en el tejado que él humedecía periódicamente para que no ardiesen. El suelo era de tierra batida, humedecida y pisoteada y cocida por el fuego hasta que quedó bien plana, suave e impermeable, excepto en la puerta, donde las gallinas habían escarbado un hueco en el polvo y se echaban allí, buscando el calor.

Pero por la noche no había gallinas. Se habían apartado al atardecer, dirigiéndose con las últimas luces del día hacia una percha más segura, bajo los aleros del granero, y él había sellado la puerta de piel detrás de ellas, colocando una hilera de piedras de río en la parte inferior para que el horno, sin corrientes de aire, mantuviese su calor hasta el amanecer. Al acercarse a la luz de la luna, Eburovic vio el humo que se elevaba recto desde el agujero humeante y supo que el fuego no dormía. Ante la puerta, encontró que las piedras habían sido apartadas a un lado y colocadas por orden de tamaño, mucho más cuidadosamente de lo que era su costumbre, y que la cortina de piel estaba vuelta hacia el interior y un solo peso la sujetaba por dentro. Se quedó durante un momento con el oído pegado a la piel, pero no oyó nada. Si Breaca había usado su martillo, ahora no lo estaba haciendo.

Metió una mano por el borde de la piel, introdujo la cara por la abertura y se dispuso a recibir una bocanada de calor que en realidad no llegó. Se sintió complacido por ello. Después de todo, era su hija quien trabajaba en su fragua, y él la había enseñado bien; ella sabía cómo hacer fuego, avivándolo hasta que quedase muy pequeño y muy caliente, y amontonando los bordes, de modo que el calor se concentrase y no se viese arrojado al exterior, al frío de la noche. Pero había luz dentro. Cuando sus ojos se acostumbraron a las llamas, vio que ella había hecho un fuego suficiente para fundir una pieza. Los bordes amontonados eran más altos de los que él hacía para forjar, y el carbón en el centro brillaba al rojo blanco, deshaciéndose en blancas cenizas y pequeñas nubecillas de humo. Un molde estaba colocado en el centro del fuego, y no era uno de los suyos. Breaca se agachaba delante, de espaldas a él. El fondo de luz del fuego realzaba el bronce profundo de su cabello y lo convertía en cobre fundido, vertido sobre sus hombros. Cuando ella se puso de pie y fue a coger el fuelle, vio que llevaba su antigua túnica con las marcas de viejas quemaduras

delante y, cubriéndola, el delantal de pellejo de buey hervido que él le había hecho él verano anterior. El delantal le iba demasiado pequeño, ya lo veía. En los seis meses transcurridos desde el invierno, bajo su mirada, pero sin que él lo advirtiera, su hija se había convertido en una mujer. Se preguntaba lo cerca que estaría ya de su primera sangre, y se dio cuenta repentinamente de que por eso estaba ella allí. No había empezado todavía a sangrar, pues entonces estaría ya al cuidado de las abuelas, pero ocurriría pronto.

El fuelle resollaba al accionarlo ella. El fuego rugía y crepitaba, y el molde en su centro brillaba al rojo blanco. Eburovic vio cómo su hija cogía las tenacillas más largas, las que se había fabricado él mismo para trabajar con el hierro más ardiente. Con cuidado, la niña pasó las tenacillas junto al molde y sujetó con ellas un crisol de metal fundido. Nunca antes la había visto hacer tal cosa. Él contuvo el aliento, contemplando la superficie del bronce líquido y rogando interiormente haberle enseñado bien, haberle inculcado la importancia de mantener las manos firmes. Pero aunque ella lo supiera, él no estaba seguro de que pudiera hacerlo. Su mano izquierda seguía siendo la más débil de las dos. La herida de espada que sufrió el día en que murió su madre había curado mal durante el invierno. La abuela más anciana pasó algún tiempo cuidándola durante las oscuras noches de invierno, y al final tuvo que abrir la herida y hurgar en ella con una aguja de plata recién forjada, hasta que encontró un fragmento de hueso suelto en el interior. Su hija estaba sentada en el banco que habían preparado para ella, con los labios blancos y silenciosa. Sus ojos verdes se clavaron en los suyos, tan quietos como el agua helada, y él se sintió orgulloso al ver que, al empezar a hurgarle con la aguja, permanecieron secos. Ella le agarró el brazo con la mano libre, mientras continuaban hurgando, y él no notó la fuerza de la presa hasta después. Las moraduras tardaron cinco días en desaparecer.

Poco más tarde, con la ayuda de cataplasmas y vendajes, la herida empezó a soldar adecuadamente, pero una cicatriz que le duraría toda la vida corría por el centro de su palma, y se veía una separación mayor de lo normal entre el índice y los demás dedos. Además, la mano no le funcionaba igual que antes, y Breaca no era de las personas que se toman una incapacidad a la ligera. Cada día se inquietaba ante las atenciones de la abuela, y trataba de hacer con una mano cosas que nunca había sido capaz de hacer ni siquiera con las dos. Cuando le quitaron las cataplasmas, empezó a trabajar en serio. Eburovic la veía caminar por los campos o por la muralla que rodeaba el recinto flexionando los dedos sobre un taco de cuero viejo, conteniendo el dolor hasta que su piel se quedaba sin color y le asomaban lágrimas a los ojos. En una ocasión, cuando él le rogó que se detuviera, ella se volvió hacia él llorando abiertamente, y le gritó que si su madre pudo soportar los dolores del parto, ella podía soportar el dolor más pequeño de una mano herida. Reflexionando después, él se daba cuenta de que era la única vez que la había visto llorar.

En la fragua la vio levantar el crisol y luego el molde hasta el borde del fuego. Incluso desde la puerta, pudo ver el temblor de sus últimos movimientos. Con alivio

observó que dejaba las tenacillas y flexionaba los dedos. Lo intentó otra vez y el temblor fue peor aún. Él notaba la tensión que iba en aumento en la columna vertebral de la chica. Enojada, sacudió la cabeza. Él oyó el silbido de su respiración por encima del crepitar del fuego, y la ahogada maldición que siguió. En su mente vio que tropezaba con el molde en el momento crucial de verter el metal. El metal fundido le caía entonces encima de las piernas y se extendía por todas las partes que el delantal no cubría, causándole unas heridas que ni siquiera la anciana abuela podría curar. Metió la mano a través de la piel de la puerta y palpó el peso que la sujetaba para quitarlo, decidido a ayudarla. Cuando su mano cogió el disco de cobre que hacía las veces de peso, el recuerdo de una conversación entre susurros volvió a su memoria: «¿Trabajaría ella en la oscuridad si quisiera que tú la ayudaras?», y su propia respuesta: «Entonces miraré. Le ofreceré ayuda solo si me la pide. No haré nada para detenerla».

No haré nada para detenerla. No pretendía ser un juramento, pero aquellas palabras susurradas en la oscuridad a la anciana abuela no se podían tomar a la ligera. Los dioses no ven con buenos ojos a un hombre que rompe su palabra, y ningún herrero podía permitirse cortejar su desaprobación porque sí, y menos aún uno que había sufrido tan reciente pérdida. Retiró el brazo y dejó caer de nuevo la piel, dejando solo una rendija que le permitiera ver. Junto al fuego, su hija inclinaba la cabeza y aspiraba con fuerza, dejando escapar el aire con lentitud. Con gran precaución, ella colocó ambas manos en las tenacillas y las levantó horizontalmente. Cuando estuvo claro que las puntas se habían estabilizado, las introdujo hacia delante en el fuego, agarrando el cuello del crisol, y levantándolo solo lo suficiente para rozar el borde del molde. El vertido fue fluido. Una delgada corriente de bronce líquido fluyó en la cavidad que ella le había preparado, Eburovic oyó el silbido que produjo y el suspiro del aire de los tiros laterales, y la parte de su ser que vivía para su oficio le concedió a la joven el mérito debido por colocarlos adecuadamente. La parte que correspondía al padre dejó de respirar hasta que el crisol estuvo completamente vacío. Entonces, ella dio tres golpecitos en el molde con el martillo para eliminar las burbujas de aire, y el peligro pasó. Todo se había realizado a la perfección. Él respiró de nuevo.

El molde se enfriaba lentamente. El momento entre el vertido de metal y la apertura del molde era siempre la parte más dura para ella. De sus tres hijos, Breaca era la peor porque actuaba movida por el impulso. Dos veces, de pequeña, se había acercado con demasiada rapidez y la habían tenido que llevar después a la anciana abuela para que le envolviese la piel quemada con hojas de acedera y raíz de hinojo, y evitar así que se infectase. Pero Breaca se puso entonces de pie lentamente, relajando los músculos acalambrados de sus muslos, y empezó a ordenar las herramientas usadas en su trabajo. Como si estuviese soñando, Eburovic contempló el cuidado con el que colgaba la niña las tenacillas en la pared, y colocaba el martillo en su estante, junto a las limas. Su hija, su impetuosa e impaciente hija, nunca se había preocupado

en absoluto por el orden. Desde que era lo bastante mayor para venir a la forja a verle trabajar y a «ayudar», él le había insistido, tranquilamente, en que había ciertas cosas que vivían en determinados lugares, y que era mejor, al acabar el día de trabajo, volverlas a colocar allí. Y ella siempre volvía sus enormes y verdes ojos hacia él, sonreía y le prometía que lo haría «más tarde», y salía corriendo a jugar en los prados o a buscar a su madre o a atender una docena de cosas que exigían su inmediata atención, dejando que su padre colocase de nuevo las cosas en orden. Él intentaba convencerse, mientras recogía, de que si insistía lo suficiente algún día ella recordaría que había que colgar los martillos. Nunca había pensado que la vería hacerlo tan pronto.

La pieza ya estaba casi terminada. Ella se acercó y frunció el ceño, examinando la superficie del metal, y esperando que la escoria que quedaba en la superficie se endureciera. El fuego, abandonado a su suerte, se fue enfriando, arrojando una luz más roja y unas sombras más suaves hacia los rincones de la fragua, y subrayando los tonos otoñales del cabello y las cejas de la muchacha, dejando todo lo demás en las sombras. De perfil, ella era como su madre. La frente, alta y despejada, conducía al nacimiento del cabello. La nariz era recta y firme, equilibrando así la fuerte línea de la mandíbula y sus anchos pómulos. La piel era más oscura que la de Graine. La había heredado de su padre: esa capacidad de broncearse un poco al sol, no con el color tostado como de corteza de Macha y Bán, pero tampoco con el color rojizo, reacio al sol, de su madre. Con la edad, le pareció, ella se sentiría muy agradecida por ese hecho. También era alta, como él. Ya entonces podía asegurar que ella se parecía mucho más a él que cualquiera de sus otros hijos, y que cuando crecieran, Bán y ella serían altos, mientras que Silla sería un poco más bajita. Cuando ella se puso de pie y se volvió a buscar el martillo más pequeño le pareció también, por la suavidad de sus movimientos, que estaba adquiriendo al crecer la misma gracia que tuvo su madre. Entonces la vio tomar aliento antes de dar unos golpecitos en el molde, y la sonrisa que curvó sus labios le rompió el corazón. El martillo cayó y el molde quedó separado en dos pedazos, dando así nacimiento al brillante metal. Su hija levantó la cabeza entonces y le miró directamente a los ojos, sonriendo de la misma forma en que lo había hecho en el sueño de él.

—Ahora ya puedes acercarte —le dijo—. Está acabado.

Él titubeó. Nunca se había sentido inseguro entrando en su propia fragua. Pero ahora sí.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó.

—El fuego me lo ha dicho —la sonrisa de ella se hizo más amplia. Estaba radiante, porque había nacido la mañana y ella había conseguido su obra. La luz brotaba de ella como si se hubiesen encontrado a pleno sol—. Las llamas se han movido por la corriente, al abrir la puerta. Tenía que ser alguien. Y como te has quedado esperando, he sabido que eras tú. Nadie más hubiese tenido tanta paciencia.

—Estás aprendiendo —replicó él—. No te has quemado los dedos.

—Aún no —ella volvió a fruncir el ceño ante la pieza que descansaba en el banco de trabajo—. Pero es difícil, y tengo que pensar mucho. Tú lo haces sin pensar —levantó la cabeza—. ¿No quieres ver lo que he hecho?

La pieza descansaba en el banco de trabajo, chamuscando la madera ya ennegrecida por centenares de piezas recién fundidas. Esperó mientras ella la cogía con las tenacillas pequeñas y la sumergía en el cubo con agua. El silbido del vapor era una de las notas dominantes de su vida. Cerró los ojos y dejó que aquel sonido le calmara. Cuando los volvió a abrir, Breaca había dejado el objeto de nuevo en el banco y se encontraba de pie junto al yunque, esperando su dictamen. A regañadientes, él apartó la vista del rostro de la muchacha y lo dirigió al banco y hacia el objeto que ella acababa de hacer.

Como las piezas de calidad, era engañosamente sencilla. A primera vista, parecía una pequeña punta de lanza, de la longitud del dedo corazón, en forma de hoja de árbol y con una punta tan aguda como se podía obtener de una pieza fundida. Era un objeto de una ruda belleza, y estaba claro que ella había tomado como modelo uno igual, antiguo, que guardaba en su bolsa de utillaje, realizado por sus antepasados y heredado por él a través de la línea materna. Se sintió impresionado por la habilidad demostrada, y por el tiempo que había empleado ella en conseguir la proporción adecuada, haciéndolo a escala, de modo que el resultado era un tercio mayor que el original. Al mismo tiempo, se sintió levemente decepcionado al ver que había elegido un objeto tan sencillo como una punta de lanza para su primer vaciado. Lo volvió para examinar el otro lado, obteniendo así un poco más de tiempo.

Y entonces descubrió el primer engaño. No era simplemente una punta de lanza; cuando ella lo había dejado encima del banco, lo había colocado de forma cuidadosa para que la parte de atrás quedase oculta y él no viese el detalle del reverso, que lo convertía también en un broche realizado al estilo antiguo de sus antepasados, con la cara frontal a la vista y dos agujeros detrás para pasar la aguja y sujetar con él un manto. Era muy ingenioso, y sintió entonces un brote de cálido orgullo. Ella había aprendido mucho más de lo que pensaba de sus años de contemplación, y el resultado era algo mucho mejor que cualquier otra cosa que él pudiera haber hecho al empezar. Luego, dándole toda la vuelta, vio la tercera cosa, y supo con certeza que la niña le había sobrepasado plenamente. Como los mejores artesanos, ella había capturado la vida en su máxima sencillez, el movimiento en la quietud, y lo que vio ante él hizo que se le pusiera el vello de punta. Mirándolo por un lado, el objeto seguía siendo una punta de lanza, un objeto realizado para un guerrero. Al sujetarlo de otra forma, los arcos curvados de la cara frontal se convertían en algo totalmente distinto. Le dio la vuelta en la palma de la mano para recoger la luz que procedía del fuego. El bronce brilló entonces y en su superficie, grabado, vio el milano rojo de los coritanos caer entre las duras garras del pequeño, orgulloso búho de ojos amarillos que caza de día: aquél con el que había soñado su madre. Él había pasado todo el invierno soñando con la venganza. Su hija la había moldeado en bronce.

Se quedó largo rato en silencio. Las palabras de la anciana abuela resonaban en sus oídos. «Ella se está arrancando el sueño, como deberías hacer tú». Levantó los ojos. Breaca estaba de pie igual que antes, con la mano buena todavía en el yunque, la otra colgando al costado. La sonrisa y el color habían desaparecido de su rostro, la mañana los había dejado grises. Ella no preguntaría nunca; su orgullo se lo impedía. Debía darle lo que necesitaba, libremente, con integridad, pero era demasiado duro contemplar aquello de forma crítica, tal como haría con el trabajo de otro herrero cualquiera. Paseó los ojos a lo largo de las líneas, sopesando y analizando las marcas individuales en relación con el conjunto. Sin pensar, cogió la arena de pulir y eliminó una rebaba de la superficie. El involuntario movimiento de su brazo le ayudó a volver en sí.

Volvió a dejar la pieza. Le debía una total sinceridad; ella no esperaba menos.

—Se acerca a la perfección —dijo.

—¿Pero…?

—Pero no has usado el útil de dibujo. Los dos arcos de los ojos no están demasiado equilibrados. Éste de aquí —con el dedo siguió la línea en la superficie— no casa con este otro.

Ella lo sabía. Él lo comprobó en la inclinación de su cabeza, y en la única línea vertical que dividía su frente.

—No podía coger la herramienta sin que tú lo notaras —dijo—. He tratado de hacerme una yo sola, pero no funcionaba.

—Bueno, aun así, es una pieza extraordinaria. Y muy hermosa —él buscó en el estante superior y cogió su caja de trabajo. El sacabocados que se encontraba en el centro, protegido por un copo de lana, tenía en la punta el grabado de una osa amamantando, el emblema de su familia. Ahora se lo tendió a ella—. Si quieres usarlo —le ofreció—, vale la pena que lleve la marca.

Era el mejor regalo que podía haberle ofrecido, y ella no esperaba tanto. Le brillaron los ojos, y él se dio cuenta con asombro de que había lágrimas en ellos.

—¿Crees que es lo bastante bueno para llevar el sello? —preguntó.

—No te lo ofrecería si no fuese así.

Le pasó también un martillo mediano. Ella cogió el sello y lo colocó en la parte delantera del broche, en una zona de metal liso, sin ornamentos. El golpe retumbó como una campana. Con la marca ya en su lugar, la forma se equilibraba mucho mejor, de modo que él se preguntó si la asimetría no habría sido más deliberada de lo que a él le había parecido. En el exterior, el sol asomó ya por encima del horizonte. Un tímido rayo de luz entró por la esquina de la puerta e incidió en el banco. Eburovic movió la nueva pieza hacia él, de modo que el búho brilló como si fuera de oro. Ambos lo contemplaron, juntos. Él le dijo:

—¿Lo llevarás ahora?

—No —ella negó con la cabeza. Él vio brillar sus dientes, muy blancos, apoyados en el labio inferior. En ciertos aspectos, todavía era una niña—. No es para mí.

Por un momento, Eburovic pensó que se lo estaba ofreciendo como regalo, y el placer le inundó. Entonces vio las dos rayas gemelas de color, oscuras, en los pómulos de la muchacha, y, abrumado, comprendió. La miró en silencio.

Con un obvio esfuerzo, ella dijo:

—Es un regalo para… la persona que conocía al búho.

Estaba cohibida, su voz era apenas un hilo. Tenía la mano herida colocada plana encima del banco de trabajo, y todo su cuerpo temblaba como una hoja bajo la lluvia. La línea vertical estaba hondamente cincelada en su frente, como la de su madre. Ella tomó aliento para hablar de nuevo y Eburovic, cruzando la distancia que había entre ellos antes de que se convirtiese en un abismo insalvable, la hizo callar. Cuidadosamente, porque estaba claro que ella se encontraba a punto de echarse a llorar y no quería que lo hiciese, pasó un brazo en torno a los hombros de la joven y la atrajo hacia él, llevándola al mismo tiempo hacia el suelo, hasta que ambos se encontraron sentados en él rincón sombreado que quedaba detrás del horno, donde ella había pasado tanto tiempo cuando era pequeña. Le acarició el pelo, hablándole como habría hecho con un caballo recién domado que todavía pudiese salir corriendo, dando más significado al ritmo que a las propias palabras.

Mientras el sol naciente caldeaba la escarcha que se había formado sobre la hierba, y las gallinas se desperezaban en su palo en el granero, ella se fue relajando con el contacto de su padre, y su respiración, aunque todavía algo agitada, se fue haciendo menos forzada. Se dio la vuelta de modo que la espalda quedaba en contacto con el pecho del padre, y atrajo sus brazos para que la abrazara.

Con el rostro pegado al cabello de la niña, Eburovic dijo:

—Breaca, lo siento mucho. He pasado todo el invierno alimentando mi propia pena, y pensaba que tú te habías liberado ya de la tuya. Podemos hablar de tu madre, por supuesto. Deberíamos hablar de ella. Lo único que no podemos es decir su nombre. Su espíritu todavía se está abriendo camino a través del río de los dioses hacia la tierra de los muertos. No llegará a la otra orilla hasta que hayamos quemado sus huesos, al principio del invierno, cuando haga un año de su muerte. Hasta entonces, ella estará todavía buscando el camino, y no debemos hacer nada que pueda hacerla regresar.

—Pero ya ha regresado —su cuerpo se había vuelto a poner tenso, y su voz sonaba dura—. He soñado con ella. He dicho su nombre en sueños, y ella ha venido. Sigue viniendo.

Él no esperaba aquello. Sintió el hielo correr por sus vena; y luchó para evitar ponerse tan tenso como ella. Sabía que si actitud sería determinante.

—¿Y qué te ha dicho? —acabó preguntándole.

—Lo que siempre decía: que solo los dioses conocen el futuro, y que yo no debo juzgarles; que no debo albergar rabia alguna contra los coritanos, porque no son nuestros verdaderos enemigos. Decía que el Consejo tenía razón cuando decidió no atacar durante el invierno, y que yo debía usar mi voz para oponerme a un ataque

cuando nos reunamos de nuevo en primavera —se relajó un poco, dejando que la cabeza se apoyara en el hombro de Eburovic—. Pero yo no quiero hacerlo.

—Lo entiendo. Pero quizá sería lo mejor, y ellos te escucharían. Eres su hija, y algún día serás quien ostente la autoridad, como ella. Ahora te consideran ya como una guerrera. Te respetan.

—Ya lo sé.

Ella hablaba con una gravedad nueva, inesperada. Al matar a su atacante, su hija se había convertido en guerrera y se había ganado un lugar en el Consejo, mucho antes de lo que le correspondía. Era algo extraordinario en la historia de los icenos, pero no era el único caso. Un par de veces, en los relatos de los héroes y sus hazañas, ocurría que un niño había matado siendo muy joven, y había conseguido grandes cosas. No tenían bardo (su madre había ocupado aquel papel), pero había quien conocía aquellas historias y podía contarlas bien; muchos de los que se levantaban a contar historias en las largas noches de invierno habían recordado algún acontecimiento protagonizado por héroes jovencísimos. Eburovic, que conocía también las historias que no se contaban, las de aquellos que mataron jóvenes, murieron jóvenes y no dejaron a nadie que les llorase, escuchaba, con sentimientos encontrados, llevado por sus propios pensamientos. Ahora, recapacitando, se daba cuenta de todas las sombras que se habían congregado en torno a su hija.

—¿Te dijo tu madre que hicieras este broche? —le preguntó—. ¿O la anciana abuela?

—No. Fue idea de Airmid. Ella comprende.

Airmid, la alta joven silenciosa de oscuros cabellos, que recientemente se había convertido en mujer y era aceptada como soñadora de verdades entre los ancianos. En otoño, antes del ataque de los coritanos, no era amiga de su hija. Aquello también había madurado a lo largo del invierno sin que él lo supiera. Él cogió el broche del banco de trabajo y lo apretó en la palma de su mano.

—Podemos ir esta mañana. Si salimos ahora a caballo, llegaríamos a la plataforma y estaríamos de vuelta antes de que mediase la mañana.

—No, no puedo. Ya amanece. Tengo que ir a ver a la abuela. Ya llego tarde.

Durante dos años, su hija había servido de ojos y miembros a la anciana abuela, aliviando las penalidades de las mañanas de la mujer y aportando la fuerza de la juventud a sus días. Ser elegida para servir era un gran honor, pero también requería un gran sacrificio. Él lo había contemplado divertido, viendo a su hija adaptarse a la situación como se aviene un potro a medio domar al arnés, irritada por las restricciones y probando siempre los límites. Con el tiempo, se había vuelto más aplicada.

Ella empezó a levantarse. Él notaba que algo importante se le escapaba, como un pez en el río. Volviendo a abrazarla, le dijo:

—No. Airmid era los ojos y los miembros de la abuela antes que tú. ¿No podría serlo de nuevo por esta vez?

—Quizá —ella se volvió a mirarle. Tenía la cara húmeda, pero sonreía—. Si supiera por qué.

—¿Estará en el río?

—No, aún no. Está en la casa del oeste.

—Ya —él no preguntó cómo lo sabía.

La casa del oeste era el lugar donde dormían las jóvenes en edad de procrear, pero que todavía no habían tomado a ningún hombre. Los hombres jóvenes de edad similar dormían en el sur. La casa redonda en el centro era para las familias y los ancianos. Eburovic sintió que otra tradición se tambaleaba por la tormenta que había sacudido a su familia. No se esperaba que un hombre visitara la casa del oeste sin ser invitado. Le dio la sensación de que aquella mañana estaba llena de excepciones. Se puso de pie y soltó a su hija.

—Iré y hablaré con Airmid —dijo—. Coge los arneses y enjaeza los caballos. Nos encontraremos en los prados de abajo.

* * *

Se reunieron cuando el sol tocaba las ramas inferiores del espino en el límite del campo. Airmid había accedido a atender a la abuela, y la mujer había aceptado aquella alteración de su rutina. De camino, recogió su mejor manto y vio que Breaca había pasado por allí antes que él y también había cogido el suyo, y se había cambiado la túnica por una nueva, del color azul de los icenos, con un dibujo en espiral, más oscuro, por el borde. Se sujetó la espada a la espalda y cogió también su lanza y escudo de guerra con tachones de hierro y la marca de la osa grabada a fuego en el borde de piel de toro. No necesitaba más armas, pero no había vuelto a la plataforma desde que la construyeron, y sentía la necesidad de acudir con cierta ceremonia.

Se dirigió hacia los prados y encontró a Breaca que, pensando en él, había cogido el caballo ruano que llevaba a la guerra y había dedicado algo de tiempo a limpiar los abrojos y el barro que cubrían su pelaje. Junto a él, sorprendentemente, una potranca de color gris con una marca de color carne en el hocico y una raya de mulo por el centro del lomo se encontraba embridada y dispuesta. Eburovic miró al otro lado del cercado, a las dos docenas de caballos bien cuidados que habrían acudido fácilmente a la llamada. Breaca le dirigió una rápida mirada que era tanto un desafío como una disculpa.

—Irá bien —dijo—. Es casi tan buena como el ruano. Necesita tiempo antes de confiar en alguien.

No sabía si creerlo. Habría vendido la potranca en la feria de ganado de otoño, pero había coceado a los primeros que se le acercaron, y el resto mantuvo la distancia después, de modo que se vio obligado a quedársela. La había dejado durante el

invierno, pensando en trabajar con ella cuando se endureciese la tierra, en primavera. Pero alguien se le había adelantado. Sonriendo, su hija dijo:

—No ha intentado tirar a nadie recientemente. Si pasas primero con el ruano, estarás a salvo. Le seguirá adonde vaya.

—Si tú lo dices…

Condujeron los caballos por el terreno que había entre los cercados. Eburovic puso al trote al ruano, y corrió junto a él unos cuantos pasos. Cuando el ritmo era el adecuado, se agarró a las crines y saltó a lomos del animal como los guerreros. En pleno verano, con algún tiempo para practicar, podía hacerlo completamente armado y con la espada en una mano y la lanza en la otra, sabiendo que si perdía el ritmo, podía matarse o lisiar a un caballo al que adoraba. Ahora bastaba con llevar la espada en su vaina, a la espalda, y en la mano de la lanza llevaba también el escudo. Se colocó bien en la silla, desplazando la adarga al brazo. La sangre latía en sus oídos, y mezclado Con ella oyó el sonido de los cascos golpeteando la tierra. Haciendo girar al ruano, vio a la potranca gris que iniciaba un medio galope. Cogió las riendas, dispuesto a colocarse delante, cuando vio a Breaca que corría por el lado de la lanza y se agarraba a la crin. Iba por el lado equivocado, con el pie equivocado… pero montó perfectamente, siguiendo el ritmo. La sonrisa que le lanzó entonces era un reflejo de la propia mañana, Él se la devolvió, mientras su caballo se acoplaba al mismo ritmo de medio galope de ella.

—¿Puedes hacerlo con una lanza en la mano? —le gritó, por encima del ruido de los cascos.

—Creo que sí.

—Vamos, pues —le ofreció su lanza de guerra, más delgada y más ligera que la que usaba para cazar jabalíes, con la que ella había matado, pero de mayor alcance y con la punta muy afilada, para atravesar el metal.

Ella la cogió con una mano y se deslizó al suelo, corrió tres pasos y, usando la lanza como palanca con el extremo posterior clavado brevemente en la hierba, saltó y subió de nuevo. La potranca no perdió el paso ni un momento. Eburovic sonrió e hizo un gesto de aprobación. Breaca se echó a reír y blandió la lanza en el aire, y luego, solo por gusto, volvió a saltar por el lado del escudo. Eburovic la contempló e intentó recordar si ella era capaz de hacer aquello antes del invierno. Creía que no. Luego pensó si él mismo era capaz de saltar por los dos lados a la edad de doce años, que era la que ella tenía en aquel momento. Estaba casi seguro de que sí.

La potranca gris no estaba avezada a la lucha. Al notar la lanza silbando junto a su cabeza, se echó a galopar. Corrieron libremente durante un rato, llevando a los caballos a los campos que había a ambos lados para que corrieran, y luego dieron la vuelta en círculo y redujeron la velocidad hasta ir al paso. Era la primera cabalgada de la primavera, y no había que forzar demasiado a los caballos. Eburovic soltó las riendas y dejó que su montura cogiera su propio ritmo, disfrutando de la bella mañana. Aquel invierno lo había pasado sobreviviendo, no viviendo. Aquel era el

primer día desde el otoño en que se sentía contento de estar vivo. El aire era fresco y ligero, lo bastante frío para notar que los pelillos de la nariz estaban rígidos al expulsar el aliento, pero no lo suficiente para dejarle los dedos anquilosados. A su alrededor, la primavera se escabullía ya de las garras del invierno. Colgaban las primeras candelillas de los sauces, algo empolvadas de escarcha. Los abedules mostraban ya nuevas hojas, y las desplegaban al sol naciente. Las flores del espino blanco, en apretados capullos, salpicaban los setos como si fueran los últimos restos de nieve.

Los caballos estaban perdiendo su espeso pelaje de invierno. El ruano caminaba con la cabeza levantada y las orejas erguidas, como si fuera a la guerra. La potranca se colocaba a su lado, empujándolo suavemente, y no volvió la vista cuando Eburovic se inclinó para quitarle un poco de barro del cuello. Breaca la empujó un poco hasta que fueron cabalgando rodilla con rodilla. Ahora se sentía más tranquila, no tan tensa por la conmoción y el regusto de los sueños como en la fragua, pero tampoco mostraba la exuberancia febril del primer galope. Había en ella una cierta contención que le resultaba nueva. Pensó en cómo había sido capaz de montar a lo guerrero con gran pulcritud. Breaca, un año atrás, no habría practicado las horas necesarias para calcular bien el momento. Le volvió a la mente el fuego que había encendido en la fragua, con los bordes bien elevados para que el calor se concentrara en el interior. Antes de la muerte de su madre, el fuego que hacía Breaca era centelleante, que chisporroteaba al azar con alegría viva y descuidada. Ahora, le había demostrado que era capaz de concentrar su calor hasta fundir, si así lo deseaba. La imagen se le representó vivamente, suavizando la mañana. Le dio vueltas y vueltas en la mente. Demasiado a menudo había visto lo que ocurría con una vasija demasiado caliente, o un molde en el que se vertía sin orificios para la ventilación. Eburovic cabalgó en silencio junto a su hija y elevó una silenciosa plegaria a los dioses para que ella encontrase la forma de dejar salir el fuego antes de que la consumiese.

Los caballos cabeceaban. Eburovic guiaba al ruano con las rodillas mientras se perdía en ensoñaciones. La última vez que había recorrido aquel camino había sido a pie, ayudando a Graine, caminando a su lado, temeroso de que el niño pudiese llegar antes de que alcanzasen el lugar que había preparado para ella. Ella sonreía con aquella sonrisa suya tan especial, y le prometió que no sería así, y como era el segundo, él intentó creerla. Breaca entonces no era más que una niña. Ella iba corriendo delante, buscando por los bordes de los prados setas tempranas, y trayéndoselas a él a puñados, llenas de tierra. Graine las recogió y luego encontró sitio para ellas en una bolsa de cuero más grande que la que usaba para las piedrecillas de forma extraña que, según cómo se mirasen, parecían una cabeza de lagarto o la que utilizaba para la cáscara seca de un búho que mostrase los huesos de lo que había comido. Ambas permanecieron con su cuerpo después, como juguete de los cuervos.

El sol calentaba ya con fuerza por encima de su hombro derecho cuando alcanzaron las ruinas de la choza de alumbramiento que él había construido. El techado había caído unos días después del ataque, y el invierno había hecho el resto.

Siguió a su hija y ambos pasaron en fila india y luego abandonaron el camino para dirigirse hacia el bosquecillo que coronaba la loma por el lado del este. Cuando llegaron allí, volvieron a dar la vuelta para seguir su margen.

Los huesos de Graine se encontraban en una plataforma situada al sur del bosquecillo. Ella había muerto con una lanza en la mano, y el pequeño búho sería el guardián de su alma. Eburovic no podía imaginar nada mejor Como regalo de muerte que el broche que su hija le había hecho. Se esforzó en pensar en él, imaginando la forma del molde, las líneas grabadas y la impresión que causaban cuando ella abrió el recipiente. Cualquier cosa con tal de no pensar en el lugar adonde iban. Breaca se le adelantó en la potranca, con la espalda bien recta y el cabello desparramado como un ardiente manto encima de sus hombros: era imposible saber en qué estaba pensando.

Llegaron a media mañana. El sol estaba a su espalda, arrojando breves sombras a los pies de los caballos. Soplaba un ligero vientecillo del este, levantando los jirones de lana azul de la plataforma. A su llegada, una urraca y dos grajillas se levantaron perezosamente y se desplazaron a una rama cercana. No hicieron ningún ruido. Sin hablar (no hubiese podido hablaren aquel momento), Eburovic desmontó y llevó su caballo hacia delante. Breaca condujo a la potranca hasta la base de un poste. No era lo bastante alta para ver por encima. Él estaba a punto de ofrecerle la mano cuando ella se apoyó en el travesaño y, con una facilidad que hablaba de muchas repeticiones, se levantó a pulso, manteniendo el equilibrio con la punta de un pie en las ancas de la potranca. Así pudo estirarse hacia delante y dejar su broche exactamente donde quería. Él vio que sus labios se movían, pero no oyó las palabras. Sé volvió hacia el ruano y se alejó, entendiendo que su presencia era una intrusión. Ella bajó de un salto y se acercó a él cabalgando poco después. Eburovic observó el rostro de su hija, buscando la señal de que el sueño se había roto, de que había salido de él, como dijo la abuela. Entonces ella sonrió y él se apartó. Cabalgaron de vuelta en silencio. El viento venía ahora desde el sur, y el aire se hizo algo pesado. En la distancia, unas nubes espesas y grises prometían lluvia.

Al llegar a los campos y soltar de nuevo a los caballos, Eburovic volvió a recuperar la voz.

—¿Estás ocupada? —le preguntó. Había comenzado la siembra de primavera. Ella pasaba el día en los campos. Si no estaba sembrando semillas, estaba desherbando o quitando piedras. Antes de salir, se había lavado cuidadosamente, de otro modo habría tenido tierra metida bajo las uñas, del día anterior. Al otro lado de los prados, veía a los demás ya atareados.

Breaca no pensaba en trabajar. Le miró durante un momento, con el ceño fruncido, y luego dijo:

—Airmid y Macha han empezado a plantar el glasto. Necesitarán que les ayude a acabar antes de que venga la lluvia. Voy ahora.

—Ven a la fragua cuando acabes. Tengo que enseñarte una cosa.

* * *

Ella, llegó al anochecer, cuando las gallinas aprovechaban la última luz de la tarde en el umbral. Había llovido durante la tarde, pero las pizarras del tejado, que sobresalían más allá de la puerta, protegían la entrada. Una gallina pequeña y pálida, con una mancha oscura en cada pluma, extendía sus alas en el centro, ahuecando el plumaje e inclinando la cabeza para aprovechar el calor del interior. Hacía muchísimo calor dentro. El fuego llevaba encendido todo el día, consumiendo gran parte del carbón. Eburovic estaba desnudo hasta la cintura, sin delantal. Trabajaba de espaldas a la puerta, golpeando con el martillo. Breaca se sentó junto a la gallina, contemplando el choque del hierro contra el hierro, y notando que el ritmo conmocionaba todo su cuerpo, sin coincidir con el latido de su corazón. Estaba cansada. La mano herida le dolía de tanto plantar y sembrar. Se hizo un masaje en la palma con el pulgar de la otra mano, dejando que el golpeteo del martillo penetrase en su interior y la apaciguase. Se sentía irritable y no tenía razón para estarlo, y eso le preocupaba. Había contestado mal a la anciana abuela, y eso no tenía sentido y solo podía traerle problemas; y también había discutido después con Airmid, que era amiga suya y no lo merecía. Incluso la cabalgada hasta la plataforma la había decepcionado, aunque había hecho un gran esfuerzo para ocultarlo. Dejó que su mente vagase recordando todos los momentos, tratando de averiguar dónde se había estropeado el día.

—¿Breaca? —el martilleo había cesado sin que ella lo advirtiese—. ¿Estás bien?

—Sí —esbozó una sonrisa para él. No era mentira. Lo único que necesitaba era una noche de sueño, y ahora creía que eso sería por fin posible—. Es tarde —dijo—. Lo siento. Nemma está cerca del parto y Airmid quería encontrar raíz de valeriana para después. Hemos buscado durante demasiado tiempo.

—¿Pero la habéis encontrado?

—Claro —su sonrisa era auténtica esta vez—. ¿Estaría aquí de no ser así? Airmid no se rinde si ha decidido algo —lo cual había provocado la disputa, tontamente. Se puso de pie, intentando no alterar a la gallina—. ¿Es demasiado tarde?

—No. Ven. Estaba acabando.

La fragua estaba casi como había estado al amanecer: el fuego brillaba, anaranjado, arrojando unas extrañas y cambiantes sombras en los muros. Olía a metal quemado y a carbón ardiente y al sudor masculino de su padre. Él la abrazó y, mirando por encima de su hombro, ella vio por qué el fuego había ardido tanto y durante tanto tiempo: Eburovic había pasado el día soldando. Una espada sin terminar yacía en el banco. La espada era tan larga como su brazo y ancha como la mano, y en un extremo acababa en una punta que algún día llevaría la empuñadura. Ella la cogió. El extremo de la empuñadura se acoplaba bien a su mano, y el peso de la hoja no era excesivo. El metal todavía estaba empañado por el fuego y se percibían las rayas de un azul como de caballa de la soldadura entrelazada que unía las nueve

estrechas tiras de hierro sin pulir, formando una hoja más ancha. Ella la blandió una vez, para probar, y notó aquel leve escalofrío, cercano al miedo, que sentía en su interior cuando manejaba alguna de las armas que construía su padre. Reverencialmente, volvió a dejarla en el banco.

—¿Y bien?

—Es muy buena —dijo. Había aprendido de él a ser cuidadosa con las alabanzas.

—¿Quieres probarla contra una hoja real?

—¿Puedo?

—Sí. Toma.

Ella lo hizo. La sensación fue esta vez mucho más fuerte. El hueco en la palma de su mano se abrió para recibirla. Sujetándola, sus articulaciones se movieron con mucha más libertad y como lo hacían después de cabalgar o de practicar con la lanza. La hizo girar un par de veces, notando su peso, y luego, mirando a Eburovic, vio que se había colocado frente a ella con su propia espada, la gran hoja con la osa amamantando grabada en el pomo que contenía las vidas y las hazañas de sus antepasados por línea paterna. Él dijo:

—Da el tajo del revés a la cabeza.

La hoja quería moverse. Usando ambas manos, ella blandió la espada hacia atrás, apuntando a la sien de él. El hierro chocó contra el hierro. Una sola chispa voló hacia la puerta.

—Bien. Ahora, un golpe de derecho hacia mi rodilla.

El aire silbaba al pasar por sus brazos. El sólido e informe borde de la hoja se paseó por toda la longitud de la hoja de él, sorteando la muesca que el campeón de los coritanos, de cabeza blanca, había hecho en la hoja cuando luchó con su bisabuelo en combate singular para solucionar una disputa sobre lindes. Una tormenta de chispas voló muy alto en la oscuridad. Breaca dejó que la punta de su hoja rebotara hacia la tierra apisonada del suelo.

—Y ahora, una estocada hacia el pecho…

Ella tuvo mucho más cuidado con esta última, sabiendo que él recibiría todo el empuje en la empuñadura. La hoja de la muchacha chocó contra la del hombre y se detuvo, de repente. La conmoción del impacto rebotó en sus hombros. El óvalo de esmalte rojo en el lado izquierdo del travesaño de su padre repiqueteó, desentonando con el resto, pero no se cuarteó como había hecho en manos del abuelo de su abuelo cuando éste luchaba contra las legiones de César, junto al río.

—Bien. Muy bien —sonreía tranquilamente, como cuando tenía una sorpresa para ella. Cogiendo un trozo de tiza, midió la hoja contra la longitud del brazo de la niña.

—Eres joven. Tienes que crecer aún dos palmos más, pero aun así, es demasiado larga para la altura que tendrás. La cortaremos por aquí —hizo una señal con la tiza —, por el tercio inferior. Si quieres, podemos usar el hierro que sobre para hacer el travesaño y el pomo. O, si prefieres, los podemos fundir en bronce. Si tuvieras que

hacer tú la espada, ¿qué preferirías?

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Voy a hacerla yo?

Aquello habría hecho que el día fuese perfecto. Durante años, ella había imaginado la hoja que forjaría cuando se la considerase lo suficientemente mayor para trabajar el hierro.

Pero su regalo fue mejor aún. Él dijo:

—Puedes ayudarme a hacerla, si quieres, pero creo que tu espada debe ser forjada por otra persona. Así será más fuerte.

La cabeza le daba vueltas. Era más que perfecto. Tímidamente palpó la hoja sin pulir, y notó el estremecimiento en su piel. Su padre dijo:

—Cuando tu madre murió, te prometí que te haría una espada. Y es ésta. Se adapta a ti, y tú te adaptas a ella. Sabiendo esto, ¿cómo prefieres que haga la empuñadura, de bronce o de hierro?

Demasiado, y demasiado pronto. Ella se sentó de espaldas al horno y trató de dejar que la canción sonase en su cabeza. Tenía que pensar como un herrero. La calidad y el peso de la hoja contribuían a la longitud de la estocada y a la fuerza necesaria para morder la carne, pero un buen artesano ponía el alma de la espada en los dibujos de su travesaño, el tacto de la empuñadura y la forma en que moldeaba el pomo, y era la elección del material lo que convertía en única cada espada. El hierro era más duro, pero también más frío. El bronce podía abollarse, pero era más fácil de trabajar y podía contener más detalles. La espada de su padre colgaba en la pared, tras él; Los dibujos de la empuñadura de la osa eran antiguos y complejos. No sería posible reproducir las mismas sutilezas en el hierro. Mirándola, Breaca vio que quería que su espada se pareciese lo más posible a la de su padre.

—La empuñadura y el pomo deberán ser de bronce —dijo, formalmente—. Pero no las haremos hasta que haya soñado con ellas, y sepa qué forma deben tener.

—Pues así sea. Haremos primero la hoja, y esperaremos a tu sueño. Ven cuando quieras y la haremos juntos. Tengo una idea de algo nuevo que quiero probar.

# III

Trabajaron en la nueva hoja intermitentemente a lo largo de lo que quedaba de primavera, aprovechando el tiempo compartido. Acabaron de nacer los potrillos y empezó la plantación tardía. Breaca pasaba las mañanas y las tardes atendiendo a las necesidades de la anciana abuela, y la mayor parte del día en compañía de todos los demás adultos capacitados y niños ya crecidos, sembrando judías, guisantes y cebada, desherbando entre las hileras crecientes de trigo invernal, y llevando agua a los campos altos, donde las nuevas semillas empezaban a brotar ya. Entre tanto, había que examinar a las yeguas para comprobar que no tuviesen mastitis, y cuidar a los nuevos potrillos y domar a los del año anterior, que habían pasado el invierno acercándose para que los alimentaran, pero aún no conocían la brida.

Los sentimientos hacia su madre cambiaron. En la plataforma situada más allá de los campos, al borde del bosque, los huesos de los muertos se blanqueaban al sol y se volvían grises bajo la lluvia. Durante un tiempo, mientras los espinos florecían, yacieron bajo una capa de pétalos como nieve, y tomaron el color que se vertía a su alrededor. Ella todavía los visitaba, pero cada vez menos, y sus noches eran más tranquilas. Si su madre volvía, traía con ella paz y buenos recuerdos, y no dolor.

El mundo se movía muy deprisa en torno a ellos. En una choza de alumbramiento construida dentro del recinto, Nemma había dado a luz a un niño de pelo rojo. De los diversos jóvenes que podían haberlo engendrado, Verulos fue quien se comprometió a educarlo. Era cojo de un pie y no había superado las pruebas como guerrero, pero era un buen aprendiz de guarnicionero, y se aceptaba en general que podía convertirse en un buen padre. Nemma se mostró muy contenta con la decisión final.

En la fragua, la espada iba transformándose lentamente de la densa y oscura asta en el hierro azulado de una hoja forjada. El metal se dejaba trabajar bien bajo el martillo. Eburovic cantaba como no había cantado en todo el invierno. Una vez, le pidió a Breaca los cabellos que se había depilado a ambos lados de la cabeza, donde se haría las trenzas para la batalla, y otra vez le pidió los recortes de sus uñas. Ella le dio lo que pedía, y le vio arrojarlos al primer fuego del día, cantando todavía. Él hizo también otras cosas, cosas que ella no había visto nunca, y la fragua se convirtió en un lugar de nuevas exploraciones que la atraía cada día y marcaba sus sueños por las noches.

Y mientras tanto, Bán criaba a su cachorro. Aquel diminuto ser había crecido un poco y ya se sostenía sobre sus patas. Sus ojos, que eran pálidos como el cielo cuando se abrieron, se habían ido volviendo grises como los de su padre, y luego pardos, como los de Macha y Bán. Con las piernas más largas y mejor visión, progresó y, pasó

de perseguir caracoles, babosas y escarabajos a acosar a las gallinas e incordiar a las yeguas. Y cuando creció un poco más, aprendió que valía la pena vigilar los fuegos de los asados, y Camma, la hermana pequeña de Nemma, que los atendía, se encontró diariamente envuelta en una lucha en la cual el ganador se llevaba al menos una porción de carne, y el perdedor podía irse hambriento. Y ella no siempre ganaba.

Llegaron los mercaderes con el cambio de estación. El primero fue Arosted, el delgado y nervudo comerciante de sal que subía por los caminos con las últimas nieves, conduciendo su reata de ponis de planos cascos junto con su hijo, su hija y dos de sus medio primos como ayudantes, mozos de carga y guardianes. Una vez allí sacaba sus ladrillos de sal, todavía crujiente y seca por el horno, y empezaban los trueques. En años anteriores, había cambiado su mercancía por armas. Aquel año, como la gente de los dobunios, en cuya tierra surgían los yacimientos de sal, había hecho la paz con sus vecinos del sur, en lugar de armas tomó broches y hebillas de cinturón de Eburovic, dos perros jóvenes criados por Macha de una hembra muy prometedora, y un par de pieles de gamo cazados por Sinocho que había preparado Nemma, cuyo sueño era el gamo rojo y que sabía preparar y curtir aquellas pieles y suavizarlas mejor que nadie.

Además de la sal, Arosted traía las primeras noticias del mundo exterior tras el invierno, un servicio por el cual también se le pagaba bien. Al ir remitiendo el trajín del intercambio, Arosted cogió aparte a Eburovic y Macha y les dio la noticia de que los ancianos de los coritanos deseaban que se supiera que habían desterrado a tres de sus jóvenes guerreros al principio del invierno, como castigo por una incursión que iba en contra de las leyes de dioses y hombres. Y lo más importante de todo: deseaban que se comprendiese que nunca, en ninguna circunstancia, habrían aprobado un ataque hacia una mujer en trance de parto, particularmente una mujer tan honrada por los dioses como la última jefa de los icenos.

Cuando Macha sugirió educadamente que no era ajeno a los ancianos de los coritanos el hecho de mentir, Arosted les mostró el brazalete de oro macizo que le habían entregado para asegurar que el mensaje fuera transmitido con rapidez ya los oídos adecuados. Si mentían, no les salía barato. Eburovic, a su vez, le dio un caballo zaino que se acababa de domar para la monta, y una daga hecha con hierro endurecido y con la empuñadura rodeada de alambre de cobre. Se consideró un trato justo.

El comerciante de sal partió con la luna llena. Con la luna nueva aparecieron otros, entre quienes destacaba Gunovic, tratante de caballos, guerrero y herrero ambulante, y el único armero en la memoria viva que se pudiese comparar con Eburovic en habilidad. Llegó desde el sur, trayendo barras de hierro en bruto recién forjadas en sus hornos y pellas de cobre y de estaño recién fundidas de las minas y hornos del sur, y lingotes de plata del norte lejano, y oro rojo de Hibernia. Era un hombre grandote, corpulento, con el pelo oscuro y una piel que la intemperie ya había puesto de color castaño, aunque estaban al principio de la primavera. Su túnica

era negra, sujeta con broches de oro, plata y bronce que destacaban con gran belleza contra la tela oscura, y las mangas las llevaba recortadas para mostrar mejor la fortuna que ostentaba en brazaletes en sus brazos desnudos. Entró a caballo por las puertas una mañana neblinosa, entre el chasquido y repiqueteo de los metales preciosos, y empezó el intercambio ya antes de que llegase al primero de los establos. En la casa redonda se le obsequió con galletas de avena y cerveza, mientras otros deshacían su equipaje. Él se sentó en la puerta con Macha y la anciana abuela, intercambiando noticias de aquellas partes del sur que todavía no había visitado Arosted, mientras sus trabajos iban pasando de mano en mano para comprobar su valor.

Al principio, él ofreció cosas sencillas y decorativas: broches, peines, fíbulas, collares y brazaletes, todos de oro y de plata, cobre y bronce, con o sin incrustaciones de esmaltes. Aquel año, por primera vez, traía esmaltes azules engastados junto a los rojos en algunas de las piezas; un trabajo de los belgos, de los talleres de aprendices de tierra adentro. El azul era muy parecido al color de los mantos de los icenos, y esas piezas fueron las primeras en adquirirse, seguidas por otras que llevaban incrustado coral o ámbar, o que estaban finamente trabajadas en oro y plata. Mucho antes de la noche ya había colocado todas las piezas que se proponía vender, y fue a hacer tratos con Eburovic a la forja, intercambiando, entre otras cosas, varias pellas de esmalte azul en bruto por un espejo de plata y un broche muy ingenioso, que parecía una punta de flecha por la parte de delante, pero que llevaba una osa amamantando grabada en la parte posterior.



El lugar de honor en la casa redonda aquella noche fue suyo. Sinocho había cazado, y se regalaron con estofado de liebre y judías, condimentado con ajo silvestre. Después, le pidieron que cantara una canción. Gunovic no era bardo, no había recibido enseñanza alguna, pero tenía una buena cantidad de historias comunes entre las tribus y una voz con la que les hacía justicia. Bebió la cerveza y les rogó que atizasen el fuego y, en honor de Eburovic, empezó con un relato para los niños, el de la osa que vivía en una caverna en la montaña y entregó el fuego a los antepasados, junto con la habilidad para forjar el metal. Era un bonito cuento, aunque allí, en las planas tierras del este, donde una montaña apenas significaba un bulto en el horizonte, tuvo que pasar mucho tiempo representando a los más jóvenes un retrato de las montañas escarpadas y cubiertas de nieve en las que vivía la osa, y la gran cascada de agua, de la altura de nueve veces nueve hombres, que caía eternamente en retumbantes torrentes hasta llenar la poza de los dioses que se encontraba debajo. Todos le contemplaban en silencio absoluto. Bán abrazaba a *Granizo* cada vez que mencionaban a la bestia, sin apartar la vista de las manos ondulantes y sensuales del herrero y la sucesión de

sombras que proyectaban figuras en la pared.

Dejaron al fin a la osa en la poza de los dioses, hablando con Nemain, la luna, que era la única entre los seres sagrados que mostraba el rostro dos veces a su pueblo, una vez en el cielo y otra en el agua, mostrando así que el agua era la vía por la cual uno podía llegar hasta los dioses. Los niños, protestando, fueron reunidos, envueltos en pieles y acostados; algunos se durmieron, otros escucharon, y otros trataron de escuchar, pero pronto se durmieron también. A Bán se le ofreció su antiguo lugar para dormir con Silla, pero lo rechazó. *Granizo* era ya lo bastante mayor para no necesitar que le alimentasen durante la noche, y no había razón alguna para que Bán siguiera durmiendo en la choza de los arneses, pero a él le gustaba, y conservaba orgullosamente aquel privilegio. En cualquier caso, no tenía intención alguna de irse a dormir cuando sabía que el mejor de los cuentos estaba todavía por llegar. Se acurrucó bajo su manto, junto a su madre, mientras *Granizo* se apretaba al otro lado, y se dispuso a escuchar.

Breaca se sentaba al otro lado, a mano derecha de la anciana abuela, dispuesta a ofrecerle su ayuda si la mujer la necesitaba. Le dolía la mano de la cicatriz, entre los huesos de los dedos, como le ocurría siempre cuando estaba cansada. Ausente, se frotaba la mano con la rodilla. Gunovic se inclinó hacia ella y le pasó la jarra. Habían hecho carreras antes con sus respectivos caballos y él había ganado, pero solo por una cabeza. Gunovic la había felicitado por su potranca gris después, y le había regalado un broche con la forma del pequeño búho orgulloso que caza de día. Fue la única señal que dio de que había oído hablar de la muerte de su madre, y lo hizo en privado, con amabilidad, tal como solía hacer las cosas. Junto con su padre, era el mejor guerrero que ella conocía, y él le había enseñado algunos de los mandobles más tramposos que se le pueden ocurrir a hombre alguno. Si había matado a aquel coritano por su habilidad con las armas, debía agradecérselo a Gunovic más que a nadie. Ella aceptó la jarra con una inclinación de cabeza, bebió y la pasó al siguiente en el círculo. La cerveza estaba tibia y amarga, y eliminó el regusto del ajo que le había quedado en la boca, aunque no alivió el dolor de su mano.

Hubo algo de movimiento y ruido cuando la gente cambió de sitio y ocupó los espacios junto al fuego. Un trozo de madera empapada de sal, tan larga como el brazo de un hombre, fue arrojada a las brasas, y desprendió orgullosas chispas azules que bailaron cerca del techo. El olor del tronco era intenso, con ese penetrante aroma a hierro y a sal del mar. Las llamas crecieron mucho más, arrojando sombras saltarinas hacia la paja del tejado. Los animales grabados en las jambas de la puerta titilaron y parecieron cobrar vida. El humo se acumulaba encima de ellos, manteniendo el calor. Se abrió una tercera jarra para Gunovic, y éste se la llevó hacia el lugar reservado para el bardo, en el extremo más alejado del fuego. Antes se encontraba de pie, para mostrar mejor las sombras que formaba con las manos. Pero entonces se sentó, apoyando la espalda en un pellejo relleno con crin de caballo que se encontraba junto a la pared. Cuando se hubo aposentado, se dirigió a la anciana abuela, como exigía la

tradición.

—Abuela. Tú has oído todas las historias que se pueden contar. Debes elegir ahora cuál es la que vamos a escuchar.

La anciana contempló el fuego, con la cabeza inclinada, como si estuviese escuchando. Finalmente, levantó los ojos y los clavó en los del herrero.

—Cuéntanos la historia de Casivelauno —dijo.

Otras voces murmuraron su aprobación. Era un cuento clásico del bien contra el mal, pintado con claros colores y en el cual la rectitud triunfaba contra todas las probabilidades. Gunovic se quedó silencioso un momento, pensando. Luego levantó la cabeza y empezó.

—Voy a contaros la historia del guerrero más grande, Casivelauno, abuelo del padre de Cunobelin, el Perro del Sol, que gobierna sobre los Trinovantes y los Catuvelaunos, que viven al sur…

Su voz era distinta. Había perdido la cadencia cantarina del bardo y se había convertido en la voz de Casivelauno, hablando justo antes de la batalla; el único guerrero que tuvo la fortaleza y la previsión necesarias para unir a las tribus guerreras en tiempos de las dos invasiones de César.

En su mente, Breaca veía a un hombre como un gigante, con su cabello al viento de color cobre, montado en su caballo ruano de batalla. Sus enormes perros de guerra pintos se agrupaban a su alrededor, con sus collares de hierro y de cuero, dispuestos a desgarrar las gargantas de los legionarios. En torno al cuello, llevaba la torques del liderazgo, forjada para él en oro por un herrero de los icenos. Más plumas negras de las que se podían contar colgaban de los extremos de la torques, todas con el cañón teñido de rojo, indicando el número de guerreros que había matado en justo combate. Su adarga era de piel de toro, y tan pesada que entre dos hombres apenas podían levantarla. Su espada era de hierro, y cuando la envainaba yendo a caballo, la punta llegaba hasta el suelo. Por encima de los hombros llevaba un enorme manto multicolor, con pedazos de todos los colores de las tribus que se habían unido a él: azul cielo de los icenos, blanco para los ordovicos, rayas rojas y negras para los brigantes, que solo adoraban a Briga, verde para los cornovios, que seguían al ser con cuernos, gris para los guerreros y soñadores de Mona, aquellos individuos seleccionados de entre todas las tribus para estudiar en la isla sagrada. Solo faltaba el amarillo aliaga de los trinovantes, porque Mandubracio, el príncipe de esa tribu, había traicionado al héroe y sus aliados ante el enemigo.

Todo esto se encontraba cerca de su hogar, y tenía el sabor añadido del peligro inminente. Los trinovantes dominaban el territorio que se encontraba inmediatamente al sur de la tierra natal de los icenos, y la tregua entre ambos pueblos nunca había resultado fácil. En la oscuridad, Mandubracio, príncipe de los trinovantes, crecía y se agigantaba ante ellos: un hombre venal que codiciaba más tierra y poder de lo que los dioses le habían otorgado. Era un mal guerrero y carecía de valor, pero lo compensaba mediante la astucia. Cuando estuvo claro que no podía

derrotar a Casivelauno por la fuerza de las armas, viajó a las Galias y requirió la ayuda del mayor enemigo de todos, Julio César, pidiéndole el apoyo de las legiones para derrotar a su enemigo.

Dos veces atacaron las legiones de César. La batalla del primer año contenía ya la materia del heroísmo, pero la del segundo año fue con mucho la mayor. Los ejércitos se encontraron en orillas opuestas del río que conducía al mar, y fue como si los propios dioses lucharan. La batalla se encarnizó desde el amanecer hasta mucho después de haber atardecido, y el agua del río bajaba teñida por la sangre de ambos bandos. Murieron guerreros a miles, defendiendo una tierra que no era la suya.

Hacia la noche, viendo que no podía imponerse, Gasivelauno guio a los supervivientes por unos senderos secretos hacia su fortaleza. Aquel lugar se encontraba en unas marismas, rodeado de bosque en todas direcciones, y por lo tanto consideró que era seguro. Allí se refugiaron los cansados guerreros, y así consiguieron algo de tiempo para comer y descansar y cuidar sus heridas, tiempo para que los herreros forjasen nuevas puntas de lanza y nuevas hojas de espada, tiempo para que los soñadores invocasen a los dioses y les pidieran ayuda.

Pero la fortaleza no era segura. Mandubracio la conocía, y condujo al enemigo hasta ella, susurrándoles al oído la única debilidad de Casivelauno. El gran guerrero tenía un perro de guerra que se llamaba *Belin* por el dios del sol, y lo amaba igual que a sus propios hijos. En secreto, hombres de los trinovantes capturaron al perro, atrayéndolo con carne fresca y suaves voces. *Belin* acudió de buen grado porque no era un animal agresivo cuando no estaba en batalla contra el enemigo. Y así, en la mañana del tercer día, sonó un cuerno desde las marismas próximas a la fortaleza. Casivelauno miró desde las murallas y vio al enemigo alineado ante él. Levantó su lanza y habría dado la orden de abrir las puertas para atacar, pero entonces vio a su perro favorito crucificado ante las filas de los enemigos, con el hocico atado para que no pudiese aullar y avisar así a su amo. El perro murió mientra. Casivelauno lo contemplaba, y entonces le cortaron la cabeza y la clavaron en la punta de una lanza, y la llevaron hacia delante, pidiendo una rendición incondicional. Y el corazón del gran guerrero se rompió. Si el enemigo era capaz de hacer aquello con un perro, que era sagrado, ¿qué no haría con las personas? Consultó a sus soñadores, salió por las puertas de su fortaleza y tiró su gran espada, con la que había arrebatado tantas vidas, a los pies del enemigo, escupiendo sobre ella mientras lo hacía.

Gunovic se detuvo entonces. Era el momento adecuado. Breaca no era la única que sollozaba. En torno a ella, hombres y mujeres hipaban y se secaban el rostro. Al lado de Macha, Bán lloraba desconsoladamente. Agarró a *Granizo*, que se rebelaba, y lo estrechó contra su pecho, y lanzó horrorosas y vívidas maldiciones contra el enemigo, contra todo lo que viniese de las Galias, contra la casa del traidor Mandubracio, que vestía un manto color amarillo aliaga. Macha le envolvió en su propio manto y le acunó como si fuese un niño pequeño, prometiéndole que la historia luego mejoraba y que el gran soñador Onomaris, cuyo sueño era la gaviota,

había hablado con Manannan, dios del mar, conjurando una tormenta para hacer naufragar a los buques de guerra romanos, de modo que la vida de Casivelauno se salvó y las legiones de César partieron y no volvieron nunca más. Como ocurría siempre, los soñadores ganaron la batalla que no pudieron ganar los guerreros. Pero aquello no consoló a Bán. El amadísimo perro estaba muerto, y aquellos que lo hicieron merecían estar malditos durante generaciones.

Gunovic se acercó más al fuego.

—Es posible que estuvieran malditos, como tú dices —aseguró—. Julio César murió solo, asesinado por sus propios compatriotas, y no se ha oído hablar de nadie de su estirpe desde entonces. El traidor Mandubracio murió sin hijos, y es un descendiente de Casivelauno quien gobierna ahora a los trinovantes, así como a los catuvelaunos.

—¿Quién? —Bán había dejado de sollozar y estaba hipando, y le resultaba difícil formar frases, largas—. ¿Cómo es que gobierna a ese pueblo enemigo?

—Su nombre es Cunobelin, que significa «Perro del Sol». Gobierna las dos tribus porque es un hombre muy sabio, que ama el poder, y que congrega muchas más lanzas que ningún otro, de modo que nadie se atreve a enfrentarse a él.

—Sus hijos lo harán —dijo la anciana abuela, agriamente. Era la única que no mostraba señal alguna de llanto—. Al menos El Revolucionario, aunque los otros no lo hagan.

Los ojos de Bán se abrieron de par en par.

—¿Quién es El Revolucionario?

Gunovic dijo entonces:

—Caradoc, el tercero y más joven de los hijos de Cunobelin. El Perro del Sol ha extendido ampliamente su semilla, y con un cierto propósito. Togodubno es el primer hijo, nacido de una mujer de la estirpe real de los trinovantes. Él asegura el linaje de su padre entre esa gente. Es un gigante para su edad, con el pelo negro y la nariz ganchuda. No ha matado aún en batalla, pero ha pasado las pruebas de guerrero con justeza. Es un buen diplomático. Será un buen líder, si su padre lo permite. El segundo hijo, Amminio, es un joven pálido, pelirrojo, de piel amarillenta y ojos acuosos, nacido de una mujer gala de alta alcurnia. Lo han educado en parte en la Galia, y se ha hecho tan romano que viste toga cuando come, y se depila los pelos de la nariz dos veces al mes, para estar más guapo… ¡es verdad…! —su voz se alzó, llena de indignación, ante las sonrisas incrédulas que veía a su alrededor—. ¡Podéis burlaros si queréis, pero Amminio tiene la bendición de su padre y pasa los días bebiendo vino con los magistrados en la Galia! Ya tiene tres granjas de caballos, y los derechos para comerciar con vinos, vidrio y vajillas de mesa finas, y está amasando una fortuna privada.

—Y esclavos —la anciana abuela escupió al fuego—. Ése hará su fortuna comerciando con esclavos. Su riqueza procede de la sangre, como la de su padre.

—En realidad, podría ser así —asintió Gunovic, lentamente—, Caradoc, sin

embargo, es muy distinto. Es excepcional. Si estás en una batalla, es el guerrero que te gustaría tener a tu lado. Su madre es líder guerrera de los ordovicos y ellos, como sabéis, son los segundos, después de los siluros, en valor y fortaleza de sus guerreros.

Sus ojos se posaron en Eburovic, cuyos antepasados distantes procedían de los siluros. Eburovic estiró los brazos y movió los pies hacia el fuego.

—Eso es mentira —dijo, con simpatía—, y tú lo sabes.

Gunovic sonrió. El herrero de los icenos era su mejor amigo. ¿Qué sería la vida si uno no pudiera provocar un poquito a un amigo? Los otros sonrieron también, notando que la tensión se extinguía.

Eburovic se movió de modo que el fuego iluminó su rostro.

—Deberías contar la verdad si quieres ser bardo, herrero. Los siluros son buenos guerreros, algunos de ellos quizá fuesen hasta héroes, pero los ordovicos son excepcionales. Se dice que han nacido con la fiebre de la batalla en los ojos y qué nunca se les pasa. Aquellos que luchan contra ellos cabalgan esperando la muerte. Y la mayoría la encuentran.

Gunovic inclinó la cabeza.

—Es posible. Me inclino ante tu mayor experiencia. Ciertamente, la madre de Caradoc es una guerrera de conocida destreza. Su nombre es Ellin nic Conia —su voz volvió a adoptar de nuevo la cadencia reservada a los cuentos heroicos—. Es alta y muy hermosa, con el cabello del color del trigo antes de recolectarlo, y unos ojos de un verde grisáceo que adoptan todos los matices del mar. Lleva una túnica del color de sus ojos y se la conoce en toda la tierra por su valor en batalla. Sus caballos son los mejores de los criados en el oeste, su espada penetra en lo más duro, su venablo vuela más lejos que ninguno, o al menos —su voz cambió, como anticipando las proezas que iban a seguir— así era todo ello, hasta que el último invierno, cuando su hijo Caradoc, de once años de edad, hizo las pruebas de guerrero entre su gente y se ganó la lanza. Ahora, la lanza de la madre es la segunda, después de la de su hijo.

—¿A los once? ¿Ha pasado la prueba de guerrero entre los ordovicos a los once años? —era Tago, hijo de la hermana de Sinocho, quien preguntaba.

Tenía doce años, casi trece, y debía pasar su prueba en la reunión de invierno. Se consideraba una buena edad, y no era ninguna vergüenza fracasar la primera vez. Para pasar, tenía que arrojar una lanza y dar en el blanco nueve veces de cada nueve, a cincuenta pasos. Menos de uno entre cada diez que probaban conseguían pasar la primera vez.

—Lo ha hecho —asintió Gunovic—. Así lo han atestiguado todos los soñadores. Ninguno lo ha intentado tan joven y ha tenido éxito. Pasará las pruebas de los trinovantes y de los catuvelaunos el año próximo. Su padre no lo aprueba, y no hará nada para ayudarle, pero yo he visto al chico y tendrá éxito. Cuando lo haga, será un guerrero famoso de tres pueblos diferentes. No existe hombre alguno, incluido su padre, que haya conseguido una hazaña semejante jamás.

—¿Y asesinará el hijo a los soñadores, como ha hecho su padre, o les honrará,

según el pueblo de su madre?

Siguió un silencio horrorizado. Era Macha quien había hablado. Con la misma fría voz, añadió:

—Hace ya diez años que el Perro del Sol mató al último de sus verdaderos soñadores. Había dos. Hizo que los despellejaran vivos y que clavaran sus cuerpos a un avellano, y en su lugar llamó a Heffydd *El Falso* para que hablase por voz de su amo, como si viniese de los dioses. ¿Seguirá el hijo revolucionario ese sacrilegio, tú qué crees?

—No —Gunovic sacudió la cabeza—. Los ordovicos gobiernan las tierras que conducen a la isla sagrada de Mona. De todas las tribus, son los que están más ligados a los soñadores. Caradoc desprecia a su padre y sigue a su madre en todo. No expulsará a los soñadores cuando llegue a gobernar.

—Bien —la voz era de Tago, que estaba sentado con los puños apretados, dispuesto a luchar, pero sin adversario visible.

Relajó los puños y encogió los hombros, como alguien que enfría los músculos después de una lucha.

Sinocho dijo:

—Entonces, ¿qué pasa con ese Perro del Sol, que tiene tres hijos de tres madres diferentes? ¿Ha dejado ya de sembrar semillas, o tendremos que advertir a nuestras hijas que se cuiden de los hombres trinovantes con la nariz depilada y la cabeza nublada por el vino?

Sonaron unas cuantas carcajadas, aunque no muy seguras. Gunovic se puso de pie, estirando las piernas.

—Ah, no, es demasiado viejo. De quienes tenéis que prevenirlas es de sus hijos, porque vienen de tres en tres, y son implacables. Y de los herreros con la garganta seca y la nariz peluda. También debéis prevenirlas contra ellos.

Sonrió, de modo que sus dientes brillaron a la luz del fuego, y su absurda respuesta les hizo reír de nuevo, que era una buena forma de concluir, y eliminaba los últimos recuerdos del primer Perro del Sol y de su muerte a manos de los romanos. Bán era el único que no olvidaba. Aquella noche durmió con su madre, cosa que no hacía desde que tenía tres años, y *Granizo* lo hizo en el hueco que quedaba entre ambos.



Gunovic partió tres días después, habiendo ganado tres nuevos caballos de carga, un potro zaino de tres años que domarían pronto para él, y que podría llevarse cuando volviese a pasar, la promesa de grano suficiente para cargar sus monturas cuando volviese en otoño, nueve piedras de sal, una túnica de lana pálida sin teñir con el

borde de color azul iceno, un juego de agujas de hueso y muchas hierbas secas que le curarían a él mismo y a sus monturas si recordaba cuáles eran para cataplasmas y cuáles para añadir a la comida… más todas las armas acabadas y a medio acabar de las que Eburovic consideró que podía desprenderse, dadas las circunstancias.

Como correspondía a su estatus, también llevó un mensaje dirigido a los ancianos de los coritanos, a cuyas tierras se dirigía a continuación. El mensaje decía que los icenos consideraban que el ataque de otoño había sido un acto de jóvenes imprudentes, y que no se debía permitir que alentase los malos sentimientos entre ambos pueblos, que sería mejor que permaneciesen en paz. Como prueba de la seriedad de sus palabras, él debía mostrar un brazalete de oro que era más ancho y más pesado que el recibido por Arosted, el comerciante de sal, que fue quien entregó su mensaje en la otra dirección. Al comerciar con los guerreros del milano rojo, él podía ofrecer muchos broches de gran valor, pero pocas puntas de lanza o espadas, habiéndose ya librado de gran parte de su cargamento.

Gunovic pasó por las tierras de los coritanos, y fue hacia el norte, a las tierras de los brigantes, fieros seguidores de Briga, donde encontró que en realidad sí tenía hierro para comerciar, incluyendo varias docenas de buenas puntas de lanza icenas, junto con el rumor, de procedencia desconocida, de que los coritanos se estaban concentrando para atacar a sus vecinos del norte. Fue bien recompensado y disfrutó de su estancia, y volvió al oeste, hacia las montañas, convertido en un hombre rico y feliz.

# IV

El final de la primavera se convirtió en verano y trajo consigo la sequía de la tierra. El calor era mayor de lo que nadie recordaba. El aire secaba toda la humedad de la tierra, y también de las personas. Los caballos se quedaban en parejas a la sombra de los espinos, moviendo sin cesar el rabo cada uno en la cara del otro. En la casa redonda la puerta de piel estaba levantada por completo y el fuego mantenido al mínimo. La anciana abuela yacía desnuda encima de sus pieles, con los brazos estirados a los lados, para desprender más calor. En la fragua, el fuego se había reducido a un solo carbón ardiente. Nadie se movía si no era imprescindible.

Breaca encontró a Airmid junto a la poza sagrada, debajo de la catarata. La joven yacía echada como un lagarto en una roca. Un avellano con nueve ramas crecía en una grieta junto a ella, y sus hojas arrojaban sombras ovaladas e iguales sobre la roca, el cuerpo de la muchacha y el agua. Los dibujos que formaban iban cambiando con el breve soplo de la brisa, confundiendo su silueta, de modo que, al pasar a su lado, era fácil no verla. Aun sabiendo exactamente dónde mirar, Breaca tuvo que quedarse de pie un rato y esperar hasta que sus ojos se acostumbraron al cambio de luz y sombras y pudo distinguir la oscura piel bronceada sobre la roca moteada por el liquen. Cuando estuvo segura, trepó a otra roca y se quedó un rato examinando a Airmid, contemplando el leve movimiento de su respiración y tratando de averiguar si tenía los ojos abiertos. A su debido tiempo, cuando le quedó claro que la muchacha estaba despierta y no dormida, Breaca bajó y dejó su regalo en el suelo entre ambas, se volvió y se dispuso a esperar.

Y esperó. Tras ella, un grupo de espinos y carpes hervían llenos de vida. En un lado del bosquecillo, un pequeño pájaro de un color gris pizarra cazaba moscas y las ensartaba, con cuidado e inteligencia, en las espinas de un arbusto de endrino. En otro lugar, un aguzanieves se movía de piedra en piedra atravesando el agua y llenándose el pico de insectos, que de vez en cuando llevaba a la nidada, que le esperaba. En su tercer viaje, cedió el paso a un martín pescador, un relámpago azulado con la marca del sol en el vientre que pasó como una exhalación por encima del agua y se sumergió buscando un pez en el centro. Diecisiete latidos transcurrieron hasta que volvió a la superficie, sin llevar pez alguno. Frunciendo el ceño, Breaca contempló el agua en el lugar en donde había estado el ave. No parecía justo que un pájaro pudiese entrar en el reino de los dioses y volver con el pico vacío. Volvió a mirar a Airmid, queriendo hablar, pero los ojos de la otra joven miraban ciegamente, sin verla, la superficie del agua. Era posible, después de todo, que estuviese soñando. Breaca dejó escapar el aliento que había estado conteniendo, y se dispuso a esperar de

nuevo. Aquella vez no contemplaba la poza.

Todo el mundo sueña. Antes de saber hablar, antes de saber decir más que su propio nombre y el de su madre, Breaca había oído a los demás hablar de sus sueños y sus ensoñaciones. Había comprendido muy pronto que mientras su madre tenía ensoñaciones (llenas de color, vívidas y realistas, con gran sentido para ella y para su familia), Macha y la anciana abuela pasaban el tiempo simplemente soñando, y volvían a la casa redonda con la mirada fija en lugares lejanos y las palabras de los dioses en sus labios. Al mismo tiempo, Breaca había llegado a comprender que ella prefería la ensoñación al sueño… y que ese tipo de ensoñación era mucho menos frecuente.

Tres veces desde que era lo bastante mayor para comprender la naturaleza de lo que ocurría, las muchachas habían salido para pasar tres noches solas, y al volver se lo habían contado todo. Las hermanas Camma y Nemma salieron en años sucesivos y volvieron respectivamente con el ganso blanco y el ciervo como sueños propios. Camma, que pasaba los días alejando a *Granizo* de sus sartenes, era una muchacha obnubilada, de cabello pálido, que vivía con los ojos clavados en otro horizonte, pero la maternidad le había enseñado la verdad de su sueño y protegía a sus dos hijos con una ferocidad que al final resultó merecerla pena. Nemma, su hermana, volvió con la cierva roja, pero habría resultado sorprendente que fuese de otro modo. Desde su más temprana infancia seguía las huellas de los ciervos rojos, recogía sus astas caídas y formaba siluetas de ciervos con trocitos de piel de los animales cazados. A lo largo de todo un verano, crio a una cervatilla huérfana, alimentándola con leche de yegua y enseñándole a comer de su propia mano, de modo que ahora, en los inviernos duros, la alimentaba igual que alimentaba a los caballos. Sinocho y los demás cazadores conocían bien sus huellas, y sabían que si la tocaban sería a riesgo suyo.

Ellas fueron las primeras a quienes vio Breaca. No era nada excepcional; cada una estaba feliz con su sueño, y ambas prodigaban el debido respeto al ganso o al ciervo en los días señalados, y colgaron una prenda (una pluma y una pata de ciervo, respectivamente) en la pared de encima del lugar donde dormían para que actuase como guardiana. Era Airmid, la extraña y alta Airmid, morena de piel y de pelo, la que era diferente. Ella fue quien, al anochecer del último día de sus largas noches, entró por la puerta del alojamiento de las mujeres, pisando las piedras colocadas en la entrada como si caminara sobre el agua, con los ojos desenfocados y la cara llena de asombro, y la boca incapaz de pronunciar las palabras que describieran lo que había visto. No se le había dado prenda alguna; no tenía necesidad de nada externo que le recordara lo que había ocurrido. Los dioses le habían hablado. Continuarían haciéndolo así, y lo que le habían dicho definió el resto de su vida. Era una soñadora.

Breaca había presenciado todo aquello en detalle la primavera antes de que muriera su madre. Era una mañana clara y cortante, con buen sol y espesa escarcha. Ella se había levantado temprano, contra su costumbre, y estaba sentada en el exterior de la casa redonda, trabajando en una piel de ciervo, Bán estaba con ella,

desplumando una becada que había cogido en una trampa. Todos los demás dormían todavía cuando llegó Airmid, corriendo desde el alojamiento de las mujeres, pisando descalza el estercolero sin cuidado alguno por los desechos, y se detuvo en la puerta de la casa redonda solo porque la anciana abuela le habló bruscamente desde el interior, diciendo su nombre y pidiéndole que tuviera cuidado. Entonces ella esperó, jadeante, crispando los dedos y volviéndolos a abrir, con su cabello oscuro, tan parecido al de Macha, todavía aplastado por el sueño, los ojos delirantes, y el azoramiento del sueño todavía pegado a su rostro, convirtiéndola en «otra» de una forma que Breaca nunca había visto antes. La abuela se acabó de vestir entonces y salió para escucharla y, con visibles esfuerzos, Airmid volvió del lugar adonde la había llevado su mente.

—La lluvia está llegando —dijo, y su voz sonaba áspera, como la de una rana—. Nueve días a partir de ahora. Tenemos que trasladarlo todo.

—La lluvia llega siempre. ¿Por qué debemos trasladar las cosas ahora?

La anciana abuela hablaba con amabilidad, cosa que para Breaca era una experiencia nueva. En circunstancias normales, si se la despertaba temprano se corría un gran peligro.

—Habrá demasiada. Una inundación. La poza de los dioses bajo la cascada no podrá contener toda el agua, y se extenderá por los prados como un mar. El río se llevará los cuerpos más allá de la puerta de la casa redonda. Los cuerpos…

Entonces se detuvo y se mordió los labios para no llorar. Airmid, que no lloraba por nadie ni por nada. Breaca se acercó a ella, pero la anciana abuela llegó primero y se llevó al interior a la muchacha para que yaciera en su propio lecho, y le dio una ramita de sauce para que la masticara antes de dormir; a Breaca le encomendaron que la vigilara mientras la anciana salía a discutir las noticias con sus pares.

Se inició entonces un despliegue de actividad desacostumbrado. A lo largo de los siete días que siguieron, la gente se trasladó a los prados altos y se llevó consigo todo lo que se podía estropear. El noveno día, las lluvias llegaron, tal como había dicho Airmid. A lo largo del día, el río fue creciendo y sus orillas se desbordaron, y la inundación llegó a media altura de la pared de la casa redonda, y todo el mundo que lo vio dio gracias por lo oportuno de aquel aviso, que les había permitido trasladarse a tiempo; todos excepto la propia Airmid, que lloró inconsolable con los dedos crispados por el dolor, porque las tres ranas que habían ido a avisarla en el sueño pasaron flotando en el agua, muertas.

Breaca la observó mucho más de cerca después de aquello, aunque a distancia. Airmid tenía una reputación de difícil que no era enteramente inmerecida. Cuatro años ejerciendo de ojos y miembros de la anciana abuela habían dejado su huella; Airmid no hablaba demasiado, y cuando lo hacía era con una ironía que frecuentemente bordeaba la rudeza. Si se la pinchaba, su lengua resultaba más afilada que la de cualquiera, exceptuando a la anciana abuela, y no había que exponerse a ello sin motivo.

Otro chisme que corría sobre ella era menos exacto. La historia de Duborno, el hijo pelirrojo de Sinocho, y el daño que ella le había hecho era ciertamente falsa, aunque Airmid no hacía esfuerzo alguno para refutarla, cosa que resultaba frustrante. En los primeros días, cuando Breaca se había dado cuenta de que eran los celos lo que hacía que sus iguales hablaran tan mal de la muchacha, trató de defenderla. Luchó incluso dos veces, y acabó sangrando. Más tarde, después de una conversación con su madre, dejó de luchar las batallas de los demás, y en lugar de ello se limitó a observar y a aprender lo que podía de los secretos de la ensoñación. Y si Airmid se dio cuenta, no lo demostró.

Todo cambió en otoño, con la muerte de la madre de Breaca. Airmid era para ella una presencia tranquila y sólida en una época en que el mundo se había vuelto del revés, y fue ella quien le regaló la pluma de guerrero con el cañón rojo, cosa que nadie más había pensado en hacer. Después nació un nuevo respeto entre ambas, y luego la amistad, que se fue haciendo cada vez más honda.

Era un día bueno para sentarse tranquilamente con una amiga. Breaca contemplaba la cambiante corriente de luz reflejada en la superficie de la poza. El sol se movía y su propia sombra se movía con él, deslizándose hacia delante poco a poco hasta que alcanzó los primeros juncos que bordeaban la orilla. Pensó si debía cambiar de posición, para que su sombra no contaminase el agua, y decidió que no. El sol se movió un poco más, hasta que le dio en la espalda, calentando el hueco entre los omoplatos, una zona que le parecía mucho más sensible desde la mañana de la muerte de su madre. Cerró los ojos y dejó que el calor penetrara hasta su interior. En su mente, su madre hablaba con ella, como hacía cuando era muy pequeña, y, como un bebé, ella no comprendía las palabras. Una rana empezó a hablar en la distancia y las dos voces se mezclaron. Entonces una mano ocupó el puesto del sol, masajeando los músculos que corrían a ambos lados de la columna vertebral. Una voz que no era la de su madre dijo suavemente:

—Breaca, abre los ojos.

Ella lo hizo. Una rana pequeña, de menos de tres dedos de ancho, estaba sentada en la roca, en la mancha oscura de su sombra. Su piel era de un verde musgo, con una raya marrón a lo largo del costado. Tenía los ojos completamente negros y, cuando parpadeaba, los párpados superior e inferior se encontraban en el centro de la pupila. Parpadeó y Breaca también le devolvió el parpadeo.

Airmid dijo:

—¿Cómo sabías que necesitaba el llantén?

—He oído que se lo decías a Macha.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Hay una planta en el cercado de arriba, donde los potros tusones pacen en primavera. He recogido las hojas con la luna llena, y cuidando mucho de coger solo una de cada tres. La planta todavía está viva.

—Gracias. Bien hecho —además de las ranas, Airmid se preocupaba mucho

también por las plantas. Era una de las cosas que más la apartaba de los demás. Las manos se movieron de la columna de Breaca hacia sus hombros, masajeando los nudos formados por el trabajo matinal—. ¿Has estado practicando con las nuevas lanzas de guerra de tu padre otra vez?

—Solo un rato. Macha necesitaba ayuda para quitar las malas hierbas. Después me he llevado una al prado de abajo, y la he probado para ver el equilibrio que tenía.

—¿Y era buena?

—Será buena para Sinocho. Él la sujeta desde mucho más atrás. Yo necesitaría un contrapeso en la parte de atrás, para mantener la punta bien alta.

—Hum. Mueve el brazo… no, hacia atrás, así, para tensar más esté músculo… ¿te duele?

—Un poco —Breaca cerró los ojos, buscando el dolor en la parte superior del hombro, donde comenzaba.

—Ya me lo imaginaba. Aquí, ¿notas esto? Te has hecho una fisura. Debes hablar con tu padre. Pídele que te haga una lanza equilibrada para ti. ¿Está mejor?

—Sí, gracias. Pero no me la hará. Soy demasiado joven. Si hay una guerra, no me permitirán luchar.

—No habrá guerra este verano. Los ancianos se reunirán a mediados del verano para revisar su decisión, pero todo el mundo sabe lo que sientes, y si hablas en contra, nadie te lo discutirá. Si los coritanos intentasen un ataque, quizá cambien de opinión, pero Gunovic ha hecho bien su trabajo; los brigantes les amenazan desde el norte, y los guerreros del milano rojo no son tantos que puedan defender dos fronteras a la vez. No nos atacarán si nosotros no les atacamos, de modo que habrá paz por ahora. Será diferente el verano próximo, pero entonces tendrás tu propia espada, y también una lanza.

—Aun así, seguiré siendo una niña y no me dejarán luchar.

—No. Serás mujer antes del invierno.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo leo en el agua.

Era una broma. La voz de Airmid cambió, y se hizo tan profunda que resonaba entre ambas, Breaca abrió los ojos y miró hacia abajo. En la poza, sus reflejos mezclados temblaban. Vio que las manos de Airmid se movían hacia delante, deslizándose por debajo de sus brazos hasta alcanzar la curva de sus pechos. Frunció el ceño. Un frío dolor se abrió paso en su interior.

—¿Es seguro?

—Eso creo. No puedes seguir siendo una niña siempre —los dedos se movían suavemente, haciendo que notase un vacío en el estómago—. ¿Te duele?

—No… bueno, sí, un poco. Solo si aprietas fuerte.

—¿Pero los notas más irritados que de costumbre?

—Sí.

—Entonces será dentro de dos meses. Tres, como mucho. Empezarás a sangrar a

finales de la cosecha, o antes incluso.

Ahora ya no estaba bromeando. Sobre aquello, no. Era una cosa demasiado importante. Las maños de Airmid se unieron delante de ella, apretándole el diafragma, y calentando el lugar donde nacía su miedo. Breaca miró hacia arriba, al cielo. En lo alto, encima de sus cabezas, un cernícalo planeaba en una corriente térmica, como un borrón desdibujado en el aire azul. A su lado, Airmid dijo:

—Disfruta. El año que viene por estas fechas te habrás librado de la anciana abuela.

—¿Pensabas en estas cosas cuando salías fuera en tus largas noches?

—No. Era feliz con ella. Me sentí triste por dejarla.

—Y yo también.

—Ya lo sé.

El sol se desplazó aún más y se reflejó de pleno en el agua, con un brillo cegador. Las dos se apartaron de la roca y se colocaron a la sombra del avellano, echadas una junto a la otra, con los brazos estirados y la piel oscura y clara formando alternativas rayas de color. Breaca se volvió de cara y dibujó en el brazo de Airmid, empezando por la muñeca y siguiendo luego por el antebrazo. Al llegar al codo, se detuvo y trazó las líneas de un antiguo tatuaje. El dibujo se estaba difuminando un poco con la edad, pero se había realizado con mucho cuidado, de un tamaño un poco mayor que el real, como si el dios en forma de rana hubiese mojado una patita trasera en una tinta de un azul verdoso y hubiese pisado en el pliegue interno del codo de Airmid, donde la marca quedaba más cerca de su corazón. Breaca dibujó una curva en torno al dibujo con el dedo. Con cuidado, porque no se aceptaba ni siquiera para los amigos más íntimos hurgar demasiado en los sueños ajenos, dijo:

—Siempre me he preguntado cómo pudo hacer esto la anciana abuela sin ojos que guiaran sus manos.

—Ella no necesita ojos para ver las formas de las cosas. Ya lo sabes.

—Sí. Pero pensaba que te lo había hecho antes, cuando tú eras una niña y ella todavía veía.

—No. Entonces no sabía nada de las ranas todavía. No vinieron a mí antes de mis largas noches. Entonces no aparecía nada. Yo pensaba que era estéril, que siempre volvería sin nada. Me quedaba allí echada, despierta, rogando a Nemain que me enviara un sueño, cualquier sueño, aunque fuese uno que apenas me tocase, como el de Camma. La anciana abuela me dijo una vez que ella pensaba que yo soñaría con el gusano de tierra, y yo la creí. Después de aquello no pude dormir durante noches enteras, pensando lo horrible que sería.

—A mí me dijo que yo era una avispa, que dormiría todo el invierno y picaría a la gente en verano.

—Ella tiene sus propias razones. Creo que era necesario preocuparte, para dejarte abierta a los dioses. Pero tú soñarás. Debes creerlo. Lo que pasa es que esperar resulta duro.

—Ya lo sé. No tengo paciencia. Pero es más llevadero cuando lo hablamos.

Era su máximo temor: estaba muy cerca ya de convertirse en mujer y los dioses todavía no le habían enviado ninguna señal. Era bueno saber que a Airmid le había pasado lo mismo. El nudo que tenía en el diafragma se relajó un poco. Suspiró y se movió encima de la roca, desplazando la mano hacia la cadera de la otra muchacha. Un suave beso le acarició el cuello. Ella se inclinó y dejó que sus dedos derivarán, explorando. Era un día de nuevas formas, para explorar las sombras cambiantes y mezclarse, sudorosa, con otra persona. Los besos se hicieron más largos y más concentrados, y su dirección cambió. En la poza, el martín pescador se sumergió una segunda vez, ahora sin testigos, y salió del agua con un pez. Mucho más arriba, el cernícalo derivó a un lado por encima del agua, y empezó a cazar entre los juncos de la orilla más lejana. Al otro lado del río, en los cercados de los caballos, un chico y un cachorro de perro jugaban con una potranca parda, toda patas, acechando por turno a monstruos imaginarios.

El sol se desplazó, y las sombras formaron unos ángulos más agudos. Breaca yacía con la palma apretada contra la huella de rana de Airmid, y pensó en la niñez, y en cómo sería abandonarla. Le asaltó un nuevo pensamiento, uno que volvió a traer consigo el frío, aunque de forma distinta. Se dio la vuelta, alejándose de la sombra. Pero no por eso dejó de sentir preocupación.

—¿Airmid?

—¿Sí?

—¿Y si no me convierto en una soñadora, y a ti te llaman para ir a la escuela de soñadoras en Mona? ¿Te irías sin mí?

—¿Cómo?

La muchacha se incorporó de repente, frunciendo el ceño para intentar comprender la pregunta. Mirándola a los ojos, Breaca dijo:

—El entrenamiento es de doce años, quizás incluso veinte, si los ancianos lo piden. ¿Te irías sin mí?

—No, claro que no, ¿cómo puedes decir eso? —el rostro de Airmid seguía ceñudo y helado. Sus dedos, enlazados con los de Breaca, se apretaron hasta que los nudillos se pusieron blancos—. Eso no va a suceder —dijo—. No lo digas siquiera. Tú soñarás.

—Pero…

—Aunque me llamasen a Mona mañana mismo, tú vendrías. Todos los soñadores deben tener un guerrero como guardián, y tú ya lo eres. Puedes venir como guerrera mía, y entrenarte en la escuela de guerreros.

Eso era lo que más temía. Desde el día de la muerte de su madre, desde el regalo de Airmid de la pluma con el cañón rojo, aquella sombra lo había oscurecido todo. Breaca cerró los ojos. El frío la devoraba. En la oscuridad de su propio dolor, dijo:

—En Mona, los guerreros no son nada. No han entrado en guerra desde los tiempos de César. Son los soñadores quienes se sientan en el Consejo de los ancianos —era una exageración, y lo sabía; algunos guerreros entrenados en la escuela de Mona

llegaron a obtener la consideración más elevada, pero ése no era el asunto.

Airmid, comprendiendo lo que sentía, no la corrigió. Por el contrario, dijo:

—Los soñadores comparten su consejo con los nacidos en el linaje real de sus pueblos. Y tú eres la próxima líder de los icenos. Si me llaman a mí, habrá también un lugar para ti.

Pero no era eso lo que ella quería. Breaca abrió los ojos. Airmid estaba sentada frente a ella, con el rostro muy serio. La arena formaba una línea sinuosa en toda la longitud de su brazo, como los nervios de una hoja de árbol. Sus ojos eran pozas en las que se podía uno sumergir. Todas las partes de su cuerpo eran hermosas. Breaca cogió las dos manos de la muchacha entre las suyas. Lo habían compartido todo, la parte más profunda de la vida. Era justo que le entregara su secreto más íntimo. Allí, junto a la poza de los dioses, y con Airmid como testigo, Breaca nic Graine, heredera del linaje real de los icenos, dio voz a su secreto, e hizo un juramento:

—Si voy a Mona, será porque soy quien soy, no por un accidente de mi nacimiento, o por un solo acto con una lanza. Iré como soñadora o no iré.



Fue idea de Airmid que abandonaran la poza y caminaran río arriba hasta un lugar donde pudiesen nadar. No había nadie que pudiera verlas debido al calor del mediodía; pasaron junto a los últimos cercados de animales y caminaron hacia el norte por la estrecha cinta de tierra que formaba la margen entre el bosque y el río. Lejos del pueblo, la tierra se hacía más abrupta; los prados mullidos y suaves daban paso a unas hierbas mucho más ásperas y duras, y luego a los matorrales y la tierra, con ocasionales marismas en las que se hundían los pies hasta el tobillo. En esos lugares flanquearon las primeras filas de árboles, caminando en zigzag de nuevo a medida que la tierra se elevaba y se convertía de nuevo en pastos. Corriente arriba, el río era mucho más estrecho que el tramo que pasaba junto a la casa redonda, pero fluía mucho más rápidamente, de modo que su melodía era diferente, y la vida que reunía en su torno más variada. Contemplaron los juncales y los diferentes tipos de lagartos, y contaron libélulas de tres colores nuevos. El bosque, lejos de los asentamientos humanas se volvía más agreste, y los árboles eran distintos, Allí había más pinos, alerces y abedules, y menos avellanos y sauces. Los espinos eran ubicuos, salpicando las márgenes del río con los restos de sus flores blancas, rotas por el viento. Breaca cogió algunas y las arrojó al agua, en memoria de su madre.

El sol había bajado y proyectaba ya las sombras por encima de su hombro izquierdo, cuando Airmid dijo que se detuvieran. El río, remansado por un antiguo recodo, se había vuelto a ensanchar y formaba una poza mucho más amplia y menos honda que la que se encontraba debajo de su cascada. El bosque crecía casi hasta la

orilla, con un breve y empinado talud que se extendía desde las raíces de los árboles más cercanos hasta el agua. Airmid se puso de espaldas al sol y miró a izquierda y derecha. Dando unos pocos pasos hacia delante, volvió a hacerlo de nuevo y quedó satisfecha. Señalando hacia arriba, donde sobresalía un haya majestuosa en la primera fila de árboles, dijo:

—Éste es el lugar. Vamos. Siéntate entre las raíces y dime lo que ves.

—¿Pero no íbamos a nadar?

—Más tarde. Esto es más importante.

El árbol hacia el que había señalado la joven era más antiguo que la mayoría de los que se encontraban allí cerca. Breaca clavó los dedos en la orilla y trepó hasta, colocarse de pie junto al árbol. Unas raíces tan anchas como su propio brazo se arqueaban hacia arriba, fuera de la tierra, y formaban una intrincada red que le llegaba hasta las rodillas. Dos de las raíces más gruesas formaban una horquilla situada frente al río, y ella se metió entre ambas de modo que tenía una a cada costado; se sintió cómoda, como entre los brazos de su padre cuando era más pequeña. Miró hacia abajo, al río. Desde aquella altura podía ver a través de su brillante superficie y de los perezosos y remolineantes círculos de la corriente, mientras ésta se extendía para formar la poza. El espectáculo era de una belleza perfecta, y compensaba el calor sufrido durante la caminata. Sonrió a Airmid.

—¿Así va bien?

—Si te parece.

La muchacha mayor se quedó de pie junto al borde del agua, con los pies firmemente colocados y haciéndose sombra con la mano en los ojos para protegerlos de la luz. Estaba muy seria, no como antes.

—Mira al otro lado del río, a la tierra que hay más allá —dijo—. ¿Qué es lo que ves?

Breaca miró. El árbol la obligaba a mirar hacia el este, donde la tierra era más llana. En el terreno pantanoso, el sol engañaba. El horizonte lejano se perdía en una neblina que prometía agua, pero no la daba. Entre ella y el horizonte el terreno era llano, salpicado de forma intermitente por franjas de aliagas atrofiadas, torcidas por el viento, y envueltas en helechos y hierbas silvestres. Nada de todo aquello resultaba excepcional. Movió la cabeza negativamente.

—No sé. ¿Qué es lo que se supone que tengo que ver?

—Lo sabrás cuando lo veas —Airmid se cogió a una raíz y saltó hacia arriba.

Se arrodilló, poniendo los ojos al mismo nivel que Breaca, y miró en la misma dirección. Y luego bajó aún más la cabeza.

—Así no puedes verlo —dijo—. Tienes que ponerte más abajo.

Breaca se desplazó hacia abajo. La línea del horizonte se alzó, y el ángulo se alteró. Examinó el lugar donde tierra y cielo se unían, borrosos, y esta vez vio aquello que debía ver: un largo y bajo montículo que sobresalía orgulloso de la tierra que lo rodeaba.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un montículo de los antepasados. Lo construyeron en honor a sus muertos. Lo más importante es que si te sientas aquí en el momento adecuado, puedes ver el sol y la luna levantarse por encima de él. Creo que sería bueno. Si importase el hecho de verlos.

Airmid se había colocado de pie junto al árbol. Tenía la cabeza ligeramente inclinada a un lado, y fruncía el ceño, pero no miraba a Breaca, sino que estaba ensimismada, intentando expresar las palabras adecuadas. Entre las leyes, algunas estaban más claras que otras. Una de las más claras era que una muchacha que estaba a punto de hacerse mujer debía encontrar su propio lugar para sentarse allí y pasar sola sus largas noches, sin ayuda de sus semejantes o de sus mayores. Breaca había pasado buena parte del verano, mientras no estaba con Airmid, buscando sin éxito un lugar en el que se sintiera bien. Ahora, acunada por las raíces como ramas del haya, supo que lo había encontrado, y que no era la primera en sentarse allí.

Airmid se había quedado callada. Breaca buscó su mano y la cogió. La riqueza del regalo que acababa de recibir penetró en su interior, lentamente.

—Pienso —dijo, despacio— que podría ser un buen lugar para sentarse en las largas noches de sueño. Que los antepasados la ayudan a una, si se sienta aquí.

Airmid asintió con la cabeza, solemne. En la mitad de su rostro lucía una sonrisa por haber ofrecido aquel regalo, conocedora del valor que tenía. La otra mitad estaba todavía seria, soportando las responsabilidades de la edad adulta.

—Sí, quizá —accedió—. ¿Crees que sabrás volver tú sola aquí?

—Eso creo. Si sigo la línea del río, me volverá a traer aquí —Breaca deseaba con desesperación levantarse y besarla. Por el contrario, se concentró en la mitad seria de su rostro y fue pensándolo todo, intentando ver las posibles dificultades—. Tendré que venir caminando al amanecer, cuando la luz es más difícil. Si ha estado lloviendo, el terreno estará pantanoso y me hundiré en barro hasta las rodillas. Tendré que meterme más entre los árboles, y luego volver a salir de nuevo hacia el río.

—Bien. Puedes venir cuando quieras. No sabemos con qué tiempo y con qué luz te enviarán los dioses, así que debes conocerlo tan bien que puedas encontrarlo hasta con niebla y con oscuridad total. Por ahora, debes bajar al río y presentarte. El agua es poco honda aquí, pero se puede nadar. Y está caliente.

Y lo estaba. Su poza, la que estaba bajo la cascada, era insondablemente profunda. Alcanzaba por debajo el reino de los dioses, y solo las nutrias y los martines pescadores nadaban allí. Aquí, en estas aguas menos sagradas, podían ponerse de pie con el agua al cuello, meter los dedos de los pies en la arena remolineante y salpicarse agua la una a la otra o bucear bajo la superficie y nadar en espirales llenas de burbujas, deslizándose piel con piel, como los peces, o echarse de espaldas con los pies y la cara al aire, contemplando el mundo como hacen las ranas, parpadeando.

Después, se echaron juntas en la curva de la orilla, dejando que el sol calentase sus huesos y escuchando el vibrante canto del avetoro que se escondía entre los juncos,

más arriba, junto al río. Breaca jugueteó con la arena suelta, dibujando siluetas. Tal como le había enseñado su padre, formó un carrizo, una osa y un caballo. Los tres eran contemplados por una rana, que había imaginado ella misma. Airmid se incorporó un poco por encima de su hombro y añadió el trazo de una pata y el punto del ojo, para hacer la rana un poco más realista. Cuando acabó, dibujó una forma de hoja que podía ser una punta de lanza, como asiento, y una forma oblonga que se convirtió, añadiéndole algunos símbolos más, en el montículo de los antepasados. Sin discutir nada, se dibujaron la una a la otra en el espacio que se encontraba bajo el montículo, yaciendo tal como se encontraban en aquel momento, con una guirnalda de hojas de haya para mantenerse juntas por toda la eternidad. Airmid dibujó una espada y un escudo en la puerta de entrada, para preservarlas de los enemigos. También añadió otra Breaca, más pequeña, sentada en la distancia, con la espalda apoyada en un haya, contemplando la salida de la luna por encima del horizonte, pero aquello era peligroso, así que la borró en cuanto la hubo completado.

Como necesitaban hablar de todo aquello, pero no directamente, Airmid preguntó:

—¿Le has preguntado a tu hermano como le llegó su sueño? Bán no estaba en su larga noche cuando ocurrió. Te lo podría contar todo.

—Ya se lo he preguntado.

—¿Y qué dice?

—Dice que no era un sueño de verdad.

Habían acabado ya los dibujos. Breaca cogió un junco roto de la orilla y tocó con él la superficie del agua. Un pececillo salió a besar el lugar que ella había tocado con el junco.

—Su corazón está volcado en pasar las pruebas de guerrero, y no ve nada más allá. No quiere ser soñador.

Era inconcebible para Breaca que su hermano no compartiera la necesidad que abrumaba su corazón, pero lo aceptaba, era así. Le ayudaba, cuando podía, con su entrenamiento como guerrero.

Airmid estaba tras ella, descansando la barbilla en su hombro, y contemplando el junco y el pez.

—¿Y qué dice Macha?

—¿A él? Nada. A mí me dice que si los dioses quieren que una persona les oiga, gritan más fuerte, hasta que él les oye. O ella.

El pez vio un tejedor justo más allá de la punta del junco y se lanzó hacia él. Tejedor y pez se desvanecieron juntos bajo la superficie. Breaca dejó el junco en la orilla donde lo había encontrado. Se volvió y encontró las manos de Airmid, y las envolvió en torno a su propio cuerpo. El buen humor de la mañana había pasado, y volvía el miedo. Preguntó una vez más:

—¿Y qué ocurre si solo susurran? A lo mejor no les oigo.

—Les oirás. Te lo aseguro.

El beso en su oreja era tan leve como el del pez en el junco. El aliento en su cuello era cálido. El sol iba bajando por el agua y el resplandor de su reflejo teñía el mundo de oro, aun después de haber cerrado los ojos. Después de todo, no era imposible recuperar el buen humor anterior.

Un tiempo después, Airmid dijo:

—Todo el mundo teme lo mismo. Solo los arrogantes creen que los dioses les hablarán… y por lo tanto no oyen nada, porque no han aprendido a escuchar. Tú no eres así; no eres arrogante.

—Pero sigo teniendo miedo.

—Y así es como debe ser. Pero tranquila. Por muy bajito que hablen los dioses, les oirás. Ten paciencia. Te dirán todo lo que quieres saber. Lo único que tienes que hacer es escucharles.

# V

Las gotas de lluvia temblaban en la hoja que tenía delante. Las más menudas se iban juntando y rodaban hacia delante, y acababan salpicando con fuerza en su rodilla. Por encima de ella y a los lados, otras hojas dejaban caer también su carga en su cuello, su pelo, la piel desnuda de sus brazos y piernas. Era una lluvia cálida, caldeada por él trueno y el relámpago, templada en la fragua de los dioses, y al notarla sentía alivio, después del opresivo calor de la mañana. Ahora que había caído ya el primer chaparrón, Breaca podía singularizar algunas gotas, que tamborileaban con fuerza contra las ramas superiores, más fuerte incluso que el trueno reciente.

Los relámpagos estallaban de nuevo e iluminaban al grupo de jinetes acurrucados a los lados del camino, debajo de ella. Habían corrido a refugiarse demasiado tarde, y ahora estaban empapados, igual que sus caballos. Contó treinta, pero probablemente había más. Viajaban justo antes del solsticio de verano, cosa que demostraba que no venían simplemente para comerciar o para visitar a algún pariente. Ella se acercó más aún, abriéndose paso entre las hojas hasta un lugar desde donde pudiese ver sin ser vista. Había dos grupos, eso estaba claro. Les había visto venir cabalgando desde el camino del sur, y ya había dos grupos bien separados antes de que empezasen a correr buscando la protección de los árboles. Los que se quedaron de pie junto al camino iban dirigidos por un hombre corpulento de cabello negro que montaba un caballo castrado, fuerte y castaño. El hombre era joven, de menos de veinte años, pero estaba sentado muy tranquilo y miraba a su alrededor con la serenidad que solo da la edad. Si alguno de ellos llegaba a verla, sería ese hombre. Se acurrucó mucho más, doblada sobre sí misma, y apartó los ojos de los del hombre, para no hacerse notar.

La segunda facción, agrupada debajo de un roble en el extremo más alejado, iba dirigida por un joven de cabello rojo que montaba un nervioso potro castaño, que se sobresaltaba con cada hoja que se movía y mordisqueaba continuamente el freno. El jinete usaba las manos con rudeza, y había sangre en la espumeante saliva. Ella tomó nota de aquel hecho y del color de sus mantos, el estilo de sus torques y los dibujos de sus brazaletes, y los acentos con los cuales el hombre moreno maldecía el clima y su país, y el pelirrojo a su gente y a su propio padre, y entonces, mientras la lluvia caía más fuerte aún y el ruido atronaba sus oídos tanto como los de ellos, Breaca retrocedió cuidadosamente, paso a paso, hasta el lugar donde la esperaba la potranca gris.

La tormenta fue breve. Pasó antes de que hubiese alcanzado la fortificación con césped, abriendo paso a un cielo azul y brillante y a un sol que lo secaba todo, de modo que cuando entró por las puertas de la muralla de circunvalación, la potrilla

estaba negra por el sudor de la carrera, así como por el vapor de la humedad que había dejado la lluvia. En el interior, el recinto estaba desierto, solo vio a un grupito de gallinas y a un perro dormido. Era el tercer día de la feria de caballos de verano, y todos los hombres, mujeres y niños de los icenos se encontraban en el terreno de la feria, cerrando los últimos tratos y renovando amistades junto a una jarra de cerveza, mientras los ancianos de cada grupo se preparaban para la reunión del Consejo en la casa grande. En eso no eran los únicos: en todo el país ocurría lo mismo. Cada una de las tribus se reunía en sus propios territorios en aquella época. Incluso los coritanos debían hablar con sus dioses; y el nacer del día del solsticio de verano, según se sabía, era el momento en que escuchaban con mayor atención. Muy de vez en cuando, un individuo o grupo de una tribu decidía viajar a otra casa grande para pedir consejo a sus soñadores, o hacer una petición relativa a una guerra, o a su cese. La tregua de la estación lo permitía, y la paz que surgía después se consideraba un regalo para los dioses. Aquellos a quienes había visto Breaca en el sendero no formaban parte de los pueblos con los que estaban en guerra los icenos, pero ése debía de ser sin duda su propósito. Cabalgaban hacia la tierra sagrada que era el corazón de la nación de los icenos, y su ruta les llevaba directamente junto a la casa redonda de Breaca.

No estaba permitido cabalgar a gran velocidad por el interior del recinto, pero algunas circunstancias lo toleraban. Breaca puso su yegua al galope y fue hacia la casa redonda para dar la noticia a las mujeres que permanecían en su interior. Airmid la oyó llegar. Se quedó esperando en el exterior de la puerta, con la anciana abuela a su lado. Ambas iban vestidas para la ceremonia del Consejo. Sus túnicas colgaban, rectas y sin arrugas, y olían a salvia. Unas alas de cuervo negro adornaban los hombros de la anciana abuela, con las puntas cayendo hacia delante, unidas en el esternón. Airmid llevaba un collar de huesos de rana plateados, un objeto fino y delicado que brillaba cuando ella se movía. Su negro cabello, recién peinado, estaba sujeto en la frente mediante una correa hecha con corteza de abedul del color más pálido: era la marca de las soñadoras. Las torques de oro brillaban en los cuellos de ambas, dándoles una altivez añadida y señalándolas como *otras* y sagradas.

En cualquier otra ocasión, ver a Airmid así ataviada habría llenado a Breaca de orgullo y de desesperado deseo. Pero Breaca traía una noticia especial, algo con lo que había que tratar rápidamente. Arrojó todo su peso hacia atrás y la potranca gris se detuvo en seco, como si hubieran practicado aquel movimiento cientos de veces. Airmid cogió las riendas. Sus ojos se mostraban despiertos y brillantes, con la profundidad añadida que tenían después de los sueños. Dijo, sencillamente:

—¿Quiénes son?

—Trinovantes. Treinta al menos, posiblemente más. Van armados, pero el líder lleva el brazalete de mensajero en su brazo izquierdo. Están en el camino, y pasarán por aquí de camino a la reunión. Hay que recibirlos y saludarlos —se agachó para escudriñar en la casa redonda. La potranca gris dio la vuelta y se movió inquieta bajo ella. No vio nada y se enderezó—. ¿Dónde está Macha?

—Con tu padre. Han ido cabalgando hasta los terrenos de la feria para ayudar a preparar la casa grande para la reunión.

Breaca lanzó una maldición.

—¿Sinocho, entonces?

La abuela sonrió mostrando las encías sin dientes.

—Está fuera, cazando para el festín de mañana por la noche. Si lo que quieres es un hombre y no eres demasiado exigente, su hijo está aquí.

—¿Duborno? ¿Por qué?

Duborno, la última vez que le había visto, estaba sentado en las casetas de los comerciantes, bebiéndose la segunda jarra de cerveza y hablando con ostentación de los tratos que había hecho en la feria.

—Se ha peleado con otro joven por la compra de una vaina para una espada, y le han mandado a casa —dijo la abuela—. Me atrevo a decir que le dejarán volver, si lleva grandes noticias. Le encontrarás en la casa de los hombres, refrescándose un poco la cabeza. Podrá montar, si le damos un caballo con sentido común.

—¿Y qué le pasa a su propio caballo?

—Se lo han quitado —dijo Airmid—, le han obligado a venir andando. Tendrás que darle otro —no dijo que le prestara a la potranca, no era tan atrevida.

Breaca odiaba a Duborno con pasión. En su opinión era un bravucón, un mentiroso y (el peor de todos los insultos) un jinete atroz. Sus ojos se encontraron con los de Airmid. Las manos de Breaca se tensaron sobre las riendas y la potranca movió la cabeza.

—Le acompañaré a los cercados. Puede coger uno de los caballos castrados nuevos. Son bastante rápidos, y más adecuados para llevarle —eso no era verdad, y lo sabía, pero habría muerto antes de darle su propio caballo para que lo arruinara.

Se fue antes de que la anciana abuela pudiera discutir la idea. En la casa de los hombres, Duborno estaba enfurruñado y se negó a creer que viniera guerrero alguno y que él tuviese que actuar como se le requería. Ella soportó que la llamara mentirosa dos veces, y finalmente sacó su cuchillo del cinturón y se lo puso en la garganta.

—Cuando te hayas ganado tu lanza, tendrás derecho a discutir. Hasta entonces eres un niño, y harás lo que se te diga. ¿Entendido?

Era la primera vez que hacía uso del rango que le había proporcionado su crimen, la primera vez también que sacaba un cuchillo ante otra persona con auténtica rabia. Duborno se puso blanco y sus ojos se abrieron como platos. Retrocedió hasta la jamba de la puerta y, con el movimiento, la hoja cortó un poco la piel de su cuello, haciéndole sangrar. Sujetando el cuchillo con mucho cuidado, Breaca añadió:

—Júrame, en nombre de tus antepasados, que cabalgarás lo más rápidamente que puedas, buscarás a mi padre y le dirás lo que yo te he dicho.

—Lo juro —dijo el otro en un susurro.

Ella no siguió presionando.

—Vamos.

Le llevó a los cercados y esperó hasta verle coger y montar un caballo bien seguro y poco imaginativo, antes de volver cabalgando hasta las puertas.

Airmid y la anciana madre se habían atareado mucho en su ausencia. La abuela llevaba el manto azul y el broche con el pequeño búho que Breaca había reservado para llevarlo en la reunión. Airmid sujetaba un peine y un cinturón finamente labrado, completamente nuevo, que se reservaba como regalo para después, eso estaba claro.

—No hay tiempo… —empezó ella.

—Siempre hay tiempo —la anciana abuela habló con paciencia, como hacía con las mujeres que estaban a punto de dar a luz—. La tormenta todavía está sobre los árboles donde ellos se han refugiado. Y no saldrán hasta que pase, y luego caminarán lentamente durante un rato, para secarse. Cuando estén cerca les oiremos, y, en cualquier caso, no pasarán de largo. Ésta es una casa de linaje real, y han venido a verte a ti, aunque ellos no lo expresen así. Eres hija de tu madre. Tú les recibirás como habría hecho ella, no como una niña que acaba de volver de destripar madrigueras de ratas en los campos.

Aquello no era justo. Ella no venía de destripar madrigueras; lo que hacía era buscar el hongo verdegrís que crece en los olmos y que, adecuadamente cocido, podía convertirse en loción para ahuyentar a las moscas. Habría sido su regalo para Airmid antes de la reunión. Podrían haberlo cocido juntas y preparar el líquido para dárselo a los ancianos que lo hubiesen deseado. Abrió la boca para decirlo. Detrás de la abuela, Airmid sonrió y movió la cabeza con un gesto complejo, que indicaba comprensión, agradecimiento y al mismo tiempo necesidad de rapidez y aquiescencia. Breaca cerró la boca y bajó del caballo.

—¿Qué debo hacer?

—Lavarte, peinarte, y dejar que te vistamos.

La abuela raramente tenía tanta paciencia y durante tanto rato. No había que ponerla a prueba dudando más, Breaca hizo lo que se le rogaba; se lavó cara, brazos y piernas en el recipiente con agua que le trajeron, y los frotó hasta limpiarlos; luego se secó con una madeja de lana de oveja perfumada con romero. Airmid empezó a peinarla, cuidando de deshacer los enredos sin darle tirones. La abuela trajo la túnica de color gris piedra que había pertenecido a su madre y que le habían cortado para que se adaptara a ella. El cinturón de regalo era muy bello. Airmid lo había hecho con sus propias manos, entrelazando la forma de la rana con la de la punta de lanza que era la señal de Breaca hasta que soñase con algo más adecuado. Había sido bien aceitado y estaba muy suave. Breaca se lo ajustó, muy tirante, y se metió las puntas, maldiciendo su suerte y a los guerreros trinovantes por no haber tenido tiempo para recoger el regalo de Airmid. Intentaba decirlo, con las manos y con los ojos, cuando la abuela surgió del lugar dónde tenía sus posesiones privadas, detrás del fuego. Sujetaba algo, como si quisiera hacerle ella también un regalo.

—Debes ponerte esto. Es lo que esperan de ti.

La luz del fuego centelleó sobre el objeto que llevaba en las manos, haciendo que pareciera moverse como una serpiente.

—¿Qué es?

—Ven afuera y lo verás.

Pasó por la abertura de la puerta, siguiendo a la abuela. A la luz del sol recién lavado, el objeto que llevaba tomó forma sólida y resplandeció con gran brillo. Era la torques de su madre, la sagrada, tejida por los antepasados con nueve veces nueve hilos de oro, la señal del líder de los icenos. Breaca no la había visto desde la reunión anterior a la muerte de su madre. Al verla, notó que la cabeza le daba vueltas.

Se llevó una mano a la garganta. Con la voz de una niña, dijo:

—No es para mí. No soy lo bastante mayor. Debe llevarla Macha. Ahora es la líder.

—Macha no está aquí. Ellos han venido a hablar con una mujer de linaje real. No te respetarían sin ella.

—Pues que no me respeten. Ellos deciden.

—No. En algunas cosas, los dioses son los que deciden. La llevarás.

La anciana abuela no hablaba ahora como lo habría hecho en un parto, sino como lo hizo en la última reunión del Consejo, prohibiendo la guerra contra los coritanos. Ancianos, soñadores y líderes guerreros de toda la nación icena habían oído aquella voz y habían decidido no discutir. Breaca dejó caer la mano. Airmid se acercó por detrás para levantarle el pelo y sujetarlo bien alto. La anciana madre tiró de las piezas de cierre de la torques y colocó el objeto en el cuello de Breaca. Encajaba en los huesos de su clavícula como si hubiese sido hecha a medida y, por primera vez en su vida, comprendió el cambio que experimentaba su madre al llevarla. Cómo la hoja de espada que le estaba forjando su padre, aquel collar cantaba dentro de su alma, y hacía que levantase la cabeza. Llevándolo, sabía lo que era caminar cerca de los dioses. Se dio la vuelta. Airmid se mordía los labios. Había lágrimas en sus ojos, aunque la sonrisa que las acompañaba era auténtica y brillante. La anciana abuela asintió, lentamente.

—Mira, uno debe confiar en los dioses, aunque no los comprenda. La torques es tuya, y eso está muy claro, sea cual sea tu edad. Ahora ve y prepara tus armas. No debes aparecer ante esos sureños desarmada. Airmid tendrá preparado tu caballo en las puertas. No te preocupes, tendrás todo el tiempo que necesites.

Tuvo tiempo más que suficiente. Ella pensaba que la abuela había cometido un error, y que ellos no venían, cuando el primer ruido resonó en los bosques, al que siguieron los primeros caballos. Llegaron al galope, dejando los árboles y cabalgando en columna a lo largo del terreno despejado para las carreras, al sur de la fortificación. Ahora ya estaban secos y se habían tomado el tiempo necesario para vestirse con la formalidad que requería una reunión. Habían quitado los escudos de las perillas de las sillas y colgaban de sus hombros, como correspondía a unos guerreros que cabalgan fuera de sus propios territorios. Las plumas de cuervo con el cañón teñido de rojo

colgaban a puñados de sus torques, y de las trenzas de guerrero. Sus mantos flotaban tras ellos, amarillos como el sol de la mañana. El color realzaba el fuego del bronce en sus brazos y del oro en sus cuellos, y lo hacía arder con mucho más esplendor. Ella habría pensado que eran magníficos de no haber recordado las palabras de Gunovic: «El manto de Casivelauno llevaba los colores de todas las tribus excepto el amarillo de aliaga del traidor Mandubracio». Resultaba increíble, sabiendo aquello, que no hubiesen decidido vestir un color distinto.

Breaca se adelantó en la potranca gris para recibirles ante las puertas. Airmid le había trenzado el cabello a los lados como un guerrero, entrelazando la única pluma de muerte en su lugar. En su mano derecha llevaba la lanza de guerra que su padre le había forjado, dispuesta para la batalla contra los coritanos. En el hombro izquierdo, llevaba la adarga que recientemente había acabado de hacer. El tachón del centro era de hierro brillante y pulido, haciendo juego con la punta de su lanza. La piel que lo rodeaba era de caballo, hervida y macerada, y pintada con clara de huevo para impermeabilizarla. Hasta entonces estaba desnuda, esperando sus largas noches y la revelación de sus sueños, pero aquel día, para que Breaca no apareciese como una niña, la abuela había mojado un dedo en tintura añil y había dibujado en la parte delantera la lanza en forma de serpiente de los antepasados, con una cabeza de serpiente en cada punta y con el venablo en medio, uniendo los dioses a la tierra. Más adelante lo borrarían al lavarlo, pero ahora, recién hecho, el dibujo contrastaba crudamente en azul contra el casi blanco del cuero, y Breaca pensó que era muy hermoso. Antes de montar, la abuela había pintado el mismo signo en el flanco de su caballo. Ella lo notaba latir contra su muslo como si la serpiente de dos cabezas estuviera viva, mientras iba al paso hacia la llanura. La potranca parecía percibir la solemnidad del momento, se movía con la cabeza muy tiesa, como un potro, y con los ollares abiertos.

En el lugar central, al otro lado de las puertas, se detuvo. Los guerreros cabalgaban con rapidez, a paso de batalla, y no mostraban signo alguno de haberla visto.

Ella enderezó su lanza y apoyó la parte posterior en la correa que colgaba de la parte frontal de su silla, sujetando la punta bien tiesa, para mostrar saludo, y no amenaza. Ellos seguían acercándose. Lejos, en los cercados, uno de los potros recién comprados levantó la cabeza y relinchó, desafiante, o quizá como saludo. Ella pensó que tal vez fuese el ruano azul con el cuarto trasero blanco, que se iba a convertir en el próximo semental de su padre. El revoltoso zaino que iba en medio de la línea de los trinovantes movió la cabeza y recibió un tirón en la boca antes de que pudiese replicar al relincho. La potranca, mejor domada, resopló un poco como suave respuesta.

Los guerreros derraparon hasta detenerse a menos de la longitud de una lanza delante de ella. Solo el hombre del pelo negro con el caballo castrado castaño lo hizo bien, pero ella no esperaba menos de él. Las palabras de Gunovic resonaban en sus oídos. «Togodubno es el hijo primogénito. Es un gigante para su edad, con el pelo negro y la nariz ganchuda. Todavía no ha matado en batalla, pero ha pasado sus

pruebas como guerrero con buena fe». Llevaba, una solitaria pluma de cuervo, y el cañón no había sido teñido de rojo. Ella le contempló con gran respeto. La mirada que él le devolvió era similar.

El resto rompió filas, formando una línea curva en torno a ella. Disimuladamente, Breaca buscó al hermano más joven, el guerrero con el pelo como el trigo y los ojos verdes como el mar de su madre. «Caradoc es excepcional. Si estás en batalla, es el guerrero que quieres a tu lado». O el que habrías soñado con que se enfrentase a ti en combate singular, practicando en sueños cada golpe y cada embestida hasta que supieras exactamente cómo derrotarle. Breaca movió la mano en su lanza, notando los latidos de su corazón retumbar en el astil. Examinó la línea de jinetes dos veces más, y siguió sin ver en ella al Revolucionario. La intensidad de su decepción la sorprendió.

El pelirrojo estaba a su izquierda, luchando todavía con su caballo. «Amminio, el segundo, es pálido, con la piel fina y ojos acuosos». Sus plumas flotaban en la brisa y los cañones de muchos colores hablaban de grandes hazañas en batalla. Si alguna de ellas era cierta, era tan buen guerrero como su hermano. Breaca no lo creía. Cambió de hombro el escudo para colocarlo frente a él, de modo que así pudiera ver él la lanza-serpiente de cara. Él dijo algo en otra lengua, y la mujer que estaba a su derecha susurró como réplica. Breaca no oyó las palabras, pero el tono era burlón.

—Mi hermano cree que tú sigues a los antiguos dioses de los antepasados, porque llevas su divisa en tu escudo.

Era el hombre del pelo negro el que hablaba. Su acento era muy marcado, y algunas de las palabras le eran totalmente extrañas, pero captó lo esencial. Su voz mostraba mucho más respeto que la de su hermano. Cruzó sus armas y se inclinó hacia delante en el cuello de su caballo, sonriendo, con una ceja levantada, como si el pelirrojo fuese un ignorante, y compartiera una broma con ella. «Es un gran diplomático. Será un líder excelente, si su padre lo permite». Un príncipe educado para el liderazgo, enviado para foguearse con los icenos.

Breaca pensó su respuesta. Macha y la anciana abuela habrían respondido sin pensar. Movió él escudo para que él también lo viese de frente.

—Tu hermano es muy sabio, si conoce a los dioses de los antepasados. Yo sigo a los dioses y los sueños de mi pueblo, que se remontan a siete generaciones. Para conocer el tiempo anterior a ése, uno debe hablar con los bardos.

—Buena respuesta. Quizá lo hagamos —el hombre moreno inclinó la cabeza. Junto a él, su hermano pelirrojo frunció el ceño y planteó una pregunta. La mujer se inclinó y le murmuró algo al oído. El pelirrojo miró a Breaca y chasqueó la lengua. Sus manos tiraron de las riendas y su caballo levantó la cabeza, de modo que él tuvo que echarse hacia atrás a toda prisa o se hubiese roto la nariz contra el cuello del bruto. Le costó un momento volver a estabilizarse.

Con los ojos clavados en el hermano mayor, Breaca dijo:

—Tu hermano haría mejor en usar un bocado más suave, o mantener las manos

más bajas.

El hombre moreno cerró los ojos un momento, como si rezara. Si hubiese sido Eburovic o Sinocho, ella habría sabido que estaba conteniendo sus impulsos de echarse a reír. La mujer que estaba a la derecha del pelirrojo contuvo el aliento y, dudando un poco, tradujo. El retraso dio tiempo a Breaca. La potranca gris ya estaba reculando, apartándose del alcance del hombre, cuando éste lanzó a su potro hacia delante. No fue una lucha justa. Él iba armado con una espada, y ella con una lanza que era tres veces más larga, y ella había pasado todo el verano practicando para repeler un ataque semejante. Él, si Gunovic decía la verdad, lo había pasado refocilándose con vino de las Galias bebido en vasos de cristal, y depilándose los pelos de la nariz. En verdad, él no conocía los movimientos mediante los cuales una espada podía derrotar a una lanza a caballo, y además su potro no le hacía caso. En cuanto a Breaca, su potranca se movía como si hubiese nacido para el combate. La lucha fue corta, brutal y demasiado rápida. Se detuvieron cuando la lanza de ella se apoyó en el esternón del pelirrojo, y las primeras gotas de sangre mancharon su túnica. El caballo de él pudo haberse movido hacia delante y empalar así a su jinete, pero el hermano de cabello negro cogió las riendas y lo mantuvo quieto. No sonreía, aunque no estaba demasiado claro con quién se había enfurecido más.

Breaca dijo:

—Togodubno, hijo de Cunobelin, guerrero de los trinovantes, Breaca, guerrera de los icenos, te saluda. Me dijeron que tu hermano Amminio todavía no había pasado las pruebas para ser guerrero, y sin embargo ya ostenta las prendas de uno que ha matado muchas veces en batalla. Es quizás esta confusión lo que le encoleriza.

Siguió un silencio absoluto. La mujer se inclinó hacia delante para traducir y la empujaron hacia atrás. Breaca había hablado con lentitud, y ninguna de las palabras usadas era difícil. Además, había usado la introducción formal y el lenguaje de los bardos, que era universal entre las tribus. Amminio se sonrojó intensamente, y luego palideció mucho más que antes. Unas sombras de color púrpura crecieron bajo sus ojos. La mancha de sangre en su esternón se extendió un poco más. Breaca chasqueó la lengua y la potranca retrocedió dos pasos. Ella seguía llevando la lanza nivelada. No lejos de allí, el potro ruano lanzó otro relincho como saludo. Dirigiéndose todavía a Togodubno, Breaca añadió:

—Si habéis venido a hablar en el tiempo de los dioses, no es adecuado luchar. Si habéis venido a luchar, Amminio morirá el primero, lo prometo.

—¿Y tú la segunda? ¿Te arriesgarías a eso?

Togodubno estaba jugando con ella. Él también había oído al potro, y sabía lo que aquello significaba.

—Quizá. Pero no es el momento de averiguarlo. Creo que tu hermano debe guardar su arma. Si es un enviado, debe actuar como tal.

Ella levantó su lanza y la colocó bien recta en el soporte. Amminio tuvo el sentido común suficiente para envainar su espada. Arriba, en los cercados, por encima de la

casa redonda, el potro ruano volvió a relinchar por última vez, y en esta ocasión recibió respuesta. El caballo de guerra de Eburovic había sido entrenado para relinchar mientras se dirigía hacia la batalla. Lo hizo mientras coronaba la colina. Ciento treinta guerreros de los icenos se extendieron a ambos lados de él. Cabalgando en fila, bajaron por la pendiente y se dirigieron hacia ellos.

Los trinovantes giraron formando una línea y trasladaron sus escudos a la espalda, para demostrar que no ofrecían peligro alguno. Breaca se puso al frente y les condujo al trote lento para reunirse con su padre en las puertas.



Bán había disfrutado de la feria más que nadie. Por primera vez en su vida, se le había considerado lo bastante mayor para comerciar. Macha le había dado tres de sus cachorrillos de perro y él había pasado el día entero intentando cerrar los mejores tratos. Dos de ellos habían sido cambiados por una perra de cría muy buena, traída desde el norte. Ya había parido dos camadas, y él había examinado sus crías. Había dado a luz a unos cachorros rápidos y fuertes, de largo cuello, buenos ojos y un temperamento vivaz y jovial. Después, Macha había asegurado que la perra sería una buena pareja para *Granizo*, cuando éste fuese algo mayor. El tercer cachorro lo había cambiado por un conjunto de arreos de bronce con incrustaciones negras y brillantes. Ya los había probado antes con su potranca parda con la estrella en forma de hoz, y sabía que le iban bien. Era todavía pequeña, pero al crecer estaba cumpliendo las expectativas despertadas. Él la había llevado a la feria, aunque no para comerciar con ella (no la habría cambiado por nada del mundo), sino para que la gente viese a la mejor yegua de cría de su padre y la maravilla de potranca que había engendrado. Durante tres días, se regocijó con la aprobación de los extraños, mientras hombres y mujeres de todos los rincones de los territorios icenos alababan la belleza de su potranca, los vivos colores de su perro y lo bien amaestrados que estaban ambos. Era la sensación más agradable que podía vivir un joven guerrero, junto con la concesión de su lanza por valor en la batalla.

Había pensado que aquello podía ocurrir también cuando Duborno llegó con sus noticias. Anhelaba desesperadamente salir a cabalgar con su padre y los demás guerreros, pero Eburovic le llamó aparte y le pidió que se quedase atrás y que protegiese a su madre y a los demás soñadores. Duborno también se quedó, mientras que Tago, su primo, fue descabalgado, pero nadie dijo al desdichado joven que era para proteger a los soñadores. Simplemente, su padre le quitó el caballo nuevo y le dijo que no causara problemas. El propio Sinocho se había quedado también. En los frenéticos momentos en que los guerreros abandonaron sus jarras de cerveza y recogieron sus armas y sus caballos, reunió a un grupo para proteger a la gente. Pero

Bán no formaba en realidad parte de aquel grupo, y él lo sabía, aunque le dejaron unirse a él mientras discutían las defensas y le dejaron con *Granizo* para que protegiese la puerta de la casa grande mientras Macha y los demás soñadores continuaban su trabajo con los preparativos de la reunión.

No era una tarea demasiado dura. Las soñadoras iban y venían sin notar que él se encontraba allí, y había tantos guerreros armándose a su alrededor que supo que, si llegaba a producirse un ataque, sería muy afortunado si veía algo de acción. Al cabo de un rato, harto de que nadie le dirigiera la palabra, se puso en cuclillas y empezó a jugar con *Granizo*, pasándose rápidamente un guijarro de una mano a otra y levantando los puños para que el cachorro eligiese cuál tenía la piedra. El perrillo acertaba tres veces de cada cuatro, y cada vez mejoraba, pero la novedad del juego desapareció enseguida y ninguno de los dos tuvo ganas de continuar jugando. Bán pensaba en correr a visitar su potranca, o ir a ver a Silla, que estaba bajo el cuidado de Camma y Nemma y probablemente mucho menos aburrida que él, cuando Macha pasó rápidamente con un brazado de ramas de pino recién cortadas y le pidió que entrara y le ayudara.

Él no había entrado nunca antes en la casa grande. Siguió a Macha con *Granizo* pegado a sus talones, portándose bastante bien para estar en un sitio con nuevos olores y nueva gente. La casa grande era enorme, mucho mayor que la casa redonda a la que estaba acostumbrado. Su construcción era una de las leyendas que se contaban al calor del fuego, las noches frías de invierno. Desde que era pequeño había oído contar historias de que solo con las paredes y el tejado se habían consumido doscientos árboles, y que las labores de preparación duraron décadas; también había oído que los robles con los que formaron las vigas del tejado fueron cultivados durante generaciones sucesivas, para asegurarse de que crecían rectos y altos, y que las varillas de avellano entretejidas entre ellos procedían de bosquecillos que se habían dejado intactos durante diez años, para permitirles crecer con tanta fuerza que un hombre adulto pudiese caminar por encima del tejado sin hundirlo. El tejado que cubría el avellano estaba formado con paja cortada de todos los campos que se extendían a una distancia de un día a caballo, en todas las direcciones. Cuando lo cubrieron por primera vez, los techadores trabajaron tres meses sin descanso, mientras debajo de ellos equipos enteros de grabadores tallaban las imágenes de la gente (caballos y liebres, osos y jabalíes, cuervo, águila y carrizo) en los grandes robles de las jambas y en las vigas.

El efecto era mágico. Al entrar con Macha, con los tres fuegos arrojando su luz en los extremos más alejados, Bán se sintió rodeado por los sueños vivientes de su pueblo. Entonces vio las colgaduras de las paredes y fue más allá de sus sueños más salvajes. En cada superficie los lobos corrían con las liebres, los halcones volaban con los cisnes, los ciervos saltaban por encima de las serpientes. Y había muchos caballos. Adondequiera que miraba, Bán veía extraordinarios caballos que corrían junto a él, con él, hacia él. Se detuvo junto a la puerta, incapaz de asimilar todo aquello. Macha

dejó caer su carga junto al fuego más cercano y volvió a arrodillarse a su lado. Le puso la mano en la frente y le miró a los ojos:

—¿Bán? ¿Estás bien?

—Sí —él cogió aliento y se esforzó por mirarla a ella y no a los dibujos—. Es el olor, el pino y los juncos, el humo. Me mareaba.

Y aquello también era cierto. Caminaba sobre la capa de juncos frescos más gruesa que había visto nunca. Notarlos bajo los pies hablaba de lujo y de la proximidad de lo sagrado. El aroma del pino cortado no era nuevo para él, pero nunca lo había asociado con el trabajo de las soñadoras, y nunca lo había aspirado de forma tan intensa.

—Es la resina de las antorchas —dijo Macha. Se puso de pie y le cogió de la mano —. Lo mezclamos con sebo y con borrajo y formamos una pasta, y luego la ponemos en las ramas de pino. Así arden mejor y mucho más tiempo, y duran hasta la mañana. Es uno de los secretos de la reunión. Ven y verás —le llevó hasta el fuego más cercano.

Había una olla encima, que removía un soñador de cabello rubio. El aire estaba denso por los vapores, de modo que la visión de Bán se nubló.

Macha dijo:

—Bán, éste es Efnís, que viene de los icenos del norte, arriba, en la costa norte. Está a cargo de mezclar la resina. Efnís, éste es mi hijo Bán. Ha venido a ayudarte con las antorchas.

El soñador miró hacia arriba brevemente. Era un hombre joven, no mucho mayor que Breaca, con un rostro ansioso y crispado, y cuyos ojos almendrados caían por el extremo exterior.

—Gracias —hizo un gesto, distraído, con la mente en otro lugar. Luego dijo a Bán —: ¿Tienes un cuchillo?

—Por supuesto —el cuchillo que llevaba en el cinturón era pequeño, más corto que el de Breaca, pero igual de afilado.

—Bien. A las ramas que ha traído tu madre hay que quitarles las ramitas pequeñas limpiamente, para convertirlas en antorchas. ¿Podrás hacerlo?

—Sí —lo dijo rápidamente, porque quería quedarse.

Bán nunca había estado en la costa norte, pero había oído que era un lugar de malos pastos y mala caza, y que la gente de allí vivía de algas secas a lo largo de todo el invierno. Había pasado los tres días de la feria tratando de encontrar a alguien a quien preguntarle acerca de aquello sin ofenderle, pero no había tenido éxito aún. Estaba claro que los dioses le habían enviado allí para encontrar las respuestas a sus preguntas. Se sentó en el extremo más alejado del fuego, luego pensó en buscar la aprobación de Macha y la buscó con la mirada. Ella levantó la cejas y luego asintió. Él notó la presión de sus dedos en el hombro, y el beso que le dio en la cabeza, y la calidez de su sonrisa mientras se alejaba, y se olvidó, por el momento, de ser un guerrero, y a cambio se convirtió en un cortador de pino ayudante de los soñadores, que era casi igual de bueno que lo otro.

No era un trabajo duro, pero las ramas acababan de ser cortadas de los árboles y chorreaban resina, que se le pegó en los dedos y las manos. El aroma intenso de esta sustancia le irritó los ojos y la cabeza le daba vueltas. Se llevó una mano a la cabeza y se pasó los dedos por el pelo, y de repente se dio cuenta de que tenía resina en el pelo. Lanzó una maldición, olvidando dónde se encontraba. Efnís levantó la vista, asombrado, y durante un momento era como si le mirase Macha, cuando estaba enfadada, o la anciana abuela, que siempre miraba así. Entonces el norteño frunció el ceño y se convirtió en un chico de nuevo, o un hombre joven que adopta nuevas responsabilidades.

—Ah, la resina. Lo siento. Tenía que habértelo advertido. A mí me pasó lo mismo la primera vez —dejó la olla y rodeó la fogata para mirarle—. Estate quieto. Si te mueves, se extenderá más aún. Y no toques a tu perro. Si se le pega a la piel, tratará de lamerse y se pondrá enfermo.

Bán se quedó sentado, quieto como una piedra, fulminando a *Granizo* con una mirada que le impidió ir a husmear el sebo, aunque no había nadie custodiándolo. Efnís le separó el pelo con los dedos.

—Si lo dejamos, se irá extendiendo y tendrás el pelo pegajoso durante meses. Si te corto este trocito ahora, nadie lo notará, y la resina desaparecerá. Podemos quemar el pelo cortado en el fuego como ofrenda a Briga. ¿Te importa?

Bán dijo que no le importaba. Efnís tomó su cuchillo, haciendo un comentario elogioso sobre lo afilado que estaba, y cortó por completo el mechón de pelo pegoteado. Lo pusieron juntos en el fuego y realizaron la invocación a Briga, que siempre contenía al final un deseo. Bán deseó lo mismo que había deseado siempre: convertirse en guerrero rápidamente. Lo hizo con los ojos muy cerrados, de modo que podía ver mentalmente la imagen de sí mismo galopando hacia la batalla, con la lanza y el escudo bien altos. Abrió los ojos de nuevo cuando oyó los primeros caballos, tres docenas o más que venían a medio galope por el camino. Su corazón saltó de alegría hasta que, un momento después, oyó el cuerno de su padre que tocaba a llamada. Sintió el mismo pellizco de desilusión que aquella mañana, pero rápidamente éste se vio ahogado por la urgente necesidad de ver quién venía. Estaba ya de pie y a punto de olvidarse de su tarea, cuando se volvió en redondo, sin aliento.

—¿Efnís? ¿Puedo…?

—¿Ir a ver? Claro que sí. Pero no te precipites. Has estado respirando el vapor del pino y estarás un poco mareado.

Ya estaba corriendo. Los caballos grabados y pintados bailaban alrededor de él cuando llegó a la puerta, acompañados de otros símbolos. La osa de su padre estaba también allí, y el carrizo de Macha, y el perro solar, brillantemente pintado, que había sido el símbolo de Casivelauno hasta que se detuvo por última vez junto al río. Llegó justo a tiempo. Delante de él, los guerreros de los icenos salieron de entre los árboles y se desparramaron como una cascada de oro al sol. Había centenares… miles. Todas las lanzas que podían empuñar los icenos, más otras de otras tribus. Breaca cabalgaba

delante de ellos, muy erguida a pesar de sus heridas, con el escudo al hombro y su ensangrentada lanza levantada, y el pelo trenzado para la batalla, y la torques relampagueando como si el fuego de los dioses acabase de darle vida. El manto azul de los icenos flotaba detrás de ella en el súbito viento que se había alzado, recogiendo los colores de los árboles, el musgo y las personas, y reflejando fragmentos, de modo que ostentaba todos los colores de las tribus, excepto el amarillo de los trinovantes, el color del traidor Mandubracio. Pero ese color estaba allí también, y el traidor con él. Por la historia relatada por Gunovic, Bán le reconoció: un hombre delgado, con nariz de águila y ojos acuosos, que no se fijaban en los suyos. Vestía con honores de batalla que no se había ganado, y trenzaba sus rojos cabellos engañosamente. Y ahora desmontaba antes que Breaca, la máxima descortesía. Venía para traicionarla, de eso Bán estaba seguro.

—¡Traidor! —gritó, como gritaba su padre antes de entrar en batalla, como Casivelauno había gritado a las legiones de César cuando lucharon por primera vez, en el río.

Junto a él, *Granizo* lanzó su alarido de guerra y el sonido que emitió fue recogido, y convertido en eco, por el perro del sol y la osa, el jabalí y el carrizo y todas las demás bestias de la casa grande que le habían seguido hasta allí fuera para ayudar. Todos se agolparon en torno a él, prometiendo sangre. Cuando se movió, todos se movieron con él. Juntos se arrojaron contra el enemigo.

—¡Bán, no!

—¡Dejadme!

—¡Amminio, no! Es solo un niño. Déjale.

—¡Bán!

Un caballo reculó y él fue arrojado al suelo. En torno a él, la gente iba a la guerra. En la confusión y el ruido de la batalla, oyó a *Granizo* aullando, y la voz de su madre:

—¡Bán!

—El perro… que alguien sujete a ese maldito perro…

—¡Amminio, detente!

El mundo se puso negro, y luego rojo, y luego de todos los colores. Cuando los colores se calmaron, oyó hablar a Efnís y luego de nuevo a su madre. Ambos sonaban distantes y desdichados.

—Lo siento. Es culpa mía. Le he dejado salir. No sabía que estaba…

—No importa. No tenías por qué saberlo. Dadme un poco más de agua. Bán, ¿me oyes? ¿Puedes abrir los ojos?

Le dolía mucho la cabeza. Tenía musgo frío encima de la cara, y le goteaba por el cuello. Abrió los ojos. El cielo era muy azul, y el sol demasiado brillante. Su madre formaba una sombra, inclinándose hacia él. Su rostro estaba distorsionado, boca abajo. Él parpadeó e inclinó la cabeza. Ella se desplazó para que él pudiera verla al derecho.

—¿Bán? ¿Me ves?

Él esforzó la vista.

—Sí —su voz era un susurro. Recordaba la batalla—. ¿Breaca? Tenía sangre en la cara. Iban a matarla.

—No, Bán, eso no es así —su madre estaba triste. Lo notaba en la forma de hablar, y además tenía las mejillas húmedas. Nunca la había visto llorar por él. Dijo—: Los trinovantes han venido como enviados, bajo la paz de los dioses. Tú has roto la tregua y has llamado traidor a uno de ellos. Es el insulto más grave que podías hacerles a ellos y a los dioses. Tendrás que…

—No, déjalo. Eso puede venir después. Deja que te cuente lo que vio —la última voz era una que conocía muy bien, pero que no podía situar. Caía sobre él como el viento entre la hierba seca, sorprendentemente cálida. Volvió la cabeza a un lado e intentó mirar. Unos dedos secos y huesudos le cerraron los ojos. La oscuridad era más consoladora aún que antes. La voz dijo—: Cuéntanos lo que viste cuando los guerreros salieron del bosque.

La imagen volvió de nuevo a él. Breaca cabalgando a la vanguardia de la nación icena, con sangre en el rostro y la lanza-serpiente pintada en rojo en su escudo. A su lado, el traidor con el manto amarillo levantaba la espada y la dirigía hacia las patas del caballo de ella. La potranca gris chillaba y caía. Él se estremeció y abrió los ojos. La anciana abuela le sonrió y, por primera vez en su vida, él no le tuvo miedo.

—Cuéntame —le dijo.

—Mandubracio —dijo—. Ha venido a traicionar a Breaca. Ella ha ganado la batalla, pero aun así, él ha venido para traicionarla.

—Si ella ha ganado, ¿cómo podrá traicionarla él?

—En la próxima batalla. Estará allí, fingiendo estar a su lado, pero en realidad luchará por el enemigo —se levantó. Recordó algo más que había olvidado—. La lanza de ella. Le vi romperle la lanza.

Se hizo el silencio. Una ráfaga de viento sacudió los árboles. Los caballos amarrados daban coces en el suelo y hacían resonar sus arneses. Un cuervo pasó por encima de sus cabezas, graznando, y se le unieron otros dos.

—Gracias —dijo la abuela, con frialdad—. Es una buena respuesta.

Había más gente en torno a él de los que había pensado. Percibió el roce de los pies sobre la hierba, y unas sombras pasaron por encima de él, al incorporarse y alejarse caminando. Oyó también el crujido de las viejas articulaciones de la abuela al hacer el esfuerzo de levantarse. Ella habló por encima de su cabeza:

—Efnís, suelta a ese perro antes de que lo ahogues. Ya no hará más daño. Macha, tú eres la legisladora. Debes explicarle a tu hijo la deuda que ha contraído, y la forma de satisfacerla. Yo hablaré con Eburovic y le prepararé para lo que se avecina.

Efnís soltó a *Granizo*, y durante un momento las palabras de la abuela se perdieron en el frenesí de los saludos. Bán se incorporó. Todavía le daba vueltas la cabeza, pero con la ayuda de *Granizo* y la de su madre, pudo sentarse bien erguido. Miró en torno a él y vio que estaban solos, con Efnís. El joven soñador tenía los dedos

hundidos en la larga hierba y no le miraba a los ojos. Más allá, los terrenos de la feria, que habían estado llenos de todos los hombres, mujeres y niños de los icenos, estaban ahora desiertos. Macha dijo:

—Bán, ven adentro.

La casa grande estaba llena de actividad, pero todos trabajaban en silencio. El olor a pino era algo más débil, y algunos de los estandartes con caballos habían sido retirados de las paredes. Volvieron al fuego de Efnís, y Bán se encontró con que alguien había acabado de cortar las ramitas de pino, y que las antorchas ya estaban hechas. Estaban colocadas en una ordenada pila sobre una piel de cordero, a un lado. La olla del fuego solo calentaba agua. Cuando hirvió, Macha llenó un vaso y mezcló con ella algunas hierbas y le obligó a beber. Sabía a cardillo, un sabor que le resultaba familiar, que se mezclaba con otros más amargos que no reconocía. El brebaje hizo que su lengua se encogiese y le picase, pero su cabeza pareció despejarse poco a poco, y veía mejor que antes. Macha se sentó en el suelo frente a él y bebió los posos de su bebida. Tenía los ojos clavados en el fuego. Nunca la había visto tan seria. Él le puso una mano en el brazo.

—¿Dónde está Breaca? Tenía sangre en la cara. Necesitará una cura.

—No —con un gran esfuerzo, Macha apartó los ojos del fuego—. Efnís, ¿te importa dejarnos solos? Tengo que hablar con mi hijo.

El joven soñador no salió corriendo, pero el remolino que dejó tras él fue el mismo que si lo hubiera hecho. Cuando estuvieron solos, Macha miro a su hijo y empezó a hablar:

—Bán, Breaca no está herida. Ha intercambiado algunas palabras duras con los trinovantes, y creo que incluso ha cruzado el acero con uno de ellos, pero no le han hecho ningún daño.

—Pero…

Los ojos de la mujer se clavaron en los suyos. Eran del gris del hierro, y la luz del fuego danzaba en la oscuridad, en su centro.

—Bán, lo que viste era una visión, una cosa provocada por el humo del pino y por el influjo de la casa grande y… otras cosas que eres demasiado pequeño para saber. Pero no era real. Breaca no ha luchado todavía en ninguna batalla, ni en una primera ni en una segunda. El hombre al que has atacado no era Mandubracio. Eso no es posible. El traidor vivió en los tiempos del abuelo de tu abuelo. Hace mucho que murió.

Bán frunció el ceño. Lo entendía, pero solo parcialmente. Creía en lo que había visto.

—¿Entonces, quién era?

—Amminio, segundo hijo del Perro del Sol, Cunobelin. Él y su hermano Togodubno han venido como enviados de su padre. Un enviado es sagrado, Bán. Aunque no estuviésemos en solsticio de verano, no se les debía atacar.

La cara y los ojos de ella decían más que su voz. Y estaba llorando de nuevo. Una

garra de hielo sujetaba el pecho del niño, dificultándole la respiración. Las palabras que acababa de pronunciar su madre resonaban en su cabeza: «Has roto la tregua y has llamado traidor a uno de ellos. Es el peor insulto». Ella le cogió la mano.

—Bán, ya sé que no querías hacerlo, pero las leyes son estrictas, y en este caso no podemos dejarlo pasar.

Iba a ser un guerrero. Una pequeña parte de su mente le decía que aquello había sido algo parecido a entrar en batalla: el terror formando un nudo en la boca del estómago, la espantosa incertidumbre de lo que estaba por venir. Intentó preguntar, pero no podía hablar. Aun así, decidió que, pasara lo que pasara, no lloraría.

Su madre dijo:

—He hablado con los ancianos y han estado de acuerdo. Tienes una deuda de honor con Amminio, hacia su casa y su persona. Se puede pagar de dos maneras. La primera es servirle durante un año, como Breaca sirve a la anciana abuela.

—Pero él no está ciego ni cojo. No necesita a nadie que sea sus ojos ni sus miembros.

—No. Y por lo tanto, el servicio hacia él sería distinto.

—¿Como un esclavo?

—Sí. Eso creo —él la miró. Ni los dioses de los icenos ni sus soñadores permitían la esclavitud. Pensar en ello ya suponía arriesgarse a la ira de Nemain. Su madre seguía hablando—: Hemos considerado esa posibilidad y no es aceptable. Por muchas razones…

Él era un guerrero. Podía hacer cualquier cosa. Cuadró los hombros.

—Iré, si es lo que queréis de mí.

—No, no es eso. Desde luego que no. Puedes tener una deuda de honor con ese hombre, pero él… —ella luchaba, buscando las palabras para definir la magnitud de lo que había ocurrido, y no parecía fácil encontrarlas. Suspirando, dijo—: Nuestro honor está en juego. Amminio difícilmente aceptará lo que puedas ofrecerle. Los ancianos no permitirán que vayas —Bán vio el temor en los ojos de ella, más claramente que nunca, y los esfuerzos que le costaba enfrentarse a lo que había de decirle. Habló rápidamente, para acabar con aquello—. Hay otra forma. Debes hacerle un regalo, algo que te importe muchísimo. Un regalo del corazón, que valga tanto como un año de tu vida.

Ella no pudo mirarle entonces. Sus ojos se apartaron del fuego donde *Granizo* roía la punta de una antorcha. Él volvió a ver el rastro de humedad en su mejilla y empezó a comprender: se sintió abrumado, desbordado, como si sus entrañas se hubieran reducido a polvo.

—¡No, *Granizo* no! —se agarró a ella poseído por el terror, cogiendo al asustado cachorro con la otra mano—. ¡Por favor, por favor, *Granizo* no; prefiero servirle durante el resto de mi vida!

Ella le cogió la muñeca.

—No digas eso, Bán. No, en un día como éste.

—Pero…

—No. Y no se trata de *Granizo* —él vio la sombra de una sonrisa—. No creo que aceptase a *Granizo*. Tu perro de batalla ha intentado desarzonarle. Y si Efnís no lo hubiese cogido, creo que habría tenido éxito.

En otra ocasión, se habría sentido muy complacido al oír aquello. Ahora, mientras el alivio le invadía, tanteó en busca de la propuesta de Macha.

—¿La perra nueva? Es buena. Un hombre como ése no sabría qué hacer con ella, pero se la daré, si tengo que hacerlo.

—No, la perra no. La has obtenido mediante intercambio. No es algo que valores todavía. Hay otra cosa…

Y entonces lo vio, como una hoja de cuchillo que está demasiado cerca para evitarla, apuntando directamente al corazón.

—¿La potranca? ¿Mi potranca parda?

—Sí. Lo siento, Bán, pero es lo único que puede servir.

—Pero no puede separarse de la yegua. Es demasiado joven. Aún no está destetada.

—Ya lo sé. Por eso su madre tendrá que ir con ella también. Las dos irán juntas. Mañana por la mañana, después de la ceremonia de la salida del sol, debes regalárselas ambas a Amminio para saldar tu deuda de honor, y darle tus disculpas.

* * *

Pasó el día desconsolado. Se sentó en el campo con la potranca, dándole sal y pasteles de salvado endulzados con miel, y los demás regalos que le habían traído. Las noticias viajaban rápidamente, y gente a la que él apenas conocía (los que habían venido a admirarla durante la feria, y otros a quienes no había visto nunca) pasaron por el campo y le dejaron pequeños regalos: un poquito de sal para la potranca, un tarro de aceite para untarle los cascos, una vaina de espada para que la llevase por la mañana. Un día antes, él habría estallado de orgullo, simplemente viendo que se preocupaban por él. Ahora, sin embargo, nada le conmovía. Su padre llegó para estar con él un rato. Juntos cepillaron la crin y la cola de madre e hija, y les frotaron la piel hasta que brillaron. No dijeron nada. No había necesidad alguna de discutir. Ambos sabían que aquella potranca era la mejor que Eburovic había criado jamás, y que la yegua era la mejor que tenía para la cría. Ambos sabían la cantidad de años que habían trabajado para prepararlas, y que las oportunidades de criar otro ejemplar como aquél eran demasiado pequeñas, insignificantes.

A su debido tiempo, su padre se fue y la potranca husmeó el cuello de Bán y le lamió el pelo, y pareció no comprender por qué él no jugaba con ella, como solía hacer siempre. Él le retorció el mechón de la frente, como hizo la mañana en que

nació, apartándole el cabello sedoso y rubio para que la media luna se mostrase al cielo. Le habló, prometiéndole grandes cosas: que sería honrada por encima de todos los demás caballos en la manada de su nuevo amo, que la cabalgarían suavemente y que la domarían bien, y que vería grandes batallas; que cuando llegase el momento, se la uniría con los mejores y más valientes sementales y daría a luz solamente los mejores potros. Mentía, y lo sabía, y las palabras se le secaron en la garganta. Ella le sopló en la cara y empujó su hombro para animarlo, y Bán percibió ese olor peculiar a potrillo joven que ella desprendía, y quiso morir.

Breaca vino más tarde, ya cerca del anochecer. Al oeste se congregaban nubes de tormenta, emborronando el horizonte. El rojo del atardecer se filtraba como la sangre de una herida fatal. Bán lo contempló y trató de recordar por qué había creído tener el valor de un guerrero. No hizo nada para saludar a su hermana. De todas las personas que estaban más unidas a él, ella era la que menos deseaba ver. Ella se quedó a un lado, esperando. La veía por el rabillo del ojo. Al final, como Bán no se volvió, se inclinó hacia él y dejó un fardo de ramitas y troncos junto a la pared.

—Te he traído leña para el fuego —dijo—. Tendrás que hacer fuego, si vas a pasar toda la noche al raso.

Era muy considerado por su parte. Él no había pensado en hacer fuego, pero desde luego era una buena idea, aunque por *Granizo*, no por él. Asintió con la cabeza para demostrar que la había oído, y esperó a que se alejara.

—¿Bán? —ella se agachó a su lado.

Tímidamente, con vacilación, le puso una mano en el brazo. Su voz temblaba un poco, como si hubiese estado llorando o estuviese a punto de hacerlo.

—Bán, lo siento muchísimo. No sabía… No me lo han dicho hasta ahora. He intentado que pudieras ofrecerle otros regalos, pero dicen que está en manos de los dioses, y que no pueden actuar de otro modo.

Él no dijo nada, y no por rudeza, sino porque no tenía nada que decir. Cualquier otra persona le habría dejado solo con su pena. Breaca era su hermana. Ella se sentó en el suelo a su lado, apartando a *Granizo*, desconsolado, de allí.

—¿Bán? ¿Hermanito?

Se acercó a él, envolviéndole entre sus brazos. Los dedos de la muchacha se entrelazaron con los del niño. Sin pensarlo conscientemente, el pulgar de éste buscó la cicatriz en la palma de ella y recorrió su borde. Ella apoyó la mejilla en la cabeza del niño, como siempre había hecho, y le estrechó más aún contra su pecho. Él oía los latidos del corazón de Breaca a través de su túnica. En otro tiempo, cuando él era pequeño y ella le sujetaba de aquel modo, él contaba en voz alta los latidos de su corazón, para demostrar que sabía los números y que podía medir el ritmo. Ahora, los latidos resonaban contra su cuerpo y hacían eco en el vacío.

La voz de ella resonó en su cabeza. Ella estaba hablando, diciéndole que había intentado razonar con los ancianos y que no lo había conseguido, y que había venido para ofrecerle la única compensación en la que podía pensar.

—Ya sé que la potranca gris no es tan buena como la tuya, pero si la quieres, quédatela. ¿La tomarás como regalo mío? ¿Por favor?

Él hizo un gesto de negación la cabeza. No quería ningún otro caballo, nunca lo querría. Ya lo había decidido. Intentó liberarse y ella le sujetó más fuerte aún.

—No —los brazos de ella le apretaron más fuerte—. Déjalo, pues. Quédate conmigo. Quédate quieto y tranquilo. No tenemos que hablar.

Él abandonó la lucha. Ella le sujetaba muy fuerte, tal como él había sujetado a *Granizo*, apretando los labios contra su pelo y luego por todas partes, besándole la frente, la cara, el cuello. Eso también le habría alegrado mucho cualquier otro día. Desde que murió la madre de Breaca no habían estado tan unidos. Él era su hermano; siempre había sabido que la tendría a su lado. Y luego, a lo largo de toda la primavera, viendo el cambio que se había producido en ella, pensó que la había perdido a favor de Airmid, y se volcó con *Granizo* y la potranca. Ahora se daba cuenta de que nunca había perdido a su hermana, aunque que en su lugar estaba perdiendo ahora la otra mitad de su corazón. Empezó a sollozar, sintiéndose de nuevo muy pequeño en sus brazos y olvidando que era un guerrero y que había jurado no llorar.

Breaca permaneció abrazada a él hasta que cesó el llanto. Le dolía de nuevo la cabeza, y ella le trajo agua limpia y una madeja de lana para que se limpiase la cara. Le sentó en sus rodillas y le pasó los dedos por el cráneo, desenredándole el pelo. Cuando encontró las puntas ásperas del mechón recién cortado, y lo peinó sin hacer ningún comentario, él supo que Efnís había contado todo lo ocurrido en la casa grande. Por primera vez levantó la vista hacia su hermana. Ella se había quitado la torques y el manto azul, y las trenzas de guerrera habían sido deshechas y peinadas, de modo que el cabello colgaba suelto y fino hasta sus hombros, como la piel de raposa de su sueño con el caballo. Ya no se parecía en nada a aquella guerrera que había visto empuñando el escudo con las marras rojas y la lanza rota en el bosque.

—Te he visto —le susurró—. Ibas delante de las lanzas. Tenías un corte de espada en el brazo, y había sangre en la espalda de tu túnica.

—Lo sé. Macha me lo ha dicho —ella se puso de pie, mirando al atardecer.

Con aquella luz extraña y refulgente, su rostro y su cabello tenían el mismo tono del oro rojo. Ella parecía tan tensa como lo estuvo a lo largo del invierno, y se miró la mano rápidamente para asegurarse de que la herida de la palma no se había vuelto a abrir. No parecía que fuese así. Volvió a mirar hacia el cielo. Con los ojos todavía clavados en la puesta de sol, añadió:

—Yo no quiero ser guerrera, Bán. Eso es para ti.

Deseaba con intensidad ser soñadora e ir a Mona con Airmid. Él lo sabía. Siempre lo había sabido. No creía que eso pudiera ocurrir, pero aquél no era el momento para decirlo.

—No me he inventado la visión. Ha sido así.

—Te creo. Y también la anciana abuela —ella se agachó de nuevo junto a él, fuera del influjo de la luz del atardecer, envolviendo las manos del chico con las suyas—. Se

lo ha contado a los demás soñadores, para que lo supieran antes de la reunión. Éste será un consejo más importante que el del invierno. Los soñadores, los bardos y los líderes de guerra de toda la nación icena vendrán para sentarse junto a todos nuestros ancianos y ancianas. Togodubno ha pedido permiso para formular una pregunta, en «representación» de su padre.

—¿Y se lo han permitido?

—Sí. Tienen que hacerlo. Es el día de los dioses, y cualquiera que venga puede plantear una pregunta.

Por encima de la casa grande, un cuerno resonó quejumbrosamente. Breaca desenlazó sus dedos de los del muchacho.

—Tengo que irme. El consejo se reunirá cuando el cuerno suene por segunda vez, y debo vestirme adecuadamente.

Breaca le volvió a besar, esta vez en los párpados, haciendo que guiñara los ojos. Él soltó una risita y, durante un instante, olvidó a la potranca. Cuando la volvió a mirar, su hermana estaba de pie, erguida y seria. Le dijo:

—No he venido por eso, pero tengo un mensaje de las ancianas.

Durante el tiempo de un latido del corazón, se atrevió a tener esperanza. Pero si era un indulto, ella no habría esperado tanto tiempo para decírselo. Comprendiendo lo que pasaba, ella movió la cabeza negativamente.

—No, no se trata de eso. Pero tengo que decirte que, si quieres, te permiten sentarte con el Consejo. Puedes oír a los trinovantes plantear su pregunta, e incluso podrás hablar después —sonrió, irónicamente—. Es el mayor honor que te pueden conceder. Serás la persona más joven que se ha sentado jamás como miembro del Consejo. Los bardos lo contarán junto con los relatos de tus hazañas, después de tu muerte —extendió las manos—. No pueden ir contra las leyes, pero están haciendo lo que pueden para mejorar las cosas.

Era un gran honor, pero no mejoraba nada. Ella lo sabía tan bien como él. Él no dijo nada. Al cabo de un momento, Breaca asintió.

—Les he dicho que preferirías quedarte aquí, pero tenía que ofrecértelo. ¿Encenderás el fuego? Por favor, hazlo por mí. Esta noche no es para pasarla a oscuras.

Notaba la garganta agarrotada de nuevo.

—Encenderé fuego. Por ti.

—Gracias —ella le abrazó por última vez, como si él se fuese a la guerra. Luego le soltó y dijo—: No te enfríes, hermanito. Volveré mañana por la mañana —y tras decir esto, se alejó antes de que él pudiese echarse a llorar de nuevo.

La noche era cálida y no demasiado oscura. El sol se escondía ya por detrás del horizonte, pero la luz permaneció, aparando un poco las estrellas. Murciélagos e insectos nocturnos revoloteaban en la penumbra. Los caballos pastaban como lo habrían hecho por la tarde, cortando la hierba en círculos alrededor de donde él se encontraba. La mayor parte de la rente, aquellos que no estarían presentes en la

reunión que se celebraba en la casa grande, habían desmantelado ya los puestos de venta y los bancos, las cuerdas y las piedras indicadoras, convirtiendo de nuevo el recinto de la feria en un terreno pantanoso y abierto, como había sido antes de que llegasen. A su debido tiempo, encendieron fogatas y se sentaron en torno a ellas, charlando. Solo los más jóvenes y los más ancianos dormían.

En el campo, Bán preparó el fuego, lo encendió y pronto se vio rodeado de luciérnagas. *Granizo* yacía muy enroscado, soñando con liebres. La potranca parda pastaba y mamaba de su madre, y poco más tarde se echó a su lado, compartiendo su calor con el suyo. Él le habló de las constelaciones que pasaban por encima de su cabeza: el Cazador, la Serpiente, el Oso, la Nutria y la Lanza. Ella se adormiló, con el hocico descansando en el muslo del niño. Sonó débilmente un cuerno en la casa grande, y un coro de voces se elevó como respuesta, convirtiéndose luego en un distante murmullo, como el del mar.

Los pasos llegaron poco después, un susurro leve en la hierba que podía haber sido un caballo paciendo, pero que no lo era.

—¿Puedo sentarme contigo? —el acento era fluido, del sur más lejano. Un hombre se agachó junto a su fuego y, sin pedir más permiso, arrojó un trozo de madera a las llamas. Qué mala suerte. No se podía echar a alguien que pedía compartir tu fuego. Bán miró hacia abajo, a la cabeza de la potranca, que descansaba en su rodilla, y no dijo nada. *Granizo*, lleno de curiosidad, levantó la cabeza para mirar, pero no hizo ningún intento de expulsar al extraño.

—Qué noche más bonita —era una frase intrascendente, pero el tono hizo que el niño levantase la vista. El hombre era joven, no mucho mayor que Tago, pero más alto y con los miembros más esbeltos, como un potro que luego será muy alto, pero cuyo cuerpo todavía no ha crecido lo suficiente. Tenía el pelo negro y rizado como lana de oveja, y su nariz, demasiado grande para el resto de su persona, se había roto recientemente y vuelto a colocar en su sitio. El efecto era cómico. Uno podía imaginar que si hubiese sido más joven y no tan grandote se burlarían de él por aquello. Duborno, por ejemplo, no habría dejado que lo olvidara nunca. Como adulto, le señalaba de un modo especial, de modo que su rostro sería recordado por los demás. Se había quitado su manto solar, y en su lugar llevaba una túnica oscura y sencilla y un manto de lana de oveja sin teñir, cosa que le señalaba como neutral y no perteneciente a ninguna tribu. Quizás aquella noche ese detalle era un engaño necesario. O quizá los ancianos lo habían requerido.

El hombre levantó las manos hacia el fuego, deleitándose con el calor. Su presencia era un insulto, algo deliberado. Si se quedaba, sería necesario trasladarse. Bán miró al otro lado del campo, buscando otros lugares donde hacer otro fuego.

—¿Quién es Mandubracio?

Las palabras se deslizaron entre un crujido del fuego y otro, de modo que Bán no estuvo seguro de haberlas oído en absoluto. Miró hacia arriba. Los ojos del hombre estaban clavados en su rostro. Eran castaños y grandes, y desprovistos de malicia.

—El traidor Mandubracio —dijo de nuevo—. No he oído hablar de él. ¿Puedes contármelo?

—No soy bardo.

—Ya lo sé, pero no te he pedido ninguna canción, solo la historia a grandes rasgos. ¿Era un iceno?

—¡No! —que alguien pudiese pensar algo tan tremendo aún contribuía más al insulto—. Era un trinovante. Traicionó a Casivelauno y le vendió a las legiones de César. Y por su culpa crucificaron al perro *Belin*, que recibió su nombre del Sol.

—Ah —el hombre se inclinó hacia delante y le tendió la mano a *Granizo* para que la oliese. El perrillo levantó la cabeza, dio a los nudillos que se le ofrecían un mecánico lametón y se volvió a dormir. El hombre le acarició como alguien que cuida mucho a sus perros. Dijo—: Ya veo que eso es algo muy malo.

—Era peor que malo. Iba en contra de los dioses y de las personas.

Entonces fue cuando Bán decidió no moverse. Si le iban a obligar a hablar, pues lo haría, le gustase a su auditorio o no. No podía hacer sombras con las manos, como había hecho Gunovic, pero podía hacer que la historia fuese real, con los colores, olores y sentimientos de las personas. Empezó por el principio, y lo contó todo. Cuando llegó el episodio de la muerte del perro no lloró, porque sabía que aquel momento se acercaba, pero vio por la súbita quietud en los rasgos del hombre que lo había contado bien.

—Pero los dioses se cobraron su precio —dijo—. El traidor fue maldito por los soñadores. Su pueblo está gobernado por el Perro del Sol, del linaje de Casivelauno… —y, como el extraño levantó las cejas pero no interrumpió, siguió contándole el cuento de los tres hermanos: Togodubno, que era débil y dejaba que gobernase su padre, cuando el liderazgo debía pertenecerle por línea materna; Amminio, que no tenía honor y que se depilaba los agujeros de la nariz adoptando una costumbre romana; y el tercer hijo, Caradoc, que llevaba la sangre guerrera de los ordovicos y que iba a ser nombrado guerrero de tres tribus diferentes. Se proponía contar que este último era un revolucionario y despreciaba a su padre, pero recordó la advertencia de Gunovic de que el Perro del Sol no trataba a la ligera la traición, y no lo hizo. El enemigo de mi enemigo es mi amigo. Y también consideraba a Caradoc un posible aliado.

Acabó y se quedaron ambos en silencio. El fuego silbaba y escupía. El hombre alto se pasaba los dedos pensativamente por la nariz.

—¿No crees que es posible que Togodubno no sea débil, sino que reconozca que su padre y su abuelo y todos sus antepasados antes que él trabajaron durante toda su vida para unir a dos tribus, y que arrebatarles ahora el gobierno de los trinovantes, cuando el esfuerzo acababa de tener éxito, solo podría servir para volver a dividirlos?

—Entonces, ¿qué ocurrirá cuando tome el juramento de sus lanzas? ¿Se quedará para siempre a la sombra de su padre? ¿Así es como actúa un guerrero?

—No. Pero un hombre puede ser guerrero y a la vez diplomático. Y los padres no

viven eternamente. Cunobelin es de mediana edad; puede vivir quizá diez o veinte años más, pero cuando muera, su tierra será dividida entre sus tres hijos. Si ellos no se ponen de acuerdo sobre cómo gobernarla, habrá guerra, y otras personas morirán. Tú has crecido escuchando y admirando las grandes hazañas de tus antepasados guerreros, pero el deber de un guerrero no es hacer la guerra porque sí, sino solo para proteger a su pueblo, o para vengar las muertes de otros.

—Entonces, ¿por qué habrá guerra cuando los hijos se hagan cargo de la tierra?

—Quizá no la haya. Pero supón que un hermano (por ejemplo, Amminio) ha pasado muchos años viviendo entre comerciantes y estadistas en las Galias y cree firmemente que su fortuna se encuentra con Roma —Bán le miró, anonadado. Ni siquiera Gunovic lo había dejado tan claro—. Y supón que uno de los otros (Caradoc, por ejemplo) odia todo lo que es romano con una pasión que le hace hervir la sangre, y que hará todo lo que pueda para eliminarlos a ellos y a sus aliados de cualquier lugar y cualquier pueblo sobre el cual ejerzan su dominio. Entonces, el tercer hermano (Togodubno), a menos que sea un buen diplomático, quizá no pueda evitar que esos dos se enzarcen en una guerra larga y sangrienta, mientras cada uno de ellos desea imponer sus deseos al otro. En el mejor de los casos, habría una matanza innecesaria. En el peor, las legiones de Roma podrían ser llamadas para que interviniesen, como ocurrió con Mandubracio, y nos encontraríamos enfrentados a otra invasión como la que sufrieron nuestros antepasados. Eso sería la peor opción.

—¿Y es un buen diplomático el tercer hermano?

—No lo sé. No soy la persona más indicada para decirlo. Intenta serlo. Pero no estoy seguro de que lo consiga.

—¿Ha sido la diplomacia lo que le ha traído aquí para plantear su pregunta al consejo? —preguntó Bán directamente, con los ojos clavados en el rostro del extranjero. El hombre asintió, lentamente. Su mirada no era hostil.

—No del todo. En eso ha actuado como deseaba su padre. Su padre cree… —calló y volvió a empezar de otro modo—. Déjame que te lo cuente tal como lo ha escuchado el Consejo. Mira —levantó un palo de la pila que estaba junto al fuego—, aquí hay un palo. Le llamaremos la rama de la amistad entre dos pueblos, trinovantes e icenos.

—Está desnuda. No tiene hojas.

—Exactamente. El árbol del cual procedía se ha marchitado, cosa que no es buena. Los trinovantes (el Perro del Sol) serían como unos hermanos para los icenos, y él lamenta haber dejado que el árbol de la amistad no se regase, de modo que no da fruto.

»Ha oído la pérdida sufrida por la casa real de los icenos… —miró de costado a Bán, que asintió para mostrar que había comprendido, ya que el hombre no podía nombrar a la madre de Breaca igual que tampoco podía ningún iceno. El hombre siguió—: Cunobelin lamenta tremendamente esa pérdida, pero las lamentaciones no bastan. Un hermano que es un verdadero guerrero no lamenta simplemente el

asesinato de su hermana, sino que sale al galope y toma venganza. Y por tanto, la pregunta presentada a. Consejo fue la siguiente: cuando las lanzas de los icenos salgan a vengar la muerte de la mujer de su linaje real, el Perro del Sol pide que se le permita llevar las lanzas combinadas de los trinovantes y los catuvelaunos para que les ayuden en su batalla contra los guerreros del milano rojo. Solo así, cree, el árbol de la amistad volverá a dar fruto nuevamente.

Bán había estado contemplando el fuego, y no el palo. Cuando el hombre volvió a levantar la mano, en lugar del palo desnudo sujetaba una pequeña rama recién cortada de avellano, el más sagrado de los árboles. Las hojas colgaban de ella, y una solitaria pluma de cuervo con el cañón pintado de negro, señal de guerra. Él se la entregó a Bán, que la arrojó al fuego. No estaba aún dispuesto a aceptar regalos de aquel hombre. Luego preguntó de nuevo.

—¿Togodubno hizo que un palo se convirtiera en una rama viva de avellano para el consejo?

—Sí. Sabían que era un truco de magia, pero servía para presentar su asunto, y para plantear la cuestión que quería plantear.

—¿Togodubno, hablando por su padre, pidió al consejo formar una alianza con los trinovantes y los catuvelaunos contra los coritanos?

—Sí, eso hizo.

—¿Y qué dijeron ellos?

—Nada, le pidieron que abandonara la casa grande para que lo pudieran discutir plenamente entre ellos. La respuesta se le dará mañana, después de la ceremonia del amanecer. Después de que tú hayas entregado la luz de tu corazón a mi hermano.

Aquel hombre, Togodubno, comprendía el valor que la potranca tenía para él. Aquello en sí mismo ya era un regalo, aunque no bastaba para amortiguar su pena. Luego Togodubno dijo, suavemente:

—¿Sabías que tu hermana ha ofrecido a Amminio su potranca gris en lugar de la tuya?

Bán lo había sospechado, pero no podía saberlo. Movió la cabeza negativamente, mudo. Ni que decir tiene que Amminio se habría negado.

El hombre dijo:

—Es algo muy bonito que dos que comparten el mismo padre se preocupen tanto el uno por el otro. Debes conservarlo como un tesoro.

—Eso hago.

Hubo un largo silencio. Ambos miraban las llamas.

—Los ancianos rechazarán tu propuesta —dijo Bán, al final. Lo lamentaba, aunque sabía que sería así, y se sorprendía por ello.

—Ya lo sé. Lo supe en el momento en que atacaste a Amminio. Pero hasta ahora no sabía por qué.

Togodubno se levantó. De pie parecía mayor de lo que había carecido sentado junto al fuego. Una de las dos impresiones era provocada por la luz. Sonrió.

—Casi ha amanecido. Te dejaré con tu potranca. Creo que no le diré a mi hermano cuál es la respuesta del Consejo. Bastará con que lo sepa por la mañana. No se sentirá complacido.

—No ha sido nombrado guerrero. ¿Habría galopado él contra los coritanos?

—Habría dirigido el ala derecha del ataque de los trinovantes. Esa hubiera sido su mayor oportunidad de ganar honores en batalla.

* * *

La ceremonia del amanecer fue breve y muy hermosa. No implicaba la reanimación de los fuegos muertos, como ocurría al principio del verano, ni tampoco la apertura del nuevo año, como a principios de invierno. Ahora, con la altura mayor del sol, la gente se alineó en las orillas del río que corría espumeando junto a la casa grande y, cuando la primera luz incidió en el agua, devolvieron a los dioses sus ofrendas de grano y oro, e hicieron las preguntas para las cuales necesitaban respuesta. Bán no estaba en la orilla. Su regalo era distinto. Breaca había llegado tal como le prometió, y le había ayudado a preparar a la potranca y la yegua; sin embargo, era Bán quien debía entregarlas. Los ancianos señalaron el momento. Cuando el sol se liberó del horizonte, la anciana abuela levantó un cuerno y sopló con fuerza. La gente volvió y formó un semicírculo en torno al pequeño grupito de ancianas y ancianos que se reunieron en el centro. Llamaron a Togodubno para que se uniera a ellos y, al cabo de un momento, a Amminio. Ambos llevaban sus mantos solares, y sus torques. Se les había visto a ambos arrojar brazaletes de oro macizo al agua.

Bán llegó con la segunda señal. Se adelantó, conduciendo a la yegua en el lado del escudo y la potranca parda en el lado de la espada, tal como le habían enseñado. Ambas caminaban bien, conscientes de que todos los ojos se volvían a su paso. La gente retrocedió para formar un pasillo. No era habitual que la gente lanzara aclamaciones el día de los dioses, pero cada adulto llevaba un cuchillo en su cinto y la mayoría de ellos casualmente había recogido un palo o un pequeño tronco de las pilas junto a las fogatas mientras iban hacia el río. El ruido que hacían, golpeando las hojas contra la madera, era el de los guerreros que vuelven, golpeando las hojas de la espada en los escudos como señal de victoria. Empezó poco a poco y fue creciendo en oleadas hasta un trueno, por encima del cual no se podía oír la voz de un muchacho. Los ancianos dejaron que fuese creciendo hasta que quedó bien claro de qué se trataba, y entonces la abuela levantó su cuerno y sopló por tercera vez. El silencio que llegó después hirió los oídos mucho más que el ruido anterior.

Bán se sentía vacío, como si su alma todavía estuviese sentada junto al fuego y solo su cuerpo se moviese. Caminó con la yegua y la potranca los últimos pasos hacia los ancianos. La abuela estaba de pie, perfectamente erguida. A la luz del sol, sus ojos

eran blancos, como si se hubiera vertido en ellos leche de yegua. Los que estaban junto a ella también se encontraban erguidos, con expresión dura. Solo Togodubno sonreía, cálidamente, con algo de pena, como había hecho junto al fuego. La sonrisa de Amminio era puro veneno, estropeada solo por tres marcas de arañazos en la parte lateral de su rostro. Bán solo tenía a Duborno como ejemplo de lo que era infligir dolor y complacerse con ello. De pie ante su enemigo, comprendió de alguna manera lo escasa que era esa experiencia. Durante un momento frenético y fugaz, se preguntó si no sería más adecuado sacar el cuchillo de su funda y matar a la potranca limpiamente, ahora, ante toda aquella gente reunida.

—Bán, hijo de Macha, cazador de liebres y soñador de caballos —la anciana abuela se adelantó. Nunca había usado su nombre completo hasta entonces. Nunca, por lo que él podía recordar, había pronunciado siquiera su nombre, y ahora le estaba confiriendo unos títulos que no se había ganado—. Has venido ante nosotros para presentar tus disculpas y entregar tu regalo, el regalo de los dioses, a uno que lo recibirá en nombre de los dioses. Ya puedes hacerlo.

Sintió que su cabeza se volvía ligera, como había ocurrido en la casa grande. Amminio tenía un aire desconcertado; no había esperado encontrarse en el lugar de los dioses.

El intercambio se llevó a cabo rápidamente. Breaca le había indicado las palabras correctas para disculparse, y la forma en que debía presentar el regalo. A una señal de su hermano, Amminio se adelantó para tomar las riendas y darle las gracias. Su acento era espeso y apenas comprensible, y las frases mecánicas. Retrocedió de nuevo sujetando las riendas como si no estuviera seguro de lo que debía hacer con ellas. La yegua le siguió con renuencia. La potranca retorció la cabeza hacia atrás y relinchó a Bán.

Antes de que él pudiera responder, Togodubno se adelantó. Con una voz destinada a convencer, dijo:

—Mi hermano no está familiarizado con el lenguaje ni las costumbres de tu pueblo, pero yo juro en su nombre que este regalo de los dioses, hecho el día de los dioses, será tratado con el respeto debido a *Belin*, el sol, que es lo más sagrado para nosotros y para nuestro padre. Lo juro por mi honor como guerrero —entre la multitud las hojas de los cuchillos volvieron a golpear en la madera, brevemente. Amminio frunció el ceño.

Togodubno hizo una inclinación, con el brazo cruzado encima del pecho, como señal de respeto de un guerrero, y se volvió hacia la anciana abuela. Con más suavidad, añadió:

—La noche pasada acudí a. Consejo con una petición de mi padre, Cunobelin. ¿Puedo saber ahora cuál es la respuesta del Consejo?

—Puedes —la sonrisa de la anciana abuela ostentaba una breve sombra del veneno de Amminio—. El consejo ha considerado la petición y los acontecimientos que la han rodeado. Es nuestra decisión que no haya guerra. Puedes decirle esto a tu

padre: que el árbol de la amistad no se alimente de sangre. Requerirá la tierra de Briga y el agua de Nemain para florecer con plenitud. Y a ti te diremos que eres un hombre de honor, ligado por la sangre a hombres sin honor. Llegará un tiempo en que tendrás que elegir. Si eliges las aguas de la amistad por encima de la sangre de tu estirpe, serás bienvenido entre los icenos. Si no lo haces, morirás, igual que todos nuestros enemigos.

Para Bán, la visión de la cara de Amminio fue como un parpadeo de luz en la oscuridad.

# VI

—Se va a morir, ¿verdad?

—Todos mueren, Bán. Algunos mueren antes que otros, eso es todo.

—¿Pero se va a morir «ahora»… de la enfermedad?

—Es posible. No hay sangre en las heces, cosa que es una buena señal, pero todavía está muy frío, y eso es malo. Si podemos hacer la mezcla adecuadamente, entonces puede que viva. Si nos quedamos sentados aquí hablando de ello, entonces sí, morirá. Mantenlo cerca del fuego y vigila el agua. Avísame cuando hierva.

Era media mañana, y todo el mundo estaba despierto y muy atareado, aunque no lo suficiente, al parecer, para pasar, de camino de aquí allá, y ver lo que estaba ocurriendo, aunque «aquí» fuese en el rincón más alejado del recinto y «allá» solo estuviese a una distancia de un paso o dos. Todo había ido bien mientras Bán estaba fuera con Airmid recogiendo las plantas, porque nadie sabía qué era lo que estaba pasando. Ahora que habían vuelto y habían encendido fuego en el exterior de la choza de los arneses, corrió la voz mucho más rápidamente de lo que cabría imaginarse, hasta que todo el mundo supo que *Granizo* estaba enfermo y que Airmid lo estaba cuidando, y sintió la necesidad de visitarlo y ver si era verdad.

La cosa había empezado muy mal, justo antes de amanecer, cuando todo el mundo estaba durmiendo, aparte del chico y su cachorrillo enfermo. Bán se acercó al río en la oscuridad, para lavarle a *Granizo* la diarrea de apestoso olor, cuando las salpicaduras producidas por otra persona y una forma adulta que se vislumbraba en la oscuridad le dijeron que no estaba solo. Se quedó quieto en la helada corriente, mientras los guijarros se le clavaban en los pies y apretaba a *Granizo* muy fuerte contra su pecho. Una voz flotó por encima del agua, en un tono cargado de burla.

—¿Está enfermo tu perrillo?

Era una mujer, pero no se trataba de Macha. Respiró con alivio. Toda la noche había estado rogando a Nemain, que gobernaba las aguas, y al parecer le había escuchado.

—Tiene diarrea —dijo—. Esperaba al amanecer para llevárselo a la anciana abuela.

—¿Ah, sí? —la voz de la mujer se mezclaba con el rumor del río. No la reconocía, solo sabía que se estaba riendo de él. Continuó—: Entonces tendrás que esperar un día o dos, todavía. Tu hermana ha empezado a sangrar. Bán, el que sueña con caballos. Ella está en el lugar de las mujeres, con Macha y las abuelas. Estarán allí durante unos días más, para evitar la guerra, el fuego o la inundación.

Bán se puso de pie, como atontado. Aquellas noticias penetraron en su mente

como un puño en el estómago. *Granizo* gimoteó al notar súbitamente que su abrazo se estrechaba.

—¿Cuándo? —preguntó, y entonces, como el momento era menos importante que el hecho de que él no lo hubiera sabido, añadió—: ¿Y por qué no me lo han dicho?

—Fue la noche pasada, cuando salió la luna. Y en cuanto a por qué no te lo dijeron, tendrás que preguntárselo a tu madre. Si hubieses estado en la casa redonda, las habrías visto irse, pero como dormías aparte, supongo que creyeron que no era necesario despertarte.

—Estaba despierto —dijo, abatido—. Estaba cuidando a *Granizo* —pensó en las plegarias y promesas a la forma de la luna en el agua, y en cómo se habían desperdiciado, y deseó que los dioses hubiesen encontrado alguna forma de decirle antes que era demasiado tarde.

La mujer se acercó un paso más a él.

—Bueno. Siento que no te dieras cuenta. Ellas también lo sentirán mucho si salen y ven que tu cachorrillo ha muerto. Todo el mundo se preocupa mucho por él después de… todo lo que ha ocurrido. ¿Podría ayudarte yo quizás?

Ahora ella estaba mucho más cerca, de pie junto a él en el agua que corría, como si el agua fuese su hogar, más que la propia tierra. Él levantó la vista y vio con desesperación que era Airmid, y que, por tanto, estaba perdido. El frío que sentía en sus pies subió hasta su corazón y lo congeló.

—Yo no… no puedo… —era el frío lo que le hacía tartamudear, lo habría jurado.

—Tranquilo, que no te voy a comer —su sonrisa tenía un sesgo de comprensión. La voz era la misma que había venido desde el otro lado del río. Ahora él la oía de forma distinta—. No tienes que creerte todo lo que te han dicho de mí.

—No, si no me lo creo.

Y era verdad, aunque solo fuera porque la mitad de las cosas que había oído decir de Airmid contradecían absolutamente a la otra mitad. Los chicos mayores la odiaban. Se decía, cuando ella estaba lejos y las otras chicas no escuchaban, que había causado un daño permanente a Duborno cuando éste trató de reclamar sus favores con demasiado ímpetu. Bán no estaba presente en la conversación en la que se había explicado con todo detalle cuál era la naturaleza de los daños, pero se rumoreaba que el joven podía considerarse afortunado si era capaz de engendrar hijos propios cuando llegase a la virilidad plena, y ciertamente, hubo un mes o dos en invierno en que quedó claro ante todo el mundo que andaba cojeando.

Ésa era una mitad. La otra mitad procedía de Breaca, que debería haber sido más fiable, pero no lo era. Breaca era los ojos y los miembros de la anciana abuela, cosa que significaba un gran honor, pero también un gran peligro. Airmid había sido su predecesora, y había permanecido cinco años con la anciana mujer antes de pasar a ser adulta, y era ésa, según los chicos mayores, la fuente de su locura.

Bán había pasado los últimos dos años y medio vigilando a su hermana de cerca,

buscando señales de similar locura, y diariamente se veía aliviado al no encontrarlos. Sin embargo, Breaca no consideraba loca a Airmid, y lo había dicho claramente, incluso después del incidente de las inundaciones, cuando la joven había aparecido en la casa redonda con el cabello todo alborotado y la túnica desabrochada y una mirada salvaje en los ojos, como si hubiese estado demasiado cerca de los dioses. Estaba claro que aquello no había sido culpa de Airmid; ella era una soñadora, y ya se sabe que los soñadores son diferentes. Bán tenía mucha suerte, y lo sabía, porque su madre no era de ninguna manera como las demás, pero claro, Macha tenía el carrizo como sueño, y el ave de los dioses la mantenía cuerda. Airmid, por el contrario, no había tenido suerte. Su sueño era la rana, y la proximidad con el agua, ya se sabía, volvía locas incluso a las mujeres más fuertes. Y a pesar de la herida que le había hecho a Duborno, Bán no estaba seguro de que Airmid fuese una de las mujeres más fuertes. Ciertamente, no le habría confiado de buen grado la vida de su perro.

Estaba considerando a quién más podía pedir ayuda, cuando Airmid vadeó el río y salió a la orilla, llevándole con ella. Le cogió a *Granizo* de los brazos mientras llegaban a la orilla y volvió hacia el recinto amurallado tan rápidamente que él tuvo que correr para mantener el paso. En las puertas, le ofreció una elección que en realidad no era una elección.

—Si vamos a los cercados de arriba a coger algunas plantas que podrían mejorarle, ¿me ayudarás?

Ella tenía a *Granizo*. Él habría hecho cualquier cosa que le pidiese.

—Lo intentaré.

Bien —su sonrisa era casi como la de Breaca—. Eso es lo que piden siempre los dioses de cualquier persona, que lo intente.



Bán lo intentaba. Era lo único que podía hacer. Había cogido las plantas que ella le había indicado y le ayudaba a llevarlas junto al fuego. La aurora llegó mientras se encontraban en los cercados altos y, para cuando volvieron, había corrido la voz y todo el mundo que no estaba íntimamente implicado en las largas noches de Breaca había ido a ver si el rumor era cierto, para ofrecer su ayuda a los cuidados de *Granizo*. Airmid les había dado las gracias con la misma seca cortesía que había mostrado con Bán toda la mañana, y les había dicho que les llamaría más tarde si el cachorrillo sobrevivía a la enfermedad. A Sinocho, cuando vino por segunda vez, le pidieron más leña para el fuego, y salió a recogerla. Había enviado a su hijo, Duborno, para que llevase la primera carga, una elección bastante desafortunada, aunque realizada con las mejores intenciones. El joven la dejó caer lo más lejos que pudo sin deshonrar a su padre, y luego él y sus amigos se quedaron a una cierta distancia provocando a Bán,

realizando gestos gráficos e insultantes cuando pensaban que Airmid no les veía. Bán mantuvo la atención en el agua que estaba a punto de hervir en la olla que había al fuego, y consideró las batallas que tendría que luchar después para probar que la locura no le había atrapado.

—Si no peleas con ellos, les preocupará más todavía.

Airmid estaba muy cerca, moliendo arcilla del río y raíces de malva hasta convertirlas en una pasta en un cuenco que había cogido entre las cosas privadas de la anciana abuela. Bán la estudió disimuladamente. Había alguna posibilidad de que lo que había dicho no significara lo que parecía que significaba. Ella cogió una raíz lavada, la cortó en trozos y los dejó caer en el cuenco donde estaba moliendo, contando en voz alta mientras lo hacía. Cuando llegó al número adecuado, empezó a moler de nuevo. Sin mirar hacia arriba, dijo:

—Tu amigo, el del pelo fino. Esto le dolerá mucho más si no luchas con él.

Él no se arriesgó a lanzar una mirada a Duborno. Era verdad que el cabello del chico era fino. Cuando estaba mojado, se le pegaba al cuello como si cada pelo fuera un rabo de rata, igual que le pasaba a su padre. Era el resto de lo que había dicho lo que le preocupaba.

—No es amigo mío —le dijo.

—¿Y él lo sabe?

Él se encogió de hombros, como había visto que hacía su padre frente al peligro.

—Ahora sí.

—Bien. Entonces no tendrás que probar nada. Hay cuatro, y tienen el doble de edad que tú. Te cortarán a pedazos y no servirá para nada. Espera a que *Granizo* esté mejor y entonces demuéstrales de lo que está hecho. No te decepcionará. Yo estaba allí cuando nació. La abuela sabía, incluso antes de que tú entraras, que habían presenciado el nacimiento del mejor perro nacido jamás del linaje de Macha, pero no tenían ni idea de qué hacer con él hasta que tú entraste allí con tu sueño. Que tu perro se ponga bien otra vez, y luego entrénalo y enséñales quién es el mejor. Será mucho mejor que luchar ahora.

Levantó los ojos del cuenco, apartándose un mechón de pelo oscuro de la frente con el dorso de la mano. El movimiento hizo que la manga de su túnica se deslizara hasta el sobaco de la joven, y la marca de la pata de rana (aquella de la que Duborno se había burlado tan salvajemente) se hizo visible de pronto en el interior de su codo. Bán nunca la había visto antes. No era del color áspero y ácido de su imaginación, sino de un verde azulado oscuro, como el que adquiere el cobre que se deja a la intemperie, con pequeños puntitos en el lugar que se encontraba más cerca de su corazón. Miró el dibujo mucho rato y, cuando levantó la vista, encontró que ella esperaba su reacción: le miraba, y sabía lo que él había estado mirando. Le pareció probable que ella supiera también lo que había estado pensando. Levantó la vista y le miró a la cara. La mirada de ella era clara y gris, como las nubes que dejan caer la lluvia. Su sonrisa era abierta, sin la ironía del principio. Bán le devolvió la sonrisa y la

observó realmente por primera vez. Pensó de nuevo en lo que sería estar ligado al agua, y notó que el peso de su opinión se veía empujado, como había amenazado con pasar a lo largo de toda la mañana, hacia la postura opuesta. Breaca tenía razón; Airmid no estaba loca. Lo erróneo de su primer pensamiento se le atragantó y se retorció penosamente. Con voz áspera, dijo:

—El agua está casi hirviendo.

—Bien. Ven aquí y remueve esto. Yo vigilaré esto otro.

Entre los gritos del distante Duborno, cambió de sitio con ella, colocándose junto al cuenco y la mano de moler, mientras Airmid levantaba el saquito que llevaba y volcaba los contenidos en la hierba entre ambos. Varias plantas cayeron, la mitad altas, con hojas ovaladas y anchas y tallos espinosos, y con flores en forma de campana color leche de yegua, que colgaban en racimos de los tallos. El resto tenía las hojas más pequeñas y verdes, que brillaban como un guijarro de río, y unas bonitas florecillas rojas que moteaban el tallo como gotitas de sangre. Mientras él miraba, ella las ordenó rápidamente según el tipo y acabó cortándolas para echarlas en el agua. Cuando ambos puñados de plantas se hubieron sumergido, empezó a remover.

—Puedes venir a mirar —dijo—. Pero no dejes de moler la pasta o se quedará dura.

Él se acercó un poco para ver lo que estaba haciendo ella. La olla que estaba al fuego era ancha, con una banda decorativa en forma de zigzag y el borde un poco levantado para verter bien. Mientras él la miraba, ella echó el resto de consuelda al agua y él vio desintegrarse las hojas venosas de un verde grisáceo. Al resto, le costó un poco más sucumbir. Airmid removió con mucho cuidado, vigilando el punto en el que las hojas de sanguinaria perdiesen su brillo y el rojo de las flores sangrase junto con el blanco de la consuelda. En el momento en que ambos colores se mezclaron, apartó la olla del fuego y echó más agua encima hasta que se enfrió lo suficiente para meter ambas manos y empezar a desmenuzar las hojas, frotándolas entre el pulgar y el índice para que se deshicieran, tiñendo el agua con su color. Acabó justo cuando la pasta de arcilla empezaba a endurecerse y costaba de manipular; la infusión había adoptado un color verde oscuro y musgoso, veteado aquí y allá con el color crema y escarlata de las flores deshechas.

—Tiene que haber un tarro vacío junto a la cama de la abuela. ¿Puedes traerlo?

Airmid fruncía el ceño, mirando el líquido. Hablar le costaba gran esfuerzo. Buscando dentro de la casa redonda, Bán encontró un tarro oval aplanado con el cuello estrecho, rematado por un tapón de piel de caballo. Lo llevó junto al fuego.

—Bien —ella se mordía los labios, todavía concentrada—. Ahora, lo único que tenemos que hacer es echar el líquido encima de la arcilla y mezclar ambas cosas. Cuando el color esté igualado, lo verteremos en el frasco y ya estará preparado —miró hacia arriba, de repente, con los ojos muy abiertos y cálidos—. ¿Quieres hacerlo tú?

—¡No! —dijo él, horrorizado. Aunque inmediatamente añadió—: ¿Puedo?

—Creo que sí. Es tu perro. Tú quieres que viva más que nadie. Debes ser tú quien

haga lo último. Mira —ella cogió el cuenco de moler de sus manos—. Así lo vierto. Tú ve removiendo. Así lo haremos a la vez. Procura imaginar que *Granizo* se pondrá bien y fuerte después… eso ayudará a la medicina.

Ella vertía, él removía. La pasta fue formando espirales con el caldo verde de la infusión. La arcilla se mezcló con las flores, dejándolas como partículas de color en un líquido fangoso que se iba volviendo gris por momentos. Olía a tierra removida, y al rumiar del ganado alimentado en los pantanos, con vapores de mirto. Cuando estuvo listo, lo vertieron juntos. Airmid descansó el codo en su hombro, vertiendo desde una cierta altura para formar un fino chorro, mientras Bán sujetaba con firmeza el tarro medicinal por debajo de ella. Cuando estuvo lleno, puso el tapón y ella le dio la vuelta para comprobar que no goteaba.

—Estupendo —ella sonreía como una niña—. Esto ha sido lo más fácil. Ahora tenemos que conseguir que trague la medicina. Uno de nosotros tendrá que sujetarlo con la cabeza levantada, mientras el otro le mete la mezcla en la boca. Le daremos lo justo para que tenga que tragar tres veces. Necesita tomarlo nueve veces de día, y nueve veces por la noche. Cuando se detenga la diarrea, pasaremos a tres veces de día y una sola de noche —le miró pensativamente—. ¿Podrás hacerlo?

—Puedo hacer cualquier cosa.

—Lo creo —inesperadamente, ella le pasó los dedos por el pelo—. Empecemos ahora y veamos si tu perro también puede hacerlo.



Era mucho después de anochecer, y Bán estaba exhausto, pero hacía todo lo posible por no sucumbir al sueño. *Granizo* yacía junto a él en un lecho de hierba limpia. El aliento del cachorro era lento y regular, y ya no tenía los ojos hundidos en la cabeza. La última vez que le había dado la medicina la había chupado ansiosamente, igual que antes de destetarlo, cuando todavía lo alimentaba a base de leche de yegua. No había vuelto a tener diarrea desde que había oscurecido, y su orina era normal. Y lo mejor de todo: ya no olía a rancio. Airmid había dicho que viviría, y Bán la creía. Ella estaba ahora sentada junto a él, apoyada en el muro de madera del lugar donde Bán dormía, echando una cabezadita, igual que su cuerpo. Bán notaba el peso del brazo de la muchacha sobre él, apretándolo contra su costado y manteniéndolo a salvo. La marca de la pata de rana se apoyaba en su hombro, y ya no le producía ningún miedo. Se unió a las otras formas que iban y venían en sus sueños: liebres, caballos, lanceros, y Breaca sentada en sus largas noches sola en el bosque. El cabello de su hermana era de un rojo intenso, como sangre de buey, y brillaba a la luz de la luna.

Más tarde, se despertó sin notar el brazo de Airmid en torno a él. Ella era apenas una sombra al débil resplandor del fuego. Él oyó el sonido del frasco de la medicina,

gorgoteando. Él se incorporó sobre un codo.

—¿Airmid? ¿Puedo ayudar?

—No. Está bien. Se lo toma solo. Vuelve a dormirte.

Ahora él estaba despierto, más alerta que antes. Fragmentos de sus sueños le perturbaban.

—¿Por qué no estás con Breaca? Ella habrá salido para sus largas noches cuando llegue el amanecer. ¿No deberías estar con ella?

—Tiene que estar sola. De eso se trata.

—Pero, ¿no deberías estar con ella cuando se vaya? ¿Para darle tu bendición? —él solo hacía suposiciones, como ella debía saber ya. No tenía ni idea de los ritos de las mujeres, igual que tampoco sabía nada (todavía) de los ritos de los hombres.

—Quizá más tarde…

*Granizo* acabó de beber. Con un suspiro, dio una vuelta en su lecho de paja y se echó a dormir, saludablemente. Airmid puso el tapón al frasco de medicina y lo devolvió al estante que había hecho para colocarlo. Ahora que estaba más cerca, Bán podía ver que había cambiado desde la mañana. Se había peinado cuidadosamente la oscura mata de pelo, que caía como una cascada lisa sobre sus hombros, y se la había apartado de la frente con una tira de corteza de abedul enroscada, que la distinguía como soñadora. La túnica que llevaba era oscura, no la de lana pálida que llevaba cuando se habían encontrado en el río. En las sombras era difícil averiguar el color, pero él pensaba que podía ser verde teñido. Un par de dientes de oso colgaban en una correa entre sus pechos, tintineando suavemente cuando ella se movía. En el hueso había grabadas ranas en diferentes posturas. Al verlas, volvió al lugar de donde venía.

—Breaca no tiene ningún sueño todavía, ¿verdad? —preguntó—. Quiero decir que no hay todavía nada que le hable a ella como la rana te habla a ti.

—Todavía no. Pero no siempre ocurre antes de las largas noches. Por eso nos adentramos en el bosque: buscamos el sueño. Y aun así, es posible que ella nunca lo tenga. No todo el mundo lo tiene —ella había cogido un frasco distinto del estante y estaba mezclando cosas en una copa para beber, calentándola un poco. Olía a ajenjo y a miel, amargo y dulce a la vez. Al recordar ese sabor, él se ponía soñoliento.

—Pero quiere uno. Siempre ha querido uno. Por eso… —se detuvo, mordiéndose la lengua. Estaba a punto de decir: «por eso es amiga tuya, porque junto a Macha y la anciana abuela, tú eres la soñadora más poderosa». El día anterior, lo habría dicho. Pero aquel día no estaba seguro de que fuese cierto. Por el contrario, dijo—: Por eso ha estado buscando tan intensamente el lugar donde sentarse desde el verano pasado.

—¿Ah, sí? —su voz tenía esa arista de ironía que le asustaba tanto antes de que *Granizo* estuviese enfermo. Ella se sentó junto a él, cogiendo la copa con ambas manos—. Toma. Esto te hará aguantar hasta la mañana —él conocía el olor, y sabía que era cierto. Pero no quería beberlo.

—Cuando me duerma, ¿saldrás a ver a Breaca?

—Es posible.

—Entonces espera. Tengo algo para que se lo lleves.

Tenía un lugar especial en el extremo más alejado del fuego. Lo encontró al tacto, y buscó en el rincón más secreto, a espaldas del lugar, sacando un objeto que tenía allí escondido. Se lo enseñó a Airmid.

—Es para Breaca. *Granizo* la encontró al otro lado del cercado de los caballos, más allá de donde Nemma y Camma plantaron su cebada. Creo que le ayudará con su sueño.

—¿Eso crees? —ella no se reía entonces. El objeto se deslizó desde la palma de él a la de ella, y ella lo levantó para verlo mejor. La luz del fuego incidió en el objeto suavemente, fundiendo las sombras en un pequeño espacio alrededor. Airmid se lo quedó mirando, pensativa. Frunció los labios y asintió lentamente—. ¿Sabes lo que es?

—Macha dice que es una punta de lanza hecha por los antepasados. Grababan piedras y las usaban para cazar antes de que los dioses les dieran el hierro. Mira —se arrodillaba ahora junto a ella, de modo que lo podían mirar juntos—, si miras por aquí, puedes ver por dónde lo ataban metido en el asta. No sería una lanza grande, para osos o jabalíes, pero con ella posiblemente se pudieran cazar liebres, o, con mucha suerte, un ciervo.

—¿O un hombre?

No había pensado en aquello.

—Quizá —se sentó en los talones.

La duda le asaltó de una forma que no había hecho antes, pero el primer impulso había sido tan fuerte que no estaba preparado para dejarlo tan fácilmente. Dijo:

—Aun así, creo que debería tenerlo.

Airmid cerró la mano. La punta de lanza desapareció de la vista y la calidad de la luz cambió. Ella deslizó el objeto dentro de su túnica y éste abultó ligeramente en su cinturón.

—Está bien. Tú y yo haremos un trato. Si te bebes todo lo de la copa, hasta el fondo, le daré tu regalo a Breaca. Si te despiertas antes de que yo me vaya, no sacarás la cabeza fuera de la puerta (excepto inundación, fuego o guerra) antes de que el sol toque la casa redonda. Ésta es mi oferta. ¿La aceptas?

Era un largo tiempo para permanecer enclaustrado, mucho más de su hora habitual de despertarse, pero cogió la copa. No se le ocurrió no hacerlo. El gusto era más amargo de lo que recordaba de los tiempos en que lo preparaba su madre, como si Airmid hubiese tenido poca miel. Pero el calor que desprendía se extendió por su garganta y su estómago, haciéndole sentir un cosquilleo. Cuando llegó al poso del fondo, el cosquilleo se había convertido en aturdimiento y notó que las partes de su cuerpo se separaban y se movían hacia los extremos más alejados, y más aún. Era consciente de forma distante de que Airmid le sujetaba por los hombros y le apoyaba en el lecho junto a *Granizo*, y que levantaba las pieles para cubrirle. No la oyó salir.

# VII

Breaca se despertó con unos fríos dedos apoyados en su frente y la voz de Macha en su oído.

—¿Breaca? Deja de soñar. Es hora de levantarse.

El sueño había sido violento, un entrechocar de espadas y clavar de lanzas, y los hombres habían muerto al despertarse ella. Yacía en la oscuridad y miró las vigas del techo, notando cómo la sensación de todo aquello le abandonaba. En su lugar, llegó el dolor hueco del hambre y una punzada mayor aun de expectativa y temor. Respiró con fuerza y pensó en Airmid, y luego en su padre. Cuando la crisis en su diafragma hubo pasado, abrió los ojos. Macha estaba allí, inclinada encima de ella, vestida y emplumada para la ceremonia. Su rostro era delgado y solemne, con la risa confinada a las líneas en torno a sus ojos.

—Aquí. Esto es para ti.

Llevaba una túnica. Era la gris que Breaca había vestido en la reunión del solsticio de verano, y no había visto desde entonces. Aquella que una vez había pertenecido a su madre. Una familiar puñalada de dolor se añadió al temor a la reunión. Cogió la túnica y se la puso. Macha la ayudó a atarse el cinturón y a peinarse, dejando que el cabello cayera suelto por la espalda, como si fuera una niña.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Era la pregunta tradicional, y requería la respuesta tradicional.

—Sí, estoy bien.

Macha sonrió, sin creerla. No era de esperar que una chica a punto de convertirse en mujer se sintiera bien.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

Aquello no formaba parte de la tradición y, por tanto, era más importante.

—Creo que sí.

Breaca se apretó bien el cinturón y se metió el cuchillo en él, atando la correa de la empuñadura al cinto. Su bolsa colgaba al otro lado. La abrió y comprobó el contenido: un pequeño frasco con tapón para el agua, un segundo con el cuello más ancho y una base más gruesa para guardar las brasas del fuego con el cual encender su propia hoguera, un puñado de salvia seca para hacer las ofrendas a los dioses, un paquete más pequeño conteniendo un ala de carrizo por Macha, y la pata del pequeño y valeroso búho de ojos amarillos que había llevado el sueño de su madre. En una hoja de acedera separada llevaba un hueso de rana que había sido el regalo de Airmid para señalar el final del verano. Abrió la hoja y pasó los dedos por el hueso, usando los recuerdos que éste le traía para desterrar las últimas cenizas del sueño y el persistente

dolor del miedo. Era Breaca, de los icenos, y se iba a convertir en mujer. Durante cerca de doce años había soñado despierta con ese momento. Desde el día de la muerte de su madre, muchos de sus sueños estaban destinados a prepararla. Iba a salir sola y a vivir durante tres días y tres noches sin nada más que sus propios pensamientos para guiarla, y esos pensamientos no debían ser malos. Sacó la mano de la bolsa y apretó bien los cordones.

—Sí —dijo—, lo tengo todo.

—Bien. Sal afuera. Es hora de irte.

Ella pasó por la colgadura de la puerta y encontró que, después de todo, no estaba sola en la noche. Una serpiente humana se extendía desde su puerta. Una docena de mujeres en edad de procrear la esperaban en silencio, llevando cada una de ellas una antorcha para iluminarla en su oscuridad, vestidas y emplumadas todas, como Macha, con la precisión que hablaba de una noche de largos preparativos. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Ella estaba dando sus primeros pasos hacia la madurez como mujer, y no podía mostrar sorpresa por el hecho de que las mujeres vinieran a verla partir. Si lo hacía no las honraba lo suficiente.

La anciana abuela estaba en cabeza de la columna. Una piel de zorro colgaba de su espalda como un manto, con pepitas de oro como contrapeso y plumas de águila. Las dos alas de un cuervo se arqueaban desde sus hombros para reunirse en su esternón. Por eso era la anciana abuela y había vivido tanto: tenía al zorro y al águila, así como al cuervo, en su sueño, aunque rara vez lo proclamaba. Y sin embargo, no se había vestido así sola, ni había entretejido las pequeñas y redondeadas plumas de la espalda del águila en su cabello con tal precisión, ni se había lavado la túnica y la había secado con humo de salvia con sus propias manos. Durante tres años, Breaca había sido la que vestía a la anciana mujer. Ella sabía dónde se guardaba la piel de zorro, y cómo colgar las alas de cuervo, balanceándolas en los ángulos agudos de sus hombros, con el peso de la piel colgando por la espalda, sujetándola en su lugar de modo que las puntas coincidiesen exactamente en medio. Conmocionada al comprenderlo, se dio cuenta de que Airmid debía de haberlo hecho como regalo para ambas, y que, muy pronto, aquel deber pasaría a otra. La fría puñalada del temor y la pérdida se abría paso entre sus hombros de nuevo, retorciéndola por dentro y eliminando su calor. Ella pasó junto a la antorcha de la anciana abuela y tocó la delgada piel del brazo que la sujetaba.

—¿Por qué no sabía que ibas a estar aquí? —le preguntó.

—Porque yo decidí que no lo supieras. Ninguna mujer lo sabe, ni lo espera. No importa. Lo que importa es que esta mañana saldrás como una niña y volverás dentro de tres días como una mujer.

La anciana abuela era amable, cosa que no estaba en su naturaleza. Breaca se acercó más aún, temiendo besarla y temiendo igualmente no hacerlo. La antorcha vacilaba con sus movimientos. La luz mostraba los ojos blancos como la leche, clavados en los suyos, y desnudando su alma. Le dolía demasiado, y se apartó de su

mirada. Las bandas de plumas trenzadas en el cabello de la abuela por las sienes colgaban en perfecta simetría, a ambos lados de las viejas mejillas. Las hebras que las sujetaban eran rojas, negras y doradas, atadas en bandas que hacían juego con los ritmos del águila. Breaca tocó una de las plumas, tomándose una libertad. Giró como si hubiese soplado sobre ella.

—Debería haber hecho esto por ti.

—No —su piel de corteza de haya se arrugó intensamente en una sonrisa—. Tienes cosas mejores que hacer. Airmid también ha estado con tu hermano.

—¿Cómo? —se quedó asombrada, preguntándose si finalmente la abuela había perdido la razón. No sé le ocurría razón alguna por la que Bán pudiese aceptar la compañía de Airmid, si no estaba obligado. La respuesta se le ocurrió de repente—. ¿*Granizo*? —preguntó—, ¿está enfermo?

—Vivirá. Y, quizás a causa de ello, se te ha enviado un regalo —colocó un objeto pequeño en la mano de Breaca—. Es de tu hermano y su perro.

Era una punta de lanza de piedra. La reconoció en cuanto la tocó. Los bordes afilados se clavaban en su palma, aunque la superficie era muy suave y tranquilizadoramente fría. Era de un color pálido, como la luna llena en la cosecha, y la luz del fuego se reflejaba en ella con suavidad. Le dedicó su mirada y toda su atención en un momento en que necesitaba pensar en otras cosas. Cerró los dedos, apartando aquella luz, y miró a la abuela.

—Pensaba que las leyes…

—… dicen que no debes llevar nada procedente de los hombres contigo. Lo sé. Hemos discutido ese tema —la anciana hizo una señal hacia donde estaba Macha, esperando para escoltarla a la puerta—. En algunas cosas, las leyes no son inmutables. Están para proteger a los vulnerables, no para ligar a los fuertes. Creemos que puedes necesitar esto y que sabrás qué hacer con él. Llévatelo y escucha lo que te diga. Aprende lo que te pueda enseñar.

Volvió a notar un espasmo en su diafragma, bloqueando su respiración.

—¿Y si no oigo nada, abuela? ¿Y si los dioses no hablan?

—Ten paciencia. Escucha. Hablarán.

* * *

Ella escuchó. Había escuchado. Estaba escuchando. Pero los dioses no decían nada.

Durante las primeras horas, Breaca estaba preocupada pronunciando las plegarias y recogiendo leña para el fuego que necesitaba para quemar la salvia y para colocar sus prendas de sueño en círculo alrededor. Más tarde, envuelta en una piel de osa que había sido, de forma indirecta, regalo de su padre para la salida, manoteó maldiciendo a los mosquitos tardíos y perezosos que se alimentaban en las partes expuestas de su

piel. Entonces hizo fuego y echó hojas de haya húmedas para formar un humo amarillo que remolineó y subió por sus mejillas y mantuvo alejados a los insectos incordiantes. Más tarde aún, en la parte más oscura de la noche, cayó dormida y dejo que el fuego se apagase, y luego se maldijo por haber hecho tal cosa. Sus sueños habían sido como siempre: hombres con lanzas y espadas ensangrentadas que buscaban la vida de su madre o la suya propia. No se trataba de un «sueño» auténtico.

El segundo día amaneció lentamente, con más lluvia y niebla espesa. Vio alzarse el sol, pero no más de lo que había contemplado la salida de la luna la noche anterior. Lo que era negro se había vuelto menos negro, sencillamente, y al final se convirtió en un gris apagado y ondulante. Incluso los árboles que tenía a cada lado se habían convertido en fantasmas, formas vagas que aparecían y desaparecían de la vista a medida que la niebla aumentaba y disminuía. El día se hizo más frío, y cayeron hojas muertas con la lluvia, deslizándose por los troncos de los árboles e infiltrándose en su refugio lleno de ramas. A continuación vino más lluvia, que empapó la piel de osa hasta que empezó a apestar a perro mojado y a grasa de oso vieja y a orina. Recitaba mentalmente los nombres que le adjudicarían cuando volviese al lugar de las mujeres sin sueño y cubierta de un hedor a oso que por mucho que se lavara no desaparecería en todo el invierno. Odiaba a su padre por haberle hecho aquel regalo, y a sí misma por haberlo aceptado.

En algún momento del tercer día, el tiempo perdió su sentido. La calidad de la luz no había cambiado desde el amanecer. Sin el sol y sus sombras, ella no tenía forma de medir el espacio transcurrido entre momentos. Le dio por contar las gotas que caían de la parte delantera de su refugio, hasta que la lluvia cayó tan seguida que las gotas se fueron uniendo y formaron un hilo de agua. Escuchó el bosque, los gritos sofocados de los grajos, urracas, cuervos, arrendajos y ardillas. Mientras escuchaba, le abandonaron uno a uno, y el bosque se quedó silencioso. Se volvió hacia el río buscando consuelo, pero había crecido con la lluvia de otoño y estaba lleno de barro y hojas muertas, de modo que corría lentamente, en silencio. Su única ofrenda era la niebla que se cernía sobre él, enfermiza, como el humo de un mal fuego. El montículo de los antepasados seguía allí, achaparrado y sombrío en el horizonte, despojado de la magia que había tenido el día que Airmid la llevó allí por primera vez. Breaca lo contempló durante un siglo entero, conmocionada, rogando a todos y cada uno de los dioses por turno para que le enviasen una señal, pero no llegó señal alguna.

El día se convirtió en noche, y robó toda la luz. Su estómago protestaba, vacío, y se le secó la saliva, de modo que empezó a rogar que el río se desbordase, simplemente para permitirle beber. En su desesperación, y recordando algo que le había dicho Airmid, se sentó muy quieta y contó sus respiraciones y sus latidos del corazón, dejando que su propio cuerpo estableciese los ritmos del tiempo, de modo que pudiera saber que no se había detenido por completo. El mundo se disolvía en un gris borroso, y su vida se movía con el flujo de la sangre en sus oídos.

Al final, fueron las necesidades de su cuerpo las que la sacaron de su refugio. No

había tomado comida ni agua desde el primer atisbo de sangre, y había pensado que estaba vacía de ambas cosas. En eso se equivocaba también. Aguantó hasta que la presión en la vejiga se volvió demasiado intensa para soportarla, y luego se desembarazó de la piel y salió de entre las raíces del árbol. De pie, la urgencia era menor, y tuvo tiempo para observar los requisitos de la ceremonia. Las prendas de sueño no debían dejarse sin protección. Caminó en torno a las muertas cenizas del fuego y las fue recogiendo.

Al oeste, junto al refugio, se encontraba la poza del agua y el sueño, el lugar de Nemain, sagrado para las mujeres y la noche; el hueso de rana de Airmid se encontraba allí. Al norte, hogar de la tierra, las rocas y las montañas, Breaca había colocado el ala de carrizo de Macha, que había ido a Hibernia y a Mona y conocía bien las montañas. Al sur se encontraba el fuego, y el pleno sol del verano, y allí tenía la pata del búho de ojos amarillos que había sido el sueño de su madre. El este, lugar de aire y viento, hogar del águila y de la liebre de veloz carrera, estuvo vacío durante la mayor parte del primer día. En su imaginación, a lo largo de todo el verano había dejado vacío aquel lugar para el símbolo de su sueño, de modo que pudiese volver del otro mundo y dibujar la imagen enseguida en el trozo de arena vacío, tal como una vez había dibujado una rana para Airmid. Pero ahora, en el mundo real, con la tierra tan empapada y cubierta de hojas húmedas que habría costado un siglo despejar el espacio suficiente simplemente para encender un fuego, dibujar en la tierra parecía una fantasía infantil. En algún momento, en la oscuridad de la primera noche, le había quedado claro que necesitaba llenar aquel hueco, y había colocado la punta de lanza de piedra de Bán allí, en el espacio que ocupaba el norte. La piedra brillaba captando la luz del fuego y expulsándola hacia afuera, de modo que completaba el círculo. Más tarde, cuando el fuego se apagó, las curvas de su superficie seguían brillando, recogiendo la luz que todavía quedaba y reflejándola para ella. Se había sentido agradecida durante el día y ahora, al ponerse de pie, cogió la piedra la última, y la retuvo en la mano un momento antes de colocarla en el interior de la bolsa, con el resto de los objetos.

Más allá de los árboles, el mundo era diferente. El río corría más rápido de lo que ella había imaginado, y estaba menos turbio por el barro. La niebla se había ido aclarando, la lluvia había cesado y la calidad del aire era mejor. El río bailaba y cantaba, y los pequeños peces relampagueaban en la orilla. En el horizonte del este apareció un hueco entre las nubes, mostrando un cielo nocturno. Una neblina de luz de luna hacía brillar la orilla lejana y, en las estrellas, el escudo del Cazador señalaba hacia arriba, a la Liebre.

Breaca bajó hasta la orilla, al lugar donde había estado echada con Airmid, y caminó hacia delante hasta que la poza lamió sus pies desnudos. Estaba fresca, pero no fría, y la sensación era refrescante, después de la insidiosa humedad de la lluvia. Caminó despacio corriente abajo, notando el roce de la arena entre los dedos de los pies y el remolineo del agua del río en torno a sus tobillos. En el lugar donde la

corriente iba más rápido, se apartó a un lado encima de una piedra, se levantó la túnica para apartarla de la superficie y se agachó para orinar. Pequeños coágulos de sangre se deslizaron junto con la orina y bajaron con la corriente. Se encontró mejor después. El hueco del hambre se había convertido en parte de ella, y el nuevo vacío hacía juego con él. De pie en la piedra, se volvió hacia el este para examinar las estrellas. El desgarrón entre las nubes se ensanchó hasta que pudo ver la lanza que sujetaba en alto el Cazador. La punta de la lanza señalaba hacia el este, hacia el horizonte lejano, con el seco imperativo de una orden. Dio un paso más a través del río… y se detuvo.

En todas las horas de instrucción con la anciana abuela y Macha, en las largas conversaciones con Airmid, le había quedado bien claro que debía encontrar un lugar donde sentarse, encender fuego y colocar sus prendas. No recordaba que le hubieran prohibido abandonar aquel lugar. Ella había asumido que debía quedarse allí, pero nada le habían dicho. Consideró el tema atentamente. En este caso, era igual de importante atenerse al espíritu de la ley que a la letra. Finalmente, cuando estuvo segura de no romper ninguna ley, incluyendo las no dichas, saltó a otra piedra, y luego a otra más.

En la tercera, que estaba en mitad del río, se volvió hacia atrás para mirar el bosque. El haya que la había cobijado estaba envuelta en jirones de niebla, igual de adusta que la primera vez que la vio. La orilla lejana, por el contrario, aparecía clara e invitadora, el terreno era arenoso y estaba libre de hojas muertas, y la hierba invernal ondulaba bajo una ligera brisa. Al contemplarla, una rata de agua se abrió paso entre los juncos e hizo una pausa para mirarla, con los ojos brillantes a la luz de las estrellas. Era el primer ser viviente que había visto desde que salió caminando por las puertas, y durante un momento espantoso le pareció posible que fuera eso, que tuviese que volver oliendo a grasa rancia de oso y con la rata de agua como sueño. Su mente resonó entonces, abarrotada de pronto con los cuentos de la abuela sobre otras cuya arrogancia les había proporcionado sueños que no querían. Ni la peor de ellas había soñado con una rata. Ella se balanceó en la piedra, aturdida por el temor, paralizada como no lo había estado ante las lanzas de los coritanos o ante Amminio y su espada.

Entonces, un búho blanco ululó muy cerca en los bosques, un zorro ladró y una zorra le respondió, un ciervo gimió en la distancia, lejano, y de pronto la noche cobró vida, llena de seres que antes no había notado. La rata se quedó un momento más y luego desapareció. No dejó mensaje alguno y, por tanto, no era su sueño. El alivio que sintió la conmocionó, vaciándole todo el aire del pecho y dejándola mareada. En un brote de energía inestable, corrió la media docena de pasos que faltaban y se arrojó con los brazos abiertos hacia la arena de la orilla. Cayó en la hierba, respirando entre jadeos, riendo y llorando a la vez, sollozando las gracias a los dioses y a la rata y al río. Solo más tarde, cuando se calmó, recordó algo que había dicho Airmid hacía mucho tiempo, en verano. «Ten cuidado con el río. No por nada dicen los hombres que tiene el poder de volver locas a las mujeres. No lo cruces cuando se refleje la luna en él, si

no tienes que hacerlo».

Secándose el rostro, se sentó erguida y miró hacia el agua. Una espuma blanca se arremolinaba inocentemente en torno a los márgenes de las piedras. El círculo truncado de la luna besaba aquella roca en la que había estado de pie. Podía volver. Si se veía obligada, lo haría, pero sería mejor que lo hiciese a plena luz del día, o más tarde, cuando la luna hubiese pasado. Mientras tanto, era libre de seguir la llamada del Cazador. Se puso de pie, de espaldas al río, y se dirigió hacia el este, hacia el amanecer.

Sin la lluvia, la noche resultaba sorprendentemente cálida. Atravesó unos matorrales demasiado pobres para los caballos, pero con señales de que los ciervos habían pastado en ellos recientemente. Unos espinos y serbales raquíticos, que crecían solitarios o en pequeños grupitos, soltaban las hojas en la brisa mientras ella pasaba. Algunos islotes de aliagas y retamas crecían un poco más fuertes, y las últimas flores de la aliaga resplandecían con un débil color amarillo a la luz de las estrellas. Por todas partes la tierra era plana, sin la menor ondulación, como los prados que estaban junto a la casa redonda. El montículo era lo único que destacaba: un bulto oscuro, inquietante, que se volvía más oscuro y más inquietante a medida que se aproximaba a él. No se dirigía hacia allí directamente, pero se encontraba en su camino, y no hizo esfuerzo alguno por evitarlo tampoco. Aun así, podía haber pasado a su lado sin dedicarle una mirada, de no haberse separado las nubes al pasar cerca de él y aparecer de repente la luna llena, inundando la protuberancia del montículo y todo el terreno que lo rodeaba de luz blanca.

No era una visión demasiado bella, pero sí fascinante. Ella se detuvo y respiró con fuerza al ver aquel espectáculo, y luego otra vez, más agudamente, al ver la enorme piedra que sobresalía al final del montículo. Era de granito, cosa poco común: una losa solitaria de granito, un venablo más alta que ella misma y medio venablo más ancha, que acababa en una punta redondeada. Desde la distancia, tenía las mismas proporciones que la punta de lanza que tenía en su bolsa, pero no era el tamaño lo que le había llamado la atención, lo que hizo que se acercara y pasara los dedos por su superficie, sino las marcas que tenía. Allí, a la altura de sus ojos, estaba grabado rudamente el signo de la serpiente de dos cabezas con la lanza cruzada, la que había pintado la abuela en el escudo de Breaca y en el hombro de su caballo antes de que se dirigiera a recibir a los trinovantes el día de los dioses, aquel verano. Pasó un dedo por las líneas, limpiando bien los bordes. No estaba recién grabado, ni tampoco, al inspeccionarlo de cerca, resultaba tan hondo como le había parecido a primera vista. Todo el grabado, desde el final de la cabeza de la serpiente hasta el rabo, era de la longitud de su mano: las líneas se habían suavizado por generaciones de sol, viento y lluvia, y la sucia cobertura estaba llena de liquen. De no haber sido por el ángulo de la luna, no habría podido distinguirlo.

—¿Se parece bastante, no?

Breaca se volvió en redondo y sacó el cuchillo de la funda antes de que sus oídos

descifraran por completo las palabras. La anciana abuela se encontraba de pie junto a ella, sonriendo como solía hacer cuando había causado la mayor incomodidad en los que tenía a su alrededor. No iba vestida como la había visto en el lugar de las mujeres. De hecho, no llevaba ropa alguna, salvo un elaborado collar de cráneos de águila y dientes de zorro, que repicaban sobre su esternón. Tenía los muslos húmedos casi hasta las caderas, como si hubiera cruzado el río por algún lugar que no fuera el de las piedras y hubiese juzgado mal su profundidad. Sus ojos, en las sombras, eran negros.

—Te ha costado mucho encontrar el lugar. Ya estaba empezando a pensar que tendría que ir a buscarte —la abuela ladeó la cabeza—. ¿Has traído mi punta de lanza?

—¿Es tuya? Yo pensaba… sí, la tengo aquí.

Estaba demasiado conmocionada para responder de forma más completa. Nada, ninguna de las lecciones, ninguna de las elípticas conversaciones con Airmid, la había preparado para aquello. Buscó en su bolsa y sacó el regalo que le había dado Bán. Ella lo había tomado a la ligera, pero ahora no quería desprenderse de él. La abuela lo cogió y empezó a darle vueltas en la palma de la mano.

—Bien.

Se lo devolvió. Breaca lo recibió con alivio. La abuela sonreía de nuevo, feliz. Parecía levitar, era como si, al despojarse de las ropas, se hubiese despojado también de muchos de sus años.

—Ven. Llegas tarde, y hay que ver muchas cosas.

La realidad retrocedió otro paso. La anciana se movió junto a la piedra erguida y desapareció, igual que había hecho la rata de agua. Como Breaca no la siguió, la llamó bruscamente, con una voz que parecía perder rápidamente la paciencia.

—Vamos. Rápido. Estás perdiendo tiempo.

No era conveniente poner a prueba el humor de la abuela, Breaca dio la vuelta a la piedra erguida, conteniendo el aliento para meterse en el estrecho espacio entre la roca y la hierba del montículo. En el extremo más lejano volvió a tomar aire y se agarró a la piedra para apoyarse. El estómago le dio un vuelco cuando miró hacia abajo, donde debía estar el suelo, y vio solamente el vacío. Allí, escondida de los ojos entrometidos, estaba la entrada al montículo: un hoyo con escalones que descendía tierra adentro, con las paredes rodeadas por más losas de granito. La abuela esperaba en el interior, mirándola con impaciencia.

Había hecho falta más valor del que Breaca sabía que poseía para enfrentarse a la visión de la rata de agua. Entrar en el montículo, en comparación, resultaba fácil. No era, como había esperado, una cueva excavada en la tierra, sino más bien un túnel amplio y abierto por el final, forrado por losas cortadas y bien colocadas. De pie en la entrada, podía ver toda la longitud del túnel hasta los matorrales en sombras del extremo más lejano. La luz de la luna se filtraba por ambos costados, de modo que el interior no estaba más oscuro que la casa redonda por la noche. Lentamente, fue avanzando. Tres pasos le condujeron hasta la pendiente de la entrada, toda de piedra y gastada por muchas generaciones de pies. Era muy agradable caminar por el mismo

lugar que los antepasados. Alcanzó a la abuela, que se volvió y la dirigió hacia el interior.

El interior del montículo estaba sorprendentemente seco. Fuera, el mundo estaba saturado de agua, después de dos noches de lluvia constante. Allí, las grandes losas de las paredes y el techo encajaban tan estrechamente que ni la tierra ni el agua podían filtrarse entre ellas, y la tierra apisonada bajo sus pies estaba cuarteada, como si se encontraran en el punto álgido del verano, y se deshacía, polvorienta, entre los dedos de sus pies. También se habían formado surcos por el desgaste del paso de muchas generaciones, aunque en el túnel corrían paralelos, como si los que caminaban por allí lo hubiesen hecho en parejas, hombro con hombro, o bien hubiesen reservado un lado para ir y otro para volver. Breaca se mantuvo a la izquierda, al lado del escudo, por puro instinto, con la mano en la empuñadura del cuchillo. La abuela caminaba delante de ella por el centro, ignorando los surcos.

La salida llegó pronto y sin ningún signo de los muertos honrados de los que había hablado Airmid. Breaca siguió a la abuela y subió tres escalones hasta encontrarse con la luz de la luna llena. El terreno que había más allá no tenía nada de especial. Los matorrales se extendían hasta el horizonte. El río espumeaba y cantaba a su izquierda. A su derecha crecía un espeso seto de aliagas. Breaca estaba aún buscando un camino para pasar a través del seto, cuando la abuela le tocó en el brazo y, agachándose, le señaló una madriguera de zorro lo bastante grande como para pasar arrastrándose. La abuela era menuda e iba desnuda; y pasó sin problemas. Breaca tenía la túnica para protegerla, pero, aun así, salió con largas rozaduras en los brazos y un desgarrón triangular en la espinilla.

Tomó aliento para hablar, para decir que quizá deberían caminar y rodear todo el seto cuando volviesen, o al menos para preguntar si podía pasar antes con el cuchillo, en el viaje de vuelta. Las palabras no se formaron porque la abuela le apretó la mano encima de la boca y la obligó a guardar silencio. Puso los labios contra la oreja de Breaca. Su voz era como el susurro del viento.

—No digas nada. Hay hombres en la hondonada. Si saben que estamos aquí, te matarán.

Soltó la mano. A la luz de la luna sus ojos brillaban amarillos, como los de un halcón.

Breaca no se había percatado de que había una hondonada. Ahora miró hacia allí, desde la sombra de los tojos. Arrastrándose hacia delante, vio un valle ancho y redondeado, hundido en la tierra cual cuenco para alimentar a los dioses, cuyos costados estaban cubiertos por hierba y serbales llenos de bayas. Una pequeña corriente de agua pasaba por un lado, y desaguaba en una poza en el fondo del valle. Justo en el centro, ardía una hoguera con grandes llamas saltarinas. Había dos hombres sentados a un lado y otro de la hoguera, cada uno con una pila de ramas secas.

Más hombres venían caminando desde el este, por un camino que serpenteaba

entre el arroyo. Eran hombres menudos, el más alto de ellos no medía más que la anciana abuela, y algunos ni siquiera eso. Si hubiesen ido vestidos, Breaca habría pensado que eran niños, pero, como la abuela, iban desnudos, tenían la piel morena y el pelo oscuro, y desde luego, eran adultos. No vio ninguna mujer entre ellos. Desde un cierto lugar detrás de los serbales, una docena de ellos traían a rastras un enorme cuenco para cocinar, de un tamaño como para alimentar a toda la casa redonda, y lo colocaron encima del fuego. Al final, el humo que se elevaba llevó hasta Breaca el dulzón y sustancioso olor de la grasa de oso en ebullición.

El más alto de los dos guardianes del fuego cedió su lugar a otro y fue a sacar agua de la poza, llenando una enorme jarra de cerveza. Cuando la añadió al cuenco grande, el agua silbó y formó vapor. Después de nueve viajes como éste, el hombre más alto se quedó de pie junto al cuenco y empezó a hablar. Breaca oyó el tono de su voz, bastante lastimero, como el canto de un pájaro al anochecer, pero no entendió las palabras. Cuando dejó de hablar, el agua silbó violentamente y luego se quedó silenciosa.

Un tercer hombre que llevaba un símbolo del sol dibujado en amarillo en el pecho se adelantó y echó en la mezcla el contenido de una bolsa que llevaba colgando del cinturón. La revolvió usando el extremo posterior de una lanza, y el olor se hizo más intenso, mezclado con el tanino de las bayas de espino y el agridulce del heno machacado, hasta que se convirtió en algo que Breaca reconocía: estaban haciendo tintura de glasto, la planta más sagrada, guardiana de los guerreros y de las mujeres parturientas. Su mente derivaba, esbozando imágenes de la serpiente-lanza en su escudo y los preparativos del alumbramiento de su madre, cuando, de repente, se dio cuenta de que presenciaba un rito masculino: estaba absolutamente prohibido por las leyes de los dioses y de los soñadores para cualquier mujer pensar siquiera en ello, y mucho menos permanecer allí echada en la hierba y contemplarlo mientras estaba ocurriendo. Llena de pánico, se tapó los ojos con un brazo y empezó a retroceder a gatas. La mano firme de la abuela le agarró la muñeca, sujetándola en el sitio. La voz susurrante era agria y desagradable, aunque apenas podía oírla.

—¿Te habría traído yo aquí de no permitirlo los dioses? Quédate. Tienes que ver algo.

Breaca se quedó quieta. No tenía elección. Allá abajo, el último de los hombres había entrado en la hondonada. Su número exacto era difícil de calcular, pero quizá treinta o más se reunían junto al fuego, y había un puñado más agachado junto a la corriente. A una señal de los guardianes del fuego, trajeron astas de venablo de la sombra del serbal y las distribuyeron, una para cada uno. De una pila central cogieron puntas de lanza de piedra, elegidas con cuidado de modo que, como cada guerrero había cogido la mejor que pudo encontrar, quedaban otras tantas que no eran tan perfectas.

El guardián del fuego que dirigía la ceremonia se volvió al grupo y dio una palmada. Todos los hombres se arrodillaron al unísono con la rodilla derecha en

tierra, colocaron el asta del venablo atravesada sobre el muslo izquierdo y ajustaron la punta de lanza al asta mediante una correa de cuero que llevaban en el pelo. Trabajaban rápidamente y en silencio. Al final, el líder volvió a dar una palmada, los guerreros se pusieron de pie y formaron un círculo alrededor de la hoguera. Se pronunciaron los nombres con la misma cadencia del canto de un pájaro. Al sonido de cada uno, un hombre se adelantaba y se presentaba a sí mismo y a su arma ante el caldero y los guardianes que lo custodiaban. Lo que sucedió a continuación atenazó la garganta de Breaca. Aunque el cuenco no parecía lo suficientemente grande como para contener a un hombre, vio que cada uno de los guerreros se adelantaba y se introducía en el caldero, hasta que solo quedaba visible la parte superior de su cabello y, cuando salían, ya no eran hombres sino fantasmas brillantes, grises y plateados como el amanecer que se avecinaba, para deslizarse después como espectros a través de la niebla que se elevaba desde la corriente. Se reunieron en los alrededores de la poza, cuidando de no entrar en el agua, de pie en filas silenciosas y sujetando las lanzas bien apartadas de su cuerpo. Faltaban todavía siete por entrar en el cuenco cuando el primer rayo solar, rojo como la sangre, apareció por encima del horizonte oriental. Al verlo, uno de los hombres empezó a entonar una canción en tono menor, con muchas repeticiones. Antes de la segunda frase, los otros se habían unido a él.

Breaca notó que la abuela se removía. Su voz era menos áspera que antes, y se oía con mayor facilidad. Con todo el ruido que había abajo, podían hablar en voz alta sin arriesgarse a que las oyeran.

—Mira los dibujos —dijo la abuela—. Es el dibujo lo que importa.

Y ella miró. El glasto proporcionaba el color gris, Airmid le había enseñado aquello, cuando se mezclaba con grasa de oso o de caballo, y dejaba la piel de los guerreros de aquel tono gris como de vientre de trucha que ofrecía un camuflaje perfecto al amanecer o al anochecer. Los héroes del pasado lo habían usado a menudo; las canciones de los bardos hablaban de que se alzaban como fantasmas entre la niebla del río para enfrentarse a sus enemigos. En la oscuridad de la noche, Breaca no había visto más allá de la transformación que producía en aquellos hombres. Ahora, mirando con más cuidado y ya a la luz del amanecer, vio que los guardianes del fuego habían usado también el glasto azul, mezclado quizá con saliva o con clara de huevo, para dibujar signos en pechos y espaldas o, en algún caso incluso, en los antebrazos de los guerreros. Al cabo de mucho rato, las líneas al azar de los dibujos empezaron a cobrar significado. Y esto ocurrió cuando los hombres se alinearon junto al fuego, mucho más cerca y todos juntos. Entonces vio lo que formaban esos dibujos.

—Llevan la serpiente-lanza. El signo que pusiste en mi escudo —Breaca se sentía estúpida por no haberlo visto antes, y añadió—: Pero es diferente. No es como tú la dibujaste.

—No. En este dibujo, la cabeza de la serpiente está en los dos extremos, tanto a la derecha como a la izquierda, mirando hacia abajo y hacia arriba. Para estos hombres,

lo que ha ocurrido es tan importante como lo que va a ocurrir. El pasado lleva la semilla del futuro, y ambos deben ser honrados. Para ti será lo mismo. Cuando vuelvas, volverás a pintar el dibujo de tu escudo para que coincida con éste.

—¿Es éste mi signo? —ella notó un espasmo del antiguo miedo.

La lanza no era un ser vivo. No podía hablar con ella en el sueño, de la misma forma que las ranas hablaban con Airmid o el carrizo con Macha.

La abuela se mostró implacable.

—Es tuyo hasta que te ganes otro. Y ahora mira al líder.

El líder entró en el caldero el último. Dibujó su propio signo, empezando en los antebrazos. Breaca vio el diseño mientras el hombre lo dibujaba, y su corazón dio un salto, sabiendo lo que era.

—¿Una liebre? ¿El líder tiene el símbolo de la liebre?

La liebre era el animal de Nemain, tan sagrado como el carrizo. Podía pasar entre los mundos a voluntad, llevando las palabras de los dioses a la gente, y las de la gente a los dioses. Solo en sus momentos de mayor esperanza había imaginado Breaca que la liebre podía ser su sueño.

La anciana abuela dijo:

—Sí, es una liebre. Él se la ha ganado. Puede salvarle. Mira ahora. Ya casi están preparados.

La anciana estaba sentada erguida, atisbando hacia la hondonada. Los guerreros se agruparon de nuevo en torno al fuego. La canción había cesado, y los líderes empezaron a entonar un nuevo cántico más duro, arrojándose frase y contrafrase entre ellos y sus hombres, golpeando con las astas de sus lanzas en el cuenco vacío para mantener el ritmo. El tono era muy diferente de la canción del pájaro que habían cantado antes. Era una promesa de guerra y de muerte, no una bienvenida al sol. En el canto se vertía el poder todas aquellas voces, sugiriendo fortaleza y esperanza. Breaca notaba cómo las voces llegaban hasta ella, convocando una respuesta de su corazón. Sin pensar, sus dedos empezaron a seguir el ritmo, golpeando contra su muslo.

—¿Y cuándo van a luchar? —preguntó—. ¿Y contra quién?

—Lucharán en cuanto el sol esté en lo alto. No falta mucho. Cuando ocurra, debes mirar y aprender. No te escondas —la abuela buscó en el hueco del zorro, bajo la aliaga, y sacó un asta de lanza como las que usaban los hombres que había abajo—. ¿Has visto cómo han atado el cuero para fijar la piedra al asta? —le preguntó.

—Sí.

—Pues hazlo tú ahora.

La bolsa del cinturón de Breaca estaba atada con una tira de cuero de la longitud adecuada. La desató y la usó para atarse el pelo flojamente en la nuca, como habían hecho los hombres. Quizá no fuese necesario, pero ella quería seguir el ritual paso a paso. La abuela dio una palmada como había hecho el líder de los guerreros, y Breaca flexionó la pierna derecha tocando la tierra con la rodilla, balanceando el asta de la lanza en el muslo. La postura era extraña, pero poco a poco se le fue haciendo más

cómoda. Tal como habían hecho los hombres, se desató la correa del pelo con una mano y sujetó la punta de piedra junto al asta con la otra. La atadura de la correa era más difícil de lo que le había parecido. Dos veces se le cayó la piedra al suelo. Dos veces la abuela la recogió y se la volvió a tender, sin hacer comentario alguno. En la hondonada, el cántico llegó a un clímax con un salvaje golpeteo de pies y luego se detuvo repentinamente. Breaca acabó de dar las vueltas finales a la correa en silencio. No era perfecto; sabía cómo podía haberlo hecho mejor, pero estaba lo bastante tirante, y sabía dentro de su corazón que la lanza mataría por ella, si se lo exigía. Notaba el asta ligera y vibrante en la mano. Su saludo era la promesa de cosas por venir. La esfera del sol brillaba ya completa por encima del borde oriental de la hondonada, e incidió en el azul lechoso de la piedra, volviéndolo dorado. La brisa sopló desde la parte superior del valle, aventando los olores de humo, de espino, de serbal y el amargo olor a guerra del glasto. Breaca sonrió a la abuela. La vida del sol y del venablo resplandecían a través de ella. La vieja cicatriz en la palma de la mano, reliquia de su primera muerte, empezó a latirle ligeramente.

—¿Dónde es la batalla? —preguntó.

La abuela asintió, con la paciencia que otorgaba a la juventud importuna. Levantó la mano y señaló hacia el este, al sol. En el último momento de silencio, suavemente, dijo:

—Es por allí.

El griterío era casi humano. Un aullido largo y penetrante que podía haber sido un grito de guerra emitido por la garganta de un centenar de guerreros. Breaca miró hacia abajo, al valle, al camino que se dirigía hacia el borde oriental, buscando su origen. Solo cuando el primer pájaro cayó desde el cielo se dio cuenta de que no iba a presenciar una batalla entre seres iguales, entre hombres, guerrero a guerrero, una batalla de héroes; sino de hombres, hombres pequeños, contra águilas, las mayores de todas las aves.

El número no era equitativo. Desde el principio, el cielo se oscureció con un aluvión de alas. Vio morir al primero de los guerreros en la hondonada, allá abajo, con los ojos perforados hasta el cráneo y la cabeza aplastada entre unas garras que podían romper el cuello de un ciervo. Sus gritos, ahogados entre sangre y dolor, fueron la señal para que atacase la gran masa de las aves. Éstas no se abalanzaban desde una cierta altura con las alas plegadas, como hacen los halcones, sino que volaban en un ángulo mucho más bajo, impulsadas por unas alas de una envergadura mayor que la longitud de los venablos de los hombres que se enfrentaban a ellas. Golpeaban al pasar, rastrillando ojos, brazos y hombros, y seguían volando, dando la vuelta en las paredes que rodeaban el valle para volver de nuevo. No tocaban la carne cada vez que pasaban, ni tampoco escapaban ilesas en todas las ocasiones. Los guerreros luchaban en parejas y por cada hombre muerto o herido, quedaba uno que apuñalaba hacia el cielo con su lanza de piedra. Las aves caían chillando ásperamente, y sus cráneos eran destrozados por las astas de los venablos, o sus cuerpos empalados.

Aun así, vendían cara su vida y más de un hombre quedaba herido de muerte por el golpe de algún águila moribunda, ya en el suelo. Los guerreros luchaban valientemente y con lo que parecía una larga práctica. Cada vez que uno de los suyos moría, el compañero que sobrevivía buscaba a otro, también despojado de forma similar, para formar una nueva pareja. Pero su número iba menCuando y el espacio entre ellos se hacía cada vez mayor. Las águilas eran incontables, y no conocían el miedo. No iba a ser una batalla justa.

Breaca lo contemplaba todo horrorizada. De no haber mantenido la abuela una mano agarrándole con fuerza el brazo, habría corrido pendiente abajo a ayudar, fueran cuales fuesen las órdenes. Pero en lugar de ello se metió el puño en la boca para no gritar, y se mordió los nudillos a medida que, uno a uno, los hombres de la serpiente-lanza iban cayendo ante las águilas.

—La grasa de glasto no ayuda —dijo—. ¿Por qué la usan?

—Porque es lo que usaban sus padres, y los padres de sus padres antes que ellos, y no han aprendido otra cosa —la abuela era mordaz. No quedaba claro si sus cáusticos comentarios estaban dirigidos a Breaca por su ignorancia o a los guerreros por su fe ciega—. El glasto no es del todo inútil. Si te fijas, las garras resbalan en la piel, cuando en otro caso podrían clavarse, e incluso cuando se clavan, dejan heridas que curarán más rápidamente, y con menos probabilidades de infectarse, si los hombres sobreviven. Pero no vivirán. Hace falta algo más que un buen camuflaje y una piel resbaladiza para derrotar a las águilas. Observa a los guerreros. Aprende de ellos. Trabajan en parejas, cuando deberían trabajar en grupos mayores; usan solo lanzas, cuando las espadas les darían más capacidad de ataque y los escudos mayor seguridad. Están aprendiendo, pero no lo suficientemente rápido. Esos son los últimos. Después de ellos, no quedarán más.

—¿Cómo? —aquello captó toda la atención de Breaca, a diferencia de lo demás—. ¿Cómo pueden ser los últimos? Éste es el país de los icenos. Estamos por todas partes, como los brotes de trigo en un campo.

La abuela sonrió aviesamente, como una serpiente.

—Breaca, esos no son icenos. Son los antepasados, ¿no lo ves? Los icenos son altos, y de cabello rubio, y usan armas de hierro y de bronce. Estos hombres son pequeños y morenos, y sus armas son de piedra. Su sangre corre en tu linaje, de otro modo no podrías soñar como lo haces, pero no es suficiente para traerlos de vuelta. Si pierden aquí y ahora, nadie les seguirá. Y están perdiendo.

Aquello estaba claro. Y, aunque la mano de la abuela se había apartado ya de su brazo, también estaba claro que correr abajo solo con un venablo sería un suicidio, y no conseguiría nada. Breaca dijo:

—Aquí solo hay hombres. Debe de haber también mujeres y niños. Si sobreviven, el pueblo sobrevivirá con ellos.

—Quizá, pero las águilas los matarán. Las mujeres ya están preparándose para luchar, pero no ganarán. Después de morir ellas, morirán también los niños.

—Entonces debemos ir a verles, hablar con ellos, ayudarles a escapar.

—Quizá —la abuela inclinó la cabeza a un lado, pensando—. Sería bueno salvar a los niños. Al menos llevarían la sangre.

—Eso no basta. Debe haber los suficientes adultos para conservar sus costumbres, sus sueños y sus historias. ¿De qué otro modo si no se conoce a sí mismo un pueblo?

—¿Cómo, ciertamente? —la abuela sonreía feliz, como si hubiese quedado bien establecido aquel punto.

Miró hacia abajo, al valle. Quedaban tres guerreros, de pie espalda con espalda formando un triángulo, con las lanzas levantadas, enfrentándose a la muerte que venía hacia ellos. Uno de ellos era el líder del fuego, con el símbolo de la liebre en el antebrazo. Empezó a entonar el cántico de guerra y los otros le siguieron. La primera de las águilas que les rodeaban inclinó las alas e inició el potente descenso.

—Ahora debemos partir —dijo la abuela—. No les servirá de nada que haya un testigo más de su muerte. Los dioses saben lo que ha ocurrido. Ya tratarán con ello como puedan.

—¿Y las mujeres y los niños? ¿Y los soñadores?

—Están fuera de nuestro alcance. Lo siento. De verdad. Si fuese posible, te llevaría…

—¡Agáchate!

Breaca chilló, arrojándose hacia delante y empujando hacia atrás a la abuela. El águila estaba encima de ellas, con las grandes alas curvadas, agitando el aire, mientras las garras se inclinaban hacia delante para atacar. En aquel momento, Breaca solo podía pensar en el tamaño que tenía el ave, en que el valle había distorsionado su sentido de la proporción y que no estaba preparada para aquella inmensidad abrumadora y aplastante. No había tiempo para planear nada. El venablo saltó como un ser viviente en su mano. Se clavaba hacia arriba mientras las garras ya la golpeaban. No apuntó al pecho, como habían hecho los guerreros, sino a la cabeza, a los ojos dorados como el sol, a las fauces que chillaban y al rojo brillante de su buche. El sílex silbó mientras golpeaba el aire, lastimero, como había ocurrido con los guerreros. Ella vio el brillo del sol en la piedra y la fuente de sangre cuando por fin la afilada piedra mordió la carne viva. La euforia agridulce y culminante de la muerte la inundó como no le había ocurrido nunca antes. El latido que notaba en la palma fue menCuando hasta quedar quieto.

El águila murió a sus pies. Su peso arrastró hacia abajo el venablo, golpeando el asta contra su brazo. Breaca ya estaba en el suelo, arrodillada junto a la abuela. La anciana yacía en la hierba, con los ojos blancos, muy abiertos. La sangre fluía abundante de una profunda herida en el hombro. También salía a borbotones, mucho más rápida y clara, de una herida que tenía en el cuello.

—No te muevas… no. Te la vendaré —el cinturón de Breaca colgaba de su correa.

La soltó y cortó el dobladillo de su túnica, formando una cinta de lana. La precipitación la volvía descuidada, y se cortó en la base de la mano. La abuela volvió la

cabeza. Breaca le puso una mano en la frente, manteniéndola quieta, luchando por encontrar las palabras, la serenidad y una forma, cualquier forma, de detener la sangría.

—No, no debes moverte… Será peor… quédate quieta. Déjame que te vende. Cuando se pare podremos irnos. Yo te llevaré…

—Breaca.

Era la voz que tanto conocía, la que no admitía discusión. Dejó caer la tira de lana.

—¿Sí?

—Dame el asta de la lanza. Es mi báculo. Lo sujetaré.

No había pensado de dónde provenía. El báculo era para una soñadora lo que la espada para un guerrero. Lo arrancó de la garganta del águila, cortando las ligaduras de la piedra y liberándola con un solo gesto de su cuchillo. El final estaba manchado de sangre y salpicado de carne y huesos. Lo limpió en la hierba.

—Ahora, ayúdame a ponerme de pie.

—No, no debes, de verdad, no debes. Tengo que llevarte con Airmid. Ella sabrá qué hacer. Por favor, déjame que te vende… —Breaca sollozaba las lágrimas calientes nacidas del pánico. Le temblaban las manos. Levantó la tira arrancada de su túnica y la apretó fuerte contra la herida—. Por favor, no puedes curarte sola. Debes confiar en mí.

La anciana tenía un color gris pálido, como de tiza húmeda. Su respiración era breve y entrecortada. Hasta la última brizna de energía se transmitía a su voz, y el esfuerzo que hacía rompía el corazón. Luchando por sentarse, dijo:

—No me voy a curar sola. Y Airmid no está cerca. Debes llevarme al montículo, por donde hemos pasado. Allí podré soñar.

—Pero soñando no…

—Breaca…

—Sí, abuela. Te llevaré. No está lejos.

No estaba lejos, y no tenían que arrastrarse ya por el agujero en el seto de aliaga. En la hondonada había muerto ya el último de los guerreros: una muerte solitaria y anónima. Las águilas se estaban alimentando o se remontaban en perezosos círculos. No mostraron interés alguno por la anciana y la joven que daban lentos pasos hacia la seguridad. La anciana abuela caminó todo lo que pudo, apoyando su peso en el báculo. Cuando tropezó por segunda vez, consintió en que la joven la llevase, como ella dijo, como un bebé gimoteante.

—Al montículo. No está lejos —la voz de la abuela era como el susurro de la hierba; una forma en el aire sin corazón que la sustentara detrás—. En el centro está el lugar de los sueños…

—No estaba allí, abuela. Es un túnel. Pasamos por él. Las paredes son lisas. Por favor, déjame que te vende las heridas, y que te lleve a casa. Puedo hacerlo. No pesas nada. Quiero decir que…

—Quieres decir que eres una mujer joven y fuerte y puedes correr media mañana

llevando mi peso, aunque no has comido ni bebido nada durante tres días. Te creo. Pero debo soñar. Aquí, ahora… no, a la izquierda, a través de la hierba. Solo necesitamos seguir un poco más.

El montículo seguía allí, perturbador. No había piedra alguna en la entrada, solo una abertura redonda medio escondida detrás del frondoso follaje que crecía en el montículo. Breaca no lo habría encontrado de no haberle indicado el camino la anciana. Se agachó y abrió camino por los lados, protegiendo su carga de la hierba empapada de rocío. El interior estaba más oscuro de lo que había parecido a la luz de la luna, o quizás el contraste era mayor bajo el sol. Olía a tierra y a polvo antiguo. Notó que el suelo se deshacía bajo sus pies. Cuando se apoyó en una pared para estabilizarse, ésta también se deshizo, reducida a polvo. Dio un salto y se enderezó.

—¿Abuela…?

—Confía en mí. Casi estamos ya. No te llevaré a ningún peligro —sonaba casi divertida—. La noche pasada todavía estabas en tu sueño. Hoy eres ya una mujer. Es hora de que veas el mundo tal como es en realidad. Avanza nueve pasos y detente… Bien. Ahora vuélvete a la izquierda, hacia el lado del corazón. Debe haber una hendidura.

Ella tenía razón. Había una hendidura en el lugar donde antes, bajo la luna, parecía haber piedra lisa. Abajo, recortada en la tierra del muro, se distinguía una cámara. Si Breaca se agachaba hasta casi sentarse, podía introducirse allí. La abuela le dio unos golpecitos en el brazo.

—Gracias. Ahora déjame; ya estoy lo bastante cerca. Me echaré del lado izquierdo, con la cabeza hacia el oeste… ¿Tienes mi báculo?

—Sí, aquí está. Abuela, por favor, déjame…

—No. Gracias. He disfrutado de tu compañía, pero debemos separarnos. Yo debo quedarme aquí y tú tienes que volver con Macha y Airmid, y todos los que te esperan. El sol está ya alto. Si no corres ahora, enviarán a los perros para buscarte.

—Entonces les traeré aquí. Júrame que todavía seguirás aquí.

—Te lo juro, si tú juras no volver atrás hasta haber visto a Macha.

Breaca se sentó en sus talones. No podía ver nada en aquella penetrante oscuridad. Tocó la cara de la anciana. Estaba suave, la piel de corteza de roble pegada a la calavera, bien tirante. Breaca había visto la muerte de cerca y sabía que se acercaba. Fluyeron las lágrimas libremente por sus mejillas. Se las limpió con el dorso de la mano.

—Juro que no volveré hasta que haya visto a Macha. Por favor, vive hasta que vuelva. Por favor. No quiero perderte.

—No me perderás. Te lo juro también —su sonrisa brillaba en el espacio negro que la rodeaba—. Debes recordar que tienes que dibujar de nuevo la serpiente-lanza en tu escudo, Si te olvidas, pregúntale a Bán como era en su visión. Cuelga el escudo donde puedas verlo, y recuerda lo que te dice.

—¿Mirar al pasado tanto como al futuro?

—Sí. Las dos cosas. Los sueños de un pueblo llevan su corazón. Sin los sueños, no eres nada más que un muerto andante. Pero si solo tienes sueños, y ningún niño para llevarlos a cabo, entonces no eres más que polvo. Recuerda esto. Y ahora vete. Ha llegado la hora de que yo sueñe y tú corras.

Al final, su voz sonaba serena y razonable; la anciana abuela que había sido la más amada y la más temida. Breaca se echó hacia atrás en la cámara. Se puso de pie y se golpeó la cabeza con el techo. No le había parecido tan bajo cuando entraron, antes.

—¿Abuela…?

—Corre. Ve hacia la entrada de piedra. No te vuelvas. Sé fuerte. No te abandonaré.

Y corrió. La oscuridad se cerró en torno a ella. El aliento débil y fatigoso desapareció antes de que alcanzara la luz.



El cielo iba cambiando mientras corría. Unas nubes amoratadas venían desde el este, llenas de lluvia. El sol se filtraba a través de las nubes, proyectando sombras donde antes no hubo ninguna. Cruzó el río por las piedras y no hizo ninguna pausa para dar las gracias a Nemain ni al agua ni a las piedras por mantenerla seca. El camino por el costado de los árboles estaba lleno de raíces entrelazadas, piedras y huecos que no había visto a la ida. Corrió entre ellas, dando saltos, como corre un ciervo cuando le persiguen, y solo se acordó de ellas más tarde. La sangre le golpeaba el pecho y la cabeza y le nublaba los ojos, hasta que solo vio la serpiente-lanza y la liebre; una ondulando en el aire ante ella, la otra corriendo a su lado. Corrió hasta mediada la mañana, sin detenerse para beber agua o para comprobar el camino. Era una ruta que ahora conocía bien, y solo al final debió desviarse hacia el oeste, a través de la puerta de las mujeres, que solo se usaba en aquella ceremonia y alguna otra. Giró hacia arriba y corrió junto a los cercados. La potranca gris la vio y se acercó al trote, giró en redondo, relinchó y se alejó de nuevo cuando ella pasó de largo.

Las puertas estaban cerradas, pero siempre era así cuando una niña-mujer volvía de sus largas noches. Una de las otras esperaba dentro, dispuesta a hacer las preguntas tradicionales. Le habían dicho muchas veces que la mujer que volvía era como un niño recién nacido, y que su primer regreso al mundo de su gente debía ser cuidadoso, que debían seguirse las tradiciones para no arriesgarse a perder todo lo que había encontrado. Ella les había creído, y había practicado hasta que conoció bien las frases incluso en sueños. Pero ahora no estaba durmiendo, y no podía pensar en las palabras, ni podía pensar en nada sino en correr y respirar, y en la necesidad de cumplir su juramento de encontrar a Macha antes de poder volver con la abuela. Las puertas eran de madera de olmo desbastada, grabada con los símbolos de Nemain. Se

echó contra ellas, dando golpes con la mano. Aquella madera, preparada para resistir el fuego y el ataque de las lanzas, apenas tembló ante su contacto.

—¿Quién viene de los reinos de la noche? —era una voz que conocía bien, pero era incapaz de recordar a quién pertenecía.

—Soy Breaca. Debo encontrar a Macha. Tráela aquí, rápido…

La puerta se abrió repentinamente, y ella cayó dentro. Airmid la cogió antes de que tocase el suelo.

—¡Breaca! ¿Qué ocurre?

Apenas podía respirar. Le ardían los pulmones. La saliva le sabía a sangre. Hablar le costaba mucho más esfuerzo de lo que hubiese imaginado jamás. Se dejó caer entre los brazos que la sujetaban.

—La anciana abuela… Debéis venir rápidamente. Está sangrando. Y Macha. He jurado encontrar a Macha…

—Estoy aquí.

Macha nunca le había parecido tan imponente. Se quedó de pie en la puerta de la casa de las mujeres, una alta silueta enmarcada contra el fuego que se veía detrás. Sus ojos eran penetrantes, como los de un águila. Sus cejas estaban arqueadas.

—¿A quién has jurado, y qué es lo que has prometido?

—La abuela… la anciana abuela. El águila la ha matado… ha intentado matarla. Debo llevarte con ella…

Macha retrocedió, apartando a un lado la cortina de piel.

—Breaca, entra aquí. Debemos hablar.

—Pero…

—Adentro. Ahora. Rápido —no se podía discutir con aquella voz.

Ella podía andar, aunque necesitaba ayuda. La sentaron junto al fuego. Airmid la sujetaba por detrás, con las manos cruzadas ante su diafragma, aliviando así el dolor de la respiración, y con las piernas estiradas hacia delante, de modo que Breaca quedaba sujeta por todos lados, como una niña pequeña. Macha trajo agua y la hizo beber. Alguien trajo también cebada malteada, tostada y salpicada con miel. Era el mejor alimento, y sin embargo le sabía a serrín y a arena. Ella lo comió porque no la habrían dejado hablar hasta que lo hiciera. Cuando intentó hablar, la detuvieron, y tuvo que comer un poco más. No escucharían hasta que se la hubiese terminado. Pensaba que iba a morir, o que iba a romperse por la presión de su interior, hasta que Macha dijo:

—Ya basta. Dejadla ahora.

Entonces las mujeres se apartaron y se sentaron en círculo en torno al fuego, y Airmid la ayudó a ponerse de pie y la llevó a un lugar al fondo, lejos de la hoguera, donde una cortina de piel de caballo teñida de negro separaba un lugar para dormir. Las mujeres estaban sentadas en silencio. Macha y Airmid fueron las únicas que se adelantaron hacia la cortina.

Ella estaba temblando toda; tenía los pies y las manos entumecidos. Habló en un

susurro, negándose a aceptar la verdad antes de que se la mostraran.

—No puede ser —dijo—. Yo la he visto. He hablado con ella. Me ha dado su báculo para que hiciera un venablo…

—Era la tercera noche de tu sueño. Ha estado esperando largo tiempo.

Airmid sollozaba en silencio. Macha, al parecer, lo había hecho, y volvería a hacerlo, pero ahora necesitaba hablar con claridad.

—Dentro de un momento nos dirás lo que te ha dicho, y cómo la has dejado. Pero antes, debes verla y conocer la verdad.

Levantaron a un lado la cortina. La anciana abuela yacía del lado izquierdo, con la cabeza hacia el oeste. Tenía muy poco pelo, casi nada, pero su piel estaba tirante y suave como la de una muchacha joven, y la sonrisa de sus labios prometía el advenimiento de todo tipo de cosas inesperadas. Sujetaba con ambas manos su báculo, como un guerrero habría sujetado su lanza en los momentos finales de la batalla. Inclinándose, Breaca tocó el extremo de la lanza y la encontró seca, sin resto alguno de sangre ni de huesos rotos. Era culpa suya; ella no había seguido la ceremonia para volver, y estaba ocurriendo todo lo que habían predicho. Se estaba volviendo loca, y la única que podía ayudarla yacía allí, en el suelo, fuera de su alcance. La razón se escapaba de ella, revoloteando salvajemente, dejándola vacía, enferma e incapaz de pensar. Cuando habló, su voz procedía de otros lugares de la habitación y rebotaba hacia ella:

—La he dejado en el montículo —dijo—. Ella me ha prometido que no me dejaría, me lo ha prometido…

—No te dejará. Ha venido a ti en tu sueño. Estará contigo así, siempre.

Airmid había cambiado, como si algo en su interior se hubiese roto y necesitase un consuelo mayor del que había obtenido de ella en el pasado. Se sentaron juntas, unidas, y lloraron por lo que habían perdido y que nadie que no hubiese servido a la anciana abuela podría comprender. Finalmente, Macha les rogó que se desplazaran y ocuparan sus lugares junto al fuego, y que recuperaran los hilos perdidos de la ceremonia del regreso. De haber seguido la tradición, Breaca se habría reunido con la anciana abuela y las otras soñadoras y les habría contado su historia, para que todas la comprendieran y sacaran la verdad que encerraba. Pero no había anciana abuela, y no era correcto ocultar las últimas palabras de la anciana a las otras, que también la habían amado, así que Breaca se sentó junto al fuego y les contó la historia de sus largas noches, desde la vacía desolación del frío y la niebla hasta el viaje a través del río y el encuentro con la rata de agua y todo lo que había ocurrido en el otro lado del montículo.

Acabó en silencio. Una de las mujeres mayores habló. Era la hermana de la madre de Eburovic, la más anciana entre ellas, después de la anciana abuela, cosa que la convertía, si uno lo pensaba bien, en la nueva anciana abuela. Era una hacedora, no una soñadora; hacía su magia con cuero y con madera, y tomaba las cosas que hacía Eburovic y les confería un significado y una presencia que el oro y la plata solas no

tenían. El último año, la artritis se había instalado en sus caderas y ya estaba perdiendo fuerza en las piernas. Breaca escuchaba el ritmo de su voz, no las palabras que decía, y se preguntaba si era un requisito para ser anciana abuela necesitar los ojos y los miembros de otra para ayudarla, y si era así, quién se encargaría de ello. Por primera vez se alegraba de haber abandonado la niñez y haberse convertido en mujer, ya no se lo podrían pedir a ella.

—¿Breaca?

Macha había dicho dos veces su nombre, y ella no la había oído. Levantó la cabeza. El mundo flotaba lentamente y sus pensamientos tardaban en arraigar. Contempló la forma de la boca de Macha y, así, pudo comprender las palabras:

—Breaca, debes pintar ahora tu escudo, antes de dormirte. Encontraremos el tinte y te ayudaremos, pero debes dibujar la serpiente-lanza tal como la viste. ¿Podrás hacerlo?

Breaca cerró los ojos y vio a los guerreros de los antepasados con la serpiente-lanza pintada en sus cuerpos. En su mente, se acercaron más para que pudiera verlos con detalle. Abrió los ojos de nuevo.

—Sí, creo que sí.

—¿Qué color necesitas? —aquélla que preguntaba era la anciana abuela, la nueva anciana abuela. Conocía los tintes mejor que nadie, y podía conseguir cualquier color que se necesitase, si Breaca hubiera sabido la respuesta. Pero no la sabía.

Los hombres se habían pintado con glasto… el glasto azul mezclado con clara de huevo, no el plateado, mezclado con grasa de oso.

—Entonces ellos… ¿te dijeron que debías pintarlo de azul? —Airmid estaba a su lado de nuevo, y ya no lloraba, sino que hablaba despacio, con cuidado, porque había pasado por aquello recientemente y sabía lo que era, y quizá también porque le preocupaba mucho que todo se hiciera bien.

Breaca meneó la cabeza.

—No me lo dijo. Solo que debía preguntarle a Bán cómo lo vio en su visión. Pero no podemos hacerlo ahora. Es un niño, y no podemos traerle aquí para preguntarle…

Sus palabras cayeron en el silencio. Todos los ojos se volvieron hacia Macha, que movió los hombros como si probara un nuevo peso. Ahora era la mayor de los soñadores, y la posición que ostentaba llevaba consigo unas responsabilidades propias. Miró hacia la oscuridad, en la parte trasera de la habitación, frunciendo el ceño. Al cabo de un rato, dijo:

—Nació en el equinoccio de otoño. No ha pasado todavía, así que aún tiene ocho años solamente, y se le permite entrar en la casa de las mujeres. Además, no será la primera vez este año. Airmid, ¿puedes ir a buscarle y decirle que le he pedido que venga? Debe de estar ayudando a Eburovic y a Sinocho a fabricar la plataforma para el tránsito de la anciana abuela. Están en el granero que hay justo fuera de las puertas.

Bán podía tener solo ocho años, pero ya hacía casi un año desde que había estado por última vez en la casa de las mujeres, y su vida había cambiado enormemente

desde entonces. La última vez era todavía un niño asustado y desorientado, con el sueño todavía pegado con fuerza a él, buscando el consuelo de su madre y observando al nuevo cachorro que yacía en el suelo. Ahora, siguió a Airmid con dignidad y respeto, mirando al frente y con la espalda bien erguida. Breaca le vio pasar por la cortina de la puerta y tomar su lugar junto al fuego, como si hubiera nacido para ello. Sus ojos recorrieron todo el círculo, descansando en su madre, en la nueva anciana abuela y finalmente, con un súbito destello de reconocimiento, en Breaca. Airmid no le había dicho que estaba en casa. Sonrió por él, viendo cómo la miraba: el pelo revuelto, el llanto reciente, los cortes en los brazos y los moretones en las piernas, las lágrimas en la túnica. Por más que todo lo demás en sus largas noches hubiese sido una visión, el camino arrastrándose bajo la aliaga había sido real, y algo, en algún momento, le había golpeado en el brazo, dejándole una marca como la que podía haber producido el asta de un venablo al caer. La sonrisa del muchacho desapareció al ver aquello y frunció el ceño como su madre, con una arruga encima de cada ojo. Ella se inclinó a través del círculo y le tocó el brazo.

—Estoy bien. Ya iré a hablar contigo más tarde. Ahora, la anciana abuela quiere preguntarte algo.

Los ojos del muchacho se abrieron, llenos de alarma. Sabía tan bien como cualquiera que era un tabú mencionar el nombre de los muertos. Breaca movió la cabeza de lado a lado, y él se tranquilizó. Ya había corrido la voz: «La que era anciana abuela ya no está con nosotros. Hay otra en su lugar». A todo el mundo, sin embargo, le costaría un poco acostumbrarse. Aun entre aquellas que la conocían y que habían aceptado el hecho hacía más tiempo, costó un poco volver la vista en la dirección adecuada. Cuando estuvo segura de haber atraído toda la atención, la anciana abuela asintió lentamente.

—Bán, cazador de liebres —su voz era bastante distinta de la de su predecesora. Todavía hablaba como lo hacía Macha, o Nemma, o cualquiera de las demás mujeres: con la cadencia, la risa y la pena de la vida diaria. Todavía no había aprendido a elevar el tono, a dar peso a las palabras para que todo el mundo dejase de hablar al instante y la escuchara. Pero cuando empezó a hablar ya notaron algo de esto, y cuando llegó al final había mejorado.

—Será difícil para ti y no te lo pedimos a la ligera, pues es necesario para tu hermana, para que se complete su sueño. Tengo que preguntarte algo. ¿Querrás responder por ella??

Bán se quedó muy quieto. Breaca vio que sus dedos hacían la señal para dar gracias a Nemain y, al mismo tiempo, requerir su ayuda.

—Sí —dijo—. Responderé.

—Gracias. Este verano, en la reunión del solsticio, tuviste una visión en la cual las huestes de guerra de los icenos volvían de la batalla. Viste a tu hermana en vanguardia, vestida para la guerra, ¿es eso correcto?

Él asintió. Cuando comprendió que debía hablar, dijo:

—Sí.

—Bien. Gracias. ¿Recuerdas bien la visión?

Cerró los ojos. Su cabeza se movió, como si alguien a su lado estuviese hablando, o como si hubiese requerido su atención. Cuando volvió a mirar hacia delante, abrió los ojos y dijo:

—La recuerdo bien.

—Bien —la nueva anciana abuela hizo un gesto a Airmid. Trajeron el escudo que colgaba encima del lecho de Breaca, todavía cubierto. Lo pasaron en torno al fuego hasta su legítima propietaria.

Bán vio a su hermana cogerlo y vio en su rostro el mismo alivio que él sentía cada vez que volvía a ver a *Granizo* después de pasar un tiempo separados. Ella quitó la cubierta de piel de ternera con sus símbolos pintados, la osa y el carrizo, y debajo, pintada de color azul intenso, apareció la serpiente-lanza tal como la había dibujado la anciana abuela aquel verano, para que Breaca fuese a recibir a Togodubno.

—¡No está bien! —habló sin pensar, y se dio cuenta de que se había precipitado. Volvió a echarse hacia atrás, disculpándose antes de que las palabras llegasen casi a pronunciarse—. Lo siento, no quería decir… no es como en la visión. Este dibujo no es el que yo vi.

—Eso está bien. ¿Puedes dibujarnos exactamente el que viste?

La nueva anciana abuela era menos abrupta que la antigua. Como Bán la miraba desconcertado, sonrió e hizo un gesto hacia las cenizas que había al lado del hogar. Él cogió un palito de la pila de leña y lo rompió para que acabara en una buena punta. Cerró los ojos para comprobar la visión y luego se inclinó hacia delante y dibujó en la ceniza. Su dibujo no era demasiado distinto del antiguo, pero había una curva más pronunciada en el rabo de la serpiente, y una cabeza en cada extremo. Se incorporó y miró ambos dibujos, escudo y esbozo en la ceniza, comparando uno con el otro, y luego ambos con el dibujo que tenía en la cabeza. El suyo se parecía más. Asintió para hacerles saber que ya estaba; no había que decir demasiado.

—Y era rojo —dijo—. Rojo oscuro, como el cabello de Breaca cuando le da la sombra. Como si lo hubiesen pintado con sangre de caballo que no se secase nunca.

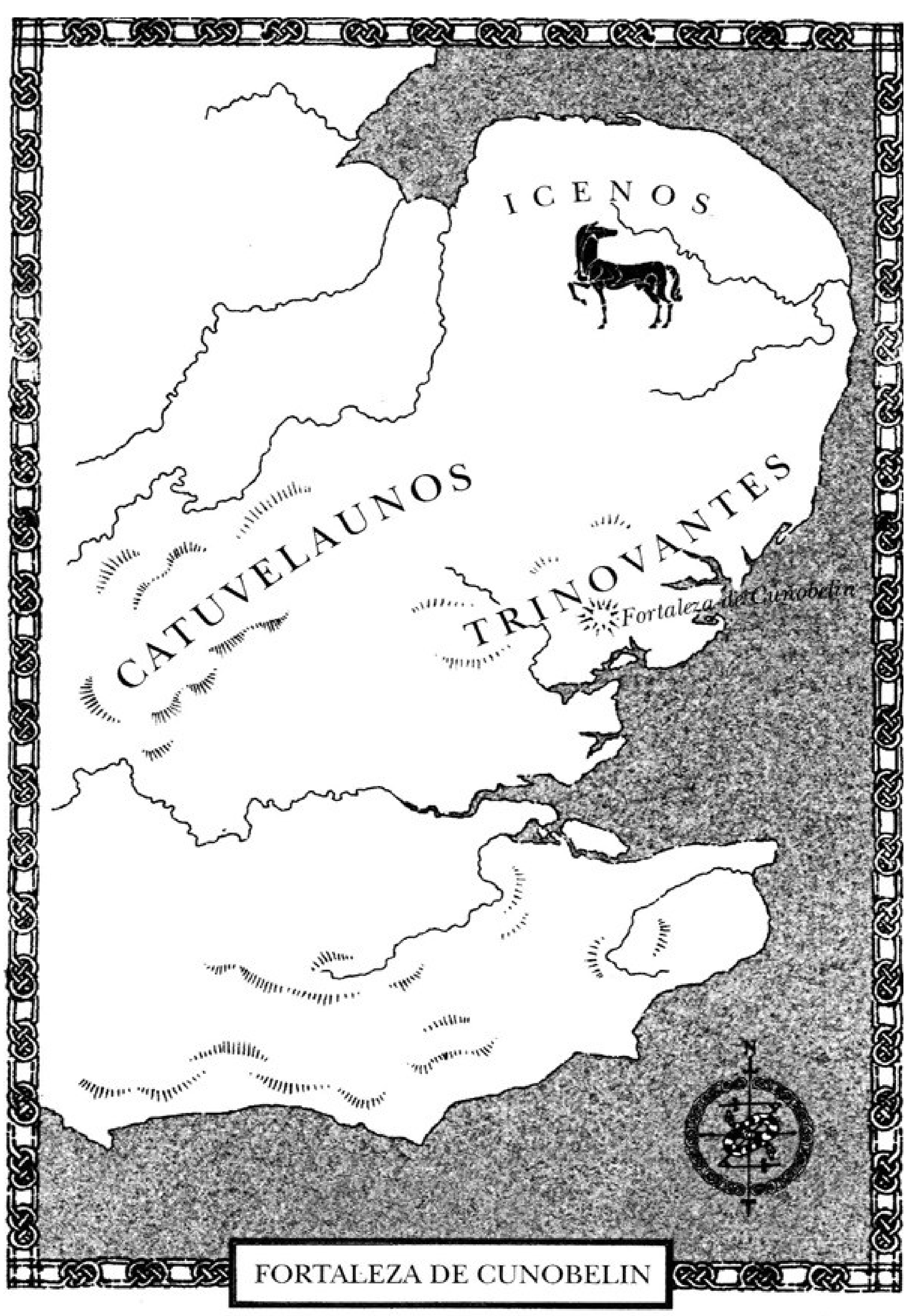
La nueva anciana abuela le sonrió cálidamente.

—Gracias. Lo has hecho muy bien. Ahora, puedes irte. Dile a Eburovic que su hija, la guerrera, se ha convertido en mujer.

# PARTE II

## INVIERNO - PRIMAVERA, 37 d. C.






Fortaleza de Cunobelin, después
Camulodunum - Colchester

# VIII

Luain MacCalma, conocido en el mundo como el comerciante hibernio, cayó de rodillas en la cubierta bamboleante de la *Greylag* y notó que su estómago se revolvía. Sus tripas se retorcían y estrujaban como no recordaba que lo hubiesen hecho nunca. El barco cabeceaba como un borracho entre las olas, y empezó a vomitar de nuevo. Bajaba la cabeza haciendo arcadas, hasta que le dolía el pecho, le ardía la cara y el sudor corría por todo su cuerpo, pero lo único que pudo vomitar fue una espuma verdosa que apenas tocaba las paredes de su garganta al salir. Le había pasado lo mismo la última vez, y la vez anterior. Su estómago se había vaciado hacía mucho tiempo, y lo único que vomitaba ahora era el agua salada que había tragado en el último intento. La bilis chorreaba entre sus dedos y la vio formar un charco en cubierta antes de que otra ola lavase la amurada, golpeándolo contra el sólido roble, empapándolo, helando su garganta, sus ojos y su nariz hasta la médula de los huesos. Una segunda ola siguió a la primera, levantó su cuerpo y lo arrojó de nuevo contra la popa. Casi se soltó del cabo que lo sujetaba entonces, dejando que él océano se lo llevara por encima de la borda. Era el miedo lo que le mantenía bien sujeto. Luain *el Hibernio* no temía a la muerte, ni siquiera a la muerte por ahogamiento, pero temía muchísimo no cumplir los juramentos que había hecho a los dioses en los cuales creía, y pensar en enfrentarse a ellos prematuramente, con el trabajo de su vida sin completar, hacía que se agarrase al cáñamo retorcido y lo sujetase con fuerza.

El buque se elevó más aún, luchando contra la ola. La cubierta se inclinó más, reculando como un potro temperamental, hasta que pareció que el barco entero iba a dar una vuelta de campana. En la bodega, los caballos relinchaban y nadie los atendía. Dio un paso hacia la escotilla de proa y se detuvo. Pensó que perder a la yegua roja de Tesalia le dolería mucho más que el azote del mar, pero bajar con ella no la salvaría tampoco de esos embates. Estaba formulando ya la plegaria para las almas perdidas, la suya y la de la yegua, cuando el mar se calmó un poco y la *Greylag* volvió a caer en el agua y se balanceó en la estela de una ola. Se quedó quieto allí donde había caído y dejó que sus tripas se desataran. En algún lugar allá abajo, en la oscuridad, una yegua con un potro en su vientre hacía los ruidos que él quería hacer.

MacCalma había creído que era un buen marinero. Durante dos años había navegado por la ruta comercial entre la costa sur de Britania y los mercados de las Galias, llevando grandes perros pintos de guerra, trigo maduro y pellejos sin curar al sur, al continente, donde los precios eran más elevados. En el viaje de vuelta, llevaba todo aquello que tenía que ofrecer la recién romanizada Galia: vajilla fina realizada al torno, vidrio verde, piel curtida y (lo mejor de todo) buen vino de los cálidos viñedos

de Roma. Llevaba sus mercancías a los puertos situados en las orillas del gran río y luego las acarreaba al interior, para venderlas en las cortes de Cunobelin, el Perro del Sol, a medio día de viaje a caballo hacia el norte, y Beriko, de los atrebates, a tres días hacia el sur. A esos dos les gustaban los lujos de Roma, aunque no al resto de las tribus, y Luain, el mercader, tenía la reputación de ser el hombre que podía conseguirte cualquier cosa (o casi cualquier cosa) si se lo pedías correctamente y le gustaba el color de tu dinero. Quizá resultaba sorprendente que le hubiesen pedido que transportase caballos solo una vez anteriormente. Fue en pleno verano, y los llevó en barco atravesando el breve trecho de solo medio día de viaje desde la boca del río hasta el puerto de Gesoriacum, en las Galias. Aun así, a una de las yeguas le entró el pánico y formó con sus coces un agujero en las tablas no demasiado por encima de la línea de flotación, y llamaron a toda la tripulación, MacCalma incluido, para que achicase agua y mantuviera el barco mercante a flote durante las últimas millas del trayecto. Ahora se le ocurría que una coz por debajo de la línea de flotación sería la manera más rápida y limpia de concluir el viaje presente, pero había atado las patas de los caballos al principio del viaje para evitar que se hiciesen daño a ellos mismos o a la *Greylag*. Y aunque no lo hubiese hecho, no quedaba ninguno con la fuerza suficiente para abrir un agujero a coces en una cáscara de huevo, y mucho menos en un barco medio zozobrado.

Las arcadas cesaron. Luain se levantó, secándose el agua del rostro, y buscó un apoyo en la oscilante cubierta. A su derecha, Segovento, el capitán del buque, le sonrió compungido. El hibernio le devolvió el saludo, gritando:

—¿Vamos hacia la costa?

El capitán le miró, sin comprender. Luain se puso la mano en forma de bocina junto a la boca y gritó de nuevo. El ventarrón se llevaba el sonido de su voz y lo deshacía en jirones, soplando sobre su rostro con un fresco azote de agua de mar. Segovento, de los osismos, hombre libre y capitán galo del barco, se encogió de hombros y movió el pulgar a través de su garganta en un signo elocuente, antes de volcar de nuevo toda su atención a las jarcias, que ya habían saltado en dos sitios distintos, al palo mayor, que todavía no se había roto, y al mar que se encontraba ante ellos, para evitar que su barco (la alegría de su corazón) se rompiera la espalda en la siguiente ola traicionera. No era un combate igualado. Mientras se volvía, una ola se estrelló contra la proa, inundando la cubierta. El buque dio una sacudida. Segovento luchó con el remo de gobierno. Abajo, en la bodega, un potro joven relinchaba lleno de terror y calló de golpe. Luain maldijo y soltó el cabo donde se sujetaba. Dio un solo paso vacilante hacia el timón y puso una mano en forma de bocina en torno al oído del capitán.

—¡Voy a ver a los caballos…! —aun así de cerca, tuvo que chillar para contrarrestar el viento.

Segovento movió negativamente la cabeza.

—Olvídalo. Tienen la locura del mar. No te acerques a ellos… ¡Pero sujétate

hombre, por todos los dioses!

El capitán le tendió otro cabo y MacCalma se asió a él por instinto. Otra ola llegó desde un ángulo diferente y les dio de lleno. Esta vez el buque lanzó un extraño chillido, más agudo aún que el de los caballos. Las tablas dejaron escapar unos ruidos que Luain no sabía que pudieran emitir, y tres cabos se rompieron a la vez en la obencadura. Por encima de su cabeza, la vela empezó a gualdrapear con los embates del viento. Aun en el corazón de la tormenta, con el viento soplando y el mar dispuesto a ensordecerlos, todos los hombres oyeron aquel chasquido y miraron hacia arriba, sabiendo lo que aquello significaba. Todos, como un solo hombre, miraron entonces a Segovento pidiendo que los salvase. El hombretón se quedó anonadado un momento más de lo que habría sido conveniente, y luego apoyó los pies en la borda y echó todo su peso encima del remo de gobierno, luchando para hacer virar la nave.

La *Greylag* era su esposa, su amante y su hija. La amaba igual que Luain amaba a su yegua tesalia: había vivido con ella, dormido con ella, y la había amaestrado durante toda una vida. Ahora arrojaba la totalidad de su enorme peso sobre el remo para dominar el timón, obligando a la nave mediante la voluntad y el peso a virar. Durante un momento lleno de temores y dudas, pareció que había una oportunidad de que lo consiguiera. Luain rezaba como no había rezado en su vida, y supo que el resto de los hombres se le había unido también. Los caballos guardaban silencio, incluso la lluvia se detuvo un momento mientras la diminuta y valiente vaina de madera luchaba para dar a su amo lo que éste le exigía… pero fracasó.

Los dioses del mar no se dejan doblegar tan fácilmente. Con un chasquido parecido al de un hueso que se rompe, se alzaron desde las profundidades y rompieron el remo de gobierno por la mitad del asta. Liberado de la resistencia de las aguas, el trozo suelto giró salvajemente y el capitán cayó de espaldas en las tablas, golpeándose la cabeza mientras la *Greylag*, haciendo honor a las órdenes de sus nuevos amos, se volvía de costado hacia el mar y surcaba las olas asesinas.

—¡Segovento!

La llamada llegaba desde cerca de la proa, pero Luain ya estaba allí, arrodillado junto al capitán, levantándole la cabeza de las tablas de roble y pasando los dedos por el pelo enmarañado y apelmazado por la sal, para comprobar si estaba herido. El hombretón se zafó de él y se puso en pie por sí solo.

—¡Estamos muertos! —las palabras llegaban desde la oscuridad entre ráfagas de viento. La amplia y barbuda cara del capitán le miraba. En dos docenas de travesías duras, y diez veces las mismas noches perdidas empapados en bebida en la costa, Luain nunca había visto llorar a aquel hombre. Pero ahora lloraba, y las lágrimas lavaban el agua de mar de su rostro—. Ahora seguirá hasta que se rompa, y eso será mucho antes de que veamos tierra. He perdido tus caballos. Lo siento.

No había nada que decir. Siempre existía un riesgo, y perecer ahogado no era la peor de las muertes posibles. Luain *el Hibernio*, que no era solo un mercader, sintió la proximidad del fin de su vida y cambió el tono de sus plegarias. En las fauces de la

tempestad, con la lluvia empapada de sal azotando la piel de su rostro y la cubierta bamboleante intentando por todos los medios romperle las piernas, procuró hacer las paces consigo mismo y con sus dioses. Como iba a morir y no importaba, como estaba oscuro y el ruido de la tempestad era abrumador, y allá arriba, detrás de las nubes, estaba la luna que le habría gustado ver, habló en voz alta, y sobrellevó la mirada desorbitada del oficial.

Cogiendo un cabo, encontró que podía ponerse en pie. El aparejo redondo de la vela aleteaba en la tormenta, por encima de su cabeza. Antes brillaba, blanco, con un ganso negro resaltando junto al tope del mástil para poder ser reconocidos antes de llegar a puerto. Ahora, la lluvia lo había vuelto todo negro, y el dibujo del ganso se había emborronado y mezclado con el resto. Pero aun así podía rezarle de alguna forma, y dejó que resonara su voz a pleno pulmón entre el fragor de la tormenta. Tenía una bella voz, que mejoraba cuando dejaba fluir libremente sus tonos, y empezó a cantar. En algún lugar, una voz de tono más agudo y elevado se unió a la suya. En el fondo de su consciencia trató de averiguar de quién era aquella voz, y la respuesta solo le sorprendió en parte.

Todavía estaba cantando cuando el muchacho que iba en la proa lanzó un grito. Al principio, pensando que los otros habían sido arrastrados por encima de la borda, Luain amplió su plegaria para incluir a los que acababan de morir. Luego, se volvió a oír la voz del chico, gritando mucho más fuerte, diciendo lo mismo. A su derecha, el cantor vio al oficial de derrota apartar la mirada de los mares rugientes y achicar los ojos para eliminar el agua, repitió el gesto una vez más, como si lo que viese no fuese posible.

—¡Sí!

La palabra golpeó a Luain de costado, como había hecho la ola. Titubeó y su voz se detuvo. Segovento le hizo girar en redondo, señalándole con un dedo, cual venablo, la oscuridad.

—¡Sigue cantando, buen hombre, funciona! —e inmediatamente añadió—: ¡Math! Sube a ese palo, si quieres vivir. ¡Brenno! ¡Curo! ¡Sujetad los obenques! El resto de vosotros, poned las velas contra el viento. ¿Quién ha dicho que se necesite un timón para hacer maniobrar un barco, cuando tenemos buen viento y una vela que se puede virar? —Se volvió a mirar a Luain, sonriendo—. Sujétate bien fuerte. Será una carrera llena de baches, y a lo mejor tienes que nadar un poco y todo, pero al final veremos desembarcar sanos y salvos a tus caballos.

El buque era un lugar nuevo. Los hombres que antes estaban aplastados contra las tablas, ahora se movían. El muchacho de proa, un chico espigado de quince años de edad con el pelo rubio como el trigo y la piel como la de una niña, escaló el mástil hasta la mitad y bajó un extremo roto de jarcia. Otros colocaban las tablas rotas en su sitio y establecían nuevos puntos de sujeción. Luain MacCalma, cantando, siguió bien agarrado a su cabo y a toda la madera sólida que pudo encontrar, y se quedó mirando por el costado hacia la oscuridad, intentando ver lo que habían visto el capitán y sus

hombres. La nave fue dejándose controlar de nuevo poco a poco, luchando y rebelándose como se rebela un toro contra el ronzal, pero ellos eran superiores en número y el viento había cambiado de lealtad, virando en redondo, sacudiendo su hombro derecho y no el izquierdo, les conducía ahora entre las olas y no a través de ellas. En un momento de relativa calma, el capitán se volvió y sonrió radiante.

—¿Lo has visto?

—¿El qué?

—Allí —el hombre señaló a su izquierda, agitando el brazo con el mismo balanceo del barco, de modo que su dedo señalaba un punto fijo en la oscuridad—. Tierra.

Luain miró adonde le indicaban. El mundo parecía enteramente negro. Mantuvo la vista clavada donde pensó que podía estar el horizonte, buscando la marca blanca de las rompientes en una costa, que le mostrase lo que los otros habían visto. No vio nada.

—No, ahí no. Ahí —el brazo se movió hacia atrás, dirigiéndose hacia la popa—. Tus amigos están esperando. Llegamos media luna antes, pero aun así, te esperan. Nos han encendido un fuego.

—¿Un fuego? ¿Con este tiempo? —la esperanza murió en su corazón. No serían los primeros en ahogarse felices, creyendo que navegaban hacia el paraíso—. ¿Quién puede mantener encendido un fuego con este tiempo?

—No lo sé. Pero yo veo lo que veo, y si es Eburovic, de los icenos, que ha venido a comprar tu yegua tesalia, le debes un buen precio, o haré que te aten al mástil y te arrojaré al mar como ofrenda.

El capitán reía a carcajadas, gritando órdenes, agitando los brazos y sujetando aún el remo de gobierno como si consiguiese algo útil con ello. El barco avanzaba a sacudidas, resistiéndose, pero se movía hacia el oeste, hacia el lugar que ellos querían.

—Si quieres ser útil, ve a proa y prepárate para arrojar un cabo a quien sea que nos esté esperando. Sería mejor que viesen una cara conocida enseguida, así nos saludarán como amigos, y no como esclavistas.

# IX

El primero de los hombres llegó muerto a la costa. Breaca estaba en el cabo cuando la marea lo arrojó allí. El cuerpo desmadejado se alzaba con cada embate de las olas, hasta qué descansó por fin a sus pies. Era joven, más o menos de su misma edad, con una mata de cabello dorado que brillaba como el trigo segado con el fuego, y su rostro estaba en paz, como si el océano le hubiese cantado una nana hasta dormirle, mientras le robaba el aire. Ella le metió las manos bajo los sobacos y empezó a arrastrarlo lejos de las tablas rotas y las cuerdas enredadas por la tormenta que se amontonaban en la línea de la marea. La cabeza del chico se apoyó en su mano, y tenía la piel más fría que el agua de la que había salido. Miró a su alrededor buscando ayuda. Eburovic estaba metido hasta la cintura en el mar, sacando a alguien más. Bán estaba con *Granizo* y entre los dos también sacaban un cuerpo a rastras hasta la playa. Breaca miró a su alrededor buscando un pelo negro y largo, ligado por la correa de los soñadores, y lo vio a un tiro de venablo, en el cabo. Levantó ambos brazos por encima de la cabeza, haciendo señas.

—¡Airmid! ¡Aquí! Éste necesita ayuda.

—Vamos, ya lo cojo yo.

Tago estaba a su lado. Siempre estaba a su lado, o justo detrás de ella cuando se volvía. Así era desde aquel día, a finales del otoño, en que ella y Airmid habían dicho en público las cosas que antes solo se decían en privado. Aunque quizá sería más acertado decir que fue Breaca quien las había gritado ante las abuelas, guerreros, ancianos y soñadores congregados en la casa grande, mientras Airmid, pálida y con los labios tensos, escuchaba, rogándole calma con los ojos hasta que ella también llegó a un punto sin retorno y replicó con una sola frase que lo había destruido todo entre ambas.

—Tú no eres una soñadora. No puedo decir que lo seas. La serpiente-lanza era un sueño de guerrero, y uno puede sentirse orgulloso de él, y si no vienes a Mona como guerrera mía, iré sola.

Entonces ambas se alejaron. Breaca para ir a cabalgar en la yegua gris de batalla, más duramente que nunca antes o después, y Airmid para dirigirse al espeso bosque hasta el lugar donde habían dispersado las cenizas de la anciana abuela. Después de aquello volvieron a reunirse y se disculparon fríamente, y todavía compartían un lecho, pero nada volvió a ser lo mismo.

Para ser totalmente sincera, la verdad es que Airmid no había cometido falta alguna. Todos los soñadores de los icenos se habían reunido en el Consejo aquel otoño, y de forma unánime creían que Breaca nic Graine, heredera del linaje real de

su pueblo, era una guerrera de excepcional habilidad, pero sabían que el sueño de los antepasados y las águilas de guerra y la marca de la serpiente-lanza no constituían un sueño auténtico, y ella no había mostrado ninguno de los demás signos de una soñadora nata. Había cuatrocientos sesenta y tres soñadores en aquella reunión. Aunque Airmid hubiese ignorado las palabras de los dioses y sus propios sueños para hablar en contra de la abrumadora marea, su voz no habría tenido peso. Pero Airmid era la única que sabía del juramento formulado en voz alta junto a la poza de los dioses una mañana de verano, y no debía haber nombrado a Breaca como la guerrera que deseaba tener a su lado cuando finalmente le llegase la llamada para acudir a Mona. La llamada no se había producido todavía (la estaban esperando), pero se había formulado ya la pregunta, y se había dicho todo lo que no se tenía que haber dicho. Tago caminaba pegado desde entonces a los talones de Breaca, como un fiel perro de caza, intentando llenar un vacío que no podía llenar de ninguna manera.

Ahora corría hacia ella, resbalando en el montículo de guijarros, con la cara fría por el viento y la voz ansiosa. Cogiendo los tobillos del muchacho, lo subió por la ladera, diciendo:

—Vamos, a lo mejor no está muerto. Llevémoslo a un lugar seco.

—No. Se ha ahogado. Necesita un curandero, o a alguien que diga las plegarias por los muertos. Coge a ese otro de ahí abajo, ¿lo ves?

El viento aullaba en torno a ellos. El aguanieve cegó momentáneamente a Breaca. Se apartó el pelo de los ojos con el dorso de la mano y señaló hacia el lugar donde había visto movimiento por última vez. Una figura esbelta con largo cabello oscuro como las algas marinas luchaba por hacer pie entre el oleaje que rompía.

—Allí hay uno que puede ponerse de pie. Ve y ayúdale. Si cae entre las olas le perderemos.

Tago corrió adonde ella señalaba. Airmid se unió a Breaca, sujetando los tobillos del joven ahogado, y juntas le arrastraron, con las nalgas arrastrándose por los guijarros, hacia la tierra firme. La hierba formaba un lecho duro y frío, pero no había nieve, como ocurría más hacia el interior, y al menos allí se encontraba fuera del alcance del mar. Le dejaron allí echado y Breaca se arrodilló a su lado y le apoyó la cabeza en el pecho, colocándose la mano encima del oído superior para evitar que el agua de la lluvia se colase por él. Al rozar la piel del chico, el cabello de la muchacha era como el susurro de los ratones en las hojas húmedas, pero no oía el galope de ningún corazón.

—No hace mucho que ha muerto. Tenemos que sacarle el agua —Airmid se arrodillaba al otro lado. Le limpió las pestañas y buscó el pulso en su garganta. Algo en la respuesta que obtuvo le dio cierta esperanza—. Si podemos sacarle el agua que tiene dentro, a lo mejor llegamos a tiempo.

Levantaron el cuerpo entre las dos y lo volvieron al revés, y un montón de agua marina salió de la garganta y la nariz del chico. Airmid dijo:

—Tenemos que respirar por él, como tú hiciste con *Granizo* cuando nació. ¿Te

acuerdas?

Breaca asintió.

—Por supuesto.

No era una cosa que se pudiera olvidar fácilmente.

Le echaron de espaldas en la hierba con la cara hacia el cielo. Airmid le levantó la barbilla y le apretó el cuello.

—Échale la cabeza hacia atrás, para que el aire pase más fácilmente. Ahora tienes que introducir aire en su boca. Así…

Parecía fácil cuando lo hacía Airmid, pero claro, para ella era distinto. En los tres años transcurridos desde la muerte de la anciana abuela, ella había asumido plenamente las responsabilidades curativas de la anciana. Ahora la gente venía a ella, como los sueños, con una fácil familiaridad. Breaca, para la cual ni los sueños ni la curación eran fáciles, se arrodilló y colocó su boca como había visto que lo hacía Airmid, encima de los labios azules y salados. El chico sabía a algas y a piel de pez, su sabor también le recordó ligeramente al de la piel de Airmid. Granos de arena circulaban entre sus dientes, arañando sus encías. Cuando respiraba por él, el aire silbaba húmedo por la nariz del chico y los costados de su boca. En el pecho, sin embargo, no se producía movimiento alguno. Ella se apartó, frustrada.

Airmid dijo:

—Inténtalo con más fuerza. Pellízcale la nariz. Estás intentando sacar fuego de unas ramas húmedas, no aventando una llama nueva en madera seca.

—Debes hacerlo tú.

—No. Éste es para ti.

—¿Por qué?

A veces Airmid se parecía muchísimo a la anciana abuela. Dijo:

—Pues porque él no volverá por mí. Ni por nadie, si le dejas más tiempo. Hazlo.

Breaca se inclinó de nuevo y sopló más fuerte, y el pecho del chico empezó a elevarse.

Airmid la miró y luego se dedicó a otras tareas. Trabajaban bien juntas, con la facilidad y la comodidad de la práctica, y solo un leve residuo de reproche. Breaca hizo lo que pudo por encender de nuevo el fuego en el pecho del joven, mientras Airmid hacía todo lo necesario para devolver su alma al cuerpo. Cuando le hubo examinado los huesos y los órganos internos palpándolos a través de la piel, y ninguno de ellos pareció estar fuera de lugar ni roto, se sentó a su cabecera y empezó a recitar la plegaria de la curación de después de la batalla, que era lo más cercano que conocía a un ahogamiento. Macha la oyó y fue a sentarse a los pies del muchacho, añadiendo su voz a la de la joven, de modo que el sonido de ambas voces juntas se elevó por encima del viento y las ráfagas de la tempestad.

Abajo, en la playa, el mar estaba entregando el resto de sus presentes. Pálidos fantasmas de hombres encontraban la tierra bajo los pies y se dejaban caer de rodillas, sollozando las gracias a Eburovic por la fuerza y el tamaño de su fuego, ya los dioses

por la fuerza y el tamaño de Eburovic. Poco después de aquello, media manada de caballos salió coceando y pateando entre las olas. Breaca oyó que Bán gritaba igual que se grita al principio de una cacería, y luego de nuevo, brevemente, lleno de alegría y maravilla. Esta vez no le hizo caso. El fuego que estaba alimentando iba ganando calor. Bajo sus dedos, la piel gris era menos gris cada vez. La boca cerrada bajo la suya se movía convulsivamente, y el joven muerto parecía morderse la lengua. Sus ojos se abrieron de pronto. A la brillante luz del fuego, mostraron un delgado borde de un gris plateado en torno a un punto central, tan redondo y enorme como la luna. Breaca se miró en ellos y vio solo un vacío sin límites.

—Esto no va bien. Nos ha dejado —se balanceó sobre sus talones. Macha abandonó sus plegarias y se sentó junto a sus pies.

—No lo creo —dijo—. Airmid, hazle la pregunta.

Airmid se levantó y cogió una de las muñecas del chico, frías como el mar. Moviendo la cabeza de modo que él pudiera mirarse en sus ojos, dijo:

—Bienvenido, marinero. ¿Quieres quedarte aquí en tierra, con los vivos, o te devolvemos al mar?

No era una pregunta trivial. Nadie, adulto o niño, que hubiese virado hacia los dioses, debía ser obligado a vivir contra su voluntad. No todos, si se les permitía elegir, decidían volver a la vida que habían abandonado. El joven, al parecer, sí que lo deseaba. Breaca le oyó removerse bajo su contacto, como si luchase por respirar como respuesta. Las palabras vibraron en su garganta y se perdieron entre un paroxismo de toses. Con la ayuda de Airmid, le dieron la vuelta echándole de cara, y luego le ayudaron a ponerse de rodillas y esperaron, mientras él vomitaba, a que se liberase de la otra vida del agua.

Ya no estaban solos. Las sombras se iban reuniendo, encorvadas para protegerse del aguanieve, y en el extremo más alejado del cabo, hombres recién salidos del mar juntaban más leña para alimentar el fuego. Más atrás, en el límite de su visión, los caballos se apelotonaban en un corral rodeado por un seto bajo de aliagas cortadas, sacudiéndose el agua de las crines y familiarizándose los unos con los otros y con la tierra sólida que notaban bajo los cascos. *Granizo* recorría el perímetro del anillo de aliaga, dándoles una buena razón para permanecer allí, a salvo de sus fauces. En el extremo más cercano del cabo, Eburovic se acercaba ahora a Breaca, acompañando a un forastero alto y de rostro enjuto con el cabello oscuro y largo, aquel a quien Tago había ayudado a salir del mar.

Ambos se detuvieron justo detrás de ella, y una voz resonante y cauta, solo ligeramente áspera por el largo recorrido a nado, dijo:

—Estamos todos vivos, hasta los caballos. La *Greylag* está embarrancada en una barra de arena, y Segovento será muy afortunado si queda lo bastante de ella para construirse un bote de remos, pero si venís con nosotros y pensáis quedaros, podemos decir que el mar no ha reclamado ninguna vida esta noche.

Al oír su voz, Macha miró hacia arriba, como un perro al oír la nota adecuada de

un silbato. Lentamente, se puso de pie.

—Luain —dijo, suavemente—. Luain MacCalma. Bienvenido.

Era la voz que usaba Macha cuando estaba con Eburovic, y solo cuando creía que ambos estaban solos. Breaca la vio rodear al desconocido con un abrazo tan apretado como cualquiera de los que había otorgado a Eburovic. Mientras su padre permanecía allí de pie, sonriendo tranquilamente, el hombre alto enterró la cara en el cuello de Macha. Las manos del hombre se abrieron y se cerraron en el hueco situado entre los omoplatos de Macha, como si pudieran expresar cosas que la voz era incapaz de expresan El cabello del hombre se mezcló con el de la mujer, negro con negro, ambos empapados en medio de la noche, y durante un momento fue imposible decir qué guedejas pertenecían a cada cual.

Al final, se soltaron el uno al otro y se apartaron un poco con los dedos entrelazados como hacen los amantes al percibir por vez primera su deseo. El hombre levantó la mano de Macha, besó sus dedos y luego la dejó caer.

—¿Cómo se os ha ocurrido encender el fuego? —preguntó.

—Breaca ha tenido un sueño.

—¿Ahí, sí? —se volvió a mirarla, apreciativo.

Tenía el aspecto de un bardo y los ojos de un soñador, y sabía más de Breaca de lo que ella sabía de él. Ella aguantó su mirada, viendo que la comparaba con los que estaban a su alrededor. Breaca ya medía lo mismo que Macha, y se le parecía bastante. Pero era el cabello lo que la diferenciaba de los demás; ni siquiera una noche como aquélla podía empapar del todo su color rojo; desde la disputa con Airmid, había abandonado toda esperanza de ganarse la correa de los soñadores y se lo había empezado a trenzar a los lados, de modo que quedaba marcada, más allá de toda duda posible, como guerrera, y no como soñadora; recibía los sueños, pero no podía convocarlos. Los ojos del hombre la perforaron y levantó las cejas, pero no preguntó por qué los dioses habían decidido otorgarle a ella su sueño, cuando había otros que podían haberlo comprendido antes y mejor, de modo que no habrían tenido que arriesgar sus caballos galopando duramente toda la noche para encender luego un fuego con leña húmeda en las garras de una tempestad. Por el contrario, se limitó a asentir, tal como había hecho Macha cuando supo por primera vez lo que ocurría, y dijo, simplemente:

—Gracias. Te debemos la vida —que no era lo que ella esperaba, en absoluto.

El joven volvía a toser. Breaca se inclinó para ayudarle y lo hizo justo en el momento en que él volvía plenamente a la vida. El chico le sonrió, un relámpago que vino y se fue como un pez que da un salto, y les hizo cómplices unidos contra la oscuridad, y luego la mirada de él se deslizó hacia Luain MacCalma, el mercader que era mucho más que un mercader, y de repente ya no era un joven medio ahogado en un cabo rocoso, sino un guerrero, y quizás un enemigo. Él no se molestó en esconder lo que sentía, y ella sabía interpretar esas miradas. En los ojos preocupados y furiosos, Breaca leyó el reconocimiento y el recuerdo de la traición, y una decisión súbita, de

modo que cuando él se hizo un ovillo apretado y giró sobre sí mismo y se dispuso a coger la espada que tenía a la espalda, ella ya estaba de pie, y había retrocedido fuera de su alcance.

—Vamos —la sangre de ella bullía como no lo había hecho desde que los trinovantes galoparon junto a la casa redonda—. ¿Es ésta tu forma de dar las gracias a los que te han salvado?

El chico movió negativamente la cabeza, sin atreverse a hablar. Los otros formaron un círculo en torno a él, pero muy abierto, quizá sin proponérselo. Él se puso de pie, de cuclillas, con la túnica y el cabello chorreando agua, y temblando como un niño bajo el azote de la lluvia; y sin embargo, sin duda alguna, era un guerrero de un calibre que podía compararse a Eburovic, que era el mejor guerrero que Breaca había conocido jamás; el orgullo familiar no permitía que pudiera ser mejor. Cada uno sopesó el espacio que había entre ellos, y las oportunidades de éxito, y ninguno se decidía a probar al otro. Los ojos del joven esbozaron una media disculpa y se apartaron a un lado, escrutando a Luain MacCalma.

—Tú has cantado la canción de la partida de las almas —dijo—. No eres un mercader.

—Y tú te has unido a mí —asintió MacCalma, cauteloso—. O sea que ninguno de los dos somos exactamente lo que parecemos… Math de los ordovicos —habló en un tono diferente, sopesando el nombre con el énfasis de un bardo, y esto dio a Breaca la pista que le faltaba para completar el conjunto. Si ese hombre no era Math de los ordovicos, entonces ya sabía quién era, y con este conocimiento, otorgado por los dioses, llegó la certeza de lo que debía hacer.

Sacando la espada que llevaba a la espalda, la colocó cruzada entre sus manos en un gesto que se reconocía desde una costa a otra como el juramento de honor entre guerreros. Recordando las enseñanzas de la anciana abuela sobre la forma en que un miembro de un linaje real debía dirigirse a otro, dijo:

—Caradoc, hijo de Ellin de la estirpe real de los ordovicos, hijo de Cunobelin, Perro del Sol de los trinovantes, portador de lanzas de tres tribus, sé bienvenido a las tierras de los icenos.

Ella había esperado un gesto, una sonrisa de reconocimiento por parte del guerrero de su honor como guerrera, y en todo ello se equivocaba. Ella le había ofrecido su espada como regalo, pero lo mismo podía habérsela hundido hasta la empuñadura en el pecho. Caradoc se puso blanco. Al mercader que, a fin de cuentas, debía de ser un bardo, le dijo:

—Se lo has dicho.

Luain sonrió tibiamente.

—No lo he hecho. No ha habido tiempo.

—Pero lo sabías.

—Claro.

—¿Entonces?

—Hace mucho tiempo —el bardo sonrió, con una sonrisa torcida—, estuve presente en tu nacimiento.

—De modo que Cunobelin te ha enviado a buscarme —el odio les acaloraba a todos—. Niñera y espía en uno solo.

La sonrisa del bardo seguía impertérrita.

—Difícilmente. Tu padre y yo sentimos un gran respeto el uno por el otro, pero no tanta confianza como para avenirnos a algo como eso. Por lo que yo sé, Cunobelin todavía cree que estás en occidente, con la familia de tu madre. Si sabe que no es así, no será por mí.

—¿Por mi madre, entonces? —era menos ácido, había más sorpresa teñida con un dolor involuntario—. ¿Y cómo lo ha sabido ella. Carr me juró que no le diría nada.

—Conn no ha dicho nada.

El alivio inundó la cara pálida y furiosa del joven. Fuera quien fuese ese Conn, su traición le habría dolido mucho.

—¿Entonces, Maroc? El soñador que también es bardo. Por supuesto. Tenía que haberlo imaginado cuando te oí cantar la canción de la despedida de las almas en el barco —sonrió ceñudo, riéndose de sí mismo—. Lo has ocultado muy bien durante los meses pasados.

—Solo ante aquellos que prefieren no ver lo que tienen delante de ellos —MacCalma empezó a retorcerse la túnica para expulsar el agua de mar. La lana estaba empapada y deformada por el agua. No se podía hacer nada para recuperarla—. Segovento sabe quién soy —dijo—. Y también Brenno, el primer oficial.

—¿Ah, sí, lo saben? —Caradoc se mostraba mordaz—. Qué bien. ¿Con todos los galos bajo la férula de un emperador que ha proscrito a todos los «adivinos, videntes y bardos bárbaros» y con todos los puertos llenos de hombres desesperados por probar su ardor patriótico? ¿O quizá no has visto antes a un hombre crucificado, y crees que no existe riesgo alguno?

Estaba mostrándose deliberadamente desagradable, más allá de las fronteras de la conducta aceptable. Tres soñadores galos habían sido crucificados a instancias de Roma, el año anterior. Los tres habían recibido su educación en Mona, y, dada su edad, era probable que Luain les hubiese conocido. Y aunque no fuera así, la sombra de su muerte todavía se cernía sobre la tierra. Era un sacrilegio que resultaba imposible explicar, pero además, confirmaba la asombrosa brutalidad del enemigo.

Luain MacCalma dejó su túnica y miró hacia afuera, al mar.

—Sí, lo he visto —dijo—. No es algo que me guste recordar innecesariamente. En esto, no creo que estuviese corriendo más riesgos de los necesarios, siendo sensato. A algunos hombres les confiaría mi vida. Segovento es uno de ellos —miró hacia arriba—. Había pensado que quizá tú fueras otro.

Caradoc de los ordovicos, famoso guerrero de tres tribus, inclinó la cabeza, como si sopesara la verdad. Estaba más tranquilo, lo suficiente para sonreír con ironía cuando dijo:

—Eso presupone que he de saber quién eres.

No era la forma adecuada de pedir que se presentase, pero tampoco era abiertamente hostil. El bardo miró a Macha, que asintió; un hombre no debe realizar su propia presentación en presencia de otros que pueden hacerla por él. Ella también podía adoptar la cadencia de los bardos, cuando lo decidía así.

—Caradoc de las Tres Tribus, guerreros y soñadores de los icenos, dejad que os presente a Luain MacCalma, de Hibernia, ahora mercader, cantor, curandero y soñador del antiguo consejo de Mona.

Así que compartían ambos lugares, Mona e Hibernia, las dos islas benditas por los dioses. Se podía oír en sus voces una mezcla de cadencia y entonación, como si hubiesen aprendido en las mismas rodillas… o a lo largo de muchos años compartiendo el mismo lecho. No habría resultado sorprendente. El aprendizaje en Mona costaba doce años desde el principio al fin, y no había razón alguna para suponer que Macha los había pasado en completa castidad, ni tampoco nadie suponía que Airmid hiciera tal cosa. Durante todo el verano, Breaca había temido la llegada de un soñador de Mona, y la llamada que traería consigo. Ahora, con Luain MacCalma de pie allí en los guijarros, junto a Macha, Breaca miraba a su padre, no a Airmid. Él notó que le miraba y sonrió brevemente. Aquello la confortó, como siempre había ocurrido.

Caradoc la contemplaba. La furia había desaparecido de él, dejándolo pensativo. Ella se dio cuenta de que estaba sopesando lo que veía y comparándolo con las historias que había tenido que oír acerca de la niña-guerrera de los icenos. Él precisamente debía conocer la diferencia entre la verdad y el mito que se va forjando en torno a un solo acto. Ella todavía tenía la espada apoyada en las palmas de sus manos, un voto ofrecido y no recogido. Las leyes del juramento de los guerreros eran bien claras. Si aceptaba, les ligaría a ambos a una protección mutua en el campo de batalla y fuera de éste, que solo se podía romper en caso de muerte, deshonor o deuda de sangre. No era algo que se ofreciese ni se tomase a la ligera. Caradoc se adelantó y colocó su mano derecha en el pomo. Sin formalidad alguna, dijo:

—Gracias. Acepto el juramento.

Una sonrisa brilló leve entre ambos, íntima.



La noche estaba acabando ya. En el horizonte lejano, la aurora se deslizaba como un cuchillo plateado entre la tormenta y el mar, y las texturas de la luz empezaron a cambiar. Las cosas que la noche había ocultado aparecieron de repente ante los ojos de todos: las quemaduras de los cabos, los moretones del naufragio y la cicatriz blanca de una antigua quemadura en el antebrazo de Luain MacCalma. Tierra adentro, la

fogata se había hecho mayor y la madera de la deriva, entre chasquidos, provocaba chispas y humo. Los hombres de la *Greylag* habían dejado de trabajar en la nave y estaban sentados en círculo, procurando secar sus ropas y su cabello, y dejando bien claro que no tenían interés alguno en el pequeño grupo reunido junto a la costa.

Eburovic dijo:

—Debemos unirnos a tus camaradas de a bordo junto al fuego, antes de que esos idiotas dejen morir la llama con maderas húmedas y nos encontremos sentados el resto de la noche junto a un montón de frías…

—No. Espera —Breaca se quedó muy quieta, para que sus ojos no perdieran lo que acababan de encontrar—. Hay otro barco, uno más grande —la luz cambió, volviendo más sólida la forma. Los ojos de la muchacha se abrieron de par en par y señaló afuera, hacia el mar—. Uno mucho más grande.

Todos se congregaron en torno a ella, siguiendo la línea de su vista hasta el lugar donde, allá lejos, en el horizonte, la silueta fantasmal de un buque lo bastante grande como para contener diez manadas de caballos flotaba lentamente entre las olas. Luain MacCalma fue el primero en verlo.

—Parece que nos vemos honrados con más compañía —su voz no tenía esta vez el tono de los cantores. Se volvió al padre de la joven—. ¿Me equivoco si digo que tú no comercias directamente con Roma?

Hubo un momentáneo silencio. Eburovic no apartó su mirada del buque.

—Somos icenos —dijo, brevemente—. No comerciamos con Roma.

—Claro que no. Te pido disculpas. En cualquier caso, no es un buque mercante. Es un barco de tropas, legionarios, y la última vez que uno de esos llegó a nuestras costas, fue un accidente… uno de los buques de Germánico que se vio desviado de su rumbo y fondeó aquí. El padre de Caradoc rescató a los supervivientes y se los devolvió a los agradecidos brazos de su emperador.

—¿Y la vez anterior a ésa? —preguntó Caradoc, suavemente. Estaba claro que conocía ya la respuesta.

MacCalma se volvió y escupió contra el viento.

—La vez anterior era César, y la primera oleada de la invasión romana. Recemos a todos los dioses para que no sea así de nuevo.



Si era una invasión, estaba destinada a un fracaso temprano. El barco que se bamboleaba en alta mar parecía superar en tres veces el tamaño de la *Greylag*, y su tripulación probablemente sería cinco veces más numerosa. En aguas familiares y con un viento favorable, era uno de los buques más rápidos del mundo conocido. En aguas extrañas, con un tiempo catastrófico y con un capitán que no conocía aquellas

costas, estaba condenado. Con la creciente luz del amanecer evidenciando plenamente el desastre, Breaca se unió a los otros junto al fuego y escuchó mientras un frenético y acongojado Segovento gritaba órdenes contra el viento a un hombre que no iba a oírlas, acerca de la barra de arena, la marea y la necesidad de gobernar la nave entre ambas para hacer encallar el navío junto a la tierra. El momento del impacto fue inevitable y terrible, y muchos de los que habían sobrevivido a alguno semejante se dieron la vuelta para no ver lo inevitable. El barco zozobró mucho más lejos que la *Greylag*, y aquellos hombres sabían que la distancia a la costa era excesiva para que sobreviviera nadie. De común acuerdo, calladamente, todos esperaron para ver lo que se podía hacer por los muertos.

Los primeros llegaron al cambiar la marea. No había demasiados. El océano, habiendo perdido ya una cosecha, no estaba dispuesto a dejar escapar otra más reciente. Una mujer y un niño llegaron juntos, vestidos solo con ropa interior, como si se hubieran despertado precipitadamente. Macha fue la primera en llegar junto a ellos. Cogió al niño como habría hecho con un recién nacido, colocándolo en un lugar seguro, por encima de la marea. Breaca y Airmid, juntas, llevaron a la madre. Luain y Eburovic formaron unas parihuelas con dos maderas largas y otras más cortas cruzadas encima, y esperaron abajo, en la playa, la llegada del resto. Finalmente llegó un náufrago más, unido por una sola vuelta de cuerda a un madero roto. Aquel madero, u otro semejante, le había aplastado el cráneo antes de arrojarlo a la costa. Después llegaron otros: un puñado de legionarios romanos que, cosa extraordinaria, habían conseguido conservar las armas mientras nadaban, y, cosa más extraordinaria aún, no se habían hundido de inmediato, sino que habían conseguido escapar del barco y mantenerse a flote el tiempo suficiente para ser capturados y arrastrados por la marea. Las espadas habían resbalado de sus vainas y habían acabado en el fondo del océano, pero el resto de su armamento seguía con ellos. Breaca, Tago y Caradoc los desnudaron en silencio, usando los cuchillos en las hebillas y nudos hinchados por el agua y liberándolos lentamente, para no tener que cortar nada. Cuatro jubones de escamas metálicas y piel, y el mismo número de buenos cinturones de cuero fueron recogidos enteros y puestos a secar junto al fuego, mientras *Granizo* los vigilaba y los cuerpos eran liberados de algas y colocados con el resto.

Largo tiempo después llegaron dos muchachos de una edad no superior a la de Bán. Ambos iban desnudos y ostentaban en los hombros y la espalda las cicatrices de los esclavos. Los hombres de la *Greylag* los colocaron junto a los demás; a todos se les prodigó el mismo respeto, sin tener en cuenta los rangos, como desconocidos que no habían sido enemigos en batalla.

Breaca estaba junto al fuego dando la vuelta a una de las armaduras rescatada cuando Curaunio, el segundo oficial, llamó desde la orilla.

—¡Aquí! Ayudadme. Hay uno que está vivo. ¿Dónde está la curandera?

El uso de aquel término era bien extraño, pero después supo que Curaunio procedía de la Galia, de aquellas familias entre los eduos de los cuales Roma no

siempre era enemiga. Breaca corrió con Macha y encontró a los dos hombres arrodillados en la arena, uno escupiendo agua como había hecho Caradoc, y el otro sujetándole con amabilidad. Era la primera vez que veía a un romano vivo, o a uno de los guerreros del sur de la Galia. El galo era corpulento, un hombre rubio y grandote como un oso, con una piel que había enrojecido bajo los azotes del mar, y un cabello ya veteado de hebras grises.

El romano era más joven, no mucho mayor que Caradoc, estaba desnudo y su piel morena por el verano hacía juego con el color de roble oscuro de su cabello. Aun desde la distancia, Breaca veía las marcas de quemaduras de cuerdas en sus palmas y las tiras de piel empapadas que colgaban de sus hombros. Y más espectacular aún: una red de cicatrices de batalla se entrelazaba en toda la extensión de su torso. A diferencia de los esclavos, y más bien como los legionarios, la mayor parte de las cicatrices no las tenía en la espalda, sino en el pecho y en el antebrazo derecho, donde las hojas enemigas habían burlado su guardia, y todas eran antiguas. En su costado izquierdo, por encima de las costillas, una cavidad arrugada, lo suficientemente grande como para contener un puño cerrado, mostraba unas feroces líneas púrpura en los bordes. Mejor que las palabras, todo aquello indicaba que había pasado todo el verano luchando, y que quizás había aprendido cómo parar las estocadas dirigidas a su garganta, pero no había sido tan listo evitando los venablos dirigidos a su corazón, a través de las costillas.

Caradoc, que tenía experiencia directa en Roma, dijo: «ecuestre», como si eso lo explicase todo, y escupió. Los otros se reunieron con él, contemplándole con curiosidad, sin saber muy bien qué hacer. Segovento se abrió paso entre ellos y se colocó delante del hombre, explicándole con desgarrador detalle todas las formas en que el barco podía haber sido conducido hasta la seguridad. Más que ninguno de los demás, cargaba con la culpabilidad de contemplar cómo se hundía un barco y no haber muerto él mismo para salvarlo. Habló ante aquel romano como una forma de limpiar su alma, no porque creyese que él iba a escucharle.

El romano no era el capitán del barco, y no tenía amor alguno por el mar. Solo sabía que estaba solo y rodeado de extraños en una tierra que nunca se había propuesto visitar. Cuando pudo respirar a pleno pulmón sin ahogarse, apartó las manos que se tendían para ayudarle, apoyó los puños en los guijarros y se levantó por sí mismo.

Y entonces se detuvo. La punta de la espada de Breaca hizo brotar la sangre de la piel reblandecida por el agua, debajo de su barbilla. Caradoc, guerrero de tres tribus, que había matado al menos una vez en batalla, sujetaba la empuñadura y mantenía la hoja bien recta. Breaca estaba a diez pasos de distancia, con la vaina vacía de la espada atada a su espalda, y las manos caídas. Le había entregado en juramento la espada, y no le impediría cogerla a menos que su enemigo fuera de los icenos. La mano de la cicatriz le latía con fuerza.

—¿Eres romano?

Caradoc hablaba en latín, de forma desapasionada y sin emoción alguna. Aun para Breaca, que no conocía la lengua, el sentido de la frase era evidente.

El extraño le miró y no dijo nada. Caradoc asintió. El letargo del mar había desaparecido por completo, reemplazado por una agudeza equilibrada. Su mirada flotaba por el grupo allí reunido. Sus ojos, bajo aquella extraña luz, densa cómo la nieve, tenían el mismo gris metálico que la hoja de hierro que se alzaba bajo ellos. Tenía el cabello más seco que antes, y más pálido.

—Este hombre es enemigo de nuestro pueblo —dijo—. ¿Alguien me lo va a discutir?

Nadie lo hizo. Marineros e icenos sacudieron la cabeza. Sin pensarlo, Breaca cogió el cuchillo que llevaba al cinto y lo sacó. Caradoc lo vio e hizo una señal de agradecimiento, con ligereza, hacia ella y hacia el grupo.

—En ese caso, reclamo el derecho de sangre; por la muerte del abuelo de mi madre, por los hombres que lucharon junto a él contra César, por los soñadores de Mona que murieron el año pasado en Lugdunum, capital de las tres Galias, por todos aquellos miembros sin nombre de nuestro pueblo que murieron en la esclavitud bajo el yugo de Roma, desde que ellos por primera vez trajeron sus buques de guerra a estas tierras; por todos ellos y por muchos más, su vida es mía.

Levantó la espada con ambas manos. El hombre que estaba de rodillas ante él, que era tanto romano como soldado, y que había sobrevivido a una muerte cierta en el mar, se arrojó a sus pies antes de recibir el golpe de muerte y fue a coger la empuñadura de la espada.

Caradoc sonrió y dio un amplio paso, cambiando la mano de la espada, sujetándola no ya como un verdugo, sino como un hombre que entra en combate. Hizo un gesto, con respeto distante.

—Bien. Gracias. No me habría gustado de otro modo.

La espada silbó formando un amplio arco con el cuello del hombre en el vértice… y pasó por él sin provocar la sangre. El romano yacía en la costa, escupiendo arena entre los dientes ensangrentados. Una marca roja en su hombro mostraba dónde había recibido el golpe que le había arrojado al suelo. Caradoc frunció el ceño y cambió la forma de coger la espada para dar un revés. Segovento, el capitán del barco, que era más corpulento que los dos luchadores juntos, levantó una mano y sujetó el brazo del hombre más joven, de modo que la espada se detuvo en el aire como si estuviera hundida en roble.

—No —dijo—. No es tuyo. No tienes derecho.

Caradoc soltó la mano. Dio un paso atrás y mantuvo la espada levantada, pero la punta estaba más baja que la empuñadura, y su víctima no se encontraba a su alcance. Meneó la cabeza, como un perro que acaba de salir del agua, boquiabierto.

—¡Segovento! ¡Es un romano! Tiene que morir.

—Es un hombre que ha naufragado, igual que tú. Si los dioses hubiesen querido que muriera, se lo habrían llevado. Tú no tienes derecho a llevarles la contraria.

—Tengo más derecho que tú. Ésta no es tu tierra, galo.

—Ni la tuya… hijo del Perro del Sol —lo dijo en voz baja.

Segovento solo gritaba para cosas importantes, como la vida de un barco. El resto del tiempo, su tamaño hablaba por él.

Caradoc dejó escapar el aliento en un bufido. Se volvió para enfrentarse a los demás. Los hombres de la *Greylag*, que llevaban seis meses conociéndole como Math, muchacho de los ordovicos, le observaban ahora con indisimulada curiosidad, esperando que negase el parentesco que se le acababa de atribuir y luego, al no hacerlo, asumiendo todo lo que aquello conllevaba. Caradoc miró más lejos, hacia Eburovic y Luain MacCalma. Tenía las aletas de la nariz dilatadas.

—Ésta es tu tierra. ¿Harás como hizo mi padre, y le dejarás partir con regalos de huésped y la promesa de comerciar?

—No —Macha se adelantó y se colocó frente al romano. No le señaló ni hizo gesto alguno ni levantó la voz, pero Breaca nunca había notado con tanta claridad la autoridad que la soñadora usaba a voluntad—. Sabes que no es esa la forma de actuar de los dioses. Tu padre actuó contra la voluntad de los ancianos en lo que hizo, y no tengo duda alguna de que deberá responder por ello, en este mundo o en el otro. Pero lo que tú intentas hacer ahora no es mejor. No te enfrentas a este hombre en combate justo. Ni siquiera va armado. Él no es responsable de los actos de sus padres, igual que tú tampoco lo eres de la conducta del tuyo, y mucho menos de hombres cuya sangre a lo mejor él no comparte en absoluto. Si él es un enemigo, lo será por derecho propio, y no somos nosotros quienes debemos decidirlo aquí. No insistiremos en el error de tu padre. En lugar de ello, lo que haremos es llevarnos a este hombre y convocar una reunión del Consejo de los ancianos, y dejar que los dioses y las ancianas abuelas sean quienes decidan su destino.

—¿Convocaréis un Consejo con este tiempo? —Caradoc extendió los brazos de par en par, abarcando la nieve y el hielo y lo que quedaba de la tormenta—. ¿Podrán volar vuestros soñadores por el aire como los ciervos de las tierras del norte y unirse a sus consejos entre la tempestad de nieve?

—Difícilmente —Macha sonrió apenas, recordándole de nuevo que se encontraba frente a una soñadora. Los ojos de él bajaron antes que los de ella—. No podemos hacer nada mientras la nieve nos mantiene aislados. Ya ha bastado con venir aquí, y todavía no hemos vuelto sanos y salvos. Si volvemos sin pérdida alguna, habrá dieciocho nuevas bocas que alimentar, y deberemos encontrarles lugares para dormir, y eso nos mantendrá ocupados hasta que se funda la nieve. Cuando esto ocurra, se reunirá el Consejo. Mientras tanto, este hombre es un huésped, igual que tú. No nos dejará. Es un hombre solo en un país extraño, y si nosotros apenas somos capaces de encontrar comida, él todavía lo será menos.

—¿Eso crees? —Caradoc se mordió la mejilla por dentro. Lentamente, dio la vuelta a la espada y se la devolvió a Breaca—. ¿Y si no comprende esto y trata de huir? —preguntó, bajito—. Los romanos creen que son los amos de todo. ¿Le dejarás vagar

libremente por las tierras de los icenos?

—No.

Macha hizo una pausa y se volvió en redondo. Luain MacCalma había bajado a la orilla para colocarse junto al romano, y estaba traduciendo sus palabras al latín, a medida que ambos hablaban. Ella habló lentamente, de modo que el sentido de lo que dijo quedó bien claro.

—Creo que este hombre es inteligente. Sobre esta base, se le permitirá vivir. Si es estúpido y trata de huir, entonces podrás cazarlo como cazarías a un lobo que ha irrumpido en el redil de los potrillos. Los ancianos no te lo impedirán.

El romano se irguió sobre los guijarros, ignorando el frío. Era una cabeza más bajo que Luain MacCalma, y el contraste le hacía parecer aún más bajo, pero su postura era la de un guerrero, y no mostraba la furia que Breaca había esperado. Cuando Macha acabó de hablar, les miró a todos y luego respondió brevemente en latín.

Inesperadamente, MacCalma sonrió. Inclinando la cabeza con rebuscada cortesía, dijo:

—Nuestro nuevo huésped os da las gracias por vuestra oferta de hospitalidad, y se siente muy honrado de aceptar. Os asegura que no irrumpirá en el redil de los potrillos.

—Bien.

Macha se apartó entonces del mar. Aquellos que habían estado mirando se volvieron también con ella, y empezaron el largo camino de vuelta desde la costa hacia los caballos. Bán y *Granizo* iban en cabeza, dirigiendo a los nuevos animales, manteniéndolos bien apartados de la manada de casa, por si se peleaban o les contagiaban enfermedades. Eburovic trajo el caballo de monta que sobraba y se lo ofreció a Segovento, el capitán, que lo aceptó. Otros fueron montando, a veces dos en un solo caballo, hasta que no quedó nadie a pie. El desconocido montó con Luain MacCalma, y Tago se mantuvo a su lado.

Macha aminoró la marcha hasta que Caradoc y Breaca, que venían los últimos, llegaron hasta ella. El guerrero cabalgaba como si hubiese nacido a lomos de un caballo, guiando a la bestia con las manos a lo largo de un sendero que apenas se veía en el día naciente, con la mente ya bien clara. Hizo espacio para Macha, otorgándole la deferencia debida a una soñadora. Cuando no quedó nadie más que Breaca que pudiera oírles, ella dijo:

—Tú no lucharás contra el romano, yo no lo permitiré. Pero tendrás que pensar, antes de que volvamos a la casa redonda, cómo responder cuando nuestros jovenzuelos crean necesario desafiarte.

—¿Crees que lo harán?

—¿Cómo no iban a hacerlo? Es invierno, y las noches son largas. Si se aburrían antes, ese estado no mejorará nada cuando sumemos a nuestro grupo a dieciocho hombres más, uno de ellos un guerrero cuyas hazañas se han cantado en la casa

redonda desde que eran niños —Macha no estaba furiosa. En realidad parecía vagamente divertida—. ¿Qué hacen los ordovicos cuando el tedio del invierno se hace insoportable, y alguno arroja un revolucionario al fuego?

Caradoc se lo tomó con buen humor.

—Tiramos venablos a una marca —dijo—. Y si eso no basta, hacemos carreras, e intentamos no matar a nadie —se volvió a Breaca, que cabalgaba al otro lado—. Entre la gente de mi madre, cuando un guerrero hace un juramento sobre una espada como el que hemos hecho nosotros, aquellos que lo comparten no pueden luchar entre ellos, ni siquiera jugando; están ligados como hermano y hermana a defenderse y protegerse, a menos que uno de ellos actúe de tal forma que el otro se vea obligado a romper el juramento.

Breaca dijo:

—Lo mismo ocurre entre los icenos. No podemos luchar entre nosotros, ni hacer carreras, a menos que uno deshonre la vida o la familia del otro —ella ya lo sabía cuándo le ofreció la hoja, y había comprendido antes que Macha por qué aquello era necesario. Por primera vez en su vida, había conocido a alguien con quien se podía comparar de igual a igual; ambos podían pasar toda la vida disputando sin fin acerca de los resultados de todas las carreras o arriesgando su vida en interminables desafíos invernales… o podían evitar las carreras y los desafíos desde el principio.

Caradoc asintió, pensativo.

—Pero sí podemos hacer carreras a caballo —ofreció—. Eso no ofendería a los dioses —su mirada llevaba algo de risa oculta, y la certeza de que ella perdería, cosa totalmente ridícula.

—No podemos hacer carreras a caballo en invierno —dijo Breaca—. El suelo está demasiado duro. Y… —pasó una mano por el cuello de la yegua gris. En tres años, el animal había crecido y había desarrollado todas sus promesas ocultes. Aun con el espeso pelaje del invierno, su buena raza se reflejaba claramente en las líneas de su cuerpo y en su paso—. No tendría sentido hasta que tú tengas tus propios caballos. No hay otros entre los icenos que puedan competir con los míos.

Caradoc le devolvió la sonrisa, poniendo al trote el caballo que le habían prestado.

—Es posible que no. En ese caso, quizá deberíamos rogar a los dioses que el invierno acabe rápidamente y que la primavera empiece de forma pacífica.

# X

El fin del invierno aquel año no fue ni rápido ni fácil. Demasiados cuerpos durmiendo en un espacio demasiado pequeño hacían los días largos y las noches incómodas. Tal como había previsto Macha, la llegada del romano causó menos revuelo que la del hijo revolucionario del Perro del Sol. El extranjero podía ser un guerrero y un enemigo, pero su linaje era desconocido, y su nombre no había sido durante tres años ejemplo de destreza y habilidad para la lucha, como el de Caradoc. El joven guerrero fue desafiado pocos días después de su llegada, cuando todavía tenía el mar en su interior y la piel de los brazos aún se le caía a tiras. Como era de esperar, fue Duborno quien le desafió, y como era de esperar también, perdió. Tago fue el siguiente, porque tenía que ser así, y también perdió, aunque no de forma tan estrepitosa. Los marineros empezaron a formar bandos, aumentando mucho las facciones que se formaban al final de cada invierno a medida que los nuevos guerreros buscaban probarse contra sus iguales. Las luchas se produjeron mucho más a menudo de lo que resultaba aceptable, y se llamó a los soñadores más de una vez para que las concluyeran y curasen a los heridos.

Caradoc, cosa que le honraba, no adoptó partido alguno. En lugar de ello reunía a los cabecillas y les persuadía para que realizasen una serie de competiciones locas e imposibles, diciéndoles que así era como la gente de su madre, los ordovicos, pasaban los meses transcurridos entre el solsticio y la primavera. Estaba claro que exageraba un poco los hechos. Si los guerreros del mazo competían así a lo largo de los helados inviernos del oeste, no habrían quedado los suficientes vivos y enteros al verano siguiente para hacer la guerra de la forma que establecía la leyenda. Pero aquellas medias verdades eran convenientes. En una helada tarde de sol brillante y nieve endurecida hasta formar hielo, les ensenó cómo construir trineos y les hizo competir en una carrera, seis cada vez, a lo largo del sendero curvado que corría entre los prados, arrojando lanzas a unos blancos de paja mientras corrían.

Él ganó, pero claro, él había corrido antes en trineo, en montañas mucho más empinadas y difíciles que aquella ladera. La moral subió muchísimo, y Tago, que se había acercado mucho a él, ganó prestigio. Cuando se desvaneció la emoción, aquellos que habían perdido la carrera por la nieve, con desaliento, cogieron unas hachas y cortaron un par de pinos, y quitaron las ramas laterales para formar unos postes con sus troncos que permitieran atravesar el río para hacer carreras eliminatorias. Ya había menos nieve, el viento había virado al sur, calentando mucho el aire. En algunos lugares, el hielo del río era fino como una hoja de árbol, de modo que se podía ver a su través y contemplar las rápidas aguas que corrían debajo. Para

las carreras finales, los postes fueron engrasados con sebo, para que fuese más difícil todavía. Dos de los marineros cayeron. Uno de ellos se dio con una piedra al aterrizar y se rompió el hombro. El resultado fue un empate. Tago igualó el paso con Caradoc. Duborno llegó después, muy pegado a ellos. Nadie más se atrevió a terminar.

La primavera llegó rápidamente después de aquello, y de pronto estuvieron demasiado ocupados para hacer carreras. El viento cálido continuaba soplando, convirtiendo los restos de nieve y de hielo que quedaban en agua. El río corría en avalanchas, inundando los terrenos bajos a cada lado, llevándose los restos del invierno y dejando barro removido en su camino. Más arriba, en el borde meridional del bosque, el agua del deshielo lavó la tierra arenosa, arrastrando grandes vetas de arena hacia abajo, a los pastos, y hacia el recinto habitado, donde se abrió camino hasta las fogatas donde se cocinaba y los pellejos donde dormían, y aquello, todo el mundo estuvo de acuerdo, fue mucho peor que el barro.

Las rutas comerciales se abrieron en cuanto la nieve lo permitió. Se enviaron mensajeros para convocar el Consejo, y Eburovic enjaezó sus jacas y metió sus carretas en el fango para traer grano de aquellos que lo tenían de sobra, y cerveza, y también (¡qué alegría!) una vejiga de ciervo llena de sal. En los cercados que rodeaban el pueblo, la manada de casa pastaba los verdes brotes que habían aparecido en cuanto cedió la presión de la nieve. En la cima de la colina, separados por dos campos vacíos por si llevaban consigo enfermedades, los nuevos caballos se alimentaban con el último pienso del invierno para complementar la alimentación que les ofrecía la hierba raquítica. Bajo el cálido sol, iban perdiendo los huecos que tenían entre las costillas y por encima de los ojos, y empezaron a deshacerse de los ásperos abrigos que llevaban en la travesía del mar. Cada día, a medida que la luna iba creciendo, perdían más y más pelo, dejándolo a puñados al rascarse en los envejecidos espinos que rodeaban su cercado, revelando entre trozos apolillados el pelaje brillante y hermoso. Hasta que llegó el día en que había desaparecido ya todo rastro de pelo viejo, y los restos del invierno con él, de modo que el aire perdió aquel olor húmedo de juncos podridos y madera húmeda, y por fin se llenó con el empuje de las hojas nuevas y el sonido de las peleas de los petirrojos machos.

* * *

El Consejo se convocó para la luna llena. Cinco días antes, los ancianos, ancianas y soñadores empezaron a reunirse. En las tierras altas por encima de la granja, se limpió y despejó la casa grande. Quitaron los viejos juncos, llenos de excrementos de roedores y blancos de hongos, y los quemaron en fétidos montones en el extremo más alejado de los árboles. Los que crecían en el río todavía no eran suficientemente altos para reemplazarlos, pero las abuelas precavidas habían traído paja de cebada seca de

aquellas comunidades que podían permitírselo, y su olor llenó el espacio abovedado bajo el techo.

Efnís llegó el día antes del Consejo. El joven de las duras tierras del norte había crecido en tres años y se había convertido en el soñador más destacado de su pueblo. Bán se encontró con él por la noche, sentado en una piel de caballo en la casa grande, a solas, rodeado de antorchas a medió hacer. Se ofreció para ayudar y se sentaron juntos en la penumbra, compartiendo las noticias mientras trabajaban. Aunque en realidad fue Bán quien habló mientras Efnís escuchaba, porque todo lo que valía la pena oír había ocurrido al sur de las tierras que acababa de dejar.

Bán era el experto reconocido en todo lo que tenía que ver con el romano. Había ocurrido por accidente. El extranjero, eso estaba claro, sabía apreciar la naturaleza de la yegua tesalia, y Bán se había enamorado de ella desde el momento en que salió del mar, de modo que era natural que ambos empezasen a hablar, una vez que encontraron un lenguaje común. El hombre intentó aprender iceno, pero lo encontró muy difícil. Bán, por pura cortesía, intentó aprender latín, pero se le retorcía la lengua y le dolían los músculos de la mandíbula, y lo dejó en cuanto averiguó que ambos hablaban galo. Bán lo había aprendido de Gunovic, para poder negociar con los tratantes de caballos del lado más lejano del océano, y evitar que le engañasen, y el romano lo había aprendido porque su unidad había estado destinada allí. Ninguno de los dos tenía gran fluidez, pero con el tiempo y la ayuda de los marineros habían ido mejorando.

La otra especialidad de Bán era Caradoc, aunque por razones distintas. El chico había descubierto enseguida que no le gustaba el joven guerrero. El recuerdo de la visita de Amminio y la pérdida de la potranca parda se interponía entre ellos, de modo que sus ojos nunca se encontraban y las conversaciones entre ambos eran formales y vacías. Con el tiempo, dejaron de intentar hablar, y Bán se limitó a contemplar desde el exterior las facciones que se formaban y cambiaban en la superpoblada casa de los hombres. Al principio, sin saber nada del juramento de espada que se había llevado a cabo en la costa, había rogado a Breaca que desafiase al recién llegado y le cortase las alas. Más tarde se dio cuenta de que, aunque no existiera el juramento del guerrero, ambos habrían encontrado motivos para no probarse el uno al otro, pues ni Caradoc ni ella podían estar seguros de ganar, y el combate, si llegaba, solo se podía producir en privado, y no se trataría de ningún juego. Después de aquello se apartó de él, y cuando habló con Efnís insistió en quejarse de la reacción de Caradoc ante el romano.

—Caradoc le odia —Bán tomó una antorcha de la mano de Efnís y la mojó en la cuba de grasa de oso, retorciéndola para que la grasa se introdujese entre la paja. El olor a barro les envolvía a ambos, espeso—. Es a causa de su padre. El Perro del Sol favorece a Roma, y Caradoc odia a su padre, de modo que odia también a los romanos.

—Tiene buenos motivos. Si no fuera por la influencia de Roma, el Perro del Sol no

habría expulsado a los soñadores de sus tierras —por entonces, Efnís se sentía inclinado a verlo todo a través del filtro de los soñadores.

—Pero este hombre no tiene culpa alguna. Lo único que ha hecho ha sido naufragar y hacer carreras, y todo el mundo le odia por eso también, porque se queda atrás y deja ganar a Duborno y Tago, cuando les podría derrotar sin problemas. Duborno quiere destriparlo, y se sentiría feliz si pudiera hacerlo. Es la única cosa en la que él y Caradoc están de acuerdo.

—He oído decir que vuestros jóvenes odian a Caradoc tanto como él odia al romano.

—No todos. Solo aquellos que piensan que deberían ser capaces de derrotarle, como Duborno y su amigo. El resto le adora. Es asqueroso. Es como ver a una perra en celo caminar entre una manada de perros. Si él se metiera en el fuego o en el fondo el océano, le seguirían sin pensar, solo por su sonrisa.

Efnís sonrió.

—Los hombres son así. Ven algo bueno y, o bien quieren formar parte de ello, o ser mejores ellos mismos. A veces, la única forma de ser mejor es destruir lo bueno… —levantó la vista bruscamente—. ¿Quién anda ahí?

Era Breaca. Se quedó en la entrada, con el pelo suelto y despeinado, y jadeaba, como si hubiese corrido mucho, o cabalgado.

—¿Bán? ¿Has visto a Airmid? ¿O a Macha? No están en la casa redonda.

—No. Macha ha salido hace un rato. No he visto a Airmid desde esta mañana.

Airmid había tenido un mal sueño. Se notaba por la sonrisa que tenía, y por sus ojeras. Bán no le había preguntado de qué se trataba, ni tampoco le había dicho nada a Breaca. En aquellos días no se hablaban el uno al otro, excepto entonces, porque al parecer había pasado algo que cambiaba las cosas. Se puso de pie, olvidando las antorchas.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Están haciendo carreras de nuevo. Duborno y sus amigos lo han preparado. Esos idiotas han hecho una ruta a lo largo del río… subiendo por un lado, atravesando por un roble caído y luego bajando de nuevo, para cruzar los troncos engrasados al final.

Efnís dijo:

—Pero está ya oscureciendo. No pueden correr ahora.

Bán se encogió de hombros. Era una locura. Los troncos engrasados eran una pesadilla, y así se había demostrado. Nadie con la cabeza sobre los hombros decidiría caminar sobre ellos a plena luz del día, y mucho menos de noche. El río que fluía bajo ellos estaba de nuevo contenido entre las orillas, pero todavía corría muy blanco, salvaje y furioso; cualquiera que cayese en él podía considerarse afortunado si salía con vida.

—Pues que corran. Si se ahogan, le pediremos a Airmid que cante al agua después para ellos. Y si no lo hace, tampoco será una gran pérdida.

—No, no lo entiendes —raramente había visto a Breaca tan preocupada. Los dedos con los que se agarraba a la jamba de la puerta estaban blancos—. Van a cruzar por el tronco de roble, encima de la poza sagrada. Si uno de ellos cae o intenta nadar a través del río, la poza lo atraerá hacia abajo. Airmid lo ha soñado así. No debe ocurrir.

—¿Cómo?

La sangre desapareció de la cabeza de Bán, dejándolo mareado. Lo que decía ella era impensable. Todo el mundo sabía que la poza era de Nemain, que entrar en ella estaba absolutamente prohibido, que quien rompiese el tabú sería castigado con la pérdida de la vida y una muerte espantosa. Y peor aún sería la devastación que enviarían los dioses a su gente. La última vez que un hombre cayó allí, la abuela vivía aún, y la guerra con los coritanos empezó poco después. Incluso los galos, que vivían más al sur y no comprendían siquiera cómo funcionaban los vertederos y habían dejado pilas de excrementos humanos y el hedor de la orina masculina en torno a la casa redonda, sabían que no debían entrar en la poza.

—Pero Breaca, no irán al río. No se atreverán…

—Pero el romano sí. Le están obligando a correr. Duborno le ha puesto un cuchillo en la garganta, y le ha dicho que corra como es debido o que le sacará las tripas antes de que el consejo tenga oportunidad siquiera de votar sobre ello.

—Pero alguien tiene que haberle contado lo de la poza…

—¿Lo has hecho tú? Tú has hablado con él más que nadie.

No lo había hecho. La poza formaba parte de su vida, y ni siquiera se le había ocurrido que hubiese alguien que no supiera nada de ella. Y aunque hubiese pensado en ello, las pocas palabras de galo que sabía eran sobre comercio de caballos, no para explicar el complejo equilibrio de honor y obligación que mantenía la relación entre los dioses y su gente. Aterrado, dijo:

—Duborno está loco. Hace esto para matar al romano y espera que eso nos traiga una guerra, para así poder demostrar su valía como guerrero en batalla. Tenemos que detenerlo. ¿Dónde están los caballos?

—La gris está fuera —él la había oído llegar antes con un golpeteo de cascos y un frenazo súbito, pero no lo había tenido en cuenta—. El tuyo está en el cercado. Está demasiado lejos para ir a cogerlo. Puedes cabalgar conmigo.

Ya estaban corriendo. *Granizo* saltó delante de ellos en la puerta. Bán llamó por encima del hombro a Efnís y le dijo:

—Busca a Macha o a Airmid. Diles lo que está pasando. Que vayan a la poza.

—¿Y si no puedo encontrarlas?

—Entonces sopla el cuerno para llamar al Consejo. Eso hará que vengan.

—¡Es un sacrilegio!

—Solo si se hace sin una buena causa. Y ésta es la mejor de las causas. Hazlo.

La yegua dio la vuelta levantándose sobre los corvejones. Bán lanzó un silbido a *Granizo* y se alejaron.

* * *

La carrera había empezado ya. La ruta seguía un camino ascendente junto al río, luego giraba hacia el interior y se alejaba entre los bosques. Era una ruta difícil, pero posible. Hacerla a caballo era una locura, sencillamente. Bán mantenía la cabeza baja y con los brazos rodeaba la cintura de su hermana mientras Breaca azuzaba a la yegua gris de batalla hasta el límite. Las ramas les azotaban, hiriéndoles, y el camino se retorcía brutalmente, pero no cayeron.

El sendero se apartaba de los árboles junto al río. El olor a barro y a agua desbordada inundó los sentidos de Bán. El disco perfecto de la luna iluminó el agua, de modo que podía ver dos veces la forma de la liebre que vivía en su superficie, el animal de Nemain. Normalmente era señal de buena caza. Aquella noche parecía que la diosa estaba Conteniendo el aliento, esperando que alguien profanara su poza.

—¡Allí, en el cruce. Caradoc va delante!

El río corría furioso y blanco. Bán miró hacia arriba, donde el tronco de roble cruzaba el río. Las figuras de los hombres que corrían se veían diminutas en la distancia, y sus cuerpos se confundían con la tierra. Caradoc era el que más fácilmente se distinguía; aunque no hubiese ido al frente, su cabellera le hacía visible desde cualquier distancia. En la costa, empapado por el agua del mar, era del color de la paja antigua. Ahora, ya seco, cortado y peinado, captaba la luz de la luna y brillaba como el metal bruñido. Tago iba un paso detrás de él, y Duborno les seguía. El romano era más difícil de distinguir. Su pelo y su cuerpo eran tan oscuros que, si se hubiese quedado quieto, habría resultado completamente invisible. Cuando el grupo se dispersó, vieron que corría a la distancia de solo un brazo de los otros tres.

—El romano se sigue conteniendo —estaba claro por la forma en que corría. Bán lo dijo gritando, sin saber si Breaca le oía.

—Antes se contenía. Ahora ya no.

Tenía razón. El hombre se había tomado en serio la amenaza de Duborno, o quizá, con la muerte esperándole a menos de un día de distancia, había decidido demostrar quién era en realidad. En cualquier caso, después de subir por una orilla del río, aceleró con un ritmo perfecto y se lanzó a una velocidad sorprendente mientra. Caradoc disminuía el paso para encarar el tronco. El romano cogió por sorpresa a Tago, que no vio ni oyó la sombra que se aproximaba a él hasta que le adelantó. Duborno iba más cerca de él y quizás esperaba aquel movimiento. Aceleró el paso para acercarse al extranjero y pasó a Tago por el otro lado.

La culpa de lo que ocurrió a continuación la tuvo Duborno, todo el mundo estuvo de acuerdo en ello más tarde. Había caminado por el tronco de roble incontables veces durante el verano, desde que cayó el árbol, y sabía que estaba podrido y era inestable, y que no podía soportar el peso de más de un hombre a la vez. El romano no tenía por qué saber tal cosa, y por eso, cuando llegaron juntos al tronco, debió ser

Duborno quien se echase atrás.

Pero no lo hizo. Caradoc estaba a medio camino, atravesando el río, corriendo con gran limpieza y con una economía de esfuerzos que se podía apreciar desde la orilla del río. El tronco temblaba bajo su peso, pero no falló hasta que el romano y Duborno (en ese orden) saltaron a él, corriendo. Entonces se puso a rodar.

Ocho hombres, un chico y una mujer a lomos de caballo gritaron como advertencia. Pero ya era demasiado tarde. Caradoc se lanzó a la orilla opuesta. El romano cayó sobre una rodilla y se agarró a la madera podrida, clavando los dedos para sujetarse bien. Nadie vio claramente por qué caía Duborno. Algunos dijeron después que ya había perdido pie en la madera oscilante, otros que simplemente corrió hacia el romano y tropezó con él, como le habría pasado a cualquiera. Fuera cual fuese la verdad, hubo un momento de silencio mientras su cuerpo formaba un arco por encima del río, y luego se oyó un grito que acabó al golpear el agua. Su cabello rojo brilló un momento por encima de la superficie y luego desapareció.

La carrera se convirtió en un caos. Los hombres se arrojaban de cara en la orilla, buscando dentro del agua. Los amigos de Duborno gritaban su nombre inútilmente. En medio del revoltijo de cuerpos que se agitaban, Bán vio una cabeza dorada en la otra orilla alzarse y luego desaparecer de la vista. Caradoc, haciendo honor a su reputación, había elegido la acción en lugar de las palabras. Ya iba desnudo y engrasado, para soportar frío. Brillante como una nutria, se zambulló. Breaca iba tras él, a solo un latido de distancia. Bán se vio empujado hacia atrás cuando ella desmontó. Arrojó la túnica y el cinturón en sus manos y le dijo:

—No permitas que me siga la yegua —y luego ella también se zambulló.

—¡Breaca, no! —Bán agarró las riendas.

La gris luchó con él, dirigiéndose hacia la orilla. Había sido entrenada para que siguiera a su jinete, y no comprendía, o no le importaba, que si lo hacía podía morir. El chico tiró con fuerza de su cabeza hacia el flanco, obligándola a morder ferozmente el bocado y maldiciendo. La sangre goteó entre la saliva que espumeaba de una boca que nunca había conocido el dolor. Él mantuvo la presa y la obligó a apartarse del río. Los hombres se daban empujones a su alrededor, todavía gritando. Una cabeza oscura sobresalió entre ellos y se detuvo junto a su rodilla.

—¿Se estrecha en algún otro sitio?

Lo habían dicho en galo y demasiado rápido. No comprendía las palabras. Se quedó con la boca abierta.

—¡El río, demasiado fuerte! —dijo el romano de nuevo—. Están abajo. Vamos a perderlos. ¿Se estrecha en otro sitio?

—Justo por encima de la poza sagrada. No deben ir ahí. Es la muerte —habría deseado dominar mejor aquel idioma.

—Entonces, iremos cabalgando —el hombre era un jinete, antes que nada. Podía montar en marcha, sin ayuda alguna. Bán fue empujado hacia delante, hacia la cruz, como uno haría con un niño. Unas manos más fuertes que las suyas tomaron las

riendas. La gris luchó y se encontró con una mano férrea que no admitía discusión. Dio una sola sacudida y luego se tranquilizó. Una voz extraña, aunque amable, dijo:

—Enséñame el camino.

Aquella galopada formó parte de las peores pesadillas de Bán. Sus oídos estaban ensordecidos por el fragor del río, su mente por el eco de la voz de Breaca gritando su nombre, veía el pelo de ella en cada reflejo de la luna en el río. En su oído, el romano dijo:

—¿Ella hace esto porque su juramento de guerrera no le permite competir con Caradoc, y debe encontrar otra forma de probarse a sí misma?

Era lo que había pensado Bán cuando Breaca se sumergió en el agua.

—No. Lo habría hecho de todos modos. Esos dos piensan igual —y se dio cuenta de que era cierto.

—Pero aun así, podrían decidir cuál es el mejor de los dos sin tener que morir por ello.

—Roguemos por que así sea —y lo hizo, porque sin duda el romano estaba en lo cierto.

Llegaron a una curva en el camino, donde éste se adentraba en los bosques. El romano hizo detenerse a la yegua.

—¿Debemos meternos entre los árboles? Será lento.

—No. Hay otro camino. Pero es muy difícil.

Y muy peligroso. Aunque Bán no entró en matices. Volvieron abruptamente hacia la izquierda e hicieron bajar a la yegua por un talud fangoso hacia la marisma del lado opuesto. La yegua resbaló y se tambaleó; el barro le llegaba a los corvejones, y luchó para evitar que la atrapara, tan animosamente como antes había luchado contra el freno. La azuzaron ambos con la voz y los talones y, en una ocasión incluso, con la palma de la mano. En el lado opuesto la azuzaron más aún. Tenía un gran corazón, pero llevaba demasiado rato con dos jinetes y se estaba cansando. Bán notó que vacilaba, y le habló con la voz que solía usar Breaca, pidiéndole más aún. En el fondo de su mente, recordaba que la yegua estaba embarazada, y que el potro se le había prometido a Airmid… si vivía, si no paría demasiado pronto, y si Airmid estaba todavía allí para verlo y no había partido ya hacia Mona cuando naciese.

No le parecía probable que ocurriesen todas esas cosas. Con desesperación creciente, ofreció una plegaria a Nemain por la vida de un potro no nacido aún, porque le pareció más probable que se le respondiera por ello que a ninguna plegaria por su hermana, que estaba en el agua cuya dirección la llevaba a la poza de los dioses. La yegua oyó su voz y encontró una forma de correr más aún. El hombre que llevaba a su espalda se inclinó hacia delante para aflojar las riendas. Bán apretó la cara contra las crines y rezó para que corriese más. Junto a ellos, el río seguía rugiendo.

—Dame tu cinturón. Y las riendas.

Se detuvieron en un terreno liso en la parte superior de la cascada. La yegua estaba agotada. El romano desmontó a la carrera y corrió hacia las rocas que dominaban

aquel terreno para comprobar el flujo del agua y la grieta que canalizaba toda aquella fuerza por encima de la cascada, hacia la poza. Bán se deslizó al suelo y notó que le fallaban las piernas. El extranjero se acercó a él.

—Necesito tu cinturón —volvió a decir.

Bán se quitó el cinturón. Era uno bueno, hecho para un guerrero. El romano se lo puso en torno a su propia cintura; el suyo no era más que una cuerda. Sujetando a la yegua, le quitaron las riendas y con ellas trenzaron una cuerda no más larga que dos venablos.

—Los podemos parar aquí, ¿lo ves? —señalaba a las rocas de la orilla del río, que se unían y estrechaban mucho la corriente. El agua discurría por entre la grieta, espumeante y blanca. Bán dijo:

—No debes ir a la poza.

—Ya lo sé. Caradoc me lo dijo antes de la carrera —el hombre anudó el extremo libre de las riendas a través del cinturón, y ató el otro final firmemente a la cincha de la yegua—. Mantén el caballo aquí. Si no se echa hacia delante y las riendas no se rompen, estaremos a salvo —sonrió radiante. Sus dientes resplandecían, blancos como la espuma del agua—. ¿Podrás hacerlo?

El corazón de Bán dio un vuelco. Se sintió enfermo. Miró hacia aquellos tranquilos ojos castaños. No le parecieron imprudentes, como podía ocurrir con Breaca, ni amargos, como eran ciertamente los de Duborno. Lo dijo de nuevo, porque estaba claro que la primera vez no le había entendido:

—Los soñadores te matarán si entras en la poza.

—Ya lo sé.

—Y a lo mejor te matan de todos modos.

—Ya lo sé. Y quizá me ahogue. Los dioses lo dirán, los míos y los tuyos. Si las riendas aguantan y tú mantienes bien quieta a la yegua, es posible que vivamos todos. Piensa en tu hermana y reza a quien creas que te vaya a escuchar.

El hombre no se zambulló. Se dejó caer hacia el río, tentando el camino con los pies. El peso del agua le presionó contra la roca, espumeando mientras recorría su pecho y sus brazos. Encontró una repisa en la que pudo ponerse de pie, y se fue trasladando de lado hasta que alcanzó el hueco. La tira de cuero se estiró bien tensa entre hombres y caballo. Bán clavó los talones en tierra y empujó con la espalda contra el pecho de la yegua. Le habló, explicándole lo que estaban haciendo, levantándole la moral, aun a costa de la suya propia. El hombre miró hacia arriba. Su aliento era corto y entrecortado, aplastado por el peso del agua.

—¡Avísame cuando los veas!

—Lo haré —atisbo en la oscuridad.

Una nube se había deslizado delante de la luna, de modo que su luz se extendía solo desde los bordes, como haces afilados de plata. Creyó que aquello era un presagio, y rogó a la nube que se desplazara.

—¡Bán!

Pensaba que era Breaca, y se volvió demasiado rápido. La yegua dio un paso hacia delante para aflojar la presión que notaba en la cincha, y el romano lanzó un juramento furioso. El chico volvió a hacerla retroceder y miró a su alrededor. Airmid estaba a su lado.

—¿Dónde está Breaca? —sus ojos tenían un aspecto sobrecogedor.

Nunca la había visto verdaderamente furiosa. Ahora estaba más allá de la ira, en el lugar donde los dioses hablaban y ella respondía. Le pareció increíble que Breaca pudiese haber discutido alguna vez con ella.

—En el agua. Duborno se ha caído. Caradoc se ha tirado a rescatarlo, y Breaca después. Se los ha llevado a todos.

—¿Qué estás haciendo? —su madre estaba allí, detrás de Airmid, y también Luain MacCalma.

Los cuchillos curvos brillaban sordamente en sus cintos. No quiso pensar en lo que aquello significaba. Efnís se mantenía detrás, cómplice involuntario.

—El romano está ahí abajo —mostró al hombre en el agua—. Va a… —calló al momento. Una cabeza dorada asomaba por encima del agua, empapada y oscura, tal como había visto el día del naufragio, pero aun así, más clara que las demás—. ¡Ahora! —su grito se oyó por encima del ruido del agua—. ¡Ahora! ¡Están aquí! A un tiro de lanza. Menos…

Arrojó todo su peso hacia atrás, hacia el pecho de la yegua, y le prometió la muerte si le fallaba. En realidad, solo había visto a Caradoc. El guerrero luchaba contra la corriente, tratando de salir a la orilla sin conseguirlo. Nadaba solo con un brazo; el otro lo tenía roto, o iba cargado por abajo. Más allá, hacia el centro de la corriente, se alzó otra figura. Bán vio el cabello pelirrojo, el agua que corría y un brazo agitado muy alto, como uno que se ahoga y pide auxilio.

—¡Breaca!

Su voz se perdió entre el fragor del río. La de Airmid, mucho más aguda y penetrante, se elevó por encima de ella.

Ambos llegaron demasiado tarde. El brazo desapareció. Durante un momento, el cabello rojo se extendió flotante en la corriente, y luego se sumergió por debajo de la superficie y desapareció.

* * *

El agua estaba fría, como hielo líquido, y su fuerza era aplastante. La primera zambullida la llevó hacia abajo, presionando hasta que el aire le quemó en los pulmones y unas luces brillantes relampaguearon ante sus ojos. Los dioses no vinieron a ella como habían hecho en el sueño del naufragio, pero su padre le hablaba con la voz de su niñez, enseñándole a nadar y recordándole que no debía luchar

contra una corriente tan rápida, pero tampoco dejar que la diosa del agua se la llevase. Movió los pies intentando subir hacia la luna.

Rompió la superficie un largo trecho corriente abajo. La orilla del río estaba desierta. Algunos hombres decían su nombre, a lo lejos. Era imposible ver otra cosa que agua. Volvió a mover los pies, levantándose más aún, y miró el agua que la rodeaba. Un relámpago de carne pálida pasó junto a ella. Intentó cogerlo y lo alzó. Se retorció, tirando de ella. Un mechón de cabello rubio como el oro salió a la superficie junto a ella, y la piel suave de un joven chorreante. Unos ojos grises se abrieron de par en par y la reconocieron. Caradoc escupió agua y luchó para recuperar el aliento.

—No, yo no. No podemos… rescatarnos el uno al otro. No… no es eso —de forma absurda, sonrió.

La corriente les arrastró hacia un recodo. Soltándole, ella se apartó a un lado. La orilla estaba a su alcance, Caradoc nadó con ella, con fuerza. Su rostro volvió a emerger junto al de ella.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Duborno? —ella tuvo que gritar por encima del ruido del agua.

—… No lo sé. ¿Sabe nadar?

—Supongo. ¡Vigila! —una rama pasó muy cerca, golpeándolos a ambos. Un dolor horrible le atenazó el brazo. Se agitó, luchando por mantener la cabeza libre. La corriente la volvió a arrastrar hacia el centro. Había perdido la orilla—. ¡Caradoc!

—Aquí…

Una mano se agitó junto a la orilla. Más allá, una cara pálida afloró a la superficie.

—¡Duborno!

Se arrojó de nuevo contra la corriente. El cuerpo inerte la golpeó, quitándole el aire de los pulmones. Ella lo agarró sin pensar, arrastrándolo por cabello y carne por igual. Sus dedos le arañaron la piel. La cabeza quedó por encima de la superficie. Le sacudió por el pelo.

—¡Despierta, idiota! ¡Nada! —él emitió un ruido estrangulado y juró, apartándose de ella.

Ella le soltó la cabeza, agarrándole aún del brazo. El agua les hacía girar juntos, como una pareja de amantes que danzan.

—Está vivo —gritó, por si Caradoc se encontraba cerca.

—Bien… —la voz venía de detrás de ella.

El brazo de él pasó junto al suyo y agarró a Duborno, y durante un momento ambos sujetaron al joven medio ahogado como un trofeo capturado entre los dos. Los ojos de ambos se encontraron, y ella sintió aparecer la risa, borrada por el agua antes de que la corriente volviese a agarrarlos a todos y arrancase a Duborno de su presa.

Caradoc la cogió mientras Duborno se alejaba. Fueron arrastrados ambos bajo el agua, y volvieron a emerger más lejos, aún juntos. La voz del joven le llegó:

—… Sácale… no debe caer a la poza.

Se había olvidado de la poza. El terror atravesó su alma. No por ella misma, sino

por las muertes sobre muertes con las que Airmid había soñado que podían ocurrir si un cuerpo entraba en el dominio de los dioses. Había sido el sueño de la noche pasada, y habían discutido después, aunque era impensable que alguien fuese a caer en la poza, y resultaba más fácil discutir sobre ello que sobre otras cosas que había entre ellas. Se habría echado a llorar, si hubiese tenido aliento para ello. Intentó ver dónde estaba, pero el agua enfurecida la empujaba hacia abajo. El frío y el movimiento constante minaban sus fuerzas. Su mente exigía acción, y su cuerpo respondía tarde y de manera imprecisa. Tenía la sensación de que sus miembros eran de plomo, sus fuerzas se agotaban, cada vez le costaba más volver a la superficie. Pataleó para ascender y mirar hacia delante, y vio que ya no estaba sola. La gente se congregaba en la orilla. Vio su yegua gris de batalla y se sintió agradecida; Bán la había controlado bien. Distinguió la silueta de Airmid que se recortaba contra la luna, y su corazón sangró. Vio la espuma blanca del inicio de la cascada, más cerca de lo que había imaginado. En el sueño, el cuerpo de un hombre había caído a la poza, y la ira de Nemain se había cebado con él durante generaciones. No podía pasar. Levantándose por encima de la superficie, Breaca cogió aliento y volvió a zambullirse por segunda vez.

El agua era su amiga. Comprendía el significado del sacrificio. En todas las épocas los hombres habían sabido aquello. No le dolían los pulmones. La corriente era cálida ahora, como si fuese verano; sus hilos y hebras se entretejían en torno a ella, formando un cojín para que no sintiera dolor. La potencia de la corriente la invadía, estrechándose hasta formar una punta de lanza, a medida que la conducía hacia delante, a la grieta entre las rocas. No sentía temor alguno. El agua retumbaba como un eco de su corazón. Oyó la voz de su madre, cantando. Abrió los brazos de par en par para cogerse a los bordes de la roca y no ser lanzada entre ellos. Su cuerpo golpeó brutalmente en un muro de rocas donde debió haber estado la grieta, eliminando el último aliento de sus pulmones. El mundo, que ya era negro, se volvió escarlata, tachonado con miles de estrellas. Girando, luchó por sujetarse a la roca. Sus nudillos golpearon en la piedra. Tendió el brazo hacia la roca y extendió también los pies, moviéndolos, para protegerse del golpe. Era lo único que podía hacer. Que Caradoc se encargase de llevarse a sí mismo y a Duborno a la orilla. Un cuerpo golpeó con fuerza en su espalda. Ella chilló, y el río la llenó. Su madre cantaba en la lengua de los antepasados. Se dejó ir.



—¡Breaca! Breaca, por favor, por favor, respira…

—Se ha ido. Lo siento. La he levantado demasiado despacio.

—No. No puede irse ahora. No la dejaré. Su corazón aún late. Debemos hacer que

respire.

—Déjame…

Sentía mucho dolor, pero sabía que sería así. Periódicamente estallaba en sus pulmones, como fuego puro vertido en su garganta. Otros fuegos, más lentos y que ardían más tiempo; le devoraban los pies y los dedos. No hizo caso de ellos y miró a su alrededor. Los dioses, en su misericordia, le habían traído los rostros de todos aquellos a quienes amaba. Airmid se inclinaba sobre ella, sollozando, y Macha. Bán sujetaba a la yegua gris, con la cara devastada por el dolor; ni siquiera *Granizo* podía consolarle. Caradoc estaba arrodillado, chorreando agua, como la primera vez que le vio, y el romano también estaba junto a él. Luain MacCalma, a quien no amaba, pero sí había llegado a respetar, miraba su corazón y golpeaba por segunda vez con el puño en el espacio situado por debajo de su diafragma. Un dolor blanco explotó en su interior. Tosió y se atragantó, en un paroxismo de asfixia. Desesperada por el dolor, lanzó un juramento, maldiciéndoles a todos. Muchas manos le ayudaron a levantarse, a incorporarse, a ponerse de rodillas. Ella sintió arcadas, con el gusto del barro del río en la boca. Una fuerte palma le dio golpecitos en la espalda y expulsó más agua aún, y más, y las arcadas volvieron. Al final, respirar le resultó más fácil, aunque no menos doloroso. Una mano le cogió la mandíbula y le sujetó bien la cabeza. Un cabello negro, sujeto con la correa de los soñadores, apareció a la vista. El rostro así enmarcado era uno que conocía bien, pero no era el de Airmid. Frunció el ceño, tratando de distinguir a quien tenía delante. Una pluma de garza daba vueltas en la brisa, atrayendo su atención. Luain MacCalma dijo:

—Bienvenida de nuevo a la tierra, guerrera. ¿Te quedarás con nosotros, o quieres continuar tu viaje?

Era algo más que una pregunta. Los mundos estaban en equilibrio, esperando su elección. Muy lejos, la anciana abuela (su anciana abuela) reía significativamente. Más cerca, Airmid le apretaba la mano. Bán soltó a la yegua gris; un suave hocico le tocó el cabello y una oleada de cálido aliento la envolvió. Pensó en el potrillo que iba a llegar y en lo mucho que significaba. Los ojos que tenía frente a ella eran castaños. Veían en el interior de su alma, y a través de los dioses, y más allá. No le permitirían que sintiera pena de sí misma, ni que se engañase. Se cogió a las manos que se tendían hacia ella y se sentó correctamente.

—¿Está a salvo la poza? —preguntó—. ¿Ha caído alguien?

Airmid dijo:

—La poza está a salvo. El romano se había colocado en la grieta. Te ha cazado. Caradoc ha sujetado a Duborno y le ha sacado a la orilla. Vivirá, aunque su orgullo está un poco maltrecho. Si vuelves a nosotros, nadie habrá muerto —su voz era tranquila; la voz de una soñadora que ha soñado lo peor y cuya visión se ha evitado. Sus ojos, sin embargo, decían otras cosas. Breaca se miró en sus profundidades y sonrió.

—Ya estoy de vuelta —dijo—. No me pienso ir. Aunque solo sea para votar en el

Consejo de mañana.

Miró a su alrededor buscando al romano, y le vio arrodillado en el barro junto a MacCalma, contemplándola sin alterarse. Caradoc estaba con él, apoyando una mano en su brazo; allí también se había cruzado una frontera. Dejó que sus cejas se elevaran en un interrogante destinado a él, tanto como a Macha:

—Si es que todavía es necesario celebrar el Consejo, después de esto.

# XI

A pesar de todo, el Consejo se celebró. Los ancianos habían hecho el viaje, y no parecía adecuado despedirles sin que se llevase a cabo una reunión. Y por otra parte, había algunos, sobre todo entre la facción de Duborno, que decían que el romano había tramado todo lo que había pasado, teniendo presente la pronta decisión del Consejo. Esto se veía contrarrestado por otros, menos insensatos, que decían que había aprovechado una buena oportunidad, cuando se le había presentado, y que la cuestión no era si se trataba de un buen guerrero con una mente aguda, sino de si era o no un hombre que volvería a las filas del enemigo con la cabeza llena de conocimientos y el corazón lleno de ansias de venganza. El recuerdo de una invasión que duró tres generaciones todavía se hallaba fresco en sus mentes, y las acciones de los romanos no habían hecho nada para disipar el temor que les producía.

El día amaneció radiante y libre de niebla. La primavera estaba ya de lleno entre ellos. Como era un Consejo pleno, la gente se vistió para los dioses. Breaca se puso una nueva túnica que había sido un regalo de Airmid; tenía un color rojizo, un poco más oscuro que su cabello, con un borde color verde musgo. Se había aclarado el pelo para eliminar el barro del río y lo había peinado, y se lo había trenzado con la solitaria pluma de cuervo con la banda roja en el cañón, señalando la vida humana que había arrebatado. Era demasiado pronto aún para encontrar una piel nueva para recubrir su escudo, pero la nueva anciana abuela le había dado los pigmentos necesarios para repintar la serpiente-lanza del antiguo, y ahora resplandecía con el vivo color rojo de la sangre de buey recién aplicada, que no se volvería parda al secarse.

No mucho tiempo después de amanecer, se sentó en un banco junto a la puerta de la fragua de su padre, y se puso a pulir toda la hoja de su espada con una madeja de lana de oveja empapada con arena de río. Le dolía todo el cuerpo. Tenía unas magulladuras negras y rojas en los hombros y la espalda, y su mano estaba agarrotada. Airmid le había dado una bebida antes de dormir que había servido para aliviar los peores dolores, pero la había dejado adormilada y la empujaba con demasiada facilidad al llanto, y no quería arriesgarse el día de un Consejo. Por eso se sentó al sol y se puso a pulir su espada, e hizo todo lo posible por ignorar el dolor.

—¿Estás bien?

Levantó la cabeza bruscamente. El romano se apoyaba en el rincón de la fragua. Ella no había hablado con él después de lo del río. Caradoc se lo había llevado mientras ella todavía intentaba ponerse de pie sin toser. Los otros corredores habían empezado a llegar a la poza, y se creyó que era lo mejor para la seguridad del hombre que no se encontrase con los partidarios de Duborno antes del Consejo. Y aunque no

hubiese sido así, ella tampoco le habría buscado. Desde el naufragio le había evitado en lo posible, y en caso contrario se había limitado a la cortesía necesaria. No tenía duda de que el Consejo le condenaría, y no deseaba encariñarse con él antes de la votación. Sin embargo, no podía negarse a responder a una pregunta directa.

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú? —no hablaba bien el galo. Eso hacía aún más extrañas sus conversaciones.

—Magullado, pero no roto.

Hizo rodar los hombros pensativamente y se toqueteó la antigua herida de lanza del costado, y eso le recordó a ella, tan claramente como si hubiese hablado, que él no siempre había sido un hombre desarmado que contemplaba su propia muerte cara a cara. Aquello no era un acto accidental.

Cogió un puñado de lana nueva de la bolsa que tenía en el costado y la frotó distraídamente por la espada, hasta que los dibujos entretejidos de la forja de su padre adoptaron un color azul grisáceo, como un pez bajo el agua. El romano buscó en la hierba húmeda por el rocío un lugar dónde él sol la hubiese secado y se sentó. Así estaba más bajo que Breaca. Se inclinó hacia atrás, apoyándose en la pared, de modo que la podía ver con mayor facilidad. No estaba allí solamente para pasar el rato. Ella fue pasando la lana por la serpiente-lanza de bronce que formaba el pomo de su espada, y dejó que él eligiese el momento de hablar. Después de todo, su tiempo se podía contar en días, o menos quizás. Ella recordaba el río y lo que había sentido sabiendo que estaba a punto de morir. No había sido del todo desagradable. Como guerrera, sería bueno aferrarse a ese sentimiento en batalla. Si Bán estaba en lo cierto, aquel hombre había luchado en más batallas de las que podía contar, y era posible que se sintiese así todo el rato, cosa que podía explicar su falta de miedo. Levantó los ojos para verle mejor, y se encontró con los ojos de él, que ya la esperaban.

—Tienes una espada muy hermosa —dijo.

—Gracias. Yo también lo creo —la balanceó sobre sus rodillas.

Tenía el mismo aspecto de siempre. La hoja era recta y firme, las curvas perfectas del pomo brillaban como solo podía hacerlo el bronce, y la serpiente-lanza de los antepasados incrustada en su corazón brillaba, blanca como la leche. Solo la ligadura de piel de ternero que sujetaba la empuñadura mostraba algunas manchas allí donde la lanolina se había filtrado entre sus dedos. Envolvió la lana en torno a ella y la frotó para hacerlas desaparecer.

El romano continuó:

—Me han dicho que una hoja ostenta el alma del guerrero para el que ha sido hecha. ¿Es eso cierto?

Ella frunció el ceño, buscando las palabras en el poco familiar galo.

—No, el alma no —meneó la cabeza—. Lo que tiene es su sueño. O el sueño de sus antepasados, transmitido por su linaje, y las hazañas de aquellos que la han usado —usaba la palabra icena para sueño, al no conocer otra.

—¿Así que es imposible que otro la use?

—No es imposible, pero hay que hacerlo correctamente… con honor.

Recordaba el juramento a Caradoc en la costa, y todo lo que había significado, y trató de imaginar cómo explicar la base de toda una vida, y la sabiduría de los antepasados, a una persona que no sabía nada de todo aquello. Lentamente, probando las palabras, dijo:

—Si uno ofrece a otro una hoja, con el juramento del guerrero, es en reconocimiento de que son de la misma sangre, aunque diferentes; o de los mismos dioses, aunque los nombres puedan parecer extraños; o del mismo honor, aunque sus caminos no se crucen nunca.

—¿Los une como hermanos… o hermanas?

—Algo parecido.

Pensó en Amminio y su acreditado odio hacia Caradoc. Por lo que había llegado a saber últimamente, la profundidad y pasión de aquel odio era mutua.

—Más cerca que eso, creo. A veces, los hermanos luchan contra sus hermanos.

—Pero tú nunca lucharías contra un hombre que te ha dado su espada, ni él contra ti, ¿verdad?

—Claro que no.

—Ya lo veo. Es… una lástima.

Se quedó callado y muy pensativo. Ella acabó su trabajo y dejó que el arma descansara entre sus palmas. Era la mejor espada que había hecho jamás su padre. La luz del sol se reflejaba en el metal y brillaba, perforando el aire entre ellos.

—Caradoc ha explicado los puntos que se expondrán al Consejo —dijo el romano —. Hay un empate, a favor y en contra. A causa de eso, si votan mi muerte, es posible que me permitan luchar con un guerrero escogido.

Ella no lo había pensado. Tenía sus ventajas, y no era precisamente la menor de ellas que los soñadores no se mostrarían propensos a matar a un hombre a quien hubiesen llegado a respetar. Airmid, y ella lo sabía, se sentiría indescriptiblemente aliviada si las cosas fuesen así. El romano todavía la contemplaba. Ella dijo:

—¿Y Caradoc podría ser ese guerrero?

—Él lo cree así. Sospecho que a lo mejor tiene que luchar primero contra Duborno por ese privilegio —su tono todavía estaba algo teñido de ironía, pero ahora sonreía.

A esa corta distancia, ella veía que tenía la piel tensa en torno a los ojos, formando patas de gallo donde antes no tenía. Bajo el bronceado, su piel era pálida. En su garganta latía una vena, muy rápido y con fuerza. Ella lamentó, súbitamente, no haber hablado con él antes.

—Derrotarías a Duborno —dijo.

—Ya lo sé.

—Pero a Caradoc quizá no.

—Él cree que no —Una de las comisuras de sus labios se curvó hacia arriba—. Yo, por supuesto, opino de otro modo.

—¿Ah sí? ¿Aun luchando en una tierra extranjera, sin tus dioses, y con un arma que nunca antes has usado…? Ah —se detuvo. La comprensión repentina la hizo toser. Cuando pudo respirar de nuevo, añadió—: La espada de mi padre sería demasiado grande para ti. Hasta la de Sinocho…

—Demasiado grande, sí. Ni siquiera con las dos manos la podría empuñar lo bastante rápido. Y Duborno moriría antes de dejarme usar una espada de su linaje —se levantó, teniendo mucho cuidado de no enganchar la estupenda túnica de Macha en la pared de piedra de la fragua. Sus labios formaban una línea recta y tensa—. Estoy aprendiendo algo de lo que liga una espada a un linaje. Me han dicho que la tuya está recién hecha. Se me había ocurrido que a causa de eso, y de mi amistad con tu hermano, sería más fácil para mí pedírtela prestada. Perdóname, no lo había comprendido bien.

Se alejó. Breaca levantó una mano y le detuvo. Todas sus decisiones más importantes las tomaba en un instante; aquella no fue diferente. La llenaba la certeza de que estaba bien.

—¿Por qué no? —dijo—. Mi padre tiene otras hojas que puede prestar a Caradoc. Él no tiene necesidad alguna de la mía, y no deshonrará nuestro juramento que tú la uses contra él. Toma. Anda, pruébala. Es de buen tamaño para ti. Mira si tu sangre canta con ella, como lo hace la mía —le pasó la empuñadura—. Tómala —dijo de nuevo—. Con esta espada al menos podrás enfrentarte a Caradoc en términos de igualdad, y él no querría que fuese de otra manera. Debes probarla ahora, antes de que empiece el Consejo. Espera… —se la colocó entre las manos. Él no era más alto que ella, la hoja se adaptaba bien a su altura—. Cogeré otra y así podremos practicar.

—No, no puedo —la mano de él se cerró sobre la empuñadura y ella vio que, ciertamente, él oía la misma canción que ella.

La luz aparecía en sus ojos, en el súbito respingo de su respiración, en el brillo de peligro y fácil muerte que se reflejaba en ellos. Ella podría haber retrocedido, pero no lo hizo.

—No —abrió la palma de la mano. La hoja giró desde ella y Breaca la cogió antes de que golpeara el suelo, clavando los ojos en el hombre. Éste no controlaba su respiración ahora, ni su cara. Inclinó un poco la cabeza—. Gracias. Es realmente magnífica, como dices, pero no puedo probarla todavía. Si tu Consejo vota que haya lucha, entonces la aceptaré, agradecido. Pero no antes.

—¿Por qué?

—Porque tengo la esperanza de que me dejen ir. Mis dioses pueden ser más débiles aquí, pero yo he puesto mi vida en sus manos muchas más veces de las que puedo contar, y nunca me han abandonado. No creo que me hayan salvado del naufragio para morir ahora. Si tengo razón, entonces podré volver a mi unidad como hombre libre.

—Entonces volverás habiendo conocido una espada de los icenos. ¿Acaso es eso tan malo?

—Lo sería si Tiberio ordena otra campaña en Britania. ¿Qué haríamos tú y yo si nos encontrásemos en los bandos opuestos, en una batalla, y tú empuñaras tu espada? —los ojos del hombre eran firmes; el pánico que ella había visto había desaparecido, o lo controlaba mejor. Su sonrisa era de dolor genuino—. Quizá no siga a tus dioses, pero no tengo ningún deseo de ofenderles, cuando dependo de su misericordia. Si yo tomo ahora tu espada de buena fe, sabiendo que eso puede ocurrir, lo haría.

No era lo que ella había esperado, en absoluto. Conmocionada, dijo:

—¿Te irías de aquí, después de habernos conocido, y si tu pueblo te lo pidiese, lucharías contra nosotros en otra invasión?

—Sí —la miró fijamente—. ¿Actuarías tú de un modo diferente?

—Por supuesto. Yo soy icena. No invadimos las tierras de otros.

Le habría dejado entonces, pero sonó un cuerno en la casa grande, marcando el inicio del Consejo. Las leyes de la hospitalidad le prohibían que le abandonase para caminar solo. Le ofreció un caballo y él aceptó, y cabalgaron en silencio por el camino entre los cercados y se unieron al Consejo que se reunía.



La anciana abuela estaba en la puerta. Llevaba una toga de piel de tejón que le caía desde los hombros en una cascada de blanco y negro, haciendo que pareciese mucho más ancha y fuerte de lo que era. El casquete de plumas de halcón que se ajustaba a su cabeza era perfecto, y escondía la debilidad de su cabello. El cráneo con pico que sujetaba como puntero era de un blanco de yeso, y atraía todas las miradas. Bán, que la había vestido con especial cuidado, ardía de orgullo. La anciana se había metido mucho en su papel en los años transcurridos desde que murió su predecesora, y se había convertido en una buena líder. Ahora volvía a enfrentarse con el silencioso grupo de ancianos, pronunciando la invocación a los dioses que convertía la casa grande en un lugar de encuentros sagrados y que ligaba a todo el mundo que entraba a aceptar lo que sucediera en su interior.

Otros permanecían de pie a su alrededor, más o menos deslumbrantes, según los gustos. Duborno estaba muy llamativo con una túnica de un bonito azul iceno, aunque con exceso de oro. Era uno de los primeros que había conseguido uno de los brazaletes esmaltados azules de Gunovic, y desde entonces había añadido uno más cada año. Los llevaba todos ahora, y el metal entrechocaba en sus brazos. Su torques también era producto de un herrero del sur. No confiaba en Eburovic para que le hiciese una lo suficientemente ostentosa. En esto tenía razón, probablemente. Bán había observado a su padre mientras estiraba las últimas pesas de oro que le quedaban mezclándolas con plata para fabricar una torques para Caradoc, de modo que pudiera presentarse ante los ancianos con la pompa requerida. El resultado fue un objeto de

una belleza extraordinaria, y sorprendentemente sencillo. Pero aun sin él, Caradoc habría sobresalido de la muchedumbre. Con él resultaba regio, y Duborno no era más que un arrendajo azul que chismorreaba entre las ramas. Alguien debería habérselo dicho antes de que avergonzase a su pueblo.

Luain MacCalma estaba mucho más atrás, reconocible gracias a su altura. Su sueño era la garza; se podía ver claramente la relación entre el ave alta y de largas piernas y el hombre. Una pluma azul-gris, de la longitud de su pulgar, colgaba de su sien cuidadosamente colocada, de modo que su punta curva quedaba exactamente al mismo nivel que la línea de su mentón. Giraba suavemente en la brisa matutina.

Breaca estaba cerca de él, resplandeciente con los rayos del sol. Su cabello parecía haber sido fundido en bronce, sus ojos eran de un verde cobrizo, llenos de vida por el sol matinal, y la blancura de su escudo era como la nieve contrastando con el tono rojizo de su túnica y su cabello. Bán le sonrió y ella le devolvió la sonrisa, pero su mente estaba ausente. El romano estaba de pie a su lado, y se notaba que ambos habían estado hablando. Entre ellos había una enorme tensión, tirante como la piel de un tambor. El extranjero estaba más pálido que antes, y demasiado quieto. Parecía agradecido cuando Luain MacCalma se adelantó y tradujo las palabras de la anciana abuela al latín. La discordante mezcolanza de vocales y consonantes contrastaba con el suave fluir del iceno que se hablaba en torno a ellos. Todos dejaron de hablar. En el silencio que siguió, el romano hizo un gesto con la cabeza.

—Está claro —dijo en galo, de modo que todos pudiesen oírlo—. Acataré la decisión del Consejo.

No iba a ser una reunión pacífica, ni breve. De haber sido convocada de inmediato, los primeros días después del naufragio, podría haber menos personas con opiniones Contrastadas. Pero tal como había sido, todo el mundo que tuviera derecho a hablar querría hacerlo. Bán, que no lo tenía, se dio cuenta de pronto de que no era capaz de seguir allí dentro. El día era hermoso y fresco, mientras que la casa grande no tenía aire y el humo de las antorchas ya hacía que le picaran los ojos. Estaba más lleno de lo que había visto nunca. La choza de los arneses estaba ocupada por Segovento y el segundo oficial, y Bán hacía tiempo que se había visto obligado a trasladarse de nuevo a la casa redonda para dormir. Echaba de menos la soledad y la compañía de sus perros. Necesitaba la paz de los bosques, más que escuchar la ira de los adultos, expresada en la lengua de los bardos y a la que daban crédito los ancianos. Sabía cuáles eran los argumentos, les había oído ensayar una y otra vez durante el mes anterior.

Miró a su alrededor buscando una cara conocida. La multitud fluía y cambiaba en torno a él. Caradoc se había llevado al romano hacia la oscuridad. Airmid estaba muy cerca, de pie y sola. La soñadora tenía un aspecto demacrado, como si hubiese vuelto a tener malos sueños, o no hubiese dormido en absoluto. Inclinándose hacia delante, él le dio un golpecito en el brazo. Ella se volvió, y él se señaló a sí mismo y luego a *Granizo*, que estaba echado al sol al lado de la casa grande, y finalmente al bosque.

Ella levantó las cejas, y luego asintió con un gesto. Él se deslizó poco apoco hacia el borde de la multitud y luego se alejó, echando acorrer. Varias personas le vieron irse, pero no hicieron movimiento alguno para detenerle. Si hubiese mirado, habría visto que más de uno envidiaba su libertad.



Bán estaba lejos, entre los árboles, cuando el último de los ancianos entró por la puerta y se sentó en el lugar indicado. Luain MacCalma, al ser de Mona, tenía un rango superior al de todos los presentes, y podía haber dirigido el Consejo, de haber querido. Pero no lo hizo. Se sentó junto a la entrada del recinto, en un lugar en el cual podía ser visto y oído, y desde el que podía traducir rápidamente si era necesario. Colgó el manto que le habían prestado en un soporte que había en la pared, y se dispuso a escuchar con los oídos las voces de los hombres, con el alma la voz de los dioses y con la mente los recuerdos de su pasado, buscando el paralelismo con el presente. Era éste último, más que nada, lo que le preocupaba.

Luain MacCalma tenía trece años cuando el último barco de guerra de Roma varó en la costa oriental. No hubo reuniones de los ancianos en aquel entonces. El barco fondeó en aguas de los trinovantes, y Cunobelin, líder guerrero de los catuvelaunos y recién elegido líder de los trinovantes, había ignorado todas las peticiones de presentar aquel tema a los ancianos, y decidió en cambio ponerse a buenas con Roma devolviendo hombres y barcos intactos al emperador Tiberio. Más que ninguna otra acción significativa en su reinado, ese único acto había mareado al Perro del Sol como amigo del enemigo. Había corrido la voz por todo el país, como el fuego entre la hierba seca, a través de los catuvelaunos, llegando hasta los dumnonios en el extremo occidental de la tierra, antes de volver y correr por la costa, a través de los siluros hasta los ordovicos, y a través de los estrechos cortos y picados hasta los bosques sagrados de la mismísima Mona. Luain estaba atendiendo a los ancianos cuando el mensajero llegó. Había visto que le daban al hombre una hoja de roble de oro por sus servicios, y había visto cambiar su caballo castrado zancajoso por una yegua de muchísima más calidad, preñada además de un buen caballo. Aparte de aquello, no vio nada más. Los ancianos convocaron él Consejo con una velocidad asombrosa, y cuando salieron dos días después, acalorados, sucios y faltos de sueño, ni uno de ellos consideró necesario responder a las preguntas de un joven ansioso.

Era la primera vez que MacCalma sentía que el calendario de los dioses iba en su contra. Si el general Germánico hubiese esperado un año más para enviar a sus tropas a través del océano, el joven soñador habría sido pleno miembro del Consejo y habría oído discutir y examinar las leyes, habría escuchado los argumentos contrapuestos utilizados por ambos bandos, y habría llegado a comprender el dictamen final, con

sus castigos y sus acciones. Sin embargo, ahora se sentaba en un extremo de otro consejo celebrado por otra gente, y encontraba que su corazón le enviaba hacia un lado y su cabeza hacia otro, mientras que las leyes de los dioses tiraban de él en ambas direcciones, o en ninguna. Cosa muy desafortunada, porque le estaban dirigiendo preguntas.

—¿… Podríamos oír los pensamientos de Luain MacCalma, hibernio y últimamente de Mona?

Era la segunda vez que la anciana abuela pronunciaba su nombre, y eso le hizo volver en sí. Ella era un buen líder del Consejo. A pesar de la piel arrugada, la pierna coja y el cabello que escaseaba, tenía una voz que podía alcanzar los lugares más alejados del círculo, y ostentaba la indudable autoridad de la edad. En las horas transcurridas desde que el cuerno marcó la apertura, había conducido con gran habilidad el delicado equilibrio entre las facciones. Estaba sentada al oeste, en el lugar de los sueños más profundos. La túnica de piel de tejón relucía con sus fragmentos blancos en la oscuridad, y el casquete de plumas de halcón de su cabeza parecía tener vida propia. Incluso desde allí, tan lejos, se apreciaba la fuerza de los dioses en todos sus gestos, y si le costaba acortar los días de su vida hacerlo, había pocos entre los presentes que lo notaran, y menos aún que hubiesen dicho algo después.

—¿Y bien? —no era una soñadora, pero había vivido más años que cualquiera de los presentes, y el efecto era más o menos el mismo. La voz resonó en su pecho y lo hizo vibrar—. Has oído los argumentos de ambas partes. Estamos igualados. Tú no eres de los icenos, de modo que no puedes emitir el veredicto final, pero has venido a nosotros desde el Gran Consejo de Mona; conoces las leyes de los dioses y de los hombres tan bien como cualquiera aquí, y tienes tu propio sueño, que no es nada desdeñable. Se sabe que has soñado sobre esto esperamos que tengas una respuesta. ¿Es así?

El alto soñador se puso de pie. Era ya bien entrada la tarde. Había levantado la cortina de piel de la puerta hacía rato para que entrase la luz. Las antorchas parpadeaban, desprendiendo hilillos de negro humo en el espacio bajo el techo. Su aroma se iba impregnando, mezclado con el de lana, cuero y humanidad sudorosa, creando el olor familiar del invierno, el calor y la comodidad. Lo aspiró y miró a su alrededor. Ya estaban cansados y querían una respuesta. Los jóvenes querían sangre, incluso Tago. Sorprendentemente, se había aliado con Duborno en esto. Caradoc había estado muy ecuánime, y había expuesto sus argumentos mejor que los otros. Tenía las hechuras de un buen líder, si conseguía aprender a domeñar su orgullo. Breaca le había sorprendido, y también el romano. El romano se había ido hacía mucho rato. Había pedido que le excusaran poco después del discurso de Breaca, y su petición se había atendido. Nadie deseaba obligarle a escuchar las palabras que se iban a pronunciar contra él. Desde entonces, nadie había ofrecido nuevos argumentos, aunque muchos insistieron en los que ya se habían presentado.

Luain MacCalma se adelantó en el espacio reservado a los hablantes. Desde allí

podía ver y ser visto, oír y ser oído. Hizo un gesto hacia la anciana abuela.

—He soñado —dijo—. Lo que he soñado no será bien recibido, y está mucho más allá de la cuestión que ahora tenemos ante nosotros. Sin embargo, creo que en el sueño podemos hallar una respuesta —tocó con un dedo la pluma de garza que colgaba en su sien, y les introdujo en el mundo de su sueño.

* * *

La cierva se alimentaba en un alerce joven, levantándose para coger el follaje nuevo con la lengua. Su aliento calentaba a Bán, traído por el remolino de la brisa. Un pájaro carpintero golpeteaba en la corteza por encima de su cabeza. Una urraca chillaba obscenidades desde una rama superior. *Granizo* se removía a su lado, y golpeó dos veces con la cola en el suelo. La cierva movió las orejas, tan grandes como la mano de un chico. Dejó de comer. Una ramita de alerce se enderezó de golpe. La urraca volvió a chillar, y una voz detrás de él susurró:

—¿No necesitas una lanza para matar, Bán, cazador de liebres?

No tuvo necesidad de volverse. La voz era tan familia. Como los ligeros y cuidadosos pasos.

—Ya tengo a *Granizo* —dijo—. Y esto.

Dio unos golpecitos en el mango de su cuchillo, que llevaba al cinto. Hacía mucho tiempo que era motivo de orgullo no necesitar lanza alguna, porque podía acechar a su presa más de cerca que nadie y matarla antes de que echara a correr. Se apartó del arbusto de acebo bajo el cual estaba echado. La cierva le contempló con un interés limitado. Él se volvió y añadió:

—Yo no cazo con tres perros para cada lanza, como hacen otros.

El romano estaba sentado con la espalda apoyada en un fresno pequeño. Parecía cansado. Asintió, como si la caza del chico fuese un tema importantísimo en su vida.

—O sea, como Duborno. Nunca habría pensado eso de ti. Pero esta cierva está viva —dijo, como si fuera una pregunta, levantando un poco las cejas.

—Es la amiga de Nemma. La crio desde que era una cervatilla. Matarla sería como matar a uno de nuestros caballos —Bán cogió una rama y se levantó hasta ponerse de pie. La cierva movió las orejas, olisqueando la brisa en busca de cebada o sal—. No tiene miedo de nosotros. Ni siquiera de *Granizo*.

—Ya lo veo —el hombre no hizo ademán alguno de ponerse de pie—. Entonces, ¿has cazado algo más?

—No. Seguía a otro ciervo, un macho joven, pero no parece que sea un buen día para matar.

Bán se sentó de nuevo, esta vez con la espalda apoyada en el mismo árbol que el romano. El hombre no preguntó por qué no iba a ser un buen día para verter sangre

sin razón, y Bán no sintió que tuviese que explicárselo. Aquel día las cosas parecían obvias. *Granizo* estaba echado entre ellos. Sorprendentemente, el hombre sacó un trocito de cuero retorcido de su túnica y se lo dio al perro. El crujido de la piel seca llenó el claro. Bán miraba, mordiéndose una uña, hasta que la impaciencia pudo con él.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó—. ¿Ya ha acabado todo? ¿Han decidido?

—Aún no —el hombre sonrió torcidamente—. Estarán allí hasta que caiga la noche. No me sorprendería que sigan discutiendo hasta que amanezca mañana. En cuanto he hablado, me he ido. Es mejor para Luain que no tenga que traducírmelo todo. He pedido salir para tomar el aire fresco. Confían en que no me voy a escapar, así que me han dejado salir.

—Pero podrías huir. Los caballos están ahí. Hoy precisamente estarías muy lejos antes de que empezaran a perseguirte. No sabrían que te has ido hasta que no salieran.

Bán no tuvo que decir: «y yo no se lo diría», se sobreentendía.

—Podría —el romano había pensado en ello; eso estaba claro. Miró hacia la cierva, que le devolvió la mirada. Como si se dirigiese a ella, dijo—: ¿Y adonde iría?

—Al sur, hacia los trinovantes. Son amigos de Roma. El Perro del Sol ha devuelto ya en alguna ocasión a algunos marineros perdidos a las Galias.

—Quizá. Pero eso no ayudaría a la enemistad que existe entre el Perro del Sol y su hijo, y, en cualquier caso, he dado mi palabra de aceptar el veredicto del Consejo. No me presentaré ante los dioses como un rompedor de juramentos.

Ante eso no había nada que decir. Bán se sentó de una forma extraña y metió los dedos de los pies en el costado de *Granizo*. El silencio se hizo mayor. En el claro, la cierva iba acabando con las últimas hojas de alerce, y se internaba, con suaves pasos, en el bosque más profundo.

El hombre se puso de pie. Miró al sur entre los árboles, tapándose el sol con la mano.

—¿Por qué no vamos a ver los caballos que bajaron del barco? La yegua roja está ahora muy bien domada. A lo mejor deja que la montes.

Era algo que hacer. Siguieron el camino de la cierva hasta que se unió con la amplia franja del camino que conducía hacia el sur, a través de los cercados de los caballos. *Granizo* iba delante, husmeando madrigueras de ratas y huellas de ciervo con abandono. La brisa era cálida, les removía el pelo y se llevaba el intenso olor a humo de la casa grande. Para Bán aquél podía haber sido un día cualquiera, excepto por el nudo que tenía en el estómago y la dificultad para tragar.

—¿Y qué más ha dicho Caradoc?

—Lo que iba a decir desde el principio: que no soy yo el peligro, sino aquello que represento. Ha sido muy generoso en sus estimaciones. Creo que he comprendido que si estoy de acuerdo en quedarme con los icenos, o en viajar hacia el este con él para ir adonde los ordovicos, entonces votará a favor de mi vida para que se me

otorguen tierras y caballos.

—¿No estarías de acuerdo?

—Con tal de evitar la muerte que habían planeado para mí, estaría de acuerdo en cualquier cosa que me pidiera cualquier hombre, pero no lo haría con un juramento ante los dioses, y él lo sabe. Él no juraría nunca permanecer en Roma, si la posición fuese la inversa.

—¿Por qué no quedarte? Podrías ser feliz aquí.

—Quizá. Pero ya no sería yo. Quién eres depende de dónde estás. Algunas personas no se pueden transplantar con tanta facilidad.

—¿Entonces Caradoc votará en tu contra?

—Por supuesto. Desde el principio iba a hacerlo. Estaba más convencido que el propio Duborno.

—¿Duborno? ¡Bah! —Bán hizo una mueca—. Le has salvado la vida. Debería estarte agradecido.

—Le he salvado la vida, y por tanto me odia más de lo que se puede expresar con palabras. Estaba rojo de ira. Creo que hasta le dará un ataque, de lo intenso que es su odio.

—Eso habría estado bien —muy a pesar, Bán sonrió—. A lo mejor si lo consigues te dejan ir.

—Igual tenía que haberle sonreído más…

Llegaron a los cercados. Un antiguo tronco de tejo tan ancho como el mismo Bán bloqueaba la entrada del primer campo. Grandes placas de hongos anaranjados crecían en el lecho de aterciopelado musgo y liquen que cubría su superficie. Treparon por encima y subieron la colina hacia el cercado mayor y último. Una haya de generaciones de edad se erguía en el centro, entre los restos dispersos de los hayucos que no habían sido robados por las ardillas o recogidos por los niños en otoño. La manada pastaba allí cerca, o permanecía a su sombra. Bán y el romano se sentaron debajo. La yegua roja tesalia les vio venir y levantó la cabeza. Se había revolcado hacía poco y estaba cubierta de barro. Al silbar Bán, dejó la seguridad de la manada y trotó para reunirse con ellos. Como le ocurría siempre cuando la veía moverse, el chico se quedó embobado. Ya la primera noche que salió del mar su paso era más largo que el de cualquier otro animal de los que conocía, y parecía flotar en el aire por encima de los guijarros. Ahora, después de haber pasado el invierno, se acercaba tanto a lo que era su sueño que se le erizaba el vello del brazo.

El romano estaba sentado en la hierba, mirando.

—Está aprendiendo a confiar en ti —le dijo.

—Eso creo —Bán asintió.

Al principio, recién salida del barco, ella desorbitaba los ojos y coceaba al verle. Durante media luna, Luain MacCalma y (curiosamente) Airmid fueron las únicas personas a las que permitió acercarse. A lo largo de la primera parte de la primavera, Bán se sentó tranquilamente en la nieve fangosa y el barro con cebada esparcida a su

alrededor, esperando que ella diese los primeros pasos en su dirección y recientemente había empezado a acudir cuando él silbaba. Ahora llevaba un poco de sal y un peine escondidos dentro de la túnica. Sentado junto al haya, colocó la sal en la palma de su mano y apretó el puño fuertemente para que ella tuviese que tocarle los dedos y abrirlos para alcanzar la sal. Cuando lo hubo hecho, sacó el peine y empezó a peinarle la crin. No estaba tan enredada como la cola, así que era menos probable hacerle daño. *Granizo* exploraba el campo vacío detrás de ellos, buscando ratones. El romano estaba totalmente echado en la hierba, apoyando la cabeza en las manos y con los ojos cerrados al sol.

Bán le preguntó:

—¿Qué ha dicho Breaca?

No necesariamente esperaba una respuesta. Durante un momento pareció que la iba a obtener. Siguió acicalando a la yegua. Ésta rumiaba pacíficamente y no le dio ninguna coz cuando él se trasladó a sus cuartos traseros y empezó a pasarle el peine por la cola. Cada día traspasaba pequeñas fronteras, como aquélla. Junto a él, el romano se removió.

—Tu hermana ha dicho que si me condenan por lo que soy, no por quien soy, entonces tu pueblo habrá caído al nivel del Roma, y la mancha nunca se limpiará —el hombre abrió los] ojos y miró al cielo abierto—. Me insulta y sin embargo vota por mi vida. Creo que me odia tanto como Duborno, pero lo que hace con su odio es completamente distinto.

—Ella no te odia. No es Duborno. Además, tú le has salvado la vida.

—Cierto. Pero tiene un sentido del honor muy particular, y yo lo he ofendido.

Bán no preguntó cómo. Ya se enteraría más tarde por Breaca, si era importante. Arrancó un puñado de hierba, lo retorció formando un mechón y empezó a quitar el barro del pelaje de la yegua. Desde el invierno no había estado limpia del todo. Parecía un buen día para cambiar aquel detalle.

—¿Sabías que está preñada?

—¿Cómo? —Bán le miró, sorprendido.

El romano estaba echado con la cabeza junto a la pata trasera de la yegua, mirándole las ubres.

—La yegua —dijo—. Está preñada.

—Ah. Sí. De un caballo negro panonio con una estrella blanca. Luain MacCalma me lo ha dicho. Estaba en celo cuando la compró y la llevó para que la cubriesen enseguida. El potro nacerá el mes después del solsticio de verano. Airmid dice que será negro con algo blanco en la cara, y que yo lo cabalgaré en batalla —no mencionó su sueño.

—Entonces debe de tener razón —el hombre sonrió de repente—. Aunque harías mejor en montar a la propia yegua. Ha visto ya muchas batallas.

—¿Y cómo lo sabes?

—Tiene la marca de la legión, ¿ves? —señaló hacia una marca que tenía la yegua

en el cuello, una serie de líneas angulares y cruzadas que aparecían superficialmente entre el barro—. LVIIIA… la octava legión Augusta. Si le limpias todo el barro de los flancos, apuesto a que esas manchitas blancas que tiene resultarán ser marcas de la espuela. La han cabalgado duramente. O bien el jinete la odiaba, o tuvo problemas en el campo de batalla y necesitaba abandonarlo rápidamente.

Bán pasó los dedos por el flanco que tenía más cerca. Allí, detrás de las costillas, notó unos bultos. La yegua movió la cola y piafó, y él apartó la mano. Siguió limpiando a la yegua, quitándole el barro pegado. Las cicatrices, tal como se había revelado, sobresalían como marcas de tiza entre el rojo intenso de su pelaje. Era increíble que no hubiese visto más allá de las manchas. Le pasó la mano de nuevo, comprobando la extensión del daño.

—¿Tú la conocías? —preguntó.

—No. Nunca he estado con la Octava. Pero he conocido muchas como ella. Viven una vida corta y brutal. Ella está mucho mejor ahora. Podrías… —su voz se apagó. Con un tono distinto, dijo—: Un cuervo. Qué indiscreto.

Dijo el nombre del ave en iceno, aunque habían estado hablando en galo. Bán estaba trabajando bajo el estómago de la yegua. Se puso de pie. El romano se había trasladado. Estaba echado con la espalda apoyada en un pequeño montículo, con los dedos enlazados flojamente detrás de la cabeza y los ojos abiertos, mirando con sombría fascinación a un cuervo que saltaba por la hierba a un tiro de lanza de sus pies. Mientras Bán lo contemplaba, el pájaro picoteó una pila de estiércol de caballo medio deshecho y sacó de él un gusano.

—Ahuyéntalo —Bán levantó el brazo para arrojarle el manojo de hierba.

—No. Déjalo —el romano estaba muy quieto.

Tenía pequeñas perlas de sudor en las sienes. Otras habían caído dejando un rastro que bajaba hasta el borde de su túnica. Tenía la mandíbula tensa, y los músculos de su cuello eran como cuerdas. Era la primera vez que Bán veía el miedo en él, de una forma que podía comprender. Las implicaciones de aquel hecho pusieron un escalofrío en su espalda. Abandonando a la yegua, caminó cuidadosamente hasta el costado del hombre y se sentó. Le puso una mano en el hombro y notó que sus músculos se estremecían.

—¿Cómo sabías el nombre del pájaro en iceno? —preguntó, suavemente.

—Tu hermana me lo ha dicho —el hombre no hizo movimiento alguno para quitar su mano—. Hemos visto uno esta mañana, cuando cabalgábamos hacia la casa grande, y se lo he preguntado. Es mi nombre, o algo parecido. En latín, Corvo, el cuervo. Es el nombre de mi casa.

—Así que podía haberte llamado Corvo, en lugar de «el romano», o «el extranjero» todo este tiempo. ¿Por qué no nos lo has dicho?

El hombre sonrió. Sus labios se distendieron mostrando los blancos dientes. No había humor alguno en su rostro. Sus ojos seguían fijos en el pájaro.

—¿Con lo que se avecina? ¿Con vuestros soñadores viendo mensajes en el vuelo

de las aves, y en las formas de las hojas de hierba? ¿Acaso crees que estoy loco?

Sordamente, Bán dijo:

—No ven mensajes de esos —empezaba a sentirse mal, y no sabía cómo enfrentarse a ello.

—Ahora lo sé. Pero cuando llegué, no lo sabía. César escribió todo eso, y yo le creí. Lo siento…

El hombre encogió los hombros. Pero no consiguió aliviar la tensión de sus músculos. El cuervo sacó otro gusano y lo cortó en dos. El romano tembló, como un caballo que se sacude las moscas.

Bán dijo:

—¿Quién te ha contado lo que se avecina? ¿Breaca?

—No. Es demasiado generosa.

—¿Duborno entonces?

—Claro. Me dijo que el último hombre condenado por el Consejo de los ancianos vivió durante un día y medio antes de que los pájaros lo mataran al fin —su voz sonaba extrañamente hueca.

Bán se enderezó al momento.

—¿Que te dijo qué?

El cuervo voló hacia las ramas superiores del haya, graznando lleno de disgusto. El romano inclinó el cuello para mirarlo.

Furiosamente, Bán dijo:

—No le escuches. Él no sabe nada. No puede saberlo. Eso ocurrió en tiempos de su abuelo. Él no había nacido entonces. Ni siquiera su padre había nacido. No es verdad. Y ahora no ocurrirá. Te dejarán luchar con Caradoc, tienen que hacerlo.

—¿Tienen que hacerlo? No veo por qué. Yo no lo haría —los ojos del hombre, fuera de su vista, estaban fijos en el cuervo. Como alguien que sale de un sueño, añadió—: Los soñadores le rompieron los miembros y le ataron a la plataforma, y le abrieron el abdomen con un cuchillo, formando una cruz, para que los cuervos pudiesen alimentarse sin obstáculos. Dicen que vivió un día y una noche, hasta el anochecer del día siguiente, y que murió solo cuando uno de los pájaros le arrancó el hígado y le hizo sangrar. Y aun entonces…

—¡Para! —Bán notaba las náuseas subir por su garganta. Tragando con fuerza, dijo—: Duborno puede estar loco, pero no tienes por qué hacerle caso. No importa lo que ocurriese entonces. Era diferente. Verotago había traicionado a los coritanos. Seis guerreros murieron a causa de lo que él hizo, su padre y su hermana entre ellos. Estábamos en medio de una guerra, y perdiendo. Otros podrían haber seguido su ejemplo. Los soñadores querían demostrar algo.

—¿Y qué es lo que van a hacer ahora, sino demostrar algo?

Bán se echó a llorar. Ardientes lágrimas de rabia y frustración caían por sus mejillas, reuniéndose en su clavícula.

—No es lo mismo. Tú no has hecho nada para ofender a los dioses. Incluso has

evitado que Duborno cayese en la poza. Si hubiese caído al agua ellos le habrían despellejado, antes de romperle los miembros y colocarle en la plataforma. Lo único que intentaba era que te obsesionases. No dejes que lo consiga —se esforzó por pensar y encontrar una fuente de tranquilidad. Solo una le vino a la mente—: ¿Has hablado con Airmid?

—No. Le duele mirarme. Lo hace, pero el esfuerzo resulta penoso de contemplar. No creo que nos ayude a ninguno de nosotros empezar a insistir en los detalles.

Bán se arrodilló. Cogió las manos del hombre entre las suyas propias. Miró hacia los ojos del otro, al alma que residía en su interior. La voluntad que vio hizo que se tranquilizase.

—Corvo, escúchame. No harán eso. Si tienes que morir, será rápido. Hay formas de torcer el cuchillo para que perfore el corazón antes que nada —nunca lo había dicho, pero en la parte más profunda de su alma sabía que aquello era cierto. Hizo un movimiento de corte hacia arriba, hacia la base del esternón, y notó la breve conmoción en la respiración del hombre. La mano de Bán se trasladó hacia abajo, al lugar donde sabía que tenía la antigua herida, en el costado. Tocando el hueco, dijo—: Te lo prometo, será mucho más rápido de lo que fue la lanza en el costado. ¿Tan malo fue aquello?

El hombre esbozó una sonrisa.

—No. La verdad es que no la noté hasta después. Estaba muy ocupado, y no esperaba un ataque por ese lado. Mi vexillario se supone que debía detenerla, pero ya había caído.

—¿Y qué le ocurrió?

—Levantó demasiado el brazo. Una lanza se clavó en su axila, donde no hay armadura.

—¿Y murió?

—Al final sí. Los físicos de campaña intentaron curarlo durante dos días.

—¿Dos días?

—Bueno, quizá fueron cuatro.

—¿Y esto sería peor?

—Quizá no —el hombre rio brevemente, con dureza, acabando con brusquedad —. Gracias por esto —liberó sus manos de entre las palmas de Bán y se echó atrás en la hierba, donde había estado antes.

Mirando hacia arriba, Bán vio que el cuervo había desaparecido. Cerró los ojos y notó el calor del sol e intentó calmarse.

—Al menos aquí no tenéis prisiones —dijo el romano, soñador—. No podría soportarlo, no poder ver el cielo, ni oír los pájaros. Dicen que Julio César metió a Vercingetórix en una celda subterránea durante años, antes de hacerle matar. El hombre estaba roto mucho antes de que le sacaran a la luz del día.

Bán se echó a temblar. La yegua roja se movió en torno a ellos, pastando cerca de sus pies. Él se levantó y la tocó, para notar la sensación de algo real entre sus dedos.

—¿Y por qué hizo una cosa semejante?

—Porque podía hacerlo. Porque quería demostrar algo. Supongo que porque era general y había visto a muchos hombres morir en el campo de batalla, y sabía que hay pocas cosas que se puedan hacer a un hombre que sean peores que la guerra. Es cierto. Me había olvidado… —el hombre se puso de pie lentamente y miró a su alrededor—. ¿No oyes un caballo?

Bán lo había oído. Se volvieron juntos, sentados en el montículo. La figura que emergió del bosque estaba demasiado distante para verla claramente, pero una mata de pelo rojo y la velocidad suicida marcaban a Breaca tan claramente como si hubieran reconocido su rostro. El romano se puso de pie y la vio pasar.

—Es tu hermana —dijo—. Ha cogido de nuevo tu potro pardo.

Hablaba a la ligera, como si la elección del caballo fuese el punto más interesante de toda la conversación. Breaca llegó a la esquina del muro y dio rienda suelta al potro. Éste era medio hermano de la potranca regalada a Amminio. No era tan bueno como ella, pero se acercaba bastante. Corría casi tan rápidamente como la yegua gris.

—Está muy enfadada —dijo el romano. Se quedó muy quieto.

—Es muy desgraciada. Y no necesariamente por ti.

—¿Y por eso Airmid y tu padre la vienen siguiendo?

Bán miró hacia los árboles de nuevo. Airmid estaba de pie con Luain MacCalma en el camino. Su padre no estaba allí. Era un error cometido a menudo el último mes por aquellos que no conocían bien a su familia. Pero aquel día no importaba. Lo dejó pasar.

—Es Luain, el soñador. Trae noticias de Mona, que Breaca no quiere oír. Lo habrá dicho formalmente en el Consejo, para buscar la aprobación de los ancianos.

El romano asintió, ausente.

—¿Se irá ella antes de la votación?

—No. Solo lo discutirán después —Bán se sintió enfermo de nuevo. Abajo en los árboles, un rayo dorado captó el último sol de la tarde, y Airmid se volvió como si alguien la hubiese llamado—. Caradoc está ahí —dijo.

—Entonces tendrá noticias —el romano se sentó, de repente.

Bán se puso de pie y levantó el brazo. Luain MacCalma le vio y le saludó, señalando. Caradoc surgió entre los árboles y empezó a subir el montículo hacia el tronco de tejo que bloqueaba la entrada al campo inferior. Caminaba deprisa, pero sin correr; no tardaría mucho en alcanzarles. La yegua roja empujó con el morro a Bán, pero él no la tocó, como hubiera hecho en cualquier otro momento.

Caradoc saltó fácilmente el tronco. *Granizo* le vio y bajó por el montículo para saludarle; el joven guerrero también había encontrado formas de congraciarse con los perros.

—Creo… —Bán se detuvo. Lo que pensaba no importaba. La atención del romano estaba centrada enteramente en el hombre que subía la colina hacia ellos. Su piel estaba gris, cuando antes era bronceada, y el sudor corría a raudales de sus sienes.

Tenía las manos apretadas encima de las rodillas, muy tensas. Bán intentó tragar saliva, pero tenía la boca demasiado seca. Sus sentidos se expandieron de un modo excepcional. El corazón le latía como loco en los oídos, ensordecedor. La yegua se apartó para orinar, y el olor terroso y punzante de la orina, normalmente familiar, le mareó. Le picaba la piel. Todos los sitios donde le rozaba la túnica eran como una llaga que se hubiese rascado mucho. El oro reluciente del cabello del hombre se convirtió en una fuente de sol, en un mundo súbitamente alterado. Se frotó las palmas de las manos en la túnica y después se arrepintió—. ¿Es así como se siente uno antes de la batalla? —preguntó.

—Sí, pero en batalla, uno tiene un arma, y al menos la ilusión de poder elegir.

—Por supuesto —ahora no había elección.

Por entonces, ya se habría decidido si le dejaban ir a la muerte como un guerrero con una espada prestada o si Duborno había conseguido influir lo suficiente para lograr que le hiciesen morir roto encima de la plataforma. Debían de haber discutido la forma de escapar a tal destino, sin hallar solución. Caradoc pasó por detrás de un seto de espino hablando y se encontró fuera de la vista durante el espacio de dos zancadas. Sin mover los ojos, Bán sacó el cuchillo de su cinto y se lo tendió, colocándolo plano en su mano.

—Toma —dijo, rápidamente—. Esto te da alguna oportunidad —la empuñadura hizo una breve presión en su palma y luego lo soltó.

El guerrero estaba cerca. *Granizo* trotaba a su lado, alegre. El hombre bajó la mano como habría hecho con su propio perro, y acarició las grandes orejas con aire ausente. A una distancia de una lanza del romano, se detuvo. El mundo se detuvo con él. Bán sintió que se le cerraba la garganta y que las lágrimas le quemaban los ojos. Intentó hablar y no le salían las palabras. El romano estaba quieto, como una estatua. Tenía la cara bastante blanca.

Durante largo rato se quedaron así, y entonces Caradoc levantó el brazo formando el saludo de un guerrero a otro e inclinó la cabeza, y con aquello bastó.

Era más que suficiente; las palabras no lo habrían expresado mejor. Bán apartó la mirada, con los ojos todavía ardiendo. Junto a él, sintió que el hombre respiraba tan fuerte como si fuera su primer aliento en este mundo. En el momento que transcurrió después, empezó a jurar en voz baja, una larga catarata de palabras extranjeras, en medio de las cuales se invocaba a Nemain como salvadora y luego a Briga, cuyo pájaro era el cuervo. Cuando se quedó sin palabras, miró al guerrero.

—Gracias —dijo—. ¿Puedes explicarme por qué? —hablaba galo, por respeto.

—MacCalma ha hablado de su sueño —Caradoc se agachó y se sentó en la hierba —. Y luego Airmid ha contado también el suyo. Son nuestros soñadores más poderosos, y lo que decían era lo mismo. No es a ti a quien debemos temer, y tu muerte no haría nada para detener una invasión, si es que llega. Sabiendo esto, era solo el orgullo herido y el recuerdo de las acciones de nuestros antepasados lo que reclamaba tu muerte. Nada de ello bastaba. Los soñadores no aceptan tu muerte.

—¿Quieres decir que Airmid no la acepta?

—No. Ninguno de ellos. Han dicho eso y han decidido el voto. Algunos todavía han votado en contra, pero la mayoría estaba contigo.

—¿Y tú? ¿Puedo saber lo que has votado?

A él le importaba, se podía ver. Caradoc asintió. Sus ojos estaban llenos de vivacidad y humor, más brillantes que nunca desde el día del naufragio.

—Puedes —dijo—. Las cosas han cambiado desde que nos conocimos. Cuando el mar te arrojó a nuestros pies, yo te habría matado, ya lo sabes. Incluso después de tu actitud en el río, habría votado por tu muerte, porque la creía necesaria para preservar a nuestro pueblo. Pero los soñadores han hablado en contra, y yo confío en ellos. Si dicen que no hay motivo alguno para tu muerte y que ofendería a los dioses matarte, entonces les creo. He votado que te dejásemos ir, y me alegro de que la mayoría tuviese esta opinión.

—¿Y qué ha ocurrido con Duborno? Él no se alegrará.

—No. En absoluto. Pero sigues siendo un huésped. Si te mata, sería un asesinato, cosa que lleva consigo la muerte del soñador, y él no se atreverá a correr ese riesgo. Ahora tienes derecho a llevar espada, pero te sugiero que no lo hagas a menos que quieras que él te desafíe. Eso resultaría… complicado.

—Sí, ciertamente. Gracias.

En el silencio que siguió, el romano se llevó la mano al rostro y se pellizcó el puente de la nariz. Había hecho lo mismo en sus primeras conversaciones con Bán, cuando no encontraba las palabras y se les acababan las señas útiles. Luego, añadió:

—¿Y ahora? ¿Me daréis un caballo y me diréis hacia dónde tengo que cabalgar?

—Si lo deseas —Caradoc se puso de pie de nuevo—. Por otra parte, si quieres volver a casa antes de que tus hijas tengan nietas, entonces te acompañaremos al sur, al puerto que está más allá de la fortaleza de mi padre, y podrás coger un barco mercante desde allí.

El romano se echó a reír, de forma resuelta y algo descontrolada, de modo que uno podía leer en su expresión las primeras oleadas de alivio, apenas contenidas.

—¿Puedes decirlo de nuevo en latín? —pidió—. Creo que el galo me está fallando. El caso es que no tengo hijas, ni niños de ningún tipo… pero, ¿me estás diciendo que tú entrarás a caballo en la ciudad de tu padre y de tus hermanos? Yo pensaba que estabas en guerra con él…

—Todavía no. Yo no lucho a menos que haya una buena posibilidad de vencer.

Caradoc lo dijo de nuevo en latín, tomándose mucho más rato y construyendo las frases mientras el otro le hacía preguntas. Bán contemplaba el cambio en la cara de su amigo al ver que el mundo se abría ante él. Cuando las preguntas se acabaron, el romano se puso de pie y, volviéndose, hizo una seña a Bán. En galo, le dijo:

—Perdóname. No pasa todos los días eso de que a un hombre le devuelvan su vida. Si no es una descortesía, creo que preferiría pasar un cierto tiempo a solas con los dioses. Te doy las gracias por tu compañía.

Bán sonreía ampliamente, como un loco. Las lágrimas bajaban a raudales por su rostro, pero no le preocupaba.

—No tienes por qué darme las gracias.

—No. Pero no estoy seguro de que tenga ninguna otra forma de devolverte el favor.

Lo dijo dudando, usando las palabras equivocadas, y además, devolver el favor a un amigo era un concepto demasiado complejo en cualquier lengua. Bán se puso de pie y le ofreció la mano para que se la cogiera, a la manera de los romanos. Puso su brazo en el hombro del otro.

—Ve —dijo, sonriendo—. *Granizo* y yo nos vamos a cazar ahora. Tendremos carne para la cena de esta noche. Procura volver a tiempo o Camma se sentirá mortalmente ofendida. Ella es mucho peor que los soñadores cuando se enfada.

* * *

—¿Te habría gustado que se quedara?

Bán estaba sentado en la loma, bajo el haya. El romano era una pequeña figura en la distancia, caminando por el horizonte. Caradoc estaba echado de espaldas en la hierba, y atisbaba entre las ramas, como había hecho el romano antes que él. Pensó cuidadosamente antes de responder.

—Creo que habría sido mejor luchar a su lado que luchar contra él.

Bán se dio la vuelta, apoyando la barbilla en los puños. Había pasado algo más, al parecer, que el baile de un romano con la muerte. Encontró un hayuco marchito que había quedado después del invierno y lo abrió entre los dedos. La bellota que tenía dentro era pequeña y arrugada. Se la tendió a la yegua roja y ella la cogió de su palma delicadamente.

—¿Es esto lo que han soñado? —preguntó—. ¿Que tú luchabas contra él?

—Quizá. Es difícil decirlo. Ya has experimentado lo que di una ensoñación auténtica; yo solo he conocido sueños, y confusos, pero parece que en ambos casos, nada es preciso. Todo son formas, sombras, y hay cien diferentes interpretaciones, todas las cuales pueden ser ciertas… o ninguna.

—¿Pero habrá guerra?

—Sí. Habrá una guerra como nunca antes hemos conocido. Un hermano será la chispa que encienda la llama, y el otro hermano será el que la avive.

Un nombre flotaba en el aire entre ellos. Bán fue el primero en hablar.

—Amminio —escupió.

El simple nombre le amargaba en la boca, y su sonido empañaba toda la luminosidad del día.

—Eso creen. Yo estoy seguro. En cuanto mi padre muera, actuará.

Caradoc se volvió de costado. Una débil cicatriz en la mandíbula recordó a Bán que era un guerrero con una docena de muertes en su haber. Sus ojos grises escudriñaban profundamente, tal como Luain había hecho antes, en el cabo. Había una oferta de amistad en ellos, si uno quería verla. Se limitó a decir:

—Mi hermano estará en la fortaleza. Si quieres venir con nosotros, debes estar preparado para eso.

Bán le miró. No había pensado en nada más allá del día presente, y de la muerte que, según había creído hasta ahora, vendría a continuación.

—¿Se me permitiría ir?

—Si lo deseas. Tu padre irá, y también Macha. A Airmid se le ha dado permiso para viajar. MacCalma la ha llamado Airmid de Nemain, cosa que creo que ella no esperaba. Eso la coloca muy por encima de cualquier soñador de los icenos de las últimas tres generaciones.

—¿Pero aun así tendrá que ir a Mona?

—Sí, claro. Cabalgará con los icenos hasta las fronteras de vuestra tierra, y luego se volverá hacia el oeste.

—¿Sola?

—Supongo que sí. Breaca se ha negado a tomar el juramento de guerrero. La oferta se ha pasado a Tago, que también la ha rechazado. Así que queda…

—¡Duborno! —Bán dejó que el pleno horror del hecho le penetrase—. ¿Duborno el guerrero jurado de Airmid, en los años que pase en Mona? ¿Y ella lo ha aceptado?

—¿Crees que a ella le importa? Por entonces, Breaca ya se había ido. Ella habría aceptado a Amminio, si con eso hubiesen acabado el Consejo y la hubiesen dejado marchar.

—Quizá —Bán solo escuchaba a medias.

Recordaba a su hermana y la velocidad con que había cabalgado el potro pardo. Y a partir de ahí recordó otras cosas. Se mordió los labios, reuniendo el valor necesario para hablar. Los ojos grises esperaban, pacientes.

—¿Estará bien en la corte de tu padre? —preguntó—. ¿La potranca parda?

—No —fue una palabra breve.

Los ojos decían más. Bán leyó la ira y una rabia mucho más profunda bajo ellos.

—¿Está…?

—Está muerta. Yo no me encontraba allí. Togodubno hizo lo que pudo, pero no fue capaz de detenerlo. Fue muy rápido, «un acto de sacrificio a los dioses de Roma». Lo siento.

—No lo sientas. Tú no tienes la culpa.

Bán se echó de espaldas y miró al cielo. El sol se mantenía inmóvil, casi tocando el horizonte. Frente a él, el primer atisbo de la luna aparecía ya en el este. Ofreció una plegaria y la promesa de venganza. Finalmente, se sentó y levantó el brazo. El otro lo agarró, como haría un amigo, cogiéndole por el codo.

—¿Le matarás? —preguntó.

—¿A Amminio? Ah, sí —Caradoc de los trinovantes sonrió brevemente—. Desde luego que sí, le mataré, Pero no hasta que muera mi padre. Hasta entonces no puede ocurrir nada. Mientras tanto, viajaremos a la fortaleza de mi padre y veremos lo que pasa.

# XII

«Será mayor que cualquier cosa que hayas imaginado nunca».

Caradoc la había avisado, y luego Macha, en los días de preparativos antes de abandonar la casa redonda. Gunovic había preparado el terreno a lo largo de los años con sus canciones invernales y Arosted había hecho su aportación con lacónicos monosílabos, picantes como su sal. Era la pobreza de su propia imaginación, por tanto, lo que había dejado a Breaca tan completamente sorprendida ante la realidad de lo que era la fortaleza de Cunobelin.

—Es el efecto que se propone causar. No permitas que lo haga.

Caradoc cabalgaba a su lado mientras ella conducía su delegación fuera de las filas de avellanos hasta la larga depresión que conducía hacia abajo, a la tierra de Cunobelin. Él estaba acostumbrado a esa reacción; la fortaleza había crecido con él, a medida que su padre iba asegurando sus tierras, y sabía el efecto que causaba su envergadura. Al llegar por primera vez, Breaca se había quedado sin habla ante las infinitas hectáreas de pastos, la riqueza y orden de los campos cultivados, la altura y extensión del humo de las fogatas y el calor que inundaba el aire y que hablaba de muchos más fuegos (o moradas) de las que había visto jamás en un solo lugar.

Ella era una guerrera, y fue la fortificación lo que más la impresionó, como era normal: la muralla recta y acompañada de una zanja que marcaba la primera defensa de la tierra del Perro del Sol era vasta, inalcanzable, y se extendía mucho más allá de lo que ella jamás hubiese podido imaginar. Viéndola, entendía finalmente por qué se decía que la fortaleza era inexpugnable.

Caradoc, que también era un guerrero, estaba todavía a su lado, mirándolo todo como si fuera nuevo a través de los ojos de ella.

—Ha pasado mucho tiempo desde que esas defensas hacia el norte estaban vigiladas; mi padre no cree que haya ningún riesgo de ataque procedente de los icenos. La mayor amenaza ahora procede del sur, de Beriko y sus atrebates, que esperan en el extremo más alejado del río-mar y que saquearían sin dudarlo los puertos de mi padre si tuvieran una oportunidad. Lo que verás aquí es viejo y no está bien cuidado.

Breaca dijo:

—Pero aun así es efectivo. Sería difícil para los atacantes cruzar el talud en gran número.

Caradoc levantó una ceja, sonriendo.

—Si vinieses con una partida de guerra, ¿continuarías?

Ella sintió un estremecimiento, como si un hilo de agua helada recorriera su

espalda. Guardó un largo silencio antes de responder.

—Sí, pero lo haría con mucho cuidado y me aseguraría de conocer los puntos débiles antes de empezar.

—Bien. Yo pensaría en la posibilidad de sobornar a los guardianes de las puertas. Un muro es solo una barrera si no tiene huecos —Caradoc llevó su montura hacia delante—. Hoy, eso no sería posible. Los espías nos han venido siguiendo desde que salimos de las tierras de los icenos. Mi padre debe de saberlo todo ya, incluyendo lo que comemos y bebemos mientras vamos viajando —ya iba por delante de ella. Se volvió, levantando una ceja—. ¿Bajamos y vemos si nos dejan entrar?

Cabalgaron juntos por el largo talud. Caradoc iba montado en el potro pardo y se le veía muy apuesto encima de él. El caballo había sido el último regalo de Bán antes de que la partida dejase la casa redonda, y si fue ofrecido como provocación para Amminio, así como en honor de su hermano, ninguno decidió hacer observación alguna al respecto. Era ampliamente sabido por entonces que Amminio había sacrificado la potranca a los dioses romanos, y que por tanto su espíritu se había perdido y era incapaz de encontrar su camino a la tierra de los muertos, Aun aquellos que no la conocían se sintieron abrumados al saberlo.

El propio Bán cabalgaba la yegua roja tesalia, una montura que sobrepasaba todo lo que habían visto los icenos. A causa de su valor para la cría de la manada, se había pedido permiso a los ancianos antes de que Bán se la llevase al sur, pero el voto había sido unánime a su favor. En el viaje, la yegua había resultado asustadiza y propensa a ataques de nervios innecesarios, pero Bán había jurado que él era capaz de conducirla a salvo a través de una tormenta, si tenía que hacerlo, y nadie quiso ponerlo en duda.

Un mercado de ganado ocupaba la llanura ante la muralla. Más allá, los guerreros de los trinovantes esperaban en fila, todos parecidos, con sus mantos de color amarillo aliaga y los cascos bruñidos reluciendo sordamente a la temprana luz. Sus escudos eran de bronce con adornos circulares, y los arneses de sus monturas hacían juego con ellos. Nadie llevaba lanzas, pero incluso a aquella distancia Breaca podía ver la empuñadura de espada que sobresalía por encima de los hombros de cada uno. Comprobó toda la fila, buscando a aquellos que conocía. Togodubno estaba cerca del centro, reconocible por su mata de pelo negro y la amplitud de sus hombros. Amminio, pelirrojo y llamativamente montado, estaba junto a él. Después, todos los demás le parecían iguales.

Caradoc señaló hacia su padre.

—El escudo dorado es el suyo. A la izquierda de Amminio —ella había pasado por alto el escudo, pensando que era de bronce; a plena luz del sol habría sido mucho más impresionante. Lo grabó en su mente para no olvidarlo.

También se nombró a otros, a quienes ella conocía por su reputación. Heffydd, hijo de Eynd, era el único que importaba: el falso soñador que obtenía sus sueños del Perro del Sol, y no de los dioses. Airmid le había observado mientras bajaban por el montículo, pero de forma distante, de una forma que indicaba que estaba soñando y

todavía no había vuelto al presente. Ella ya iba vestida para el viaje más largo que le esperaba después de aquél; la adarga que colgaba de su silla llevaba la piel lisa del soñador, y su manto, el gris de humo de fogata de Mona. El broche que llevaba al hombro estaba moldeado en forma de serpiente-lanza, y Breaca llevaba el que hacía juego con él. Eso era todo lo que quedaba entre ellas.

Cabalgaron por el mercado, procurando mantener el orden. Breaca, como heredera del linaje real, se puso a la cabeza, como había hecho desde que entraron en territorio trinovante. Caradoc, como hijo que volvía, cabalgaba junto a ella. Después, una larga columna de guerreros, soñadores y marineros serpenteaba detrás, ordenada según las complejas normas de rango y estatus. Había costado mucho tiempo organizar una compañía que fuese segura y equilibrada. Guerreros de todas las tierras icenas habían propuesto sus nombres para el viaje, algunos para honrar a Breaca, ya que ella encabezaba su primera delegación formal, otros por el romano, Corvo, la mayoría porque deseaban ver la fortaleza de Cunobelin y aquélla era la mejor oportunidad. Los ancianos habían tomado las decisiones al final, escogiendo a aquellos que podían defenderse bien en caso de peligro y al mismo tiempo ser una honra para su pueblo si iban en paz.

Pero no era una delegación pacífica. Macha, Airmid y Luain eran los únicos soñadores, y Bán el único niño. El resto eran guerreros adultos y la mayoría había entrado ya en combate. Los hombres de Cunobelin les esperaban ante las puertas. En cualquier enfrentamiento, es más fácil dejar que el enemigo venga hacia ti; mejor aún si estás organizado y los otros no lo están. Breaca miró los rediles de terneros y las vallas de mimbre que los cerraban por ambos lados y juró con vehemencia.

—Podremos formar una fila cuando salgamos de aquí. Te ha dejado sitio.

Caradoc cabalgaba fácilmente, con una mano apoyada en el muslo. No miraba hacia ella, iba haciendo señales, respondiendo al reconocimiento de la multitud, y habló sin volver la cabeza. Desde una cierta distancia, si le observaban, se podía pensar que él estaba hablando con el grupito de tratantes de ovejas que se arremolinaban junto a los flancos de su caballo.

Ella siguió sus instrucciones, mirando a derecha e izquierda y haciendo gestos de reconocimiento a los que la saludaban.

—Voy a llamar a los otros tan pronto como hayamos pasado. Si conseguimos pasar. Que los dioses maldigan a esta gente. ¿Por qué tienen que cruzarse todos en nuestro camino?

Caradoc sonrió a un hombre que le ofrecía cerveza e hizo un gesto para señalar que él no tenía nada que cambiar.

—Es posible que hayan recibido órdenes de hacerlo. Es la primera vez que veo que se haya convocado una feria de ganado el primer día del verano.

Un macho cabrío se lanzó contra las paredes de su redil, astillando la madera, y el potro pardo respingó al oír aquel ruido. Luchó por liberarse del control.

Breaca dijo:

—Si los caballos se encabritan, esto se pondrá feo.

—Si los caballos se encabritan, se tomará como una excusa para atacar.

Caradoc se echó a reír, jadeando. No parecía del todo infeliz con la perspectiva de la batalla. Al verla a ella se puso serio, mordiéndose los labios.

—Debemos esperar que tu hermano pueda controlar a la yegua.

—Rezo por ello —Breaca se apartó de un pequeño altercado con un alfarero y vio por qué se había asustado su caballo—. Pronto lo sabremos. A ese toro no le gustan los caballos.

Dos hombres ocupaban el camino frente a ella, discutiendo por el precio de un enorme toro ruano. El animal no había pasado bien el invierno: las costillas y los huesos de las caderas sobresalían, afilados, sin ninguna capa de grasa o músculo que los acolchara, y las huellas blancas de las cicatrices mostraban que había luchado y quizá no había ganado. Sus cuernos eran de la longitud del antebrazo de la muchacha, y estaban graciosamente curvados. Las puntas se iban aguzando hasta convertirse en finas agujas, y estaban forradas de plata. No era un simple ornamento. Había oído decir que los romanos marcaban así a sus bestias para los días de fiesta.

—¿Adora tu padre al toro?

—Mi padre adora el poder. Si creyera que un toro se lo iba a proporcionar, lo tomaría, pero éste no es de los suyos. Diles algo agradable. Piensan que estás enfadada.

—Y tienen razón. Pero no con ellos —sonrió con un impostado saludo a los adiestradores y dirigió a la yegua a la izquierda, apartándose de los cuernos.

El toro la miraba con malevolencia. La yegua brincó hacia delante, relinchando. Una ternera que mugía, sola en un redil construido para contener a varias, levantó la cola y dejó escapar un chorro líquido de orina caliente y agria. En el redil que había al lado, una cerda hozaba contra la valla de mimbre, proponiéndose, al parecer con éxito, abrirse camino para escapar. El hedor era tremendo, y el ruido peor, pero los caballos pasaron a su través y súbitamente se vieron libres de rediles y comprobaron que ni habían sido corneados ni incitados a actos indecorosos.

Con los ojos clavados en Cunobelin y su rostro inexpresivo, Breaca puso su yegua al trote, contando los pasos mientras iba caminando por la llanura; tres hacia delante: Macha y Eburovic habían pasado junto al toro y estaban a salvo; seis: Luain MacCalma, Segovento y el galo estaban ya junto a ella. Éste último no era un buen jinete; le oyó maldecir y el tintineo de sus arneses, pero nada más. Nueve: Airmid (que Nemain les ayudase a todos) y Duborno con su exceso de brazaletes y su vestido chillón estaban ya al alcance del toro. Desde que habían dejado las tierras de los icenos, se había colocado a la izquierda de Airmid, como si tuviera derecho a ello. Si Breaca lo pensaba durante un rato, se ponía demasiado furiosa para pensar en cualquier otra cosa.

Se alisó la parte delantera de su túnica, por hacer algo. Hasta aquel momento no sabía cuántos de los suyos cabalgaban tres filas por detrás; Mentalmente contó el

duodécimo paso, y Airmid estaba ya a salvo más allá de la ternera y la cerda, cabalgando ya por tierra abierta. El alivio la invadió hasta lo más hondo de su ser, nublándole la visión. Perdió la cuenta de los pasos y empezó a medir los huecos entre matas de hierba o los gruesos y extendidos excrementos del ganado para tranquilizarse. El resto de los marineros y guerreros tenían la estatura suficiente para manejar sus monturas. Era por Bán, que iba detrás de todos, por quien se preocupaba ahora.

Caradoc lo notó. Sin volverse, dijo:

—La yegua se está comportando mucho mejor que en el bosque. Está todavía a un tiro de lanza, quizá dos. Te avisaré cuando haya pasado. Mira a tu derecha; alguien te trae un regalo.

Breaca miró. Una mujer se acercaba caminando junto a su rodilla. Un manto de lana oscura le cubría el cabello y la mayor parte de la cara. Bajo ella se veía que era joven y que recientemente había dado a luz. Las manchas de leche oscurecían su túnica en ambos pechos, aunque no se veía a ningún niño con ella. El regalo que le ofrecía era un cachorro de perro de un color gris pizarra, aún no destetado. Gimoteaba ciegamente entre las palmas levantadas de la mujer. Breaca miró tras ella: negarse hubiese sido un insulto, pero no tenía intención alguna de galopar hacia delante para encontrarse con el líder guerrero más poderoso de su país acunando a un cachorro gimoteante en su regazo. Podía habérselo confiado a Airmid, pero ella estaba demasiado lejos, haciendo pasar su caballo junto a un hombre que azuzaba a un rebaño de ovejas y corderos. No había nadie más allí cerca.

Breaca se inclinó.

—Gracias. Me siento muy honrada, pero no tengo ningún sitio donde llevar tu regalo. Si pudieras dárselo quizás a…

—Yo lo llevaré.

Sorprendentemente, Caradoc había retrocedido desde la fortaleza para cabalgar detrás de ella. Sonriendo tímidamente, la mujer se volvió para saludarle o, quizá, para hablar con él de la forma adecuada. Hablaba rápidamente, y sus palabras fluían demasiado veloces para que Breaca pudiera seguirla: exhortaba, posiblemente, y reprendía. Su acento era de alta alcurnia, nada acorde con las ropas que vestía. Breaca oyó la divertida respuesta de Caradoc y el pesado sonido del bronce golpeando el hierro. Tres pasos más allá, el guerrero estaba de vuelta a su lado, llevando su regalo y sin brazalete.

—¿La conocías? —le preguntó Breaca.

El brazalete era un regalo de su padre. Valía más que ningún cachorro.

—Un poco —su sonrisa brilló mucho más que antes, sobre un lecho de súbita e inexplicable rabia.

Ella ya esperaba encontrar allí corrientes subterráneas: enemistades, antiguas contiendas y lealtades de las cuales no sabía nada, pero verlas expuestas de forma tan fácil la dejaba intranquila. Le habría pedido una explicación, pero su afilada sonrisa

no lo permitía. Él estaba muy cerca de ella, tal como habían estado en el cabo, cuando sus ropas aún estaban empapadas de mar.

Caradoc se metió al cachorro en el hueco del codo, envolviéndolo con un pliegue de su manto. Caliente y oscuro después del frío de la mañana, se quedó callado.

—Es un buen cachorro. Odras es la última del antiguo linaje real de los trinovantes. Es sobrina de la madre de Togodubno, por quien gobierna mi padre. Es conocida en toda esta tierra por la calidad de sus perros. A tu hermano le gustará éste, cuando crezca. Pero no esperes que yo lo cuide si hay lucha.

—No habrá lucha. No lo permitiré.

Sonó un juramento en latín, y se volvió a tiempo para ver a la yegua de Bán enfrentándose al toro. Los hombres habían cambiado de lado y la bestia estaba plantada en medio del camino, con la cabeza baja, de modo que los cuernos con punta de plata quedaban horizontales. El romano, afortunadamente, había conseguido pasar. Esperaba en el extremo más alejado, dando consejos en galo que eran ignorados por ambos, hombres y niño. Los cuidadores del toro habían abandonado todo fingimiento de comercio. La diversión que se avecinaba era demasiado buena. Al recibir un empujón del más alto de los dos, el toro dio un paso hacia delante y tentó el terreno con los cuernos. La plata se dobló por el extremo, retorciéndose hacia adentro.

—Bán…

Breaca se buscó la espada. Todavía no la había sacado nunca con ira. Al pensarlo, la palma le empezó a picar.

—Espera. Él puede resolverlo.

Su hermano se echó a reír alegremente y dijo algo que no oyó ella ni tampoco el romano. La yegua roja giró sobre los cascos y saltó como un ciervo, pasando por el encima de la ternera y cayendo en el redil de la cerda. Hicieron una pausa breve, de menos de un latido del corazón, solo lo bastante para levantar un torbellino de chillidos ultrajados que atrajo las miradas desde todos los rincones del mercado, y luego la yegua saltó otra vez a tierra libre. Bán la condujo con absoluta limpieza a un medio galope para reunirse con su hermana. Hubo vítores por parte de los menos contenidos, o los que tenían menos tacto de los comerciantes.

—Es buena, ¿verdad? —Bán fue a situarse a la derecha de Breaca, al lado de la soñadora. Airmid se echó atrás para dejarle pasar—. ¿Crees que han preparado todo esto para que les mostremos lo que somos capaces de hacer? —sus ojos estaban llenos de vida, y su sonrisa brillaba. En muchos aspectos era como un espejo de Caradoc, solo le faltaba la rabia contenida.

—Claro que sí —ella trató de parecer sobria, como correspondía a aquella gran ocasión, pero no lo consiguió—. Caradoc ha sido honrado con un regalo de su pueblo. Si eres bueno y no ofendes a la cerda más importante del Perro del Sol, a lo mejor te lo da.

Habían dejado a *Granizo* en casa por muchos y buenos motivos, entre los cuales

no era el menos importante que Amminio no pudiese hacerle daño, pero la separación no había sido fácil. Bán vio al cachorro y se le pusieron los ojos como platos.

—Es una perra —dijo Caradoc, levantando el borde de su manto—. Ya tienes nueva compañera para tu perro de cría.

Los ojos de Bán se agrandaron más aún.

—¿Puedo quedármela? ¿De verdad? —aún era un niño. Breaca lo olvidaba, a veces.

—Más tarde. Si sobrevive a la reunión. Ahora tenemos algo más importante que hacer —Breaca miró a la izquierda, a Caradoc—. ¿Estás preparado?

—Por supuesto. Todos estamos preparados.

—Bien —ella levantó el brazo por encima de la cabeza.

Cuarenta y dos guerreros se extendieron en fila a ambos lados: los marineros a la izquierda, los soñadores a la derecha, los guerreros en ambos extremos. Se movían casi en silencio. Ella notaba el silbido de su respiración y la presión de la concentración. Las nuevas bridas chasqueaban, y los arneses tintineaban un poco, pero las maldiciones y juramentos de costumbre se hallaban ausentes. Durante días, habían estado ensayando aquello: en el prado junto a la casa redonda, en las llanuras de las tierras de los caballos y, más tarde, en los espacios abiertos antes y después de los trechos de bosque que marcaban el territorio de los trinovantes. Ella lo había planeado, recordando la llegada de Togodubno a la casa redonda. Caradoc y el romano habían ayudado. Entre todos habían conseguido algo notable: un grupo de marineros que no eran jinetes habían aprendido a mezclarse con hombres y mujeres que habían cabalgado solos o en competición con otros durante toda su vida. Cada uno de ellos había aprendido algo, aunque solo fuese trabajar formando parte de un equipo con aquellos a quienes despreciaba. Incluso Duborno había aceptado el ensayo. Se alinearon entonces con una precisión y un orgullo que llenó de dolor el corazón de Breaca e hizo que su mano se apretase con fuerza sobre las riendas.

—Vamos —el romano habló suavemente desde su lugar en la fila.

Ella dejó caer el brazo hasta la posición horizontal, señalando hacia delante, y puso a la gris primero al trote y luego a pleno galope. Toda la fila se unió a su paso. Notó que el romano azuzaba a su caballo castrado al mismo tiempo que Bán sujetaba a la yegua roja y Caradoc templaba al pardo. Los tres mantuvieron los morros nivelados con la gris. Como había intentado hacer Togodubno con un grupo más pequeño frente a un poblado desierto, ella condujo hacia delante a su pueblo en una línea disciplinada hacia los guerreros de los trinovantes. En el último momento, levantó el brazo repentinamente y les detuvo.

Salió bien, prácticamente perfecto. Ella tiró de las riendas de la gris enfrente de Togodubno y no de su padre. El Perro del Sol, a quien gustaban todas las cosas imperiales, quedó frente al romano. Caradoc, sonriendo cálidamente, miró hacia abajo desde la altura del potro pardo, hacia Amminio. A su derecha, Bán estaba

sentado más alto que ninguno de ellos, y la yegua roja brillaba como el sol poniente con el azul de su manto iceno formando el cielo por encima de ella. Al principio era imposible mirar a otro sitio.

—Hermano —Breaca se dirigió al hombre que tenía enfrente del mismo modo en que él se había dirigido a ella cuando llegó para ofrecerle ayuda armada en su guerra contra los coritanos.

Togodubno se dio por aludido y asintió.

—Hermana. ¿Qué te trae por aquí?

Él ya lo sabía; lo sabía desde hacía días, si no meses. Los espías trinovantes estaban por todas partes. Sin embargo, se requería una respuesta pública para que todos la oyesen.

Formalmente, ella dijo:

—Los dioses han considerado conveniente honrarnos con un cierto número de marineros naufragados. Es el deseo de nuestros ancianos que sean entregados a un barco de comercio adecuado destinado hacia las Galias. Hemos garantizado su seguridad hasta que llegue el momento de abordar ese barco. Como uno que ha hablado en nuestro Consejo en nombre de tu padre, te pedimos permiso para atravesar tus puertas y dirigirnos al sur, hacia el río-mar.

—Y nos devuelves a nuestro hermano, Caratacos —era la primera vez que ella oía la traducción gala del nombre.

Togodubno hacía una afirmación, no una pregunta, y no había respondido a la petición de ella.

El propio Caradoc contestó.

—Estaba también en la *Greylag* —dijo, y vio que ellos lo sabían también—. Estoy vivo gracias a la ayuda de Breaca y de su familia. Ellos son, como tú dijiste hace tiempo, nuestros parientes más cercanos, en todo excepto en nombre.

—Ciertamente.

—Y he oído que tengo otros parientes… que has tenido un hijo. Felicidades.

Hablaba con ligereza, solo con un resto del brillo que había mostrado anteriormente, pero no era ella la única que había notado el tono punzante de las palabras. Ella mantenía quieta a la gris. Era la tranquila yegua marrón que estaba frente a ella la que se movía, y el zaino de Amminio. El propio Togodubno estaba tranquilo. De no haberle conocido antes, no habría notado el súbito acaloramiento de sus mejillas, ni reconocido la advertencia en sus ojos.

Sin alterarse, dijo:

—Odras te envía toda su consideración y sus disculpas por no poder estar presente para saludarte en persona.

—Ya lo supongo, cuando en realidad cabalga mucho mejor que todos nosotros juntos —su sonrisa era tensa, y la broma estaba dirigida hacia el interior, tanto como al exterior—. Sin embargo, me siento muy honrado. Y confío en que tu hijo tenga mejor salud que su difunta hermana.

Podía ser un interés genuino. Togodubno tardó en hallar una respuesta. Otra voz mucho más dura llenó el vacío que había dejado.

—Está muy bien. La sucesión está asegurada. Sois libres, por tanto, para continuar vuestra carrera como marinos y mercaderes.

Las palabras resonaron en el aire tranquilo como un trueno, resonando en el pecho de Breaca y desbocando el ritmo de su corazón. Como ella era de estirpe real y el orgullo de su pueblo descansaba mucho más en ella que en los demás, se esforzó por mirar a la izquierda, al origen de esa voz, al hombre cuyo nombre había sido tanto una amenaza como una promesa desde su niñez: a Cunobelin, Perro del Sol, guardián de su gente, destructor despiadado de sus enemigos, halcón de la diplomacia y lobo de las rutas comerciales.

—Saludos, princesa —tenía los ojos grises, exactamente como el más joven de sus hijos, y le sonreían.

No era un hombre robusto (tanto Togodubno como Heffydd, su soñador, eran más robustos) ni tampoco era especialmente alto. Tenía el pelo indefinido, como el color de la paja de finales de la cosecha, veteado con las blancas rayas a lo tejón de la edad. Su torques y su escudo eran de oro intrincadamente grabados, y los brazaletes que exhibía en ambos brazos estaban tachonados de coral rosa y esmaltes de colores que jamás había visto antes. Aparte de eso, no había elegido presentarse con particular ostentación; Duborno le habría superado en las galas sin el menor esfuerzo, y Bán iba mucho mejor montado que él. Lo que tenía aquel hombre era una presencia que no dejaba lugar para maniobrar, que inspiraba no tanto miedo como la certeza de que su voluntad era ley, y no se podía contradecir; de que ella no era nada, y él era el mundo entero. Como su fortaleza, él era todo lo que le habían contado y mucho más. «Será mayor de todo lo que hubieras podido imaginar». ¿Cómo podía haber sido de otro modo el hombre que había creado aquello por pura fuerza de carácter, y lo había mantenido durante treinta años sin recurrir a la guerra? Y la había llamado princesa…

Ella le saludó de la forma que saluda un miembro de la estirpe real a otro.

—Cunobelin, señor de los catuvelaunos y protector de los trinovantes. Tu presencia nos honra —era el saludo más formal que conocía.

Habló en el dialecto neutral con el cual Togodubno había empezado, renunciando a las vocales más abiertas y a las consonantes más suaves de su tierra nativa.

—No más de lo que tú nos honras a nosotros —él volvió a sonreír, en esta ocasión con algo más que sus ojos. Como le ocurría a Caradoc, la sonrisa cambiaba todo su aspecto y el aire que le rodeaba, de modo que el sol que acariciaba su piel pareció más cálido—. Tenemos un barco en la dársena, en el puerto del sur. No tiene ni la velocidad ni la palamenta de la *Greylag*, pero se la considera una buena nave. Nos sentiremos muy honrados si vuestros marineros la aceptan como regalo.

«¿O sea que quiere darles un barco? ¿Como regalo? ¿Un barco entero?».

Ella se quedó sin habla; ésa debía de ser la intención. Segovento estaba cerca y

habría oído la oferta, sin duda; la mitad del prado se encontraba lo suficientemente cerca para oír. Se oía también el tintineo de los arneses y el pataleo de los caballos apenas contenidos hacia el extremo más lejano de la fila, a mano derecha, donde el galo montaba su jaca ruana. Frente a Breaca y sin que su padre le viera, Togodubno inclinó la cabeza y la volvió a levantar, afirmando de forma innegable. Ella se sintió enormemente agradecida por el gesto.

Levantando la voz, dijo:

—Estoy segura de que el capitán de la *Greylag* se sentirá abrumado por la gratitud ante tal obsequio.

Era la respuesta correcta. La mañana se iluminaba con todo aquel brillo excesivo. A su lado, oyó el suave resoplido que lanzó Caradoc, divertido. Su padre se limitó a asentir.

—Bien —sonriendo todavía, aunque de forma más pensativa, el Perro del Sol hizo girar a su caballo—. El barco todavía no tiene nombre. Está en la dársena, en el atracadero más profundo del río. Lo visitaremos más tarde para asegurarnos de que es aceptable para los que tengan que manejarlo. Quizás entonces quieran darle un nombre. Mi gente ha preparado una comida. ¿Aceptarás nuestra hospitalidad y te unirás a nosotros?

Aquello tampoco era una pregunta. Breaca asintió con la cabeza. Con enorme dignidad, dijo:

—Nos sentiríamos muy honrados.



Ella había esperado los manjares de Roma, o de una falsificación gala de Roma. Estaba preparada para que le ofreciesen vino y rehusarlo, y enfrentarse con pescado, aves acuáticas y otras bestias de Nemain, y rechazarlas también; que la sirvieran esclavos, y rechazar su servicio. Había hecho lo que había podido, con la ayuda de Caradoc, de Luain MacCalma y; posteriormente, del romano, para comprender lo que era comer de una sola bandeja, inclinándose de costado desde un banco elevado del suelo, y se había preparado para comer con aparente placer los frutos y verduras, salsas y especias de otro continente. Había visto la vulgaridad de la joyería sureña, y estaba preparada para verla reproducida en las colgaduras y grabados, la cerámica y las ropas de aquellos que la saludasen.

Pero lo que le ofrecieron fue un banquete como el que ella ofrecería en su casa… una versión magnífica, sobria y perfectamente replicada de las costumbres de su propia casa.

La casa grande del Perro del Sol podía haber sido la de los icenos, de haber elegido éstos construirla con la puerta cara al sur y unas colgaduras amarillas en las paredes, y

de tener solamente el signo de un soñador grabado en las jambas de la puerta. Como necesitaba encontrar algún defecto, decidió que los grabados de osos eran opresivos y extrañamente torpes, como si hubiesen sido dibujados desde el exterior por alguien que temía lo que estaba viendo, más que desde el interior con la comprensión y la mezcla de almas de los sueños. Ella observó a Airmid y vio que ella lo notaba, y la vio también picotear la comida con cuidado, probándolo y examinándolo todo en busca de alguna otra prueba de fracaso. Pero no se podía encontrar ninguna. Todo estaba en orden, e incluso más que eso. El Perro del Sol exhibía su riqueza con buen gusto y contención, dejando que la calidad y cantidad de los manjares hablasen por él. Al final de una buena cosecha, los icenos podían haber preparado un banquete de esa envergadura para los mismos comensales, pero no a principios de la primavera, al final del invierno más duro que recordaban las ancianas. Les ofrecieron pastelillos de avena y miel (¡miel en primavera!) y cebada malteada, y buena cerveza fresca, no agriada por el almacenamiento, y un jabalí entero asado juntamente con un ternero, para los que lo preferían, y jamones salados que todavía no se habían secado. Había más carne de la que ella hubiese preferido, pero fue servida como cortesía, y ellos habrían hecho lo mismo, de haber podido, si el Perro del Sol les hubiese visitado en la casa redonda. La única diferencia clara era la ausencia de mujeres. La madre de Togodubno estaba allí, una mujer silenciosa y atenta, alta y morena, como su hijo, y una mujer más joven que le hacía fiestas a Amminio, pero ninguna más.

Acabaron con más cerveza y una historia por parte de Heffydd, el soñador, que hablaba de un joven héroe que había naufragado en una costa extraña y volvía a casa con nuevos compañeros. A los marinos les gustó, particularmente la vívida y ampulosa descripción del nuevo barco regalado por el padre, rebosante de alegría. Caradoc escuchó todo el relato impasible. Al final, se puso de pie y salió de la habitación mientras los otros todavía estaban felicitando al cantor. Finalmente, los marineros fueron invitados a abandonar el círculo y unirse en pequeños grupos a discutir de comercio con algunos de los comerciantes. Segovento estaba visiblemente feliz, y su voz se elevó hasta llenar el espacio que quedaba hasta el techo. Aquellos que no estaban directamente implicados en las negociaciones trajeron dados y unos cuantos juegos de mesa. Breaca se volvió y encontró a Cunobelin junto a ella.

—Aquí estarán bien durante un rato. Más tarde visitaremos el barco, cuando hayamos superado el sopor producido por la comida. Mientras tanto, los dioses han mantenido para nosotros el buen tiempo. Hay viento, pero hasta ahora nada de lluvia. Quizá querríais visitar nuestros puestos comerciales y nuestros talleres. Nuestra gente estaría muy contenta de conoceros en persona.

—Nos sentimos muy honrados. Gracias —dijo ella, automáticamente; las formalidades de la conversación le salían con mucha mayor facilidad a medida que progresaba la comida. Mirando a su alrededor, contó a aquellos en los que se podía confiar para que la acompañaran. Macha y Eburovic estaban cerca, enfrascados en una conversación animada, aunque vacua, que les permitía al mismo tiempo escuchar

a otros. Luain MacCalma discutía con Heffydd; desde el lado más alejado del círculo, ella veía la tensión en el rostro de aquel hombre. El soñador trinovante estaba apagado, pero no abiertamente furioso. Airmid estaba sentada con Bán jugando a la taba, aunque ninguno de los dos prestaba atención al juego. Más lejos, Tago y Duborno se habían dejado seducir por los tableros de juego. Tago ya había dejado su daga en el suelo como prenda. Ella les observó, pensativa. El Perro del Sol sonreía.

—Que se queden aquí. No perderán hada de valor, aparte de su orgullo. En cualquier caso, estás a salvo aquí, y si no fuera así, dos guerreros inexpertos no supondrían diferencia alguna.

Era precisamente lo que ella había estado pensando, repetido por Cunobelin con toda exactitud, como si hubiese Breaca pensado en voz alta. Notó un escalofrío que le bajaba por la espalda, y el regusto de la comida se agrió un poco en su boca. Deseó haber bebido menos cerveza. El Perro del Sol alzó una ceja.

—Los jóvenes están ocupados. Creo que no tenemos que hacer ninguna salida especial. Caradoc ya está fuera y los mozos de cuadra atienden a vuestros caballos y esperan. ¿O prefieres caminar?

—Los icenos raramente preferimos caminar —dijo ella, tensa. Airmid habría reconocido la tensión en su sonrisa—. Si están dispuestos, no les hagamos esperar.

* * *

Formaron una partida pequeña: su familia, incluyendo a Airmid y Luain, acompañada por Cunobelin y su hijo menor. Caradoc se había relajado desde el final del cuento del soñador. Su voz se había suavizado, y el brillo salvaje de su sonrisa había desaparecido. En algún momento entre la reunión junto a la puerta y el inicio de la comida, le había pasado el perrillo a alguna otra persona para que lo cuidase, y había recuperado su brazalete. Ella se cuidó mucho de no comentar ninguna de ambas cosas. Él cabalgaba con facilidad por el camino, señalando las cosas nuevas o diferentes que encontraban: la capa de cenizas extendida por el camino, para que empapase el barro y así resultase más fácil la marcha, la fila de antiguos robles que habían quedado de los días en que los soñadores todavía ejercían su influjo, el río en la distancia, y las barcazas de fondo plano que transportaban a los comerciantes y sus mercancías a los barcos mercantes, amarrados en los muelles más profundos, al sur. Ella lo estudió todo mientras cabalgaban, buscando los pequeños signos de peligro que había aprendido a conocer. Caradoc tenía el mismo aspecto relajado antes de la carrera del río, y la mañana del consejo de los ancianos, y en ningún momento su talante había reflejado la realidad que subyacía. La miró de refilón, divertido, y dejó de pronto su descripción de las barcazas.

—¿Has jugado alguna vez a la Danza del Guerrero?

Se lo preguntó en galo, sin ningún motivo en especial; todos los que se encontraban a su alrededor lo hablaban bien, y si les oían, aquello no les proporcionaría más intimidad. Sin embargo, ella contestó lo mejor que pudo en la misma lengua.

—¿El juego de mesa que tus hermanos estaban practicando cuando salimos de la casa grande? No. Gunovic sabe jugar, pero yo nunca lo he intentado. Me han dicho que requiere mucha perspicacia.

—Puede ser, aunque nadie lo juega así. Togodubno, por ejemplo, usa sus piezas como armas, haciéndolas marchar por el tablero como caballos que pisotean a guerreros derrotados. Amminio puede pasar todo el día jugando como si moviera las piezas simplemente por la sensación que le producen al tocarlas o la belleza de los dibujos que forman en los cuadros. Uno casi se olvida de que en realidad juega para ganar.

—¿Pero gana?

—Por supuesto. Siempre. Es imbatible, como un carnicero que arrasa en el matadero. Duele verlo. Si pierde, es solo para atraer a su contrincante a una apuesta más importante.

—¿Te gana incluso a ti?

Doblaron una esquina y se encontraron con el viento de cara. Caradoc estrechó los ojos al notar su punzada, mirando más allá de los talleres, hacia la cinta ondulada del río por el norte.

—Los ordovicos tienen un dicho: «un hombre no consigue honor alguno cuando juega para matar» —lo dijo sin rencor—. Yo no he jugado contra mi hermano desde que gané mi primera lanza. Antes sí, me ganaba desde el día en que fui lo bastante mayor para jugar, hasta el día que fui lo bastante mayor para poner fin a los juegos —le sonrió, divertido—. Se estimula mucho la competitividad en la corte del Perro del Sol —dijo—. Pero no se puede perder. Mi hermano no se lo toma bien —había cambiado de lengua, trasladándose fácilmente a la suya propia y llevándola hacia el norte, a las vocales más abiertas y la forma más lírica, la que menos podía comprender su padre, con toda probabilidad—. A quien hay que observar es a mi progenitor. Es un maestro, pero no juega con un tablero. Contémplale. Es instructivo en el juego de la vida.

—Lo haré.

Cabalgaron en silencio. El viento soplaba de costado, aventando los espesos vapores de cerveza de su cabeza. El camino hacia los puestos de venta era recto y lleno a ambos lados de talleres y puestos comerciales. Breaca contó cuatro fraguas distintas, señaladas por el calor de sus fuegos y el color más pálido del humo que desprendían. Entre ellas se encontraban guarnicioneros, alfareros, tejedores y cerveceros, vendedores de sal y comerciantes que ofrecían las especias, salsas, olivas y vinos contra los cuales le habían advertido. Ninguno de ellos la asedió ofreciéndole nada, y así se ahorró la descortesía de tener que rechazarlo.

Se detuvieron ante las fraguas al llegar hasta ellas. En la primera, el herrero le ofreció una daga con una piedra de color azul iceno engastada en el travesaño y un delfín saltando en el pomo, y ella la aceptó. El segundo se fijó en el broche en forma de serpiente que ella llevaba en el hombro, que había hecho ella misma. Ella no se lo dio, pero se ofreció a volver y forjar uno similar en su fragua. El tercero alabó mucho su torques, y, al saber que era Eburovic quien la había hecho, insistió en que su padre se quedase en la fragua para discutir los distintos métodos de dibujar en el oro y quizá para involucrarlo en algún experimento práctico. Cunobelin, a quien se requirió que aprobase esa visita, dio su consentimiento sin objeciones. Poco después también Macha se vio seducida por un tejedor, que alabó la fina tela de su túnica, y luego Airmid por una mujer con un niño pequeño que al parecer necesitaba de forma obvia y urgente un poco de verbena. Luain MacCalma se quedó con ella, para ayudarla en la curación.

Pronto quedaron solo cuatro: Breaca y Caradoc, Bán y Cunobelin. Nada de todo aquello podía estar orquestado, y no se podía hacer nada más que sonreír, asentir y escuchar mientras el Perro del Sol demostraba la riqueza abrumadora de su reino.

La cuarta fragua estaba apartada del camino, en el lado opuesto de las otras. Un muchacho delgado y rubio, con unos ojos de un azul asombroso se dispuso a coger las riendas de sus caballos. Cunobelin desmontó y le arrojó las riendas como si no fuera otra cosa que un poste. Dirigiéndose a Breaca, le dijo:

—Ésta es la casa de la moneda. Aquí las acuñamos. ¿Quieres acompañarme adentro? Creo que lo encontrarás todo muy interesante.

«Al que hay que observar es a mi progenitor. Él es un maestro, pero no juega con un tablero».

—Gracias. Me sentiré muy honrada —ella bajó de la yegua gris y pasó las riendas con un gesto de gratitud al mozo.

La yegua se plantó ante la mano extraña en su brida, y hubo que calmarla. Cunobelin esperó junto a ella, con la mano en su brazo. Sus rasgos estaban despejados, libres de malicia, y ella comprendió cómo había ganado un reino entero con su simple encanto. Estaban en la puerta cuando se volvió a su hijo.

—¿Caratacos? Tú también lo encontrarás interesante.

Caradoc negó con la cabeza, sonriendo. Con perfecta cortesía, dijo:

—Lo dudo, padre. Nunca he sido muy aficionado al uso de monedas. Pierden su valor con demasiada facilidad.

—Sin embargo, Heffydd me asegura que éstas son distintas.

—¿Heffydd? Un hombre que me conoce bien —sus cejas se arquearon casi hasta tocar el nacimiento del pelo—. Sin embargo, en esto se equivoca.

—Creo que no. Y creo que le afectaría mucho saber que piensas eso.

—¿Ah, sí?

Breaca tenía la sensación de que contemplaba a unos perros luchando por su posición en la manada, o a dos ciervos entrechocando sus cuernos en época de celo,

salvo que allí las vueltas, los bufidos y la hierba arrancada por las patas no eran sino pequeñas inflexiones en el tono de la voz o el movimiento de una ceja que se alza o se baja. El Perro del Sol, al parecer, había ganado aquel asalto en concreto, aunque ella no podía asegurar por qué. Después de una pausa muy breve, Caradoc pasó la pierna por encima del cuello del potro pardo y se dejó caer al suelo con ligereza. Bán se desplazó para coger al potro antes de que el mozo pudiese hacerse con las riendas.

El Perro del Sol atravesó el umbral abriendo el paso hacia la fragua. El interior estaba oscuro después del sol del atardecer. Breaca dejó que sus ojos descansaran en los cálidos bordes del fuego hasta que vio de nuevo, y luego miró de reojo hacia los rincones. Un herrero se encontraba de pie junto a la pared del fondo, como un bulto vago en la oscuridad, invisible excepto por el armazón chamuscado y arrugado de su delantal. El fuego mismo estaba al rojo blanco en el centro; el hombre había estado trabajando con el fuelle y seguramente había parado hacía muy poco. Un molde se encontraba ya preparado, pero ella no veía crisol alguno para el metal fundido. El herrero dio un paso hacia delante.

—¿Ahora, señor?

—Por favor.

Unos granos de oro, ya pesados, estaban colocados en el molde. Ella no había visto nunca el proceso de acuñar monedas, ni creía que fuese útil aprenderlo; los verdaderos comerciantes conocían el valor de sus bienes sin necesidad de oro como intermediario. Pero por mor de las buenas formas, y como aquélla era la razón de que le hubiesen invitado a entrar, se esforzó por examinar con cuidado las tenacillas y la forma en que el herrero colocaba en ángulo el fuelle para dirigir el calor del fuego hacia la punta del molde. Al hacerlo, ella aprovechó aquel rato para observar a Caradoc y su padre, percibiendo la tensión que crecía entre ellos. Ella no iba desarmada, y el herrero no tenía aspecto de guerrero. Si llegaba el caso, eran dos contra uno, tres si contaba a Bán, y sus caballos lucharían también con ellos. El herrero sacó el molde del fuego. Ella dio un paso hacia atrás, más cerca de la puerta.

—Ya está. Ahora debemos marcar las dos caras.

El molde se enfriaba rápidamente. Dando un golpecito, nueve discos de metal brillante cayeron chamuscando el banco. El herrero los alineó todos en su yunque y los movió rápidamente, colocando un cuño encima de cada uno y golpeándolo con su martillo. Cambió los cuños por cada lado, creando así dos caras diferentes. El metal brillaba, caliente. La madera humeante unida a los hilillos movibles de metal hacían que ella se sintiera como en casa como no lo había sentido desde hacía días. No era una sensación de seguridad, sin embargo. Breaca se concentró en el fuego y se alegró de oír el susurro y el silbido del vapor, mientras el herrero templaba su trabajo.

—Ya están completas, señor —el herrero se apartó, hundiéndose en las sombras. Nueve porciones de sol brillaron luminosas en su banco de trabajo.

Eran monedas, nada más que monedas. Breaca había visto unas cuantas; Duborno tenía un brazalete con una engastada. El caballo representado en su superficie era algo

infantil, y ella no le había prestado demasiada atención. Aquello, sin embargo, eran más armas que monedas. Cunobelin y su hijo se inclinaron para mirar, cada uno de ellos fingiendo más interés en el oro que el otro.

El herrero había esperado algo más que silencio.

—A lo mejor es difícil verlas claramente —dijo—. Esperad, voy a traer las antorchas —la luz relampagueó en la oscuridad. Era un hombre mucho más delgado de lo que ella había supuesto, y también más nervioso. El ácido olor de su sudor llenaba el aire.

—¿Me equivoco al decir que no todas son iguales?

Caradoc lo preguntó como un hombre que interrogase a sus amigos al ver una flor extraña florecer al anochecer: una pregunta inútil, aunque cortés.

La pregunta no iba dirigida al herrero, sin embargo el hombre estaba demasiado nervioso para darse cuenta.

—Sí, mi señor, aquí hay tres diseños diferentes, tal como me ha ordenado vuestro padre, mi señor.

Caradoc dijo:

—¿Tres?

La pregunta era algo brusca, y el herrero comprendió que había hablado demasiado. Cunobelin suspiró.

—Gracias, artesano. Puedes retirarte.

El herrero se alejó a toda prisa. No parecía un hombre cuyo peor obstáculo se encontraba tras él. Pero ésa no era, sin embargo, la mayor preocupación de Breaca. Caradoc se inclinaba hacia atrás en el yunque, junto al banco de trabajo, con las piernas cruzadas por los tobillos y los pulgares metidos en el cinturón.

—¿Por qué tres? —preguntó—. Pensaba que todas las tierras eran una sola tierra y todas las monedas una sola moneda.

Cunobelin se colocó en el lado más alejado del fuego. Era más visible que el herrero, pero aun así, apenas visible. Su voz salía desde la oscuridad.

—No soy tan joven como antes, y tengo tres hijos. Es hora de que ellos empiecen a administrar sus propias tierras. Para eso necesitarán sus propias monedas.

—¿Ah, sí? ¿Y desde cuándo tus hijos tienen tierras propias? —estaba discutiendo sus derechos de nacimiento, pero lo hacía como quien habla de un toro o un caballo de tiro de valor limitado.

Cunobelin dijo:

—Todavía no tienen ninguna, pero a mi muerte, cada uno de mis hijos necesitará un territorio que le corresponda. He adquirido algunas tierras al sur del gran río entre nuestros primos los atrebates. Amminio se quedará con ellas. Los derechos de comercio de los puertos del sur serán suyos, más las granjas que ya ha heredado de la parentela gala de su madre. Él siempre ha tenido más interés en el comercio que sus hermanos, y eso le convendrá. Para señalarlo, Heffydd ha colocado un barco en una cara de la moneda, y el nombre de Amminio en la otra, con mi gavilla de cebada por

encima.

Volvió la moneda. La luz de la antorcha brilló sobre la imagen sencilla de un barco, con muchos remos y dos mástiles. Si Silla hubiese dibujado la *Greylag*, habría resultado algo semejante.

Cunobelin se dirigió a la siguiente moneda. Dando unos golpecitos en la espiga de cebada de la superficie superior, dijo:

—Al ser el mayor de mis hijos, Togodubno es heredero de las tierras de los catuvelaunos —volvió la moneda—. De su madre él hereda también el liderazgo de los trinovantes. Es mi deseo que esos dos pueblos sigan juntos, y creo que él es el mejor para mantenerlo. Sus hijos lo heredarán después de él, a través de Odras. Su símbolo es la luna. La he colocado junto a su nombre, para que no haya confusión.

Breaca conocía ahora mucho mejor a Caradoc; las complejas capas de su carácter eran más visibles ahora para ella que antes, en el cabo junto al mar, después del naufragio, o incluso en el Consejo de los ancianos. Nada cambió exteriormente, no hubo ningún fruncimiento de ceño, ni se detuvo su aliento, algo que ella pudiera señalar y decir: «esto te traiciona», pero estuvo claro que su padre le había asestado un golpe certero, y que no era la división de la tierra lo que causaba ese golpe.

En la superficie, los ojos grises miraban cálidamente los de ella. Caradoc sonrió y asintió cordialmente a su padre, y dijo:

—Supongo que le has pedido permiso a Odras para usar su marca.

—Por supuesto. Heffydd lo soñó, y le enseñamos el diseño antes de realizar el cuño. Ella acababa de dar a luz a su hijo, y se alegró mucho de recibir este reconocimiento.

—Estoy seguro de ello —Caradoc cogió una de las monedas del banco y la arrojó al aire. Dio unas vueltas y volvió a caer en su mano. La sujetó cara arriba, y tanto Breaca como Cunobelin vieron el barco, el símbolo de Amminio—. Me han dicho que van a llamar al niño Cunomar, Perro del Mar. Él también necesitará un barco algún día.

Era la única arma que él tenía, y no producía sangre alguna. Sin impresionarse, el Perro del Sol dijo:

—¿Y has regalado tu brazalete por ese nombre? Tendrías que habérmelo preguntado y yo te lo habría dicho a cambio de nada. Pensaba que pagabas por el cachorrillo. Será un buen perro, vale la pena. Odras tiene muy buen ojo para los perros.

No parecía probable que el brazalete se hubiese entregado como precio de nada, sino más bien como regalo de un ausente durante largo tiempo a la mujer que más valora. Y luego se lo habían devuelto. Breaca recordaba la calidez de la voz de Caradoc cuando se había dirigido a la joven en el mercado, y la discusión con su hermano después, y de repente le resultaba muy difícil no salir a tomar el aire fresco y recuperar la libertad, alejándose de las complicaciones de las vidas ajenas. Mantuvo su puesto junto a la jamba de la puerta, esperando. Solo habían visto dos de las tres monedas, y

la última era la que más importaba.

Caradoc cogió el resto de las monedas. El fuego se había extinguido, y el metal brillaba mucho menos. Cogió una y la escondió en el puño cerrado, sin mirar aún la superficie. Dijo, muy bajito:

—No tienes que hacer ninguna moneda para mí, padre. Sabes que no tienen valor en la tierra de los ordovicos.

—Sin embargo, un hijo mío tiene valor allá donde va. Y el recuerdo de su madre debe ser honrado. Éstas tienen tu nombre en una cara y el símbolo de la maza de guerra en el otro. Me han dicho que Ellin, de los ordovicos, no tiene hijas, y que tú eres su heredero en el oeste hasta que llegue el momento y sea elegida una mujer para reemplazarte.

«El recuerdo de su madre…»

«A quien hay que observar es a mi progenitor. Contémplale. Es instructivo en el juego de la vida».

El fuego había absorbido todo el aire del recinto y lo había quemado. Los dedos de Breaca rascaron la jamba de madera de la puerta. Se mordió los labios para no gritar.

Caradoc se quedó muy quieto, mirando la moneda que tenía en la palma, como si al hacerlo pudiese agarrarse a su lugar en el mundo.

—¿Hay alguna noticia de mi madre que deba conocer? —preguntó. Su voz era más profunda y más suave, y desprovista de todo humor.

—Lo siento, pero es mejor que lo sepas aquí que ahí fuera, delante de otros. Nos han llegado recientemente noticias del oeste. Tu madre ha muerto. Fue alcanzada por una lanza en batalla contra los siluros, y murió a finales del invierno. Tuvo la muerte de una guerrera.

El silencio les mantuvo a ambos tensos. Un tronco se movió ligeramente en el fuego. En el exterior, la lluvia, que había empezado hacía un rato, empezó a golpear con mucha más intensidad el tejado. Dentro, estaban en un lugar de absoluta quietud, rota tan solo por los suaves sonidos de la respiración. El Perro del Sol se inclinó ligeramente hacia delante, moviéndose hacia la luz, para ver y ser visto mejor. Sus rasgos mostraban las proporciones adecuadas de pena y digno pesar: los sentimientos de un hombre que ha perdido a una mujer que amaba, un líder guerrero que debe mantener la dignidad de su porte y un padre que se preocupa por el bienestar de su hijo.

Solo al conocer la naturaleza del juego era posible ver más adentro, y Breaca no estaba segura de saber lo bastante para verlo todo. Cunobelin no había hecho aquello llevado por una decisión del momento; los moldes de monedas no se diseñan y se graban en una mañana. Seguramente sabía lo de aquella muerte desde finales del invierno, y podía haber enviado fácilmente a alguien a la tierra de los icenos con la noticia. No lo había mantenido en secreto hasta entonces sin motivo. En aquella danza, el ganador final era el que encontrase primero aquel motivo.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó Caradoc, sin alterarse.

Su pensamiento iba más rápido que el de ella, y había otras cosas en juego. Odras le había dicho el nombre de su hijo y la identidad del padre, pero no la noticia sobre su madre; tendría que averiguar por qué no se lo había contado.

—Heffydd lo sabe. Nadie más. El mensajero que trajo la noticia está muerto.

«Dioses». Saber aquello alteró a Breaca mucho más que todo lo anterior. «Lo ha matado para que esto no se sepa».

—¿Quién? —ahora ya no jugaban. Las capas de fingimiento se estaban arrugando como una corteza que se desprende del tronco de un abedul, que se arroja al fuego todavía húmedo. Cunobelin estaba vigilante y ceñudo. Caradoc se enderezó, con los dedos extendidos encima del yunque. Algunos mechones de cabello, oscurecido por el sudor, se le pegaban a la frente. Volvió a hacer la pregunta, espaciando más las palabras y dándole a cada una su peso específico—: ¿Cuál era el nombre del jinete que trajo el mensaje?

Su padre dijo, rápidamente:

—Era una mujer. Una de la familia de la hermana de tu madre. Murió de una caída de caballo mientras volvía con mi presente de muerte y las noticias de que tú estabas a salvo. Los guerreros de mi guardia de honor que la acompañaban fueron a completar su viaje.

Breaca pensó: «He visto cabalgar a Caradoc. Los ordovicos no se caen de los caballos, como tampoco los icenos».

Y luego: «Su padre tiene hombres juramentados en la tierra de los ordovicos. ¿Por qué?».

Caradoc dijo, simplemente:

—¿Su nombre?

—Cygfa. Su marca era el cisne.

El cisne era un sueño muy poderoso; el ave llevaba las palabras de los dioses de la luz y del sol a Nemain, de las aguas, y aquellos que soñaban con él eran favorecidos por ambos. Por sí mismo, el nombre no significaba nada para Breaca, y lamentó no haber escuchado más las hazañas de la estirpe de los ordovicos cuando se contaban junto al fuego. Caradoc cerró los ojos y ella creyó que estaba rezando. La luz del fuego jugueteaba con sus mejillas, arrojando unas afiladas sombras en los huecos que quedaban bajo los huesos. La chispa del peligro había desaparecido de él, y parecía seguro que era su padre quien había ejecutado aquella muerte. Era tiempo, pues, de que los icenos entrasen en el juego.

Apartándose de la puerta, Breaca se adelantó hacia el círculo de luz de la antorcha. Jugó abiertamente sus cartas, a la manera de Togodubno. En su lugar no resultaba seguro actuar de ninguna otra forma.

—¿Por qué se lo has contado ahora? —le preguntó—. Seguramente habrías podido hacerlo antes.

Era una invitada. Podía parecer ingenua y podía mostrar, incluso, un poco de rectitud ultrajada. Las leyes de la hospitalidad limitaban la respuesta que podía dar.

El Perro del Sol se volvió, frunciendo el ceño. Había contado con que ella sería mera observadora y no participaría en el juego.

—Señora —dijo—, para recibir una noticia como ésta, he creído mejor que mi hijo estuviese entre su propio pueblo.

Caradoc se rio ásperamente. El herrero había abandonado el fuelle junto al fuego. El joven guerrero maniobró el fuelle, aventando el calor del fogón. Volviéndose hacia Breaca. Caradoc dijo:

—Tenía que decírmelo él en persona para obtener la impresión adecuada. Me necesitaba maleable, sujeto a su dirección. Mi padre tiene el sueño de que un día la casa del Perro del Sol se extenderá desde la costa oriental hasta occidente, y que sus nietos lo gobernarán todo conjuntamente. Desea que yo ahora me dirija hacia el oeste y asuma el liderazgo de mi pueblo.

«*Mi pueblo*», había dicho, y no «*el pueblo de mi madre*». Eso no se decía por accidente. El fuego le iluminaba duramente desde abajo. Su cara se había convertido en una calavera, relampagueando con la luz de los dioses. Su cabello esta vez no era la parte más brillante de su persona. Levantó la vista hacia su padre.

—¿No es así?

—Sí, es bastante aproximado. ¿Lo harás?

—No, y si lo hiciera, ellos no me aceptarían. Has olvidado que el pueblo de la maza de guerra transmite su gobierno a través de la línea materna, igual que los icenos. No es cuestión de que un hombre se adelante y tome posesión antes de que elijan a otra mujer; lo harán ya. Cygfa tenía hermanas más jóvenes que la sucederán, y aunque no tuviera ninguna, yo soy tu hijo, y cargo con la culpa por su muerte. En el momento en que cruce la frontera, moriré.

—No será así. Esa mujer murió en un accidente. Mis hombres lo confirmarán.

—Tus hombres, estoy seguro de ello, dirán lo que se les ha ordenado que digan, pero enfrentados a la muerte del soñador, encontrarán la fuerza suficiente para decir la verdad. Si tú eres culpable, yo soy culpable. Es la ley.

Breaca dijo:

—Caradoc, has pasado el invierno con nosotros. No tenías idea de lo que ocurría, y ningún medio para detenerlo. Luain ostenta la autoridad en Mona. Él te absolverá de la culpa.

A lo mejor no era correcto decir aquello, pero ella había sido testigo del sentido del honor de Caradoc y le resultaba fácil imaginar que cabalgaría hacia el oeste para pagar el precio en lugar de su padre, por un acto que no podía haber evitado.

—Gracias. Es posible que tengamos necesidad de ello —dirigiéndose a ella. Cunobelin añadió—: Caradoc malinterpreta mi sueño. No estoy tan enamorado de la forma de actuar de los romanos que solo piense en que mis nietos gobiernen. Si los ordovicos pasan su linaje a través de las mujeres, es elección suya. Pero seguirán necesitando a un hombre que engendre a sus hijas. Es posible que yo solo tenga hijos, pero no hay razón alguna por la que no pueda tener nietas.

Caradoc se echó a reír abiertamente.

—¿Así que yo seré el semental para venderlo al mejor postor? No lo creo. Togodubno quizás acepte ese papel, y Odras puede habérselo permitido, pero las mujeres de la maza de guerra eligen a sus propios hombres, y dudo de que me eligiesen a mí, aunque yo les hiciese semejante oferta.

Tres de las nueve monedas eran suyas. Las cogió y las arrojó, una a una, como rayos del sol que caían, en el centro del fuego al rojo blanco. Mantuvieron su forma durante un momento y ella vio la maza de guerra, mejor representada que el barco o el caballo, y el diseño de una cabeza que aparecía en la otra cara, a la manera romana. Se fue alargando cuando la moneda se fundió y luego, con un último impulso del fuelle, ardió en llamas. El aire se llenó una vez más con el olor mordiente del metal quemado. Breaca estornudó.

Caradoc se apartó del fuego. Había recuperado su compostura, aunque a duras penas. Se dirigió a su padre con la formalidad de un bardo en el lugar de los ancianos:

—Gracias por tus noticias. Confío en que se las transmitas también a mis hermanos y a quienes pueda interesar saberlas. Yo discutiré mi postura con el soñador de Mona. Si Breaca está en lo cierto, aceptaré su absolución. No tengo ningún deseo de morir prematuramente, ni de ese modo. Pero no volveré con los ordovicos. Las hermanas de Cygfa realizarán su propia elección cuando llegue el momento de alumbrar a sus hijos. Yo no formaré parte de todo eso.

—¿Te quedarás entonces sin tierra, sin estirpe? —lo dijo crudamente, como la última amenaza.

—Sí, si los dioses lo quieren así —con un gesto más claro que ninguno en la enrevesada danza que acababan de bailar, Caradoc pasó junto a Breaca y se dirigió hacia la puerta. Inclinó la cabeza ante su padre—. Con tu permiso, y el de Segovento, proseguiré mi carrera como marinero mercante, tal como me has aconsejado —su sonrisa era burlona—. Después de todo, tú nos acabas de regalar un barco.

En el asombrado silencio que siguió, miró hacia el exterior por la puerta y se volvió, frunciendo el ceño.

—Bán no está —dijo a Breaca—. Y tampoco los caballos.

# XIII

El tiempo no era bueno. Empezó a caer una ligera lluvia poco después de que Breaca y los demás pasaran por debajo del dintel de la ceca. La cortina de piel de la puerta volvió a su lugar después de pasar ellos, y bloqueó el calor del fuego. Bán refrenó a la yegua roja y retrocedió bajo el refugio de un roble anciano, herido por el fuego, llevándose con él al potro pardo. El mozo se unió a él poco después, agachándose junto al borde del camino, donde había menos barro, para no mancharse la túnica. Se quedaron allí sentados un rato, sin hablar. Bán pensaba en su nueva perrita y lo que haría con ella. Era algo especial, un premio que compensaba los cinco días de cabalgatas incómodas, más tangible y por tanto más valiosa que la mirada de los ojos de Amminio cuando vio la yegua roja.

Bán había visto a la madre de la perrita, y aquello había sido estupendo, porque así había comprobado lo buena que podía acabar siendo la hija. Había ocurrido por la mañana, poco después de llegar. Caminaban hacia el salón de la comida cuando Caradoc le apartó a un lado y le dio la perrita, señalando hacia una choza con paredes de mimbre en la cual probablemente se guardaba a la madre. Tenía razón; la perra yacía en un lecho de paja fina, y sus cachorrillos saltaban y jugueteaban a su alrededor. Era una perra algo mayor, pero no demasiado, y su leche corría muy bien. La perrita, al volver a la cama, se había puesto de pie y había intentado abrirse camino entre sus compañeros de camada hacia las tetillas. Se parecía mucho a la madre, ambas eran del color de la pizarra antigua, con pelos blancos diseminados por los flancos y un mechón blanco en el pecho. La cabeza era bonita y ancha, y las orejas bien colocadas en la parte superior. La perra tenía un pelaje grueso, impenetrable para los espinos, y la perrita mostraba los primeros signos también en los pelos que tenía en torno al morro. Quizá no era tan excepcional como *Granizo*, pero sería una excelente perra de cría para más tarde; mucho mejor que la perra pinta que había conseguido comerciando en la feria de ganado, que había demostrado ser buena en la caza, pero estéril para cruzarla con el perro. Estaba a punto de recoger de nuevo a la perrita y mirarle la boca, para comprobar que estuviera bien, cuando se abrió la puerta de repente. La perra levantó la cabeza y empezó a menear el rabo en el suelo como saludo.

Bán apartó la mano de la paja y se volvió para ver al visitante. La mujer que estaba en el umbral había dado a luz recientemente, pero estaba delgada de nuevo y caminaba bien erguida. Tenía el cabello negro y suelto por encima de los hombros, y unos ojos grandes y castaños, color de roble. Llevaba el cabello trenzado de una manera que no reconoció, anillos en tres dedos y el corte de su túnica mostraba la piel

blanca de sus hombros. Era la primera mujer que había visto, aparte de la hija de Arosted, que no pertenecía a los icenos, e hizo un esfuerzo para no mirarla asombrado. Ella se acercó y se agachó junto a la cabeza de la perra, y le habló cálidamente, como él podía hacer con *Granizo*.

—Le he traído otra vez la perrita —dijo Bán. Su presencia necesitaba alguna explicación.

—Ya lo sé —su voz era suave y fluía como la de Airmid.

La perrita había mamado hasta quedarse dormida, y yacía chupando el pezón con la blanca leche goteando de la comisura de su boca. La mujer la cogió. El cachorrillo se estiró perezosamente ante su contacto, pero no se despertó, señal de que la cogía bien.

—¿Eres de los icenos? —preguntó ella—. ¿El chico de la yegua roja?

—Sí —si era una etiqueta, al menos era buena. Con suerte, Amminio podría oírlo.

—Togodubno me ha hablado de ti. Me ha dicho que ya tienes un buen perro.

—Gracias. Sí, lo tengo. Pero necesitaré una buena perra de cría para cruzarla con él.

—Por supuesto. Siempre hace falta una buena perra de cría. Y no siempre tiene que ser buena para cazar —su sonrisa era tensa y mostraba unos dientes bonitos y blancos.

De haber sido icena, Bán habría pensado que había una cierta ironía en su respuesta, y un atisbo de otras cosas mucho más amargas por debajo, pero era trinovante, así que no estaba seguro. No dijo nada, y el momento pasó.

La perrita al final se despertó. Se puso de pie sobre las pajas, parpadeando. Uno de sus hermanitos tomó aquello como una provocación y cayó sobre ella, gruñendo feroz. Ella se sacudió el sopor y luchó también, con encomiable valor. Al final se separaron y se echaron a andar para encontrar a otros con los que meterse.

—Es una perrita muy buena —dijo Bán—. Más fuerte que las demás.

—Es la mejor que he criado nunca. Díselo a Caradoc. Y devuélvele esto —la mujer extendió el brazo y se quitó un brazalete que llevaba por encima del codo. Tendiéndoselo, dijo—: Dile que muchas gracias. Dile que no pretendo ofenderle, pero que demasiadas personas notarán que no lo lleva, y demasiadas personas sabrán de dónde procede, si lo ven en mi brazo.

El brazalete era gemelo de otro que el propio Bán llevaba por encima del codo. Su padre había fundido tres de los que él poseía y otros recogidos de los guerreros icenos para conseguir suficiente bronce y formar un simple brazalete para su familia y para cada uno de sus huéspedes. Era algo para unirles de forma más tangible que la calidad de los caballos, y los marineros los habían tomado como prendas para llevarlas con orgullo. Bán no había considerado que pudieran usarse para hacer trueques, o que aquél en concreto se convirtiese en un mensaje por derecho propio. Lo cogió y se lo colocó en el brazo derecho, en el que no llevaba nada.

—Caradoc lo tendrá —dijo.

No tenía necesidad alguna de añadir que realizaría la transacción de forma discreta. Aquello era obvio, junto con el hecho de que habían confiado en que lo haría bien. El peso del objeto presionaba en su brazo de forma agradable.

La devolución del brazalete se llevó a cabo cuando los guerreros y los marineros se reunieron en torno al vertedero antes de que diese inicio la comida. Bán se unió a ellos, metiéndose entre Curaunio, el segundo oficial del barco, y Caradoc, y fue fácil, en el remolino de mantos y túnicas, devolverle el brazalete. La sonrisa y la palmada en el hombro y la calidez de un secreto compartido le confortaron durante toda la comida. Bán se fue dando cuenta poco a poco de que le gustaba mucho Caradoc, y que su aprobación significaba para él más que la de la mayoría de los hombres. Había empezado a soñar en viajar al oeste, a la tierra de los ordovicos, y pasar allí las pruebas de los guerreros (después de las de los icenos) y juramentarse con Caradoc como había hecho Breaca. Compartir la perrita entre ambos había sido un paso en ese camino, un paso que le había dejado lleno de una emoción que la lluvia no había conseguido apagar.

Sentado bajo el chaparrón con los caballos, estaba pensando en el viaje al oeste cuando salió el herrero de la fragua. El hombre estaba enfermo, eso estaba claro; tenía la piel del color del sebo viejo y en la mirada el aspecto fijo y nublado de un ciervo corneado. Pero no parecía que aceptara ningún ofrecimiento de ayuda, ni tampoco muy dispuesto a quedarse y hablar de lo que estaba ocurriendo dentro. Cuando el mozo le saludó por su nombre, se tambaleó como si le hubiesen dado un golpe y se alejó corriendo de ellos, desapareciendo al fin entre el conjunto de talleres más pequeños y menos cuidados que flanqueaban el camino. Viéndole partir, Bán consideró las posibilidades y decidió emprender la acción.

—Aquí —bajó de la yegua y pasó las riendas al mozo—. Voy a entrar. Breaca y Caradoc pueden necesitar mi ayuda.

El niño le miró sin comprender. Bán lo dijo de nuevo, señalando hacia adentro, y dio un paso hacia la puerta de la fragua. El chico cayó entonces sobre él, agarrándose de su túnica con ambas manos y parloteando en un dialecto frenético e incomprensible. Sus gestos tenían más sentido que sus palabras. Uno de ellos, o ambos, morirían si se levantaba la cortina de la puerta.

—Eso no es verdad —Bán apartó los dedos agarrotados de sus antebrazos. Algunas de las palabras sonaban a galo. En esa lengua, hablando muy lentamente, dijo —: Soy un invitado. Puedo ir adonde desee.

—No —la posibilidad de entendimiento entre ambos calmó al muchacho. Parte del terror desapareció de sus ojos. En un galo algo forzado, dijo—: Al Perro del Sol no le gustará. No puedes entrar.

—Mi hermana está dentro, y también mi amigo. Pueden tener problemas. Tengo el deber de ayudarles.

—No —el chico no podía tener más de ocho años, pero era muy fuerte para su edad. Sus dedos le agarraban con la fuerza de una persona mucho mayor, y su boca

estaba firmemente apretada.

—El herrero estaba solo en la fragua cuando entraron. Si le han despachado, es porque quieren estar solos.

—Quieres decir que Cunobelin quiere estar solo.

—Es lo mismo —el chico era muy rubio, más pálido que Caradoc y que los marineros galos sureños, y sus ojos eran de un azul intenso y vibrante. Sonrió tímidamente, ofreciéndole un consuelo—: Tu hermana va armada, tu amigo también. Si hay problemas, los oirás. Además, el joven señor es un guerrero sin igual. Ni siquiera su padre le atacaría sin otros guerreros a su espalda.

Era cierto. Bán había olvidado que la reputación de Caradoc le habría precedido, particularmente allí. Se relajó y, al cabo de un momento, el chico se calmó y retiró la mano.

—Esperaremos aquí —dijo. Se sentó en la hierba junto a las patas del caballo de Cunobelin y tiró de Bán para que se sentara junto a él—. Me llamo Iccio. Mi pueblo son los belgos. ¿Tú eres iceno?

—Sí —Bán se metió bajo el cobijo del vientre de la yegua roja—. Soy Bán MacEburovic, también conocido como el cazador de liebres.

La hebilla de su cinturón llevaba grabada una liebre en plena carrera. La anciana abuela la había hecho para él. La aflojó para enseñársela al chico. Este la admiró, tímidamente.

—¿Y esta yegua es tuya? —la pregunta era indecisa, como si la simple sugerencia fuese algo ridículo.

—Sí. Ha sido el regalo de huésped de Luain para mi padre, después de que naufragasen con la *Greylag*. Eburovic me la ha regalado a mí.

Era una larga historia y tuvo que contaría desde el principio, con interrupciones por parte de Iccio, que le preguntaba con los ojos como platos. La lluvia caía con más fuerza a medida que la historia progresaba, y ambos se movieron más adentro, bajo el abrigo de los caballos. Aun así, cuando dejó de llover estaban empapados, y los caballos también. La lluvia formaba un río incesante que corría por los corvejones de la yegua. Goteaba por debajo de su vientre y salpicaba en láminas sobre el cabello y los hombros de Bán. Éste, sacudiéndose el agua de los ojos, pensó en el bienestar de su yegua, sus arneses y su nuevo amigo, en ese orden. Se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en el hombro al chico belgo.

—¿Están lejos los establos? —preguntó—. Deberíamos meter a los caballos allí antes de que se estropeen las sillas.

El chico dio un respingo.

—¡No! Nosotros… yo… no puedo irme de aquí… —señaló hacia la fragua.

—¿Aunque yo te pida que me lleves? Soy un huésped. Podría perderme. ¿Tu obligación no es guiarme? Yo lo habría hecho así en la tierra de los icenos, pero en la tierra de los icenos no dejamos nunca a un niño fuera, bajo la lluvia, guardando los caballos de otra persona.

—No —Iccio era categórico—. Pero tú puedes ir. Te indicaré el camino.

Bán ya conocía el camino; no era ése el tema. Se mordió los labios, considerando todas las posibles opciones. Los truenos resonaban por encima de sus cabezas y la yegua resoplaba, moviendo el peso de una cadera a la otra. Los dioses hablaban, ocasionalmente, de una forma que hasta él podía entender. Sonriendo, levantó los hombros, exagerando un gesto de indiferencia.

—Si tienes que quedarte aquí, entonces yo me quedaré también —dijo—. Nos haremos compañía, y la lluvia pasará pronto.

—Puede ser.

Ninguno de los dos lo creía.

Bán buscó dentro de su túnica y sacó la pequeña bolsa de piel de ternero que Airmid le había dado después de la comida.

—Podemos jugar a la taba —ofreció—. ¿Sabes jugar?

—Claro. Todo el mundo sabe.

El chico era muy diestro con los dedos, y tenía la mente ágil. Bán perdía el segundo juego cuando oyó pasos en el camino. El ritmo era menos comedido que el del Perro del Sol, pero tenía una cadencia similar. Levantó la vista, quitándose el agua de los ojos. Su mirada se posó en una túnica teñida de un color morado oscuro que parecía correr con ligereza entre la lluvia, y en un manto de un brillante color amarillo trinovante. Distinguió también los brazaletes de oro en sus muñecas, con coral incrustado, pero no excesivamente chabacanos. El cabello que colgaba en mechones empapados sobre sus hombros era rojo, oscurecido por la lluvia hasta tomar el color de un roble caído. Con aprensión, Bán sacó el cuello fuera del vientre de su caballo. El hombre se agachó colocando la cabeza a su mismo nivel, de modo que Bán pudo mirarse en unos ojos color piel de serpiente que conocía bien: era Amminio, y mostraba todo el fulgor de aquella sonrisa que frecuentaba sus sueños.

—Ya me imaginaba que te encontraría aquí —meneó la cabeza en dirección a la fragua—. Estarán ahí dentro discutiendo eternamente. Es la forma que tiene mi padre de asegurarse de que no les oigan. No tienes que quedarte aquí fuera en la lluvia, esperándoles —estaba mucho más empapado que ellos; estaba claro que había venido caminando desde la casa grande para buscarles.

Su tono era conciliador, casi de complicidad, como si fueran viejos amigos y Cunobelin su único enemigo. Bán se pasó los brazos en torno a las rodillas y se echó hacia atrás, hacia la cabeza de la yegua, donde podía coger rápidamente las riendas.

—Tengo que quedarme aquí —dijo.

—Entonces deja que el esclavo lleve a tu yegua al establo. Es una yegua demasiado buena para dejar que se quede aquí tiesa bajo la lluvia, y el potro de mi hermano también.

Bán se le quedó mirando. Esperaba, sinceramente, que sus oídos le hubiesen engañado. No estaba demasiado seguro de que fuese así.

Amminio sonrió, con los ojos llenos de franqueza burlona y deliberada.

—Iccio es un esclavo. Por supuesto. ¿Creías que los habíamos vendido todos antes de que vosotros llegaseis? ¿O que los teníamos escondidos en chozas esperando a que os fueseis? Vamos, no seas niño. Ésta no es la tierra de los caballos. Mi padre solo iría tan lejos para evitar ofender la sensibilidad de los icenos, pero liberar a los esclavos es algo que está más allá de los límites. Este niño es belgo. Su padre lo vendió cuando tenía seis años, y yo lo compré en las Galias para que sirviese en mi hogar y en mi mesa, y debo decir que cumple ampliar mente mis propósitos. Hoy, sin embargo, es mozo de caballos, y va a llevar el caballo de mi padre al establo.

El hombre hablaba en fluido galo. Junto a él, Bán notaba que Iccio se estremecía. Las tabas se le habían caído de la mano. Su piel se había vuelto del mismo color que la del herrero: de un gris pálido, teñido con un amarillo enfermizo. Con una voz muy distinta de la que había usado cuando hablaba antes, dijo:

—Señor, tengo que esperar al gran señor…

—No, no tienes que hacerlo —dijo Amminio, en tono amable—. Tú me perteneces. Si yo te ordeno que lleves el caballo de mi padre a los establos y que lo frotes bien para que no se enfríe y se desgarre un músculo, lo harás. Y si nuestro huésped tiene un poco de sentido común, permitirá que lleves también sus caballos.

El pobre chico estaba atrapado entre dos órdenes en conflicto. La diferencia era que Amminio estaba presente, y podía obligarle a cumplir la suya. La batalla duró solo un momento. Iccio bajó la cabeza y tomó las riendas.

Amminio se levantó y extendió la mano. El agua de la lluvia caía a raudales sobre su cabeza descubierta, empapando la fina lana de su manto.

—¿Bán? Ahora somos mayores de lo que éramos antes. Ambos somos hermanos pequeños que debemos abrirnos camino en el mundo, mientras nuestros hermanos mayores dirigen a los guerreros de su pueblo a la batalla. Deberíamos ser aliados, no enemigos. No intento arrebatarte tu yegua. Las leyes de la hospitalidad lo prohíben, y sería un idiota si lo intentase siquiera. Me preocupan tus caballos y me preocupas tú. Al final tendrás que salir de debajo del roble, de todos modos. El hecho de que le haya caído un rayo no significa necesariamente que no le pueda caer otro…

Era un día en que los dioses hablaban a menudo. El trueno resonó de nuevo, más cerca, y un relámpago iluminó el cielo. Bán podía haberse quedado solo, pero no iba a arriesgar la vida de su yegua y del potro de Caradoc. Salió de debajo de sus patas y fue a coger las riendas.

—Yo los llevaré —dijo—. Iccio ya tiene bastante con lidiar con la yegua de batalla de mi hermana y el caballo de tu padre.

—Como desees. En tal caso, ¿no deberíamos correr, quizás? El tiempo no invita a que nos quedemos aquí de pie, y ya estamos lo bastante empapados.

Corrieron por el camino hacia los establos. Iccio se metió en una casa contigua y sacó afrecho caliente y buen heno. Preparó unos rollos de paja y unas almohadillas de piel de oveja y juntos frotaron el pelaje de los caballos, quitándoles el agua de la lluvia. Amminio trabajaba en el potro pardo, que se dejó manejar tan bien como el de

Caradoc. La yegua gris de Breaca permitió que se le acercarse, pero había muchos, incluso entre los icenos, a los que trataba de igual modo, y aquello no reflejaba necesariamente la integridad ni la valía de la persona. Iccio tenía buena mano. La yegua le bufó, suspicaz, pero le permitió que la secara. Las sillas estaban colocadas en unos soportes para los arneses al fondo del establo, y llamaron a otro chico (también esclavo) de la edad de Iccio para que las secase y las engrasara. El aire se llenó de aromas cálidos de avena hervida, aceite para limpiar los cascos y del vaho que desprendían los caballos. De no ser por la presencia de los esclavos, podría haberse tratado de cualquier establo iceno después de una tormenta.

Amminio se quedó de pie a un lado, con las manos en las caderas y su manto empapado arrojado hacia atrás, por encima de los hombros. Se volvió hacia Bán.

—¿Ya estás contento?

—Los caballos están mejor, es verdad. Gracias.

Iccio también parecía mejor. Su color había mejorado, y la tímida sonrisa había vuelto a aparecer, aunque había una cierta advertencia en sus ojos, y también un ruego, y Bán no había comprendido todavía a qué se debían. Hasta que lo supiera, era mejor no hablar de ello. Cogió un peine y empezó a atusar el rabo de la yegua, quitándole el barro y la tierra del viaje. Amminio puso una mano en su brazo.

—Deja eso. Puede esperar. Estás tan mojado como los caballos. Deberíamos buscarte ropas limpias y algo caliente para beber, y un lugar donde sentarte resguardado de la lluvia, hasta que vuelvan los demás.

—¿Dónde están?

—Tu familia creo que está entretenida con nuestros artesanos. Los marineros han ido a ver el nuevo barco. A Segovento le habría estallado una vena si le hubiésemos hecho esperar más, así que Togodubno les ha llevado al fondeadero en unas barcazas. Les habrá sorprendido la lluvia, de modo que su regreso se puede retrasar hasta que lo peor haya pasado. Nos reuniremos de nuevo en la casa grande cuando estén de vuelta. Mientras tanto, ¿quieres volver a ver a la perrita. Creo que será la perra de cría para tu perro de lucha, ¿verdad?

—Si crece tal y como promete, sí.

—Entonces debes pasar algo de tiempo con ella. Vamos, no está lejos.

Todo aquello parecía formar parte de un sueño febril, de una pesadilla. Bán se encontró arrastrado lejos de los establos hacia la pequeña choza de arneses que había junto a la casa grande donde se encontraba la perra con sus cachorrillos. La mujer de cabello oscuro no estaba, cosa que agradecía, y aparte de aquello el lugar estaba como él lo había dejado antes.

Amminio, el hombre que compraba y daba órdenes a los esclavos, encendió las antorchas él mismo y luego prendió un pequeño fuego en el rincón, lejos de los cachorrillos y la paja. Cogió el manto de Bán y lo colgó en un gancho de la pared y puso el suyo al lado. Salió un momento y volvió con dos túnicas secas y una jarra de cerveza caliente con miel perfumada con ajenjo y ortigas, y unos pastelillos de avena.

No obligó al huésped a aceptar nada de todo aquello. Bán decidió quitarse su empapada túnica y se puso la seca. El otro dejó la comida a un lado, donde ambos pudiesen alcanzarla. Amminio se sentó en la paja, junto a la perra, que le conocía tan bien como a la mujer de cabello oscuro, y cogió a uno de los cachorrillos, levantándolo hasta la altura de su vista.

—Odras ha dicho que puedo elegir entre los cachorrillos de la camada. Me parece que éste sería un buen perro de guerra. ¿Qué crees tú?

Era el mayor de los cachorros, de un bonito color gris hierro. Bán cogió uno de los perritos más pequeños y pálidos de la camada y se lo pasó.

—Éste será mejor. Ése se pelea con todo el que se le acerca, pero abandona con demasiada facilidad. Este otro solo lucha cuando los demás le obligan, pero no se detiene hasta que ha ganado.

—A ver.

Colocaron a los dos cachorrillos entre la paja. Tal como Bán había dicho, el mayor empezó la lucha con el más pequeño y perdió. En el breve tiempo que los estuvieron contemplando, aquel mismo esquema se repitió dos veces más.

—Tienes razón —dijo Amminio, pensativo—. Yo solo me había fijado en que luchaba bien con los demás. No había observardo que el otro espera y luego gana. ¿Tu perro era como ése?

—Nació solo —dijo Bán—. Ha crecido conmigo como hermano. No luchamos.

—Claro que no. Dos hermanos no deben luchar. A los dioses no les gusta —Amminio sonrió como venía haciéndolo todo el rato, cálidamente y con desconcertante comprensión. Cruzó las manos y se dio unos golpecitos con el índice extendido en los labios, pensativo—. Tú todavía no eres un guerrero. Está claro que no luchas, pero, ¿sabes jugar?

—¿Con *Granizo*?

—No, con otros hombres —en las sombras que había más allá del fuego se encontraba un tablero de juego. Inclinándose hacia él, Amminio lo cogió y también cogió la bolsa de cuero que había a su lado. Colocó ambos en la tierra plana junto a la paja. El tablero estaba muy bien hecho, con un dibujo a cuadros de madera clara y oscura y unos ribetes de bronce en los costados. Las piezas de juego eran unas fichas rojas y amarillas como pequeños guijarros aplastados, suaves al tacto y uniformes. Amminio abrió la bolsa y cayeron tintineando en el tablero—. Los galos y los romanos llaman a este juego Comerciantes y Bandidos —dijo—. La gente de mi padre lo llama la Danza del Guerrero. Yo lo prefiero así. ¿Has jugado alguna vez?

—Un poco. Gunovic, el comerciante de hierro, llevaba consigo un juego los últimos dos años. Me enseñó cómo se juega; lo bastante para saber que se necesita más habilidad de la que yo tengo.

—Qué lástima —Amminio se puso las fichas en la mano y volvió a meterlas en la bolsa. El tablero se doblaba por la mitad para proteger la suave superficie interna. Los colocó de nuevo junto a la pared—. En este caso, tendremos que contentarnos con

contemplar cómo los perrillos van probando sus puntos débiles hasta que vuelvan los marineros.

Cogió una jarra de cerveza y bebió. Fue una falta de protocolo increíble no ofrecerle primero la bebida al huésped. Bán le contemplaba sin habla, mientras el hombre se la acababa y se secaba la boca con el dorso de la mano.

—No confías en mí —dijo Amminio—. Habrías pensado que está envenenada y la habrías rechazado, cosa que habría resultado violenta para los dos. Yo he bebido, por lo tanto es seguro; puedo jurarlo si lo deseas: lo juro. ¿Beberás ahora conmigo?

Levantó la jarra con una mano. El olor era embriagador, y traía consigo los deliciosos, picantes y agridulces recuerdos de los inviernos en casa y de los cuentos relatados junto a la lumbre. Bán bebió. Habría sido una enorme descortesía no hacerlo. Era más fuerte que la cerveza que les habían servido en la comida, y se había calentado recientemente. El ajenjo se le subía a la cabeza y encendía fuego en sus entrañas. Era una sensación maravillosa, pero no segura. La anciana abuela (la antigua) usaba el ajenjo cuando necesitaba urgentemente hablar con los dioses. No era aconsejable beberlo en exceso cuando uno necesitaba tratar con los asuntos de los hombres. Bán cerró los ojos y dejó que el calor se extendiese hasta las puntas de los dedos de sus pies y sus manos. Recordó a Iccio y el segundo juego de tabas. El chico era bueno y le habría ganado, de no haberles interrumpido Amminio. Recordó la forma en que había cambiado la voz del muchacho al enfrentarse al hijo de Cunobelin.

Abriendo los ojos, cogió el tablero y la bolsa de fichas.

—Me gustaría jugar contigo —dijo—. No cuesta tanto esfuerzo como para no poder ir mirando a los perritos al mismo tiempo.

Aparentemente era un juego sencillo; un niño pequeño podría haberlo aprendido. Doce fichas de cada color se colocaban en hilera a lo largo de cada borde del tablero. La que hacía el número trece era más pequeña y con un color más intenso, y Bán no estaba familiarizado con su uso. Amminio, que jugaba con las amarillas, la levantó entre el pulgar y el índice.

—Ésta es la ficha del soñador. Puede adelantar tres casillas a la vez, y saltar de lado a voluntad, pero si te la comen, pierdes el juego. ¿Has jugado con ésta?

—No. Gunovic jugaba solo con las doce. Pueden adelantar una casilla cada vez, o saltar por encima de otra. Si el guerrero enemigo salta por encima de una de tus fichas, se la come. El ganador es el que elimina las fichas de su enemigo del tablero.

—Entonces jugaremos así. Si ganas alguna partida, podemos poner también los soñadores. Como en la vida, hacen qué la danza sea más interesante.

Las piezas de los soñadores fueron apartadas y colocadas cuidadosamente a un lado. El resto de las fichas se alinearon a lo largo de los bordes del tablero. Bán, jugando con las rojas, hizo el primer movimiento. Hacía casi un año que no había visto un tablero, y movía lentamente, como alguien que se despierta de un largo sueño, abriéndose camino poco a poco en la danza con su golpeteo de fichas. Jugó la

primera partida mecánicamente y perdió. Sus primeras seis fichas fueron eliminadas del juego en un solo movimiento, dando saltos por encima de ellas. El resto se vieron acorraladas y comidas solas o en parejas. Fue una ejecución rápida y limpia, conseguida no sin una cierta hostilidad. Al final, Amminio se colocó sus propias fichas en la mano. Había perdido tres.

—¿Repetimos? —dijo.

—Si no te importa jugar contra un novato.

—En absoluto. Juegas bien. Estás aprendiendo a anticipar el final. Mejorarás rápidamente, con la práctica.

La segunda partida no fue tan rápida, pero el resultado acabó siendo el mismo, así como la tercera. La cuarta ya fue un poco más larga. Hacia el final, ambos se habían visto reducidos a tres fichas. El espacio en el tablero hacía más difícil atrapar a un oponente cometiendo un error. La perra de cría se puso de pie y se desperezó, bostezando, luego se deslizó por entre la cortina de la puerta, probablemente para ir a orinar. Los jugadores abandonaron el juego para contener la súbita invasión de cachorrillos gimoteantes. A su vuelta, empapada completamente, aceptaron quedar en tablas.

Yése fue el punto de inflexión. Bán ganó la quinta partida. La alegría que le produjo brotó en su interior, orgullosa, como si hubiese arrojado una lanza y hubiese acertado justo en el centro del blanco. Amminio, sonriendo, le dejó y volvió con otra jarra de cerveza.

—Ésta no es tan fuerte como la otra —dijo—, pero está caliente —la colocó en el suelo entre los dos—. ¿Jugamos otra vez?

Bán ganó los dos juegos siguientes entre una neblina de euforia y cerveza. Entonces introdujeron a los soñadores en el juego, y perdió. Las nuevas fichas tenían mucha más flexibilidad que los guerreros y, como había dicho Amminio, hacían más excitante la danza. Le costó a Bán tres juegos y otro empate familiarizarse con su uso. Pronto Amminio ofreció una segunda variación en la cual un guerrero que alcanzaba el lado del otro podía, mediante un movimiento, convertirse en soñador. Las partidas eran más y más rápidas cada vez, y la estrategia cada vez más sutil.

En la duodécima partida, con el fuego bien atizado y un cachorro dormido en su regazo, Amminio dijo:

—Ganar está bien, pero podemos jugar por algo más. Yo apuesto mi brazalete a la próxima partida. ¿Qué pones tú?

Se jugaron el brazalete de bronce de Bán contra el de oro de Amminio, y Bán perdió. Perdió luego su daga y su cinturón en rápida sucesión, y luego volvió a recuperarlos; su espada cambió de manos tres veces en otras tantas partidas. Amminio apostó su caballo (un zaino muy fino y de buena sangre) y lo perdió. La partida en la cual lo recuperó se jugó más rápidamente que ninguna, y les dejó a ambos empapados en sudor y temblando.

Siguieron jugando. El tiempo se fue alargando y perdió todo sentido. El mundo se

fue reduciendo a la moribunda luz del fuego, y las sombras de las fichas en el tablero se movían al susurro de la sangre en los oídos y del hilillo de sudor que bajaba por la nuca de cada uno. Bán oyó pronunciar su nombre de forma distante, y cambió de opinión antes de mover una pieza. Toda la partida dependía de ese movimiento, así que ganó, dando gracias a los dioses por aquella advertencia tan oportuna. Ante él se encontraba todo lo que había apostado. Las partidas eran acumulativas, y cada vez lo apostaban todo. Echando cuentas, le pertenecía el caballo zaino y su silla, la espada de Amminio y su vaina, una daga, dos brazaletes y una torques. Amminio estiró los brazos, cruzando los dedos y haciendo crujir los nudillos.

—Una más —dijo—. Has tenido mucha suerte en la última. Quiero recuperar mi caballo.

Bán sonrió. Churretes de sudor le veteaban la frente y le empapaban el cuello de la túnica prestada que vestía. Tenía las piernas acalambradas y la vejiga oprimida. Sus dedos iban a buscar las fichas, aun cuando no jugaban. Nunca había sido tan feliz.

—Has perdido tu caballo porque querías recuperar tu espada, y has perdido la espada por la daga. Deberías rendirte, ahora que puedes. No tienes nada más que apostar.

—Ah, sí, sí que lo tengo. Tengo a Iccio. Lo apuesto Contra mi caballo y todo el resto de mis armas.

Amminio habló con ligereza, con franqueza desarmante. Sus ojos de un verde gris se clavaban en el tablero, evitando el enfrentamiento. Un leño crepitó en el fuego. La lluvia golpeaba pesadamente en el tejado. La perra rodó en el suelo, suspirando, y los cachorrillos lloriquearon frustrados al perder momentáneamente las tetillas. Bán notó que el sudor le empapaba de nuevo el cuello. Los restos del pastel de avena daban vueltas en su estómago.

—No puedes apostar la vida de un hombre en el tablero de juego —dijo.

Amminio levantó las cejas.

—No es un hombre. Es un niño belgo de ocho años que fue vendido por su padre a los romanos en las Galias, y puedo hacer con él lo que desee. Lo gané en un juego; no existe razón alguna para que no pueda perderlo de la misma forma —colocó las piezas en el tablero, sonriendo—. Aunque, evidentemente, no pienso perderlo.

Fue la sonrisa la que marcó la diferencia, y el recuerdo del terror que notó en la voz del niño, y las consecuencias de la cerveza y del ajenjo, ahora ya frío, pero no por eso menos potente. Bán quitó las dos piezas de los soñadores del tablero. Haciéndolas saltar en el hueco de su mano, las tendió, una en cada puño cerrado.

—Elige para empezar.

—¿Aceptas entonces?

—Sí.

—¿Y qué apuestas tú a cambio?

—Todo esto —Bán extendió el brazo y abarcó toda la colección de oro trabajado, bronce esmaltado, hierro con incrustaciones y cuero que tenía a su lado—. Lo mío y

lo tuyo.

—¿Y los caballos?

Era una trampa muy bien urdida, tan bien tramada como cualquiera de las que había intentado practicar en el tablero. El sobresalto hizo temblar a Bán, como si tuviese que desviar algo más que la mente para evitarlo.

—Apuesto tu caballo —dijo—. El mío no.

Amminio sonrió torcidamente.

—Eso no basta, guerrero. Si no tienes nada que perder, no tienes auténticos motivos para jugar bien. Lo he visto. Tomas los mayores riesgos cuando tienes el miedo acosándote detrás. De otro modo, no hay competencia.

Era cierto. Los dos jugaban mejor cuanto más tenían que perder. No era cuestión de echarse atrás a esas alturas. Bán dijo:

—Nos estamos apostando la vida de un chico. Eso ya da bastante miedo.

El hombre se echó a reír.

—¿Su vida? ¿Crees que le mataré si gano? ¿O crees acaso que la libertad contigo será mejor que la esclavitud conmigo? No te sobreestimes, Bán de los icenos. La vida en tu casa redonda no es tan buena como para que todos aquellos esclavos criados en una corte civilizada deseen correr a unirse a ella. Iccio es feliz conmigo. No te agradecería que tú sugirieses otra cosa.

Se estaba apartando del tablero. Bán dejó caer las fichas de los soñadores en la madera, y ambas rodaron juntas hacia la bisagra central, la roja y la amarilla, los colores de la sangre y de la traición. Notó que el pulso latía con fuerza en sus sienes.

—¿No juegas?

—No. No si tú no apuestas algo que valores. Tal como están las cosas, si yo gano, no obtendré nada más de lo que tenía cuando empecé.

—Si no jugamos, habrás perdido tu caballo.

Amminio hizo un gesto desdeñoso.

—Puedo comprar otros caballos. De hecho, puedo jugar también para ganar otros caballos. Hay algunos que no temen apostar lo que más valoran —se puso de pie, dando un paso hacia la puerta, y luego se volvió meneando la cabeza como hace uno cuando se arrepiente de algo. Tenía los ojos cálidos y brillantes, eran como los de un amigo—. Bah, olvídalo. Me retiro. Has jugado bien, y ha sido un placer competir contigo. Mi caballo es tuyo y puedes llevártelo cuando te vayas. Le daré a Iccio tus saludos y tus mejores deseos para su futuro. Es un niño muy guapo. Vivirá mejor aquí, donde se le aprecia.

Amminio levantó la cortina de la puerta. La lluvia había cesado. La tarde se había oscurecido hasta convertirse casi en noche. Bán oyó la voz de Airmid que pronunciaba su nombre. No era la voz de los dioses, sino de la persona que conocía que podía comunicarse con ellos más estrechamente. El sonido le devolvió el sueño de la yegua roja y su potro de cabeza blanca, imaginó que cabalgaba a cualquiera de los dos con él recuerdo de unos ojos de un azul intenso y una tímida sonrisa y el temor en

el rostro del niño, mientras trataba de mantenerse firme frente a Amminio. Recordó la potranca parda y los detalles de su muerte, que Caradoc había preferido no contarle.

Amminio dijo:

—Tus amigos te buscan. Deberías salir ahora. Estarán preocupados.

Bán se movió hacia delante. Tenía la boca seca. Tenía el pulso acelerado al máximo, como si llevase corriendo desde la mañana. Las fichas de los soñadores, sangre y traición, aparecieron en su mano.

—Siéntate —dijo—. Tenemos que jugar una partida más.

El hombre se volvió, ya en la puerta. La cortina cayó tras él, cortando en seco el frío del anochecer.

—¿Aceptas la apuesta? ¿La yegua roja a cambio de Iccio?

—Tu caballo e Iccio. Él necesitará montar algún caballo cuando nos vayamos —Bán empujó a un lado toda la pila de armas y brazaletes—. Te devuelvo todo esto. No me sirve, y además no lo necesito. Jugaremos solo por los caballos y el chico. ¿Estás de acuerdo?

—Lo estoy —Amminio se inclinó hacia delante y dio un golpecito en la mano izquierda de Bán. Al abrirla, Bán vio la ficha amarilla de la traición que le hacía un guiño. El trinovante sonrió, seco—. El primer movimiento es mío —dijo.

Fue una partida distinta a todas las que habían jugado hasta entonces. Desde el primer movimiento Amminio atacó, blandiendo su soñador con una ferocidad y precisión nueva para ambos. Bán perdió tres de sus guerreros en otros tantos movimientos, y estuvo increíblemente cerca de perder su propio soñador y con él la partida. La potencia del juego le golpeó con una fuerza que era física, llevándose la sangre de su cabeza y dejándole sin aliento. Se recompuso y empezó a defenderse, montando una trampa y poniéndola en funcionamiento cuando la atención de Amminio estaba concentrada en su propio ataque. Le ganó dos fichas y obligó al soñador amarillo a volar para, ponerse a cubierto. Amminio contrarrestó con otro de sus ataques salvajes, saltando por encima de las piezas desde el rincón más alejado del tablero hasta una casilla que estaba casi en la otra punta, y giró a la izquierda al final. Bán lo vio venir y se despidió de tres de sus guerreros rojos. Un momento después, en un movimiento tan discreto como todos los que había hecho, su soñador se comió a cinco fichas del contrario.

Se volvieron más cautos, observándose el uno al otro y moviendo piezas en fintas y amagos, llevando los soñadores por todo el tablero en movimientos defensivos que no conseguían hacer saltar la sangre. Las fichas de los guerreros eran cada vez más valiosas. Cada uno perdió una más, y se volvieron más precavidos todavía. Ninguno de ellos quería acabar en tablas; para conseguir el soñador, cada uno necesitaba al menos tres fichas en el tablero. Amminio empezó a mover sus piezas como si jugara al azar. El tablero se convirtió en un estanque de agua helada y sus piezas eran como niños que jugaban en él. Los dibujos que formaban tenían una gracia fluida y letal.

Era difícil no dejarse arrastrar, bailar por el simple placer de la danza. Bán se clavó las uñas en las palmas de las manos y se mordió la parte lateral de la lengua. Condensó a sus guerreros en un bloque feo y compacto, e hizo que se desplazaran en una carga masiva, borrando a los danzarines del hielo hacia el extremo más alejado del tablero, rompiendo sus dibujos. Le costó tiempo, y Amminio fue entretejiendo círculos a su alrededor, hostigándole.

Ninguno de los dos hablaba. En las otras partidas habían entablado una tranquila conversación como fondo. Hablaban de los caballos, de la gris de batalla de Breaca, y de las carreras que ésta había ganado, de la yegua roja y del potrillo que alumbraría, y de los proyectos de cría del Perro del Sol y por qué creía Amminio que el linaje de su padre se veía contaminado con ganado defectuoso y qué planeaba hacer en sus tres granjas de las Galias. Bán le había hablado de *Granizo* y de su caza. Amminio le había contado la historia de la perra de Odras y su carrera solitaria contra un ciervo con toda la cornamenta.

Aquella vez, todo era silencio. En el lado más externo de su mente, Bán era consciente de que otras voces además de la de Airmid gritaban su nombre, pero estaba más allá del punto en el que aquellas voces dictaban sus movimientos. A la mitad de la danza sobre el hielo, notó una corriente cuando se levantó la cortina de la puerta y supo que al fin le habían encontrado. Unas formas se congregaron en la entrada. Alguien trajo otra antorcha y las sombras de las fichas cambiaron de dirección. Se oyeron voces que murmuraban, como el zureo matutino de las palomas torcaces, y tampoco entendía lo que decían.

Alguien preguntó:

—¿Qué han apostado?

Y otra persona respondió, quizá Caradoc, o el romano, sus voces eran asombrosamente parecidas bajo aquella tensión:

—Los caballos. Están en juego los caballos.

Y una tercera voz, que podía ser la de Amminio, replicó:

—Hermano, me degradas. Jugamos por nuestro honor. Y por el chico —no mucho después, volvió a levantarse la cortina de la puerta y supo que Iccio estaba allí.

Nada de todo aquello afectó a Bán. Él estaba en un lugar donde nada podía alcanzarle. Su alma pertenecía al tablero, y habría seguido jugando aunque le hubiesen dicho que Iccio había escapado y que cabalgaba la yegua roja por encima del océano hasta las Galias, o que había muerto. Ahora, ambos bailaban. Había roto la marcha de sus guerreros y los había enviado hacia el exterior, buscando puntos débiles. Encontró uno y cobró una ficha, y luego se encontró acorralado y perdió a su vez otro guerrero. Su soñador se atrincheró detrás de las tres fichas que le quedaban. Amminio tenía cuatro. No era imposible (cada uno de ellos había ganado desde aquella misma posición antes), pero resultaba peligroso, y no podía permitirse ningún error. Los dibujos se fueron formando ante los ojos de Bán: repeticiones de partidas anteriores de la tarde y de otras anteriores, jugadas con Gunovic. La sombra de una

idea acarició su imaginación e hizo presa. Se formó en su mente un camino similar a uno que había visto anteriormente, y que no había conseguido seguir. Creía que valía la pena intentarlo ahora.

Rompiendo de nuevo el baile, movió a su soñador hacia una zona abierta y empezó un desplazamiento curvo a través de todo el tablero. Las fichas de Amminio se movieron como lobos que siguieran una pista. Se dividieron en dos grupos y empezaron a perseguirle. Iban muy disciplinadas, manteniéndose bien juntas, y sin dejar nunca el menor espacio entre ellas que pudiese permitir al soñador de Bán volverse y brincar sobre ellas, llevándolas a la muerte. El soñador amarillo estaba solo en la parte izquierda del tablero, y no se movía. El rojo llegó a una esquina y los lobos empezaron a cerrar filas. Bán movió a los tres guerreros que le quedaban hacia delante defensivamente para cubrir el espacio. Si uno miraba hacia delante, se veía que tenía bastante tiempo, lo suficiente para ponerlos en formación en torno a la pieza más pequeña. Así podía protegerla del ataque, pero perdería la flexibilidad de movimientos lateral del soñador.

Suspiró y se movió en su asiento. La multitud se había quedado muy callada. Caradoc, o quizás el romano, juraban en voz baja en nombre de Briga. Bán no levantó la vista. Las fichas se movían con rapidez. Ningún jugador tomaba el tiempo suficiente para detenerse y considerar otras posibilidades. Ambos estaban concentrados en la manada de lobos y su calidad mortífera. Bán hizo saltar a sus guerreros hacia delante lo más deprisa que le permitía el juego. En un momento determinado arriesgó un hueco. Tomar ventaja de éste habría aminorado el avance de las fichas amarillas, y él conocía ya bastante bien a Amminio. El lobo no se detiene a lanzar dentelladas a un insecto cuando está siguiendo el rastro de un ciervo. En su siguiente turno, Bán pudo adelantar una pieza cuatro casillas hacia delante, ganando terreno. El otro movió de lado para cubrir el hueco. Amminio sonreía irónico y levantó una ceja. Había hecho aquello mismo un par de veces antes como forma de ofrecer un final limpio para una partida que ya estaba perdida. En aquella partida, no lo haría tan pronto. Por el contrario, se convirtió en una señal silenciosa entre los dos: él estaba ganando, y el chico lo sabía.

Los lobos estaban a tres casillas de distancia cuando el soñador rojo hizo un quiebro para buscar refugio. Era el riesgo más elevado que Bán había corrido a lo largo de todo su juego, y oyó el sonido de alguien que aspiraba el aire y que procedía de la puerta. Se desplazó hacia un lado y hacia abajo, sobrepasando al líder de los guerreros y deslizándose de lado detrás de éste, lejos del alcance de las fichas amarillas. Amminio frunció el entrecejo y miró el tablero. No había pensado en ese movimiento. El ritmo del juego se detuvo brevemente mientras estudiaba sus opciones, y luego levantó uno de sus guerreros y lo movió, saltando hacia delante y hacia atrás a través de sus compañeros con un movimiento dé zigzag que marcaba su juego más elegante. Llegó a descansar a dos casillas de distancia del soñador rojo, y la nueva posición Cambió totalmente el desarrollo del juego. Hasta el jugador menos

experimentado podía haber previsto entonces el final. Dubitativo, Bán colocó a sus guerreros en círculo en torno a su pieza clave. Movía sus piezas más lentamente, sin establecer ninguna diferencia. Pronto las fichas amarillas habían rodeado a las rojas, a un solo movimiento de la matanza final. Al soñador rojo le quedaban dos movimientos y cada uno de ellos le colocaba en peligro mortal. Mover a cualquier guerrero habría sido ponerlo al alcance de un amarillo, y Amminio habría limpiado el tablero. En cualquier caso, el soñador estaba perdido, y el juego con él.

Amminio apoyó la yema de un dedo en la diminuta ficha roja. En voz baja, solo para los dos, dijo:

—¿Debemos acabar esto del todo? Has jugado bien. No me gustaría infligirte la indignidad final de la muerte sin motivo.

—¿Y qué le ocurrirá a Iccio?

—Continuará sirviendo como mozo de establos. Tu yegua roja mejorará el linaje de las cuadras de mi padre, y el potro que lleva en su seno sería mío, para ir a la guerra contra los ordovicos.

—Podría ser una potranca.

—Quizás. Entonces, tendré una yegua de batalla que se podrá comparar con la de tu hermana.

Bán había dejado reposar las manos planas en las rodillas. La tensión del juego lo había dejado mucho más cansado de lo que había estado nunca. Mirando hacia arriba, se encontró con un bosque de ojos: allí estaba Breaca, con Airmid, Macha y Luain; Eburovic estaba de pie, a un lado, junto al romano. Odras, la mujer a quien pertenecía la perra de cría, se apoyaba en la pared, amamantando a un bebé silencioso. Escudriñando más lejos aún, encontró el rostro que buscaba. Caradoc estaba de pie en las sombras, detrás de Amminio. Su padre estaba también de pie a su izquierda. A aquella luz, se podía ver el parecido de sus ojos, y la diferencia también. La mirada del Perro del Sol era reflexiva; un estanque sin fondo, que solo podía ser explorado por los dioses. La de Caradoc era más abierta, y la risa hervía a fuego lento en sus profundidades de color gris acero, de modo que uno solo podía verla si decidía buscarla, y la aprobación también.

Bán se secó las manos en la túnica. Notaba la cabeza hueca y le zumbaban los oídos. Era posible que ésa fuera la sensación de un chico al final de sus largas noches, habiendo pasado las pruebas de guerrero y ganado su venablo, aunque él pensaba que no; ninguno de aquellos a quienes había visto recibir después en la casa de los hombres tenían el aspecto de que los dioses les hubiesen dado su bendición, y él, en aquel momento, se sentía así.

Era consciente de que Amminio le miraba, de que le había pedido que se rindiese, y estaba esperando su respuesta.

Pero él frunció el ceño y contempló el dibujo de la danza. El júbilo no era saludable en un guerrero, y siempre conducía a la derrota y la humillación. Su padre se lo había enseñado hacía mucho tiempo, y Caradoc se lo había demostrado una y

otra vez en las carreras. Solo mediante la capacidad y la habilidad, la cuidadosa planificación y la ayuda de los dioses conseguía uno tener éxito. Él había planeado y rezado, y los dioses le habían escuchado. El último movimiento de Amminio era el que había posibilitado el diseño. Apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia delante, tocando su guerrero más retrasado, arrinconado en una esquina, de modo que no se podía usar para nada útil. Lo había colocado allí hacía algún tiempo, en un movimiento intercalado entre el frenético vuelo para proteger a su soñador. Amminio, si lo había visto, había desestimado la amenaza que podía suponer.

—Tal como tú me has enseñado —dijo—, cuando un guerrero llega a la esquina más alejada de aquella de la cual procede, crece en estatura. Por un solo movimiento, puede actuar como soñador. ¿No es así?

No fue necesario ni levantar la ficha. En cuanto pronunció aquellas palabras, el juego estuvo claro. Para una ficha con el poder y el alcance de un soñador había un camino claro que atravesaba todo el tablero, saltándose las tres piezas rojas que quedaban, comiéndose a dos de los guerreros amarillos y dando un salto doble final hasta el soñador amarillo sentado allí, solo y olvidado, en la parte trasera del tablero. Una matanza limpia y hermosa, cuya base había aprendido de Amminio.

—Eso parece —el trinovante juntó las palmas de ambas manos y se llevó las yemas de los dedos a los labios.

Cuando levantó la vista del tablero, sus ojos estaban tan desprovistos de expresión como los de su padre, y sus rasgos mostraban una indiferencia anodina.

—Felicidades —dijo—. Los dioses han hablado a tu favor. Mi caballo es tuyo.

—E Iccio también.

—Por supuesto. Donde va el caballo, va el chico.

Bán levantó la vista. Breaca estaba enfadada con él, pero orgullosa al mismo tiempo. A su lado, Macha tenía verdaderos problemas para contener la risa. Entre ambos se encontraba Iccio, un niño de rostro delgado con una mata de pelo rubio claro y unos enormes ojos azules, que a la luz de la lámpara parecían dos gemas. Lloraba.

Bán se puso de pie, notando la urgente necesidad de vaciar la vejiga. Se abrió paso entre la multitud y dio un golpecito en el hombro a Iccio al pasar. El momento en sí mismo ya valía la pena, y no deseaba explotarlo demasiado.

—Segovento partirá pronto —dijo, tranquilo—. Si lo deseas, puedes volver a la Galia y desde allí a tu pueblo. Si no, serás bienvenido entre los icenos.

* * *

El festín que se celebró en la casa grande sobrepasó todo lo que lo había precedido en calidad y cantidad de comida y cerveza, vino y distracciones. La atmósfera era menos

formal que antes. Había esclavos que servían, pero discretamente. El vino corría entre los marineros, y entre aquellos de mentalidad romana que lo deseasen. Pero no se les impuso a los icenos. Dos hombres y un chico se excusaron pronto, y salieron al exterior para tomar el fresco y disfrutar de la soledad. Como por casualidad, se encontraron y caminaron juntos un rato, acabando por descansar en el montículo que había más allá de las puertas del norte, que marcaban la entrada a la fortaleza. La noche era fresca y recién lavada por la lluvia. Las nubes de tormenta de la tarde se habían ido adelgazando hasta formar tenues jirones como telarañas que se enredaban entre las estrellas. El Cazador asomó por el este con la Liebre por encima de su hombro. El Cuerno de Carnero estaba más bajo, al oeste. La luna se cernía entre ambos, como una moneda de plata mal acuñada, que ha perdido uno de sus bordes en el calor de la fragua.

La hierba estaba muy recortada por incontables ovejas. Olía a salvia y a argentina. Erizos, ratas y zorros merodeaban entre los desechos del mercado de ganado. Caradoc estaba echado de espaldas, con la cabeza apoyada en las manos.

—¿Te harás a la mar pronto?

El romano también estaba echado en la hierba de la orilla. Una flor blanca y pequeña crecía junto a su cabeza, reflejando la luz.

—Segovento dice que debemos zarpar con la marea de la tarde dentro de dos días, cuando haya luna llena. Es demasiado pronto para lo que dicta el decoro, pero si lo prolongamos más, perderemos la marea.

—Está ansioso por ver cómo maniobra la nave.

—Por supuesto. Y ansioso por encontrarse a salvo en la Galia, antes de que Cunobelin se arrepienta y le quite el barco. Segovento no lo admitirá nunca, pero esta nave es mucho mejor que la que perdió.

Caradoc dijo:

—Había oído que pensaban llamarla *Cuervo*. ¿Por qué no lo han hecho?

—Ha sido una idea de Curaunio, no de los demás. El ave de Briga trae mala suerte en la mar.

—¿Entonces le han puesto el nombre por mi padre?

—Podría pensarse que sí, pero no. La han llamado así por una yegua que casi ha cambiado de manos en una apuesta de juego, esta tarde. Y por su jinete.

Bán se incorporó súbitamente. Antes había bebido demasiada cerveza y se encontraba mal. La cabeza le daba vueltas, y se le había pasado con el aire fresco, pero seguía teniendo accesos de náuseas que le retorcían las tripas.

—Pero, ¿qué nombre le han puesto? —preguntó.

—*Caballo del Sol.*

—¿Por qué?

—Porque no sabían que ibas a tratar de entregar a tu mejor yegua a un hombre conocido por matar caballos —dijo Caradoc, secamente.

—¿Te habrías retirado tú si te hubiese ofrecido jugar a cambio del chico?

—Mi padre tiene muchísimos esclavos, Bán. No puedes pelearte con mi hermano por cada uno de ellos.

—Déjale. Ha ganado cuando lo necesitaba. Eso basta.

El romano vino a sentarse entre ellos. La cercanía de las Galias parecía insuflarle nuevas fuerzas. El brazalete que llevaba, y que se le ajustaba perfectamente cuando dejaron las tierras de los icenos, ahora le quedaba muy tirante y hundido en la carne. Le dijo a Bán:

—Le han puesto ese nombre por tu yegua roja. Ella vino con nosotros a través de la tormenta, y se quedará aquí contigo. Les pareció bien recordarla. Debes mandar recado cuando tenga su potrillo. Me gustaría saber si es tal y como tú soñaste.

Bán dio gracias a los dioses por haber encontrado la verdadera amistad dos veces en hombres por los cuales sentía un respeto total.

—¿Cómo te encontraremos? —le preguntó, perezosamente.

—Segovento volverá a las tierras de los icenos antes de que acabe el verano. Quiere probar el río del norte otra vez durante un tiempo, cuando no haya tormenta. Cree que le debe un buen desembarco. Supongo que le verás a menudo, cuando haya buen tiempo. Podrá dejar un mensaje en un lugar donde yo pueda encontrarlo.

—¿No volverás con él?

Si Corvo notó algún ansia en aquella pregunta, tuvo la decencia de no demostrarlo. Dijo:

—Volvería si pudiese, de verdad, pero creo que no será posible. Cuando vuelva a las Galias, volveré también a las legiones: entonces, adonde vaya y lo que haga solo dependerá de aquellos que me manden. Es posible que vuelva, pero creo que debemos esperar que Tiberio no decida enviar a las legiones a Britania. No me gustaría luchar contra ti.

Era imposible. Eran amigos y nunca lucharían entre ellos. Bán dijo:

—Puedes venir solo.

—Quizá. Si no me destinan inmediatamente, puedo tener algo de tiempo.

Caradoc intervino:

—Bán hará sus pruebas de guerrero en otoño, dentro de seis meses. Será necesario que dos hombres, ninguno de ellos su padre, hablen por él ante los dioses.

Era una oferta y una promesa, un regalo de mucho más valor de lo que él podía haber soñado nunca. Bán vio que la luna se emborronaba y se deslizaba de costado, convirtiéndose en dos. A su lado, Corvo frunció los labios y silbó pensativamente. Al final, asintió:

—Si los dioses lo permiten, allí estaré —dijo.

# XIV

Los icenos partieron antes que los marinos. Se reunieron al romper el alba, dos días después de la Danza de los Guerreros, y medio día antes de que el recién bautizado *Caballo del Sol* izara sus velas con la marea de la tarde. La mañana brillaba soleada, saludando su partida. Una neblina fría Cubría el suelo, empujada hacia abajo por los fuegos de la casa grande y las viviendas adyacentes. Los caballos piafaban y resoplaban, y el vaho de su aliento iba a unirse a la blancura que ya invadía el aire.

Breaca dirigió la yegua gris hacia la salida mientras el resto acababa de despedirse. Cunobelin se reunió con ella. Había esperado verlo de nuevo con todos sus ropajes ceremoniales, entrechocando el oro con el bronce y el hierro con esmaltes y joyas. Pero le sorprendió al aparecer con la cabeza descubierta, el cabello del color de la paja al sol, un manto con el sencillo color amarillo flor de aliaga de los trinovantes y completamente despojado de cualquier otro ornamento. Su espada colgaba de su hombro derecho al modo de un guerrero, y llevaba un escudo de piel de toro y madera, sin ninguna marca tribal ni de rango, de modo que podía haber sido de uno cualquiera de los héroes errantes que aparecían en las historias de los bardos, devuelto a las tierras mortales por un solo día. Se quedó de pie junto a la brida de ella y le ofreció breves y mordaces comentarios de aquellos que se reunían para partir.

Las despedidas no eran fáciles. Macha había pasado tres noches sola con Luain y parecía tensa al montar su yegua. MacCalma tenía negocios en la Galia y había aceptado la oferta de Segovento de un camarote en el primer viaje de la nave. Había prometido volver a la casa redonda de vuelta a Mona, pero no tenía previsto ningún momento determinado para su llegada. Era algo que ya se había repetido antes, y el dolor que producía era antiguo, y saltaba a la vista. El hábito no había conseguido suavizarlo.

Bán estaba más feliz. Se encontraba de pie junto al romano, con la cara iluminada por el orgullo, la alegría y el dolor de la separación. Desde el día de la danza habían estado los dos juntos, cabalgando, entrenándose con las espadas y las lanzas. Breaca había observado el cuidado con que el romano, había enseñado a su hermano la forma de actuar de las legiones, para que fuera capaz de defenderse, si algún día debían encontrarse cara a cara. Ahora estaba diciendo algo en su galo con fuerte acento, y Bán, riendo, le contestaba. Su tono se rompió a mitad de la frase y bajó de golpe la escala, acabando con un registro que se parecía al de Luain. No era tan profundo, pero sí resonante, y se dejaba oír perfectamente.

Sin pensar, Breaca dijo:

—Ya no es un niño.

—Eso parece —había olvidado que Cunobelin estaba allí y podía oírla. El habitual humor ácido teñía su voz, superponiéndose a otras cosas más serias—. Hacemos toda clase de cosas para establecer pruebas de virilidad que pongan a prueba a los que acaban de crecer, para que sientan que han conseguido algo a pesar de tener grandes obstáculos en contra. Y a veces interviene el destino (tú dirías, quizá, los dioses), y el trabajo de los hombres parece superfluo.

—Pero tendrá que pasar sus largas noches en otoño, de cualquier modo. Los ancianos no le darán su lanza si no lo hace.

—Por supuesto. Su virilidad debe ser comprobada ante la gente: él también lo querrá así. Pero en su corazón sabe la verdad y sabe que los otros también lo saben.

Tenía razón. Resultaba evidente en la forma que tenía Bán de erguirse, en la facilidad con que desdeñó el súbito cambio de tono de su voz y aceptó el regalo de un cuchillo por parte del romano, dándole una hoja de lanza a cambio. Un pequeño punto de orgullo ardió en el corazón de Breaca, una insignificancia en medio de la frialdad de la separación.

—Ganó en buena lid —dijo.

—Sí, pero ha sido la responsabilidad por el niño, Iccio, lo que le ha convertido en hombre.

Eso también era cierto. Iccio esperaba detrás de Bán, un niño de cabello rubio, demasiado pequeño encima del enorme zaino de casta de Amminio. El toque de la libertad también había cambiado su aspecto.

Otros se estaban reuniendo también. Con un respingo, Breaca vio a Airmid esperando muy atrás, junto a la casa grande, despeinada, algo trastornada y sin montar todavía. Había pasado la última noche recogiendo plantas en los bosques y los prados que había tras las murallas de la fortaleza, y volvió en la menguada luz anterior al amanecer cargando un hato lleno de cañuela y salvia, y las primeras flores de un amarillo pálido de la agrimonia. Una mujer, Lanis, hermana de la que tenía el niño enfermo, había salido con ella y había vuelto con el cabello atado hacia atrás con una tira de corteza de abedul en la frente y el aire nostálgico y distante de un soñador… o de alguien que acaba de hacer el amor. Caminaron juntas hacia los establos. Duborno frunció el ceño brutalmente al pasar ellas, cosa que, en otras circunstancias, habría resultado divertido. Breaca se entretuvo ajustando bien sus cinchas y no dijo nada.

—Ella no cabalgará con vosotros.

Breaca miró hacia atrás, sorprendida. El Perro del Sol señaló con la barbilla hacia las dos mujeres.

—Lanis —dijo—. No cabalgará con vosotros. El niño de su hermana está todavía demasiado cerca de la muerte, y ella es la única con alguna posibilidad de mantenerle con vida.

El peligro cosquilleó la espalda de Breaca. Curar era un trabajo de soñadores, y Cunobelin había despellejado vivos a sus soñadores, clavándolos a sus árboles sagrados. Solo había sobrevivido Heffydd, y únicamente porque había abandonado

sus sueños. Miró al Perro del Sol, pensativa. En todas sus conversaciones, nunca había dejado de responder una pregunta directa.

—¿Es seguro para ella quedarse aquí? —preguntó.

—Sí. He hablado con Luain MacCalma. Él ha aceptado mi palabra, jurando sobre el águila de Roma y la enseña del Perro del Sol, de que no le haré ningún daño. Viajará a Mona después, en otoño, MacCalma enviará a unos guerreros para que la protejan y la guíen.

Todo aquello lo dijo sin mala intención. Los hechos señalaban un cambio en las cosas, igual que el primer potrillo marca el regreso de la primavera, y nada de aquello tenía relación con Breaca o con su vida. Ella tenía que hacer sus propias elecciones y soportar las consecuencias que de ellas se derivasen. Sin embargo, se alegró de ver llegar a Caradoc al galope para despedirse de su padre. Al menos le daba una ocasión para apartar la vista.

Se apartó un poco, no deseando presenciar la despedida final entre padre e hijo. No había olvidado, ni tampoco olvidaría fácilmente, la habilidad con la que el Perro del Sol había manipulado las noticias de una muerte y los extremos a los que había llegado para mantenerla en secreto. Había corrido la voz después de la reunión de Caradoc con su padre, y al caer la noche la noticia parecía haberse extendido por toda la fortaleza. Ciertamente, se había movido lo bastante rápido para que Odras, al preguntarle el nombre de la perrita la noche antes de su partida, decidiese llamarla *Cygfa* en honor de la guerrera muerta de los ordovicos, y nadie había pensado en cuestionarlo.

La despedida entre Caradoc y Odras había sido en privado, y nadie la había cuestionado tampoco. Caradoc no le había devuelto su brazalete, pero habían intercambiado otros regalos menos tangibles, y eso no había hecho más fácil el último día. Incluso por un momento Breaca había temido que Caradoc quisiera quedarse y que eso dificultara las cosas entre el joven guerrero y su hermano mayor, pero no parecía que tal cosa fuera a ocurrir. Tal como ella había predicho, Luain había absuelto a Caradoc de la culpa de sangre, después de lo cual el joven era libre para subir a la nave con Segovento, quedarse en la fortaleza de su padre o cabalgar hacia el oeste con el pueblo de su madre. Su petición de cabalgar hacia el norte con los icenos había resultado inesperada, pero no mal recibida. En el extraño anticlímax que marcó el final de la visita, ella se sintió agradecida por la oferta de compañía.

Caradoc fue el último en despedirse. Con su llegada, el grupo quedó completo. Eburovic cabalgaba detrás de Breaca, con Macha y Airmid siguiéndole. Duborno, silencioso por una vez, cabalgaba al lado de su soñadora. Durante dos días, el camino de todos era el mismo. Luego, en la frontera de las tierras icenas, Airmid se dirigiría hacia el oeste y cabalgaría hacia Mona. Nadie sabía, ni había forma de saberlo, cuándo volvería. Era mejor no pensar en ello. Los últimos jinetes se unieron a la fila. Tago y Sinocho iban en retaguardia, conduciendo cada uno una reata de caballos sin jinete, cargados con regalos del Perro del Sol, y ya era el momento de irse.

Cunobelin se acercó de nuevo a Breaca, con la brida de la yegua gris en la mano. Había pasado la noche festejando y hablando con Eburovic, pero no por ello tenía mal aspecto. Su aliento olía ligeramente a vino mezclado con hierbabuena. Sus ojos eran tal como Breaca los había visto por primera vez: llenos de sarcasmo y una profundidad de comprensión que era tanto alarmante como perversamente consoladora. Se le ocurrió, demasiado tarde, que si hubiese aprendido a confiar en aquel hombre, habría sido un aliado sin par. Intentó imaginarlo y fracasó; después de la fragua, era imposible contemplarle de otro modo que como peligroso.

Asintiendo como si ella le hubiese dicho algo, él levantó el brazo y agarró el de ella por el codo, con la despedida sencilla de los guerreros.

—¿Estás preparada? —le dijo.

—No. Pero es poco probable que lo estemos más. Creo que deberíamos irnos.

—Bien. Entonces despejaré tu camino —señaló hacia detrás de él y ocho hombres empujaron las barras que sujetaban las puertas.

Con un crujido como el de maderas que caen, las dos mitades se abrieron hacia afuera. El prado que había detrás estaba silencioso y vacío. No se había creído necesario montar una feria de ganado para su partida.

Él caminó con ella mientras iba llevando la yegua hacia delante a través de la abertura.

—¿Volverás? —le preguntó. Como todo lo que decía, era a la vez una pregunta y una afirmación.

—Si los dioses lo desean.

Sus ojos parecían burlones.

—Rezaré por su intercesión.

Pasaron a través de la puerta. Los otros iban detrás, pronunciando los últimos adioses. El Perro del Sol levantó la mano una vez más y apretó la de ella. Ella notó las duras callosidades en su mano producidas por la espada y la lanza y, sorprendentemente, la presión de un anillo en su palma. Mirando hacia abajo, vio un relámpago de oro con el emblema del sol y el perro que lo seguía en relieve, en la superficie. El rey llevaba un anillo gemelo de aquel en el dedo meñique de la mano izquierda, durante toda su visita. Ella dio la vuelta a la mano del hombre, intentando ver si lo llevaba todavía, y por primera vez el rostro de él se abrió en una sonrisa abierta y sincera.

—Es el mío —dijo—. No permitiría que se hiciera una copia. Tómalo. Los dioses no han considerado oportuno concederme una hija. Ahora, quizás, empiezo a tener una. Si necesitas ayuda, en nombre del Perro del Sol se te dará, en los confines de la tierra y en los cuatro vientos —era un viejo juramento, y sonaba muy extraño en boca de un hombre que había dejado bien claro su desdén por los dioses.

Ella podía haber respondido directamente, pero Caradoc se acercó por el otro lado. Su presencia la conmovió y la animó.

—Gracias —se probó el anillo en los dedos. Le quedaba bien en el anular de la

mano derecha—. Lo cuidaré bien. Si los icenos tienen necesidad de tu ayuda, lo recordaré.

—Los icenos no —dijo Cunobelin—. Tú. Hay una diferencia.



Cabalgaron en silencio, apagados, siguiendo el camino que corría por el borde de los bosques talados del Perro del Sol con unos campos de cereal recién plantado y judías a un lado. Estaban a finales de la primavera, la época más dura para, desherbar, y los campos estaban llenos de personas. Los trabajadores hicieron una pausa para saludarles mientras pasaban. Caradoc era reconocido por su cabello y por el color de su manto, y hacía pausas a menudo para saludar. Después, a lo largo de la mañana, un hombre le reconoció desde la distancia y envió a su hijo, un chico de menor edad aún que Iccio, para que le dejara cabalgar con él durante unos cientos de pasos, y así poder decir más tarde, a lo largo de su vida, que una vez cabalgó con el mejor guerrero que nació jamás en la fortaleza. El chico iba sucio y con el cabello lleno de piojos, y Caradoc le cogió y le volvió a bajar luego como a un hijo amado.

Luego, en los campos más altos y menos fértiles, pasaron junto a campos de ganado bordeados por zanjas. Reses ruanas de largos cuernos alimentaban a algunos terneros dispersos. Las ovejas, ofendidas por el excesivo calor del día, se frotaban contra los espinos para liberarse de la lana. Allí también había pastores y vaqueros, y siempre alguien que los saludaba, para hablar e intercambiar noticias de la fortaleza y de sus ocupantes. Aquello hacía más lento su paso, pero no demasiado.

A mediodía, vadearon un arroyo entre dos bosquecillos de sauces y se detuvieron a su sombra para comer algo. Sinocho lo organizó todo; había ensillado los caballos de carga y sabía dónde se encontraban los suministros más perecederos. Breaca ató la gris con los otros caballos y caminó sola a lo largo de la orilla del río hasta que desaparecieron los árboles y se pudo sentar con libertad en la orilla arenosa con los pies metidos en el agua. El río corría muy rápido paira la profundidad que tenía, y sus talones formaban ondulaciones sinuosas en la superficie. Los pececillos se agolpaban junto a los dedos de sus pies, pensando que eran insectos. Pasó una garza por encima de ella, y fue descansar con sus larguísimas y extrañas patas algo más arriba de donde se encontraba ella. Buscó ranas o señales de sus renacuajos, pero no vio ninguno.

Se echó hacia atrás en la orilla y cerró los ojos. Unos patos alborotaron corriente abajo, molestos por los caballos o por alguno de los hombres que chapoteaban en el agua. Tago gritó algo y Duborno le contestó, y luego se les unió Sinocho y otra de las mujeres de la costa norte, y pareció de repente que todos ellos se estaban bañando, arrojándose agua y juramentos y eliminando el humo y el olor extraño de tres días bajo un tejado ajeno.

Breaca se desnudó y se introdujo sola en el agua. El frío le cortó el aliento. Sumergió la cabeza y se puso de pie en el fondo con los brazos separados, aguantando la respiración y dejando que la corriente le limpiase las impurezas de la: fortaleza, de Cunobelin y de sus maquinaciones, de Amminio y su maldad desdeñosa. Abrió los ojos y vio que la luz de la superficie se volvía verde. Sus brazos eran como miembros fantasmas, el frío y la falta de oxígeno los había reducido casi hasta la nada; la carne parecía separarse del hueso hasta que solo quedó su núcleo, y el dolor lacerante de la partida de Airmid. Dejó escapar el aliento en una corriente de burbujas y se dirigió rápida hacia la superficie. El mundo volvió entonces, ligero y pesado, lleno de las risas de los demás. Se dirigió hacia la orilla y salió a la arena caliente para secarse al sol y luego se volvió a poner la túnica que antes estaba limpia, pero que ya no lo estaba.

Echada en la orilla, después, escuchaba el familiar sonido de las preguntas de Iccio y las cuidadosas y sucintas respuestas de Bán. Por debajo, casi en el umbral de su oído, oyó caminar a alguien por la arena. Pensó en las ranas y mantuvo los ojos cerrados.

—¿No quieres comer?

Era Caradoc. Podía haber sido peor. Abrió los ojos y movió la cabeza negativamente.

—No, gracias. He comido bastante carne para toda una vida. Puedo vivir sin más.

—No es solo carne. También hay queso, cebada malteada y avena molida con avellanas envuelta en hojas de acedera —era un manjar de los trinovantes, y él sabía que a ella le gustaba. Podía haber comido por él, pero solo con pensar en la comida notaba una opresión en estómago.

—Gracias, pero no. Por ahora preferiría no comer.

—Como desees. De todos modos, a lo mejor ya ha desaparecido todo. Duborno está comiendo como un oso por si escasea luego la comida en el viaje hacia el oeste, a Mona.

Lo dijo tranquilamente, con su tono habitual lleno de humor, y ella se lo agradeció. Los otros habían estado evitando el tema de Mona desde hacía días, como si no se pudiera mencionar en su presencia. Ni siquiera Eburovic se había atrevido a mencionarlo abiertamente.

—No escaseará la comida. Viajarán bajo la protección del manto gris de Mona. Donde quiera que se detengan, serán alimentados como si procedieran de los dioses.

—Duborno cree que Airmid debería evitar el contacto con los catuvelaunos o los coritanos. Creo que sería inteligente hacerle caso.

—No lo creo. Solo tu padre se atreve a ignorar la santidad de Mona, y también él les ha prometido seguridad. No les harán ningún daño los guerreros de ninguna tribu, y hasta alguien como Duborno puede encargarse de los lobos.

—Puede ser —se sentó a su lado. Se había cambiado la túnica por otra de una lana más oscura y de un tejido más grueso, y no llevaba la torques al cuello. Esto le pareció a ella una advertencia de lo que les esperaba.

—¿Nos vas a dejar? —ella notó una punzada de decepción.

Con Caradoc se reía como con ninguna otra persona; su presencia habría alegrado la primavera.

—Sí. Lo siento. Segovento me espera con la nave en un puerto a medio camino río abajo, pero solo hasta la marea de mañana por la mañana. Si no les alcanzo entonces, zarparán sin mí.

—¿Así que finalmente vas a la Galia con Luain?

—Solo brevemente. Le dijera lo que le dijera a mi padre, debo ir al oeste y hablar con el pueblo de mi madre, aunque solo sea para informarles de cómo se produjo la muerte de Cygfa. Hay barcos que salen de las Galias hacia arriba, por la costa oeste. En esta época del año, dos o tres dejan los puertos cada mes. Encontraré pasaje en uno de esos.

—Podrías ir cabalgando con Airmid. La ruta de Mona pasa a través de las tierras de los ordovicos.

—Podría, pero soy demasiado conocido para pasar inadvertido mucho tiempo. Mi padre lo oirá y enviará a algunos hombres en mi busca. De esa forma, podré estar en la fortaleza de la maza de guerra antes de que le llegue la noticia de que ya no estoy con los icenos.

—No sea que intente convertirte en un semental —ella sonrió débilmente—. Lo recuerdo —recordaba otras cosas de la conversación en la fragua—. Tu padre ya tiene hombres entre los ordovicos —dijo—. Volverán con la noticia de tu llegada.

—No. Puede haber otros espías, pero no sabrá nada más por aquellos que mataron a Cygfa.

En muchos aspectos, él se parecía mucho a su padre. Pero no era capaz aún de hablar de la muerte sin emoción alguna. Lo intentaba, pero había algo que endurecía su voz. Ella estudió las facciones duras de su rostro y la hondura gris de sus ojos.

—¿Los hombres muertos no testifican? —preguntó.

Él hizo un gesto de indiferencia. Su mirada no se apartaba de la de ella.

—Los ancianos se reunirán en Consejo, como hicieron con el romano. La decisión no estará en mis manos.

—Creo que tu voz contará algo. Ocurrió así con los icenos, y no eras uno de los nuestros.

—Entonces, pensaré cuidadosamente antes de hablar.

Él votaría por la muerte. No había necesidad alguna de decirlo. Ella habría hecho lo mismo.

Recogió otro tallo de hierba y lo masticó, indolente. Con el índice, él dibujó una maza de guerra en la arena, seguida por el símbolo del Perro del Sol.

—¿Los conocías? —preguntó—. ¿A los hombres de tu padre?

—Creo que sí. Tres hombres de su guardia de honor no estuvieron presentes durante nuestra visita. Habrían estado presentes, de ser posible —se inclinó encima de su dibujo y borró el Perro del Sol, reemplazándolo con una serpiente-lanza, muy bien dibujada—. Están en una edad entre la de Togodubno y mi padre. Me enseñaron

a usar las armas de niño. Uno de ellos me dio mi primera montura de batalla. Habría deseado tenerlos a mi lado a todos y cada uno de ellos en la guerra antes que a cualquier otro ser vivo.

—Pero mataron a Cygfa y por lo tanto deben morir —ella dibujó una rana, porque no pensaba lo que hacía, y la borró con la palma de la mano—. Ella era prima tuya, ¿verdad?

—Era para mí lo que Bán es para ti.

—Ah —eso lo hacía diferente—. ¿Y Odras lo sabía? —preguntó entonces.

—Por supuesto.

—¿Y tu padre?

—Es mejor asumir que mi padre lo sabe todo. Casi resulta cierto.

—Entonces, él sabrá que vas a embarcarte esta noche.

—No. En algunas cosas, tenemos cuidado. De aquellos que se han quedado atrás, solo Luain y Segovento saben que yo voy con ellos. Nadie más.

—¿Y de los que están aquí?

—Bán lo sabe. Y ahora tú. Cuando me vaya, díselo tú a los demás. Duborno podría querer traicionarme, por puro despecho, pero no creo que vuelva a caballo solo hacia la fortaleza, no con el viaje a Mona tan cercano.

Se puso de pie, sonriendo de una forma bastante distinta a la de su padre. Su manto estaba forrado de lana cruda y sin teñir por el interior. Mientras ella le contemplaba, se lo quitó y le dio la vuelta, de modo que la cara sin color quedaba por el exterior. El broche con el cual se lo sujetaba en el hombro no tenía ninguna forma definida, y no atraía la atención. Tomó un gorro de piel que llevaba en el cinturón y se lo puso, escondiendo el oro solar de su cabello. Su espada era la que le había forjado Eburovic. Colgaba detrás de su hombro y la empuñadura estaba cubierta de piel de ternera, ocultando la maza de guerra en relieve que la decoraba orgullosamente. Ella miró hacia su caballo y vio que era la jaca ruana que cabalgaba Segovento en el viaje de ida. Era una buena montura, pero no tenía la calidad del potro. Caminaron juntos hasta el lugar donde se encontraba el caballo, al borde del bosquecillo de abedules, y ella juntó las dos manos para que él apoyase el pie y pudiese montar.

—Tenías que haber cogido el potro pardo —dijo ella—. Al menos entonces podríamos haber hecho una carrera, algún día.

Era por decir algo, no era nada importante. Pero aun así él sonrió.

—Bán y yo hemos acordado un intercambio temporal —dijo—. Yo volveré a su debido tiempo a por el potro. Mientras tanto, el animal estará más seguro con los icenos que en un barco destinado a las Galias. Me llevaré la jaca y la venderé. Segovento devolverá el dinero a Bán en especies. Comprará una yegua para Iccio, para que el chico pueda iniciar su propia cuadra. Bán le prestará el potro pardo como semental.

Colocó bien su manto detrás de la silla. Ella dio unas palmaditas a la jaca en la grupa. Caradoc se inclinó y le ofreció su mano, y ella la tomó.

—Ya lo tenías todo preparado —dijo ella.

—Por supuesto. Soy hijo de mi padre —su sonrisa era ligera.

Su mano estaba fría y era firme, y llegaba a lo más profundo de ella, al lugar donde se sentía más vacía. Los ojos de él tenían el color de las nubes y su dibujo era igual de complejo. Él retiró entonces la mano e hizo el saludo del guerrero.

—Aún puedes cabalgar hacia Mona —le dijo, bajito—. Los ancianos no confirmaron a Duborno como guerrero de Airmid, y ella no se disgustará si le sustituyes. Deberías hablar con ella. Teme la despedida de mañana tanto como tú.

—Ya nos hemos dicho todo lo que nos podíamos decir. Las palabras no pueden cambiar nada.

—Quizás —él azuzó a la jaca.

Breaca caminó junto a ella, apartando las ramas de abedul del camino. Él iba mirando por encima de su cabeza, achinando los ojos y calculando la distancia. Como si hablase para el caballo, dijo:

—Lanis era la hija del último soñador auténtico de los trinovantes, uno de aquellos que mi padre hizo desollar y colgar de un roble. Se ha hecho mujer sin nadie que la guíe ni le enseñe. Tener tres soñadores presentes a la vez era un regalo mayor de lo que ella podía haber imaginado jamás. No la puedes culpar por aprovechar lo que ellos podían ofrecerle.

Se le secó la saliva en la boca. Si hubiese sido otra persona cualquiera, se habría alejado. Como era Caradoc, y se había juramentado con él y confiaba en su integridad, dijo:

—No la culpo. Airmid elige siempre lo que quiere. Todos lo hacemos.

—¿Ah, sí?

Llegaron al terreno abierto. Ella se quedó a la sombra de los árboles. Un rastro de ciervos pasaba por el este hacia el mar. Ella no veía casa redondas, ni chozas de pastores, al menos hasta el lugar en el que la tierra volvía a elevarse. Más allá, el aire ostentaba la calidad brillante y reflexiva del cielo sobre el agua. El olor del mar se mezclaba débilmente con el de la hierba aplastada y el sudor de caballo. Ella pensó en la última vez que él se reunió con los dioses del océano y el valor que implicaba volver a embarcar en una nave. En un impulso, se quitó el broche de serpiente-lanza que llevaba en la túnica.

—Toma —se lo tendió—. Para que te proteja.

—¿Contra el naufragio? —leía sus pensamientos con demasiada facilidad—. ¿Crees que lo necesitaré?

—No. Segovento no hará nada que pueda arriesgar su nuevo barco, pero no está de más asegurarse.

—No, nunca está de más —su sonrisa era algo torcida, como en la fragua.

Se puso el broche en el hombro izquierdo, bien arriba, donde, hasta los últimos días, Airmid había llevado su gemelo. Luain sabría lo que aquello significaba, y posiblemente también Segovento.

El caballo piafaba, deseando partir. Caradoc se agachó una vez más y le puso una mano en el brazo. Su contacto era más cálido que antes, y tenía la palma húmeda.

—Nos volveremos a ver en otoño —dijo—. He prometido a Bán que hablaré por él cuando se siente en sus largas noches.

—Gracias. Es muy importante para él.

—Y para mí —hizo girar al caballo. Su voz le llegó por encima del hombro—. Que Briga te guarde.

Ella contempló el camino durante mucho rato después de que él se fuera.

# XV

Los icenos viajaron más rápido una vez que Caradoc les hubo dejado. El camino era ancho y los caballos iban mucho más emparejados que antes. Desde el principio, Breaca puso a la yegua gris a medio galope, buscando libertad en los ritmos del movimiento que acallaban la necesidad de pensar. Los otros la seguían a su propio paso, siempre manteniéndola a la vista.

Caradoc había elegido bien el lugar de su partida. Durante el resto del día y el que siguió luego, no se encontraron con nadie. El camino pasaba a través de grandes franjas de bosque cuidado, salpicado aquí y allá con las chozas de los carboneros y señales de talas recientes, pero ningún hombre les saludó ni les pidió noticias de la fortaleza, ni envió a sus niños a cabalgar con ellos. Si llegaban noticias a Cunobelin de que su hijo ya no galopaba con los icenos, no sería entonces.

El segundo día, llegaron al lugar llamado Pata de Garza, que recibió su nombre en tiempos de los antepasados por el dibujo de los tres ríos que se unían en uno solo y que daban al terreno el aspecto de que una enorme ave zancuda había caminado por encima de él, dejando una solitaria huella de pata bien hundida en la llanura que se extendía por todos lados. Los propios ríos corrían entre amplios y boscosos valles, formando un contraste singular con la tierra a su alrededor, y marcando unas fronteras convenientes. Allí se unían las fronteras de tres tribus. Hacia el norte y el este, se encontraban las tierras de los icenos, que se extendían hasta la costa norte. Los trinovantes, por cuya tierra habían viajado, poseían todo lo que estaba al sur. Al oeste se encontraban los catuvelaunos. El valle de la huella de garza en sí mismo no era propiedad de nadie, sino dominio exclusivo de los dioses y por lo tanto de libre tránsito para todos; un lugar donde se podía descansar durante un tiempo sin temor a ser atacados.

Cruzaron el río tarde, nadaron desnudos en la fría y rápida corriente y acamparon en un claro del extremo más alejado.

* * *

Breaca se hizo la cama al abrigo de unos brezos a cierta distancia del claro principal. La niebla de la noche se acumulaba en la base de los árboles. El aire se espesaba Con el aroma del perifollo, unido al del tomillo y al de las primeras flores de los espinos. Se quedó un rato sentada, envuelta en su manto, y contempló la luna elevarse por

encima de los matorrales. La liebre que vivía en la superficie de la luna asomó su rostro, de modo que las orejas y un ojo miraban hacia la tierra, observando a la observadora. La adarga de Breaca colgaba en el tocón de una rama cortada, al alcance de la mano, y su blanca redondez era un reflejo de la luz de Nemain. Le dolía la antigua cicatriz de la palma de la mano ya desde la mañana.

—¿Puedo quedarme contigo? —era Airmid.

Siempre era capaz de andar mucho más sigilosamente que los demás, cuando quería.

—Si quieres.

No se había colocado con la espalda pegada a un árbol; creyendo que allí no había amenaza alguna. Airmid se sentó detrás de ella y envolvió sus brazos flojamente en torno a su cintura. Apoyó la barbilla junto al hombro de Breaca, de la misma forma que hacía al principio, cuando querían hablar y que no las oyeran.

Una podía preguntarse, entonces, por qué debía ser necesario aquello. Una podía recordar a una mujer emergiendo desnuda de un río helado y de rápida corriente, y la suavidad terrenal de su piel, como la arena recién lavada por el mar.

Y al hacerlo, una podía observar, retrospectivamente, que allí no se encontraba ninguna de las marcas que tal mujer podía ostentar si hubiese tomado un nuevo amante, y preguntarse si se debía a una cuestión de delicadeza o si era verdaderamente por ausencia de causa.

—Es una soñadora. Y está embarazada. Soñamos juntas el nacimiento de su hijo y el nombre que deberá llevar. Era su primer sueño. Ella no lo podía hacer sola.

Las palabras vibraban contra Breaca, quitándole el aire del pecho.

—¿Estás hablando de Lanis? —preguntó.

—Sí.

—Ella no caminaba con la alegría de una mujer que ha visto a su hijo crecer en el sueño.

Airmid dijo:

—Ha visto su muerte. No era bueno.

—¿Por orden del Perro del Sol?

—No. Moría a manos de un romano y un guerrero de las tribus, y aquellos que hubiesen podido evitarlo se quedaban mirando y no hacían nada.

Amminio, entonces. Ni Caradoc ni Togodubno harían tal cosa, fueran cuales fuesen las circunstancias.

Breaca se echó hacia atrás en un abrazo sin culpa alguna. Las manos que rodeaban su cintura la conocían mejor que nadie, y la voz en su oído se oyó una vez más:

—¿Le has dado tu broche a Caradoc?

Ella asintió. No era momento de hablar.

—¿Te ha dado él algo a cambio?

Le había dado su brazalete a Odras, y ella se lo había devuelto. No tenía nada de valor que pudiera regalar a Breaca; excepto su palabra, que valía mucho.

—Ha dicho que volverá en otoño, para hablar por Bán en sus largas noches.

—Bien. Me alegro —Las manos se apartaron de donde estaban—. ¿Quieres que te deje?

—¿Quieres irte?

—No.

—Entonces quédate. Por favor.

Ella se había jurado a sí misma hacía mucho tiempo que pasaría la última noche sola. Ya era mayor, y comprendía mejor el mundo y su lugar en él, y sabía que un juramento hecho privadamente, por pura rabia, no tenía peso alguno. La noche era fresca, pero no fría, y el viento se suavizaba a medida que iba pasando entre los brezos y acariciaba su piel, ligero como una pluma. Una nutria sacó un pez del río y se lo llevó, todavía húmedo y engalanado con algas. En algún lugar del bosque, un búho cazaba y un zorro mataba. Empezó a caer la lluvia, pero muy suavemente, de modo que no penetraba en el brezo. Esas cosas ocurrieron de forma distante, como si formaran parte de un sueño, mientras su mente y su alma estaban en otro lugar. Al final, se acordó de no llorar.

* * *

Breaca soñaba con la guerra. No era sorprendente, pero supuso que al despertarse oyendo gritos de alarma no respondiera tan rápidamente como podía haberlo hecho en otra ocasión, creyendo que todavía dormía. Se dio la vuelta perezosamente, buscando a Airmid, sin encontrarla. El recuerdo del día que se avecinaba cayó sobre ella sombríamente. Sin abrir los ojos, dijo:

—¿Qué pasa?

—Eburovic —Airmid estaba de pie junto al brezo, mirando hacia afuera, al claro, donde seguían ardiendo los restos de la fogata—. Levántate. Rápido, Nos están atacando.

—¿Lo has soñado?

—No —se oían gritos otra vez junto a la orilla del río, y un caballo relinchó furioso. Airmid se volvió hacia ella—. ¿Dónde está tu espada?

—Aquí —no dormía sin ella; igual que su padre había vivido siempre con la suya.

Nunca la había usado con odio, nunca la había desenvainado si no era para pulirla; solo en cierta ocasión para ofrecérsela a Caradoc. Sacándola entonces, Breaca notó la diferencia, algo que cantaba en su sangre. Los latidos de su palma gritaban mientras buscaba la empuñadura. Dolía menos cuando la sujetaba fuerte. Su escudo colgaba de la rama de un haya que se encontraba allí cerca. El borde inferior había tocado el agua mientras cruzaban el río, y el tinte rojo se había corrido y luego secado durante la noche, de modo que la serpiente sangraba en la mitad de la lanza. Metió la

mano en el asa que tenía detrás del tachón, y así se sintió distinta.

Los hombres se gritaban unos a otros en la orilla del río. Oyó la voz de Bán que cambiaba de tono de nuevo, empezando muy alto y acabando en una voz profunda, y luego un chillido de Iccio, que se truncó prematuramente. Airmid estaba junto a ella. Corrieron a través de los avellanos hacia las voces. Breaca preguntó:

—¿Quiénes son?

—Coritanos. ¿Quién si no?

—Pero éste es el lugar de los dioses.

—Y tu madre estaba dando a luz, cosa sagrada. Eso tampoco les detuvo.

Airmid escupió. Había abandonado el manto gris de Mona y se había armado con espada y casco. Decía de sí misma que no la cogerían con vida como esclava. Si morían, lo harían juntas; una soñadora y su guerrera. Algo bueno había en la adversidad.

Salieron de entre los árboles y entraron en el caos. El enemigo superaba en número a los icenos. Sus mantos rayados de color verde y negro desdibujaban sus contornos ala débil luz del amanecer. La marca del milano rojo aparecía orgullosa en sus antebrazos, nueva, como si se la acabasen de pintar aquella noche. Formaron un semicírculo, bloqueándoles el camino hacia el río. Los guerreros icenos se habían agrupado ante ellos, medio desnudos y mal armados. Eburovic estaba delante de todos, sin escudo, blandiendo la ancha hoja con la osa de sus antepasados con ambas manos, formando arcos en el aire que mantenían a raya al enemigo, pero no bastaría si reunían el valor suficiente para atacarle todos juntos. Tago permanecía a su izquierda, guardándole el costado sustituyendo la falta de escudo. Sinocho estaba delante de Macha, y Duborno se mantenía también a su lado. Todos llevaban espadas y nada más; sus escudos habían sido colocados junto al fuego para que se secaran por la noche, y estaban lejos de su alcance.

Airmid giró sobre sus talones.

—¡Necesitan sus escudos! ¡Se los llevaré!

—¡No! Están demasiado lejos. Morirás antes de llegar a mitad de camino de aquí. Quédate conmigo. Necesitamos coger los caballos.

Sus monturas se encontraban en la orilla del río, corriente abajo del vado, vigiladas por uno de los coritanos. Breaca silbó y la yegua gris de batalla relinchó y le respondió. Coceó al hombre que tenía a su lado, éste cayó y el agua se tiñó de rojo sobre los guijarros. Otro guerrero fue a agarrar el ronzal de la yegua y también lo coceó. Murió bajo sus cascos. Guerrera y montura se reunieron al pie de un sauce y el olor de la sangre, mucho más potente que el del sudor de caballo, las envolvió a las dos. Breaca silbó de nuevo y otros dos caballos aparecieron entre los árboles. Los cuidadores se quedaron atrás, temerosos, y los dejaron escapar.

—¡Airmid, coge el potro! Y la yegua roja de Bán. Saben luchar.

Breaca montó y la altura le ofreció una perspectiva mejor. Bán estaba de pie, a la izquierda de los demás, entre un roble y una maraña de zarzas. Iccio estaba

arrodillado a sus pies, agarrándose un muslo herido por una espada. Tres guerreros se abalanzaban sobre ellos, sonriendo. Ella azuzó a la yegua. Dos de los enemigos murieron sin honor, atrapados por detrás por una hoja que cantaba al matar. El tercero miró a su izquierda, donde había aparecido un caballo a su lado, y no vio la espada de Bán hasta que se le había clavado en la garganta. La sangre salpicó formando un chorro como una fuente. Breaca gritó:

—¡Has matado! Lo he visto, Bán. Si vivimos, te ganarás tu lanza.

Bán hizo una mueca salvaje y esbozó el saludo del guerrero. No hubo tiempo para más. Airmid estaba allí con la yegua roja y el potro. Breaca gritó a quien pudiera oírle:

—¡Que monte Iccio! ¡Morirá si se queda a pie!

Lo colocaron en el potro y se agarró a la crin, llorando. Bán estaba ya subido a su montura tesalia de la caballería. Breaca ayudó a subir a Airmid a la grupa de su yegua gris.

Una sombra se movió a su izquierda. Ella la empujó con el escudo y echó hacia atrás la espada para asestar un mandoble. La yegua roja se movió delante de ella y el guerrero enemigo murió entre un roción de sangre y huesos astillados. Bán aulló, exultante, y lanzó un puñetazo al aire. Las patas de su yegua estaban empapadas de sangre. Breaca le gritó:

—¡Coge los otros caballos! ¡Llévalos al fuego!

—¿Qué vas a hacer?

—¡Luchar!

Dieron la vuelta y se separaron. Iccio siguió a su hermano. Al separarse, lo último que pensó ella era que el chico belgo iba desarmado y podía morir.

Bán cabalgó con el fuego en el corazón, rodeando al enemigo que les rodeaba. La yegua roja mataba por él. En todos los aspectos, era la montura de sus sueños, más rápida y salvaje de lo que él mismo se había atrevido a esperar. La sangre le manchaba los dientes, y los fragmentos de cuerpos humanos destrozados se adherían a sus cascos, de modo que cuando se volvió rápidamente para coger a un guerrero que venía por su brazuelo, resbaló y cayó, y Bán, por una vez, tuvo la oportunidad de usar su espada en defensa de ambos. El hombre se arrojó contra él, de revés, y Bán se vio obligado a agacharse. En su mente conservó la impresión de una boca sonriente con un solo y retorcido colmillo. La imagen chirriaba, punzando en sus recuerdos mientras él luchaba por volver a recuperar el equilibrio en la yegua medio caída. Se olvidó de esa imagen y se concentró en la lucha.

El guerrero enemigo estaba todavía desequilibrado. Se le cayó el manto del hombro, exponiendo el borde azul de una marca dibujada en su cuello, en el punto donde la clavícula se encuentra con la vena más grande. Bán blandió su espada del revés apuntando a la línea azul, pero se le deslizó la empuñadura de la mano y golpeó más abajo, en el hombro, sin provocar sangre. El hombre lanzó un sonido desdeñoso, como haría uno con un niño, y levantó su espada para asestarle un golpe mortal. Su atención estaba concentrada totalmente en el golpe; no vio los dientes culebreantes

que se adelantaban y golpeaban los angulosos huesos de su rostro, de modo que el riente ojo gris se abrió, desorbitado, y las raíces de sus dientes asomaron limpiamente a través del agujero de su mejilla. Cayó hacia atrás, aullando, y la yegua gritó con él, arrojándose hacia delante. El crujido de las costillas del hombre al romperse bajo las patas fue como el sonido de un hacha que cortase leña húmeda en invierno.

Bán levantó a la yegua y se arrojó al suelo. El hombre yacía echado de espaldas, agarrándose el rostro. La sangre manaba a torrentes de la herida que tenía en el pecho, y el aire burbujeaba a través de ella, espumeante. La yegua fue a acabar lo que había empezado, pero Bán la hizo retroceder. El guerrero enemigo se sujetaba la cabeza, que borboteaba sangre. El ruido que producía era animal, de dolor, de muerte e incipiente terror. Sus órganos internos se habían visto atrapados por uno de los cascos asesinos, y el olor de los pulmones reventados era espantoso. Bán arrancó el broche y el manto de los hombros del guerrero. Allí, en el cuello, estaba la marca hacia la que él apuntaba; no el milano rojo de los coritanos, sino el águila de guerra, con las alas bien abiertas en el acto de abatirse y las garras preparadas para matar. Era un signo antiguo que había sido recientemente resucitado Con nuevos juramentos a los antepasados, formulados una vez más por un hombre que favorecía a Roma. Bán había visto a menudo aquel signo en los días pasados, había comido con hombres (solo hombres, su líder no tomaba juramento a las mujeres) que lo ostentaban con orgullo, ya que él había jugado a la Danza del Guerrero con su líder y había ganado. Aquellos eran hombres de Amminio, estaba seguro de ello. La amplia sonrisa y el solitario colmillo le trajeron el recuerdo de un nombre que podía corresponder al que yacía a sus pies.

—¿Decanos?

No estaba seguro. No podía estar seguro. La cara de un hombre cambia mucho, sobre todo si se está muriendo. Bán puso la palma en una frente que tenía una frialdad de muerte y evitó el único ojo bueno que buscaba el suyo. No había visto nunca antes la muerte en batalla, y había imaginado que era más gloriosa y que se tardaba menos en morir. La realidad le estrujaba las tripas, pero no tenía tiempo para pensar en ello. Los pájaros negros de Briga ya daban vueltas en el sueño para llevarse el alma del hombre al río. Bán notaba el ruido de sus alas, oía resonar la llamada de la corneja en su propia alma, con una promesa para después. Sacudió el hombro ya rígido.

—¡Decanos! —dijo, con más urgencia—, ¿eres tú?

Era demasiado tarde para hablar, pero el ojo ambarino se clavó en los suyos y parpadeó dos veces antes de quedarse vidrioso y apagarse para siempre. Notó la verdad cómo un puñetazo en el estómago, y la duplicidad que implicaba le nubló la razón. Se puso de pie y golpeó con su espada la garganta sin vida.

—¡Bán!

Iccio le llamaba, frenético. Muchos hombres corrían hacia él, todos con los mantos verdes y negros a rayas de los coritanos. Bán levantó su espada y se subió a la

yegua roja, corriendo con ella durante tres pasos antes de montar. Una mano se agarró a su túnica. Bán dio dos mandobles y cortó dos dedos antes de que se soltara. Una vez libre, azuzó a la yegua hacia delante, hacia el centro del claro, llamando a Iccio para que le siguiera. Al otro lado del fuego, Macha estaba caída en el suelo, Bán vio su pelo negro desparramado sobre la hierba y la blancura de su rostro debajo. Una burbuja de pena nació en su interior y fue apartada rápidamente. Ya volvería a ella luego, cuando los dioses le diesen más tiempo. Más allá todavía, junto a los restos humeantes del fuego, Breaca luchaba a pie, con Eburovic a un lado y Airmid al otro. Era imposible no sentir enorme pavor al verla. Resplandecía como una llama en medio de toda aquella carnicería. Su cabello brillaba como bronce fundido. Sus ojos captaban el sol poniente y lo volvían más brillante. Ella mataba con una precisión salvaje, y los cuervos de la muerte danzaban encima de ella, cantando.

Bán volvió en sí.

—¡Breaca! —elevó todo lo que pudo la voz y vio que ella miraba en su dirección —. ¡Son los hombres del águila de guerra… hombres de Amminio! ¡Son trinovantes, no coritanos!

Su hermana hizo una mueca y levantó el brazo dándose por enterada, y luego le hizo gestos hacia los caballos. Habían reunido todos los caballos de los icenos en la orilla del río. Tres guerreros trinovantes los azuzaban, con látigos en las manos, tratando de conducirlos al territorio del Perro del Sol. No lo consentiría mientras viviera. Él era Bán, el cazador de liebres, guerrero de los icenos, hermano de la serpiente-lanza, y moriría antes que dejarse arrebatar sus caballos. Aullando el nombre de su hermana como grito de batalla, hizo dar la vuelta a la yegua y la espoleó, y ambos irrumpieron a través del círculo de guerreros enemigos como un venablo a través de un blanco de paja. A su lado, Iccio se agarraba al potro pardo y se abría camino junto a él. Diez pasos más y ya estaría allí.

—¡Bán!

El grito venía de su izquierda, donde había estado Iccio. No se podía volver; un guerrero ya anciano, con el cabello veteado de blanco y la sagacidad de la larga práctica, venía hacia él por la derecha. La yegua, inexplicablemente, había fallado su golpe de muerte y correspondía a Bán salvarlos a ambos. Aquél era el tema de sus sueños diurnos: combates verdaderos, lucha entre héroes. Sintió una ausencia a su lado, como un hueco en una pared que deja pasar el viento, y supo que *Granizo* tenía que haberse encontrado allí para que todo fuese perfecto. Pero estaba ya lo bastante cerca. Elevó un silencioso grito de esperanza y furia y asestó un golpe directo hacia la garganta del guerrero.

—¡Bán! ¡Detrás de ti! ¡Es una trampa!

Le llegaron las palabras, pero no su sentido. Su espada mordió el aire, desequilibrándole. El guerrero canoso sonrió. Bán retorció el brazo para dar el mandoble del revés. Una sombra cayó más allá de su hombro. Demasiado tarde para volverse, lo vio y detuvo su mandoble. El golpe que recibió en la cabeza resonó como

un trueno. El sol explotó y condujo de pronto a la noche, concentrando el dolor y metiéndoselo dentro antes de que pudiera gritar siquiera. La yegua gritó por él, o quizá fue Iccio, y notó que caía. En algún lugar de otro mundo, Amminio se inclinaba sobre él, riendo.

* * *

—¡Breaca!

Oyó el grito distante, filtrado a través del estrépito y el caos del combate. Iba a morir, estaba segura de ello. Era el sueño de sus largas noches, otra vez, y ella estaba en el lugar de los antepasados, preparada para morir con dignidad y honor contra un enemigo insuperable. Las águilas de guerra eran demasiadas, demasiado bien armadas, demasiado preparadas, y los icenos no contaban con ninguna de sus ventajas.

Anteriormente, viendo las analogías, había rezado a la anciana abuela, preguntándole si podía hacer algo, si podía cambiar algo que igualase un tanto ambos bandos. La única respuesta fue el silencio, y aquello bastó para hacerle saber que se acercaba el final, y que lo mejor que podía hacer era morir bien cuando llegase el momento. Saberlo le aportaba una paz que descendía sobre ella en los momentos de tranquilidad entre el fragor de la lucha, cuando moría un hombre y otro todavía no había tomado su lugar, o en los largos espacios entre un latido de corazón y otro, cuando la espada cantarina se tomaba un cierto respiro, y ella y el enemigo podían respirar.

En esos momentos, ella salía por un momento de sí misma y veía la carnicería tal como lo hacía Briga, desde el exterior y desde encima, y con un interés agudo que no permitía sentimiento alguno. No era como lo cantaban los bardos; nadie cantaba acerca de vientres vacíos, intestinos desgarrados, sangre y huesos astillados, ni acerca de la agonía del tiempo que cuesta morir, si el golpe no es limpio… pero los bardos no habían conseguido capturar, por mucho que se hubiesen esforzado, el absoluto, inmaculado, cristalino éxtasis que la invadía, la certeza de que había nacido precisamente para aquello. Briga, madre de la muerte, llenaba el pequeño espacio del claro, arrojando sus cuervos a aquellos que estaban destinados a morir, y Breaca, guerrera de los icenos, aceptaba la puja de los dioses con una alegría que amenazaba con desgarrar su corazón.

—¡Breaca! Bán ha caído. Amminio le ha cogido…

Bán. Él era lo que importaba. Y Airmid era quien hablaba, de modo que todavía seguía viva. Breaca aplastó el tachón de su escudo en la cara del hombre que amenazaba a su padre por el brazo de la espada, y dio un paso atrás.

—¿Dónde?

—En el lado más alejado del río, más allá del vado. Amminio tiene su cuerpo. Lo profanará, como hizo con la potranca parda.

Ella había oído comentar aquello; Caradoc se lo había contado. Era un desafío a los dioses que dejaría su espíritu vagando sin hogar. Para un caballo, era algo obsceno. Para su hermano era algo atroz, inimaginable. Se volvió. Un relámpago amarillo, vivo como el ojo de un halcón, asomó entre los oscuros verdes de la orilla del río. Por encima, un cabello rojo y lacio sobresalía de un casco de hierro. Un escudo limpio y sin usar mostraba la marca del águila de guerra, muy parecida al águila de la Legión de Roma, como los escudos de los tres hombres que iban con él. Entre los atacantes, solo Amminio y su guardia de honor más cercana no habían adoptado el disfraz de los coritanos. Pero era una vana pretensión; ella le habría reconocido de cualquier forma.

—¡Amminio!

El hombre hizo girar su caballo. Su hermano estaba echado encima de sus muslos. La sangre chorreaba, viva y brillante, de la oscura melena que cubría su cabeza. Detrás, un guerrero canoso con un caballo zaino castrado sujetaba a Iccio por el pelo, tapándole la boca con un brazo para que no gritara. En el extremo más alejado, un joven con un casco de bronce se llevaba la yegua roja tesalia y el potro pardo, manteniendo una distancia segura entre ambos.

El guerrero canoso habló y Amminio soltó una risotada. Levantó el brazo con burlón saludo. Su voz se transmitió desde la distancia con un tono que imitaba al de su padre.

—¡Está muerto. Yo honraré su cuerpo. Mis hombres harán lo mismo por los vuestros!

Hizo girar su caballo y señaló hacia delante. Como un solo hombre, los cuatro que le acompañaban espolearon a sus monturas hacia delante.

—¡No!

Ella habría intentado seguirles, pero Amminio lo había planeado bien; su saludo de partida estaba dirigido a sus guerreros, no a Breaca. El frío viento de la diosa la advirtió, de modo que esquivó la espada que buscaba su vida y giró hacia la izquierda en un aullante y letal impulsó. Haciendo muecas, Airmid golpeó por encima de su hombro y un hombre con el pelo gris perdió el ojo derecho, y luego, aullando, el alma. Breaca apretó su escudo contra el pecho del hombre muerto, empujando con todo su peso para arrojarlo al suelo. Le pisó la cara mientras se movía hacia delante, y notó cómo se rompía su mejilla. En aquel momento había olvidado a Bán; todas y cada una de las partes de su cuerpo luchaban por matar y no morir. Eburovic, el centro más sólido de su vida, llegó por su costado derecho, y ella se le ofreció una vez más como escudo, liberando el brazo de la espada de él para que golpease.

Hacía mucho, mucho tiempo, Airmid se había ofrecido a ir a buscar los escudos. Tenía que habérselo permitido; podía haber vivido para traerlos y las oportunidades habrían sido mucho mayores para todos. Pero ya era demasiado tarde. A su izquierda,

un hombre como un toro con un águila enorme en ambos antebrazos atacaba a Sinocho y a su sobrino. El hierro golpeó en la carne y el hueso, y Tago cayó, chillando. Sinocho se movió hacia la derecha, se inclinó a coger la espada caída del muchacho y se enderezó luego, agitando ambas espadas como hojas de guadaña. Su grito de batalla resonó con un toque de locura. El hombre-toro perdió la vida y la mitad del rostro. Cayó al suelo sobre el cuerpo de un joven iceno que había caído allí, resbalando en la sangre de otros. Quedaron abrazados en la muerte.

—¡Juntos! ¡Debemos permanecer juntos!

Eburovic lo aulló al oído de Breaca. La empujó hacia Sinocho y tiró de Airmid para colocarla tras él. Se estaba cansando; ella lo notaba, notaba un debilitamiento de sus reflejos que le decía que la canción de su espada se iba haciendo más lenta. Briga aparecía encima de su hombro, con un cuervo en cada muñeca. Una pequeña parte de Breaca lo negó, pero fue reducida al silencio.

—¿Dónde está Macha?

Macha había caído, él debía de saberlo ya. Breaca la señaló con la punta de la espada.

—Allí. Junto a Duborno.

Duborno había sido uno de los primeros en caer. Macha había ido a atenderle y la había alcanzado una lanza. Habían caído pocas: los icenos las habían arrancado de la hierba y las habían vuelto a arrojar, y dejaron de caer. Solo los idiotas regalan armas al enemigo, y los hombres del águila de guerra no eran idiotas, ni mucho menos. Ahora seguían colocados en el mismo semicírculo que cuando habían empezado: había menos, pero eran más difíciles de eliminar. Quedaban los supervivientes, los guerreros que habían perdido ya la cuenta de las batallas libradas y ganadas, y que habían olvidado hacía mucho tiempo lo que era el miedo a la oscuridad. El primer ataque no había tenido éxito y ahora se retiraban, quitándose los mantos verdes y a rayas de los coritanos y limpiándose las marcas falsas de los antebrazos. No había honor alguno en el fingimiento, y a aquellos hombres les importaba.

Breaca calculó las proporciones. Quedaban todavía siete de los icenos, contándose a sí misma; dos estaban heridos y probablemente caerían en el siguiente ataque, lo cual dejaba a cinco. Las águilas de Amminio eran once, aunque antes habían sido innumerables. El orgullo llenó su corazón; su gente había luchado con ferocidad, y cuando encontrasen los cuerpos se hablaría bien de ellos. Su padre también se daba cuenta. Notó que se ponía más tenso, que hacía una promesa ante los muertos y los vivos en presencia de la diosa. Él le agarró el hombro brevemente y le pasó la mano por el brazo.

—Dame tu escudo.

Era su padre; tenía derecho a morir con escudo. Ella se quitó la tira del hombro y notó la súbita ligereza de su brazo, así como el frío. Sin pensar, se arrojó hacia delante buscando una espada que sobrase para blandiría con el brazo izquierdo.

—¡Aquí!

Airmid le tocó con el codo. La espada que le ofrecía era del enemigo, más larga que la de la serpiente y más ancha. Un zorro de bronce corría en el pomo, con el rabo curvado por encima de la línea del lomo. La sangre hacía que la empuñadura resbalase. Breaca se arriesgó y se arrodilló para limpiarla con su túnica. Las águilas no estaban preparadas aún. Cuando llegaran, todas juntas, ellos se defenderían a la manera antigua, luchando en parejas, hasta que quedasen los últimos de pie en el campo. Ella creía, porque quería creerlo, que el enemigo mataría a los heridos limpiamente, tal como dictaban las antiguas leyes de Briga, y que no tomarían esclavos. Se le ocurrió que Airmid debía de saberlo también, y su padre. Se puso de pie, con la atención concentrada todavía en la espada del zorro que tenía en la mano izquierda.

—Eburovic, ellos…

Pero no estaba. Sus ojos captaron un borrón blanco, que era su propio escudo, y oyó el sonido agudo y vibrante de la hoja de la osa cortando el aire y bajando para matar. En su mente, vio la acción de forma caótica. Las águilas de la guerra estaban tan poco atentas como ella, y su padre, aquella vez, había decidido no gritar. Pero el ruido de sus pies en la hierba les había advertido, y el hombre que les dirigía tuvo tiempo de levantar su espada. Aquél murió. El que estaba junto a él se vio sorprendido por el borde de su escudo y giró en redondo hasta el filo de la espada de Eburovic. Ésta le rebanó la parte superior de la cabeza como si cortara un huevo, y murió sin emitir un solo ruido, el único que lo haría así en la carnicería de aquel día.

Su padre giró hacia la izquierda. El escudo (su escudo) golpeó hacia afuera con el puño detrás de él, y la cara de un guerrero de cabello rubio quedó destrozada por el tachón. La serpientes-lanza se hizo invisible, un chafarrinón más en aquel insensato baño de sangre.

Su padre mató a aquellos tres antes de que el enemigo volviera en sí y se cerrara sobre él; la primera de las hojas le cogió por encima del cinturón y le propinó un tajo de lado a lado que le destripó limpiamente, como un ciervo. No habían esperado matarle tan fácilmente y la conmoción les dejó parados. En el súbito silencio que siguió, el leve ruido producido por la caída de su cuerpo fue como el sonido del fin del mundo.

—¡Eburovic, no!

Breaca estaba más allá del honor o de la cordura. Haciendo girar ambas espadas como había hecho Sinocho, se arrojó hacia delante aullando y matando sin control.

Los hombres del águila de guerra morían a pares a su alrededor, y ella decidió no contarlos. Airmid y Sinocho estaban junto a ella, protegiéndole la retaguardia. Otros venían por los costados, acuchillándola. Duró solo unos momentos, o toda una vida, y el último de los enemigos murió al fin mientras los cuervos se llevaban el alma de su padre.

* * *

Ella no podía creer que se hubiese ido. Arrodillándose, le sujetó la mano entre las palmas y le rogó que le hablase. Él tenía los ojos abiertos y la cara concentrada en sí mismo, habiendo cambiado el dolor por paz. Un hombre tan en paz consigo mismo no podía estar muerto. Ella le besó y percibió el sabor salado de sus propias lágrimas mezclado con la sangre, que no solo pertenecía a su padre.

—Breaca, déjale —Airmid vino a arrodillarse a su lado y tocó con un dedo los ojos abiertos de su padre. La superficie del globo ocular estaba clara, pero los párpados no se cerraban ante el contacto. Una mano fría se cerró sobre los dos ojos de la joven y la apartó de allí. La única voz que ella podía oír decía—: Se ha ido. Debes dejárselo a Briga. Tenemos que preocuparnos de los vivos, o de lo contrario él habrá muerto por nada.

Las palabras llegaron a ella lentamente, y no tenían sentido. Estaba en un lugar distinto, caminando con su padre hacia el río. La sombra de él andaba con la elasticidad de la juventud, y en él había una alegría que no había observado desde la muerte de su madre. Ella le miraba con reverencia, maravillada, y él sonreía.

Volvió a oír la voz de Airmid:

—Breaca, escúchame. Macha todavía vive. Si conseguimos llevarla a casa, puede salvarse. Él habría querido que la llevásemos a un lugar seguro.

Ella parpadeó. Había que preocuparse por Macha. Su padre se preocupaba por Macha.

—¿Está muy mal herida?

—Tiene una lanza clavada en el pecho. Puede respirar, pero solo con grandes dolores, y no puede ni caminar ni cabalgar.

—Le haremos una camilla y la arrastraremos.

—Sinocho la ha hecho ya. Tienes que venir. No podemos dejarte aquí.

Así que llevaba con Eburovic mucho más tiempo del que creía. Intentó pensar. Airmid quería ayudarla. Sus ojos castaños la escudriñaban. Unas manos frías le cogían las muñecas. Ella apartó la mirada del cuerpo de su padre y encontró una fuerza en la mirada de Airmid que la hizo avergonzarse. Haciendo un esfuerzo, preguntó:

—¿Cuántos heridos hay?

—Ocho que vivirán. Tago es el peor. Perderá el brazo de la espada, pero vivirá si podemos hacer que deje de sangrar y si él muñón no se pudre. Los demás tienen heridas profundas, pero no son mortales. Podría empezar a trabajar con ellos aquí mismo, pero deberíamos llevarlos a la casa redonda de inmediato. Perdóname, pero no hay tiempo para construir plataformas para los cuerpos. Nos llevaremos sus escudos y los honraremos como muertos en batalla. Eburovic lo habría entendido.

Eburovic. La voz daba vueltas y se desvanecía. Su padre estaba de pie en la orilla

de un río. El agua, bañada por la luz de luna, pasaba silenciosa bajo sus pies. Los avellanos, a los que Nemain concedía nueve tallos, mojaban sus hojas y acariciaban con ellas la superficie. Una nutria nadaba en medio de la corriente. Surgió un salmón, llevando una bellota en la boca. La otra orilla estaba envuelta en la niebla, aunque Eburovic caminaba tranquilo, como si solo estuviese a un paso. Se volvió y la saludó, con la cara llena de ilusión por los recuerdos y la promesa del hogar. Sollozando, a ella se le nubló la vista, y cuando se recuperó Eburovic ya había desaparecido.

Parpadeó y miró a su alrededor. Airmid estaba de nuevo a su lado, aunque en un lugar diferente. Era más tarde que antes el sol estaba muy alto por encima de los árboles y la niebla había desaparecido del agua hacía mucho rato. Alguien había cogido los caballos, matado a los que estaban demasiado malheridos para moverse y ensillado al resto. La yegua gris de batalla la esperaba, todavía con las patas y el hocico húmedo por el agua que habían usado para quitarle la sangre. Tenía un desgarrón en la piel, producido por un corte de espada, que le caía por encima de un ojo, y una larga huella de una lanza en las costillas, pero podía caminar bien y se la podía montar. Breaca levantó la mirada. Los ojos de Airmid se encontraron con los suyos y esperaron. La soñadora estaba mortalmente cansada, y el cansancio tiraba de ella y le volvía la piel gris.

Breaca era consciente de que los demás estaban preparados para irse; solo la esperaban a ella. Se levantó entonces.

—Habéis hecho vosotros todo el trabajo. Lo siento.

—No lo sientas. Tú estabas con los dioses. Cuesta un tiempo volver.

—Quizás —ella miró una vez más a su alrededor.

El claro estaba quieto. Había más muertos que antes; sus sombras pasaban de dos en dos, de tres en tres, lentamente.

—¿Quién ha matado a los heridos?

—Yo. Sinocho me ha ayudado. Hemos hecho las invocaciones a Briga.

Ya estaban en paz; se podía ver. Los vivos soportaban el dolor, la dura decisión de quién debía ser salvado y quién no entre los amigos. El cansancio de Airmid se hizo más patente, y la grandeza de corazón que la había empujado a hacerse cargo de aquella tarea sin dudar. El antiguo dolor volvía a escocer en los lugares familiares, algo que habría que tratar después, cuando hubiese tiempo.

Breaca cogió el brazo que le ofrecían y se incorporó. Su hoja se encontraba envainada y silenciosa en la orilla. Habían limpiado su escudo. Su lanza se había roto al principio, pero habían encontrado los dos trozos y los habían reunido. Un recuerdo vino hacia ella, la voz de un chico que predecía que habría una lanza rota y una traición por parte de alguien que llevaría el manto amarillo de los trinovantes. Vio a Macha echada junto a la camilla, con los ojos cerrados y muy apretados para soportar el dolor. La perrita, *Cygfa*, escarbaba entre los vendajes de su pecho, un consuelo menor por un hijo perdido en la batalla. La muerte de Bán y el robo de su cuerpo se clavó de pronto en el corazón de Breaca, exigiendo venganza. Empezó a pensar con

mayor claridad.

—¿Cuántos de los nuestros viven todavía?

—Todos los que luchábamos al final. Entre los heridos que vivirán está Macha, Tago, Duborno…

—¿Duborno? Pero si está muerto. Fue el primero que cayó. Le vi caer antes de que hubiese pasado el primer ataque. Airmid dijo, agriamente:

—Cayó, pero no estaba malherido. Podía haber luchado, pero prefirió fingir que estaba muerto. Es una buena forma de seguir vivo para alguien que no puede morir como un guerrero.

Sus ojos se encontraron. Algo que parecía establecido dejó de estarlo. Breaca dijo:

—Tienes que ir a Mona, de todos modos: Deberías partir al amanecer.

Un día antes, era aquello lo único que importaba, la única fuente de dolor.

—Ahora no puedo hacerlo. Los ancianos lo comprenderán. Como Bán ya no está, yo soy la única curandera. Volveré a casa con los heridos. Cuando todo se esté arreglando, entonces iré a Mona.

—¿Sola?

—No lo sé. Quizás.

Airmid se dispuso a alejarse pero se volvió, cansada, cuando Breaca le puso la mano en el hombro.

—Déjalo. No es asunto tuyo. Tú no puedes venir. No vas a venir. Hiciste un juramento y se acabó. Los ancianos decidirán quién…

Breaca dijo:

—Era un error. Renuncio a él.

El momento de silencio quedó flotando entre las dos. Airmid parpadeó.

—¿Cómo?

—Fue un error, un juramento infantil, hecho por ignorancia y mantenido por orgullo. Tú lo sabías, todo el mundo lo sabía. Y a mí me ha costado demasiado tiempo darme cuenta.

—Pero…

—Renuncio a ello. Aquí, ante los dioses, renuncio al falso juramento de mi niñez, y a cambio juro que viajaré a Mona como guerrera, protectora y amiga de Airmid, soñadora de Nemain —era un cambio agradable aquel día ver sonreír a Airmid.

La yegua gris se había acercado sin que la llamara. Breaca montó y ayudó a Airmid a montar tras ella. Los otros empezaron a cabalgar hacia el norte, moviéndose lentamente para que fueran cómodos los que iban en camillas. Ella dijo:

—Me costará todo el verano convencer a *Granizo* de que Bán se ha ido y debe seguirme a mí, y no a él. ¿Crees que los heridos mejorarán lo suficiente para que les puedas dejar en otoño?

—Probablemente. Los que vivan.

—Bien. Entonces nos iremos, tú, yo y el perro. Estaremos en Mona antes de las primeras nieves del invierno.

# PARTE III

## PRIMAVERA 36 d. C. – PRIMAVERA 40 d. C.






GALIA, BÉLGICA Y LAS GERMANIAS, 39 d. C.

# XVI

La noche era demasiado cálida, y en la habitación faltaba el aire. La oscuridad gruñía con el inquieto sueño de una docena de hombres. En la esquina había un bacín con orina rancia, y su olor solo se veía sobrepasado por el agrio hedor a vómito. Bán yacía desnudo en un camastro, sudoroso. Ansiaba poder bañarse, notar el azote del agua del río en la piel, el penetrante frío y la pureza de su limpidez. Otras noches se habría refugiado en el sueño, o al menos lo habría intentado. Pero aquella noche yacía despierto, contemplando los muros, y las visiones llegaron a él como le había pasado cuando tuvo las fiebres. Un sonriente Iccio yacía aplastado bajo un alud de rocas; Breaca moría bajo el venablo de Amminio. Ambos se incorporaban y caminaban hacia él, rogándole que cruzase el río en su compañía y se uniese a su pueblo en el reino de los muertos.

Pero él se resistía; Iccio no estaba muerto y Breaca había muerto bajo las espadas de las águilas de la guerra, no por una lanza. Amminio se lo había dicho cuando Bán se despertó en el barco que les conducía a las Galias, e Iccio había confirmado su relato en privado después, contándole que las águilas de la guerra habían caído sobre los icenos en número abrumador, de modo que no quedaba duda alguna de que los defensores habían sido asesinados. A Bán nada le habría gustado más que unirse a ellos. Los primeros meses en las Galias apenas había pensado en nada más, planeando las diferentes formas en las que podía inducir a Amminio a matarle y así viajar ese último tramo en brazos de su familia. Era Iccio quien le había detenido; el niño era responsabilidad de Bán, y no podía dejarle para que sufriera solo como juguete de Amminio. Una vez, cuando las cosas estaban peor, pensó en que murieran los dos, pero los dioses no miraban con ojos amistosos a un guerrero que se quitaba la vida sin motivo alguno, y el propio corazón de Bán no le permitía matar a Iccio, aunque fuese para evitarle daños.

Bán se lo explicó a los fantasmas tal como había hecho muchas veces antes, prometiéndoles que moriría tan pronto como se presentase una oportunidad, pero solo cuando se pudiese hacer con honor. Ellos retrocedieron, meneando la cabeza con pesar. Él siguió mirando las paredes enyesadas hasta que pudo verlas a través de sus cuerpos. Hacía ya mucho tiempo que los fantasmas habían perdido el poder de asustarle, Hasta su madre podía ir y venir ahora, y él notaba su presencia como un regalo. Al principio no era así; al principio venían a él a plena luz del día, en la bodega del barco de Amminio, y el terror que llevaban consigo era peor que el dolor de la herida de la cabeza. Bán había pasado días y días agazapado en la sentina, rogándoles que le dejaran en paz, y por eso no había sido capaz de matar a Amminio cuando

quizás hubiera tenido una oportunidad. Otras visiones, más dolorosas y vívidas, siguieron a los primeros azotes de la esclavitud y a la marca al fuego que le hicieron en la parte superior del brazo después de la primera vez que intentó escapar. La herida se le infectó días después, y la carne que había en torno se disolvió formando una úlcera pútrida y apestosa, y Bán pensó que se le habría concedido su deseo de morir de no haberse vendido Iccio a sí mismo a uno de los mozos de cuadras a cambio de un bálsamo y unas hierbas para hacer una cataplasma, y arriesgarse a sufrir más azotes aún cuidando a su amigo hasta que recuperó la cordura y la salud.

Pero aquello fue un error. Amminio conocía la profundidad del cariño que se profesaban Bán e Iccio, pero hasta aquel momento Braxo, el capataz tracio, no era consciente de ello. Amminio los poseía legalmente, los usaba como juguetes para su propia diversión, su prueba diaria de que en el gran juego de la Danza del Guerrero en realidad él no había perdido, pero Braxo era el que realmente poseía la medida de sus días. El capataz era un hombre duro, que medía el dolor igual que medía las gachas de cebada con las que alimentaba a los que tenía a su cargo, cuidadosamente y con previsión. Había medido bien a Bán durante el tiempo que transcurrió después de la curación de la marca al hierro. Cuando el joven guerrero escapó por segunda vez, fue Iccio quien sufrió el hierro candente, aunque estaba con uno de los hombres y seguramente no había participado en la huida. En esa ocasión se tomaron más cuidado con el hierro, de modo que la letra destacase bien, la A de Amminio impresa permanentemente en la suave carne del brazo del chico.

Después de la tercera huida, Iccio fue mutilado irreparablemente, y obligaron a Bán a mirar. Dos hombres avezados en la castración de bueyes y caballos trajeron sus afilados cuchillos y sus planchas calientes, y a tres esclavos más, castrados de forma similar, para sujetar al chico. El propio Braxo sujetó a Bán, diciéndole al oído las cosas que haría a continuación si Bán le daba la oportunidad y la excusa para ello.

Desde entonces no hubo más huidas. Durante casi dos años, Bán pasó sus días recibiendo órdenes de hombres a los que despreciaba y la noches yaciendo a solas, alimentando una sed de venganza que mantenía a raya la necesidad de morir.

Las visiones iban y venían, y él las contemplaba con poco interés, apartando la tentación del sueño. No había sueño aquella noche. Iccio había sido llamado a presentarse ante Braxo y todavía no había vuelto. El niño nunca había pedido nada, pero Bán se había impuesto a sí mismo aquella obligación como un deber desde la primera vez que comprendió lo que estaba ocurriendo: cuando llamasen al muchacho, él se mantendría despierto toda la noche, hasta el amanecer si era necesario, de modo que hubiese un lecho compartido al que volver, un lecho seguro y un abrazo que no ofreciese dolor.

Sonó un cuerno a lo lejos: la guardia nocturna de las legiones, marcando el tiempo en el exterior de las murallas. Durocortorum no era una ciudad legionaria, pero servía como alojamiento para los destacamentos que pasaban. En verano, los oficiales y hombres se apiñaban allí a miles para comerciar, para hacer ejercicio, en tránsito a lo

largo de las amplias carreteras al este, hacia la frontera germana, o al norte, hacia la costa. Ahora, cuando se avecinaba el otoño, había menos efectivos; un simple destacamento que consistía en un oficial y unas pocas docenas de la caballería habían llegado hacía dos días y decidieron colocar sus tiendas en el exterior de las murallas, en lugar de dormir en la ciudad. Se dijo que habían venido para la feria de caballos, y que había oro para gastar en profusión. Otro rumor más extendido decía que el nuevo emperador, Cayo Julio César Germánico, conocido por sus hombres como Calígula, iría a visitarles en primavera, y que las tropas estaban organizando los preparativos de antemano.

Iccio había oído la verdad de Braxo: que Cayo estaba decidido a someter a las tribus libres que ocupaban la orilla este del Rin y que estaba reclutando a galos de las tribus locales para que actuasen como exploradores y rastreadores. Aquello resultaba más creíble. Era bien conocido que el poderoso César prefería perder a todos los hombres sanos de las Galias que la vida de un solo romano ante las tribus que ya habían eliminado a las tres legiones enviadas por el estimado predecesor dé Tiberio, Augusto.

Bán sonrió en la oscuridad. Había oído hablar mucho de las tribus del este del Rin y de su ferocidad en combate. Se volvió hacia la pared de yeso donde las visiones llamaron su atención, y sus pensamientos se echaron a rodar. Las formas que le asaltaban se convirtieron en enormes y rubios guerreros blandiendo unas espadas que podían partir un caballo por la mitad con su jinete y todo. En su mente, vio a una docena de ellos ensañándose con un solo hombre, arrancando las vísceras de su cadáver, dejándole morir la muerte de los soñadores, con los cuervos comiéndose primero sus ojos y luego su corazón. El rostro de la víctima cambiaba a medida que moría: los rasgos delgados y lupinos se iban ensanchando por las sienes y la mandíbula se hacía más fuerte; la nariz ganchuda se rompía y se torcía hacia un lado; el cabello rojo se volvía del color pardo del barro y se iba rizando solo… En el último aliento de vida, los ojos de un amarillo pálido se oscurecían hasta el color castaño y Amminio, hijo del Perro del Sol, se convertía plenamente en Braxo de Tracia, capataz y esclavo.

El cuerno volvió a sonar; otra guardia que se acercaba más a la mañana. Poco después, los gallos cantaron. Bán se volvió para encarar el amanecer. La línea de débil luz bajo la puerta se fue haciendo cada vez más brillante. Apareció un resplandor grisáceo en un rincón del techo, donde un puñado de tejas se habían desplazado y no habían sido reemplazadas aún. Un mirlo se despertó, rezongando en el mismo tono que habían hecho sus parientes lejanos en los bosques de los icenos. En algún lugar, más allá de los muros de la villa, un potro saludó a su madre en la lengua universal de todos los pequeños del mundo, y de repente la mañana se llenó de vívidos y traumáticos recuerdos del hogar. Ocurría la mayoría de los días. Si Bán lloraba, era entonces. Se quedó mirando con los ojos bien abiertos al hueco del techo, esforzándose por escuchar y no sentir.

Sin advertencia alguna, la puerta se abrió. Iccio apareció de pie en el umbral, una figurita con un vestido suelto de lino que aún no se le había quedado pequeño. Iba creciendo mucho cuando lo castraron, pero desde entonces apenas había crecido el ancho de una mano.

—Iccio.

Bán susurró el nombre, sin querer despertar a los otros. Se incorporó y le tendió los brazos. El niño caminó hacia él como en sueños, con los ojos fijos, sin mirar, y los brazos pegados a los costados. Al principio era así cada vez. Luego, había ocasiones en que volvía y era capaz de hablar y de compartir recuerdos. Esa regresión no presagiaba nada bueno para el resto del día.

—Ven y échate. Quítate la túnica, ¿vale?

En ocasiones como aquélla, era mejor tratarle como si fuera un niño muy pequeño, Bán pasó la túnica por el alborotado cabello rubio y la colocó a los pies de la cama, doblada. El lino olía a agua de rosas y a humo de cedro. Bajo el tejido, el niño apestaba a sudor que no era suyo y a semen de otro hombre. Su piel era blanca como el alabastro, con un leve tinte grisáceo, y eso también traía malos presagios para el día que comenzaba. A veces tenía buen color, y hasta sonreía un poco. Aquella mañana, el único color que tenía estaba en las ojeras azules bajo sus ojos y las huellas de manos que mostraba en las costillas, donde le había sujetado fuertemente un hombre que no se preocupaba por el daño que podía hacer. Pero el peor daño era interno e invisible, y Bán no era capaz de juzgar su severidad hasta que iban caminando juntos a los establos. Al principio le incapacitaba, y convertía al niño en inútil para cualquier cosa excepto para el trabajo de cocina. Le enviaban entonces a limpiar ollas en la cisterna, donde podía arrodillarse junto al agua y no tenía que moverse. Más recientemente, si hablaban de ello, le había dicho que no sentía nada.

—¿Te gustaría beber algo? Aquí…

El vaso que tenía junto al camastro había sido mal hecho por un aprendiz, que le había dado una forma fea, con una grieta en un lado. Sujetándolo cuidadosamente, Bán vertió el agua entre los labios fláccidos y le vio tragar. Los primeros días, aquello también le resultaba imposible.

—Bien. Ahora esto. Lo he guardado para ti.

Eran uvas, y las había robado de la cocina… un delito que merecía el uso del látigo. El miedo apareció en los ojos de Iccio, y luego la sombra de una sonrisa. Se las comió una a una, saboreando su dulzura. Un ligero color volvió a sus mejillas. Sus ojos se calentaron algo y brillaron, no igual que antes de castrarlo (eso no se podía esperar ya nunca), pero algo mejor de lo que habían estado al entrar por la puerta. Bán le abrazó con suavidad, sujetándole cerca de su cuerpo hasta que notó el latido de otro corazón superpuesto al suyo propio. Unas manos pequeñas y fuertes se cerraron en torno a sus hombros, e Iccio apoyó su mejilla en el hombro de Bán. Era una señal entre ellos de que se podía hablar.

—¿Ha sido solo Braxo?

Bán hablaba entre susurros. Pensaba que al menos uno de los otros en la habitación estaba despierto, pero podían compartir aquella aparente intimidad.

Notó que Iccio asentía con la cabeza apoyada en su hombro.

—Sí.

Era un mal menor.

—¿Te ha dado alguna noticia?

—Alguna. Ya conoces a Braxo… nadie sale ni entra en Durocortorum sin que él lo sepa.

—¿Qué pasa con los romanos que están acampados fuera de las puertas?

—Lo que había dicho antes es cierto; están reclutando para un ala nueva de caballería auxiliar —Iccio lo repitió exactamente. Se había aprendido las palabras, y siguió, con un atisbo de sonrisa, sabiendo que tenía noticias trascendentales—. Han venido con la orden de comprar doscientos cincuenta caballos. Amminio quiere que todos ellos sean de sus granjas. Ha dado palabra a los magistrados de que se los proporcionará.

—¿Doscientos cincuenta? —Bán se olvidó de susurrar. Los hombres se despertaron, eructando y pidiendo silencio. Bajó de nuevo la voz—. ¿Qué harán con tantos caballos?

—Pues cabalgar, ¿qué iban a hacer si no? Hay quinientos soldados montados en cada ala. Traerán a todos los hombres y la mitad de los caballos aquí. El resto de los caballos ya han sido enviados desde Hispania. Ahora están en Germania, y los están entrenando los caballistas que ya cabalgan con las legiones.

Eran buenas noticias, y mejor cuando se las contaban de nuevo, pero la mente de Bán ya estaba en otro lugar, recorriendo los prados que rodeaban la villa.

—No tenemos más de ochenta dispuestos para la venta —los caballos no eran suyos, pero él sentía como si lo fueran. Los contaba con las manos, en grupos de diez —. Podemos conseguir hasta ochenta y cinco, si nos apuran mucho, pero la última media docena serían caballos de dos años, que no están bien domados del todo. No son seguros para la caballería.

—Amminio ha ordenado que sean enviados todos los de tres y cuatro años desde la granja de Noviodunum, y otros desde Augustobona. Con estos, tendremos el número completo.

—Entonces el Zorro estará aquí. Eso está bien —cogió a Iccio por el hombro, sintiéndose más animado que antes—. ¿Vas a ir a la feria de caballos? ¿Podremos ir juntos?

—No. No puedo ir —lo dijo tenso, apretando ligeramente los puños. Todo lo que hacía Iccio estaba meticulosamente controlado, como si temiera que cualquier movimiento real pudiese traicionarle.

—¿Cómo? ¿Es por Braxo? ¿No le has complacido?

No hubo respuesta, lo cual ya suponía una respuesta. Entonces, un pequeño puño se apretó contra su hombro, sugiriendo algo más.

—No es solo eso. Tengo que ayudar en la cocina esta tarde.

Bán notó que el estómago se le encogía. Dijo:

—Bueno, está bien. Te gusta la cocina. Y puedes ayudarme con los potros esta mañana. Eso estará bien.

—A lo mejor.

—Si te necesitan en la cocina es que viene alguien. ¿De quién se trata?

Él sabía la respuesta. La reticencia de Iccio se la había dado. Preguntando, solo conseguía retrasarlo un momento más. Iccio contestó entonces:

—Amminio está de camino desde Noviodunum con los caballos. El prefecto que vendrá de visita, el oficial romano que los va a comprar, está invitado a comer. Ha ordenado que nosotros dos estemos entre los que sirvan la comida.

—No, dioses —era el juego favorito de Amminio, mostrar a sus «bárbaros salvajes, entrenados para el servicio doméstico». La cabeza de Bán empezó a dar vueltas y volvieron las visiones, más fuertes aún que antes. Iccio, muerto, se encontraba frente a él, mucho más vívidamente que el propio Iccio vivo que tenía entre sus brazos. En iceno, para que los demás no pudieran comprenderle, añadió—: Yo le mataré.

Ya lo había dicho antes, y estaba decidido a ello. Como la última vez, los enormes ojos azules de Iccio se miraron en los suyos. Las lágrimas se acumulaban en los bordes.

—Entonces debes jurarme que me matarás a mí primero. Bán, por favor, júralo.

El niño estaba al borde del pánico. Sus dedos se agarraban con la desesperación de alguien que cuelga encima de un precipicio. Bán le apretó muy fuerte hasta que oyó un pequeño quejido de dolor. Cuando le soltó, Iccio dijo de nuevo:

—¿Lo juras? Jura que me matarás. ¡Debes hacerlo!

—No —él acarició suavemente las costillas magulladas, tratando de aliviar el dolor —. Nunca podría matarte, y lo sabes —sé mordió los labios. Las visiones le acosaban más de cerca, pidiendo sangre. No le abandonarían a menos que les diese algo—: Juro no matar a Amminio mientras tú vivas. ¿Basta con eso?

No hubo palabras, pero al parecer bastaba. Las manos relajaron la presa en su hombro y el momento pasó. Habían caminado por ese círculo a menudo, otras muchas veces. Si Amminio moría y había la menor sombra de sospecha de que su muerte no era natural, todos los esclavos de la casa serían torturados buscando información, y luego crucificados, incluyendo a Braxo. Era la ley. Los días después de la castración de Iccio, cuando parecía que no iba a sobrevivir, Bán se quedó de pie bajo la luna llena y juró a sus fantasmas y a Nemain que mataría a Amminio y viviría después el tiempo suficiente para ver al tracio clavado a un madero. Braxo lo intuía, y cabalgó él personalmente las tres millas que les separaban de la ciudad para traer a la curandera y procurar que el chico viviese. La mujer hizo un buen trabajo y las heridas curaron limpiamente, pero el alma de Iccio desapareció, y después de aquello solo la mitad volvió para vivir entre ellos.

Bán le abrazó de nuevo, más pacíficamente.

—Es mejor para ti cuando Amminio está aquí —dijo—. Braxo te dejará en paz, y habrá más caballos para cuidar. Podemos pasar los días en los establos, y olvidarnos de todo lo demás. Vamos. Si nos levantamos los primeros, podremos sacar los caballos afuera, a los cercados. Siempre es bonito de ver.

* * *

La mañana prefiguró el resto del día. Los cielos claros del amanecer se nublaron pronto, y la fresca brisa trajo una ligera llovizna que fue arreciando más tarde y se convirtió en lluvia. Aun así, los caballos estaban en su mejor momento. Fue un año después de su captura cuando Bán se dio cuenta de que Amminio había recordado todas y cada una de las palabras de su conversación sobre la cría de caballos y las estaba aplicando. La yegua roja tesalia y el potro pardo, ahora ya adulto, habían sido los fundadores de un nuevo establo. La yegua había dado a luz ya a tres potros desde que desembarcó. El primero, el que llevaba en su seno cuando fueron capturados, no era el potro de cabeza blanca del sueño de Bán, pero aun así era extraordinariamente hermoso. Su pelaje era absolutamente negro, veteado a intervalos irregulares con largas y esbeltas manchas blancas, como luna líquida vertida sobre azabache pulido. Sus rasgos eran casi perfectos: el pecho era ancho entre las patas delanteras, y dejaba el espacio suficiente para el corazón y los pulmones, y cuando se ponía de pie, sus patas tenían unos huesos muy bien formados y rectos, con un ángulo perfecto entre corvejón y babilla. Había nacido en medio de una tormenta, la noche de la luna llena, y Bán sintió que los dioses se reunían para observarlo mientras él se quedaba allí sentado bajo la lluvia y le daba al potrillo su primer grano de sal, en su propia mano.

Milo, el capataz de la cuadra, no creía que el nuevo potro fuese bonito. Milo era italo, de una de las provincias del norte, lejos de Roma, y en su mundo los caballos picazos eran un mal augurio, un signo de la ira inminente de los dioses. En el segundo turno de la mañana se llevó el mazo de matar, y solo la inesperada llegada de Amminio (a quien le gustaba el colorido del potro y veía una gran promesa en sus líneas) le impidió aplastar y reducir a papilla el cráneo del recién nacido.

Milo incubó su resentimiento y, cuando llegó el momento del destete, envió al potro al norte, a la segunda granja de Amminio, en Noviodunum. Bán, afligido, le rogó que le enviasen con él. La negativa de Amminio fue lo que propició el tercer y último intento de huida. Después llegaron noticias de que Milo había reclamado de nuevo el potro, pensando matarlo, pero Amminio le prohibió que desperdiciara así a su futuro caballo de carreras. De ese modo, el potro destetado continuó su viaje hacia el norte, y desde entonces no hubo más noticias suyas.

La cuadra había ido en aumento desde entonces. Ahora, en su tercer año, se

vanagloriaba de poseer doscientas yeguas de cría, con ocho sementales, todos en activo. Los potrillos de la última estación estaban ya cerca del destete, y Bán los vigilaba como un halcón vigila a sus polluelos, erguido en el borde del nido. El último potro de la yegua roja era su obligación más difícil. Era todo oscuro, zaino, con una estrella blanca entre los ojos, con los huesos demasiado pesados para ser perfecto, pero con la perspectiva de poder soportar más peso que su madre cuando fuese mayor. El problema era el carácter. Los dos primeros potrillos de la yegua habían sido vivaces, como ella, pero no malos. Pero éste era salvaje y luchaba por el puro placer de hacerlo. En los cercados, intimidaba a los demás potros. En las cuadras, golpeaba sin avisar a aquellos que intentaban controlarlo. El padre lo había elegido Amminio, que se había dejado convencer por los buenos huesos y había ignorado los ojos estrábicos y el mal carácter. Bán opinó una vez en contra, pero después ya no perdió tiempo en hacerlo. Hablaba lo menos que podía con Amminio, y solo de los caballos. Ellos hacían soportable su vida. Si no hubiese sido por las cuadras, habría ido a recoger cereal o a conducir unos bueyes detrás de un arado. En el peor de los casos, se habría dedicado a picar roca para la ampliación de la calzada que se dirigía hacia el sur desde la ciudad, hacia Lugdunum. Los esclavos que trabajaban en las cuerdas de presos vivían en un infierno, y solo les consolaba el hecho de que morirían antes del final de la estación. En sus momentos de mayor debilidad, cuando la muerte parecía una liberación bienvenida, el fantasma que más a menudo acosaba a Bán era el de la antigua anciana abuela, aquella a la que más había temido, riéndose socarronamente y recordándole que la vida siempre puede ser peor.

Estaba llevando agua a los abrevaderos del cercado de los potros cuando oyó gritar a Iccio. El chico estaba en la cuadra, limpiando a los caballos de tres años para la venta. Al principio, Bán pensó que lo imposible había ocurrido y que habían coceado a Iccio. Aquello habría convertido un día malo en un desastre: ni siquiera el zaino de mal carácter había intentado cocear nunca a Iccio. El segundo grito fue más breve y más desesperado, y oyó su propio nombre pronunciado en iceno. Arrojó el agua al abrevadero, soltó los cubos y echó a correr.

En la cuadra hacía calor. La lluvia había empapado el polvo y los caballos se alimentaban con el heno reciente de la nueva temporada. El aire olía a aliento animal, acidulado por la humedad de su pelaje. El que estaba más cerca era un potro negro. Su pelaje había sido pulido hasta que reflejaba la luz de los soportes para los arneses, que se encontraban colgados en la pared.

Iccio estaba de pie en un rincón, sujetando un cepillo de almohazar, con la cara demudada de terror. Junto a él se alzaba Godomo, el liberto galo del sur que le hacía de secretario a Amminio y tenía a su cargo la granja en su ausencia. Era un hombre servil y larguirucho, como un lagarto, con una pierna más corta que la otra y un solo testículo, de modo que guardaba rencor a todo el mundo que se cruzaba en su camino. Iccio, que ya no estaba entero, era su juguete favorito.

—Irás —dijo—. Braxo lo ordena —su voz tenía el tono aflautado y burlón de un

estornino.

Iccio se apretó contra los ladrillos de la pared.

—¡No puedo! No lo haré. No puedes obligarme.

Solo una cosa le ponía en ese estado frenético de terror y le hacía perder la cabeza hasta el punto de decir algo tan tonto como aquello.

Bán se colocó delante de él antes de que pudiese repetir la ofensa. Dijo a Godomo:

—Es el hipocausto, ¿no? No puedes obligarle a meterse ahí otra vez. No es seguro.

—Ah, la sombra de la sombra —la sonrisa del lagarto se abría enorme debajo de sus pómulos. Hilillos sueltos de saliva colgaban de las comisuras. Dio un paso a un lado para volver a enfrentarse a la mirada helada de Iccio—. Es todo lo seguro que debe ser. El amo ordena que los baños estén funcionando esta noche. Y nosotros tenemos que prepararlos. El tiro no deja pasar el aire, y el fuego no arde bien. Debe de haber alguna obstrucción en el hipocausto.

—Entonces envía a alguien que sepa hacerlo. Iccio no tiene ni idea.

—¿Te he oído acaso ofrecerte a ir en su lugar?

Bán lo habría hecho. Pensar en arrastrarse en la oscuridad sin aire y con los insectos mordiéndole la manos le llenaba de un terror tan grande como el del chico, pero por el bien de Iccio lo habría hecho.

—Lo intenté ya en primavera —dijo—. Soy demasiado grande.

—Lástima —Godomo ya lo sabía. Había estado presente en aquella ocasión—. Entonces tendrá que ir el pequeño sodomita, que sí entra. Contaré hasta tres. Si no está de camino al hipocausto cuando llegue a tres, llamaré a Braxo —sonrió aviesamente. Braxo era su única arma, la mejor—. Uno…

Echaron a correr juntos. Braxo les esperaba al lado de los baños. La entrada al hipocausto era un agujero pequeño, de la longitud de un brazo y la mitad de ancho, ennegrecido por el hollín y la mugre. Las paredes del interior eran de mármol delgado, mal cortado y mal fijado a la piedra que había detrás. Por encima, unas débiles tejas repiqueteaban bajo la lluvia. Ya mostraban grietas en las junturas. Con las primeras heladas del invierno se harían añicos.

Toda la estructura del baño era un desastre, y estaba claro que había ido mal desde el principio. El problema es que Amminio confiaba en Godomo. El hombre lagarto se ponía mucho más tieso en presencia de su amo, y su voz era más firme. Además, de vez en cuando, con gran esfuerzo, decía la verdad. De modo que, en ausencia de Amminio, se le había confiado la supervisión del proyecto. Fue él quien manejó el presupuesto, que ya de entrada era inadecuado, y estaba claro que no había resistido la tentación de quedarse con una buena tajada. El constructor siguió su ejemplo, así como el arquitecto, que aseguraba ser de la mismísima Roma, aunque no era cierto, y también los técnicos que mandó llamar de la ciudad para asegurar que el edificio resultara de la mayor calidad. Cada uno de ellos se quedó su tajada, y lo que quedó no bastaba para pagar los materiales, y no digamos ya a los hombres que debían construirlo. El propio Bán fue obligado a ayudar a construir los pilares del hipocausto,

y a colocar el suelo a través de ellos, y el hecho de que fuera la primera obra de construcción que hacía en su vida y el primer sistema de calefacción por el suelo que veía no se consideró un impedimento.

Pero tenía que haberlo sido. La parte del suelo que hizo Bán era sólida, porque había tenido la inteligencia necesaria para comprender lo que se requería de él y el orgullo no le habría dejado acabar mal un trabajo. Otros habían sido menos escrupulosos, o menos competentes, y el lugar llevaba apenas seis meses abierto cuando una serie de pilares bajo el caldarium se fracturaron y el suelo cedió. Fue entonces cuando Bán intentó arrastrarse por el hipocausto para ver la extensión de los daños, y no consiguió abrirse camino entre los huecos de los pilares que quedaban. Iccio, al ser más pequeño, sí lo había conseguido.

Era todavía bastante pequeño, y no había duda alguna de que le volverían a mandar allí; Braxo podía hacerlo por pura maldad, aunque no fuese necesario. La duda estaba en el peligro, en qué parte del suelo había caído y cuánto permanecía en pie. Bán corrió hacia la puerta principal y se introdujo allí.

Dentro, todas las superficies estaban llenas de color. Evidentemente, no se habían podido permitir el mosaico, pero Godomo había gastado toda su asignación prácticamente en el vidriado de las baldosas del suelo y en el artista que había pintado techo y paredes. El hombre trabajó sin pausa todo el mes de mayo, y el resultado se consideraba de muy buen gusto, a ojos romanos. En la entrada, unos delfines de un intenso color turquesa jugueteaban con unas ninfas rubias y de piel clara, con pezones rosados y pan de oro en la yema de los dedos. Por todas partes los dioses se convertían eh hombres, o viceversa. Júpiter se había convertido en un trinovante de cabello rojo, reclinado en un sofá. Una Minerva de piel pálida y oscuro cabello esperaba a su disposición. En otro muro, un Pan con nariz ganchuda tocaba la flauta ante un grupo de vírgenes de ojos azules. Los ojos del dios eran de un amarillo pálido, como los de un halcón.

Bán pasó a través de una cortina a la sala de vapor. Allí los héroes cabalgaban en carros pintados bajo un sol color limón. En el muro más largo, Alejandro de Macedonia iba creciendo desde una niñez dorada y brillante hasta convertirse en un semidiós armado que domesticaba al mundo. En este fresco, el artista se había tomado otras libertades con la historia: el niño dorado que bailaba en el bosquecillo dionisíaco de su madre era griego clásico, pero a medida que se iba haciendo mayor su cabello se oscurecía y sus facciones cambiaban hasta que el adulto, el general más grande del mundo, el constructor de imperios, ostentaba el cabello desordenado color paja, los ojos abultados y la barbilla débil de Cayo, hijo de Germánico, emperador de Roma desde hacía tres años.

El caldarium estaba enmohecido y húmedo, y una película de moho salpicaba ya los muros inferiores, manchando la arena amarilla del desierto de Alejandro. Unos bancos combados de haya blanca estaban sujetos a las paredes. Bán siguió su línea hasta el rincón del sudoeste. La última vez que el suelo había cedido, el primer signo

de advertencia fueron unas grietasen el yeso entre las baldosas de allí. El constructor al que llamaron para que hiciese las reparaciones hizo un buen trabajo, pero dijo más de una vez que sería necesario demolerlo todo y empezar a construirlo de nuevo adecuadamente. Señaló que los cimientos eran escasos y que era imposible que los pilares del hipocausto se mantuvieran firmes si se apoyaban solo en tierra floja. Su predicción, que oyó Godomo, era que la reparación que había hecho se volvería a romper antes del invierno.

Y tenía razón. Una simple grieta, de medio dedo de anchura, corría en una línea zigzagueante desde una pared hasta la esquina de la otra. Bán la siguió con el dedo, luego soltó un trozo de yeso en la esquina del suelo y la pared, y así vio la grieta mucho mayor que había debajo. La cortina susurró y unos pies calzados con botas pisaron pesadamente las baldosas detrás de él. Se volvió y vio a Braxo de pie en el umbral, mirándole. Si el capataz no había visto todavía la grieta, ahora no podía negarlo. Bán la señaló. El tracio asintió, se volvió y salió de nuevo hacia la lluvia.

Bán le alcanzó junto a la entrada del hipocausto, donde Iccio estaba ya arrodillado en la abertura. Bán se interpuso en su camino.

—No puedes mandarlo ahí debajo. No es seguro.

—Es lo bastante seguro.

—Al menos deja que vaya con una cuerda atada a la cintura, para poder seguirlo si se pierde.

Ésa era la peor de las pesadillas de Iccio: el tiempo que pasaba abriéndose camino allí, en la oscuridad absoluta, incapaz de encontrar la salida. Más tarde supo que Braxo había mandado cerrar la abertura durante un rato, y el chico casi se muere intentando respirar frenéticamente.

—¿Y que se enrede la cuerda en las columnas y se le caiga todo el suelo encima de la cabeza. Creo que no. Amminio se disgustaría mucho si perdiera a un esclavo tan voluntarioso —sus palabras eran agrias, estaban destinadas a herir.

No sabía qué era lo que Iccio había hecho o dejado de hacer a Braxo, pero estaba claro que no pensaba perdonárselo. Aquel hombre era la maldad personificada, y la cáscara de obstinación en la que se refugiaba el chico era peligrosamente fina. Bán abrió la boca para ofrecer otra alternativa (cualquier otra alternativa) y la cerró de nuevo cuando Iccio se incorporó y le tocó el brazo.

—No. No vale la pena. Entraré —habló en galo, porque estaba prohibido hacerlo de otro modo delante de Braxo. Pero cuando se inclinó y se introdujo por el agujero, dijo—: Ruega por mí —y aquello lo dijo en iceno. Y Bán lo hizo, en iceno, y en silencio. Braxo bufó y le ordenó que volviese con los caballos.



La mañana pasaba lentamente. La lluvia fue menCuando y se detuvo y fue reemplazada por viento del sudeste. En la cuadra, se alimentaba y limpiaba a los caballos. El primer lote de caballos de dos años llegó del norte a cargo del pequeño y fibroso esclavo dacio de nombre impronunciable que se ocupaba de los caballos de la tercera y mayor granja de Amminio, con base en el sur, cerca de Augustobona, el corazón de la tierra de su madre. En cuanto le conoció, Bán empezó a llamar al hombre Zorro, por el color de su cabello. No mucho después de aquello, Zorro, en su galo contrahecho, empezó a referirse a Bán como su hijo.

Se saludaban el uno al otro con afecto, y compartían noticias de la cuadra. Los nuevos caballos eran inspeccionados para comprobar su buen estado, probados y enviados de camino a unos corrales temporales, que habían sido preparados en torno al circo de subastas, a las afueras de la ciudad. Los ochenta caballos que Bán había seleccionado como listos para la venta fueron inspeccionados de forma similar, encabestrados y enviados.

Las yeguas con potros estaban en los cercados más bajos. Zorro se apoyó en una verja y vio cómo pastaban.

—Tu potro zaino será una mala bestia —dijo con alivio, como si le complaciera pensar en la lucha.

—Ya cocea a Milo cuando los hace entrar.

—Bien. Eso quiere decir que también es inteligente.

Zorro odiaba a Milo con una pasión que no hacía esfuerzo alguno por ocultar.

Contemplaron al potro un momento más y luego Zorro se apartó de la valla.

—¿Dónde está el semental gris? El nuevo de Partia que compramos el último… ¿qué ha sido eso?

Era el sonido que Bán llevaba temiendo toda la mañana: el estrépito de una obra que se derrumba y el grito de un niño lleno de pánico y dolor.

—¡Los baños! —ya estaba corriendo—. ¡Es Iccio, en los baños!

Era peor que la última vez. Nadie esperaba en la entrada del hipocausto. Metió la cabeza y los hombros en el hueco y gritó hacia la oscuridad apestosa y ahumada. Olía a polvo de ladrillo, por encima incluso del hollín y las cenizas, y supo que había ocurrido lo peor.

—¡Iccio! ¡Iccio, soy yo! ¿Estás bien? Su voz hizo eco por encima de su cabeza, pero no obtuvo respuesta. Zorro le dio unos golpecitos en el hombro.

—Están dentro. El suelo de la sala de vapor ha cedido.

Corrió hacia la entrada y a través del caldarium. Un grupito de hombres se había reunido en la esquina del sudoeste. Godomo estaba de pie, con la cara blanca, a un lado. En todos los aspectos, los baños eran responsabilidad suya. Liberto o no, si Amminio venía a casa y se encontraba un edificio hundido y sin agua caliente, habría que pagar un precio muy elevado, y el deudor sería Godomo. Braxo le hizo una seña y gritó:

—¡Trae al constructor, idiota! ¡Vamos!

El hombre-lagarto pasó junto a Bán y corrió hacia el patio, gritando órdenes a los demás. El grupito de mirones se dispersó hasta que quedó solamente Braxo.

El constructor era un buen hombre, pero tendría que haber sido un dios para poder arreglar aquello en el tiempo del que disponía. El agujero en el suelo era mayor que el del verano, y había costado medio mes arreglarlo. Una grieta subía por un muro y había caído una losa de mármol de éste, destrozando las baldosas del suelo y rompiéndose al impactar. Braxo estaba al borde del vacío, atisbando. Bán se puso de rodillas a su lado.

—¿Dónde está Iccio? ¿Está bien?

El tracio chasqueó los dientes. Su cara estaba extrañamente tranquila. Señaló hacia abajo.

—Ahí.

Iccio yacía de costado, con la cabeza apoyada en unas baldosas rotas y un brazo en ángulo a su costado, como un palito sin corteza y doblado en dos. La mayor parte de su cuerpo se encontraba debajo de la mitad de otra losa de mármol que se había hundido en la cavidad y había golpeado en el suelo del hipocausto, abajo. No lo suficientemente gruesa para forrar la pared, pero sí lo bastante para aplastar los huesos y la carne de un muchacho menudo y delgado.

—¡Iccio!

—No desperdicies el aliento. Está muerto.

—¡No!

—No —la palabra levantó una fina columna de humo.

Iccio abrió un ojo. En la oscuridad polvorienta del hipocausto, el azul de sus ojos relampagueó oscuramente, como un cristal sin limpiar. Había estado llorando antes; unas huellas limpias corrían entre la suciedad que cubría su rostro, pero ahora ya no lloraba. Viendo a Bán sonrió, de una forma algo torcida: Bán solo podía ver la mitad de su rostro. En iceno, susurró:

—Ahora ya puedes matar a Amminio.

—No —Bán se agarró al borde del agujero—. Iccio, no digas eso. No vas a morir.

—Sí que voy a morir. No puedes… No, Bán, no…

El suelo no era seguro. Cayó otro trozo más mientras él saltaba por encima del borde. Arriba, Braxo le maldijo por idiota y le amenazó con hacerle azotar, pero no hizo nada por sacarle de allí. Bán se agachó entre los escombros. Trozos de baldosa rotos se clavaban en sus pies desnudos. Las columnas de ambos lados se inclinaban en ángulos peligrosos. Se arrodilló, desdeñando los cortes que las baldosas producían en sus rodillas. Iccio volvió la cabeza hacia él. Tenía la cara de un blanco de alabastro, como aquella misma mañana. Incluso las ojeras que tenía bajo los ojos habían perdido el color.

Bán le besó una mejilla y los fríos y amoratados labios. Estaba llorando. Ambos percibieron el calor de las lágrimas.

—No te muevas. Te sacaré de aquí. Iccio, escucha. No vas a morir.

—Sí… solo te esperaba a ti… —era menos que un susurro, un aliento apenas audible.

Los grandes ojos azules se desenfocaron y se nublaron. Cuando el niño sonrió de nuevo, fue a las sombras que veía en la fría y húmeda oscuridad del hipocausto, y Bán no estaba entre ellas. El dolor agitaba su corazón. Levantó la rota cabeza y la acunó contra su pecho, y notó el temblor de un alma que se agarraba a la vida. Le besó como nunca antes había hecho, con un beso de amante, apasionado, desesperado.

—Iccio, no te mueras. Yo te amo. No puedes morir. No debes.

El niño sonrió. Su aliento era áspero. De un oído le salió sangre y un fluido claro, de color amarillento. Se esforzaba por hablar de nuevo.

—Iccio, no. Te cuesta demasiado esfuerzo.

—No. Escucha… —Bán se inclinó más para oírlo y notó el toque ligero de un beso en su oído, y una sola frase almacenada y emitida con todo el aliento que le quedaba —: Prométeme que no morirás por nada.

Suspiró una sola vez, suavemente, y murió.



Era más difícil salir de allí de lo que había sido saltar dentro. Braxo se quedó de pie, mirándole, y no le ofreció su ayuda. Bán salió, lleno de rasguños y arañazos, pero no notaba dolor alguno. La ira más negra le mordía el corazón. Se quedó de pie ante el capataz con las piernas temblorosas.

—Tú has visto la grieta en el suelo. Sabías que no era seguro. Le has matado.

El tracio sonrió, indiferente.

—Era un esclavo. Ha sido una muerte rápida. Tú deberías rezar para que te ocurra lo mismo —era como si estuviera discutiendo sobre un ciervo recién cazado o una cerda a la que acababan de sacrificar—. Su sangre sellará el suelo. Quizá la próxima vez aguantará las columnas —se volvió, mordiéndose los labios, y empezó a quitar los escombros—. Es una suerte que Amminio haya sido llamado a la corte de su padre. Se iba a ofrecer al niño al prefecto visitante en la cena, después de las ventas. Habría sido difícil encontrar otro tan bien entrenado, con tan poco tiempo…

Bán dirigió el golpe desde atrás, un golpe cobarde, que no daba oportunidad alguna de defensa. Su padre lo habría desaprobado. Pero Iccio, que nunca había sido un guerrero, no. Usó un trozo de mármol tan grande como sus dos puños, y afilado por un lado, y lo blandió con una fuerza que le sorprendió a sí mismo. El pico se hundió en el cráneo del tracio como si fuera una cáscara de huevo, y penetró profundamente en la materia blanda que había dentro. Braxo cayó sin emitir un solo sonido. El golpe de su cuerpo hizo eco entre las paredes, y levantó más polvo de la cavidad en el suelo. La cabeza le colgaba por encima del borde de las baldosas rotas,

goteando sangre y trozos de cerebro en el mármol que había debajo. Dio una sola sacudida. No existía ninguna posibilidad de que estuviese vivo, pero aun así, Bán se arrodilló, le quitó el cuchillo del cinturón al hombre y le agarró el cabello, echando la cabeza hacia atrás para dejar al descubierto su garganta y prepararla para el corte.

—No —la voz llegó como una rama que se suelta de golpe.

Bán se puso al momento en la postura del guerrero, con el cuchillo empuñado frente a él, dispuesto para matar. Las palabras de Iccio resonaban en su corazón. Braxo no era nadie. Amminio no estaba allí, no iba a venir. Si moría entonces, al menos se llevaría con él a Godomo, para que su muerte contase, pero no era Godomo quien había hablado.

—Espera. Soy yo. Padre del hijo.

Zorro estaba en la puerta, escondido en parte detrás de la cortina. Era posible que hubiese estado allí todo el rato.

—El niño, tu hermano, ¿está muerto? —preguntó.

Su galo nunca había sido muy fluido. Su acento era más pronunciado que nunca.

—Sí.

—Entonces deja a éste. También está muerto. No debes ir manchado con su sangre cuando huyas.

Bán se le quedó mirando. Pensar era imposible. Quería matar, y seguir matando, y luego morir.

Zorro dio un paso hacia delante, con las manos caídas a sus costados, los ojos fijos.

—Sal al patio. Están ensillando los caballos de cuatro años y preparándolos para la venta. Toma el caballo de Sentio, el zaino grande. Dile que yo te lo he dicho. Cabalga hacia la ciudad con los otros y déjales cuando llegues al mercado. Para cuando encuentren a éste, tú ya estarás lejos.

—¿Y tú? Sabrán que has estado aquí.

—No. Yo estoy con los caballos. Todo el mundo lo sabe. Y pensarán que tú estabas con el niño. Huye ahora. Es tu única oportunidad.

En dos años de amistad y enseñanzas, aquél era el mejor consejo que le había ofrecido Zorro. Bán arrojó el bloque de mármol a través del agujero en el suelo y corrió.

# XVII

Para el mercado de ganado se construía una estructura sólida pero temporal, que era levantada a principios del verano y demolida de nuevo a finales del otoño. La venta de caballos era el último de los acontecimientos que se celebraban, y el que gozaba de mayor prestigio. Criadores, granjeros, jugadores y corredores venían de las tres partes de la Galia, Bélgica y las dos provincias germanas para comerciar con caballos en la venta de otoño de Durocortorum. Corrían rumores de que algunos de los que comerciaban cada año provenían de las tribus libres germánicas de la orilla este del Rin, pero era imposible saber si aquello era o no cierto.

Bán se escondió en las tribunas. Eran de roble y fresno, cortado por carpinteros de los parisos, que conocían cada árbol y hablaban su lenguaje. Cada primavera, construían una palestra y cinco filas de gradas que podrían haber durado décadas; y cada otoño las desmontaban, y las tablas desgastadas por la intemperie eran usadas como leña. El espacio que había debajo se usaba como almacén de forraje y grano para los caballos, que llegaba hasta la tercera grada. Por detrás, el espacio era demasiado bajo para poder pasar, y quedaba un hueco que se iba estrechando, de modo que el espacio en la grada más baja era menor a la altura de un antebrazo. En aquellos momentos, al final de la estación, quedaba menos forraje del que se acumulaba en primavera. Bán se metió entre el heno antiguo y los sacos de cebada y se arrastró hacia la cavidad oscura y perfumada de fresno que había debajo de los asientos más bajos.

Estaba oscuro, no había aire y el ruido le aterraba. Las tablas que tenía encima de la cabeza formaban una caja de resonancia, de modo que los chirriantes gritos de las ratas sonaban tan fuertes como los pies calzados con botas que corrían por las escaleras entre las hileras de asientos. Las voces de la multitud llegaban hasta él desde la tierra batida, igual que el eco de los infinitesimales ruidos que producían sus propios movimientos, que resonaban como truenos, de modo que también a él debían de oírle.

Se fue desplazando poco a poco hacia delante, un palmo cada vez. Cuando su túnica rozaba contra la madera que se encontraba encima de él, se oía un fuerte y áspero ruido, como una sierra cortando los nudos de un roble, y él se detenía, temblando, con las palmas empapadas de sudor y la mente atrapada en una blanca catarata de miedo, temiendo que le encontrasen los legionarios, o el magistrado de la ciudad, o (peor aún) Godomo.

Era imposible pensar o hacer planes. Una parte de él necesitaba matar de nuevo, muchas veces; oír el crujido de los huesos rotos y ver la sangre corriendo libremente

mientras muchos hombres morían, para vengar la muerte de Iccio, Eburovic, Breaca y todos los demás. Lo poco que quedaba de él deseaba desesperadamente la muerte. La muerte era un lugar sin dolor y con muchos amigos, y en aquel lugar, en las húmedas tripas de las tribunas, llenas de ratas, sus amigos le habían abandonado. Estaba más cerca de la fiebre de lo que había estado desde que le marcaron al fuego, y las visiones no venían, aunque él les rogaba que le mostraran sus rostros. Al único que veía era a Iccio, blanco por el dolor y la pérdida de sangre, y lo único que oía era el susurro: «prométeme que no morirás por nada».

La multitud crecía. La fila delantera de asientos se había llenado no mucho después de amanecer. En ese momento, las de atrás se estaban llenando con los que habían pagado los asientos más baratos y bebían el vino más económico, y que por ello se sentían con derecho a hacer más ruido. A la entrada de la palestra, un tambor marcaba un ritmo de dos tiempos. En unos momentos, el sonido se vio ahogado por el golpeteo de los caballos al trote. Incluso los de los asientos de atrás se callaron y prestaron atención.

Bán se apretó contra las tablas de la parte delantera. La contracción de la madera y los huecos entre los nudos dejaban pasar luz por algunas ranuras, que eran incluso lo bastante grandes para convertirse en buenas mirillas para observar. Colocó el ojo pegado a una de ellas y luego se apartó un poco, temiendo que se pudiera ver su brillo y le delatara.

Los caballos de cuatro años salieron los primeros. Eran los que estaban plenamente entrenados para la guerra y el transporte. Venían en escuadrones de veinte, cruzando la palestra hacia delante y hacia atrás, con unos mozos montados vestidos como la caballería auxiliar, demostrando su entrenamiento con las armas y su tranquilidad cuando se les atacaba. Iban haciendo incursiones, un grupo en otro, arrojando unos venablos romos de madera y recibiéndolos en unos escudos acolchados. Los hombres actuaban tan bien como los caballos; un buen grupo de ellos eran jinetes alquilados para la estación; si el prefecto visitante realmente estaba reclutando a hombres de las tribus locales para formar una nueva cohorte de auxiliares, debían atraer su atención. Sabiéndolo, Bán buscó la zona entre las tribunas ante la cual se llevaban a cabo las mejores actuaciones, y así vio que el oficial romano estaba sentado en la segunda grada de la multitud, con media docena de hombres de su guardia en torno a él. Llevaba una coraza ligera de cuero e iba sin toga, y había evitado los asientos privados de los magistrados. Braxo habría sabido las razones políticas de todo aquello, o se habría preocupado de averiguarlas. Pero Braxo estaba muerto, y cuando le encontrasen, matarían a su asesino lentamente, como él sabía muy bien que podían hacer. Amminio procuraría que fuese así, o en su ausencia, Godomo.

Las tripas de Bán se agarrotaron, llenas de terror. En los primeros meses de esclavitud, se había visto obligado a contemplar una crucifixión y su recuerdo le había despertado después a lo largo de muchas noches, con la boca seca y sacudido por las

arcadas. Según fueron pasando los meses, su mente se curó y el horror de aquella visión fue mitigándose, de la misma forma que el cuerpo forma una costra sobre una herida, dándole un falso valor. Ahora, la cruda realidad invadió su mente y paralizó sus miembros. Sin esfuerzo alguno notaba los clavos que escarbaban entre los huesos de sus brazos, y los días y noches de gimiente agonía que seguirían, mientras su cuerpo sucumbía a su propio peso. Presionando la frente contra las tablas que tenía delante, emitió una respiración sibilante a través de una garganta seca como la paja. Veía el mundo en relámpagos escarlatas y negros, detrás del sello de sus ojos.

Los caballos de cuatro años estaban dejando la palestra cuando pudo volver a respirar con libertad. El tambor volvió a sonar, y entraron los de tres años. En otro tiempo y en un inundo diferente, él mismo habría ido cabalgando el fuerte zaino cuatralbo, el mejor caballo de su grupo. Se obligó a atisbar de nuevo por la hendidura. Era mejor actuar como si el mundo fuese normal, pensar en los caballos y lo buenos que eran, en lugar de dejar que su mente vagase libremente.

Oyó a los caballos antes de verlos, y supo por el ritmo irregular que algo iba mal. La primera hilera era perfecta: cuatro grises avanzaban con sus arneses de cuero negro con sus jinetes de negro y bronce pulido. La multitud murmuró apreciativa.

La segunda fila estaba formada por alazanes, y la tercera por zainos, y cada uno de ellos era perfecto. El problema se encontraba en la cuarta fila, la antepenúltima. Los colores estaban mezclados, un mosaico de picazos y píos, ninguno de ellos de su granja. El caballo negro y blanco que iba en el extremo más alejado de la fila estaba luchando con su jinete, lo había hecho desde que entraron en la palestra, y continuó haciéndolo mientras el escuadrón giraba hacia la derecha para encararse con Bán y con el magistrado, y se detuvieron. Bán no conocía al jinete del caballo picazo. Desde la distancia le pareció batavo, uno de los mercenarios contratados en las tribus del oeste, el lado imperial del Rin. Debía de ser un buen jinete (los batavos se contaban entre los mejores), pero su montura podía con él, y todos los que le miraban se daban cuenta de ello.

Bán conocía aquel ejercicio tan bien que podía hacerlo (una vez incluso lo había hecho) con los ojos cerrados. En teoría, los jinetes saludaban y pasaban inmediatamente a medio galope, dirigiéndose recto hacia el muro por debajo de la tribuna del magistrado. A menos de la distancia de un caballo de las tablas, se separaban por el centro y daban la vuelta, mitad hacia la izquierda, mitad hacia la derecha, formando dos largas columnas que corrían en toda la longitud de la palestra, paralelos a las tribunas. Cuatro falanges de caballos de cuatro años (ochenta caballos en total) lo habían hecho a la perfección. El grupo principal de los tresañeros consiguió dar cuatro pasos antes de que el picazo rebelde explotase, completamente incontrolado.

El resultado fue el caos. Los caballos de las dos primeras filas se estrellaron contra las tablas que protegían la parte lateral de la palestra. Otros respingaron, corcovearon o dieron media vuelta para alejarse del peligro. Los caballos mayores empujaron a los

más pequeños y los tiraron al suelo. Una potranca alazana con delgadas patas cayó al suelo relinchando. Bán vio a su jinete luchar por librarse de la silla antes de que le aplastara la pierna debajo. Poco después, ambos se volvieron a levantar sin sufrir daño alguno, pero nadie los miraba ya por entonces. La atención de la multitud (y la de Bán) estaba concentrada en el centro de la palestra, donde un potro picazo con un pelaje como un salpicón de leche luchaba con un gigante rubio con duras manos, un bocado más duro aún y un látigo cortante, y estuvo claro para todo el mundo que supiera algo del asunto que el caballo moriría luchando antes que dejarse domeñar.

A la multitud le encantaba el olor de la sangre. El magistrado, que había estado en Roma y había visto los juegos, notó que su humor cambiaba y dio unas rápidas órdenes. Esclavos y libertos corrieron desde la tribuna y se gritaron mensajes a los otros jinetes. Algunos de ellos, los que habían luchado en batallas y eran capaces de apreciar la situación, ya se habían acercado con cuerdas para contener al potro, pero fueron echados atrás. Los caballos de tres años que quedaban fueron conducidos fuera de la palestra, dejando solos al potro y a su jinete en la arena. Por encima de él, en las gradas, Bán oyó a hombres y mujeres empezar a apostar por el ganador y por ver cuánto tiempo durarían y si se les permitiría llegar hasta el final, hasta que el caballo matase al hombre, o si el magistrado lo detendría antes y sacrificarían al animal.

Bán solo oía fragmentos de las apuestas. Fue reptando por debajo de las filas de asientos y salió por el almacén de grano de forma mucho más fluida que al entrar. El temor que antes sentía se había desvanecido, como el rocío bajo un sol muy caliente. Sabía cómo se sentía Iccio cada vez que volvía al dormitorio después de pasar una noche con Braxo; lo peor había ocurrido y nadie más podría tocarle. Mejor que eso, él era ya libre de morir, si podía hacerlo con honor; y pensó entonces que sí, que podía. Salió a plena luz del día, se agachó un momento para dejar que sus ojos se acostumbrasen al torrente de luz y color, y corrió hacia la palestra.

Nadie le detuvo. El ruido de las tribunas se perdió, como si le hubiesen tapado los oídos con lana. El mundo se quedó al otro lado de un velo de gasa, a través de la cual el aire y la luz se iban filtrando lentamente, amortiCuando el sonido, excepto en un lugar determinado, en el centro de la arena, donde un potro que él conocía estaba luchando a muerte y le llevaría con él. Veía por el rabillo del ojo galopar a una potrilla parda que había muerto hacía muchísimo tiempo, y que ahora aparecía entre los fantasmas como una promesa de lo que le esperaba.

Llegó a la parte delantera de las tribunas. Todavía nadie le veía ni trataba de detenerle. Era invisible, estaba arropado por los cuidados de los dioses. Recordó una conversación en una colina en otra vida. «¿Es esto lo que se siente antes de la batalla? Sí, pero en la batalla, uno puede elegir». Él entonces no lo sabía, se trataba de elegir la muerte por encima de la vida, y ahora se sentía libre de preocupaciones. Saltó por encima de la cerca de roble y cayó con ligereza en la arena.

Estaba a tres pasos de distancia en la palestra cuando el primero de los sirvientes del magistrado le vio. El hombre llevaba un cuchillo con mango de cuerno en el

cinturón… y luego ya no lo llevaba. Bán se agachó, cortando el aire frente a él, como había hecho en los baños. La hoja estaba afilada por ambos lados, y acababa en una fina punta.

—Puedes morir, si quieres. A mí no me importa.

Era la verdad, dicha sin bravuconería alguna, y reconocible como tal. El hombre sopesó el coste de unos posibles, azotes contra la certeza de un cuchillo en su pecho e hizo la elección más sabia. Bán le sonrió.

—En la guerra, se puede elegir.

Lo dijo en voz alta, en iceno, porque también aquello era posible ahora. El hombre retrocedió, con las manos delante de su cuerpo, los ojos desorbitados. Nadie más ocupó su lugar.

En el centro de la palestra, el batavo tenía problemas. Estaba atrapado en una silla diseñada para cabalgar en batalla. Todas sus partes se habían adaptado, a lo largo de los años, para mantener a un jinete en su lugar sin necesidad de usar las manos, frente a un enemigo cuya tarea principal era desarzonar a su oponente. Unas perillas acolchadas en la parte delantera y trasera, inclinadas hacia adentro y apretadas contra sus muslos, le sujetaban en su lugar mientras el potro se lanzaba a hacer unos corcovos casi como para partirse el espinazo. Para desmontar con un poco de dignidad, habría necesitado que el animal se detuviera, y no parecía que pensara detenerse.

Enfrentado con la muerte o el deshonor, el hombre decidió luchar y, como no tenía otras armas, usaba el bocado y el látigo sin ton ni son. El bocado debía de ser obra de Milo. Era mucho más duro de lo que Zorro jamás habría aceptado, con una forma que podía perforar el duro paladar y unos afilados bordes que ya habían lacerado las encías y los belfos, de modo que una espuma roja salpicaba el pellejo brillante del picazo. El látigo era fino y dejaba unos largos cortes lacerantes, pero el caballo hacía tanto caso de ellos Como habría hecho de las picaduras de un mosquito. Llega un momento en que la rabia es tanta que ni el dolor la puede extinguir. Bán lo había experimentado ya en una ocasión, al ser azotado por Braxo, y nunca lo había olvidado. El potro estaba furioso ya antes de entrar en la palestra; si lo hubiesen tratado con calma, podrían haberlo tranquilizado, pero el batavo había arrojado toda la calma por la borda y estaba tan furioso como el potro, y cada corte y cada tirón y cada corcovo desesperado les hundía a ambos más y más en un frenesí letal y sin sentido.

La sangre salpicaba la arena. Al olerla, le vino brevemente a la memoria el olor del hipocausto, hasta que una marea de sudor de hombre y de caballo lo inundó todo. Bán se quedó muy quieto. El corazón le latía acelerado. El abrumador poder del potro le llenaba de orgullo y reverencia. Recordaba un antiguo cuento de los antepasados que habían sacrificado caballos a los dioses antes de saber que esos caballos «eran» los mismos dioses que caminaban sobre la tierra, y que matarlos era un sacrilegio. Él podía creer que aquel caballo era un dios, o un regalo de los dioses. El batavo que

estaba encima era un hombre mortal que podía ver aproximarse su propia muerte.

Bán levantó el brazo. En el galo neutro de la región gritó:

—¿Sabes desmontar como la caballería?

El potro se encabritó al oír el sonido de una nueva voz. El hombre se echó hacia delante, abrazándose al cuello. El peor temor del jinete es que el caballo se arroje hacia atrás. Sin oportunidad de desmontar, el jinete muere, aplastado entre una masa contorsionada de carne de caballo. Durante el espacio de un latido, los dos se mantuvieron arriba, en el aire, el jinete cual parásito bien agarrado, y la muerte pegada a ambos.

La multitud vitoreó, a lo lejos. El espectáculo era perfecto. El hombre había sido elegido por su colorido, tanto como por su habilidad como jinete; tenía el pelo de un rubio blanco, más pálido incluso que el de Iccio, que flotaba como una bandera por encima de su peto de cuero negro. El caballo estaba embridado de negro con un ronzal debajo ele cuerda blanca. Su pelaje era negro noche con vetas de leche vertida. Desde la distancia, el sudor daba un brillo pulido a ambos, y las manchas de sangre no eran visibles.

El potro se tambaleó y volvió a caer de nuevo, golpeando con las manos la arena y levantando una polvareda. Bán se deslizó a un lado para evitar el golpe de uno de los cascos. Por encima del martilleo frenético de una corveta, gritó:

—No van a detener esto. El propio magistrado ha apostado dos mil denarios por tu muerte. ¿Puedes desmontar o no?

—Sí —la palabra fue arrojada por encima de su hombro, perdida en el remolino de una vuelta vertiginosa.

—Bien. Le tiraré arena a la cara. Cuando le toque se parará, luego se quedará quieto un momento, como si le diera el viento. Hazlo entonces.

Era un truco que le había enseñado Zorro para sacar todo el partido posible al semental con mal genio. Entonces Bán no tenía que montar después, sino solo coger un ronzal de cuerda.

Rezó y supo que los dioses estaban a su lado, y supo también que no podía fallar. Lo peor que podía pasar era que el potro le matase; lo mejor, que se matase él mismo. Todavía tenía que decidir si matar al potro o no. También merecía que se le liberase de la esclavitud.

Se agachó y cogió un puñado de arena. El potro se encabritó otra vez y relinchó. Pasaron unos segundos con el potro en el aire. Cuando volvió a bajar, Bán se colocó a un lado y, mientras la pata delantera golpeaba en el suelo, le arrojó la arena que llevaba.

Todo ocurrió a la vez. La multitud se puso de pie, intuyendo el clímax. El potro, siguiendo el instinto de miles de generaciones, se detuvo y dio la vuelta para apartarse de un viento del desierto que no existía. El batavo, dicho sea en su honor, desmontó a la perfección a la manera de la caballería. Lo único que necesitaba era un caballo que permaneciese quieto durante más de un segundo, y al momento se incorporó, saltó,

metió el hombro y rodó sobre la arena, para ponerse inmediatamente de pie. La mitad de la multitud que había apostado por su supervivencia lanzaba vítores, y el resto abucheaba. El magistrado hizo una seña a sus sirvientes, que empezaron a correr hacia la arena. El potro, libre de su carga, miró a su alrededor en busca de una salida, y la vio, un hueco abierto en la distancia sin nadie más que un chico delgado en el espacio que había en medio: era Bán. Oliendo la libertad, se echó al trote y enseguida al galope. Al segundo paso, su brazuelo rozó al chico. Bán agarró el cuchillo robado entre los dientes, se cogió con ambas manos a las perillas curvadas de la silla, echó las piernas arriba, una, la otra, y ya estaba montado.

Montar a galope tendido es la maniobra más difícil que se le puede exigir a cualquier jinete. Para tener éxito hay que aterrizar en la silla exactamente entre las perillas y meter las piernas en su lugar debajo de ellas. Con una armadura completa es casi imposible. Para un chico esbelto y ligero, que había practicado durante la mitad de su niñez, aunque con una silla algo menos difícil, era un acto propiciado por los dioses. Incluso lo podría haber hecho con escudo.

El potro no se detuvo. El chico era más ligero que el hombre, y no le tiraba de las riendas ni intentaba detener la carrera hacia la libertad. Por el contrario, Bán se inclinaba hacia delante con el cuchillo en la mano para cortar la brida cerca de la cabeza, dejando libres las quijeras. El caballo escupió el bocado en el suelo de la palestra. El ronzal era una sola cuerda enrollada hacia arriba y atada bajo la barbilla. Era un lugar donde asirse, nada más. Bán la colocó en su lugar y luego se agarró a la crin, inclinándose hacia delante y gritando para animar al potro. Llegaron a las puertas y ya estaban volando.

Los hombres de las falanges de los tresañeros y cuatroañeros les esperaban. Milo había reconocido al potro y al chico, y había comprendido lo que podía pasar. Ochenta hombres montados se colocaron bien erguidos en arco en el césped empapado por la lluvia de la zona de reunión. El caballo vio únicamente huecos entre otros de su especie. Bán vio la trampa: una cuerda muy tensa sujeta a la altura del cuello, demasiado alta para saltar y demasiado baja para meterse por debajo. No tenía riendas y no podía hacer que el caballo girase en redondo. Con lucidez absoluta vio la muerte del potro con el cuello roto y la suya, infinitamente más lenta, clavado a la madera. Miró a ambos lados. Había un cierto hueco a la derecha, entre el último jinete y el muro de la palestra. Se echó hacia delante, a lo largo del cuello del caballo.

—¡Hai!

Dio un golpe con la mano hueca encima del ojo izquierdo del caballo. Éste se desvió violentamente hacia la derecha, vio el hueco y se metió a la fuerza. Quedaron libres. Una extensión de césped abierto se abría ante ellos. El campamento legionario se encontraba también allí delante, a la derecha. Una hilera de robles oscurecía la mitad norte del horizonte. Más allá no había nada, solo espacio. El potro alargó el galope.

—¡Detenedles! —Milo arreó a su caballo y lo lanzó tras Bán. El animal era lento y

gentil, y no tenía ninguna oportunidad, así que Milo se dio la vuelta y levantó el látigo, gritando—: ¡La libertad o su precio en oro al hombre que me los traiga vivos!

No podía haber hecho una oferta mejor. Ciento diecinueve hombres montados, la mitad ya libres, espolearon a sus caballos. Ciento diecinueve caballos entrenados para la guerra lanzaron sus corazones a la carrera. Los espectadores que luchaban por llegar a la puerta de la palestra notaron la vibración como un trueno cuando empezó la carrera. Las apuestas volvieron a empezar, por el potro picazo o por los perseguidores.

Bán sabía que estaba malherido. Se tambaleaba en el espacio que queda entre la vida y la muerte, esperando la llamada para cruzar el río. Lamentaba haber sido incapaz de matar a Amminio, o incluso a Milo, pero nada más. Con el puño apretado sujetaba la hoja robada, con la punta vuelta hacia su corazón, y sabía sin duda que podía usarla cuando llegase el momento. Si tenía tiempo, si los dioses así lo decidían, mataría primero al dios-caballo, abriendo de un tajo las grandes venas del cuello como hacían los antepasados en sus sacrificios, y ambos cabalgarían juntos a través del río hacia el mundo de los muertos. No creía que eso fuese un sacrilegio.

El potro corría con un paso largo y fluido. Unas nubes como de hierro colgaban muy bajas en el cielo, excepto en el sur, donde una lámina de sol las iluminaba de amarillo, mostrando el camino hacia los dioses. Bán empujó con las piernas y el potro respondió, desviándose ligeramente hacia la derecha para seguir la línea de luz. Su velocidad era mayor de la que Bán había conocido jamás, excepto en sueños. Pequeños arbustos y árboles solitarios pasaban velozmente en el viento. Detrás de ellos, un cuerno llamó a los legionarios. Seis notas diferentes se expandieron en el aire con un lenguaje que Bán no conocía. La llamada se repitió de nuevo y fue respondida, ásperamente, desde el campo que tenía a su derecha. Azuzó al potro hacia la izquierda, lejos del ruido.

Un pequeño muro con una zanja detrás se alzaba frente a ellos. Lo saltaron y cayeron limpiamente y encontraron que el terreno llano que se veía desde la palestra era una ilusión. Ante ellos el terreno formaba un suave declive hasta un pequeño arroyo como un hilo de agua, poblado a ambos lados por un ralo bosquecillo de un verde grisáceo. Bajaron a toda carrera, pisando aquella hierba que olía a salvia y a menta salvaje. Bán oyó los agudos sonidos de otro cuerno y supo que había desaparecido de la vista de sus perseguidores. Hizo una mueca y chilló al potro, jaleándolo. Las dos orejas del animal giraron hacia atrás, una negra y la otra veteada de blanco, y él se dijo que aquella bestia conocía su voz.

Saltaron la corriente. Bán rezaba en voz alta a Nemain de las aguas y a Airmid, que había recibido su nombre de ella y que estaba muerta. La tierra que había al otro lado era llana y arenosa, y el potro levantó polvo con los cascos. A su derecha, sauces y avellanos acariciaban con sus hojas el agua. Ambos eran árboles de los dioses. El potro aminoró el paso, sin saber qué dirección tomar. Bán se inclinó hacia delante y tiró de la cuerda del ronzal. Chasqueó la lengua como hacía siempre cuando dirigía a los

potros para que salieran de los cercados. El potro bajó la cabeza y se volvió al notar el tirón de la cuerda. En el promontorio, el primero de los perseguidores coronó la cima y les vio. Bán liberó sus muslos de la presa de la silla y se deslizó al suelo, tirando de la cuerda hasta que él y su montura se quedaron de espaldas a un grupito de avellanos. El potro se inclinó hacia el hombro del chico, usándolo como poste para rascarse, para eliminar el picor de la brida, y luego bajó la cabeza y mordisqueó la hierba. Bán le pasó un brazo en tomo al cuello. En la mano libre sujetaba la daga robada, aguzada como un cuchillo de desollar, apretada contra su pelaje blanco y negro. Colocó la palma en el hueco del cuello hasta que notó el ritmo sonoro del pulso y supo dónde debía empezar el corte. En los sauces que había junto al arroyo, un mirlo entonaba una advertencia, como podía haberlo hecho en su casa. La oyó y su corazón se ensanchó y no lloró.

Los perseguidores se acercaban ya. El sonido atronador de la caballería ahogaba todos los demás ruidos. El mirlo voló, sin producir sonido alguno en medio de aquel caos. El primero de los jinetes era el oficial de la caballería romana de la palestra. Había corrido mucho para adelantarse a los demás. Su montura estaba entrenada para adquirir velocidad en batalla. Gritó mientras saltaba la corriente. El potro levantó la cabeza y relinchó. Bán palpó el arqueado cuello por debajo y cambió la presa en el mango del cuchillo. Contuvo el aliento, esperando la palabra del dios. El romano se enderezó en la silla y levantó el brazo, gritando en latín:

—¡Ahora!

Bán era mucho más fuerte que cuando Amminio lo capturó. Los hombres que salieron del bosquecillo a su espalda tuvieron que golpearle dos veces para que cayera.

* * *

Se despertó al oír el sonido de una trompeta de la legión que llamaba a la guardia. El dolor en su cabeza le abrumaba. Abrió los ojos y percibió unas formas borrosas a la débil luz, pero incluso aquello era demasiado. Apretó las palmas contra su rostro, buscando el olvido. Iccio llegó hasta él en la oscuridad, y luego Macha. Ninguno de los dos hablaba. Los recuerdos se agolparon: Iccio y Braxo, la caja de resonancia bajo la tribuna, el potro y su carrera hacia la libertad, su captura y lo que debía venir después, que era peor que cualquier dolor de cabeza… Sí, él moriría ahora, sin honor. Apartó las manos de sus ojos y se esforzó por mirar a su alrededor. No le habían atado ni desnudado. Pero no estaba incapacitado; si había algún medio de obtener una muerte rápida, lo encontraría. Lo que pensaban los dioses ya lo averiguaría después.

Ya se había enrollado el cinturón en torno al cuello y estaba de pie sobre una caja, buscando la cumbrera de la tienda, cuando aparecieron tres hombres, dos galos y un batavo. Se arrojó contra ellos, apuntando a los ojos claros, mordiendo toda carne que

se presentaba ante su cara, pataleando en busca de una entrepierna expuesta. Los primeros gruñidos de dolor hicieron que el prefecto viniese corriendo. Se quedó de pie al otro lado de la cortina de la puerta. Su sombra se extendió ante él, ondulante a la luz del fuego. Su voz era seca y cortante:

—¡Civilis, es un muchacho, no un hombre armado! Sujétalo. Si lo matas, usaré tu pellejo para hacer una tienda. ¡Rufo, deja de hacer el idiota y sujétalo bien firme!

Su orgullo no le permitía seguir luchando después de aquello. Civilis (el batavo) atrapó las muñecas de Bán y las sujetó juntas detrás de su espada. Los otros dos lo envolvieron una y otra vez como una crisálida en el manto que tenía al despertarse. Uno de ellos le quitó el cinturón y lo ató alrededor de su cuerpo para sujetar el envoltorio. Otro le levantó las piernas del suelo y lo echó de espaldas.

—Dioses, ¿tenéis que…? Es igual, no importa —el tribuno chasqueó los dedos—. Rufo, tráeme una lámpara.

La lámpara llegó enseguida: una llama firme de aceite que quemaba con limpieza produciendo poco humo. El más alto de los dos galos echó hacia atrás la cortina de la puerta y sujetó la lámpara bien alta, arrojando luz en el interior. Bán cerró los ojos firmemente. El brillo de aquella luz penetraba como un cuchillo hasta las partes blandas de su cerebro. Rechinó los dientes por el dolor, pero no emitió sonido alguno. El oficial pasó entre ellos, protegiendo la llama con su cuerpo, y colocó la lámpara en un baúl al final de la tienda. En latín, dijo:

—Dejadnos. No os vayáis lejos. Civilis, averigua qué les ha pasado a los guardias. Di órdenes de que le vigilasen. Averigua quién estaba de guardia y ocúpate de todo eso.

Bán estaba echado de lado, atado como un jabalí cazado. El dolor que sentía en la cabeza le impedía la comprensión. La desesperación se aferró a su pecho como un peso muerto, aplastándole el corazón y la respiración y anulando la voluntad de lucha. Oyó al prefecto levantar la lámpara y colocarla de nuevo en el suelo. Una luz cálida aleteó ante sus párpados cerrados. Una mano fría le tocó la frente y luego le apartó el cabello del rostro. Una voz seca y firme dijo:

—Bán mac Eburovic, ¿no vas a abrir los ojos para que te vea?

Y hablaba en iceno.

Las visiones se agolparon en su mente: un ciervo pastando en el bosque junto a la casa grande; Eburovic de pie en un cabo junto a un fuego que en sí mismo ya era un milagro; un hombre desnudo arrodillado en la arena con la hoja de serpiente de Breaca en su garganta; aquel mismo hombre saludando desde la popa de un navío que ostentaba en la vela un caballo del sol flameante.

—¿Corvo? —intentó levantar la cabeza, pero no lo consiguió. Lo dijo en galo, y luego en latín—: ¿Corvo? ¿Eres tú?

—Ése soy yo. Quinto Valerio Corvo, prefecto del Ala Quinta Gallorum… o lo seré, cuando esté plenamente formada.

Bán habría reconocido antes aquella voz si no hubiese estado desnuda del tono

irónico que la caracterizaba. Nadie como él hablaba el galo con aquel deje en las vocales finales. Entre una confusa cascada de sentimientos olvidados desde hacía largo tiempo, recordó una promesa hecha bajo la luz de la luna.

—¿Volviste para mis largas noches?

—No. Lo siento —la voz se afinó y perdió el humor—. No hubo oportunidad. Fui enviado al sur en cuanto me presenté. Si hubiese podido hacerlo, habría averiguado antes lo que ocurrió y habría ido a buscarte, y quizás Iccio todavía estaría… Sss, vamos. Lo siento. Lo siento muchísimo. Vamos, quítate todas esas tonterías y veamos lo que hay que hacer.

Bán no estaba llorando (se había propuesto no llorar), pero no podía hablar tampoco. Unas fuertes manos le aflojaron el cinturón que le maniataba, soltaron el manto y le levantaron hasta que se pudo sentar. Un vaso de vino aguado fue colocado entre sus manos; Corvo le sujetó hasta que pudo beber sin atragantarse, y luego simplemente quedó apoyado contra el hombre, con la mejilla apretada contra el cuero gastado y suave por los años de exposición a la intemperie, y le acarició el pelo como él acariciaba el de Iccio, tranquilizándole, aquella mañana que parecía a toda una vida de distancia, y sin embargo no lo estaba. Olía a cuero y a aceite de lámpara, suavizado un poco con vino. Se sentía a salvo, como no lo había estado desde que era un niño pequeño en brazos de su padre. El dolor estéril que le llenaba se hinchó con el hondo pesar, agravado por la sensación de pérdida. Miró hacia arriba y encontró unos ojos castaños, que se volvían color ámbar a la luz de la lámpara.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó.

—¿Para cumplir con la voluntad de los dioses? —Corvo sonrió como había hecho un centenar de veces en la casa redonda—. Según mis órdenes, estoy aquí para comprar caballos y reclutar hombres. El emperador está formando un ejército y necesita ambas cosas. Me han perdonado la deshonra de perder un barco, y me han puesto a cargo de un ala de la caballería gala, por lo cual estoy muy agradecido. Solo tienes que marchar una vez con la infantería para darte cuenta de por qué todas las demás naciones civilizadas hacen la guerra a lomos de un caballo —sonrió interiormente ante una broma que Bán no comprendió, y meneó la cabeza—. No importa. Créeme si te digo que tengo la autoridad necesaria y que me propongo usarla de la forma más sabia posible. He concluido un acuerdo de compra con un galo especialmente desagradable llamado Godomo; le compraré doscientos cincuenta caballos de edades diversas, tanto potros como potrancas, por el precio total que me pedía… y esa cifra incluye un potro tresañero blanco y negro de manchas irregulares y el jovencito que de forma tan efectiva ha demostrado cómo desmonta la caballería en la palestra.

Bán notaba que su corazón se detenía. Recordó a Braxo y todo lo que le acompañaba.

—Pero no puede venderme. No puede, de verdad. Aunque Amminio le dejase, no puede. Yo maté…

—No —las manos que le tranquilizaban se apoyaron en sus sienes, firmes—. No lo digas. Ni siquiera en privado. No digas nada.

—Pero…

—Bán, escúchame —le obligó a ponerse de pie y a mirarle a los ojos, que no eran en absoluto como los de su padre—. En la villa de Amminio, un niño belgo esclavo llamado Iccio fue enviado al hipocausto para averiguar por qué no tiraba el fuego. Al mirar, desplazó un pilar mal construido y provocó el hundimiento del suelo. Resultó fatalmente herido por las losas que cayeron. Un capataz tracio llamado Braxo, que tenía una afición carnal por el muchacho…

—Corvo, tú conocías a Iccio. ¿Cómo puedes decir eso?

—Porque él está muerto, y tú no, y no puedo hacer nada por devolverle la vida, pero sí puedo evitar que tú le sigas. Escúchame. Te estoy contando lo que se ha hecho constar. El esclavo tracio saltó al hueco y trató de salvar a su sodomita. Le golpeó en la cabeza un trozo de mármol de un segundo desprendimiento y él también murió por las heridas. Así es como pasó. Godomo lo juró frente al magistrado. Y estuvo de acuerdo en llevar a cabo la reparación de los baños a sus expensas.

—Pero…

—Bán, ¿quieres escucharme? Un esclavo no puede declarar en contra de su amo, excepto bajo tortura. ¿Sugieres realmente que Godomo ha cometido perjurio?

—Pero, ¿cómo puede testificar nada? Él no estaba allí.

—Quizá no estaba, pero en ausencia de su amo tiene la responsabilidad última, y, según todos los testigos, las dos únicas personas que estaban presentes han muerto. Se supone que el tracio había echado a todos los demás del edificio con algún pretexto antes de intentar salvar al chico, de modo que nunca se sabrá cuál es la verdad. Mientras tanto, si Godomo quiere concluir la venta de los caballos de Amminio (y supongo que lo desea con desesperación), entonces debe acceder a venderme el potro picazo y darme los papeles que atañen a su jinete. Le he dejado bien claro que ése es el trato, o eso o nada. O te obtengo a ti, o no hará venta alguna ni a mí ni a ningún otro oficial romano. No tiene elección. Por tanto, es necesario que nadie más esté implicado en las muertes, o su venta se irá a pique.

—No puede venderme. No soy suyo. Amminio le colgará si vuelve y averigua que no estoy.

—A lo mejor, aunque lo dudo. A Amminio lo que le interesa, sobre todo, es el dinero y el poder, y yo estoy en su camino hacia ambas cosas. Creo que es un riesgo que Godomo puede asumir. En cualquier caso, no te ha vendido. Simplemente me ha dado tus documentos, cosa muy diferente.

El romano se puso de pie y se dirigió al cofre de mantas. Sacó otro vaso y una botella de vino del interior y arrastró la caja para que sirviera de asiento. Un pergamino enrollado se encontraba apoyado en sus rodillas, ignorado por ambos hasta entonces.

—¿Sabías que Amminio iba a dar una cena en mi honor esta noche?

—Sí, Braxo me lo había dicho. Iban a ofrecerte a Iccio después.

—Dioses, ¿de verdad? —un músculo saltó en la mejilla de Corvo—. No puedo decir que me alegre de que el chico haya muerto, pero sí me alegro de haber evitado eso.

Sirvió vino para ambos y Bán bebió sin ayuda. El vino era un hábito que había adquirido hacía poco, y solo en pequeñas cantidades, pero ahora le calentó, y no habría hecho el feo a Corvo de rechazárselo.

El romano dijo suavemente:

—Godomo me ha dicho que las águilas de guerra de Amminio mataron a tu familia. ¿Es cierto?

—Sí.

—Lo siento —se sentó en la caja, manteniendo el vino a su lado—. ¿Y Caradoc, también está muerto?

—No —la saliva se volvió amarga en la boca de Bán—. Nos dejó un día antes del ataque. Ayudó a Amminio a planearlo.

—¿Cómo? —el romano le miró de hito en hito—. ¿Estás seguro?

—Sí. Amminio me lo dijo en el barco, cuando me llevaron. No le creí entonces, pero les oí hablar de ello más tarde en el edificio de los baños, con Braxo. Ellos no sabían que yo estaba fuera atizando el fuego, y que podía oírlo todo. Se reía de las supersticiones anticuadas de los icenos, de que Breaca se hubiese sentido ligada por algo tan absurdo como un juramento hecho con una espada y que todos los demás la habíamos seguido ciegamente, como niños. Dijo… —se atragantó y tuvo que cobrar aliento—. Dijo que por eso habíamos sido tan fáciles de matar.

El recuerdo ardía en la cicatriz de su brazo. Fue aquello lo que encendió la chispa de su primer intento de huida y le valió el hierro al rojo. En la furia insensata del momento, dejó caer la madera y corrió desde los establos, y robó un caballo, sin otra idea en la mente que volver a la tierra de los ordovicos y matar a Caradoc o morir en el intento. Su elección de caballo, hecha a toda prisa, resultó mala, y los hombres de Braxo le habían atrapado antes de que llegase a las puertas, pero, durante el breve tiempo que duró su libertad, importó mucho más a Bán que muriese Caradoc que Amminio. Buscando ahora en su interior aquella misma llamarada de ira, no consiguió encontrarla; la muerte de Iccio lo había extinguido todo.

Pero aun así, lloró… por el recuerdo de Iccio y de su familia, más que por sí mismo. Corvo vino a sentarse junto a él, compartiendo la dignidad del silencio. A su debido tiempo, cuando hubo pasado lo peor, dijo:

—Lo siento muchísimo, de verdad. Tenía mejor opinión de Caradoc. Pero sea lo que fuese lo que pasó entre él y su hermano, ahora todo será distinto. Cunobelin ha muerto, y Amminio, ha navegado de vuelta a casa para asistir al funeral de su padre. Si tú tienes razón y ha hecho un pacto con Caradoc, entre los dos matarán a Togodubno. Si sobreviven, apostaría todo lo que poseo a que Caradoc a continuación matará a Amminio. Es posible que haya hecho una alianza pasajera, pero lleva desde

la niñez alimentando su odio hacia él, y no le veo renunciando a él tan fácilmente. Diría que si tu antiguo amo consigue llegar vivo a casa, estará preocupado por cosas mucho más graves que un rehén iceno liberado.

Corvo volvió a llenar los vasos y los dejó en la caja de mantas, que estaba cerca. Bán le miró.

—¿Rehén?

—Ciertamente —el romano intentaba permanecer serio, pero no lo consiguió—. Tengo los papeles aquí. También han sido avalados por el magistrado en mi presencia. Tú eres un príncipe de la estirpe real de los icenos. No es infrecuente que el hijo pequeño sea enviado de buena fe para que lo eduquen los hogares de hombres que se oponen a su pueblo. Es un medio de asegurar que los tratados, una vez firmados, sean cumplidos. La mitad de la Galia mandó a sus hijos pequeños como rehenes a César. Lucharon a su lado y formaron parte de su caballería en las últimas guerras.

—Yo no lucharía por Amminio aunque me arrancase todos los dientes para obligarme.

—No, nadie te pide que lo hagas. Sencillamente lo que digo es que por las leyes de Roma, tú no eres un esclavo, y eres libre de irte a casa cuando quieras. Yo no te quiero como rehén, y el emperador tampoco; él no está en guerra con tu pueblo. En esta época ya es tarde para que los barcos crucen el océano, pero hay uno que parte de Gesoriacum dentro de diez días. Puedo llevarte allí y pagaré tu pasaje. Si podemos convencer al capitán del barco, procuraremos que suba hasta las tierras de los icenos, para que no tengas que viajar a través de territorio enemigo —Corvo sonrió de una forma que Bán ya había olvidado—. Mi única condición es que te lleves a ese potro asesino loco tuyo, antes de que le haga daño a alguien. Civilis casi pierde un brazo entre sus dientes cuando intentaba quitarle la silla. El ronzal está esperando hasta que te sientas lo bastante bien para intentar quitárselo, o bien se le pudrirá donde lo lleva. Nadie más se puede acercar a ese animal.

Era un sueño, obviamente. Bán miró la lámpara. Un caballo alado volaba en tomo a su base, le había dado vida la llama ondulante. Había pasado mucho tiempo desde que soñó con tal precisión. Iccio estaba presente, como había ocurrido todo el día, pero no los demás fantasmas. Bán conjuró una visión de su hogar, de la casa redonda y los cercados y la fragua de su padre, y le llegó, pero solo débilmente, y no había nadie… un lugar fantasma, carente incluso de fantasmas.

Conjuró el río y la poza sagrada, y el recuerdo de la cascada en verano, pensando que, allí, al menos podía esperar encontrar a Breaca, o a Airmid. El polvo que halló en su mente le dijo que las tierras de su pasado estaban muertas para él, cerradas para siempre. Pensó que debía llorar por aquello, pero el dolor que sentía en su interior no le permitía llorar más. Miró a Iccio para pedirle consejo y le vio de forma clara. Los ojos azules eran los mismos que había tenido en vida, y el mensaje que leyó en ellos también fue: «No mueras por nada».

Devolvió su seca mirada a la cara de Corvo, viendo por primera vez el contraste entre la inteligencia vital y vibrante del hombre y la cáscara seca que era él mismo. El prefecto le sonrió y arqueó las cejas.

—¿Qué estás pensando?

Con todo lo que había hecho por él, no podía decirle la verdad. Así que dijo:

—Que no tengo hogar. Que al hogar le daba sentido la gente que vivía allí, y que todos ellos se han ido. Y que no tengo nada ni nadie por lo que volver.

—Eso no es cierto.

Corvo se volvió para verle mejor. Cogió la mano de Bán con la suya. No había gran diferencia ya en su tamaño, ni en el color. Tres veranos en las Galias habían puesto muy moreno a Bán, y había crecido en estatura hasta igualarse con el romano.

Corvo dijo:

—Estás preocupado por Iccio, lo entiendo, pero no sentirás lo mismo con el tiempo. Debes creerme. ¿Echas de menos todavía a Eburovic de la misma manera? ¿O a Macha?

Bán no dijo nada. Con más tiempo para pensar, podría haber encontrado las palabras para explicarle que Eburovic era un guerrero, y que había muerto con una espada en la mano, y que Macha era una soñadora que había invocado a los dioses para vender cara su vida, pero que Iccio, como había ocurrido con la potranca parda, estaba al cuidado de Bán, y que él les había fallado.

Mientras duró aquel silencio, Corvo dijo:

—¿Y qué pasa con Efnís? Era amigo tuyo; su gente puede acogerte, si no quieres vivir entre los tuyos. Tienes muchas cosas que hacer… puedes pasar tus largas noches y hacer las pruebas y convertirte en guerrero, y entonces, si los ancianos acceden a ello, puedes perseguir a Caradoc para reclamarle su deuda de sangre —usó las palabras icenas, que salían un poco tiesas de su boca, oxidadas por la falta de uso. Pero aun así lo intentó.

Bán dijo:

—Soy demasiado mayor para las largas noches. Debe hacerse en el momento adecuado o los dioses no envían el sueño.

—Entonces pasa las pruebas de lanza. Aún puedes convertirte en guerrero.

—Un guerrero no es nada sin un sueño. ¿Te imaginas a Eburovic sin la osa? ¿O a Breaca sin la serpiente lanza? Yo podría ser un cazador, quizás, o un herrero como mi padre, pero no sería lo mismo.

Corvo frunció el ceño. Tenía sujetas sus manos, notando una verdad que corría por debajo de las palabras. Muy bajo, como si fuera algo solo entre ellos dijo:

—No te dejaré morir. Vales demasiado para eso.

No había nada que decir. Los dioses tampoco estaban dispuestos a que muriese Bán. Había visto la oportunidad dos veces en menos de un día, y dos veces se la habían arrebatado. Pensó en la vida sin Iccio y no vio cómo podía soportarla.

Corvo le seguía sujetando las manos en obstinado silencio. Aquel hombre era un

amigo, quizás el único que le quedaba.

El dolor que sentía en su interior se deshizo y le dio a Bán una respuesta. Dijo:

—Hazme guerrero de Roma.

—¿Cómo?

—Estás reclutando hombres para tu ala de caballería. Nunca seré guerrero de los icenos, pero he pasado mi décimo quinto cumpleaños en la luna llena antes del equinoccio de otoño, y a los ojos de los galos, eso me convierte en un hombre. Y tú estás reclutando hombres. Llévame. Si se dice que soy un rehén, entonces déjame seguir los pasos de mis predecesores, los rehenes galos de César, y alístame en el ejército del emperador —y no dijo: «y envíame a la guerra, a luchar, para morir como mi padre y mi hermana, con una espada en la mano».

En el silencio resonaban los latidos de su corazón. Fuera chilló un búho, el portador de sueños, y un caballo relinchó, enfadado. Aun después de haber pasado tan poco tiempo juntos, reconoció la voz del potro picazo. Le vino a la mente un nombre, como había ocurrido con *Granizo*.

—Es el *Cuervo* —dijo—. El potro picazo se llamará *Cuervo* —dijo en iceno, cuando todo lo demás lo habían hablado en galo. De aquella forma tenía más sentido.

Una mano se apoyó en su hombro. Corvo se puso de pie, meneando la cabeza.

—Vete a dormir. Estás muy cansado. Hablaremos de todo esto mañana por la mañana.

—¿No dejarás que me aliste?

—No puedo impedirte que hagas nada que tus sueños te dicen que hagas, pero no eres ciudadano romano y no puedes alistarte en una legión, y yo no puedo nombrarte directamente para la caballería; no está en mi poder. Si haces lo que dices, tendrás que pasar por cuatro meses de prueba, que no es algo para tomarse a la ligera. Si creces lo suficiente a lo largo del invierno, y si los asesores creen que eres lo bastante bueno, podrás obtener un puesto en la caballería, pero si no, te pondrán en las cohortes de infantería, o te descartarán y te quedarás sin nada.

—Pero seguramente necesitaréis otro tipo de servicios. Sé construir casas. Y también segar trigo. Puedo llevar unos establos, y una granja de cría. También me encontraría como en casa.

—Bán, eso no será necesario. Sí que nos hacen falta sirvientes, y muchos de ellos son hombres libres, pero aun así, lo mejor que puedo ofrecerte es tomarte como mozo personal mío, o enseñarte a escribir y convertirte en escriba, y ninguna de esas cosas me parece una vida adecuada para un guerrero de los icenos.

—Yo ya sé escribir. Amminio hizo que me enseñaran. Eso me hacía más romano.

—Aun así.

Empujó el baúl hacia la pared. La lámpara osciló con el movimiento y la apagaron. Fuera, las lámparas arrojaban unas sombras difuminadas. Bán se encontró echado con una túnica doblada como almohada y un manto por encima para conservar el calor. El vaso de vino aguado quedó junto a su cabecera.

—Ahora duerme, y ya veremos lo que te traen los sueños. Puedes elegir por la mañana.



Bán durmió y no soñó nada. La mañana le trajo un potro picazo llamado *Cuervo* que había estado de pie toda la noche con un ronzal puesto porque nadie se había atrevido a quitárselo. A mediodía, después de recibir un mordisco y una coz, Bán le cambió el ronzal y el potro comió en su presencia. Por la noche, se reunió de nuevo con Corvo y le comunicó su decisión.

# XVIII

«El Perro del Sol ha muerto».

Corrió la voz desde la fortaleza con los últimos días de otoño.

«Cunobelin ha muerto. Amminio vuelve desde el exilio en las Galias. Ha formado una alianza con Beriko, de los atrebates, enemigo de su padre. Togodubno se opondrá a los dos. Habrá guerra». Por todas partes, soñadores y ancianos que habían esperado todo el verano las noticias reunieron a sus guerreros y les prepararon para la batalla. Los más sabios entre ellos mostraron menos urgencia. «Tened paciencia. Afilad vuestras armas, pero no esperéis usarlas todavía. El Perro del Sol se ha agarrado a la vida bastante tiempo. Estamos demasiado cerca del invierno para luchar ahora; no habrá guerra antes de la primavera».

En Mona, en la escuela de guerreros y el consejo de soñadores, supieron las noticias antes que la mayoría. Desde principios de la primavera, Luain MacCalma había enviado informes de la enfermedad que consumía la vida del Perro del Sol, expresados con un lenguaje que los portadores creían que era trivial, pero que en realidad no lo era. El hecho mismo fue presentado a. Consejo directamente por Lanis, la única soñadora de los trinovantes, que cabalgó sin descanso desde la costa oriental a la occidental, cambiando de caballo cada medio día para mantener la velocidad. Llegó a los estrechos a primera hora de la tarde del tercer día después de la muerte, y encendió un fuego que era una señal para llamar a la barca de la isla. Dos hombres la esperaban en la costa: Gunovic, el herrero y viajero, a quien conocía desde hacía mucho tiempo, y un joven bajo y fornido, con el cabello rubio, de los brigantes del norte, que hablaba con un acento tan espeso que costaba entenderlo, pero que llevaba como prueba de su buena fe una piedra azul tallada en forma de salmón que salta, la marca de Venutio, guerrero de Mona, segundo solamente en rango después de Talla, la Anciana de las ancianas. Cuando llegó la barca, aquellos que la manejaban tenían órdenes de trasladarlos a los tres.

La noche era fría y tranquila. Los mosquitos bailaban en nubes por encima del malecón, como manchas oscuras reflejadas en agua más oscura, contra el fondo grisáceo del cielo. Breaca miraba a través de ellas las siluetas cubiertas de la barca. Esperaba, entre otra docena de personas más seleccionadas por Venutio, como destacamento de bienvenida a Lanis y a los dos hombres sin nombre que viajaban con ella. El guerrero mismo estaba a un lado, y los fuertes rasgos de su rostro se mostraban en perfil recortados contra el agua. No era un hombre alto, según los criterios de los icenos, pero tenía una solidez y una fuerza que hacían que pareciese alto. Irradiaba una calma que la mayoría de los días les habría alcanzado a todos ellos,

pero no aquel día. La cicatriz en la palma de Breaca le escocía como había venido haciendo todo el día, de modo que se sentía nerviosa, como la yegua gris antes de una carrera, y no tenía ni idea de por qué. Los que se encontraban a cada lado de ella estaban muy tranquilos, sin esperar problemas, y no había motivos para que fuese de otro modo, ya que fueran cuales fuesen los acontecimientos del este después de la muerte de Cunobelin, no suponían ningún peligro inmediato para Mona ni para aquellos que vivían o estudiaban allí.

La barca giró, atrapada en un remolino. Era bien sabido que los dioses protegían a los suyos, y Mona era la isla de los dioses. Si los de la barca hubiesen supuesto algún peligro, Breaca no creía que hubiesen podido cruzar los estrechos con seguridad. Pero aun así, seguía sin estar tranquila. Se había adelantado un poco para hablar de aquello con Venutio cuando el más grande de los dos viajeros sin nombre se puso de pie en la proa de la barca y un destello de luz tardía reflejada en el agua mostró su rostro.

—¡Gunovic!

La embarcación estaba a menos de un tiro de lanza de allí, balanceándose en la corriente. Breaca corrió hacia el final del espigón, con la conmoción de la bienvenida sobrepasada por un pánico irracional que estuvo a punto de echar por la borda los dos años de entrenamiento en Mona. Se estiró para coger el cabo desde la barcaza y lo enrolló en torno a un poste de roble, tirando de él, y diciendo:

—Gunovic, ¿estás bien? ¿Y Macha? ¿Hay noticias de los icenos? —y al momento él estaba con ella, saltando al embarcadero con la agilidad de un joven y ahogándola con su enorme abrazo de oso, y durante un momento ella volvió a ser una niña que saludaba a su padre después de una ausencia de un año, y el mundo volvía a ser todo lo bueno que podía ser.

Gunovic no era su padre, pero se había ocupado de Macha a lo largo de su larga convalecencia del verano, y había perdido su comercio a causa de ello; se había quedado luego el invierno y la primavera que siguieron, y ahora era el herrero de los icenos en lugar de Eburovic. Ella no podía imaginar nada mejor. Sonrió y el pánico desapareció, dejando solo la alegría y el escozor como de agujas que le pinchaban la palma.

—Tranquila, no traemos malas noticias —pasó los dedos por el pelo de ella, de la misma forma que hacía cuando era pequeña—. De hecho, creo que habrá buenas noticias, si los ancianos lo confirman.

—¿Ah sí? —ella se echó atrás, apartándose de él para verle mejor.

El sol de la tarde hacía brillar sus brazaletes y los broches de su manto. Nada había cambiado en aquel hombre, excepto la paz que se reflejaba en su rostro, que era nueva. La esperanza hizo que se precipitara.

—Gunovic… ¿está embarazada Macha?

—No. No que yo sepa. Y quizá no lo esté nunca. Creo que lo estaría ya, por ahora, si pudiese ocurrir —un antiguo dolor se agazapaba en sus ojos; los esclavistas le habían arrebatado una familia, en su juventud, y juró no volver a enamorarse nunca

más. Encontrarse amando y amado de nuevo, y ver que se le negaban los hijos sería la más dura de las ironías. Ella le apretó el brazo y casi se disculpó por haber preguntado, pero él meneó la cabeza y esbozó una media sonrisa que hacía más soportable la pérdida—. Si la noticia fuese tan buena, me habrías oído gritarla desde el otro lado del estrecho —dijo—. Pero de todos modos es buena. Macha me ha pedido que sea el bardo de los icenos en lugar de tu madre. He venido para pedirle permiso a Talla.

Sonreía como un niño con la primera liebre que caza. Breaca le abrazó orgullosamente. No era ninguna noticia; ella ya lo había oído comentar en verano, uno de los rumores que llegaban a Mona a espaldas de las gaviotas, pero no había razón alguna para que él lo supiera, y oír que se confirmaba lo que sospechaba hacía que el día fuese perfecto. No había nadie más, ni lo habría, que pudiese ocupar mejor el lugar de su madre. Ella le apretó más aún, hundiendo la cara en su hombro.

—Talla te dará permiso —dijo—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvimos un nuevo bardo.

—Y un nuevo semental para las manadas de caballos. Mira, lo he traído para que le des tu aprobación.

Gunovic le dio una palmada en la espalda y le dio la vuelta para enseñarle el enorme caballo zaino que estaba de pie en el muelle. Un joven rubio con el manto negro de los brigantes pasó por detrás de su lomo, conduciendo su propio caballo. El picor que sentía en la mano desapareció mientras pasaba, dejando solo la sensación de anticipación que la había acompañado todo el día. El extranjero habló con Venutio, que le conocía y le saludó con cariño. Mirándolos más de cerca, se apreciaba un cierto aire familiar entre ellos, en las caras anchas y contundentes, y en los ojos grises. Solo el cabello era distinto: el de Venutio era oscuro, veteado de gris en las sienes, mientras que el otro era rubio. Breaca seguía mirando cuando el Guerrero sonrió y puso una mano en el brazo del mensajero. Nunca había visto a Venutio cometer un error en sus amistades.

—¿Quién es? —preguntó.

—Su madre ganó una carrera contra el alazán cuatralbo de Sinocho, y su padre ha engendrado al menos una buena docena de…

—No, el caballo no, el joven. El que está hablando con Venutio. ¿Cómo se llama?

—Su nombre es Vellocato. Es de la gente de Venutio, le trae un mensaje privado.

A lo mejor era privado, pero desde luego no era bienvenido. Vio que la calidez mostrada por el Guerrero pasaba, y le dejaba quieto y demasiado tieso para alguien que vivía su vida con los movimientos fluidos de la batalla. El mensajero de cabello rubio insistía en su mensaje, cortando el aire con el borde de la mano para poner más énfasis, y luego se calló, dejando tras de sí un silencio que hablaba con la misma contundencia. Los guerreros del grupo de bienvenida se alejaron y volvieron la espalda, en señal de respeto hacia Venutio y Vellocato. El gesto pasó sin ser observado. Venutio miró más allá de todos, sin ver el horizonte manchado por el sol,

como si hubiese estado solo en el embarcadero. Parecía mucho más viejo que antes, más cargado, como un hombre a quien se ha dado un escudo más pesado de lo que convendría y debe llevarlo en una lucha que no ha elegido. Viéndole, Breaca recordó, súbitamente, un sueño reciente de Airmid en el cual un salmón nadaba río arriba hacia el lugar de desove llevando una pluma de cuervo en la boca. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Horrorizada, dijo en voz alta, olvidando que Gunovic no era de Mona y que no debía participar de sus secretos:

—Dioses. Le están llamando a casa. ¿Qué momento es éste para que Mona elija un nuevo Guerrero?

* * *

Era el momento establecido por los dioses, y no se podía cambiar. En Mona, más que en ningún otro lugar, los dioses caminaban por la tierra, y la vida se movía a su ritmo. Todas las partes de la isla eran sagradas. Breaca lo notó cuando bajó por primera vez de la barcaza con Airmid; y era una sensación que la sorprendía de nuevo cada vez que alguien que conocía venía de visita: una aceleración del pulso y un fortalecimiento de la sangre que le levantaba el ánimo y afinaba su visión, de modo que veía con mucha mayor claridad los lazos que les unían a cada uno de ellos a la tierra y a los demás, y comprendía una vez más el pequeño lugar que ocupaban sus propias preocupaciones en el diseño más grande del mundo.

En el curso normal de los acontecimientos, la claridad renovada habría pasado al llegar la noche tras la visita de Gunovic, perdida en el torbellino de saludos, regalos y cotilleos. Breaca tenía noticias de las cosas que importaban, en aquel mundo suyo tan estrechamente tejido: de su progreso en la escuela de los guerreros, del último potro que había tenido la yegua gris, que no iba tan bien como cabría desear; de la nueva amante de Airmid, que era la mejor de las guerreras de la escuela, y de lo que Lanis había dicho de ella en audiencia abierta.

Gunovic, por su parte, tenía noticias de las tribus que había más allá: de Macha y el progreso de su curación, que era tan completa como podía ser; de Tago, que había averiguado que podía usar la espada con la mano izquierda, pero no la lanza; de los coritanos, que habían declarado una tregua y habían hecho juramentos en el Consejo de otoño no solo de neutralidad, sino de amistad y alianza frente a una posible guerra en el sur. Todo ese intercambio de nuevas habría consumido la mayor parte de la noche y la agudeza de visión que daba Mona se habría vuelto a emborronar de nuevo por la mañana, de no ser por dos mensajes que venían juntos, y que cambiaron la faz del mundo para siempre.

Breaca había notado el cambio antes de que Venutio alzase la mano para reunir a su grupo en el embarcadero. En los momentos de la bienvenida, había intercambiado

con Gunovic las noticias de todo un año condensadas en medias frases y despojadas de todo dramatismo. Después no hubo tiempo de reflexionar sobre aquello. Los cuernos sonaron mientras los viajeros llegaban al asentamiento, convocando a los guerreros, soñadores y bardos de Mona a Consejo, y apenas hubo tiempo para coger un manto y un broche antes de hacer cola para entrar en la mayor de las casas grandes y quedarse de pie en fila con los demás guerreros detrás de un fuego que se extendía hasta la mitad de la anchura de la sala, bajo unas antorchas que llenaban el aire de olor a humo de pino y resina quemada, contemplando, con estremecedora claridad, el juego de las llamas y las sombras en los rostros allí reunidos.

Oyó un murmullo que corría entre las filas de los soñadores, reunidos en el extremo más alejado del fuego, y miró hacia ellos. La fila delantera se separó y, cuando volvió a unirse, Talla quedó en el espacio que se encontraba ante el fuego. La anciana apenas podía andar sin ayuda, y sin embargo allí estaba, de pie como la más joven de las soñadoras, con el cabello blanco como la luna llena a la luz de las antorchas y los ojos cálidos por el reflejo del fuego. Maroc, el soñador que todos creían que sería su sucesor, estaba a su lado. Era un hombre enjuto, nervudo, con el pelo trigueño que ya escaseaba y los ojos claros. A primera vista, tenía el aspecto de uno que hace cacharros de barro o cose arneses, y como tal había pasado más de una vez por necesidad en tierras de las Galias o entre las tribus del sur del río-mar, que habían vuelto la espalda a los soñadores y a los dioses. En Mona no hacía esfuerzo alguno por esconder su verdadera condición, de modo que, esperando bajo el arco de su mirada, Breaca sentía la misma reverencia que había sentido en presencia de las piedras erguidas de los antepasados. Un estremecimiento corrió por su espalda y un susurro agudo, como el zumbido de las abejas en verano, empezó a resonar en sus oídos. Buscó a Gunovic y lo encontró, muy lejos, en el otro lado, entre los bardos. La estaba mirando directamente a ella. Le sonrió, pero no vio respuesta alguna.

Maroc señaló detrás de él. Dos de los aprendices de bardo arrastraron hacia delante una vasija cubierta por un pellejo y la colocaron en una losa junto a los soñadores, en el hogar bajo. En su presencia, la calidad del silencio cambió. Breaca notó que la tensión que había en torno a ella se elevaba casi hasta el tono de batalla. Ninguno de los otros tenía cicatrices en las manos que le avisaran de la inminencia del peligro, pero cada uno de ellos había resultado el mejor en las pruebas de las tribus, y ninguno había llegado a Mona sin la experiencia de guerra suficiente como para percibir los cambios en la atmósfera que se respiraba. Todos estaban dispuestos, como perros que tiran de la correa, y cada uno de ellos notaba esa tensión propia de los últimos instantes antes de que se arrojen las lanzas en la batalla, cuando la vida es más dulce y Briga llena el aire de muerte. Breaca tragó saliva y buscó a *Granizo*, que no estaba allí.

—Guerreros de Mona —la voz de Talla era fina como un junco hueco. Una voz que iba cogiendo fuerza por encima de las cabezas de los guerreros y que resonaba en las paredes traseras—, Guerreros de Mona, ya sabéis ahora que Venutio, que ha sido

vuestro Guerrero, el mejor de su generación, ha sido reclamado por su pueblo. Se va con honor, y con la bendición de los ancianos. Ha servido durante doce años más los diez de su entrenamiento, y su guardia de honor ha servido con él. Todos son libres ahora de volver con sus tribus, pero les pediremos un último servicio.

Talla señaló con un gesto a su derecha. Venutio estaba de pie en las sombras, y ninguno de ellos le había visto. Se había cambiado el traje formal que llevaba en el destacamento de bienvenida, reemplazándolo por una túnica corta de caza del color de los helechos secos. En torno al cuello llevaba colgando un salmón que saltaba tallado en piedra azul, y un cuerno de toro colgando de una correa a su lado. Éste último, por encima de todo lo demás, era el símbolo del Guerrero, la insignia que le distinguía por encima del resto. Era difícil imaginar que pudiera llevarlo alguna otra persona.

Talla hizo un gesto de asentimiento y siguió:

—Igual que pasa con la figura de la Anciana, Mona no puede estar nunca sin Guerrero. Antes de que Venutio se vaya, debemos elegir a uno entre los dos mil de la escuela para que ocupe su lugar. Las leyes de la elección vienen de nuestros antepasados; son muy claras y precisas. No tenéis que saberlas excepto si os afectan directamente. Maroc os conducirá a través de los primeros pasos.

La Anciana estaba mucho menos erguida que antes. Maroc tomó su lugar junto al fuego. Los troncos ardían al rojo vivo a sus pies, y arrojaban las sombras hacia arriba, haciéndolo más alto. Su voz resonaba profunda y llegaba hasta todos sin esfuerzo alguno.

—Guerreros de Mona. De los dos mil, serán elegidos treinta para que hagan las pruebas. De esos treinta, uno será el Guerrero. La primera parte está en manos solamente de los dioses. Las pruebas que vengan después serán vuestras, para probaros a vosotros mismos ante los dioses. Durarán una noche y un día, y serán más duras de lo que jamás hayáis podido imaginar. Existe peligro. Cada vez que se elige un Guerrero, algunos mueren. No estáis obligados a tomar parte en la primera selección; pero si, habiendo tomado parte, os encontráis entre los treinta, estáis obligados a continuar. Aquellos que deseen dejarlo, pueden hacerlo ahora.

Breaca miró en silencio a cuantos de rodeaban. Dos mil guerreros le devolvieron la mirada. Nadie se movió.

—Bien —se agachó y quitó la piel que cubría la vasija que tenía a sus pies.

La calavera de un toro brilló a la luz del fuego, blanquísima. Entre sus cuernos, se encontraba una copa de cobre muy ancha, con la boca sellada por una piel de caballo negra, muy tirante por la parte superior. A una señal de Maroc, Venutio dio un paso hacia delante y clavó el puñal en el centro e hizo una sola incisión, de un ancho de cinco dedos. La hoja relampagueó mientras la sacaba. Breaca vaciló y notó que la misma sensación pasaba y se multiplicaba dos mil veces.

Maroc dijo:

—Este caldero tiene un guijarro por cada miembro de la escuela de los guerreros.

Todos son blancos excepto treinta, que son negros. Venutio dirá los nombres por orden de rango. Cuando oigáis el vuestro, tenéis que colocaros junto a la marca y coger una piedra de la vasija por encima del fuego. Si vuestro guijarro es negro, seréis uno de los treinta y debéis quedaros aquí. Si es blanco, debéis salir.

Los preparativos llevaron su tiempo. La calavera de toro se movió hasta el mismo borde del fuego. Una losa larga y estrecha tenía ya una marca en el lado de los guerreros del fuego. En el lado de los soñadores, Maroc estaba de pie a un lado de la vasija, y Venutio al otro. El Guerrero dijo el primer nombre con suavidad, como si ambos estuvieran solos, compartiendo una noticia junto a un fuego.

—Ardaco de los caledonios.

Un hombre pequeño y nervudo con el oscuro color y los altos pómulos de sus antepasados se acercó al fuego. Ardaco llevaba una década en Mona, mucho más que todos los demás de la escuela. Volvería a su pueblo en el equinoccio de primavera, a menos que tuviese razones para quedarse. Sin discusión alguna, no tenía rival entre sus iguales en cuanto a habilidad con la lanza en la batalla, o en la caza. En los momentos anteriores a la reunión, cuando volaron los rumores, raudos como alondras, y la apuestas, más rápidas aún, más de la mitad de los presentes apostaron que sería él quien asumiría el lugar de Venutio como Guerrero. Breaca no estaba entre ellos, pero Ardaco hubiese sido el segundo que habría elegido. No tenía duda alguna de que los dioses desearían que tomase parte en las pruebas.

Ardaco se colocó de pie en la losa y se inclinó por encima del fuego. Las llamas proyectaron un rojo reflejo en su brazo. Se llevó un dedo a la frente en homenaje a Briga y metió la otra mano a través de la ranura en el pellejo. Cuando abrió la palma, el guijarro que se encontraba en ella era negro. Dos mil personas menos una suspiraron.

La voz de Maroc resonó por encima de sus cabezas.

—Ardaco de los caledonios es el primero de los treinta.

Venutio ya estaba pronunciando el segundo nombre.

Salieron cuarenta guijarros más, el resto de los guerreros que habían ingresado en la escuela el mismo año que Ardaco. Dos de sus camaradas se unieron a él, un hombre y una mujer, ambos de tribus norteñas, aunque ninguno de tan al norte como el caledonio. Breaca, contemplándolo todo con la lucidez de Mona, veía en aquellos que sacaban el guijarro blanco una falta de seguridad en sí mismos o una ausencia de confianza que les traicionaba en el momento de acercarse al fuego. Cuando Venutio pronunció el siguiente nombre, ella pudo asegurar, antes de que se abriese la mano, de qué color sería el guijarro escondido en su palma.

—Gwyddhien de los siluros.

Negro. Sería negro. Breaca lo sabía en esta ocasión simplemente por el nombre. Solo había dos en toda la escuela que pudiesen competir de forma genuina por ser Guerrero, y Gwyddhien era, en opinión de Breaca, el mejor de los dos. Con Airmid había apostado por ella un broche de plata con incrustaciones de coral. La única

sorpresa era que Airmid había aceptado la apuesta.

Una mujer alta, con un cabello de un negro azulado y unos ojos que penetraban en el alma, se apartó del fuego y abrió la mano. El guijarro que llevaba en la palma era negro.

—Gwyddhien de los siluros es la cuarta de los treinta.

Aquella mitad de los guerreros que no había apostado por Ardaco dejó escapar un suspiro colectivo. Frente al fuego, en la fila delantera de los soñadores, Breaca vio la súbita sonrisa de Airmid y se la devolvió. Quizás Airmid no hubiese apostado que Gwyddhien ganaba las pruebas, pero sí deseaba que formase parte de los treinta.

La noche siguió a su ritmo. Venutio fue pronunciando los nombres de los guerreros que llevaban nueve años, luego ocho, luego siete, y así sucesivamente. Los nombres pasaron de centenares a miles. En Mona, donde los soñadores se aprendían de memoria canciones y leyes que podían tardar días en relatar, dos mil nombres recordados en orden no suponían una gran hazaña, pero aquel hombre no era ni un soñador ni un bardo, y si se había esforzado en aprenderse los nombres de los alumnos de cada año a medida que llegaban a la escuela, Breaca no había visto signo alguno de ello. La lista procedía ahora de un conocimiento que iba más allá de un aprendizaje memorístico, y que formaba parte de lo que suponía ser un Guerrero: el cuidado por aquellos cuyas vidas un día podía tener en sus manos. Era eso precisamente lo que le diferenciaba de los demás, lo que, para Breaca, separaba a Gwyddhien de Ardaco. Este último era el mejor de los cazadores solitarios o guerreros individuales (si uno necesitaba a un hombre para tender una emboscada, o para escabullirse del enemigo, ese hombre era Ardaco), pero era Gwyddhien quien podía conducir a dos mil personas a la guerra y convertirlos en una fuerza unida. No resultaba difícil imaginarla, al cabo de diez años, recitando dos mil nombres como si cada uno de ellos fuese un amigo muy preciado, y que en realidad fuese así.

—Cumal de los cornovios. Es el vigésimo segundo de los treinta.

Cumal era del cuarto año, el único de su promoción que había obtenido un guijarro negro, y merecidamente. Tenía muy buen ojo para la lanza y era el mejor de toda la isla con la honda. Breaca había luchado a su lado en prácticas de batalla y sabía que era muy ágil de mente y digno de confianza; una buena elección para los treinta.

El siguiente nombre era un guerrero muy poco interesante de los dumnonios, el primero de aquellos que llevaban tres años en Mona. Sorprendentemente, cogió un guijarro negro, igual que la mujer que pasó tras él, de modo que en el espacio de una docena de alientos, quedaban solo seis guijarros negros en una vasija de casi seiscientas blancas, donde antes hubo nueve.

Un suspiro silencioso pasó entre las filas de los que quedaban. En algún lugar, una voz calculaba en voz alta las nuevas posibilidades. Breaca no tenía necesidad alguna de escuchar. Podía notar la forma y el tamaño de los guijarros negros en su interior, como si cada uno de ellos estuviese anidado en un hueso largo, envuelto por la médula y unido por su sangre. Le hablaban con voces de elevados tonos, como

zarapitos, y ella no tenía forma alguna de responder debidamente. Rezó a Briga y observó las texturas cambiantes del aire por encima del fuego hasta que casi le dolía la cabeza.

Venutio fue nombrando a los guerreros del tercer año y los guijarros salieron por docenas, todos blancos como la nieve. El primero de la promoción del segundo año sacó la mano de la rendija en la piel y, al abrirla con una piedra blanca también en la palma, seguían quedando seis guijarros negros contra trescientos ochenta y siete blancos. Breaca era la última del segundo año. El verano del ataque de Amminio había sido largo y lleno de cuidados hacia los heridos, y ella y Airmid habían partido tarde, en otoño, llegando a Mona mucho después del equinoccio en una barca botada especialmente desde su amarre invernal para llevarlas al otro lado. Un mes menos, y Breaca habría sido considerada la primera de la promoción del año siguiente.

Otra nueva mano entró en la rendija y su mente le dijo: «negro».

—Cerin de los votadinos es la vigésimo quinta de los treinta.

Cinco guijarros negros se encontraban mezclados con doscientos cincuenta y cuatro blancos. Quedaban tres guerreros del segundo año por ser llamados.

Dos.

El silbido en su oído se hizo mucho más fuerte, y subió a un tono más alto aún. El pulso latía en su cabeza, levantándola del suelo. La tensión casi se podía saborear, tenía un gusto metálico en la lengua. El corazón le latió más despacio, y cada latido golpeaba con fuerza contra la caja de sus costillas. La boca de Venutio adoptó una forma determinada y el nombre flotó hacia ella, lento como la caída de una hoja en un estanque. Ella dio un paso hacia delante para recibirlo.

—Breaca de los icenos.

Había calidez en su voz y un reconocimiento de las batallas en las que ella había luchado, aquélla contra Amminio que había cambiado su vida y las otras, más pequeñas, como pruebas de la escuela. En el silencio posterior, hubo una sonrisa y el recuerdo de una lucha a espada, uno contra uno, cuando ella consiguió romper la hoja de Venutio contra la propia.

Tres pasos hacia el fuego y tres más por la losa. La anciana abuela esperaba a un lado, tan real como el calor del fuego. Eburovic era menos real, menos sólido, pero ella recordaba todavía su olor, recién salido de la fragua. Ambos formaban parte de ella; en Mona, los podía encontrar con facilidad. Colocó ambos pies en la losa y miró a través del fuego, y su corazón clamó en silencio por aquel ser a quien nunca había visto, aquel ser a quien buscaba en la quietud de cada noche y que todavía no había encontrado. En los últimos momentos antes de alargar la mano por encima del fuego, pudo haber rezado a Briga para que le diera un guijarro negro, pero no lo hizo; rogó por Bán.

Que no estaba allí.

Airmid, sin embargo, sí estaba, sorprendentemente cerca, y otro ser a quien no veía con claridad, y luego su brazo se vio bañado por un calor fundente y su mano se

deslizó a través de un pellejo tirante como el de un tambor, y si la vasija contenía docenas y docenas de guijarros, ella no los notó, sino que notó solamente aquél que vino a su mano como si hubiese sido hecho para ella. Cerró los dedos y sacó el brazo, y su mente le dijo: «negro».

—Breaca de los icenos es la vigésimo sexta de los treinta.

Se volvió hacia la izquierda y se dirigió hacia el grupo que esperaba. Veinticinco pares de ojos la contemplaron, calibrando su valía y sus oportunidades de éxito. La piedra le quemaba como un hierro al rojo vivo en la mano. Su alma lloraba.

Un guerrero de los cornovios se unió a ella poco después y ya solo quedaron tres piedras. Aquellos que quedaban por elegir llevaban en Mona un año o menos. Al cabo de un rato, los únicos que quedaban eran la docena que había llegado en un solo grupo en el equinoccio. Estaban todos juntos, como ovejas, aún aturdidos por la travesía y el cambio que Mona había supuesto en sus vidas. En sus propias tribus habían sido los mejores de su edad, posiblemente los mejores en toda la memoria viva. Ahora, eran simplemente uno más entre muchos, todos igual de buenos, todos sin probar aún.

—Braint de los brigantes es la vigésimo octava de los treinta —Una muchacha delgada y con el pelo negro ocupó su lugar a la izquierda de Breaca, con la cara blanca y muy tensa. Era de los brigantes del norte, emparentados de forma distante con Venutio, y su nombre era el de la diosa de la lejana lengua norteña de su pueblo. Breaca no sabía nada más ni de su historia ni de sus habilidades. Al cabo de un momento, el primo de la muchacha se unió a ella, un chico de anchos hombros con el pelo rojo y la piel clara: veintinueve.

Los que quedaban se fueron dispersando, uno por uno, blanco tras blanco, hasta que solo quedó un guerrero. Era el más joven y el más nuevo en Mona, y se aproximó al fuego con la sonrisa de aquel que ve su destino muy claro ante sus ojos. Breaca le vio extender la mano por encima del fuego y se sintió dividida. La parte de ella que razonaba decía que allí había dos mil guijarros y solo quedaba uno, y por lo tanto debía ser negro. La otra parte, que veía las cosas de forma más amplia, le decía, con toda claridad: «blanco»… y tenía razón.

El chico se miraba la palma de la mano, horrorizado. No había duda del color. Había cogido un guijarro blanco y debía irse. Cercano al llanto, retrocedió desde el fuego e inició el largo camino en torno a los soñadores y hacia la salida.

Breaca le vio irse sumida en una especie de letargo. No tenía ningún conocimiento anterior de aquella prueba, pero la experiencia de su vida le había enseñado que si los dioses requerían que hubiese exactamente treinta guerreros, sería eso lo que obtendrían. Vio a Maroc compartir una mirada con Talla, que asintió. Un montón de guijarros blancos se encontraba a los pies de Maroc, donde los guerreros que partían los habían ido colocando. Agachándose, él los cogió y los contó a puñados, introduciéndolos a través del corte en la piel, de modo que iban cayendo y resonando contra el fondo de cobre de la vasija. Cuando cayó el último y se hizo el silencio,

Venutio alzó la cabeza y dijo:

—Caradoc de los ordovicos.

Pero no estaba allí. No podía estar allí. Breaca había visto su rostro y había notado su presencia cuando cogió su piedra, y sabía que era un fantasma de su pasado, no del presente. Cuando se inició un movimiento atrás, entre las tranquilas filas de los soñadores, estuvo segura de que era otra persona la que se adelantaba para explicarle a Venutio que estaba en un error. Era bien sabido que Caradoc había pasado el otoño en la tierra de los ordovicos, y que no podía, por tanto, encontrarse en la casa grande.

Había olvidado que Venutio era Guerrero, y que no cometía errores. La fila delantera de los soñadores se abrió y, cuando volvió a unirse, Caradoc quedó de pie junto a los soñadores, frente al fuego, con el rostro tranquilo, el pelo de un color apagado como la paja, y los ojos en cambio brillantes como el hielo. Ella notó su presencia como la coz de una mula en el pecho.

Y no fue la única. La sorpresa levantó murmullos entre las filas de los soñadores. Desde detrás, una mujer dijo:

—Él no forma parte de la escuela de guerreros. No puede tomar parte en esta elección.

—Eso no es así —la voz de Talla acalló a los demás—. Las leyes son muy claras en este aspecto. Aquellos que se entrenan con el Guerrero forman parte de la escuela, aunque solo sea por ese día. Venutio —se volvió, levantando un brazo—, ¿te has entrenado hoy con Caradoc de los ordovicos?

—Lo he hecho. Ha venido a verme esta mañana y hemos practicado con la espada y con la lanza antes de que empezasen los trabajos de la escuela —Venutio era Guerrero. Nadie dudaba de su palabra.

—Entonces, ya está resuelto —Talla se volvió—. Caradoc de los ordovicos… de haberse elegido ya los treinta, tu nombre no podría haber sido pronunciado. Pero lo cierto es que queda un guijarro negro entre los cuernos del toro. Se han añadido los suficientes blancos para que sean cien en total. Tu prueba no será menor que la de los demás. Puedes aproximarte a la losa.

Tuvo que recorrer un largo camino en torno al borde del fuego. Breaca le contempló, enferma por un terror que no tenía nada que ver con la elección de piedras. Ella no dudaba de que él cogería la piedra negra; los dioses habían hablado ya por su simple presencia, y querrían que él, precisamente, formase parte de los treinta sometidos a prueba. Aquel malestar procedía más bien de su presencia, como había ocurrido las pocas veces que se habían visto desde la muerte de su padre y el secuestro del cuerpo inerte de Bán.

Caradoc no había ido a verla en todos los largos meses de verano inmediatamente posteriores al ataque de Amminio, como Breaca había pensado que haría. Ella había pasado todo aquel tiempo ayudando a Airmid con los heridos o trabajando en los campos, intentando plantar y desherbar y recoger la cosecha, como habría hecho antes de la trágica emboscada. El trabajo la dejaba exhausta e irritable, y habría sido

una mala compañía, pero pensar en él daba color a sus días, que de otro modo habrían pasado llenos de sombras grises, y ella estaba agradecida por eso.

Mientras duró su ausencia, el Consejo de los icenos se reunió y le absolvió de culpas de sangre, igual que a su padre y a Togodubno. Maroc cruzó el país desde Mona para asistir y asegurarse de que así fuese. La palabra del soñador no había hecho cambiar al Consejo, ya que nadie con sentido común habría deseado declarar la guerra a los trinovantes, pero su presencia había hablado con intensidad de la necesidad de mantener una paz amistosa. Cunobelin envió regalos de sangre de incalculable valor y declaró en público, antes de reunir a los ancianos, que su hijo mediano ya no era bienvenido a su casa, y que las tierras y puertos del sur del río-mar, que antes habían sido concedidas a Amminio, eran otorgadas a cambio a Cunomar, hijo de Togodubno, para que fueran conservadas por este último hasta que el niño llegase a su mayoría de edad. El propio Togodubno había cabalgado por su cuenta para ofrecer sus condolencias más sentidas y para renovar sus deseos de continuada amistad con los icenos. El único que no les había visitado ni enviado noticia alguna era Caradoc.

Cuando finalmente llegó, lo hizo en un barco cargado de potros de un año, después de un verano de comerciar en Hibernia y en la costa occidental de la Galia. Entró a través de las puertas al amanecer del día del equinoccio, acompañado de Segovento. Breaca había pasado toda la noche despierta, sentada y vigilando a Airmid, que llevaba toda la noche buscando el alma de Bán en las tierras grises de los muertos que no han encontrado la paz. El intento fracasó, como pasaba cada noche desde el ataque, y Airmid cayó en un sueño exhausto del cual no era adecuado despertarla. Breaca llamó a *Granizo* y, sin esperar a que el perro se uniese a ella, se alejó hacia el río para lavarse el polvo y la decepción de una noche más. Se encontró con Caradoc junto a la casa de los hombres. Él llevaba su broche, con unos mechones de pelo de caballo rojo colgando de las presillas, y sonreía como un niño mientras jugueteaba con *Granizo* y buscaba a Bán o las señales de su largas noches. Sus primeras palabras, juguetonas, fueron:

—Pensaba que los icenos honraban a los hombres que vuelven de sus largas noches con mayor ceremonia que ésta…

Había estado comerciando con extranjeros durante tres meses, y había viajado sin pausa desde la costa; no era razonable esperar que conociera las noticias. Ella lo sabía, y aun así sacó su espada y le colocó el filo apoyado en el cuello, presionando en la piel, de modo que la vena mayor sobresalió, azulada. Él dejó de sonreír antes de que el hierro le tocara, pero no se movió. Había navegado durante días sin pausa, y cabalgado toda la noche, y estaba casi completamente exhausto, y aun así, seguía pensando con mayor rapidez que ningún otro hombre que ella conocía. Mientras Segovento bramaba, él levantó una mano, con los ojos desorbitados, fijos, y la boca apretada, diciendo solamente:

—¿Bán está muerto? —y luego, cuando ella afirmó con la cabeza, sin atreverse a

hablar, dijo—: Amminio. Cuánto lo siento. Tendría que haberlo sabido. Dime qué ha ocurrido.

El relato de la emboscada costó mucho menos tiempo de lo que había costado librarla. Al final, él tomó un caballo nuevo y cabalgó hacia el sur, sin dar motivo alguno, pero prometiendo volver antes de que la luna hubiese desaparecido. Y lo hizo, en un tiempo que significaba que había cabalgado sin descanso. El caballo estaba reventado, pero trajo otros y, mucho más importante, detalles de la ceremonia que Amminio había usado cuando sacrificó a la potranca parda a los dioses romanos.

De todos los regalos de sangre de su familia, aquél era el único de valor. Luain llegó poco después para unirse a Airmid en la recuperación de Macha y la búsqueda del alma de Bán. Cuando quedó claro que no podían hacer nada solos, llamaron a todos los soñadores de los icenos, desde la costa norte hasta la frontera más alejada del sur, y juntos pasaron tres noches sin interrupción buscando entre ambos mundos para encontrar a un chico y su caballo. Tuvieron éxito en la parte menos importante: la potranca fue hallada y guiada para que pudiese descansar al cuidado de Briga, pero Bán no estaba a su alcance, y al final detuvieron su búsqueda, temiendo perder a los soñadores en lugares de donde no pudiesen volver.

Los guerreros permanecieron en vela mientras tanto, y Caradoc con ellos, sin comer nada y bebiendo solo agua durante las tres noches y tres días en que los soñadores trabajaban. Cuando llegaron noticias de que habían fracasado, Caradoc lloró como si Bán hubiese sido su propio hermano, o su hijo. Breaca se encontraba ya más allá del llanto. La pérdida era demasiado grande; había quemado y devastado una extensión tan grande de su alma que ninguna cantidad de lágrimas podría curarla. Dejó los terrenos de la vela y fue a cazar con *Granizo*, y cuando volvió no hablaba con nadie.

A Airmid le costó nueve días recuperarse de la búsqueda. Transcurrido ese tiempo, Breaca reunió a los caballos y a *Granizo*, disponiéndose para emprender el viaje a Mona. Caradoc se quedó para verlas partir. La mañana de su partida, la buscó y la encontró sola junto a los cercados. Fue la primera vez que ella sintió aquel terror lacerante en su presencia, aunque no tenía muy claro, por entonces, a qué podía deberse. Ella habría pasado sin decirle nada, si hubiese podido, pero él estaba en medio de la puerta y cogió la brida del potro de Airmid, de modo que tuvo que detenerse. Los ojos del hombre eran demasiado brillantes para aquella mañana, y su color demasiado vivo. El pelo, que se había aclarado hasta un rubio casi blanco por el verano de navegación, estaba empapado y oscuro por el agua del arroyo, y se lo había cortado recientemente. El viento lo alborotaba hacia su rostro, haciendo que se le pegase a la mejilla. Le tendió un pequeño regalo envuelto en piel de ciervo, y dijo:

—Es tuyo.

Ella le aguantó la mirada, sin alterarse. Era lo máximo que podía hacer.

—No hay necesidad. Ya nos has traído el único regalo que nos podías hacer. Lo que ha ocurrido no es culpa tuya.

—Ya lo sé. Pero no es un regalo —volvió a ofrecérselo—. Tómalo. Mira lo que es.

Ella hizo lo que le pedía. La cortesía y las leyes de la hospitalidad lo requerían. En el interior del envoltorio se encontraba el broche con forma de serpiente-lanza, con las prendas de pelo de caballo rojo todavía colgando de las presillas inferiores. Lo había pulido y había cambiado la aguja, pero aparte de eso estaba exactamente igual que cuando ella se lo regaló, en un impulso nacido de un momento, que había adquirido sentido solo después, y lo había seguido manteniendo hasta aquel preciso momento.

Él esperaba a que ella dijese algo. Y habló, sin rodeos:

—¿No lo quieres?

—Por supuesto. Pero no se trata de lo que yo quiera… —Se detuvo y empezó de nuevo, cobrando nuevo aliento—. Si lo conservara, ¿tendría sentido, como lo había tenido antes?

La comprensión le llegó lentamente, con una fuerza visceral. Desde la batalla, ella no había sido consciente de su pérdida, solo del dolor de la ausencia de Eburovic y la espantosa desolación que le provocaba el secuestro del cuerpo de Bán. Durante aquel largo verano, la promesa de él y la certidumbre de que, ocurriese lo que ocurriese, la mantendría, había alimentado una chispa de vida en su alma, mientras todo lo demás estaba muerto. Ahora, en su presencia, de pie ambos y lo bastante cerca como para tocarle, el malestar físico la invadía. Era imposible estar con él a solas sin la intervención de los muertos; él sonreía, y ella veía a Bán sonreír; él inclinaba la cabeza a un lado, con el pelo pegado a la mejilla, y era pelo negro, y no rubio, el que quería entonces apartar suavemente como habría hecho con Bán; él lloraba, y ella veía a Bán, llorando por la potranca parda; y al igual que veía a Bán en él, también veía a Amminio cometiendo el acto más terrible de profanación y llevándose del campo de batalla un cuerpo no ofrecido a Briga. Incluso allí mismo, con Caradoc tan cerca que podía notar el calor que emanaba de su piel, o el olor de la grasa de oveja de su túnica y del humo de los fuegos de las noches pasadas, él seguía llevando consigo una sombra que no era la propia.

La mañana se volvía más y más fría en torno a ella, pellizcándole el rostro. Cuando más la necesitaba, no encontraba la voz.

—Gracias —Caradoc asintió, como si ella hubiese hablado. Su breve sonrisa fue cortés, producto de muchos años pasados en la corte de su padre—. Es mejor que quede claro —soltó el potro y cogió en su lugar el pomo de la espada de ella, como había hecho en una ocasión, cuando la vida era bastante diferente—. El juramento de la espada…

—Es nulo —ella retrocedió ante su contacto. Su voz, nueva, surgió demasiado precipitada y áspera—. La deuda de sangre tiene ese efecto. Y aunque no lo tuviera, yo te absolvería del juramento.

—Entonces, lo renovaré —un dedo seguía en su espada y no la dejaba. Su voz era parecida a la de ella, pero más lenta.

—¿Por qué?

—Porque en el mundo hay muchas más personas que nosotros dos, y algún día importará que los icenos estén ligados a los ordovicos. No honraremos en modo alguno la memoria de Bán si olvidamos esas cosas que nos unen ante los dioses —sus ojos estaban clavados en los de ella. Su rostro se mostraba desnudo, despojado de la ironía y la llamativa inteligencia que eran sus defensas, para que se viese tal como era: un guerrero que estaba justo en el inicio de la edad adulta, luchando por hacerse comprender en un terreno que era nuevo para ambos. Solo una vez antes, cuando acababa de salir del mar, le había visto ella tan desprotegido, y en aquella ocasión él no era tan dueño de su propio control como entonces. El hecho de que él se expusiera de ese modo la puso nerviosa, y más aún la fuerza de la intención que la gobernaba. Ella había comprobado su valor en el rescate de Duborno del río, y de nuevo al enfrentarse a su padre, Cunobelin, en la fragua; nunca había pensado que se enfrentaría a él desde el otro lado.

Dolida, exclamó:

—Yo nunca deshonraría la memoria de Bán.

—Ya lo sé —los ojos del hombre tenían el color de la piedra, y eran igual de inflexibles—. Entonces, ¿dejarás que se renueve el juramento?

—Sí —al final de un largo y ahogado impulso por tocarle, ella volvió a doblar la piel de ciervo encima del broche y lo volvió a colocar en la palma de él—. Y guarda también esto. Si llega a significar lo que significó antes, te lo diré.

—Gracias —la sorpresa y el placer iluminaron la sonrisa de Caradoc—. Si llega el momento, sabrás dónde encontrarme.

* * *

Siempre había sabido dónde encontrarle, o eso pensaba. Él iba y venía de Mona como los soñadores, como si la mayor parte de él residiese en la isla. Cuando no estaba allí, estaba en la tierra de los ordovicos, o navegando con Segovento, visitando a las tribus de los brigantes y caledonios en el norte o a los dumnonios en el lejano sudoeste, comerciando y recogiendo información y averiCuando quién favorecía a Roma y quién no. El enemigo último siempre era Roma; su odio nunca palidecía.

En Mona, él había ocupado un lugar habitual en la escuela de los guerreros, y aunque había sido imposible evitarle por completo, ella siempre estaba avisada de su llegada. Se habían visto pocas veces, y siempre con algún motivo, y la norma siempre era la misma: un breve intercambio de cortesías y noticias, y nada más. Los fantasmas de su pasado todavía se alzaban entre ellos, y nada podía ser ya como había sido.

Al menos hasta aquel momento, en que él estaba a punto de convertirse en parte del grupo enviado a las mayores pruebas que podía realizar un guerrero: Caradoc,

hijo de Cunobelin, que había ganado su lanza con tres tribus diferentes a la edad de doce años; que nunca antes había fracasado en ninguna prueba, ya fuese de los hombres o de los dioses; que estaba atado a Breaca de los icenos por un juramento que les impedía competir directamente el uno contra el otro.

La voz de Venutio llegó distante y con un tono distinto de todos los otros nombres que había pronunciado antes.

—Caradoc de los ordovicos es el trigésimo de los treinta.

* * *

—Daremos un festín en honor de Venutio. Cazaréis para la mesa. Un jabalí estaría bien, o un ciervo.

—¿Eso es todo?

—Eso basta. Venutio os guiará. Sigue siendo Guerrero hasta que se elija a su sucesor.

Talla lo había dicho, dirigiéndose a los treinta elegidos a la pálida luz que precedía al amanecer. Era el primo de los brigantes quien había hecho la pregunta: un joven descarado, poco habituado a la forma de actuar en Mona. Nadie más habló. Cazar ya era suficiente, sobre todo teniendo en cuenta lo que vendría después. A una orden de Talla, corrieron a coger sus venablos y cuchillos de caza y todas las prendas de sueño que les acercasen más a los dioses. Tenían prohibido llevar plumas de muerte o cualquier otra prenda de guerra. A Breaca, junto con dos más, se les permitió llevar un perro.

Maroc les habló cuando se reunieron todos ante las puertas, pero no fue más explícito que la anciana.

—Podéis cazar solos o en grupo; la elección corresponde a cada uno de vosotros. Solo tenéis que saber que debéis permanecer juntos. Venutio se asegurará de que lo hagáis.

Desfilaron por las puertas en el orden en que se les había llamado. Maroc les hizo a cada uno una marca cuando pasaron, una raya con el pulgar a lo largo de la frente con glasto diluido en agua y clara de huevo, llamándoles por los nombres de los antiguos dioses de los antepasados. La marca era demasiado pálida para que se viese a simple vista, pero Breaca notó cómo se secaba mientras corría, poniéndose tan tirante que su presión era un recuerdo constante de aquellas palabras.

«Podéis cazar solos o en grupo; la elección corresponde a cada uno de vosotros».

Valía la pena escuchar a Maroc. En dos años, ella no había oído nunca que hablase sin motivo, y sus palabras raramente tenían un solo significado. No había jabalíes cerca del asentamiento, aquello era bien sabido. Y ese detalle les daba tiempo para tomar decisiones. Venutio les precedía hacia el oeste, a paso rápido, y los otros le

siguieron, moviéndose en forma de media luna amplia, la disposición favorita de los cazadores de liebres, lo bastante cerca unos de otros para verse y oírse, pero no lo suficiente como para que pudieran hablar.

Breaca estaba agradecida por poder correr y no tener que hablar. En circunstancias normales, habría cazado sola. Tenía a *Granizo*, a quien había enseñado desde el principio a cazar en equipos de dos; el perro era el último nexo viviente con Bán, y su alegría en la caza hacía difícil compartirlo. Y sin embargo, ella era solo una entre treinta, y ya mientras se congregaban junto a las puertas había sentido fuertemente los lazos que los unían a todos: el nudo oscuro y silencioso que era Ardaco, con el alma enraizada en las cosas de los antepasados; la vitalidad equilibrada de Gwyddhien, que brillaba como el azabache pulido entre los guijarros de río; la agudeza de Braint, la prima de los brigantes con su melena negra, y la obstinación de su pariente de pelo rojo. Colocados en fila entre los brezos eran como gemas en un collar, cada uno de diferente color, todos necesarios para el conjunto. Hasta el zopenco de los dumnonios, que en su propia lengua recibía el nombre del tejón, resultó, al correr en campo abierto, firme y fiable. Solo Caradoc era distinto, era el único que no pertenecía realmente a Mona; sin preguntar nada, se había colocado en el extremo izquierdo, el lugar del escudo, el más vulnerable a cualquier ataque. No formaba parte del tejido, no más que los fantasmas que corrían en su sombra. Ella pensaba que Caradoc, de todos ellos, sería el que posiblemente elegiría cazar solo, y esperó a ver si lo hacía.

No fue una caza afortunada, en ningún sentido. Los treinta recorrieron la isla durante toda la mañana y primeras horas de la tarde y no encontraron nada. Ninguno de ellos, en diez años de experiencia, había visto la tierra tan despojada, pero esa frustración les mantuvo unidos, de modo que cuando finalmente se oyeron los gritos que indicaban la aparición de una presa, respondieron como uno solo.

Estaban cerca de un afloramiento a la vista del mar, en el extremo occidental de la isla, cuando ocurrió. La curva de las rocas se enfrentaba al este y estaba respaldada por una pequeña colina, desde la cima de la cual Gwyddhien les llamó diciendo que veía Hibernia, aquella isla del extremo más occidental del mundo que se hacía visible solo en los días consagrados por los dioses. Venutio lo tomó como un signo favorable de los dioses y pidió a Breaca y a los demás que soltasen los perros. Eran buenos perros, muy listos y bien entrenados en la caza, y a pesar de la esterilidad de la mañana, cada uno de ellos encontró un rastro diferente; corrieron con tal resuelta decisión que solo podía tratarse de ciervos, si no de jabalíes. Venutio chilló, o quizá fuese Gwyddhien, y la caza empezó en serio.

Los treinta se desperdigaron y Breaca corrió a través de los matorrales siguiendo a *Granizo* con unos cuantos más acompañándola. Caradoc corría con ella, manteniéndose al nivel de su hombro izquierdo, como había hecho desde la mañana. Su presencia estropeaba la euforia de la caza, pero no tanto como para ignorarla del todo; había demasiadas cosas en juego.

—¡Al sur! ¡Abajo, entre los espinos!

Gwyddhien les llamaba desde la cima del afloramiento, señalando hacia abajo, a los árboles. Era ya tarde, y el sol bajo recortaba su silueta agudamente. El pelo se había soltado de sus ligaduras y flotaba al viento, negro como ala de cuervo, el ave de Briga. En aquella caza, más que en ninguna otra, todas las señales de los dioses eran augurios. Llamando a *Granizo*, Breaca alteró la trayectoria de su carrera y se internó entre la espesa maleza que se extendía alrededor de la base del peñasco. Las zarzas le arañaban la piel y las ramas de haya golpeaban sus ojos. Caradoc desapareció. Notó una desnudez a su lado, donde había estado él. Ella ganaría si conseguía la presa sin él. Corriendo todavía, se agachó y se metió debajo de las ramas bajas de un fresno, y vio a *Granizo* ante ella, completamente inmóvil y gruñendo. Lentamente reptó hacia el perro, con la lanza bien pegada a su hombro, y miró hacia donde el perro dirigía su atención, en las profundidades del endrino.

Unos ojos diminutos y escondidos entre pliegues de piel le miraron, rojos, con aversión. El calor y el hedor del jabalí llenaba todo el espacio. Un colmillo relumbró, blanco. Un gruñido lanzó la advertencia de una muerte segura.

La sensación de peligro la consumía por completo. Un jabalí adulto podía matar a un oso, abriéndolo en canal desde el gaznate a las tripas. Se cantaban canciones de cazadores solitarios que se habían enfrentado con uno, solo con una lanza, y que habían llevado a cabo su muerte sin ayuda alguna, convirtiéndose en héroes, pero no se sabía que hubiese ocurrido en realidad. Breaca había oído relatos más sinceros, de un bardo en el que confiaba, de dos cazadores que habían matado al gran cerdo salvaje juntos, limpiamente, con el primer lanzazo de cada uno. Buscó a Gwyddhien y en su lugar encontró a Ardaco, agazapado a su derecha, quieto como una piedra. Su lanza estaba bien recta encima de su hombro, y el cuchillo de caza que llevaba en la mano izquierda estaba embadurnado de barro, para no brillar al sol. No llevaba otra ropa que un taparrabos hecho con piel de zorro, y su piel estaba tan morena que podía haber formado parte de las sombras. Así era como cazaban los antepasados, ella se daba cuenta.

No tenía ni idea del tiempo que llevaba él allí, pero era bastante, y era el segundo mejor candidato a Guerrero. Ella abrió una palma, pidiéndole indicaciones. Él se llevó el dedo a los labios, rogando silencio, y formó una curva con el brazo mostrándole dónde debían situarse ella y *Granizo*. Breaca asintió y se fue, con *Granizo* pegado a sus talones.

Los sonidos de los otros cazadores resonaban en los bosques. El jabalí gruñó una segunda vez como advertencia. Un armiño lanzó un gorjeo: era la señal de Ardaco. Ella soltó a *Granizo* entre los arbustos, y entró con la lanza en ristre… y se echó atrás, gritando:

—¡No! Es una hembra con crías. ¡Dejadla!

Llegó a tiempo para detener a *Granizo*, pero no a Ardaco, que era tan rápido como sus sueños y ya había lanzado el arma.

Los dioses les sonrieron. La lanza del hombre moreno dio en el blanco, pero no mató. La hembra, rabiosa, cargó defendiendo a sus pequeños. Breaca averiguó que podía hacer milagros y trepó por la cara lisa del afloramiento, con la lanza en la mano, subiendo a *Granizo* tras ella. Oyó el quejido de dolor de Ardaco.

Estaban cazando en el bosque de los dioses y en la isla de los dioses, y los dioses aplicaron su castigo por haber herido a una bestia con crías, desafiando sus leyes. La lanza de Breaca no había producido herida alguna, así que no resultó herida. Ardaco había causado un rasguño en el brazuelo de la hembra, y fue rozado también con la misma profundidad y en el mismo sitio, pero no había matado, así que no murió. Se apartó de la lucha rodando, como un erizo, y saltó para agarrar la rama inferior de un roble, antes de que la bestia pudiese volver contra él. Un macho adulto habría rodeado el árbol, esperando tres lunas si era necesario a que bajase su presa, pero la hembra tenía unas crías que alimentar y el reciente olor de los perros en los orificios nasales, así que se alejó gruñendo y volvió a los espinos.

A su tiempo, cuando el animal no mostró signo alguno de querer volver, Breaca bajó de nuevo y encontró un camino distinto para alejarse del bosque, bordeando ampliamente la madriguera del jabalí hembra. La emoción que siguió al peligro latía en su interior, tan potente como la cerveza invernal. *Granizo* corría a su lado, desesperado por cazar de nuevo. Ardaco había encontrado un camino diferente, más rápido.

Ella se reunió con él en el lugar donde los bosques cesaban y empezaba el afloramiento rocoso. Estaba agachado entre los brezos, cogiendo musgo de una roca para colocárselo encima de la herida. Ella le sujetó el musgo y cortó una tira del borde de su túnica para vendarle. Él se tomó su tiempo, como si el día fuese joven aún y el resultado incierto.

—Has perdido tu lanza —dijo—. Puedo volver y cogerla, si quieres.

—No. No es seguro volver allí. Ya me haré otra.

Era la frase más larga que le había oído decir nunca. Era diez años mayor que ella, y tan distante como el más taciturno de los ancianos. Ella llevaba doce meses en Mona antes de que él se diese cuenta de su existencia, y solo fue para colar su espada aprovechando una debilidad en su guardia y asestarle un golpe en la muñeca que podía haberle cortado la mano, si se lo hubiese propuesto. Su rostro era curtido y cerrado, como el de un murciélago. Ella nunca le había visto sonreír. Pero ahora lo hizo, con una sinceridad desarmante, señalando hacia atrás, al extremo sur del afloramiento.

—Hemos perdido —dijo—. Han cogido a otro animal.

—Lo sé —ella había oído los chillidos de muerte al atacar el jabalí. Ahora, oía a Venutio tocar el cuerno de Guerrero como señal para que los demás se reuniesen—. Caradoc y Gwyddhien han conseguido la presa.

Notó como un cambio en el color del tejido, como si dos de los hilos se volviesen más brillantes, y los demás más oscuros. Ella se ató el borde roto de la túnica y recogió

su lanza. Ardaco iba más despacio, tomándose tiempo para estirar el hombro y probar qué gravedad tenía la herida. Le cogió el brazo a ella al pasar.

—No tengas prisa. Ahora destriparán el jabalí y lo limpiarán, antes de que vayamos. Solo necesitarán a tres para que se ocupen del animal, y esos mismos cortarán un tronco de árbol para trasladarlo. Los demás solo tenemos que sentarnos y mirar. Nos lo podemos tomar con calma.

Tenía razón. El animal era un macho joven de la camada de la última estación. Se sabía que a veces volvían a su lugar de nacimiento para pasar el invierno, y si la hembra estaba pariendo, no siempre tenía tiempo para echarlos de allí. Era de buen tamaño, lo bastante grande para justificar que se requiriesen dos para matarlo, pero no lo suficiente como para necesitar tres; más que suficiente para honrar el festín de Venutio. El Guerrero, que pronto sería simplemente un guerrero, se alejó y dejó que Gwyddhien organizase el destripamiento y la preparación del animal, mientra. Caradoc dirigía un grupo para buscar un árbol que sirviera para transportarlo.

En la distribución del trabajo, Breaca vio los inicios de la comitiva del nuevo Guerrero. Siempre había un núcleo principal, aquellos a quienes se confiaban las tareas más necesarias. Sin motivo alguno para unirse a ellos, se sentó a un lado y observó a los demás adoptando sus nuevos papeles. Ardaco, indiferente, se dedicó a sus propios asuntos. Deambuló por el afloramiento buscando una rama para formar una vara de lanza, y, habiendo encontrado uno, encendió un pequeño fuego con ramitas y brezo para endurecer la punta. Cuando los dos primos de los brigantes hubieron atado el jabalí al tronco y lo levantaron sobre sus hombros, ya estaba armado de nuevo. Sonrió otra vez a Breaca mientras se ponían en marcha, y dijo:

—No bajes la guardia ahora, muchacha. Esto es algo más que una simple caza del jabalí. No ha terminado aún.

# XIX

Estaban demasiado lejos de la casa grande para volver antes de que cayese la noche. La opción era seguir caminando de noche o encontrar un lugar donde acampar y esperar hasta el amanecer. Venutio, que les había conducido hasta allí, cedió el mando a Gwyddhien, que a su vez consultó con Caradoc. Según su sugerencia, eligieron caminar hasta el anochecer y luego detenerse para pasar la noche en un lugar que ambos conocían.

La luz se fue esfumando con la rapidez propia del invierno, llevándose el color del día. Nubes de mosquitos surgieron de los arbustos para darse un festín. Los cazadores corrían en columna, con toda la rapidez que podían permitirse los que llevaban al jabalí, haciendo turnos con el palo para mantener el paso. Breaca corría cerca del final, la vigésimo quinta de la línea, y le tocó hacerse cargo del palo que arrastraba el jabalí. *Granizo* trasteaba a sus talones, lamiendo la sangre que caía.

Gwyddhien les dirigió en torno a una ciénaga y por otro trecho de bosque, luego subieron un suave promontorio y pasaron por otros afloramientos rocosos, hasta detenerse en una colina baja, con un cráter en la cima, en el centro del cual se encontraba un pequeño lago tranquilo y limpio. Bajo su dirección, se dividieron en dos grupos y fueron a buscar leña para el fuego, y helechos para formar colchones. Ardaco vadeó el lago, metido hasta la cintura, y alanceó un pez. Otros cogieron raíces. Venutio sacó el hígado del jabalí, que no se habría conservado bien después de toda una noche, y lo repartió a partes iguales entre ellos, de modo que al final se convirtió en un verdadero festín de victoria. Más tarde, nadaron en el lago, junto a la fogata, limpiándose la sangre de la caza y frustrando a los insectos del crepúsculo. El jabalí, todavía atado al palo donde lo llevaban, fue colgado entre dos rocas, fuera del alcance de los perros.

No era una noche para dormir. Se echaron en pequeños grupos, hablando junto a la hoguera. Los que llevaban perros compartieron el lecho con ellos para que les dieran calor. Venutio encendió un fuego para él solo en la parte superior de un peñasco. Su paz se extendió sobre todos ellos, pero de una forma leve, como si su manto ya estuviera pasando a otro lugar. Junto al lago, Gwyddhien iba trasladándose de grupo en grupo, alabándolos a todos por sus actos del día, tomando los hilos de los treinta y tejiéndolos con mucha fuerza. Ardaco caminaba solo en torno al borde del agua, con la lanza al hombro, constantemente al acecho.

Breaca estaba echada sola, con *Granizo* a su lado, y miró hacia arriba, a la negra noche. La luna no había salido todavía y las estrellas brillaban mucho más. Vio la estrella del soñador situada cerca del horizonte del sur, y pensó en Macha, y luego en

Airmid, que era amante de Gwyddhien y que sin embargó había apostado en contra de que ella se convirtiese en Guerrera. También se había negado a decir cuál era su elección alternativa. Lo único que había asegurado era que no se trataba de Ardaco. Aquello, que le había parecido tan sorprendente, ahora se lo parecía menos. Habían hecho su apuesta al anochecer, justo antes de la elección de los treinta; Airmid seguramente ya sabía durante todo el día que se había entrenado una persona más en la escuela de los guerreros, aquella mañana. Por la noche tendría tiempo de discutir todas las implicaciones del caso con Maroc.

Dando unos golpecitos a *Granizo* para que la siguiera, Breaca se levantó y se apartó de su fuego. Los treinta estaban extendidos en forma de media luna en torno a las orillas del lago.

No sabía dónde había elegido cada uno de ellos pasar la noche, pero sí podía localizar a los más importantes, por instinto o por haber oído alguna media palabra, o por la forma de una silueta vista al resplandor de las brasas: Cumal y Ardaco, Venutio y Gwyddhien… y también Caradoc, que estaba muy lejos, en el lado occidental, solo. Ella emprendió el camino cuidadosamente en torno a las rocas, junto al borde del agua. *Granizo* reconoció su destino desde la distancia y saltó hacia delante, contento, estropeando cualquier posibilidad de sorpresa. Ella podía haberle llamado también, pero no sin atraer la atención del grupo mayor, cosa que prefería no hacer. En cualquier caso, no tenía ningún deseo de imponer restricciones a *Granizo* que pudieran apagar su ánimo. Al hermoso perro le había costado mucho tiempo acostumbrarse a la pérdida de Bán. Incluso ahora, se mostraba apegado a algunos chicos en el momento en que sus voces empiezan a romperse. En cuanto al resto, era muy selectivo con sus afectos: generoso con aquellos que le gustaban, y distante con el resto. Solo con Caradoc encontraba amistad donde ella no la hallaba.

Ella se detuvo justo después del círculo de luz. Caradoc estaba sentado en el extremo más alejado del fuego, acariciando las orejas de *Granizo* con despreocupado afecto. La menguada luz oscurecía su cabello hasta parecer casi negro, y cambiaba los rasgos de su cara. Levantó la vista y sus ojos eran aquellos que ella conocía desde la niñez, llenos de la preocupación y la gracia inconsciente de Bán. La náusea le llenó la garganta, predeciblemente. Se sentó en una roca con rapidez antes de que sus nervios la traicionaran. Caradoc movió la cabeza a la luz del fuego y sus ojos volvieron a aparecer grises, hurgando en los de ella, buscando una razón para su presencia y sin parecer encontrarla. Al final dijo:

—Siento que no estuvieras con nosotros al cobrar la presa.

—También yo lo siento —ella subió las rodillas hasta el pecho y se las rodeó con los brazos, estrechamente—. ¿Cómo sabíais que Ardaco y yo perseguíamos al animal equivocado?

—No lo sabía. Vi saltar a Gwyddhien desde el peñasco, y no estaba cerca de *Granizo*. Tuve que elegir entre la nariz del perro o los ojos del cazador. Nueve veces de cada diez habría elegido ir con *Granizo*. Pero esta vez, fue Gwyddhien —el perro

oyó pronunciar su nombre y se apoyó en la mano de él, gimiendo de placer.

—¿Crees que ella debería ser Guerrera?

—¿Con lo que se avecina? Sí —él arrancó un tallo de hierba y masticó la punta—. Si estuviésemos en paz, Ardaco sería insuperable. Él conoce la sabiduría de los antepasados, y nunca se puede aprender demasiado de todo eso. Pero es demasiado taciturno, y le cuesta demasiado confiar en los que le rodean. Si va a haber guerra, necesitaremos un Guerrero que pueda ganarse la confianza y otorgarla a la primera, o saber que nunca se va a dar. Gwyddhien es capaz de eso.

Breaca miró a la orilla del lago, al último grupo, en el que podía distinguirse el murmullo de la conversación, con Gwyddhien en su centro.

—Ya lo está haciendo.

—Lo sé.

Él había preparado un montón de helechos secos y raíces de brezo pulcramente en un lado. Breaca se inclinó hacia delante y cogió un puñado de cada y lo arrojó al fuego. Las llamas iluminaron su rostro y el de él, como había ocurrido una vez, en una fragua. Ambos estaban sentados en silencio, notando la tensión entre ellos. Había una tercera opción, pero ninguno de los dos la dijo: Caradoc era uno de los dos que habían matado al jabalí, y él podía moldear a dos mil guerreros a su voluntad con tanta facilidad como Gwyddhien. Airmid lo sabía cuándo hizo su apuesta. En el horizonte lejano, la estrella de los soñadores relampagueaba, guardando sus secretos.

—¿Por qué estás aquí? —la voz de él salía de la oscuridad.

—Para hacerte una pregunta. O quizá para comprobar una teoría —ella le miró por encima del fuego. Él estaba sentado, muy tranquilo, pero con cierta precaución, como si aquello formase parte de las pruebas para Guerrero. Ella prosiguió—: Me parece que la caza no es la prueba, que la elección se hizo ya hace tiempo por parte de Talla y el Consejo de los ancianos, y que la caza sirve para unirnos a los treinta, para empezar a tejer la nueva Guardia de Honor del Guerrero. Si fuese así, y si te lo pidieran, ¿jurarías dar tu vida por Gwyddhien?

Ella pensaba que él ya se habría hecho aquella pregunta a sí mismo. Mirándole, supo que tenía razón al suponerlo, pero que él todavía no había encontrado la respuesta. El conflicto estaba bien patente en su rostro. Con toda honradez, él respondió:

—No lo sé.

—¿Tienes demasiadas responsabilidades entre la gente de tu madre? —ella no sabía nada de la vida que llevaba él entre los ordovicos, salvo que no se le había hallado responsable por la muerte de la mensajera asesinada por orden de su padre.

—Sí, pero es más que eso. Si hay guerra, me gustaría participar, y Mona solo ha enviado una vez al Guerrero y a los dos mil en la historia reciente a la batalla.

—Contra César y las legiones.

—Sí. Cabalgaron en apoyo de Casivelauno, en un momento en que la santidad de la propia tierra se veía amenazada. Las canciones de Mona dicen que, de todos ellos,

solo sobrevivieron tres. Eran los mayores guerreros que ha dado nunca nuestra tierra, y fueron los que defendieron las orillas del río-mar contra el ataque de las legiones, por más que digan los bardos de otras tribus, la tuya o la mía. Si llegamos a entrar en guerra con Roma y Mona envía sus guerreros al campo de batalla, entonces yo podría unirme a la guardia de honor, si se me pidiera… pero si no, desearía ser libre para luchar con quien quiera unirse a mí.

En la tranquila noche, un frío viento acarició la espalda de Breaca. Maroc había hablado de todo aquello, pero no directamente, no con tanta urgencia.

—¿Llegaremos a eso… a la guerra con Roma?

Él se encogió de hombros.

—Podría ser. Amminio tiene toda la ambición de mi padre, pero nada de su diplomacia. Cunobelin caminaba por una cuerda floja; su riqueza se basaba en el comercio con Roma y con sus súbditos, pero no lo tomaba todo de los romanos. En estos dos últimos años, volvió a los soñadores y a la vía de los dioses. Amminio nunca hará tal cosa. Él quiere controlar todos los puertos comerciales que hay a ambos lados del río-mar, y no se detendrá ante nada para conseguirlo. En esto tiene el apoyo de Beriko, de los atrebates. Ese hombre ha esperado treinta años para sacar más provecho de mi padre. Si Amminio le da una buena razón, lo hará.

—Y Amminio tiene una buena razón en los puertos del sur del río-mar que tu padre dio al hijo de Togodubno como deuda de sangre por mi familia —los recuerdos de la batalla llenaron la noche. Amminio se reía a lomos de su caballo, y el estrépito de los cascos retumbaba en su cabeza. Ella miró al fuego y se esforzó por escuchar solamente el viento que rizaba las aguas del lago, y el murmullo de otras voces y otros fuegos, ninguno de ellos enemigo. Cuando pudo pensar con mayor claridad, dijo—: La pérdida de los puertos del sur no da ni a Amminio ni a Beriko una razón suficiente para llamar a Roma en su ayuda.

—No, a menos que luchen por ellos y pierdan. A Amminio, como ya habrás averiguado, no le gusta que le vean como un perdedor.

Ella levantó la cabeza de golpe. Encontró el calor de la mirada de él y no hizo ningún comentario. Él podía haber dicho aquello para provocarla, pero no era así. Ambos sabían que era cierto. Ella dijo entonces:

—Es posible que no le guste perder, pero si gana, todo el sudeste estará en peligro. No se detendrá en el río, y si toma la fortaleza, se moverá a continuación hacia la tierra de los icenos. Nosotros tenemos muchas más riquezas de las que él ha visto nunca, en tierras, cereales y caballos. No son menos valiosas porque hayamos decidido no comerciar con Roma…

—Por eso no se le debe permitir ganar, ni huir a Roma. La única oportunidad que existe es que Togodubno alcance el sur antes que Amminio. Allí, las lanzas están juramentadas con mi padre. Mientras su cuerpo siga allí entero y hasta tres días después de quemarlo, no pueden romper su juramento, es la ley. Después… —levantó las manos.

—¿Jurarán lealtad a Amminio?

—Los atrebates son una gente muy práctica. Cambiaron su lealtad de Beriko a mi padre porque existía una deuda. Cambiarán de nuevo con la misma facilidad. Creo que se comprometerán con cualquiera que les conquiste el primero con suficientes lanzas para exponer un argumento convincente.

—¿Y Togodubno sabe eso?

—Tenemos que esperar que sí. Si fracasa, entonces el sudeste arderá en llamas, como secas ramas de pino en verano.

Él se incorporó y movió las manos por encima del fuego, haciendo sombras como hacían los bardos. Unas formas enérgicas sucedieron a otras en la mancha oscura que era su rostro. Así, como ella tuvo que esforzarse por ver la cara detrás de las sombras, le vio solamente a él. Sonrió, y su sonrisa no; era la de Bán. Sus manos formaron una espada y un escudo, y se movieron atacando y defendiendo. Con suavidad, él añadió:

—Los ancianos de los ordovicos se han reunido en Consejo pleno en el equinoccio. Yo expuse una petición ante ellos, y se aceptó. Si la guerra empieza en el este, tengo permiso para dirigir a los guerreros de la maza de guerra en defensa de las tierras de mi hermano.

Era aquello lo que había deseado su padre. Ella se contuvo para no decirlo. Y dijo, en cambio:

—Y así llegamos a enlazar en círculo completo con mi primera pregunta, y ya me has dado la respuesta. No puedes dirigir a los ordovicos si juras proteger al Guerrero.

—No.

—Y tampoco si fueras el Guerrero.

—No, a menos que Mona y los ordovicos fuesen una misma cosa, algo improbable.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—No lo sé. Tendrás que preguntárselo a Maroc.

—Maroc me contestaría como hace siempre: acepta la voluntad de los dioses, que puede no ser siempre la voluntad de cada hombre.

—Ni la voluntad de Maroc, sea ésta la que sea.

Detrás del juego de sombras chinescas, ella podía ver la sonrisa seca, tan parecida a la de Airmid. Los planes de Maroc eran conocidos solo por unos pocos, aunque cualquiera podía averiguarlos simplemente observando, y estos mismos podrían apreciar la amplitud de visión que buscaba unir a los guerreros de este y oeste en defensa de la tierra. Breaca lo había oído explicar a grandes rasgos a Macha, antes de abandonar la tierra de los icenos. Desde que llegó a Mona, había empezado a comprender el detalle y la extensión hasta el cual la soñadora había encontrado en Caradoc un recipiente dispuesto, el único hombre que podía lograr su sueño, y que un día, si los dioses eran propicios, podía ir incluso más allá de ese sueño. Caradoc no uniría las tribus para dar más poder a su padre, pero lucharía hasta el último aliento de su cuerpo para hacerlo si aquello podía detener a Roma y los que la apoyaban.

Breaca solo veía un fallo en aquel plan. Poniéndose de pie para irse, con *Granizo* a su lado, dijo:

—Tú eres ordovico solo por línea materna. ¿Te seguirán las lanzas juramentadas de la maza de la guerra a una batalla que ellos no han elegido?

Él estaba echado de espaldas, con las manos unidas en la nuca. Ella oyó su voz en la oscuridad, cuyo tono parecía súbitamente alegre:

—Apostaría mi vida a que sí —y luego, más reflexivo añadió—: Y si no lo hacen, no será solo el este el que falle.

* * *

Breaca estaba en la casa grande de los icenos, pidiendo ayuda de guerra a los ancianos, cuando los dedos de Ardaco le cogieron el tobillo. Junto a su propio fuego, ella se despertó en la negrura, bajo un dosel de estrellas. La cara arrugada de murciélago se las tapaba. Los dedos bailaron ante sus ojos, formando el signo del peligro y luego el de buena suerte. Ella se levantó silenciosamente y cogió su lanza. *Granizo* se desperezó y la siguió.

Corrieron por el borde del lago. El olor del agua tranquila se mezclaba con el del musgo. Sus pies descalzos salpicaban en el agua poco honda cuando no conseguía pisar en la roca. En el extremo norte, volvieron colina arriba y corrieron hacia el borde del cráter, donde se echaron de cara detrás de las rocas. Él señaló por encima del borde y ella vio lo que él había visto: una forma que no era una roca, moviéndose entre los peñascos que había abajo.

—¿Un oso? —el corazón le dio un vuelco en el pecho—. Pensaba que no había osos en Mona.

—No nos lo han dicho. En ocho años, yo no he visto ni uno —él miró a ambos lados. El blanco de sus ojos relumbró a la luz de las estrellas—. El sueño de Maroc es el oso.

—Y el de mi padre —ella dejó la lanza en la roca—. No debemos matarlo.

—No me atrevería a proponer tal cosa. Pero el animal ha olido el jabalí, y nos lo quitará, si puede —se sentó sobre los talones y le dirigió una radiante sonrisa. Su rostro estaba más animado que nunca. Le dijo—: Ésta es la elección, no la caza. El peligro es grande. En la elección de cada Guerrero ha habido muertes, y no ocurrieron precisamente por la caza del jabalí. Es posible que no debamos matarlo, pero debemos apartarlo de aquí. Y él sí puede matarnos a nosotros.

No parecía un hombre dispuesto a morir. El zumbido de abejas volvió a resonar en los oídos de la muchacha, la advertencia de los dioses, y la voz de Maroc, que resonaba débilmente: «Sabed solamente que debéis permanecer juntos». Con cautela, dijo:

—¿No pensarás que nos lo han enviado solo para nosotros… sin dar ninguna oportunidad a los demás?

El oso era del color de la noche. Aun con la visión clara de Mona, resultaba difícil distinguirlo bien. Mientras ella esperaba que Ardaco dijese algo, se puso de pie y se convirtió en una silueta que contrastaba con las estrellas. Ella oyó suspirar al hombre a su lado, un silbido nasal.

—No —dijo—. No creo que sea solo para nosotros. ¿Dónde estaría el honor en eso? Convertirse en Guerrero si nadie más tiene la oportunidad —retrocedió a rastras y se apartó del borde, y le dio unos golpecitos a ella en la muñeca—. Vamos, pues; debemos actuar con rapidez. Yo traeré a Gwyddhien. Tú despierta a los demás.

Él lamentaba la decisión. Ya mientras corría a lo largo de la orilla del agua, ella se dio cuenta. Breaca envió a *Granizo* a buscar a Caradoc, y fue pasando por la orilla del agua, despertando a los grupos a medida que llegaba. Los perros estaban atiborrados de despojos de jabalí y somnolientos, y no deseaban despertar. Sus guerreros tampoco estaban mejor. Uno de cada cuatro se quedó para alimentar los fuegos y envolver helechos secos en unas ramitas para hacer antorchas. Al resto, ella les dijo que llevasen sus lanzas y se armasen con piedras de buen tamaño para arrojarlas, insistiendo en que no tenían necesidad de matar; conocían las leyes, pero solo a ella y a Ardaco se les había dado un recuerdo viviente de las penas. A mitad de camino, Caradoc se unió a ella y dividieron a los demás en dos grupos, reuniéndose de nuevo en el lugar donde se guardaba el jabalí. Gwyddhien estaba ya allí, de pie en el peñasco por encima del cuerno. Ardaco no estaba a la vista.

Breaca trepó a la roca y miró a su alrededor. El oso estaba en dirección al viento, y había captado su aroma. Se había levantado sobre las patas traseras, y el romo hocico se elevó hacia el cielo. Breaca dijo:

—¿Dónde está Ardaco? —y las palabras apenas habían salido de su boca cuando le vio y se dio cuenta de que el oso no estaba así de pie simplemente porque hubiese olido a unos cuantos guerreros escondidos entre las rocas, sino porque un hombre pequeño y nervudo, ahora desnudo y sin armas, se encontraba frente a él de pie, balanceándose.

—Dioses, ¿qué está haciendo?

Gwyddhien hizo una mueca.

—Bailando con el oso. Es una tradición entre los caledonios, al parecer, que les han transmitido los antepasados. Bailan con el oso y le piden que les deje en paz, y él lo hace —ella hablaba con suavidad, con el tonillo cantarín del este. Incluso cuando gritaba intentando sobreponerse al ruido de las prácticas de batalla lo hacía igual. Era eso precisamente lo primero que había atraído a Airmid hacia ella, aquello y sus extraordinarias cualidades.

Contemplaron al oso y al guerrero danzar juntos. Breaca dijo:

—Está loco.

—O tiene un valor increíble. Si muere, afirmarán lo primero. Si vive… —la

guerrera sonrió y levantó las manos como haría un jugador al perder una apuesta, cuando la competencia ha sido dura—. No debemos interponernos. Si bajamos, romperíamos el lazo existente entre ellos, y él moriría. Lo único que podemos hacer es quedarnos aquí y observar.

Venutio subió de un salto a la roca y se quedó junto a ellos. Era el único que llevaba la lanza en la mano. Ocurriera lo que ocurriese, él seguía siendo el Guerrero, y nadie tenía el poder para decirle que abandonase sus armas. Se inclinó sobre el mango del venablo y contempló la danza mientras oso y hombre se apartaban a un lado, lejos del peñasco.

Breaca contemplaba a Venutio, más que al oso. Había ido en último lugar a despertarle, y le había encontrado sentado junto al fuego, afilando la hoja de su cuchillo de caza. No le había preguntado por qué venía.

—¿Lo esperabas ya? —le preguntó entonces ella.

—Algo así.

—¿Siempre es un oso?

Él chasqueó la lengua entre los dientes, sopesando lo que podía revelar.

—No —dijo al fin—. No siempre.

Ella quería preguntarle qué otra cosa se podía esperar, pero él no habría respondido, y preguntárselo no le habría honrado. Ella miró hacia fuera, hacia la oscuridad de la noche. Cuanto más bailaba Ardaco, más difícil era de ver. La luz de las estrellas le iluminaba de gris, el color de las rocas, y con el oso ocurría lo mismo. Breaca notó que los demás se iban reuniendo tras ella, escalando lentamente el peñasco. No todos ellos veían a Ardaco. Por dos veces, Breaca tuvo que echar atrás a un guerrero que pretendía enfrentarse solo con el oso.

Estaba sujetando el arma de Braint, la prima de los brigantes, cuando vio las otras formas, pequeñas y más fantasmales, que seguían a la primera.

—¡Oseznos! —exclamó, y soltó a la chica—. Gwyddhien, hay que advertir a Ardaco. Él no puede apartar los ojos de la osa madre, pero cualquiera de los oseznos es lo bastante mayor como para matarle.

Ella habló demasiado tarde. El primo de los brigantes había iniciado ya la acción antes de que ella soltase el arma de su prima. Corrió hacia abajo desde el peñasco, lanzando un grito de guerra y arrojando las piedras que llevaba consigo. Al verle, el osezno más pequeño se volvió. El mayor se echó atrás, como la madre, y se abalanzó hacia Ardaco. Quizá lo vio, pero un hombre solo puede bailar con un solo oso cada vez. No hizo ningún movimiento para volverse o para defenderse.

—¡No! —Breaca ya estaba corriendo también. Ella llevaba las dos piedras que había recogido y tenía también a *Granizo*. Pero no bastaba. Notó que Caradoc iba a su izquierda, hacia el lugar del juramento, y se alegró. Gwyddhien se les unió por la derecha. Otros corrieron también detrás. Venutio se quedó en la roca, observando.

—¡Corre! —rezando por su vida, mandó a *Granizo* para que hostigase a la osa. Desde una distancia superior a un tiro de lanza, arrojó la primera de las dos piedras.

Con la ayuda de los dioses, rebotó en una roca junto al osezno mayor y se hizo añicos, que saltaron en todas direcciones. El osezno chilló y cayó patas arriba. Ardaco se volvió y abandonó la danza. La osa retrocedió un poco más y lanzó un zarpazo al aire. *Granizo* se lanzó hacia ella desde atrás, desgarrándole un poco el pellejo y apartándose antes de que las garras pudiesen convertirlo en jirones. La osa lanzó un gemido, un ruido muy leve para un ser tan inmenso, y se volvió para encarar la nueva amenaza.

Había seis al alcance de sus garras, y todos le habían arrojado piedras. Uno de los guerreros más jóvenes tenía una antorcha y se la arrojó también, pero todos habían apuntado a la osa adulta o al osezno mayor, y ninguno había prestado atención al más pequeño, que se arrojó encima del joven de los brigantes, viniendo en ayuda de su madre. No era un oso muy grande, pero Ardaco tampoco era un hombre grande, y no tenía otra defensa que su astucia cuando el oso le encaró a él. Rodó, apartándose del golpe, como había rodado para apartarse del jabalí, y por eso no fue destripado. Las garras se le clavaron en el hombro, donde el colmillo del jabalí ya le había alcanzado. Con un chasquido como el de una rama rota, le rompieron el brazo y desgarraron la carne. Cayó sin pronunciar un solo sonido.



—¿Ardaco?

Yacía de cara en un lecho de musgo y helechos verdes, con la cabeza hacia el oeste, por si moría. El primo de los brigantes ya estaba muerto. Venutio había pronunciado la invocación a Briga para que aceptase el alma de un cazador perdido en la caza, aunque la culpa era enteramente suya, y el dios lo sabría igual que ellos. La única que le lloraba era su prima, en silencio. En cuanto a los demás, tres habían quedado heridos, de modo que no podrían andar sin ayuda. Los demás habían formado una media luna en torno a los cuerpos caídos y habían expulsado a los osos con el ruido de las piedras golpeadas sobre las rocas y de las antorchas agitadas en el aire, formando círculos de fuego. *Granizo* había acosado a las bestias en la distancia, y no había resultado herido. Breaca daba gracias por ello en privado, mientras enviaba a otros para que buscasen las plantas que necesitaba para iniciar el tratamiento de los heridos. En el tiempo que costó preparar una camilla para llevar a Ardaco a salvo al campamento, había averiguado que era la que más conocimientos tenía de curación. Tres años con la anciana abuela valían como una vida entera de enseñanzas de otros. Así que describió exactamente lo que necesitaba y dónde se podía encontrar, y la mitad de los treinta corrió a su servicio.

Cuando le puso bien cómodo, averiguó que los tres años de enseñanzas que poseía no suponían ventaja alguna para los que buscaban en la oscuridad, a principios del invierno, en el extremo más occidental del mundo. Ninguna de las plantas que ella

requería había sido hallada, y tuvo que conformarse con usar musgo verde, cogido entero de las rocas y colocado en la herida, como el propio Ardaco había hecho por la mañana. Lo estaba sujetando en la espalda del guerrero cuando notó que se movía.

—¿Ardaco? —la cabeza del hombre se apartó de ella. Breaca dio la vuelta y se inclinó para mirarle. El ojo estaba abierto y parecía interrogarla—. Has tenido éxito —dijo—. Los osos se han ido. El chico de los brigantes ha muerto, por pura imprudencia. Todos los demás están bien. Estás herido y has sangrado bastante, pero… —el ojo se cerró. Eso le ahorró pronunciarse sobre algo que podría resultar falso enseguida.

Miró hacia arriba. A Gwyddhien, que estaba sentada en una roca, le dijo:

—He hecho lo que he podido. Tiene el brazo inmovilizado y ligado. La herida está cerrada, pero sigue sangrando. Necesita a Airmid o a Talla, si quiere vivir. Debemos partir ahora mismo.

—¿Eso crees? —la guerrera se quedó silenciosa un momento, y luego meneó la cabeza—. No podemos movernos todavía. Está demasiado oscuro, y se están moviendo las nubes desde el este. Pronto tendremos lluvia, o niebla. La ruta de vuelta a la casa grande no carece de peligros, y ninguno de nosotros conoce lo suficientemente bien el camino como para encontrarlo de noche. Haremos mejor en esperar la luz del día.

—No podemos. Falta demasiado —la urgencia daba mordacidad a su tono.

Gwyddhien sonrió, a mitad de camino de la paz del Guerrero.

—Creo que no. Es más de medianoche. La mañana no está tan lejos.

—Pero aun así, falta demasiado. Si salimos ahora, llegaremos a la casa grande al amanecer. Si esperamos al amanecer antes de irnos, no llegaremos allí hasta media mañana, y por entonces él habrá muerto.

—Mejor que muera uno que muchos. Tres de nosotros están débiles, y habrá que transportarlos, y hay un cuerpo que no podemos abandonar…

—Podemos dejarlo. Si lo enterramos bajo unas rocas, los osos no lo tocarán. Volveré con otros mañana mismo…

—No.

Se enfrentaron por encima del hombre herido. Breaca vio que estaba temblando. La sangre corría cálida por sus venas y le dolía de nuevo la cicatriz de la mano. Aspiró aire con fuerza y lo volvió a expulsar a través de los dientes cerrados. Con cuidado, dijo:

—Entonces, iré yo sola corriendo hasta la casa grande y traeré a la curandera con caballos y una camilla. Estaremos aquí antes del amanecer. No podemos dejarle más tiempo.

—No —Venutio meneó la cabeza—. No puedes ir sola. Los treinta no deben separarse. Es la ley de la elección.

Todavía era un Guerrero. Ella le habría confiado su propia vida. Pero Ardaco era un amigo, y había despertado a Breaca, cuando podía haber bailado solo con el oso y

quizás hubiese tenido éxito.

—¿Quién me lo impedirá?

—Yo lo haré —Venutio se sentó en una roca, con la lanza colocada encima de las rodillas. Sus tranquilos ojos prometían la muerte si le desafiaba. Esbozó una disculpa —: Lo siento. Te dejaría si pudiese, pero la ley es terminante, y no está sujeta a discusión. O vamos todos o no va nadie.

Breaca respiraba demasiado rápido para pensar con claridad. Se moderó un poco y pensó en Eburovic, que siempre le había aconsejado calma y que averiguase bien las razones que se esconden detrás de las palabras, en todos los conflictos. Dijo entonces a Gwyddhien:

—No se trata de encontrar o perder una pista. Todos hemos cazado aquí por la noche muchas veces, tú más que nadie. Podríamos encontrar el camino con los ojos vendados, si tuviéramos que hacerlo. ¿Por qué no quieres que vayamos?

La guerrera asintió, y el calor desapareció de su interior.

—Llevo diez años viviendo aquí —dijo—. No hay osos en Mona.

Breaca repuso:

—Pero había osos esta noche. Los hemos visto.

—Ésta es la noche de la elección de Guerrero. Lo que vemos a lo mejor no está aquí. Solo con la luz del día veremos la verdad. Hemos perdido a uno de nuestro grupo, quizá a dos, si muere Ardaco. Los ancianos predijeron que sería dos o tres veces ese número. Si caminamos durante la noche, nos arriesgarnos a perder a más de dos. Los sueños pueden venir con otras formas diferentes a la de un oso.

—Ardaco no fue herido por ningún sueño.

—¿Estás segura?

—Sí. *Granizo* no ve sueños. Es posible que antes no hubiese osos en Mona, pero ahora sí los hay. Nos ocuparemos de ellos más tarde, o los dejaremos vivir en paz.

Mientras hablaba, subió al peñasco junto a Gwyddhien.

Llevaba el cuchillo al cinto, un arma mejor que ninguna. *Granizo* la seguiría, si no la seguía nadie más. Ella dio un paso a un lado, situándose ante Gwyddhien, a cuya espalda estaba Venutio. Con voz clara, para que todo el grupo pudiese oírla, dijo:

—Si los soñadores están mandando formas soñadas, entonces nos las mandarán igual aquí que en el camino de vuelta. Ardaco necesita ayuda, y las leyes no sirven si condenan a un hombre a muerte sin razón alguna. Aquellos que estén de acuerdo conmigo pueden seguirme. Yo me voy, ahora mismo.

Y saltó. Y echó a correr. *Granizo* saltó tras ella, tan cerca que Breaca podía oler el calor de su aliento y el hedor a oso. En tres zancadas, Caradoc se colocó a su izquierda, como escudo. En diez, Braint, la prima de los brigantes, estaba a su derecha, con Cumal de los cornovios un poco más allá. En la falda de la colina había más que venían corriendo tras ella y no pudo contarlos fácilmente, aunque ciertamente eran más de los que se quedaban. Ella hizo una pausa y miró hacia atrás. En la cima del peñasco, Venutio elevaba el cuerno del Guerrero y les llamaba. Breaca

notó el júbilo del momento, como le había pasado el día que rompió su espada. Acompañada solo de Caradoc y Braint, volvió corriendo hacia la colina. Venutio se acercó a ella, con la cara tan impenetrable como una ley pronunciada por un anciano.

—No deberías ir sola, pero la mayoría ha elegido irse. Por tanto, es Gwyddhien quien debe seguir.

La alta guerrera se situó tras él. En la mano llevaba su propia lanza y la de Breaca. Le pasó ésta última a la joven, con el mango por delante, como signo de buena fe.

—Estoy dispuesta —la cadencia de su voz convertía su frase casi en plegaria.

Breaca le ofreció la mano, según el saludo del guerrero. Ella dijo:

—Si vamos a llevamos a los heridos, necesitaremos más madera para las parihuelas. Dame a la mitad de los treinta y la conseguiré.

—Ya los tienes —el apretón de manos fue aceptado y devuelto. Gwyddhien sonrió —. También debemos preparar un nuevo palo para llevar el jabalí —dijo—. Dividiremos al animal en dos partes; así pesará menos. Y podremos ir más rápido.

* * *

Corrieron toda la noche; no con gran rapidez, pero sí lo bastante. Ninguna forma espectral les amenazó, y tuvieron además buen tiempo. Las nubes cubrían el cielo, pero no vertieron lluvia. Sin estrellas para guiarles, buscaron y encontraron un sendero de cazadores marcado con ramitas en las grietas y lo siguieron. Gwyddhien corría en cabeza de la columna, comprobando la ruta. Venutio corría en último lugar, cuidando de los rezagados para asegurarse de que el grupo no se dispersaba. Breaca y Caradoc formaron equipo con Braint, que necesitaba trabajar para olvidar momentáneamente la pérdida de su primo. Entre los tres llevaban a Ardaco por turnos, de modo que mientras dos lo transportaban, el otro corría, y se cambiaban a menudo para mantenerse frescos. El hombre herido iba despertándose y desvaneciéndose mientras corrían, pero cuando se despertaba permanecía callado y no gritaba aunque tropezasen o fueran bruscos al pasárselo unos a otros, mano a mano, para atravesar una corriente.

Estaban en una pendiente cuesta abajo, cuidando de mantener bien nivelado a Ardaco, cuando Breaca se dio cuenta de que podía ver la silueta de su mano y de su pie, y que por tanto debía de estar amaneciendo. Buscó a Caradoc y vio su cabello tan pálido como el trigo ondulante. Él le sonrió y sus dientes aparecieron, blancos. Braint, con su pelo negro, en el otro extremo de la camilla, era demasiado oscura todavía para poder distinguir su rostro.

A los pies de la pendiente, Gwyddhien se reunió con ellos.

—Estaremos ante las puertas cuando haya amanecido del todo. Aun con los heridos, debemos hacer una buena entrada.

Estaban cansados y sucios, un harapiento grupo de sombras medio entrevistas. Ella los ordenó en tres filas, por orden de edad y experiencia, con las lanzas colgadas a la espalda, en señal de paz. De Ardaco, dijo:

—Nos detendremos en el roble ante la puerta. Entonces le llevaremos hacia delante. Todavía sigue siendo el mejor de todos nosotros. Debe entrar el primero.

Era un acto de honor, digno de ambos. A los ojos de algunos, quizás él era el mejor cuando salieron, pero Gwyddhien estaba volviendo como Guerrera, nadie lo dudaba en absoluto. Breaca se inclinó sobre la camilla y vio que el herido estaba despierto. Le guiñó un ojo, como había hecho antes en una ocasión. Ella mantuvo la mano firme en la lanza, y no bajó la guardia.

El terreno que quedaba era bien conocido para todos ellos: un breve trecho de colinas ondulantes cubiertas de aliagas y valles pequeños llenos de sauces y avellanos. De las dos corrientes, la más cercana se atravesaba pasando por encima de unas piedras, y la más lejana pasando por un puente.

El primero de los venablos cayó mientras pasaban a Ardaco a través de las piedras. Breaca oyó el silbido, luego el ruido del impacto y saltó los dos últimos pasos hacia la orilla sin pensar. Caradoc, que sujetaba el otro extremo de la camilla, saltó con ella y ambos corrieron. Se dirigieron precipitadamente al abrigo de un espino. Braint se lanzó junto a ellos, arrojándose de cara en la hierba.

—Le han dado a Venutio —dijo.

—¿Cómo?

Caradoc dijo:

—Le he visto caer. Las lanzas iban contra él.

—Dioses. ¿Por qué?

Breaca se alejó un poco de su escondite y trató de contar las cabezas. En un espacio abierto, podía haberlas visto. Allí, refugiada en un valle con los árboles todavía revestidos de sus hojas otoñales y los restos de la noche que todavía les envolvían, era imposible. Solo era visible Gwyddhien, echada de cara y mal protegida por una roca. Breaca se llevó las manos huecas junto a la boca y lanzó el grito del búho nocturno, la llamada de los guerreros de Mona. Gwyddhien se lo devolvió y corrió a unirse a ella.

Breaca dijo:

—Venutio ha caído.

—Lo sé. Lo he visto. ¿Has sido la última en cruzar, aparte de él?

—Sí.

—Eso significa que estamos al menos en el lado correcto del río.

Gwyddhien lanzó el grito del búho de nuevo, más alto aún. Otros respondieron en parejas y de tres en tres, y se fueron reuniendo poco a poco.

Cumal de los cornovios llegó el primero al abrigo de la roca.

—¡Ordovicos! —escupió la palabra al suelo, a los pies de Caradoc. Sus pueblos eran antiguos enemigos—. Conocería esas lanzas en cualquier lugar. ¿Tú sabías algo

de esto?

Caradoc miró al otro hombre. Con tranquila parsimonia, se volvió y miró al otro lado del río, a la forma caída de Venutio. El Guerrero yacía despatarrado de espaldas, con los miembros en ángulos dislocados. El mango de un venablo solitario sobresalía de su cuerpo. Volviéndose de nuevo, Caradoc apareció tieso y formal.

—Perdóname. La luz es demasiado escasa para ver desde aquí, pero yo estaba cerca cuando han caído los venablos, y creo que llevaban la marca del dios cornudo en el mango.

—No, eran coritanos —dijo Breaca—. A menos que los cornovios hayan adoptado la marca del milano rojo como propia…

Braint dijo:

—Son votadinos. Los marcan de negro y usan veneno hecho con hongos en la punta. Los conozco desde que era pequeña. Mataron al tío de mi madre.

Se hizo el silencio. Una grajilla voló hacia Venutio y se asustó al moverse una rama.

Demudada, Gwyddhien dijo:

—Entonces los venablos los han enviado los soñadores, igual que los osos. ¿Por qué iban a matar los soñadores a los suyos? —y aunque no lo dijera, estaba claro que pensaba: «¿por qué haría eso Airmid?»

Breaca dijo, ásperamente:

—Pregúntale a Venutio si te encuentras con él en la tierra de los muertos. Él debía de conocer los riesgos, y seguramente había pensado en ellos. Otros años, murieron muchos más de los que mataron los osos —ella se culpaba a sí misma, porque era más seguro que culpar a cualquier otra persona, incluso a alguna soñadora que había apostado, cuando en lugar de eso podía haberla advertido. Una amarga angustia le retorcía las tripas, pero de una forma sorda, como si, una vez enfrentada a la verdad, resultase abrumadora.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Gwyddhien—. No podemos matar a los soñadores.

—¿Cómo que no, si ellos nos matan a nosotros?

Breaca se volvió hacia el grupo. Dos docenas de rostros la miraban, dubitativos. Incluso Caradoc parecía inseguro. Ella había pensado que resultaba inmune al miedo, y se sintió conmocionada al comprobar que no era así. Los soñadores de Mona eran sagrados, estaban ligados por una red pacífica; podían caminar en medio de una batalla, de un extremo a otro, y ningún guerrero levantaría jamás la espada contra ellos. Ella notó que el tejido que les había mantenido unidos a los treinta se deshacía, y rogó a Briga y a Nemain que cuidasen de Airmid. Como respuesta vio solo a Ardaco, moribundo, y al Guerrero, ya muerto, y el monstruoso error que suponía todo aquello la heló hasta la médula. Apeló a Eburovic y a la anciana abuela, y ninguno de los dos acudió. Desesperada, llamó a Airmid, no a la soñadora viviente, sino a la sensación de ella que la envolvía como una segunda piel, y le daba su apoyo

cuando más lo necesitaba. La noche no le devolvió absolutamente nada, y menos que nada; en la oscuridad, el resonante silencio se filtraba en su voluntad. Allí, en la isla de los dioses, en una noche deformada por el toque de los dioses, ella estaba sola, abandonada por aquellos en quienes más confiaba, y además parecían blandir el poder de los dioses en su contra.

Ser consciente de aquella traición resultaba traumático. Miró hacia afuera, a los espinos y sauces que flanqueaban la segunda corriente. Una neblina finase elevaba hasta la altura de la rodilla, fría e insidiosa. Ella nunca había anhelado la muerte como le había pasado a Tago los primeros meses después de perder el brazo, pero la veía aproximarse, y no tenía voluntad para resistir sus embates.

*Granizo* le hociqueaba en la mano, metiendo la cabeza debajo de su palma. Él era el único que no albergaba duda alguna ni temor alguno hacia los soñadores, y que no distinguía entre lo bueno y lo malo en la batalla. Él solo vivía para cazar y matar, para luchar y ganar. Agachándose, ella hundió los dedos en el áspero pelaje de su cuello. Eburovic podía haberle traicionado, pero nadie podía robarle el recuerdo del nacimiento de aquel perro, ni la imagen de Bán en la puerta de la casa de las mujeres, recién salido de su sueño, con los ojos desorbitados, perdido, ansiando un alma que apenas conocía, pero ya amaba; su hermanito pequeño, que deseaba ser guerrero, cuando todo el mundo había visto claramente que estaba destinado a ser el mayor soñador que jamás habían conocido las tribus, hasta que un simple acto de traición cortó su vida de raíz. Después de pensar en Bán, solo le quedaba un breve paso hacia la rabia, la furia y la ira devoradora. Dos años de enseñanzas en Mona le habían enseñado a evitar que la pasión superase a la razón, pero Mona la había llevado hasta aquel extremo, y sus profesores lo sabían y no habían dicho nada. Como desafío, avivó la chispa que ardía en su corazón y que tan fácil le resultaba alimentar mediante el odio a Amminio, mediante el recuerdo de su primer encuentro, de su sacrificio de la potranca parda o su acto final de profanación y el sonido de su risa resonando en sus oídos, hasta que empezó a arder con un fuego que podía destruir cualquier cosa que se interpusiese en su camino.

Temblando, se puso de pie y miró a su alrededor con una claridad que hacía absurda la indecisión que acababa de superar. La niebla se disipó, no era más que un fantasma de su miedo. Los que quedaban de los treinta la contemplaban con recelo, como si ella también fuese irreal. Ella sonrió y vio vacilar a los que tenía más cerca. Eligiendo con cuidado sus palabras, dijo:

—Si todo esto es obra de los soñadores, entonces ésta es en parte la prueba. Nosotros somos los guerreros de Mona. Han pasado años entrenándonos para la batalla. Si vamos a morir, que sea con honor, y en acción, no de pie como toros en un matadero, esperando que nos sacrifiquen —levantó su venablo con la punta hacia arriba, dispuesta a la batalla—. Yo lucharé contra los venablos del sueño, sola, si es necesario, pero preferiría ir en compañía. ¿Quién luchará conmigo en su contra?

La pausa se pudo contar mediante el latido furioso de su corazón, y es posible que

durase una eternidad. Al final, una voz tras ella, dijo:

—Yo lo haré —y Caradoc se adelantó a su lado, cerrando una puerta que llevaba demasiado tiempo abierta. Ella le sonrió, exaltada, y él le devolvió la sonrisa, y ella recordó un momento junto al río en que la muerte les había tenido agarrados a ambos y había decidido soltarles. Con loable sentido práctico, él dijo—: Necesitaremos otras armas. Venablo contra venablo, así no se puede ganar una lucha. Necesitaremos espadas y escudos, para luchar como es debido.

—La armería está en este lado del recinto. Somos veintinueve, menos los heridos. Con diez bastará para llevarnos lo que necesitemos —Braint no estaba lejos. Breaca le puso una mano en el hombro—. ¿Arriesgarás tu vida para recuperar tu espada?

La joven estaba alerta. Su dolor ante la pérdida de su primo se había convertido ya en rabia y necesidad de acción. Sonrió con fiereza.

—La arriesgaré.

—Bien. Así que somos tres. Necesitaremos siete más. Los heridos no.

Braint era la más joven. Los otros no iban a permitir que su valor les superase. Nadie se negó a acompañarla.

Gwyddhien recobró su compostura y su habilidad para planear. Dijo:

—La armería está demasiado desprotegida. Si nos están esperando, habrá que distraerles para mantener su atención en otro lugar —señaló entre las tinieblas—. Hay un bosquecillo de sauces que conduce al borde del segundo arroyo. Toma los diez y llévalos a la armería. Yo tomaré el resto y haremos como si fuésemos a cruzar. Puedes entrar mientras lo hacemos.

Breaca se sentía equilibrada, como si se encontrase en un muro muy elevado, con una clara visión de los que estaban reunidos debajo. Sin esfuerzo consciente, pudo calibrar a cada uno de los veinticinco guerreros que no estaban heridos entre los elegidos, y notar la calidad de su valor. Ardaco estaba echado al abrigo de los espinos. Sus ojos oscuros se encontraron con los de ella, sin asomo alguno de temor. Ella dijo:

—Alguien debe quedarse con Ardaco. No le hemos traído hasta tan lejos para ahora perderle.

—Yo me quedaré. Si me ayudas a colocarlo detrás de las rocas y me das a seis más, podemos mantenerle a salvo todo el tiempo que necesitéis —era Caradoc.

Aunque ella lamentaba perderle, sabía que era el único en quien podía confiar para que protegiese al hombre herido. Asintió.

—Bien. Te dejaremos nuestras lanzas. Ya tendremos bastantes Cuando volvamos, y tú les darás mejor uso aquí.

Trasladaron a Ardaco sin dificultad. Cuando los grupos empezaron a separarse, Gwyddhien levantó la mano para contener a su grupo.

—Necesitamos una señal para empezar la distracción en el momento adecuado.

—Espera aquí.

Nueve lanzas cayeron mientras Breaca corría a lo ancho del río por las piedras y otra docena mientras volvía. Para ella, todas evocaban el hedor y el estilo de los

coritanos, recordados desde su infancia. Se arrojó al abrigo de la roca y sujetó su trofeo en alto para que todos lo vieran.

—El cuerno del Guerrero —era de la longitud de un brazo, y suavemente curvado. Los dos finales estaban forrados de plata lisa, sin adornos, y el cuerno mismo había sido pulido a lo largo de las generaciones hasta alcanzar una calidez translúcida, que captaba el primer y frío brillo del alba y lo convertía en un fuego que fue a unirse con el que ella tenía en su interior. Pasando la correa en torno a su cuello, dijo—: Tocaré el cuerno para llamar a la guerra cuando tengamos las espadas. Reúnete de nuevo con nosotros aquí para recogerlas. Entonces veremos quién arroja esos venablos que cambian en la oscuridad.

—¿Y antes? —preguntó Gwyddhien—. No puedes tocar el cuerno cuando llegues a la armería. Atraerías la atención hacia vosotros demasiado pronto.

Breaca sonrió. La promesa del combate corría por todo su cuerpo, aventando la amenaza de traición.

—¿Te ha enseñado Airmid la llamada de la rana? —le preguntó.

—Sí.

—Pues úsala. Tres veces, y luego otras tres. Cuando oigamos la última, entraremos. Ruega por nosotros, y te traeremos las armas.

* * *

Una rana de piel morena croó en una marisma del este, y le contestó su compañera. A la luz incolora anterior al amanecer, entre los altos herbazales, se alzó una mano y luego se movió hacia delante. Diez guerreros y un perro se deslizaron, reptando como lagartos, por la hierba empapada de rocío.

El recinto estaba tranquilo. El humo se elevaba fino desde las hogueras nocturnas. Los perros y gallos dormían. Una choza pequeña, de piedra y con el tejado de lastras para protegerla del fuego, se alzaba a mitad de camino entre una casa grande y la siguiente. La puerta era de madera, con bisagras, y por tanto dada a rechinar cuando se movía… excepto aquella vez, porque una joven guerrera morena de los brigantes las untó con grasa de un jabalí recién cazado y las silenció. Entraron tres guerreros, uno de ellos secándose la grasa de jabalí de las manos. El interior estaba más negro que la propia noche, pero habían practicado muchas veces, y sabían encontrar sus armas con los ojos vendados para una ocasión semejante a aquélla. Buscaron las espadas a tientas y las fueron pasando, con la empuñadura por delante, a los que esperaban fuera, reconociendo cada una por la forma del pomo. Los escudos eran más difíciles de identificar. Cada uno de ellos llevaba la marca del Guerrero del salmón saltando en su superficie, azul contra el fondo gris, con unas marcas personales grabadas solo ligeramente en el tachón o el asa, demasiado débiles para ser vistas. En

ausencia de más indicaciones, cogieron veintinueve escudos al azar y los sacaron, junto con el que encontraron que era diferente y especial. Llevando tres espadas y tres escudos cada uno, y con el perro saltando delante para advertirles del peligro, corrieron de vuelta a la roca de donde habían venido. Los que protegían a Ardaco habían sido atacados. Dos de los defensores yacían heridos, aunque no muertos, y los habían dejado de guardia con los otros tres heridos. Después de pasar las espadas y escudos a aquellos que podían usarlos, Breaca levantó el cuerno del Guerrero hasta sus labios, se llenó de aire los pulmones y llamó a la batalla.



Breaca ordenó su mitad de la fila. Caminaban hacia delante con los escudos superpuestos, las espadas levantadas y dispuestas. Por última vez ostentaban el salmón que saltaba pintado de azul: era la marca de Venutio, que había sido Guerrero y ahora estaba muerto. El suyo era el único escudo distinto: el salmón estaba profundamente grabado en el tachón y llevaba piedras azules incrustadas. Breaca habría querido llevárselo a él, pero se negaron tanto Gwyddhien como Caradoc; estaban demasiado cerca del amanecer para hacerlo sin ser vistos, y el cuerno ya había sonado con una fuerza tal que podía ser oído en toda la isla; estaban en guerra, y el tiempo para los muertos vendría después, si es que quedaba alguien vivo para atenderles. El escudo se lo habían dejado pues a Ardaco, a quien le habían entregado su propia espada y le habían ayudado a sentarse. Atendiendo su propia petición, le habían atado el escudo a su costado, de modo que el brazo herido no supusiese su muerte. Él les sonrió cuando le dejaron y comprometió su vida con la de ellos, como debe hacer un guerrero.

Los que quedaban de los treinta formaron una luna muy cerrada, como en la caza, pero más estrecha aún, una formación que daba protección a cada uno por un vecino, pero ofrecía la oportunidad, al mismo tiempo, de ganar honor a solas con una carga individual. Gwyddhien ocupaba el centro, como correspondía a su rango. Breaca, por virtud de sus acciones, se había ganado el flanco derecho, el siguiente lugar de más honor. A Caradoc le habían dejado la izquierda, y había tratado de coger a Braint como compañera de escudo, pero al final se había ido con Breaca, y en su lugar había tomado a Cumal, el cornovio que le había escupido a los pies.

Él y Breaca se habían separado al borde de los árboles, justo antes de los pasos finales en terreno abierto. Caradoc se quedó de pie, de espaldas al amanecer. Los restos de niebla habían dejado un fino rocío sobre su cabello y sus hombros, y la fría luz de la mañana convertía cada gotita en metal fundido, que hacía juego con sus ojos. Estaba preocupado. Breaca lo notaba, pero no sabía la causa. Por primera vez en dos años le alegraba su presencia. Inclinándose hacia delante, ella le tocó un dedo con el

pomo de su espada, devolviéndole el juramento del guerrero, cosa que nunca había hecho antes. No dijo nada. No estaba segura de poder hablar en aquellos momentos, pero, de todos modos, les interrumpió Brock, de los dumnonios, que no estaba seguro de cuál era su lugar en la fila, y cuando le tranquilizaron y se colocó bien, el momento y el extraño juego de luces que había fundido a Caradoc en plata había pasado ya.

Se separaron y cada uno ocupó un extremo de la fila. En el último instante, él la detuvo y dijo:

—No pienses en quién está frente a ti. Si realmente nos enfrentamos a los soñadores, es posible que lo que veas no sea real.

Ella dijo:

—Yo conoceré a Airmid.

—Asegúrate bien de que es así.

El grupo caminó colina arriba, saliendo del valle, moviéndose lentamente para no romper la fila. En torno a ellos la noche estaba cediendo el lugar a la mañana, y los grises y negros daban paso a los colores pastel del amanecer. Un mirlo les siguió más allá del último avellano, lanzando una advertencia. En los cercados que había alrededor de las casas grandes, las cerdas gruñían y se despertaban, y las ovejas llamaban a sus corderos. Arriba, en los campos superiores, un potro relinchó con irritación y corrió a lo largo de una cerca. El martilleo de sus cascos repercutió en la colina.

Braint dijo:

—Teníamos que haber traído los caballos. Habría preferido morir a caballo.

—Estaban demasiado lejos, y el amanecer demasiado próximo. Nos habrían visto antes de que llegásemos.

Breaca miró hacia el este. Un hueco entre las nubes mostraba el fondo de oro fundido, esperando los primeros rayos auténticos del sol. Pensó en Venutio, muerto, y en la paz que había proporcionado, y se alegró de que ésta hubiese desaparecido y de que fuese incapaz de apagar el fuego que ardía dentro de ella, muy distinto de la fiebre de batalla que los atrapó a todos en la casa grande cuando empezó la elección de los treinta. El campo estaba muy claro en su mente, así como la ordenación de los guerreros. El vínculo que les unía era sólido, y cada uno brillaba con un desafío y una certidumbre que los hacían a todos más fuertes que si cada uno hubiese estado luchando solo. La única que le preocupaba era Braint; la joven ardía de entusiasmo, pero le faltaba el entrenamiento de Mona.

Breaca dijo:

—Cuidado cuando salga el sol. Si son buenos, pueden usarlo para cegarnos. No mires a la izquierda sin levantar la mano del escudo para darte sombra.

—No lo haré.

Bordearon unos matorrales de aliaga, escudo con escudo. La tierra se abría en la primera zanja y el muro del recinto de los soñadores. La escuela de guerreros hacía sus prácticas allí a menudo. Breaca una vez contuvo a un grupo de diez atacantes con

Cumal como única compañía. Dijo a Braint:

—Si nos separamos del resto y ves que hay más de cuatro contra nosotros, vuélvete de espaldas a mí y… ¿qué es eso?

—¡Guerreros! ¡Mirad! ¡Toda una fila de guerreros!

Se alzaban desde la zanja, totalmente armados y pintados para la guerra. Las plumas de muerte colgaban de los extremos de sus torques, a la manera de los antepasados. Ostentaban las prendas de sus sueños en el cuello y el pelo. Sus escudos eran grises, negando toda fidelidad al Guerrero. Sus hojas estaban firmes.

Breaca tragó la bilis que le abrasaba la garganta.

—Es la guardia de honor. Los han enviado contra los supervivientes de la última elección. Son demasiados. No podemos enfrentarnos a ellos en una fila como ésta.

Era lo peor que ella podía haber imaginado. Caradoc estaba muy lejos, a su izquierda, Gwyddhien diez pasos atrás, en la parte más arqueada de la media luna. Breaca lo veía a él, pero a ella no. Tendrían que haber pensado en aquello, pero no lo habían hecho. Era demasiado tarde para acordar una nueva señal que la guardia de honor no conociese. Lanzando una maldición, se llevó a los labios el cuerno del Guerrero y lanzó la llamada de punta de lanza. Haciendo una pausa para asegurarse de que Braint había comprendido, echó a correr.

Eran veintitrés, una de ellas sin entrenar. Formaron la transición de la media luna a la punta de lanza con mayor rapidez de lo que nadie habría podido hacer, y se unieron en forma de cuña, concentrados en torno a la portadora del cuerno. Breaca moriría, eso era seguro; nadie sobrevivía en las primeras filas de una lanza. Lo sintió por Braint, que estaba justo detrás de su hombro derecho, en la segunda fila. Caradoc había saltado al lugar del escudo de su izquierda, y una vez más la puerta que estaba abierta se cerró. Ella ya no necesitaba el cuerno del Guerrero, excepto para mostrar su desafío, que era una razón suficiente. Levantando la espada con la serpiente que su padre le había regalado, se llevó el cuerno a los labios y sopló, de modo que el sonido los unió aún más y los arrojó hacia delante, como una jauría de perros sueltos para la caza, o de caballos a los que se suelta a todo galope. Lo único que lamentaba, a medida que la punta de lanza adquiría velocidad tras ella, era que no había tenido tiempo para grabar su propia marca en el tachón del escudo, que era prestado.

Un cuerno diferente sonó en el recinto de los soñadores, con unas notas más altas y más delicadas que aquel que acababa de sonar. El sol se abrió paso en el hueco entre las nubes, arrojando su luz en el campo de batalla. La mañana se llenó de vivos colores y sonidos. Los guerreros de la guardia de honor arrojaron sus escudos y envainaron sus espadas. Los que estaban en los extremos echaron una rodilla a tierra. Los del centro se movieron a un lado suavemente, como una puerta bien engrasada, y también se pusieron rodilla en tierra. Tras ellos, las puertas del recinto se abrieron de par en par y dejaron ver las filas de los soñadores, vestidos de ceremonia. Delante de todos ellos, vivo y entero, apareció Venutio. Su escudo era de hierro gris marcado con rojo, el color de la sangre recién derramada. El símbolo pintado en él, todavía

húmedo, de modo que sus bordes estaban medio emborronados, era la serpiente-lanza.

Talla se adelantó para recibir la carga de la punta de lanza de los guerreros… que se había detenido, temblorosa, como un venablo clavado en el tronco de un roble.

—Bienvenida, Guerrera de Mona.

La voz de la anciana era débil y seca, como una hoja de otoño. Sus ojos y su sonrisa eran los de la anciana abuela, de modo que una, desprevenida, podía echarse a llorar en el campo de batalla, cosa que habría resultado imperdonable, pero también podía resultar inevitable si el fuego rugiente que ardía en su interior no podía ser sofocado, o acallado al menos.

Temblando, Breaca envainó la espada con la serpiente y se dio cuenta, algo tarde, de que la mano no le había latido con la promesa del combate. Los guerreros de la punta de lanza se agruparon en torno a ella, jurando que le entregaban sus vidas. Caradoc, que ya se había juramentado con ella, también estaba allí. Braint y Cumal se unieron a él. Gwyddhien se adelantó desde la tercera fila de la lanza. Extendió las dos palmas, como habría hecho un jugador que ganase una partida muy reñida. Su sonrisa no mostraba resentimiento alguno.

—Tú has cogido el cuerno y lo has tocado, y nadie más lo había hecho —dijo—. En ese momento habría muerto por ti de buena gana.

Talla asintió. Breaca miró tras ella. Airmid estaba justo detrás, con Venutio, y allí no había traición alguna ni nada más que preocupación y un amor incondicional. Ella llevaba el broche de plata con incrustaciones de coral que había ganado en la apuesta, y lloraba, cosa que rompía el corazón, pero no era tan malo; a una soñadora se le perdonan las lágrimas en el campo de batalla, mientras que a una guerrera no. Como no estaba segura de poder hablar y las preguntas eran demasiado difíciles, Breaca preguntó solamente:

—¿Y Ardaco?

Airmid dijo:

—Está vivo. Le están atendiendo, igual que a los demás. Dice que te comuniquemos que esto no ha hecho más que empezar. Se unirá a tu guardia de honor cuando esté recuperado, si le necesitas.

—Siempre le necesitaré. Él lleva el alma de los antepasados.

Un destello amarillo captó su atención al elevarse un manto debido a la brisa. Entre todo aquel clamor y movimiento, Gunovic estaba de pie esperando con Lanis, cuya presencia era un recordatorio de la muerte del Perro del Sol.

Sin volverse, Breaca supo que Caradoc lo había visto, y que había tomado su decisión. Notó que la justeza de su elección les convencía a ambos. Dirigiéndose a él, y también a Airmid, a Braint y a Gwyddhien, y a todos los que pudieran escucharla, dijo:

—Con lo que se avecina, os necesitaremos a todos vosotros, sea cual sea la forma en la que decidáis servir.

* * *

La barcaza daba golpes contra los pilares de roble del espigón, tirando de la soga que la ligaba con suave insistencia. Dos caballos estaban ya preparados, sujetos por el guerrero de los ordovicos con manto blanco que había tomado el último barco de la noche para traer un mensaje privado y urgente. Breaca estaba sentada en una roca a un tiro de lanza de distancia, no demasiado apartada de la vista. Con toda la confusión creada por el nombramiento del Guerrero, el juramento de la guardia de honor y los preparativos para la delegación que se enviaría al funeral del Perro del Sol, le confortaba apartarse con *Granizo* y pasar un cierto tiempo sola. El último sol de la tarde le calentaba la espalda y las bayas colgaban maduras del serbal. El agua del estrecho lamía la roca a sus pies. Unas adelfillas muy crecidas salpicaban el agua con sus semillas. Si entornaba los ojos y miraba hacia el agua, el flujo de la corriente contra la roca, las semillas desperdigadas y el reflejo de las bayas tomaba la forma de un venablo arrojado contra…

—¿Te interrumpo?

—No. Te estaba esperando —abrió los ojos.

Caradoc estaba de pie a corta distancia, vestido de viaje. Su manto era blanco, como el de los ordovicos, como el del mensajero que le esperaba en el muelle. Estaba muy tenso, como le había pasado antes a Venutio, un hombre cargado con un nuevo peso. No se había comentado cuál era la naturaleza del mensaje que le reclamaba, pero ella casi podía adivinarlo.

—¿Vas a asistir al funeral de tu padre? —le preguntó—. ¿Los ordovicos quieren que tú encabeces su delegación?

Él asintió.

—Sí, pero no de inmediato. Antes tengo que atender otro asunto —en el muelle, el mensajero se volvió de espaldas a ellos, para darles algo de intimidad.

La urgencia seguía quedando de manifiesto en la forma que tenía de estar allí, de pie. Los caballos se movían, inquietos, y sus arneses relampagueaban al sol. Caradoc entornó los ojos ante el súbito brillo.

—Breaca, yo…

—Tienes que irte, ya lo sé. Parece que siempre nos estamos despidiendo a la orilla de algún río —ella sonrió. En medio de todo el caos, algunas cosas eran sencillas y maravillosas—. En algún momento, quizá, deberíamos arreglar eso.

Fue el dolor que vio en sus ojos lo que la advirtió. Él no estaba simplemente tenso; tenía el mismo aspecto que en las puertas de los cercados en tierras de los icenos, cuando se negó a coger el broche que ella le daba. Ella buscó algún motivo en su rostro, pero no consiguió encontrarlo. Confusa, preguntó:

—¿He cambiado tanto acaso? Soy la Guerrera, pero ha sido la suerte quien me ha otorgado ese honor. Podías haber ido tú a por el cuerno, o Gwyddhien, o incluso

Braint podía haber pensado en ello y corrido hacia él… y yo ahora estaría en la guardia de honor, jurándoles fidelidad. O a ti, si hubieras estado preparado para abandonar a los ordovicos y quedarte en Mona.

Pero él no estaba preparado para ello; de todos aquellos que habían elegido una piedra negra y sobrevivido a las pruebas, él era el único que no se había unido a su guardia. Ella no lo sintió; veía la forma de un campo de batalla mentalmente, con Mona en el flanco derecho y las lanzas de los ordovicos formando un sólido muro en la izquierda. El único interrogante eran los nombres y número del enemigo, y la sincronización de la batalla, pero aquél era el futuro, y el presente era Caradoc, que estaba inquieto y no era feliz; la miraba ahora de una forma que combinaba la incredulidad con una peligrosa hilaridad sin reservas, como si él estuviera a punto de echarse a reír y no se fuera a detener nunca.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella.

Los ojos claros y grises de él la miraron de hito en hito.

—¿Realmente, no sabes lo que hiciste?

—Eché por la borda dos años de entrenamiento de Mona y me puse tan furiosa que se nubló mi razón. Si Maroc supiera lo poco hondas que son las raíces de sus enseñanzas, se sentiría horrorizado. No ha sido nada especial. Si Gunovic me dice una vez más lo orgulloso que estaría mi padre de mí, lo tiraré por el acantilado.

Caradoc levantó una ceja. Ya volvía su autocontrol. Ambos se alegraron de ello.

—¿No estaría orgulloso, acaso? —preguntó.

Ella hizo una mueca.

—Los muertos tienen ventaja sobre los vivos: pueden ver la verdad de las cosas. A Eburovic le preocuparía mucho, creo, que esto no me condujese a la arrogancia.

—Pero, como eres consciente de ello, no será así —él levantó un pie y lo apoyó en la roca y luego el codo en la rodilla, pensativo. Mirando hacia arriba, dijo—: Cuando discutiste con Gwyddhien, después de que hiriesen a Ardaco, y corriste desde la colina, ¿por qué creías que te iba a seguir?

—Te habías juramentado conmigo. No tenías elección.

—No. Lo hice porque vi con toda claridad que era lo que debía hacer. Yo no me habría atrevido a enfrentarme a Gwyddhien y a Venutio, pero cuando vi que tú lo hacías, lo menos que podía hacer era seguirte. Y lo mismo pasó cuando te enfrentaste a la niebla de los soñadores y tomaste la decisión de luchar; para ti a lo mejor no fue nada especial, pero ninguno de los demás pudimos hacerlo. Nunca en mi vida me he sentido tan indefenso como entonces. Incluso en la cubierta de la *Greylag*, mientras se abría en dos y se hundía, supe que al menos podía saltar y nadar, y que tenía una posibilidad. El poder de los dioses estaba por todas partes, y no creí que fuese a morir. La última noche, los dioses no aparecían por ningún sitio, y yo me sentí paralizado. Pude defender a Ardaco, pude asumir el flanco izquierdo del avance, pero no fui capaz de enfrentarme a la niebla y tomar la decisión de luchar, y no fui yo quien volvió corriendo hacia el espino.

—Pero yo no soy como Venutio. Yo no llevo la paz del Guerrero, como él la llevaba —aquel temor había arañado su alma desde la mañana.

Se lo había ocultado a la lacrimosa alegría de Gunovic, a la sonrisa cómplice de Maroc, incluso a Airmid. Pero no podía ocultarlo ante uno que había estado allí, que podía comprenderlo.

Él fue muy amable con ella, como un hombre con un niño y su primer caballo.

—Breaca, tú no tienes por qué traer la paz. Lo que tú aportas es algo muy distinto. Si has escuchado a los bardos convenientemente, sabrás que cada uno de los elegidos ha traído una cualidad muy distinta a su época como Guerrero. Venutio «era» la paz. Formaba parte de él, la difundía sin esfuerzo alguno, simplemente con su existencia. Tú no podrías hacerlo aunque te lo propusieras.

—Pero entonces, ¿qué es lo que aportaré yo? ¿La rabia? ¿Eso es lo que quiere Mona? ¿Lo que necesita? ¿Lo crees de verdad?

Eso fue lo que sentí cuando la niebla de los soñadores se cerraba a nuestro alrededor.

—¿Ah, sí, eso era? Yo no lo creo. Quizás al principio sí, pero no fue eso lo que vi yo. ¿Era eso lo que sentías cuando tocaste el cuerno para formar la punta de lanza? No me digas que era simplemente rabia. No me lo creo.

Ella podía haberlo hecho; era fácil, aunque no del todo cierto. Pensó un momento, dejando que las notas del cuerno volvieran a aparecer en su mente, y el dulce y puro momento que las siguió. A su debido tiempo, añadió:

—Me sentí exactamente igual que justo antes de romper la espada de Venutio… como cualquiera de nosotros cuando arroja una lanza y vuela firme y veloz y se da ese momento, antes de que dé en el blanco, en que sabemos, con absoluta certeza, que dará justo en el centro. Es la alegría de la batalla que viene antes de que empiece la muerte y los gritos de los heridos. Es algo que arde por dentro, como un fuego salvaje, y nada puede detenerlo.

—Eso es —él estaba muy decidido, de una forma que raramente lo había visto antes—. Tú aportas ese fuego salvaje, esa alegría de la batalla; ardes plenamente con ella. Cuando estabas allí de pie en la niebla de los soñadores, era como si alguien hubiese encendido una antorcha y la blandiese ante nuestros ojos. Cuando conducías la flecha, parecía que habías sido forjada en el sol, de tanto brillo que desprendías. Gwyddhien no era la única que hubiese muerto por ti entonces, pero no te seguimos creyendo que íbamos a morir, sino que compartíamos esa euforia de la batalla, ese momento de certeza. Pregúntale a cualquiera de los que iban en la lanza: supimos, con absoluta convicción, que podíamos atacar a la antigua guardia de honor y seguir viviendo.

—Nadie sobrevive en las filas delanteras de una punta de lanza.

Él no lo decía por lástima, ni por la necesidad de ganarse su favor. No había ironía alguna en su voz, que se pudiera desprender del sentido. Ofrecía su sinceridad como un regalo, y sus ojos, clavados en los de ella, hacían gala de una integridad que le dijo

que él se lo creía, aunque no fuese verdad. Él se inclinaba hacia delante, lo bastante cerca como para tocarla. El viento y el sol de la tarde quedaban a espaldas de ella. Su cabello se mezclaba con el de él, el cobre entrelazado con el trigo, y el sol los amalgamaba. La decisión entonces fue sencilla. Ella se levantó y le cogió la mano.

—Tienes un broche que una vez te di como regalo —dijo—. Quizá sea el momento…

Ella se detuvo. El fuego había muerto en los ojos de él. La tensión que había visto antes volvió, y aumentada. De forma fortuita, o quizá no, el hombre del muelle hizo que los caballos se moviesen, de modo que los arneses resonaron como un deliberado y poco sutil recordatorio de la necesidad de darse prisa.

Caradoc no solía tomar el camino fácil, aunque se le ofreciera. Ignorando la interrupción, dijo:

—No puedo, ahora no. Lo siento, de verdad. Si hubiera sabido que había una oportunidad de que tú…

Cada vez que ella pensaba que le comprendía, surgía algo más. Tenía que haber esperado esto. Ella dijo:

—¿Tienes a alguien más? ¿Alguien entre los ordovicos?

—Sí.

Las manos de él todavía sujetaban las de ella, frías de súbito y demasiado blancas. Ella las apretó con delicadeza, y se esforzó por sonreír.

—Es muy afortunada. Le deseo lo mejor contigo, y a ti con ella. Pero todavía estamos juramentados tú y yo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces, con eso basta. Aprendí eso con Airmid; los amantes pueden ir y venir, pero el juramento que liga a un guerrero con su soñadora (o a otro guerrero) permanece siempre. Vamos —poniéndose de pie, liberó su mano y le dio la vuelta cogiéndolo por el hombro—. Los hombres de la barcaza te esperan, y no es bueno hacerles esperar demasiado. Vete ya. Nos encontraremos en el funeral de tu padre, y veremos lo que se puede hacer para eliminar ese veneno que es Amminio. Eso es lo que más importa ahora.

Y al decirlo, ella casi creía que era verdad.

# XX

La plataforma de enterramiento se encontraba en la cima de una pequeña elevación, al norte de la fortaleza. Un grupo de perros de caza manchados de rojo, con espeso pelaje y ojos cautos, hacían guardia en torno a la base. Tres hombres con la marca del Perro del Sol pintada en sus antebrazos y con la lanza negra del duelo en la frente colocaban ramas verdes y hierba encima de una fogata tan larga como el cuerpo de un hombre. Nubes de humo denso y lleno de dulces fragancias se alzaban por encima de la plataforma, filtrándose a través del cuerpo envuelto en telas que había encima, de modo que, aunque estaba en la dirección del viento, era difícil detectar el olor a podredumbre.

Breaca colocó su yegua junto al poste vertical que tenía más cerca. Un manto de niebla previa al amanecer flotaba hasta la altura de su rodilla, escondiendo el suelo a la vista. El humo oscurecía el cielo. Se encontraba atrapada entre ambas capas, en un mundo extraño de blancura y muerte. Los ecos de la niebla de los soñadores tocaban su espalda como dedos gélidos, y le costó mucho sacudirse esa impresión.

Ella no era la primera en visitar a los muertos. Otros habían estado allí antes que ella, trayendo regalos para el viaje: un escudo fino de bronce con unas garzas voladoras en el tachón, colgado de uno de los pilares; una ristra de coral rojo que colgaba formando lazadas del avellano entretejido de la plataforma; un cuerno de plata que golpeaba contra ésta, despidiendo un sonido que quedaba amortiguado por la niebla… En todas partes se veía el oro: anillos, monedas, brazaletes que colgaban suspendidos entre el humo. El viento y el calor creciente del fuego jugueteaba con todos ellos, haciéndolos girar con lentitud. El humo los empañaba, convirtiéndolos en metal más vil.

Su regalo era una torques de oro tejido, aportada por Gunovic especialmente para la ocasión. El metal quizá no estaba trabajado con la habilidad de su padre, pero era lo más aproximado que podía conseguir cualquier herrero viviente: intrincado sin resultar confuso, y realmente valioso. Ella se incorporó en la silla y lo ató bajo una esquina de la plataforma, donde el humo no lo ennegreciese demasiado pronto. El más viejo de los que atendían el fuego asintió con la cabeza, aprobatorio.

Un jinete emergió de la niebla tras ella. Ella hizo recular a la yegua de la plataforma y esperó. Aunque no le hubiese esperado, le habría reconocido por su tamaño. Era más ancho de hombros de lo que ella recordaba, y su cabello estaba veteado de gris, pero por lo demás no había cambiado.

—Togodubno, saludos. Tu padre está siendo bien honrado en la muerte.

—Hasta ahora —él sonrió como breve saludo. El ritual de bienvenida de la

delegación se había realizado con todo detalle cuando llegaron, al anochecer del día anterior. No había necesidad alguna de más formalidad entre ellos; como Guerrera, ella era ahora su igual, y aun sin ello, su pasado les ligaba lo bastante como para hablar abiertamente en privado. Él añadió—: Le llevaremos al montículo de enterramiento mañana. Luain MacCalma designó el lugar donde debía yacer. Si el sol brilla. Cunobelin irá a su lugar de descanso forrado de oro vivo.

—Y aunque no sea así, la majestad de su cortejo fúnebre será mayor de la que haya conocido jamás el mundo —ella había visto los preparativos.

Nunca, en toda la historia de las tribus, se había llevado a cabo un funeral de la misma escala que aquél. Aunque solo fuera por el número de los asistentes y la variedad de las tribus de las que procedían, ya resultaba único.

Togodubno contestó:

—Eso espero. Ésa es la intención. Aunque cometiese errores en vida, mi padre trajo la seguridad y una prosperidad inimaginable a mucha gente, más de lo que cualquier otro había hecho antes. Le debemos un último recuerdo, aunque no podamos mantener su paz.

*Granizo* corrió hacia ella, nadando entre el mar de niebla. Había matado y había comido, y las huellas de su caza seguían pegadas a sus mandíbulas ennegrecidas. Llevaba los cuartos traseros de una liebre, consagrada a Nemain, y se los entregó a ella en la mano. Si era un augurio, era bueno. Togodubno la contempló mientras ella colocaba la carne ensangrentada en la bolsa de su silla.

—Togodubno, voy desarmada —ella tendió las manos, levantando los bordes de su manto para mostrar el cinturón sin adorno alguno que llevaba debajo—. Dejé mis armas a los guardas de la puerta cuando llegamos anoche. Y aunque no lo hubiese hecho, éste es el momento de tu padre. Mientras su cuerpo yace bajo tierra y durante los tres días de su funeral, yo honraré su paz.

Él asintió.

—Por supuesto. No esperaba otra cosa.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

Él la observó con detenimiento.

—He oído decir —prosiguió— que hiciste un voto ante las piedras erguidas de Mona. Que desafiarías a Amminio y le matarías o morirías en el intento. ¿Es cierto eso?

—Lo es. Y he oído decir que Caradoc hizo lo mismo. Si prestas atención en la fortaleza, oirás a los guerreros de una docena de tribus que hacen apuestas para ver cuál de nosotros mata al otro por el privilegio de luchar a solas contra Amminio.

Él esbozó una sonrisa.

—Ése sería un desafío que valdría la pena de contemplar.

—Pero no ocurrirá. Caradoc y yo estamos ligados por un juramento, y no podemos pelear. Y aunque no fuese el caso, la promesa de matar a Amminio fue hecha en un momento de juventud y de ira, cuando llegué a Mona. Desde entonces he

crecido, y en cualquier caso, ya no soy Breaca de los icenos, libre para actuar como a mí sola convenga. Ahora soy la Guerrera, y Mona es mi primera preocupación. Si se presenta la oportunidad, mataré a Amminio, pero no le buscaré. Ni tampoco lo hará Caradoc, según creo; él también ve las cosas en un sentido más amplio.

—Eso está muy bien. —Togodubno alejó un poco su caballo de la plataforma. Breaca obligó a la yegua gris a seguirlo. A una distancia segura, donde nadie más les oía, dijo—: Amminio está aquí. Él también ha dejado sus armas, aunque usa el oro para hablar, cuando no puede hacerlo con la espada. Está claro que se dirigirá hacia el sur en cuanto pueda. Si ocurre eso y tenemos que perseguirle, existe un riesgo de que pueda huir hacia Beriko, de los atrebates, o a Roma.

La noticia no era nueva, solo la inmediatez de la amenaza era nueva. Ella dijo entonces:

—¿Puedes detenerle?

—No lo sé. Si el riesgo es todo o nada, entonces no, no lo creo, pero creo que si se le ofrece algo quizá lo coja, en lugar de perderlo todo. Propongo que le ofrezcamos la administración del mayor de los puertos de la orilla sur del río-mar; no es el único premio al que aspira, pero es el mayor de todos los que codicia, y sería mejor eso que nada. Si lo toma, entonces quizás evitásemos la guerra.

El plan parecía más bien obra de su padre, pero no por eso era malo ni inaceptable. Ella dijo:

—¿Y cómo te asegurarás de que toma solo lo que se le ofrece?

—Cabalgaré al sur con él. Me llevaré un pequeño destacamento; mi guardia de honor y quizás otros doscientos más, los suficientes para igualar las lanzas que él puede dominar de forma directa, pero no para hacerle frente o empujar a los atrebates a la batalla antes de que nosotros estemos preparados.

—¿Y qué harás si él te rechaza y corre a reclamar los juramentos de las lanzas de las tierras del sur?

—Seguirle e intentar llegar a las lanzas antes que él.

—¿Y si él llega primero?

—Entonces, habremos perdido. En el mejor de los casos, pasará el invierno preparándose para la guerra contra los atrebates; en el peor de los casos, nos enfrentaremos a Roma.

Él descansó las palmas en la silla y miró hacia la tierra que ahora era responsabilidad únicamente suya. No era de pensamiento lento, y no carecía de educación ni de medios para interpretar lo que sabía. Y por encima de todo, había sido instruido diariamente en el juego de la Danza del Guerrero por el hombre que la había convertido en la habilidad de su vida. No era un jugador bueno por naturaleza, pero había aprendido más que la mayoría de los hombres. Él la miró y le hizo su oferta.

—Tengo pensado que si la Guerrera de Mona y su guardia de honor forman parte de la fuerza que vaya al sur con Amminio, aquellos cuyas mentes se sienten inclinadas

hacia la guerra pueden dudar y reconsiderarla. Esto podría inclinar la balanza a nuestro favor —su mirada era honrada y abierta, y carecía de la ironía de Caradoc y la malicia de Amminio. Con un gesto dubitativo, él añadió—: Soy consciente de lo que esto te costaría personalmente. Si prefieres no pasar tiempo en compañía de mi hermano, no tendré peor opinión de ti por ello.

—No, pero yo sí —el cielo empezó a aclararse.

Las grandes placas de niebla se fueron hundiendo y disipando a medida que el aire se calentaba. Abajo, en la fortaleza, hombres y mujeres de dos docenas de tribus se despertaban, se levantaban y, cada uno a su manera, saludaba a la aurora. Breaca de los icenos, Guerrera de Mona, notó que el fuego del sol matutino reavivaba la llama de su alma. Puso la mano en el brazo de su amigo y aliado.

—Avísame cuando estés preparado para partir. Iremos contigo.



El funeral duró tres días. Justo antes del amanecer del primer día. Cunobelin, Perro del Sol, amigo de Roma y protector de su pueblo, fue llevado desde la plataforma hasta el montículo de enterramiento en un carro conducido por su hijo mayor. Unos caballos rojos tiraban del carro, y los perros rojos corrían a sus costados. Los arneses de las monturas eran de bronce, brillantes como un espejo, con ámbar y coral incrustados. El cuerpo iba envuelto en un tejido de oro, y el gran manto amarillo colocado encima.

Togodubno llevaba el carro al paso, siguiendo la ruta tradicional que habían tomado los gobernantes de los trinovantes a lo largo de incontables generaciones. El paisaje había sufrido pocos cambios en la primavera anterior a la muerte del Perro del Sol. Se plantaron aliagas a lo largo de toda la ruta, y ahora estaban floridas, de modo que el carro y su séquito de duelo pasó por una avenida bordeada de amarillo. Los dientes de león formaban una ácida alfombra entre la hierba.

La procesión que seguía era más larga y digna que ninguna celebrada anteriormente. Asistieron los miembros de la realeza de todas las tribus, cada uno llevando ante ellos a los soñadores y bardos de su pueblo. Mona había enviado una delegación de doscientos guerreros, además de la Guerrera y su guardia de honor, la mitad de ellos soñadores. Detrás de ellos cabalgaban los trinovantes y los catuvelaunos, y detrás los mercaderes de Galia, Hispania, Grecia y las tres Germanias, que habían hecho fortuna comerciando en los puertos de Cunobelin.

En el montículo de la tumba, el difunto fue entregado al descanso eterno en un féretro de roble, rodeado por más riquezas de las que jamás se habían visto en el reino de los muertos. Luain MacCalma, que tenía la responsabilidad de lo que venía a continuación, estaba visiblemente inquieto. Durante casi tres meses enteros había

estado dirigiendo a los ingenieros y carpinteros de los trinovantes en la construcción de la cámara de madera que albergaría el cuerpo del muerto y luego del montículo de enterramiento que se situaría encima. Los tres días anteriores al funeral estuvo supervisando a los que introducían en la cámara los escudos, armas, comida y oro con las cuales el alma que partía era honrada, asegurándose de que cada objeto era colocado en el lugar adecuado para sus fines. El primer día del funeral, a la débil luz que precede al amanecer, ordenó a los portadores del féretro, que trasladaban el cuerpo desde el carro de Togodubno, que introdujesen a su señor en la cámara, y luego cerró la entrada detrás de ellos con una cortina grande hecha con pieles de animales cosidas, impidiendo la visión del interior.

Los momentos de espera fueron largos y tensos. Tres pepitas de oro en crudo habían sido incrustadas en la hierba por encima de la entrada de la cámara, una junto a la otra, a la distancia de un palmo cada una. El sol naciente incidió en el borde de la primera, pálido e inseguro. Al cabo de un rato, y en ausencia de nubes, el brillo se fue intensificando hasta que se concentró como un punto de fuego. Luego le tocó a la segunda, y luego a la tercera. Cuando las tres pepitas brillaron como luciérnagas, Luain ordenó que apartaran las pieles de la entrada, exponiendo el corazón del montículo y al cuerpo que yacía en el interior, en su capilla ardiente, a la luz de la aurora.

El resultado fue cegador. Cuando cayó la cubierta, la fulgurante luz del sol resplandeció atravesando la entrada, reflejado en todos los objetos de oro pulido y multiplicado, hasta que el hombre, el manto y el féretro en el cual yacía se vieron revestidos de una lámina de luz viviente tan radiante que el simple oro parecía algo tosco. La luz del sol pura inundó el montículo oscuro, iluminando a todos aquellos que estaban de pie mirando, y provocó un único y multitudinario respingo de maravilla. Era un testimonio tanto de las habilidades de Luain MacCalma como diplomático y consejero del desaparecido Cunobelin como de sus logros como ingeniero. Si el Perro del Sol necesitaba un galardón, o un símbolo que mostrase su reconciliación con los soñadores, si estos soñadores hubiesen necesitado un signo que demostrase que caminaban junto a los dioses y los gobernantes del pueblo, entonces, ambas necesidades habían quedado satisfechas. Era el funeral perfecto que todo hombre podía desear, y ninguno de los presentes lo olvidaría jamás, ni se cansaría de contarlo una y otra vez a aquellos a quienes los dioses no habían llamado para que estuviesen allí. Se quedaron todos en respetuoso silencio, hasta que MacCalma indicó que tocasen los cuernos y volvieron por donde habían llegado.

El segundo día del funeral, Cunobelin fue sacado de su féretro, conducido al exterior y ubicado en una pira de roble y fresno seco. Cunomar, el hijo de Togodubno, de tres años de edad, la encendió con la estudiada solemnidad de los niños muy pequeños. Los espacios entre los troncos se habían rellenado con paja y yesca, y pequeñas pepitas de minerales enviados por Maroc desde Mona, de modo que las llamas adquirieron tonos escarlata, dorado y verde intenso, y a los pocos de la

multitud que podían haber olvidado que se encontraban en presencia de la majestad, se les volvió a recordar una vez más que jamás habían visto nada como aquello.

Al tercer día, las cenizas del fuego se extrajeron de la fogata que ardía bajo la pira crematoria y se colocaron en un jarro de arcilla cocida sin terminar, y fueron devueltos al corazón del montículo. Todo lo que había en el interior de la cámara (escudos, espadas, venablos, comida, vino, baúles con ropa) fue roto, rasgado o pisoteado. Sus formas espirituales habían sido transportadas a través del río por el alma que partía, y no había necesidad alguna de que permaneciesen enteras en la tierra de los vivos, como tentación para cualquiera que pudiese profanar el túmulo. La tumba se dejó abierta durante el día y se cerró al salir la luna, bajo las órdenes de Luain. Aquellos que desearon hacerlo fueron animados a permanecer en presencia de los muertos. Los muros entre los mundos estaban ahora muy debilitados, y las palabras de los dioses se podían oír con mucha mayor facilidad.

Mientras tanto, un nombre se pronunciaba junto al del hombre muerto. Caradoc, guerrero de tres tribus, había decidido no honrar la muerte de su padre, y su ausencia dejaba el enorme hueco que su presencia podía haber llenado. En una reunión de aquella importancia corrían los rumores y se extendían como las moscas en una res muerta: se dijo que estaba en la Galia, atacando las tierras que Amminio tenía allí, mientras su hermano rendía homenaje a su progenitor; que estaba en el extremo más occidental de la tierra, forjando una alianza con los dumnonios, que controlaban las minas de estaño, persuadiéndoles para que dejasen su comercio con Roma; que estaba en Hibernia, la vasta isla que había más allá de las nieblas, en el extremo occidental del mundo, convenciendo a sus guerreros para que navegasen hacia el este y desafiaran a sus dos hermanos; que estaba en las tierras salvajes del norte, rindiendo homenaje de nuevo a Cartimandua de los brigantes, que tenía juramentadas más lanzas que cualquier hombre, incluyendo el que acababa de morir.

Esto último era falso y se podía demostrar: Cartimandua tenía más guerreros de los que había tenido Cunobelin, pero Caradoc no estaba con ella. La líder de los brigantes había encabezado su propia delegación hacia el sur y se había hecho notar tanto por el tamaño de las ofrendas depositadas en la tumba (había entregado un carro forrado de oro y un escudo del mismo metal) como por su conducta. No era precisamente una mujer sutil, y aunque Caradoc no estaba en su séquito y esto era evidente, ella hizo saber a todo el mundo que acababa de pasar el invierno en su casa grande, «rindiéndole homenaje» de forma más asidua de lo que su padre había hecho nunca con ninguna mujer.

Breaca, que tenía más razones que la mayoría para saber cuáles de las historias eran falsas, observaba desde la distancia. Conocía poco a Cartimandua hasta el día de su elección, y entonces quedó bien claro que la mujer de los brigantes era, de forma indirecta, la razón para que Venutio hubiese sido reclamado.

Fue un tiempo extraño, ese periodo nebuloso en que el manto del Guerrero no había dejado a uno para pasar a otro, y ni el guerrero cesante ni la presente se habían

acostumbrado todavía al cambio. En los días inmediatamente posteriores, Venutio llevó a Breaca a la casa grande y le explicó todo lo que sabía de las enseñanzas del Guerrero, pasado de generación en generación, desde los días de sus antepasados más lejanos. Sin dificultad alguna nombró a doscientos predecesores suyos, cada uno de los cuales había ostentado el título por una década o más, y bajo su tutela, Breaca aprendió no solo los nombres, sino también los sueños y el poder de cada uno y las historias de la noche de su elección, que se remontaban incontables generaciones. Tanto la sensación de antigüedad y veneración como la responsabilidad que había asumido la dejaron muda de reverencia. Ahora sabía cosas de las que ni siquiera Talla había oído hablar, ni lo haría nunca.

El primer día, el día de la elección, fue diferente. Breaca fue a media tarde a ver a Venutio, que estaba sentado a la sombra de los avellanos junto a la corriente, comiéndose una manzana. Desde la distancia parecía bastante contento; de cerca, el dolor y la resignación que arrastraba eran mucho más evidentes, y Breaca se habría alejado de no haberla saludado él e invitado a acompañarle. Se sentaron allí tranquilamente y ella intentó medir los límites de la paz que él inspiraba, pero no encontró resquicio alguno en su predisposición. Entonces no sabía que a ella no se le requeriría llevarla tal como él la había llevado.

Finalmente, él cortó otra manzana y le dio la mitad, y, como si hablase hacia el agua, le dijo:

—Mi pueblo es el de los brigantes del norte, la parte más pequeña de esa nación. Es el deseo de los ancianos de nuestro Consejo que, junto con Cartimandua, que gobierna la parte mayor del sur, formemos una unidad que sea mayor que las dos por separado. Por eso me han llamado a casa —arrojó el corazón de la manzana a la corriente. Su rostro abierto y romo se cerró—. Cartimandua nunca ha puesto los pies en Mona, ni lo hará tampoco. Ella cree que su voluntad y la de Briga son una sola, y que no necesita soñador alguno para interpretarla o para intervenir. Está enseñando eso a su pueblo, y hace que la traten como a una diosa.

Breaca habló en voz baja:

—Nadie gobierna siempre.

—No. Y es el deseo de nuestros ancianos que su hijo, si es que lo tiene, sea educado en la comprensión de la diferencia entre la voluntad de los dioses y las urgencias del corazón humano. Eso es lo que yo haré con todas mis fuerzas, mientras todavía quede aliento en mi cuerpo.

Así fue como ella vio la plena extensión de la tarea que él había aceptado en el muelle, y sintió la carga que le lastraba. Le pareció entonces increíble, y todavía se lo seguía pareciendo, que alguien que había sido Guerrero pudiera ser cargado de cadenas con tamaña facilidad.

—Si hay guerra —le preguntó ella—, ¿dirigirás a tu pueblo al sur contra Amminio y sus aliados?

—Yo creo que el pueblo del norte (mi pueblo) me escuchará, y sí, si es necesario

les conduciré en apoyo de los trinovantes. Y en cuanto a la gente de Cartimandua… —y se detuvo. Unos pies suaves rozaron la hierba detrás de ella. Venutio había dirigido su voz por encima del hombro de Breaca—. Caradoc la ha visto más recientemente que yo. Caradoc, en el caso de que haya guerra entre tus dos hermanos, ¿Cartimandua, de los brigantes, dirigirá a sus guerreros hacia el sur? ¿Tú qué crees?

Hubo un cierto silencio. Que Caradoc había pasado el invierno con los brigantes era bien conocido. Aunque hasta Mona no llegó noticia alguna de sus actividades allí. Breaca se volvió y le encontró echado de espaldas en la hierba, a su lado, con la cabeza apoyada en una de sus manos. Sus ojos, llenos de sentimiento, reflejaban el cielo. Habló con una malevolencia poco habitual en él:

—Ésa hará lo que le convenga, y ninguno de nosotros puede predecir lo que será —se incorporó y se quedó sentado, y suavizó el tono de su voz, aunque no su mirada —. Cartimandua cree que el respeto se lo gana uno por un accidente de nacimiento. En consecuencia, lo exige sin habérselo ganado, y no lo da, ni siquiera a aquellos entre su propio pueblo que han obrado con el mayor honor y valor en beneficio suyo. Actuará como le dicte el impulso, y no hay forma de saber cómo será, ni ella misma lo sabe —su mirada se encontró con la de Venutio y lo que pasó entre ellos quedó en privado—. No envidio tu posición.

El hombre que había sido Guerrero sonrió débilmente.

—No. Ni tú ni ningún otro hombre. No se lo desearía a nadie, pero tendré que hacer lo que pueda.

* * *

Venutio no formaba parte de la delegación de brigantes que asistió al funeral del Perro del Sol, y lo que haría con Cartimandua seguía abierto a conjeturas. Breaca se dio cuenta rápidamente que compartía la opinión de Caradoc, y su lástima por aquel que había sido su predecesor ahondó más a medida que pasaron los días. De forma muy irritante, se encontró más de una vez en la mesa escuchando descripciones de los logros físicos de Caradoc. En la ocasión más reciente fue Odras, que esperó tranquilamente a que hubiese un silencio en la conversación y preguntó con su voz clara y seductora cómo se las había arreglado la gobernante de los brigantes, después de un invierno entero pasado entre coitos desenfrenados, para evitar la concepción de un hijo. La risa fue estentórea y duró quizá más de lo debido, y ese tema se abandonó y no se volvió a tocar ante Odras o Breaca.

Fue más tarde, cuando todo se calmó, cuando Odras le contó a Breaca el último de los rumores, el que menos había circulado y que parecía, por tanto, más probable que fuese cierto. Breaca la dejó y buscó a Airmid, que quizás hubiese sido capaz de contarle la verdad, pero no lo hizo. En ausencia de respuestas de los vivos, Breaca

subió hasta el montículo de enterramiento para consultar a los muertos.

* * *

La cámara funeraria daba al este, pero Luain había construido una segunda abertura como un túnel hacia el oeste, por la cual podía entrar la tenue luz del sol poniente, calentando así los restos. Breaca llegó cerca del anochecer, y encontró el lugar vacío de vivos y lleno solamente de aire quieto y con un solitario rayo de luz muy recortado que incidía en la urna funeraria y en los jirones del manto amarillo que se encontraba debajo de ella. La cámara del interior del túmulo era más grande de lo que había imaginado, y olía a yesca, no a tierra ni a piedra. Unas tablas de roble recién cortadas forraban las paredes y el techo, grabadas en todas sus superficies con las espirales, líneas y extrañas bestias danzantes de los antepasados. Ella apoyó la espalda en la marca de un ciervo corriendo y se desabrochó la bolsa que llevaba al cinto, echando su contenido en la palma de la mano.

Allí estaban los recuerdos de su vida, al menos todos los que podía llevar encima: un anillo de oro, un trozo de ámbar grabado, regalo de Airmid cuando cruzaron por primera vez los estrechos hacia Mona, un fragmento de cuero cortado a toda prisa del final del cinturón de su padre antes de que le dejaran junto al río y la pata seca de la primera liebre que *Granizo* había cazado para ella, después de que Bán se fuese. Los volvió a recoger todos, conservando solo el anillo. Pesaba en su palma, frío. Se quedó un rato así, notando su huella, y luego se inclinó hacia delante y lo colocó en el centro del manto amarillo, en el último rayo de la luz del ocaso. La pequeña imagen grabada del perro del sol aparecía negra en medio de un océano de oro.

Unos pasos susurraron en la hierba del exterior. Una sombra apareció en la puerta. Una voz que ella habría reconocido en medio de una batalla, o en la ceguera de una tumba sellada, dijo:

—De todos los regalos que él hizo en su vida, ése precisamente no habría querido que se le devolviera.

Ella levantó la cabeza. La cámara se enfrió de pronto. La piel de su cara se tensó en sus pómulos.

—Caradoc —se obligó a volver la cara hacia él—. He oído que has tenido un hijo con Cwmfen, que dirige a los ordovicos. Pensaba que solo seguías los impulsos de Maroc, pero parece que no es así. Tu padre se pondrá muy contento en la tierra de los muertos, ya que se ha cumplido el deseo que más acariciaba.

—No por mi parte —él dio unos pasos más en la cámara. Su voz sonaba artificiosa, extrañamente formal—. Sí, tengo una hija recién nacida. Esperé a ver su primer aliento antes de cabalgar hacia el este, y por eso he llegado tarde. La hemos llamado Cygfa. Bán tenía una perrita con el mismo nombre, y ésa fue la razón. Ella

crecerá y sabrá por qué es su madre, y no su tía quien dirige al pueblo de la maza de guerra. No será vasalla de los trinovantes.

—¿Y qué sabrá de su padre?

—Tanto como sabías tú del tuyo. Más, espero, de lo que yo sabía del mío. O al menos que lo que sepa sea distinto.

Se dirigió hacia el extremo más lejano del féretro y la miró cara a cara. En el aire resinoso de la cámara, olía a viaje, a caballo, a arreos, a barro y a ropas llevadas durante demasiado tiempo. Había perdido el tiempo necesario para lavarse las manos y la cara, y para ponerse un manto nuevo, arrugado todavía por la bolsa de viaje, pero limpio y sin desgastar. Era blanco, del color de los ordovicos, y lo llevaba abrochado con una maza de guerra de plata. Su rostro estaba fatigado y arrugado por la falta de sueño. Era el rostro de un hombre, no de un niño al que sacaban empapado del mar, pero hacía mucho tiempo que era así. Fuera como fuese, ella no podía imaginarle como padre.

«Tengo una hija». El dolor la retorció por dentro, y en cambio no lo hizo en su separación en el muelle de Mona, cuando ella se lo había tomado como un capricho pasajero, y lo había dicho, y él, por lástima, no le había explicado que no era así. Los amantes pueden ir y venir, pero la paternidad no. Caradoc no era una persona que engendrase a un hijo por accidente; haberlo hecho hablaba de un vínculo tan profundo como cualquier juramento de guerrero. Ella le conocía lo suficientemente bien para saber eso, aunque no supiera nada más.

«La hemos llamado Cygfa».

Hemos.

Cartimandua, al menos, se callaría después de aquello. Sería mejor irse. Señalando hacia el féretro, ella dijo:

—Te dejo a solas con él.

—No —la mano de él la detuvo—. No te vayas. Venía a verte a ti. Mi padre y yo ya nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos.

Cogió el anillo del manto del hombre muerto. Lo cogió en la palma de su mano, cálido por la luz del sol. El oro se convirtió en algo que los dos podían mirar.

—Él no hubiese querido que renunciases a esto ahora.

—No pretendía hacer tal cosa. Él valoraba sus alianzas mucho más que eso. No me rebajaré a hacer menos —ella hablaba de los muertos con palabras para los vivos, y los vivos comprendieron.

Los ojos grises estaban vacíos, contemplando los suyos.

—Todavía nos une un juramento.

—Lo sé. ¿Querías renunciar a él?

—Nunca. ¿Y tú?

—No —ella cogió el anillo y se lo puso en un dedo, examinando la imagen grabada en su superficie.

Era la Guerrera, una discípula de Mona. No creía que él no fuera capaz de saber

qué sentía.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó.

—Airmid me lo ha dicho. Yo no te habría molestado, pero Amminio ha reunido a los leales a él y han abandonado la fortaleza.

—¿Cómo? —ella levantó la cabeza repentinamente. Durante un momento fue solo la Guerrera—. ¿Ha rechazado la oferta de Togodubno?

—Eso parece.

—Entonces hay que detenerlo. Si llega a las tierras del sur y toma juramento a los guerreros, habrá guerra. A menos que… —aun con las noticias del día, ella seguía creyendo que Caradoc era mejor que la mayoría. Con el acuerdo de los ancianos, tenía el mando de cinco mil lanzas de los ordovicos; seguramente se habría traído al menos a unos cuantos de ellos, y sin embargo ella no había oído el clamor de los cuernos anunciando su llegada ni tampoco el caos que habría causado la entrada en la fortaleza de muchos caballos. Una certeza espantosa le martilleaba la mente—. ¿Dónde están tus guerreros? —preguntó.

Él hizo una pausa, mirando la urna de su padre. El sol brillaba a través de la puerta occidental y partía su rostro en dos, haciendo que resultase difícil interpretarlo. Con estudiada indiferencia, dijo:

—Ya están en el sur. Aquellos guerreros que antes habían jurado fidelidad a mi padre han transferido su lealtad a mí. Ése es el otro motivo por el que he llegado tarde.

—Dioses… —ella le miró boquiabierta—. ¿Y Amminio? ¿Qué crees que hará ahora?

—Cabalgará hacia el sur creyendo que es un refugio seguro, y averiguará que no lo es. Mis guerreros le retendrán y le mantendrán vivo hasta que nosotros lleguemos. Si salimos ahora, le seguiremos de cerca.

«Salimos». La suposición de que Mona estaba a su disposición no parecía gratuita. Era demasiado fácil enfurecerse, demasiado superficial. Lo importante era partir. Caradoc se levantó y le cogió el brazo al pasar ella.

—Breaca, no. Era necesario. Los guerreros del sur son atrebates de Beriko, y hace poco que juraron fidelidad a mi padre. Su lealtad no es nada segura. Lo sabes bien, tú misma lo dijiste. Si Amminio hubiese llegado allí antes que nosotros, nos habríamos visto envueltos en una batalla cuyo terreno no habríamos elegido.

—Y en cambio, si te equivocas, iremos a la guerra. ¿Sabía Togodubno que tú ibas a hacer esto?

—No.

—¿Así que él tampoco juega la Danza tan bien como sus maestros? —el control de Mona había desaparecido. La ira quemaba el aire entre los dos… y era una furia justa, a causa de sus acciones en la guerra, no por amor. Ella dijo—: ¿Y si Amminio juega mejor que tú? ¿Y si no se dirige a los brazos de tus ordovicos que le esperan? ¿Y si los ve antes, o le advierten y se asusta y busca refugio con Beriko detrás de las fronteras

de los atrebates; y si navega hacia la Galia al encuentro de sus amigos romanos, qué harás entonces?

Él había cabalgado demasiado, demasiado duro, y estaba demasiado cansado para seguirla. Fatigado, dijo:

—Es casi invierno, el mar es demasiado inseguro para navegar a salvo hacia las Galias ahora. Y en cuanto a Beriko, creo que el orgullo de mi hermano no le dejará buscar ayuda tan pronto. Todavía cree que puede ganar solo.

—¿Ah, sí? ¿Eso te parece? ¿O es que tu orgullo no te permite considerar la derrota?

No era una pregunta que mereciera respuesta. Él le soltó la muñeca, de repente, y se quedó en silencio mientras ella pasaba a su lado y salía hacia el clamor de la noche.

Airmid, que la conocía mejor y que tenía unas opiniones muy concretas sobre Caradoc, ya le había ensillado la yegua gris de batalla y colgado el escudo de serpiente-lanza del arzón. La guardia de honor ya estaba montada esperando una palabra para partir, todos excepto Ardaco, que se había quedado en Mona hasta que se curasen sus heridas. A ella le habría gustado que estuviese allí en aquel momento, por la fuerza de su silencio. Los demás notaban el calor de su ira y pensaban que era por Amminio. De buena fe, montaron y la siguieron hacia la puerta y se unieron a la fila de aquellos que esperaban para recoger sus armas. *Granizo* corría a su lado, ansioso por cazar. De todos ellos, él fue el único que miró hacia atrás, al túmulo.

* * *

La lluvia caía inclinada, empujada por el viento. La yegua gris daba la espalda a la virulencia del tiempo. Breaca estaba sentada muy erguida en la silla, debido a la furia que atravesaba sus sentidos. Sin volver la cabeza dijo:

—Vaya con el orgullo de Amminio. No sobrepasa la visión de quinientas lanzas y los mantos blancos que las llevan.

Caradoc estaba a su izquierda. Él también mantenía los ojos clavados en el enemigo.

—Era una apuesta, Hemos perdido. Pero era necesario asumir el riesgo.

—¿Y forma parte del riesgo necesario que ahora nos enfrentemos a los guerreros de los atrebates junto con sus aliados, los dobunios, y que nos superen en número a razón de ocho o nueve contra uno? Puedes luchar tú, si quieres. Yo no pediré a los guerreros de Mona que mueran por el orgullo de otro hombre. Nos vamos a casa. Envíanos noticias si ganas. Estoy segura de que me enteraré si mueres.

La rabia la había mantenido durante los dos días de duro galope y la travesía final del río-mar, y aún lo hacía. Estaba sentada en la yegua gris en un largo y bajo montículo que miraba hacia un valle vacío. Detrás de ella esperaba la guardia de

honor de Mona y setenta guerreros más, además de los doscientos de los trinovantes, apoyados por los ordovicos de Caradoc. Eran casi mil en total, no una fuerza despreciable, pero insuficientes ante los miles que llenaban el promontorio opuesto. Incluso las lanzas que se habían juramentado con Caradoc estaban alineadas contra ellos. Les había costado menos de medio día desdecirse y cambiar de bando. Los atrebates llevaban los mantos de un color marrón claro, del color de la arena. Los dobunios, en el flanco izquierdo, los llevaban verdes a cuadros grises, como el liquen en las rocas. En su mismo centro, entre ambos, Breaca veía una solitaria mancha de amarillo color aliaga. A través de la inmensidad que los dividía, adivinaba la risa de Amminio.

Los otros dos hijos del Perro del Sol la flanqueaban, uno a cada lado. Dijo mirando a su izquierda:

—Querías una guerra. ¿Te alegras ahora que la tienes ya?

—No lucharemos con ellos ahora, estamos demasiado cerca del invierno. Esto es solo para exhibirse. Saben que no podemos hacer nada antes de la primavera.

Caradoc montaba un caballo pardo, como aquél que le había regalado Bán. El manto blanco se extendía por encima de su grupa, empapado del barro y el sudor de la cabalgada, así como de lluvia. Estaba tan furioso como ella, y no hacía esfuerzo alguno por ocultarlo. Con los labios muy apretados, dijo:

—Te pido perdón. Es culpa mía. ¿Eso te hace feliz?

Desde su derecha, Togodubno, que había perdido más pero lo soportaba mejor, dijo:

—Basta ya. No es culpa de nadie. Lo hemos intentado y hemos perdido. Desde el momento en que Amminio rechazó mi oferta de un solo puerto y se dirigió hacia el sur, el resto era inevitable. Ha perdido a algunos hombres al volver a reconquistar el sur de los ordovicos de Caradoc, y ahora nosotros tenemos menos contra los que luchar en primavera. Es lo mejor que podía pasar —mirando hacia las lanzas que se alineaban contra ellos, añadió—: Piénsalo; podría haber sido peor. Podría haber ido directamente a Roma, y pedido al nuevo César que le diera las legiones para que le devolviesen su tierra.

—¿Y qué te hace pensar que no lo hará?

Breaca se aclaró la garganta y escupió. Entre la lluvia y el viento, enfrentándose a un futuro incierto, su rabia empezó a desaparecer. Sin ella se encontraba vacía, hambrienta y helada, ninguna de esas cosas importaba tanto como la necesidad de tejer una sólida alianza que fuera convirtiéndose en una fuerza que pudiese luchar y vencer. Ella suspiró y, por primera vez desde la desesperada carrera que se inició en la fortaleza, la Guerrera se impuso a la mujer. A aquellos de sus compañeros que pudiesen escucharla les dijo:

—Ya es casi invierno. Ni siquiera Calígula cometería la locura de enviar tropas a través del océano en esta época. Tenemos todo un invierno para prepararnos. Nuestros herreros pueden forjar armas, y nuestros guerreros adiestrarse para usarlas

como no hemos hecho desde los tiempos de César. Entre todos podemos formar un ejército que atraviese a los atrebates como una hoja de espada corta una espiga de trigo. Si los dioses están con nosotros, eso bastará para contener el poder de Roma.

# XXI

En Germania, a las orillas del Rin, bajo la mirada del emperador Cayo Julio César Germánico, también conocido (aunque nunca delante de él) como Calígula, los aspirantes de la Galia realizaban su mejor exhibición.

«Marchad. Vigilad la alineación de las armas. Resbalan las lanzas. Mantenedlas bien sujetas, y no dejéis que la punta oscile. Marchad».

Un cuerno circular aulló en la retaguardia de las filas. La cohorte hizo una pausa durante un latido del corazón, y luego, como un solo hombre, cambiaron de frente hacia la izquierda. El alivio se transmitió por las filas. Los aspirantes habían aprendido a distinguir los toques de cuerno a mediados del invierno, y llevaban solo desde el primer día de febrero trabajando con el cuerno solo; hacerlo ahora, y a la perfección, era casi un pequeño milagro. Bán observó ese alivio como había observado todo lo demás, desapasionadamente. Una pequeña parte de su ser marchaba mecánicamente, al mismo tiempo que los demás. La mayor parte, su alma, observaba, juzgaba y no sentía nada.

A Bán le había costado algún tiempo, los primeros días después de la muerte de Iccio, comprender el cambio que había tenido lugar en su interior. Al principio, pensó que el vacío de su alma era una respuesta natural del cuerpo a la conmoción, y que con el tiempo iría pasando. Lentamente, durante el viaje a través de la Galia, llegó a darse cuenta de que había perdido también los cimientos de su vida, lo que le había mantenido durante los dos años de esclavitud con Amminio, que Breaca ya no venía a verle, ni tampoco Macha, y que las echaba mucho de menos. En su lugar se acostumbró a notar la presencia de Iccio caminando a su lado, o más bien, de él mismo caminando con Iccio en la tierra de los muertos, ambos como sombras en una tierra de sombras, sin decir nada pero compartiendo una tranquila camaradería.

No era una sensación desagradable y, no temiendo a la muerte, se encontró aislado de los muchos miedos que acosaban a los galos que se habían unido a él. Bán se había desenvuelto muy bien hasta el momento en el entrenamiento de infantería; de hecho, algunas de aquellas cosas las encontró estimulantes, incluso divertidas, y tenía alguna esperanza de poder llegar a la caballería, aunque aquello se debiera en gran parte al honor de Corvo, tanto como al suyo propio. El prefecto casi había completado el reclutamiento para su ala de caballería recién formada, el Ala V Gallorum, y había dejado bien claro que esperaba que Bán se incorporase a su unidad tan pronto como acabase el periodo de prueba. Era un objetivo al que aspirar, no había mal alguno en perseguirlo y no entorpecía en modo alguno la decisión de Bán de encontrar, a su debido tiempo, un medio para unirse con su familia y con Iccio en

la tierra de los muertos; su única limitación era que debía hacerse con honor.

El *Cuervo* era su mayor esperanza, en este sentido. El potro no se había moderado con el viaje al este hacia el Rin. En realidad, todavía luchaba por matar a cualquiera que intentase montarlo, y Bán pasaba todos los ratos libres que tenía en su compañía, bailando una danza compleja en la que provocaba el peligro pero hacía todo lo que podía para vencerlo. Hasta el momento había tenido éxito, y ahora podía montar sin temor de recibir graves daños, pero nada era seguro.

«Mantén el paso. Marobodo se queda un poco corto con la izquierda. No dejes que te haga perder el paso».

El cuerno volvió a sonar. La masa de hombres hizo una breve pausa y Bán con ellos. No habían llegado, ni de lejos, al estilo pulido de las legiones curtidas en batalla, que se movían de forma refleja al primer latido de las notas. Perulla, su centurión, levantó un brazo amenazador, y dirigió el movimiento a las filas de los aspirantes. Bán giró hacia la derecha y se encontró con que tuvo que dar un saltito para volver a coger el ritmo en la línea con los demás.

«Infierno y condenación, seguro que se ha dado cuenta. No mires atrás».

Una vez, durante la práctica, miró hacia atrás, y se encontró corriendo las primeras cinco millas de la ruta de entrenamiento con el equipo completo con todo su peso. Intentar disimular que había perdido el paso en el desfile ante el emperador sería mucho peor, sin duda. Siguió marchando, con los ojos fijos en el casco oscilante del hombre que tenía delante y su atención fija en el grupito escarlata y plateado de la Guardia Pretoriana que estaba firmes en la tribuna, y el hombre que se hallaba sentado en un asiento destacado entre ellos.

«Está dormido. O le está dictando al escriba. ¿Por qué hacemos todo esto si no nos presta atención? Míranos, maldito seas. O no nos mires. No necesitamos que nos prestes atención. Simplemente, déjanos marchar y que acabe todo y vuélvete por donde has venido. Diles que los ejércitos del Rin son invencibles, que es lo que querrán oír. Mejor que la verdad, antes que reconocer que los salvajes jamás se rendirán a Roma, y que no deberían hacerlo. ¿Qué diría tu Senado si les contaras eso, Cayo Germánico?»

* * *

Cayo Julio César Germánico. Calígula. Dos nombres para un solo hombre. Antes de que los hombres de Corvo hubiesen puesto siquiera los pies en la Germania superior, sus acciones ya les habían afectado. Viajaban a través de Bélgica, en la Galia Transalpina, cuando les llegó la noticia de que el emperador había ordenado la ejecución del gobernador de Germania y que su sustituto, Lucio Sulpicio Galba, había tomado ya posesión. Hasta entonces, Corvo hacía viajar a sus hombres lentamente.

Bán averiguó más tarde que el prefecto ya sabía lo que se avecinaba, que había servido a las órdenes de Galba en Aquitania, y que bajo las órdenes del próximo gobernador empezó a formar la nueva ala de la caballería. Habían enviado a Corvo al oeste para apartarle de los problemas, y se le ordenó que mantuviese lejos a sus reclutas hasta que la carnicería hubiese concluido.

Corvo había aligerado el paso con la noticia de que el nuevo gobernador ya estaba en su puesto, pero aun así, el grupo no viajaba a toda velocidad. En el primer medio mes que costó a los nuevos reclutas alcanzarle, Galba había arrasado como un incendio entre las legiones del Rin, liquidando a los inválidos, los indolentes y los viejos con una ferocidad que dejó al resto intimidado y dolido. Después de romperlas, el gobernador se dedicó a reconstruirlas de nuevo. Hombres que habían pensado que el servicio bajo las águilas era una forma agradable de pasar el tiempo comprendieron su error. Hacia finales del otoño, cuando Corvo dirigió a sus hombres y sus largas reatas de nuevas monturas hacia la empalizada de la caballería en Moguntiacum, las legiones eran un hervidero. A finales del invierno, habían construido dos fuertes legionarios y las filas eran capaces de ejecutar las maniobras con una precisión que no se veía desde los tiempos de la República.

En los primeros días de primavera, llegó una nueva legión y se aposentó en una mitad de los cuarteles recién construidos. Los hombres de la Legio XXII Primigenia eran ciudadanos romanos, y se creían muy superiores a los galos y germanos con los que se ejercitaban, igual que su emperador era superior a los hombres corrientes. Al cabo de cinco días, tuvieron que revisar esa idea. Al cabo de diez días les atacó el mal del río y empezaron las deserciones.

Todos los recién llegados temían al río. Pasaba susurrando entre los campos y era un embaucador de almas, portador de cadáveres hinchados y hogar de insectos que picaban, y cada amanecer escupía una niebla pegajosa que se extendía eh planas láminas que escondían las irregularidades del terreno, de modo que la caballería salía cada día temiendo por las patas de sus caballos. Solo los que habían nacido y se habían educado a las orillas del Rin lo encontraban tolerable. Los auxiliares batavos eran capaces de nadar en él con la armadura completa y montados a caballo, y sin romper filas. Lo hacían por ganar alguna apuesta, para entrenarse y para exhibirse delante de los oficiales más importantes, o simplemente por la emoción de sumergirse en su abrazo. Lo amaban por sí mismo, y por el único nombre que estaba ligado inextricablemente a su historia: Arminio, hijo de Sigimur, destructor de las legiones, el hombre cuya alma, según se decía, había tomado su fuerza del río y la había devuelto centuplicada.

En eso los hombres también estaban divididos. Los romanos y galos hacían el signo para evitar el mal al oír el simple nombre de Arminio, y escupían contra el viento. Los germanos eran más discretos y se reservaban sus opiniones para aquellos en quienes confiaban más. Bán oyó los detalles a Civilis, el enorme y ancho batavo de piel pecosa y con el pelo rubio como el oro que le había dado un garrotazo hasta

dejarlo inconsciente siguiendo las órdenes de Corvo, y desde entonces siempre se disculpaba por ello. Los batavos eran un pueblo muy emotivo, y Civilis, como todos los suyos, era muy dado a amistades expansivas. Desde Durocortorum había adoptado a Bán casi como un hijo, o como un hermano menor que acaba de llegar a la virilidad, y el relato de Arminio era una pieza más de la herencia que debía aprender. Lo contaba sentado en uno de los tres puentes sobre el río, dejando colgar los pies por encima del pretil y arrojando piedrecillas para atraer la buena suerte, una por cada una de las tres legiones destruidas.

—La Decimoséptima, la Decimoctava y la Decimonovena desaparecieron con sus cohortes y auxiliares y todos sus seguidores. No se volvió a saber nada más dé ellas.

Bán ya llevaba dos meses con las legiones por aquel entonces. Se creían invulnerables, y él no había visto motivo alguno para creer que mintiesen. La cortesía le impidió decirlo, sin embargo.

—¿Cómo fueron derrotados? —preguntó.

—Fue culpa de Augusto. Puso a Quintilio Varo a cargo de ellos, y ese hombre era un legislador, pero no un guerrero. Aunque de todos modos hubiesen muerto, porque Arminio había luchado ya contra ellos y sabía cuál era su debilidad. No habían aprendido que marchar en fila con la armadura bien pulida para reflejar la luz del sol y deslumbrar no era una buena forma de luchar en el bosque. Y además, confiaban en Arminio porque una vez fue oficial. Para ellos resultaba imposible imaginar que ningún hombre abandonase a los romanos para volver con las tribus.

Civilis sonrió con desdén, mostrando sus blancos dientes a la luz de la luna. Llevaba el cinturón de la espada tan brillante que resplandecía más que las propias estrellas, y él también era oficial de las legiones, aunque solo fuese decurión de una cohorte auxiliar.

Bán dijo, conciliador:

—Pero todavía luchan en fila.

—Por supuesto. Las legiones nunca aprenden de sus errores. Hacerlo sería admitir su debilidad, y Roma no puede ser débil jamás. Pero del mismo modo, jamás volverá a intentar llevar a la Gran Germania, la parte este del río, a su imperio. Gracias a Arminio, las tribus del bosque viven libres del yugo de Roma.

—La misma Roma por la que luchas tú.

Civilis hizo un gesto desdeñoso.

—La paga es buena —se inclinó un poco hacia delante—. Y creo en el río. Se dice entre nuestro pueblo que lleva consigo el espíritu de Arminio. Mientras el río fluya, Roma y sus aliados no pasarán.

En esto Bán le creía. Había observado cómo el mal se apoderaba de los corazones de los galos que le habían acompañado desde Durocortorum. Hombres que se consideraban a sí mismos guerreros o esperaban serlo se convertían en niños gimoteantes cuando se les obligaba a hacer guardias en pareja durante toda la noche. Las partidas que se enviaban a hacer incursiones al otro lado del puente para recoger

yesca para los nuevos campamentos volvían silenciosos y con los ojos desorbitados, respingando como caballos ante cualquier ruido. Y un campamento del ejército está lleno de ruidos súbitos. Los que compartían sus tiendas y luego, una vez construidas, sus chozas de madera, pasaban noches intranquilas. Solo Bán había permanecido indemne, ya que su alma se encontraba a salvo con Iccio en la tierra de los muertos.

Entonces llegaron los legionarios romanos y, a final de mes, Bán fue testigo de la primera ejecución de un desertor capturado y devuelto tres veces a su unidad. Su cuerpo decapitado fue arrojado al río, y el resto de su cohorte fue obligado a permanecer firme y observar mientras flotaba corriente abajo en aquellas aguas grises y traicioneras. Después de aquello habían disminuido las pérdidas, pero nunca cesaron del todo.

Con la primavera, la nieve se fundió y se hizo posible viajar, y el río se convirtió en una irritación menor, en algo que había que evitar, junto con los mosquitos y los piojos, frente a la amenaza mayor y más tangible del emperador. Las noticias llegaron el primer día de febrero. «Viene. Estará aquí dentro de diez días para inspeccionar las legiones. Ha desterrado a sus dos hermanas y ejecutado a Marco Aurelio Lépido, que era su amante. Matará a cualquiera que atraiga su atención. La muerte de Cayo viene lentamente».

Los romanos de la nueva legión habían conocido a Cayo de primera mano, y eran los que más le temían, Su entrenamiento se desbarató cuando los hombres fueron presa del pánico, pero les unió de nuevo cuando los centuriones volvieron a hacerles entrar en razón a latigazos, o bien les inspiraron un temor mayor.

Habían llegado al cénit de su perfeccionamiento cuando llegó el momento requerido. Cayo llegó a primera hora de la mañana, un día sin nubes, y las dos legiones de Moguntiacum le esperaban en perfecta formación, con el sol invernal desprendiendo un millón de diminutos fuegos como chispas de sus armaduras. Por el honor de su emperador, habían pasado un día entero de maniobras, y Galba, el gobernador, había marchado entre ellos, haciéndose cargo personalmente. Marcharon durante veinte millas por las orillas del río y volvieron, cavaron una zanja, construyeron una fortificación, la atacaron y la defendieron, y ni un solo hombre falló en una exhibición que duró todas las horas de luz diurna. El emperador hizo saber que se hallaba muy impresionado.

Aquello fue el primer día. El segundo se dedicó a la caballería. No fue un día en el que Roma pudiera sobresalir, salvo por poderes. Los romanos no eran buenos jinetes, pero tenían el oro suficiente para comprar la lealtad de los que sí lo eran, y por tanto, los escuadrones de galos rivalizaron con los germanos por la superioridad en velocidad, precisión y audacia de sus exhibiciones. El día se vio sacudido por el estruendo dé las monturas llevadas al límite y los gritos de triunfo de los hombres.

Más tarde, ya cerca de la noche, las legiones se reunieron para contemplar un desfile diferente. El emperador tenía necesidad de nuevos guerreros para su guardia montada germana, y Moguntiacum tuvo el honor de proporcionárselos. Entre los tres

mil voluntarios de los ubios y los batavos, Galba había seleccionado a quinientos. Eran hombres grandes, como Civilis, con la misma piel rojiza por el sol. Montados en idénticos caballos alazanes, cabalgaron con sus ropajes de guerra, su cabello dorado trenzado por encima de la oreja derecha, las caras pintadas con rayas de arcilla blanca y las túnicas llenas de colas de caballo colgadas y cabelleras de los que habían matado.

Su desfile resultó asombroso. Habían sobrepasado todo lo visto hasta el momento, en todos los aspectos, y esta vez Cayo mostró su aprobación de una forma palpable para todos los que miraban. Bajó entre las filas y felicitó personalmente a los jinetes, añadiendo, de vez en cuando, instrucciones concretas para que, cuando los quinientos abandonasen el campo, la mitad de ellos lo hiciesen sabiendo que a partir de entonces pasarían sus vidas unidos a su emperador, más cerca de él incluso que la propia Guardia Pretoriana. Los legionarios y aspirantes le observaron y lo aprobaron. Cayo podía tener una limitada comprensión de la guerra, pero tenía un agudo sentido común en lo referente a proteger su propio pellejo. Debía de ser un hombre muy valiente el que se enfrentase a aquella guardia a caballo, y aunque lo fuese, no llegaría jamás al emperador con vida.



«Casi ha acabado todo. No mires hacia arriba. Corvo dijo que no había que atraer su atención. "Lo que quiere, lo obtiene. Tú eres diferente. Tú destacas, porque tu potro asesino atrae la atención en un campo lleno de yeguas castañas. Si te ve, te querrá, y también al potro. No le des motivo alguno para mirar." No me ha mirado aún».

La mañana del tercer día se dedicó enteramente a los aspirantes, y todavía no había pasado ni la mitad. Dos cuernos sonaron juntos, con un semitono de distancia, ordenando el alto.

«Ya está. Estamos listos».

Ellos no eran la guardia a caballo. No se les permitía mirar a su emperador cara a cara. Se dio una orden desde la tribuna de la Guardia Pretoriana y Perulla, centurión de los aspirantes, se adelantó para asumir un destino desconocido. El emperador todavía no había ordenado la ejecución de ningún centurión por algún fallo de su centuria, pero no era algo imposible. Los reclutas esperaban en absoluto silencio. Tenían un gran respeto por su centurión, si no amor. Durante cuatro meses les había amenazado, engatusado y azotado, sucesivamente. A ninguno de ellos les gustaba, pero reconocían que se había comportado con total imparcialidad. No había elegido favoritos ni había acosado a los débiles más que a sus compañeros, y todos albergaban por él un cierto respeto. Más de uno se daba cuenta entonces de que le dolería verle morir.

El tribuno pretoriano bajó de la tribuna. Bán contuvo el aliento y, tras él, oyó el

nombre de un dios pronunciado en galo. Se dio una orden en latín, demasiado lejos para oírla, y pareció al final que Perulla no iba a morir, ni se le iba a despedir siquiera, sino que se requería a todos aquellos reclutas que aspirasen a ganarse una plaza en la caballería que cogiesen sus monturas y llevasen a cabo su exhibición, Bán se arriesgó a lanzar una mirada hacia atrás. La niebla del río, grisácea, pasaba junto a sus tobillos, la pesadilla del río adquiría fuerza. Con una breve plegaria a Iccio, se volvió y corrió para coger una yegua parda cuyo color y aspecto no atrajesen la atención.

* * *

—¿Cómo ha ido?

—Mal.

La niebla se había despejado. El terreno del desfile estaba tan liso como si un hombre lo hubiese planchado con una plancha de hierro, pero ninguno de esos hechos significaba diferencia alguna para la calidad de la exhibición. Bán tocó el vientre de la yegua marrón por debajo y le limpió el sudor seco de la cincha. No era culpa suya ser mediocre, ni que él hubiese pasado todo su tiempo libre con el *Cuervo*, haciendo las mínimas progresiones hacia la monta y la cabalgada, cuando podría haber estado practicando con ella, en cambio. La yegua era segura, y no había nada recomendable en ella aparte de su color, que hacía juego con los otros del grupo y les había prestado una uniformidad pasajera, al menos hasta que empezaron a hacer círculos a medio galope.

—¿Ha dicho algo Galba?

Rufo se inclinó apoyándose en el poste que marcaba el borde del compartimento. El galo había sido nombrado decurión en la nueva ala de caballería de Corvo, y uno podía pensar que tendría cosas mejores que hacer que apoyarse en un tocón de roble y hablar con un aspirante que todavía no había sido asignado a ninguna unidad. Corvo le había encargado que vigilase un poco a su protegido, eso era ya bien sabido. Pero no siempre apreciado.

—Galba no ha dicho nada. —Bán se inclinó bajo el vientre dé la yegua y empezó a trabajar por debajo de la crin, donde el sudor se había secado dejando unas marcas cremosas—. El emperador ha pedido la comida antes de que tuviese la oportunidad de bajar de la tribuna.

—Ya lo hará más tarde. Tendrás tu plaza en la caballería. Te ha visto en las prácticas y sabe quién eres.

—No tiene ni la menor idea de quién soy. Nunca viene aquí. Será Perulla quien tome las decisiones, y no sé lo que pensaría antes, pero lo que ha visto ahora seguro que le hace cambiar de opinión para siempre.

La yegua había cambiado de paso inesperadamente justo antes del final de la carga

y se había detenido de una forma atropellada medio paso por delante de la fila. No fue ése el único error, pero sí el más notorio, y había convertido a Bán en un espectáculo que no deseaba que se repitiese nunca. Bán dijo:

—Si paso los próximos veinticinco años marchando en fila con cien galos apestosos, será solo culpa mía. Si ves a Corvo, dile que te he dicho eso. Y que puede quedarse el *Cuervo*. No le deseo la vida de un caballo de carga de la infantería.

—Corvo no cogería a ese animal loco aunque murieras y se lo dejaras en el testamento. En cualquier caso, aún no se ha decidido todo. No abandones la esperanza. —Rufo palmeó la grupa de la yegua, levantando polvo—. No te quedes aquí demasiado tiempo. Ve al campo del desfile y encuentra algo útil que hacer. A menos que Civilis mienta como un bellaco germano que es, habrá algo que valdrá la pena de ver antes de que el emperador se acabe la comida.



Si Civilis había mentido, más hombres aparte de Rufo le habían escuchado. Bán tomó una pala y una cesta para recoger el estiércol del campo del desfile y encontró a tres delante de él haciendo lo mismo, mientras otros barrían bien la hierba para quitar la paja y otros reparaban una tabla en la tribuna, donde quizás había un clavo algo suelto… o no. Cayo se había retirado a los cuarteles de Galba en el campamento legionario de la Decimocuarta, a media milla río arriba. Si ocurría algo, había pocas oportunidades de verlo, pero ellos siguieron trabajando en el campo y Perulla no se lo impidió.

El sol se levantó por encima del borde superior del bosque mientras trabajaban. Era el mejor momento del día; durante un rato el río cobró vida, se convirtió en una superficie ondulante de plata fundida que iluminaba a los árboles de sus orillas, de modo que lo negro se convirtió en verde y uno podía imaginar el bosque, si no como un amigo, sí como un enemigo menos implacable.

La alarma la dieron en primer lugar los guardias pretorianos estacionados en la parte exterior de la puerta de los alojamientos del gobernador, a media milla corriente arriba. La guardia, a caballo germana había sido despachada, cosa que había ofendido a muchos de los que habían sido nombrados de forma tan reciente, pero se retiraron a sus cuarteles y guardaron a los caballos en los establos esperando futuras órdenes. El origen de la conmoción no se hizo aparente de inmediato. La residencia de Galba era la mejor guardada de toda la Germania superior, y solo alguien verdaderamente desesperado por morir se arriesgaría a atacarla. Pero aun así, parecía que alguien lo había hecho, y que algunos hombres a caballo salían en defensa de su emperador. Pasó un rato antes de que los aspirantes, inclinados sobre sus palas y escobas, viesen algo más que un grupito de caballos a todo galope, con los mantos volando en el

viento tras ellos. Algunos pensaron que había vuelto la guardia a caballo, pero había demasiada armadura, demasiado brillante, y, a medida que el grupo se fue acercando, se vio que era oro lo que brillaba, y que en cabeza del grupo iba el propio emperador, con su llamativo caballo blanco de batalla y todas las piezas de metal de sus arreos, excepto el bocado, de oro, y la coraza con imágenes de Alejandro incrustadas. Aquel hombre no era un buen jinete; mantenía el equilibrio mediante el bocado, que mordía de una forma feroz. La sangre corría libremente mezclada con la espumeante saliva. Bán se volvió y fue el primero en ver a los atacantes.

—¡Chattos!

Creía que lo había gritado, pero su voz había perdido la fuerza. En su lugar, fue el potro picazo el que gritó: un desafío retumbante que reflejó toda la furia que guardaba en sí el animal y le dio voz. El caballo estaba muy atrás entre las filas, pero el sonido que produjo llegó hasta ellos como si se encontrase cerca, y ese simple ruido hizo que todos los aspirantes se volviesen hacia el río. Como un solo hombre, palidecieron. Todos sabían que los chattos (esa tribu de hombres criados para la guerra, descendientes por reputación, si no de sangre, de Arminio) emergían de lo más profundo de los bosques para hostigar a los pueblos y asentamientos del lado romano del río. Se trenzaban el cabello igual que la guardia a caballo, pero las cabelleras de sus muertos las llevaban tejidas formando una capa encima de los hombros, y llevaban cabezas putrefactas colgando del cinturón. Bán vio que treinta de ellos o más salían directamente del agua con sus caballos, se sacudían como perros y montaban, blandiendo unas espadas empañadas por la herrumbre de un tamaño tal que podían partir el cráneo de un hombre como una navaja corta una manzana. Él abrió de nuevo la boca para gritar como advertencia, un acto reflejo innecesario, porque ya azuzaban a sus caballos a galope tendido y empezaban a lanzar sus gritos de guerra.

Cuando la guardia montada lanzó su grito en el desfile fue muy distinto: más ordenado, menos terrorífico. Al oír aquel sonido, uno podía comprender por qué los galos decían que su campeón, Vercingetórix, había sido derrotado no por las legiones romanas, sino por cuatrocientos jinetes germánicos que cabalgaban por César. Se decía que iban cortando los miembros a los hombres por simple gusto, dejando luego que murieran lentamente en el campo de batalla, y ahora, oyendo su grito, Bán lo creía. Aquel sonido llevaba la muerte en su seno, con más certeza si cabe que el propio río. El hombre que cabalgase contra los chattos habría tenido que estar harto de la vida o tener una confianza suprema en sí mismo.

El emperador Cayo Germánico, al parecer, era ese hombre. Cabalgando a todo galope a la cabeza de su Guardia Pretoriana, elevó la voz y entonó el himno de la caballería, y dándose cuenta de que no podía hacerse oír por encima del clamor, agitó la espada que llevaba por encima de la cabeza. La luz incidió en él acero pulido hasta parecer plata, su filo era tan fino como se podía lograr. No era un arma que pudiese resistir el embate de las mortíferas hojas de los chattos, pero nadie podía decírselo.

Los hombres de las legiones habían visto el peligro. La Decimocuarta fue la que

respondió más rápidamente, pero incluso los aspirantes se lanzaron a por sus armas. Bán dudó, deseando ir a buscar al *Cuervo*, pero se contaban historias acerca de lo que ocurría a los hombres que desertaban frente al enemigo, y él no quería que se dijese que había mostrado temor en el primer ataque. En cualquier caso, precisamente el *Cuervo* entre todos los caballos podía cuidarse solo.

Estaba a mitad de camino hacia el campo de desfiles cuando sonó el cuerno desde la orilla del río: una nota larga y suspirante, seguida de otra más breve. Él echó a correr, intentando recordar si la orden de cargar era la que tenía otra nota más breve inmediatamente después o si lo que había oído, por el contrario, era la orden de reagruparse en el estandarte. Estaba ya junto a las puertas cuando sonó de nuevo, más alto, y las acciones de los hombres que le rodeaban le dijeron lo que precisaba. Se colocó junto al pilar de la puerta y se dobló por la cintura, jadeando y luchando por respirar y poder hablar.

—¿No nos deja actuar? ¿No vamos a salir a ayudar?

Se lo preguntaba al aire y a los dioses, porque había pensado que Galba no era ni un cobarde ni un traidor, pero la orden para él no tenía sentido. Respondió Perulla, el centurión.

—Lo que suena es la orden de «mantenerse firmes». Si a ti te parece que es la de cargar, pues adelante. Yo, por mi parte, creo que debemos mantenernos firmes exactamente donde estamos.

El centurión no era un hombre alto (como les ocurría a todos los romanos), pero sí ancho, y vestía su armadura de parada como si hubiera nacido con ella puesta; la cota de malla se adaptaba desde hacía mucho tiempo a sus hombros y su espalda, más fina en los brazos y los pliegues por encima del cinturón. Se irguió entre los postes de la puerta con la mano izquierda en el hombro de Bán, y su brazo derecho metido en la abertura, de modo que ninguno de los que estaban a su cargo, con el entendimiento nublado por el grito de guerra o la promesa de acción, se arrojase hacia afuera.

Ninguno de ellos lo hizo. Por el contrario, se reunieron en un pelotón junto a él, muy juntos, balanceándose. Bán estaba delante, el portavoz no oficial.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

Perulla sonrió secamente. Era la primera vez que Bán le veía sonreír.

—Deberías ir a ver a ese maldito caballo tuyo y asegurarte de que cierre la bocaza antes de que Cayo ordene que le corten la garganta. Después, creo que quizá deberíamos colocarnos en fila y marchar para defender la residencia del gobernador. Si nos movemos pronto, estaremos a tiempo para saludar la valerosa victoria de nuestro emperador cuando regrese de su batalla.



El ataque estaba dirigido por Civilis.

La noticia trascendió con tranquilidad y precaución entre aquellos que se encontraban de pie a lo largo de la via principalis, y se reventaban los pulmones gritando: «¡Cayo Germánico! ¡Cayo Germánico!» mientras el emperador pasaba cabalgando junto a ellos. Se filtró con una risita de incredulidad desde los dormitorios de la Decimocuarta hasta las cabañas de madera a medio terminar de los aspirantes, ganando crédito a medida que lo hacía. Bán estaba en las líneas de los relevos, procurando aprovechar los momentos de descanso para tranquilizar al *Cuervo*. Oyó el cuchicheo y decidió no creerlo. Rufo llegó y se apoyó en el comedero de piedra que había en el establo y se lo aclaró.

—Por supuesto que era Civilis. ¿Y quién iba a ser si no? Ni siquiera los chattos están tan locos para cruzar el río a plena luz del día, cuando todos los centinelas se arriesgan a que les rebanen el pescuezo si Cayo sale a pasear y los encuentra dormidos en su puesto. Por eso se ha parado la guardia montada: todos son batavos. Han reconocido a su propia gente y se han apartado. Los pretorianos tenían los sesos confundidos por el río; lucharían contra sus propias hermanas, si las chicas apareciesen con el pelo rojo y espadas en la mano. Lo único que necesitaban era que el chico que iba en cabeza les maldijese por cobardes y se habrían arrojado contra ellos cómo si su vida dependiera de ello.

—¿Y le han matado?

—¿A Civilis? No seas tonto. Se los ha llevado a bailar un rato río arriba, ha hecho la zancadilla a un par de caballos y se ha vuelto a meter en el agua con sus hombres. Los pretorianos no saben nadar, y el emperador no les habría dejado intentarlo. Ha hecho que adornasen un par de árboles para marcar el lugar de su victoria, igual que hacía César en los viejos tiempos, y han vuelto triunfantes. Ya conoces el resto.

Así era. Bán era uno de los muchos que se habían situado a lo largo de la calle principal gritando a pleno pulmón mientras el emperador pasaba a caballo. La euforia le había atrapado, a pesar de sí mismo, y se encontró deseando creer que había tenido lugar una especie de batalla y que el enemigo había sido derrotado. La realidad le dejó con un amargo gusto de boca.

Entonces devolvió su atención al *Cuervo*. No había forma de saber por qué el potro se había enfadado tanto, pero, con tiempo y tranquilidad, y sin gente que le acosara, el animal se había calmado. Bán aprovechó la oportunidad y le levantó una pata trasera que por la mañana le había parecido que tenía caliente. Distinguió un rasguño en la suela, junto al punto de la ranilla. Buscó en su cinturón un escarbacascos y recortó una astilla de cuerno. Rufo iba parloteando, diciendo tonterías acerca de los chattos y de la guardia a caballo y de Civilis, que ahora, al parecer, iba a ser nombrado prefecto de su propia cohorte batava, por los méritos de sus «servicios al emperador».

Bán escupió en la suela y sacó el cuerno frotando con el pulgar. La rozadura era antigua, casi cicatrizada del todo, y el calor que había notado, si es que era real, había

desaparecido ya. Dejó caer la pata y se puso de pie, estirando los nudos de su espalda. El *Cuervo* dio una coz y él se agachó sin pensar. Era la forma que tenían ambos de relacionarse. Recogió el escarbacascos y las almohazas y, con Rufo, empezó a caminar de vuelta hacia las líneas de los caballos, hacia el campo. Había crecido a lo largo del invierno, y ahora ya era casi tan alto como el galo. Caminando junto a él, se sintió complacido por la diferencia. Si Rufo lo notó, no dijo nada, y cruzaron el campo de exhibiciones en silencio.

* * *

Todavía no era de noche. El sol se inclinaba por el oeste, arrojando largas sombras en la tierra. Bán abrió las puertas hacia el recinto y se quedó atrás para permitir que el galo pasase antes que él, haciéndole mientras tanto la pregunta que le había quemado la mente desde que se inició la visita imperial:

—¿Crees que vamos a ir a la guerra? Perulla decía que pensaba que eso podía ocurrir este verano, que si Galba podía prometer que aseguraría la frontera contra los chattos, Cayo armaría una flota y navegaría hacia Brit…

Se detuvo porque Rufo se había detenido, y Rufo se había detenido porque Perulla le esperaba al otro lado de las puertas, con Civilis y un trío de la guardia montada del emperador tras él. Bán notó un gusto amargo en la garganta.

Perulla dio un paso hacia delante. Levantó la mano derecha en un saludo absurdo.

—¿Bán, hijo de Eburovic? ¿Rehén de los icenos?

Bán notó que se quedaba sin aire. Desde la fortaleza de Cunobelin no se habían dirigido a él de aquella forma, y nunca en latín. Rufo le dio con el codo en el brazo. Él asintió con la cabeza. Se había quedado sin voz.

—El emperador requiere tu presencia.

—¿Ahora?

—Inmediatamente.

* * *

La guardia montada le flanqueaba. Ya no se sentía tan alto.

Hasta aquel momento, había creído que la casa de baños nueva de Amminio era el summum de la ostentación romana. Entonces atravesó las puertas de la residencia del gobernador en Moguntiacum y su recuerdo se deshizo y se convirtió en polvo. Caminó demasiado rápido por unos amplios y abiertos corredores, vio mármol impoluto y yeso suave como la piel, y pisó mosaicos dramáticos y líricos. Amminio

había hecho lo que estaba en su mano para imitar una cultura adoptada, y se había quedado muy corto. Aspiraba a reflejar sus riquezas y, en lugar de ello, lo que había mostrado era su ausencia. Allí, en la mansión de Galba, todo era contención, impulsada por una riqueza incalculable. Se mostraba en la perfección de cada línea y cada arco, en los bustos de mármol de los antepasados, colocados en sus hornacinas, y en un solitario atleta de bronce, saltando. El color se había usado con sutil elegancia; los mosaicos del suelo mezclaban el azul fluido con el gris y los aguamarinas, de modo que Bán caminaba sobre agua ondulante, con Neptuno en su corazón. En las paredes, arriba, un friso estrecho corría a la altura de la vista a lo largo de todo el corredor. Aquiles matando a Héctor, Escipión venciendo a Aníbal, Octavio destruyendo a Antonio. Pasaron uno tras otro como relámpagos, recortados por las cabezas de los guardias.

Llegaron hasta una puerta doble de tejo, con un pegaso y un jabalí entrelazados grabados, símbolos de las legiones Decimocuarta y Vigésima. Los guardias se detuvieron, aunque no simultáneamente. El tribuno de la Guardia Pretoriana saludó. Nadie dijo nada. Bán podía haber pensado que se había quedado súbitamente sordo, excepto por el murmullo del agua que corría en una fuente cercana, en algún lugar, y el cacareo de dos gallos que luchaban en el mundo que quedaba fuera de aquellas paredes.

El tribuno dio un solo golpe en la puerta. Ésta se abrió. La habitación que había detrás era bastante diferente de aquéllas por las cuales acababan de pasar. Allí se había abandonado toda contención en favor de una opulencia que Amminio habría reconocido. Sedas escarlatas y doradas adornaban los muros. La fuente que Bán había oído desde el exterior cantaba en el rincón más alejado, agua que jugaba con unos delfines dorados. Se había levantado una tarima en el muro que daba al norte, y la silla que se encontraba sobre ella ostentaba unos leones grabados en los brazos y un águila por encima del respaldo.

El emperador vestía de púrpura, con la coraza de oro con escenas de las victorias de Alejandro en relieve por encima. Ocho hombres de la Guardia Pretoriana, de escarlata y con armadura pulida, se encontraban en parejas a cada lado. Otros hombres, sin armadura, también estaban cerca, dispuestos a tomar notas. A uno, que parecía griego, se le había permitido sentarse. Detrás de ellos, Galba se encontraba de pie a mano derecha del emperador y a su izquierda, quieto y tenso, estaba Corvo.

Llevaron a Bán al pie de la tarima, para que tuviera que levantar mucho el cuello si quería ver bien a Cayo. Nadie le había enseñado nunca cuál era la forma de dirigirse a un emperador, o si le era permitido siquiera mirarle a los ojos. Bán miró las patas de la silla. Acababan en unas garras de leopardo talladas, con las garras extendidas. No miró hacia arriba.

—¿Es éste el britano? ¿El rehén que quiere luchar por César, como hicieron los galos por nuestro honrado antepasado de ese nombre? —la voz era profunda y menos frágil de lo que su reputación sugería, más de adulto que de niño malcriado.

Corvo le respondió:

—Sí, mi señor. Es de los icenos, cuya tierra linda al norte con la que ostentaba el noble Cunobelino.

El emperador estaba familiarizado, al parecer, con la política de Britannia. Levantó una ceja y asintió.

—¿Su nombre?

—Mi señor, aún no tiene nombre romano; solo se le dará cuando reciba su destino. En su propia tierra le llamaban Bán, que significa blanco en la lengua de Hibernia, la isla donde fue concebido. Su madre tuvo un sueño de un caballo de cabeza blanca la noche de su nacimiento, y le pusieron ese nombre.

Bán miraba a las patas en forma de leopardo. Contaba los dedos, una y otra vez. En toda su vida solo había oído relatar la historia del sueño de su madre el día de su nacimiento dos veces: una a él mismo, el verano después de que naciera *Granizo*, cuando tuvo su propio sueño con un caballo, y luego de nuevo por la anciana abuela, poco antes de morir. Solo Macha se lo podía haber contado a Corvo. O quizá Luain MacCalma, que sabía demasiado y hablaba con demasiada libertad. «Hibernia, donde fue concebido…» Su madre no le había contado aquello. Buscó a Iccio para preguntarle si era verdad, pero no consiguió encontrarle. Una voz extraña llegaba hasta él.

—¿… es que no oye? ¿O quizá no comprende? Dime que habla latín. Ya basta con reclutar bárbaros en nuestras fuerzas. No lo cogeré si no habla una lengua civilizada…

—Señor, él comprende…

—Hablo latín.

Bán levantó la cabeza y miró a la cara pétrea de Galba, gobernador de Germania Superior, cuyos ojos, qué maravilla, eran de un azul que hacía juego con el mosaico de sus suelos. Junto al gobernador, Cayo Julio César Germánico, emperador de Roma y todas sus provincias, suspiró expulsando el aire por la nariz, que tenía cogida, y chasqueó los dedos, y Bán sintió que su mirada acudía como un perro acude a la llamada de su amo, de modo que, estuviera permitido o no, levantó la vista y la clavó en los ojos densos y nublados del emperador.

—Blanco. Muy bien, para uno tan negro —lo decía con diversión, y con algo más. Los ojos, la voz y la ligera y curvada sonrisa hablaban de otra forma. Bán contempló aquellos ojos, con su promesa de muerte, y dejó que la voz se desvaneciese—. Me dicen que eres un príncipe entre tu gente. ¿Es eso cierto?

Notó la señal casi imperceptible de Corvo y dijo:

—Mi señor, es casi cierto. Mi hermana era la primogénita de la estirpe real —podía haber dicho: «Yo una vez pensé que sería guerrero para su soñadora», pero allí no habría tenido ningún sentido—. Nosotros no nombramos a nuestros príncipes como se hace en Roma. Yo habría sido un guerrero en el ejército de mi hermana, y quizá, si hubiese tenido hijas, y las otras ramas de la familia real se hubiesen extinguido, una de ellas podría haber ocupado su lugar.

—Un guerrero. Bien.

Los ojos despellejaban su mente. En ellos se leía el dolor, así como la muerte, Bán podía notar el color que adoptaban, y la presión que ejercían en sus propios ojos. Se decía que aquel hombre había sido un héroe, muy amado por su pueblo, hasta que le sobrevino una enfermedad y le convirtió en un tirano. Uno podía imaginar lo que un dolor semejante, si era constante, podía hacerle a alguien que ya estaba borracho de poder.

Sus cejas eran doradas, más pálidas que el cabello. Se arqueaban con precisión, fruto de la práctica, una buena advertencia de un cambio de humor. Se pasó la lengua por los labios, dejándolos demasiado rojos. Conmocionado, Bán se dio cuenta de que los llevaba pintados. El emperador preguntó:

—¿Has ganado honores en batalla?

—Mi señor, solo luché una vez, y fui tomado… como rehén en el punto culminante. Antes de eso, había matado a dos hombres en combate justo, en presencia de mi hermana. De no haber muerto, ella podría atestiguarlo.

—¿Y quieres convertirte en guerrero de Roma?

—Sí, mi señor. Es una elección honorable.

El emperador se echó a reír. Medio latido de corazón más tarde, Galba. Corvoy los escribientes que le acompañaban rieron también. El griego (si los rumores eran correctos, se trataba de un liberto de Tiberio, traspasado a su sucesor) se inclinó hacia delante y susurró en el oído de su señor. El emperador asintió e hizo un gesto con la mano. Lo que se dijera ya estaba decidido, pero el hombre era un favorito a quien se consiente en público, y no se despide. Los ojos tenebrosos se achicaron. Absorbían la vida de todos aquellos a quienes tocaban, como si fuesen sanguijuelas. Bán, que ya pensaba en sí mismo como una simple cáscara, sintió que tenía la levedad de las plumas bajo aquella mirada. Los labios pintados sonreían.

—Nosotros también fuimos mantenidos como rehenes en este país, por hombres de la Primera y de la Vigésima. A su debido tiempo pagarán por su temeridad, pero eso nos ha convertido en un guerrero. De modo que miramos de manera favorable tu sendero de gloria, porque sabemos, cosa que tú ignoras, que el servicio en los ejércitos de Roma es el mayor honor que se le puede otorgar a cualquier hombre, y que pronto las oportunidades de conseguir la gloria en la batalla serán múltiples. Aquellos que han luchado para protegernos ya han sido recompensados. Habrás oído hablar de nuestra escaramuza de ayer… —hizo una pausa, dando tiempo a Bán a asentir con la cabeza y a otros en torno suyo a hacer gestos de maravilla y de leve reprobación por reducir una famosa victoria a una simple escaramuza. En toda la habitación, hombres que habían arriesgado sus vidas en batallas auténticas murmuraron su aprobación.

El emperador levantó la mano para pedir silencio.

—Los hombres de nuestra guardia que han viajado con nosotros desde Roma han mostrado de este modo su temple. Entre los guardias montados, sin embargo, no hemos tenido todavía la oportunidad de hacer lo mismo, y esa carencia nos oprime

grandemente. Hemos decidido rectificarla y daros la misma oportunidad.

Hizo señas con un dedo. El mayor de los dos guardias se adelantó. Era una cabeza más alto que Bán, con unos brazos que tenían la misma anchura que los muslos del chico. Su espada tenía dos veces la longitud del torso de Bán, y la hoja era la más ancha que él había visto nunca. El hombre mismo apestaba a caballo y a sudor y a grasa del cabello, y cuando sonreía, como ahora, mostraba que le faltaban los caninos y un molar de la derecha.

El emperador asintió, benévolo. Su mirada era penetrante como la de una serpiente.

—Ya nos llaman Germánico, por nuestro honorable padre. Nos complacería añadir también Británico a nuestro nombre, y esa provincia del imperio, para completar así la visión del deificado Julio, nuestro muy honrado antepasado. Nuestro comandante, Galba, cree que no debemos apartar a nuestras legiones más endurecidas por la guerra del Rin hasta que las tribus hostiles de la gran Germania hayan sido dominadas, y esto nos apena mucho, porque sin ellos no podemos esperar derrotar a las tribus más feroces, al otro lado del océano. Tu presencia, sin embargo, es un don de la fortuna, porque ahora podemos enfrentar a esos dos países y ver quién es el ganador. Así, dejaremos que sean los dioses y vuestro valor quienes guíen nuestras acciones. Si gana mi guardia montado, sabremos que Galba ha calibrado correctamente el temple de las tribus germánicas y aceptaremos su decisión. Si ganas tú, entonces consideraremos que la fortuna ha sonreído a nuestra empresa, al mostrarnos que Britania es la más fuerte. En ese caso, llevaremos a nuestros ejércitos al norte, para que se enfrenten al océano y a las tribus bárbaras que lo pueblan más allá.

Lo dijo para los escribas, para que fuese registrado para la posteridad y se comentase en Roma. Bán luchó por comprender el significado que subyacía en las palabras, y entonces vio a Galba y sintió las oleadas de ira que surgían del hombre y se dio cuenta de que no había sentido alguno en ellas, más que el obvio; lo que había oído era todo.

Galba dijo:

—Señor, ¿enfrentaréis a un chico y a un hombre? ¿A un aspirante contra un oficial de la guardia montada?

Era un hombre valiente. Otros habían muerto por cuestionar decisiones menos importantes que aquélla. Bán vio que la posibilidad de que aquello ocurriese iba creciendo y luego disminuía. Los ojos nublados se cerraron un poco más, escondiendo la ansiedad. El emperador dijo únicamente:

—Ha matado a hombres en batalla, y de eso hace ya algunos años. Es lo bastante mayor para volver a matar. O para morir con honores en la batalla, a manos de otro. ¿Qué mejor modo de vivir, sino en el filo de la victoria? Nosotros les envidiamos a ambos. Si nuestra salud y vida no estuviesen consagradas por un juramento al pueblo de Roma, desearíamos emprender la lucha nosotros mismos. Se decidirá, pues…

mañana, antes de mediodía.

Cayo miró a un lado y abajo, hacia Corvo, que no se había movido, o que quizás era incapaz de moverse.

—Tú has firmado su recomendación, ¿verdad?

—Sí, mi señor.

—Entonces, procurarás que vaya adecuadamente armado. Que no se diga que no era capaz de tomar justicia por sí mismo.

Les despacharon. Corvo fue caminando delante de Bán hacia la puerta. Galba habló, mientras ésta se abría.

—Y te encontraremos una montura mejor que esa yegua parda con patas de vaca, si no quieres que muera.

# XXII

—No puedes hacerlo. Es una locura. Te matará.

—No lo creo. El ubio lo hará. Pero lo hará con honor.

Bán andaba como envuelto por un capullo de euforia y desapego. La parte de él que respiraba, que había comido los huevos de codorniz con azafrán y el delicado pescado de río asado servido en los cuarteles de Corvo, que había escuchado el consejo de Civilis, que había ignorado, una vez más, la oferta de caballos buenos y mejores de Rufo, esa parte se había convertido en un puro espectro, tan poco ligado a la tierra como si fuese invisible. Se le había ocurrido por la noche, mientras yacía en la habitación de los invitados de Corvo, que quizá precisamente Cayo entre todos los hombres supiese lo que era vivir sin alma, y que le estaba haciendo un favor. O quizás el emperador le había absorbido los últimos vestigios de vida que le quedaban, y arrojaba la cáscara al lobo ubio como regalo hacia un hombre de cuyo valor dependía su vida. Fuese como fuese, el resultado era el mismo. Cuando se levantó por la mañana, con Iccio muy nítidamente a su lado, se sintió flotando en una marea de fiebre de combate, exaltado y soberbiamente sensible, de modo que los dedos le hormigueaban y notaba en la piel la presión de la túnica, como si toda su vida hubiese ido desnudo y aquél fuese el primer día que vestía alguna ropa. En torno a él, el campamento todavía iba a la deriva, despojado de color y con unos sonidos que resonaban desde un mundo que no era el suyo propio.

Solo Corvo tenía color, en los ojos y en sus mejillas sonrojadas, y en las plumas escarlata de su casco de desfile. Estaba de pie ante la línea de los caballos con el casco bajo el brazo, haciendo lo posible para no preocupar al potro al que Bán había llamado *Cuervo*, y hablando todavía en contra de él. Su frente estaba arrugada por el esfuerzo que le costaba hacerse entender sin causar ofensa.

—Sé que es tu caballo, y que te preocupas mucho por él, pero no es seguro. Apenas puedes montarlo sin arriesgar tu cuello. Cuatro veces de cada cinco te arroja al suelo cuando intentas montarlo, y la quinta vez te deja solo porque está esperando hasta que le pidas que se ponga a caminar. No puedes hacerlo. Te matará antes de que puedas llegar siquiera al ubio.

Bán sonrió.

—¿Y entonces qué hará el emperador? ¿Dar la victoria al caballo galo? Tendrá que volver al Senado y decirles que César estaba equivocado y que toda la Galia no está al servicio de Roma.

—Bán…

—Lo sé, lo siento. Hay espías por todas partes, y hasta las paredes tienen oídos.

Pero, ¿qué puede hacer él que no haya hecho ya? Voy a morir, de eso no hay duda alguna. Preferiría morir en compañía del *Cuervo* que en la de otro cualquiera, eso es todo. Tu yegua zaina es maravillosa, y te agradezco mucho la oferta. No tengo duda de que puede correr más que cualquiera que el ubio pueda tener en su establo, pero no es el momento ahora de correr, ni de confiar en un bonito juego de piernas. Lo único que pido es que mates limpiamente al potro después, y que no dejes que Cayo se lo lleve a Roma para que adorne sus establos. Ya ha sufrido bastante. No necesita que eso lo empeore más aún.

—Entonces, al menos, toma la espada. Por favor.

La espada había sido la primera oferta de Corvo, antes de la yegua zaina, y había tentado más a Bán. Era la última espada que había forjado Eburovic, entregada a Curaunio y pasada al romano cuando abordaron al Perro del Sol, hacía mucho, mucho tiempo. Corvo se la ofrecía ahora, tendida entre las dos manos. La vaina de piel de toro exhibía toda la fuerza de la nación icena. La osa de bronce en el pomo encarnaba el corazón del alma de su padre. Bán tocó la empuñadura con auténtico dolor.

—No puedo. Lo siento. La hicieron para Curaunio; es demasiado grande para mí. No quiero salir ahí como un niño y destruir un hermoso trabajo de forja iceno. Civilis me ha encontrado unas armas y un escudo hechos para un joven batavo. Son de mi tamaño, y les parecerán adecuados a los que no saben distinguirlos.

Civilis le había dado algo más que eso. Un peto de cuero que llevaba puesto, y una cota de malla puesta encima, ambos regalos del batavo. Éste se adelantó ahora, un hombre grande, desgarbado como un oso, súbitamente confuso por el peso de lo que se avecinaba. Sus ojos estaban inyectados en sangre, por haber bebido mucho, y el olor del alcohol agriaba su aliento, pero su voz era firme, o al menos todo lo firme que puede ser un batavo cuando se ve inmerso en la pena.

—Bán, hermano pequeño, no debes salir creyendo que vas a morir. El ubio tiene sus debilidades. Levanta el brazo demasiado cuando da los golpes del revés, y deja el espacio de debajo expuesto. Si usas la lanza el primero y con fuerza, puedes acertarle cuando levante el brazo, y estará muerto antes de que pueda asestar el golpe.

Bán puso una mano en el hombro del hombre.

—Civilis, amigo mío, si yo acabase de llegar de las tierras de los icenos, quizá podría hacerlo. Pero he pasado cuatro meses aprendiendo a ser un escudo en una cohorte de cientos, un glaudio en una línea de miles. Ya no puedo luchar en combate singular después de esto, como tú no puedes luchar como parte de una cohorte de infantería. Será un asesinato, y Cayo lo sabe. Busca una razón para acallar a Galba de buen grado, y se la daremos.

—Entonces, ¿por qué estás tan condenadamente feliz?

—Porque hoy al mediodía me habré reunido con Iccio y con mi familia. ¿Por qué no iba a ser feliz?

* * *

El potro picazo le arrojó al suelo la primera vez que intentó montarlo. Fue porque Corvo se encontraba allí todavía. Cuando el prefecto se alejó, desesperado, el potro se tranquilizó y dejó que Bán lo llevara al bloque para montar, sin resistencia. En el segundo intento bailó un poco de lado, moviendo la cabeza, porque odiaba los hierros repiqueteantes de la cota de malla de Civilis. Sus ojos aparecían blancos en los bordes. El fuego rojo de su centro ardía con más fuerza que nunca. Bán le hablaba en iceno, cosa que servía para calmarse él mismo, si no al otro. Al tercer intento le permitió que se subiera en la silla.

Poco de él restaba ya en la tierra de los vivos. Iccio cabalgaba con él, montado en la potranca parda, y eso estaba bien. Cabalgaban uno junto al otro, cada uno como parte sustancial del otro. La promesa de muerte les mantenía bien juntos.

Corvo le esperaba con Rufo y Civilis y, sorprendentemente, Perulla, el centurión. Bán cabalgó hacia ellos, sujetando con ligereza al *Cuervo*. Estaba plenamente concentrado en el caballo en cómo levantaba las orejas, en el ritmo de sus andares, en la tensión de su brazuelo, que le avisaría por anticipado antes de la corveta.

—Bán… —los ojos de Corvo albergaban una pena mayor de lo que recordaba Bán haber visto en ningún hombre. El prefecto le acarició la mano por encima del cuello del animal—. Tenéis un aspecto estupendo —dijo—. Los dos.

—Gracias —quizá fuese cierto.

El potro, al menos exteriormente, era perfecto; su pelaje resplandecía como si hubiese sido de azabache aceitado, con unas vetas claras atravesándolo, y la mitad blanca de su cara brillaba como la escarcha bajo la luz de la luna. Interiormente, el animal ardía, igual que le había ocurrido siempre desde que Bán lo conoció en la palestra de Durocortorum.

Llevó el potro hacia delante, emprendiendo ya el camino del olvido. Perulla le detuvo.

—Toma —el centurión le ofreció una lámina de plomo enrollada muy apretada, y doblada en cuatro—. Es una maldición —dijo—. He escrito su nombre dentro tres veces. Si lo dejas caer, él caerá.

Perulla siempre había sido el primero en denigrar la superstición entre sus aspirantes galos. Tuvo la delicadeza de adoptar un aire turbado. Bán cogió el objeto y lo apretó con la mano del escudo, lo moldeó contra su palma y lo calentó. Sé colocó la lanza en la rodilla y saludó como le habían enseñado cuando se despedía de un oficial superior.

—Gracias —dijo—. Lo usaré bien.

Entonces retrocedieron y le dejaron pasar.

Resonaron los tambores desde el lado más alejado del río. Cayo había decretado que el combate se luchase en ese lado, un juego romano en campo germano, prueba

de que los chattos habían sido derrotados. Una cohorte de batavos estaba ya en su lugar, alineados, señalando la palestra.

Tres puentes se extendían sobre el agua, y cada uno de ellos estaba vigilado por legionarios. Corriente abajo, el ubio ya había cruzado el que estaba más abajo de los tres, pasando a través de una guardia de honor de hermanos suyos hasta alcanzarlo. En el puente superior, un destacamento del ala de caballería de Corvo, el Ala V Gallorum, se unió con la cohorte batava de Civilis para formar un corredor de hombres silenciosos, entre los; cuales pasó Bán. Había respeto en su actitud, y él no lo había esperado. Fue pasando con el potro picazo entre los setos gemelos de carne humana. Los hombres estaban muy quietos, conociendo la reputación de su montura. No habría sido necesario. El *Cuervo* parecía haberse transformado mientras ellos cabalgaban hacia el río, haciéndose más fluido, alargando y suavizando el paso. Para esto había nacido, y cabalgarlo era como cabalgar sobre un lobo, o un gato montés al acecho. Bán miró hacia delante entre las orejas enhiestas, la derecha toda negra y la izquierda, mitad blanca y mitad negra. La brisa erizaba los finos cabellos de la parte superior de la crin. Las nubes liberaban las primeras gotas de lluvia.

El ubio esperaba al final del puente inferior, y cabalgaron juntos hacia el campo de batalla. La cáscara a medio terminar de un fortín proporcionaba el telón de fondo para la palestra, haciendo que pareciese mucho más romano. Se había levantado una tribuna en la parte occidental del espacio, engalanada de púrpura imperial. Se había permitido que los mandos de las legiones se uniesen a la partida real. Los hombres estaban detrás, en el lado romano del río, observando.

El perímetro de la palestra se había marcado con serrín. Bán y el ubio estaban uno junto al otro, esperando la llegada del emperador. El hombre de las tribus entonaba su cántico de guerra, ignorando al chico. Su escudo era de piel de toro, y lo llevaba colgado del hombro. La gran hoja asesina aparecía desnuda en la mano del hombre, y la cota de malla brillaba a la luz del tímido sol. Llevaba la cabeza desnuda, como su gente, y sería un buen blanco si uno pudiese acercarse lo suficiente para colocarle un golpe.

Bán movía la lanza en la mano. No tenía razón alguna para creer que pudiese ganar, pero no quería que se dijese que los icenos no sabían luchar. Por el rabillo del ojo veía movimiento en los puentes, Corvo que cruzaba el puente superior detrás de Galba, cabalgando entre un grupito de prefectos y tribunos, y la Guardia Pretoriana que se preparaba para cruzar el puente central a pie, rodeando a un deslumbrante borrón Oro y blanco a caballo que era el emperador. Sonó un cuerno y desde el río llegó el ruido de hombres que marchaban.

Los romanos estaban más cerca del bosque de lo que habían estado nunca. Hileras de alerces invernales y desnudos se rozaban, corteza con corteza, en el viento creciente… pero no había viento. El aire transportaba un hedor de carne antigua, como las calaveras que se llevaban como adorno. A Bán se le erizó el vello. Como un reflejo dio la vuelta al *Cuervo* gritando:

—¡Chattos!

En el bosque se desencadenó el infierno. Los guerreros salían de entre los árboles como ratas de un rastrojo ardiendo, dando tumbos, chillando y empujándose unos a otros hacia delante, en un frenesí sediento de sangre. Aquella era la brutal realidad en la cual Civilis había basado su broma. Los gorros que llevaban, de piel curtida, no eran cabelleras, sino trozos enteros de cuerpos humanos cosidos; las cabezas que colgaban de sus cinturones y rebotaban contra sus muslos no eran las calaveras secas de los antepasados, sino muertos recientes, con la carne machacada e hinchada todavía colgando de ellas, a tiras; su grito de guerra no se parecía a ninguno de los que Bán había oído pronunciados por gargantas humanas, y fue respondido con alegría primitiva y desesperada por el *Cuervo*. Aquello era lo que había conseguido Civilis: el potro conocía al enemigo, y quería matar.

Chillando aún, Bán hizo girar al potro y le obligó a retroceder hacia el emperador. El caos dominaba el río mientras cinco mil hombres de la Decimocuarta, todos vestidos para el desfile, se colocaban en posición de batalla y se abrían camino hacia el puente. En éste cabían en filas de a cinco. A una legión de cinco mil le costaría toda una mañana cruzarlo. La Vigésimo segunda ya estaba formando en el puente inferior, pero lentamente y sin el beneficio de la experiencia de batalla. En el centro, los oficiales y la Guardia Pretoriana se encontraban en formación de batalla ante el emperador. Pero eran pocos, muy pocos. Si los chattos tenían un plan de batalla y querían que los romanos dividiesen sus fuerzas, no lo podían haber hecho mejor.

Ya había empezado la matanza. Bán vio morir a dos pretorianos, con las cabezas partidas desde la coronilla hasta la mandíbula, y la materia gris de su cerebro salpicada. Una hoja silbó en el aire por encima de su cabeza. Se agachó, blandiendo la lanza, y el ansia de la muerte se vio superada por un instinto de batalla que procedía de lo más hondo de su ser. El arma dio en el blanco y le fue arrancada de la mano por el cuerpo que caía. Sacó su espada prestada. Chillando, el potro se alzó y empezó a matar como si hubiese nacido para ello. Bán dio un mandoble con la espada y notó que mordía la carne, y ya se apartaba cuando el hombre cayó al suelo. Buscó a Corvo entre la multitud y le encontró fácilmente. Ocurrió un milagro y el *Cuervo* fue adonde le dijo que fuese, acercándose a la yegua zaina.

Los venablos volaban como flechas, oscureciendo el cielo. El caballo del emperador cayó estrepitosamente, Corvo bajó de un salto de la yegua zaina y se la ofreció. Cayo montó. La yegua zaina cayó también, y el emperador gimoteó como un niño, mientras uno de los pretorianos le sacaba de debajo del animal caído.

Bán hizo girar al *Cuervo*, dejando que cocease con las patas traseras. Corvo mantenía bien alto el escudo, protegiendo a su emperador de la lluvia de lanzas. Galba luchaba por acercarse a ellos, aplastando cráneos con su espada como si fuese un martillo, abriendo y cerrando la boca como un pez hasta que estuvo lo bastante cerca para que se oyesen las palabras: el gobernador decía lo que todo el mundo había pensado, pero nadie se atrevía a pronunciar:

—¡Mandadlo atrás! ¡Mandad al emperador atrás! ¡Matarán a todos los caballos en los que monte!

Corvo sangraba por una herida de lanza en el brazo. Protegía a Cayo como si fuese un amante. Un pretoriano gritó, por encima del tumulto:

—¡El puente está bloqueado! ¡No podrá pasar!

—¡Entonces levantadle y pasadle por encima! ¡Hay que salvarle!, ¿no?

Bán, sin darse cuenta, estaba gritando en iceno, el lenguaje de la guerra. Los hombres que tenía a su alrededor no se enteraron. Lo volvió a gritar en latín.

—¡Enviadle atrás por encima de los hombres o está perdido!

El potro mataba, Galba también. Una hoja procedente de los chattos silbó en el aire, dirigida hacia la cabeza del emperador. Bán paró el golpe con su propio escudo, y notó que los huesos de su mano crujían. Un pretoriano alcanzó en la cabeza al chatto. Otros habían oído el grito y se pusieron manos a la obra. El emperador era un remolino de oro que pasaba por encima de las cabezas de los hombres, que levantaban sus escudos para protegerle y morían al hacerlo. Corvo todavía no había montado de nuevo. La yegua zaina había desaparecido. Bán se agachó y le cogió del brazo.

—Levántate.

Solo podía pensar en iceno. Corvo se sacudió y se soltó. En la misma lengua le dijo:

—Tu caballo no nos aguantará.

—Estás muerto si te quedas a pie.

Hizo girar el potro. La guardia montada estaba en el río, y era difícil distinguirles de los chattos. Casi mató a uno y se detuvo a tiempo y vio que el mismo hombre corría hacia una lanza enemiga con una violencia tal que le arrancaba de la silla. Bán asestó golpes a diestro y siniestro y cogió las riendas del caballo que se acababa de quedar sin jinete.

—Vamos, sube.

En galo esta vez. El potro se apartó a un lado para dejar espacio a Corvo. Bán vio la carrera y vio montar al guerrero, limpiamente, y oyó un aullido que era su propio nombre y se volvió, viendo la espada enhiesta de un hombre de las tribus que no era de la caballería montada, y el mundo se volvió negro.



Se despertó por el dolor, el olor a sándalo, cítricos y cedro, con un toque por debajo de carne podrida. Más tarde, allí echado con los ojos cerrados, llegó a darse cuenta de que la carne podrida era suya, y el dolor procedía del hombro y la mano.

Con más tiempo e investigando un poco más le quedó claro que no era un

fantasma, y que Iccio le había abandonado. Abrió los ojos.

El mundo era blanco, con la luz del sol en un rincón. Un friso de dioses romanos, mujeres con el cabello recogido en altos moños y jóvenes de miembros desnudos definía las uniones entre paredes y techos. En un rincón ardía un brasero, dejando escapar volutas de humo. El calor le envolvía como una manta, pero no ardía, cosa que suponía un alivio. Si pensaba en ello, se daba cuenta de que había tenido mucho calor, un calor sofocante.

Yacía en un lecho bajo, debajo de una sábana blanca de lino. A un lado tenía una jarra de boca ancha, medio llena de agua. Probó a darse la vuelta y cogerla con el brazo bueno.

—No creo que debas. Es un poco optimista todavía.

Un hombre hablaba en un latín con mucho acento a una mente todavía nublada por el iceno. Los pies rozaban el suelo y una cara delgada y barbuda le contemplaba desde una gran altura. Un colgante en forma de bastón rodeado por unas serpientes pendía ante los ojos de Bán.

—Teófilo de Atenas. Doctor de Cayo Germánico. A tu servicio.

Las frases del hombre estaban recortadas pulcramente, como su barba. Su voz era ronca, como si se hubiese curado recientemente una tos. Sonrió, mostrando los colmillos retorcidos hacia adentro. Bán le miró, incapaz de hablar.

—Tienes un corte de espada en el hombro. El hueso está roto y la herida no es buena. Esos hombres —hizo una mueca— no llevan sus armas limpias.

Bán recordaba al gigante que había tratado de matarle: el pelo trenzado, el manto de piel humana con el cabello tejido por encima, la cabeza de trofeo con su fétida carne. Imaginó a un hombre semejante tomándose tiempo antes de la batalla para frotar toda su arma con arena. Sonrió y tuvo que parar porque le dolía también hacerlo.

—Sí. También una grieta en la mandíbula. Recomiendo silencio para el futuro inmediato. Y la mano izquierda… no, no la muevas… la mano izquierda sería papilla si no hubieras sujetado con ella una tablilla de plomo que… Tranquilízate, ¿quieres? —los ojos contenían un destello de simpatía que atenuaba la brusquedad de la orden. La voz áspera y extraña dijo—: El hombre a quien se aplicaba murió en los primeros momentos de la batalla, y tú no habías dejado caer la tablilla; por tanto, no tienes culpa alguna de su muerte. Sin embargo, he creído que sería mejor que nuestro emperador no sepa que saliste a cabalgar al campo de batalla armado con una maldición, y por tanto la arrojé al río. Los dioses del ubio harán con ella lo que quieran. Tú, mientras tanto, quédate bien quieto cuando te lo digan, y deja de intentar mover esa mano, si quieres seguir usándola posteriormente en la vida. Tienes una rotura entre los huesos pequeños, que curará si le das tiempo. Muchos de tus camaradas desearían haber tenido tanta suerte —unos largos dedos cogieron la muñeca de Bán y le obligaron a echarse de nuevo en la cama. La voz seca continuaba escuchándose por encima de él, enumerando a los heridos y los muertos—. Ciento

quince de los chattos murieron, por ochenta y siete hombres de la Decimocuarta y la Vigésimo segunda, cuarenta de la Guardia Pretoriana, y treinta y tres de la nueva guardia montada del emperador. Ni un solo caballo de la guardia herido. Esos hombres luchan hasta la muerte o no luchan. En cuanto a los heridos, veinte pretorianos, quince chicos de la Vigésimo segunda, casi en pañales todavía…

La mente de Bán se deshizo en pedazos, trayéndole imágenes inconexas de la batalla, de Corvo, de Galba, de Cayo Germánico, sollozando mientras caballo tras caballo morían bajo su cuerpo. No le había ofrecido el *Cuervo*, no lo habría hecho aunque se lo pidieran; era posible que ese hecho se hubiese observado. Quería preguntar si tenía futuro, y no sabía cómo. Mejor, en todo caso, preguntar si la muerte le llegaría rápidamente en ese futuro, o con mucho dolor antes. Los legionarios de Roma habían estado muy dispuestos a detallar las muertes infligidas a aquellos que incurrían en el desagrado de su emperador. No decían qué le podía pasar a un exesclavo iceno que negaba un caballo al emperador. Mientras el doctor examinaba la herida y la volvía a vendar, infligiéndole mil dolores pequeños y soportables, la imaginación de Bán llenó aquel vacío y desveló el mayor, que era la pérdida de Iccio. La euforia de la mañana había desaparecido y le había dejado solo vacío en su lugar. Tenía que haber muerto; había cruzado el puente esperando morir, y cuando los chattos llegaron, desperdició la oportunidad, respondiendo a los imperativos de la batalla. El médico le movió el hombro para trabajar en la mano, y el dolor le envolvió, empujándole hacia abajo. Bán se hundió en él, rogando a Iccio que le llevase consigo.

* * *

La oscuridad iba y venía. La luz era púrpura con remolinos amarillos danzando en su interior veía caballos con alas y otros con torso humano. Las voces pasaban junto a él, empujando las palabras como el ganado en el mercado. Él las contemplaba y después les iba encontrando el sentido.

—Tiene fiebre por la herida. Tiene la clavícula rota en dos sitios, y si la parte central entre las dos roturas se pudre, nunca se curará. Le he dado adormidera para mantenerle tranquilo mientras le trato la infección. El emperador puede desear que muera, pero no de sus heridas.

—¿Le quiere ver muerto el emperador?

—El día que yo sepa qué desea el emperador antes de que me lo diga, es que me habré reunido con los dioses.

Él no sabía de quién era la segunda voz. Pensaba que quizá fuese Corvo, pero sus oídos tenían dificultad en reconocer las lenguas, de modo que todos los romanos le parecían el mismo.

Más tarde soñó con el *Cuervo*. Soñó con unos hombres que cogían al potro y lo metían en un corral, y otros que intentaban quitarle unos arneses y una silla manchados de sangre y de vísceras. Notaba junto a él una presencia que olía a sangre y a sudor de caballo, y trato de incorporarse para decir que el joven Sigimur, uno de los chicos batavos, demasiado joven para alistarse, pero dispuesto a ayudar, era el único que podía acercarse al animal sin morir. Abrió la boca y salieron de ella unas mariposas con las alas de seda marrón y los cuerpos tan anchos como su pulgar. Las vio volar en círculo. En las alas de una de ellas estaba escrito el nombre de Sigimur. Le sorprendió, porque él no sabía leer batavo.

* * *

—Despierta, ¿te vas a despertar ya, chico?

Una mano fría le tocaba el hombro bueno. Intentó abrir los ojos. Una mano piadosa se posó sobre ellos, manteniéndolos cerrados. Intentó convocar de nuevo a las mariposas, porque antes le habían ayudado, pero no aparecieron:

—Mi señor, lo siento. Creo que no…

—Déjame verle. Notará la presencia de su emperador.

Conocía la voz, eso sí. Milagrosamente, el dios liberó sus ojos. Los que le miraban querían absorberle el alma. El miedo evitaba que se retirase hacia atrás, a la oscuridad. Notó que se le aflojaban los intestinos, y vio que la nariz que se inclinaba sobre él se arrugaba, llena de disgusto.

—Mi señor, aún no está recuperado del todo…

—Está claro, Teófilo. Puedes dejarnos.

El emperador iba acompañado de su guardia montada. El hedor que desprendían había sido eliminado mediante el uso frecuente de los baños, pero aún les quedaba un cierto aroma a lanolina y a piel mal curtida. Cayo hizo un gesto y dos se adelantaron con la silla que tenía las águilas talladas en el respaldo. El emperador se sentó a la cabecera de su cama, en ángulo, de modo que su cabeza quedaba a la luz del sol. Bán intento incorporarse en la cama, pero se lo impidieron.

—No. No te levantes. Somos conscientes de tus padecimientos —los ojos grises se clavaban muy adentro—. Tienes miedo. Eso es bueno, pero no necesario. No he venido para infligirte más dolor.

De haber nacido entre los icenos, Cayo podía haber sido un soñador, tal era su intuición. El hombre le sonreía, cosa peor aún que la mirada. Una mano pegajosa tocó su frente. Él se mantuvo inmóvil, sin vacilar.

La extraña y árida voz dijo:

—El físico Teófilo es competente, de otro modo ya me habría deshecho de él hace años. Nos cuida en nuestras enfermedades, pero cree que es el único que puede curar.

Nosotros sabemos que Alejandro, nuestro antecesor espiritual, pasaba tantas horas en la tienda hospital como en el campo de batalla, y sus hombres se recobraban mucho mejor por ello. Por este motivo le seguían hasta el fin de la tierra y le ayudaron a conquistar un imperio. Tú te recuperarás mejor con nuestra presencia —retiró la mano. No parecía probable que funcionara esa curación.

Los ojos grises le devoraban la mente de nuevo. Cayo dijo:

—¿Nos seguirías hasta los confines de la tierra, actuando como intérprete en las tierras de los bárbaros y sirviendo como radiante ejemplo de que todos los bárbaros se pueden civilizar?

Bán deseaba decir: «solo si me obligan», pero su voz le traicionó. Abrió la boca, pero no consiguió emitir sonido alguno. La cerró de nuevo, sintiéndose algo idiota. El emperador asintió, como si una idea se le hubiese confirmado.

—No. Todavía no, ya lo vemos. Tranquilízate. No quiero castigar a ningún hombre por su honradez, sino por mentir para salvar su piel. Una vida de cobardía no vale la pena ser vivida, pero tú has demostrado que estás muy lejos de ser un cobarde. En nuestra defensa, estuviste dispuesto a sacrificarlo todo: tu honor, tu vida, tu caballo…

¿El *Cuervo*? La imagen le golpeó la mente. Sin el *Cuervo*, estaría muerto, verdaderamente.

La mano descendió sobre su hombro, empujándole hacia abajo. Él no era consciente de haberse incorporado.

—Estate quieto cuando se te ordene. Estabas dispuesto a sacrificar tu caballo. Pero no lo conseguiste. Está vivo, atendido por el chico que lo conoce. Tú dijiste el nombre del niño en tu delirio… Bien, puedes sonreír. Pensábamos que era imposible.

La visión se desdibujaba por los bordes. La niebla invadía su mente. Los dioses le sellaban los ojos.

La voz decía:

—Por orden mía el físico no te ha dado noticias de tu caballo. Quería traértelas yo mismo. Con tu ayuda, los chattos fueron derrotados, y averiguarás que somos muníficos en nuestro agradecimiento. Hemos hecho acuñar medallones para todos aquellos que lucharon en nuestra defensa. El tuyo te será entregado cuando puedas recibirlo de pie… en cuyo momento serás confirmado también en tu puesto como auxiliar del Ala Quinta Gallorum, una posición que… Quieto. Comprendemos tu gratitud y nos aseguraremos de que tengas la oportunidad de demostrárnosla plenamente cuando estés preparado para hacerlo. Hay un regalo más, mayor que cualquier destino —la voz aguda adquirió más filo todavía. Debía de ser que el emperador sonreía—. Creemos que tu pueblo puede ser conducido dentro de las fronteras de la civilización, y que tú serás el primero de muchos otros. Para señalar este hecho, te haremos ciudadano romano. Dejarás atrás el nombre que tenías y que significaba blanco, y todo aquello que representa, y serás conocido a partir de entonces como Julio Valerio, el primer nombre por tu emperador, el segundo por tu

padrino. Es un nombre honorable y lo llevarás con orgullo.

El emperador echó atrás la silla en la que había estado sentado y los pies de leopardo rozaron el suelo. Un manto púrpura abanicó el aire por encima de su cabeza. Desde una distancia imposible, Cayo dijo:

—Galba estaba equivocado. Las tierras de los bárbaros caerán ante quien tenga el valor suficiente para tomarlas. Nosotros somos ese hombre. Tendremos tu ayuda como intérprete y guía en las tierras de Britania. Pero queremos que vengas voluntariamente, sin embargo, y no por obligación.

«Tenemos la obligación de inspeccionar las otras guarniciones a lo largo del Rin. Nos costará diez días. Al final de ese tiempo, estarás ya listo para viajar. Vendrás con nosotros a la costa norte de la Galia. Allí verás aquello que puede animarte a unirte a nuestra empresa.

# XXIII

El aire del mar alborotaba él cabello de Bán, haciéndolo volar tras él. El agua salada lo empapaba. La trirreme daba sacudidas bajo sus pies, rompiendo la cresta de las olas que se aproximaban. Por debajo, tres bancos de remeros cantaban mientras remaban, con el gemido de un silbato por encima. La vela, que podía haberlos impulsado con mucha mayor suavidad que los remos, aunque más lentamente, permanecía aferrada. Una esquina suelta gualdrapeaba al viento.

Bán se agarró con fuerza al pasamanos de proa, y contempló la línea inclinada del horizonte y las gaviotas que planeaban de lado por encima de la espuma de la proa. El chasquido de la lona repercutía en su mente, reavivando unos recuerdos que era mejor que siguiesen ocultos. Al menos, estaba solo. Eso era bueno. Querían que permaneciese bajo cubierta con el emperador y su guardia, pero el movimiento de balanceo le había revuelto las tripas tan pronto como dejaron el abrigo del puerto, y le excusaron para tomar el aire fresco en cubierta.

El barco había cogido bastante velocidad. Gesoriacum se iba desvaneciendo a sus espaldas, bajo la niebla que la había envuelto desde que llegaron. Gesoriacum: refugio de pescadores y comerciantes que se enfrentaban al océano circundante para alcanzar las tierras bárbaras que había más allá, o que estaban a punto de hacerlo; lugar de descanso para los mercaderes con reatas de mulas, guardias armados, ánforas, de vino y olivas, el garum o salsa de pescado y la cerámica envuelta en paja, para comerciantes de hombres o de caballos, y aquellos que se los comprarían; y ahora, con toda la pompa, el terror y la avaricia que llevaba consigo, el lugar de la visita más norteña del emperador.

Las noticias de la inminente llegada de Cayo, acompañado por las legiones Decimocuarta y Segunda, con el séquito de caballería y las cohortes auxiliares, había suscitado el pánico de costumbre. Como habían recibido el aviso con poco tiempo, los ciudadanos de Gesoriacum no tuvieron tiempo de construir un palacio, ni siquiera unos baños nuevos. Los artesanos y arquitectos dedicaron el limitado tiempo que tenían y unas energías ilimitadas a crear unos cuarteles dignos de un dios sobre la tierra, y también, cosa más problemática, a construir el nuevo muelle y el faro para el dios, uno para su trirreme y el otro para iluminar la llegada del barco a buen puerto, y evitar así que la habitual niebla costera dificultase su feliz regreso. Habían conseguido acabar el muelle, pero el faro estaba todavía a medio construir cuando llegó Cayo. Dos hombres embarcaron y huyeron por el océano a las tierras de los bárbaros antes de verse obligados a responder por su fracaso.

El prefecto de la armada fue convocado inmediatamente, y sus marineros

completaron la construcción. Bajo su atención, el faro consiguió dar luz la segunda noche después de la llegada de Cayo. La nave del emperador, la *Euridyke*, una de las más rápidas de la flota romana, zarpó del puerto dos días después. El emperador, había que comprenderlo, tenía asuntos que atender que no podían esperar.

Bán se agarró al pasamanos y dejó de pensar en los asuntos del emperador. Ya tenía bastante con seguir los movimientos del barco y no caerse. Se había caído más de una vez en el viaje al oeste desde el Rin, hasta que, al final, Teófilo ordenó que bajase de la yegua marrón y le pusiesen en una camilla. Durante cinco días le alimentaron a base de guisantes e higos secos, y le obligaron a beber infusiones de centaura hasta que tiró el último vaso y dijo que el beleño sería mejor para la fiebre, y que él mismo podía encontrarlo, y salió al amanecer en aquel país extraño, lo encontró y demostró que tenía razón. Después de aquello, Teófilo empezó a mirarlo de una forma distinta. Empezó a hacer preguntas que no eran exclusivamente clínicas y a proporcionar respuestas que iban más allá de «tu herida está curando con demasiada lentitud».

Francamente, su herida no estaba curando en absoluto. Le cambiaban las vendas dos veces al día, y cada vez las vendas viejas acababan empapadas en una materia de un amarillo verdoso que chisporroteaba al echarla al fuego y corrompía el aire. El dolor había arraigado en él, agotándole. Una cosa es no tener apego a la vida, y otra verse sujeto a ella, incapaz de pensar con claridad debido a un dolor persistente y agudo. Faltaban dos días para llegar a Gesoriacum, las gaviotas ya seguían tierra adentro su convoy de carretas, y el aroma salado de las algas y el marisco arrojado a la playa se insinuaba en el aire, cuando Bán tomó el taburete de tres patas y el bisturí de hierro del médico, los colocó ambos junto al fuego de Teófilo y le dijo:

—El fragmento de hueso entre las dos roturas no va bien. Tendrás que sacarlo o estaré ocupando una plaza en tu enfermería para siempre.

El médico le observó agudamente entre el humo persistente de su cena.

—¿Así que has decidido que no formas parte de los muertos vivientes, después de todo? ¿Reclamas la vida?

—No. Simplemente, reclamo la libertad de tu enfermería.

—¿Ah, sí? —los ojos de Teófilo eran grises, enrojecidos por el humo—. Bueno, al menos es un principio. Cuando desees vivir plenamente, debes hacérmelo saber. No querría perdérmelo —se puso de pie, muy tieso, apoyándose en la rodilla izquierda—. Tráeme un poco de agua y una cazuela hirviendo. Y llama a tus amigos. Necesitaremos a alguien más que nosotros dos.

El dolor de la operación era mayor del que había conocido nunca, incluyendo la marca al fuego de Braxo. Civilis tuvo que ayudar a sujetarle, y Rufo, uno de cada brazo. Corvo vino al final y le sujetó la cabeza para que no golpease el brazo de Teófilo mientras éste intentaba eliminar el trozo de hueso. Al principio le dieron un trozo de madera para morder, pero lo rompió, así que le pusieron una cuña de plomo entre los dientes y le mostraron después las marcas que había dejado. Teófilo cosió la

herida con hilo de lino, dejando un pedazo de algodón hervido en el interior. Cuando lo sacó, el primer día que pasaron en los nuevos cuarteles de Gesoriacum, estaba empapado de sangre, no infectado.

Después la curación fue mucho más rápida, aunque tenía las piernas todavía débiles. El día anterior al viaje por mar le dejaron que visitase al *Cuervo*, y el potro no le coceó. Hizo que le examinaran los cortes de espada que tenía en el brazuelo y que los lavasen con agua de romero, y el animal no hizo nada más que echar las orejas hacia atrás.

Aquella misma noche, fue convocado ante el emperador, que le otorgó el medallón y la ciudadanía y una plaza en el ala de caballería de Corvo, tal como le había prometido, y le explicó qué era lo que requería de él a cambio. La última de sus peticiones fue totalmente inesperada, aunque quizá no debía de haberlo sido. La fiebre y el temor del día que se avecinaba impidieron dormir a Bán durante aquella noche. Por la mañana, rogó a Iccio y a su madre un medio de escapar a lo que se le había pedido, pero ninguno de los dos apareció. De pie bajo el azote del mar y del viento, el agotamiento le afectaba más que el dolor o las náuseas. Ansiaba volver al río. Entonces se sentía inmune al miedo, o al menos eso creía.

—No tienes que hacerlo.

Corvo había aparecido tras él, con el sonido de sus pasos apagado por los cánticos de los remeros. El prefecto apoyó los brazos en el pasamanos y entornó los ojos por el viento. Un moretón ya verdoso manchaba su mandíbula allí donde una hoja de los chattos había golpeado las aletas de su casco. El brazo izquierdo, allí donde el escudo había recibido toda la fuerza de un golpe, tenía otro. Para compensar, llevaba el cabello recién cortado y ostentaba el medallón del valor, regalo personal del emperador después de sus acciones durante el ataque. Bán llevaba otro igual, colgando de una tira de cuero del cuello y escondido temporalmente bajo la túnica.

Corvo se volvió hacia un lado del pasamanos, pensativo. Desde la batalla, nunca se había alejado demasiado de él, ni había dejado pasar demasiado tiempo entre sus visitas. Más que Teófilo, conocía el negro pozo en el que se había hundido Bán. A diferencia del médico, decidió ignorarlo y facilitarle, a cambio, las necesidades diarias y los pequeños apoyos en forma de desafíos y amistad que pudiesen conducir a Bán de vuelta a la vida. Bán no se había comprometido con demasiado entusiasmo, pero le había resultado imposible resistirse por completo. Entonces recibió nuevas órdenes por parte del emperador y el recrudecimiento del miedo destruyó en un momento el paciente trabajo de medio mes. Aquello se lo podía ocultar a Teófilo, pero no a Corvo. Y además, no quería hacerlo.

Los ojos grises seguían entornados.

—Mira cómo estás. Tienes fiebre, se ve claramente. Deberías haberte quedado en tierra, y de no ser posible, tendrías que estar bajo cubierta, al cuidado del físico.

—¿Eso crees? —Bán esbozó una sonrisa—. Anoche comí guisantes y lentejas… el remedio de Teófilo para los convalecientes. Conseguiría un colorido muy bonito si los

vomitara en las paredes, pero seguramente no me haría demasiado popular. Y de todos modos, ¿sabes lo que supondría eso para la tripulación? Ya sabes lo que es vivir a base de pescado y que uno de los hombres vomite… los demás lo huelen y su estómago se rebela también, por simpatía. El emperador me haría despellejar vivo por convertir su mejor barco de guerra en un bote de remos con dos hombres útiles y un vomitorio propio.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Corvo no estaba de humor para distracciones. Miró hacia el horizonte, ceñudo—. Deberías haberle dicho que no estabas preparado. Aún puedes hacerlo.

—Díselo por mí. Iré a tu crucifixión y lloraré. —Bán escupió. El viento devolvió su saliva y la estampó contra su cara. Se limpió con la manga—. Olvídalo. No es tan malo como tú crees. El Bán que fue esclavo no es el Bán que se despertó en tu tienda en Durocortorum, y ése también es distinto del que ha sido devuelto a la vida a duras penas por Teófilo. Además, te olvidas de algo. Ya no soy Bán. Desde anoche, soy Julio Valerio —intentó sonreír, pero el viento le había entumecido las mejillas y ya le costaba mover los labios para hablar. Meneó la cabeza y se volvió de nuevo hacia el pasamanos—. Vuelve abajo ahora. Tienes que pronunciar un discurso. Deberías ensayar.

Corvo no dijo nada. Sus ojos vagaron por el espacio vacío más allá de la proa donde el tono grisáceo de mar y cielo se fundían en un horizonte ceniciento. Las gaviotas eran un sonido sin forma. Bán dio unos golpecitos en el hombro del romano y señaló por encima del lado del escudo del pasamanos.

—Estás mirando por el lado equivocado. Es por ahí. Nosotros no dependemos del viento. El otro barco lleva las velas alzadas y debe navegar a instancias de los dioses.

El mercante que buscaban estaba lo bastante cerca para que sus marcas fuesen visibles. Estaba cambiando de bordada, y se bamboleaba en el punto culminante de la maniobra. Su única vela cuadrada gualdrapeaba y se hinchaba con el viento, mostrando la imagen del águila de guerra recién pintada en ella. Al acercarse, el ojo amarillo y el pico pintado aparecieron en su proa.

Tres bordadas más la colocaron al alcance de la voz de la trirreme. El prefecto que había completado el faro tenía el mando de la *Euridyke*. Su abuelo había sido un esclavo fenicio de la armada de Augusto en Actium. Su padre obtuvo la ciudadanía romana al completar su servicio para la armada con Tiberio. La intención del nieto era vivir el tiempo suficiente con el favor del nuevo emperador para engendrar unos hijos que pudieran proseguir la fortuna familiar. Estaba de pie en medio del buque, observando la vela que se aproximaba, y emitiendo órdenes con una calma que disipaba el pánico creciente en su buque.

Se gritaban órdenes entre un buque y el otro, y el mercante cambió de ángulo en el viento y disminuyó la marcha. Los hombres se movían en su cubierta, izando las velas. Un hombre solo se encontraba en la proa, donde había permanecido todo el tiempo. El tachón de su escudo reflejaba la luz del mar, que lo convertía en oro. Su

manto amarillo aleteaba al viento cambiante. El pelo rojo, un poco más oscuro que el de los batavos, flotaba por encima de su cabeza. Detrás de Bán, en la cubierta superior de la *Euridyke*, el tono del silbato de los remeros cambió y fue imitado por las cubiertas inferiores. Con un solo movimiento, los remeros del lado del escudo sacaron sus remos del agua. Ochenta y cinco remos se alzaron en el aire, goteando agua en el mar, y luego se volvieron a sumergir en un ángulo mucho más acusado. En el lado de la espada, las grandes palas de los remos se hundían ampliamente. A popa, el timonel arrojó todo su peso sobre el remo de gobierno. Bán notó que la cubierta caía en picado bajo sus pies al inclinarse la nave para dar la vuelta. Su estómago hizo lo mismo. Se agarró al brazo de Corvo.

—Ve abajo y ponte el manto bueno. Dile a Su Excelencia que el Caudillo de toda Britania le espera.

—¿Vas avenir?

—Estaré en el lugar que me corresponde cuando me requiera.

El Caudillo de toda Britania. Amminio, hijo de Cunobelin, hermano de Togodubno y Caradoc, propietario no hacía mucho tiempo de dos esclavos y un potro picazo, se erguía en la proa de su mercante, observando cómo abarloaba la *Euridyke*. Bajo la dirección del fenicio, los remeros levantaron los remos del lado del escudo y ambos buques dieron borda con borda, besándose tan ligeramente como pudieron los hombres.

El capitán del mercante estaba de pie con un cabo en la mano. Uno de los hombres de la *Euridyke*, un hibernio que hablaba galo con un acento plano del sur, le gritó que se apartara, pero o bien el acento del hombre era demasiado cerrado, o bien el capitán estaba demasiado abrumado al ver por primera vez al emperador para darse cuenta. Se quedó inmóvil en el mismo sitio, boquiabierto, y solo los rápidos reflejos de toda una vida en el mar hicieron que diese un paso de lado al caer la tabla desde la trirreme a su barco. Y aun así, el borde le dio en el hombro, y la púa de bronce que llevaba en la punta y que se clavó en su cubierta por poco le cuesta un pie.

Era un hombre grande, como todos los capitanes de barco, y sin duda tenía un amplio dominio de la jerga marinera. Había tomado aliento para hablar cuando recordó en qué compañía se encontraba. Se detuvo de repente, moviendo los labios. Su mirada pasaba desde el desorden de su cubierta a la persona de Su Majestad Imperial, con un manto escarlata y ridículamente ataviado con una coraza de oro puro.

El emperador sonrió. Dirigió una mirada de soslayo a su escolta.

—Parece que al capitán no le ha gustado el picotazo de nuestro cuervo… ¡Esperemos que su patrocinador tenga el mismo respeto por el águila!

Los hombres de la escolta se echaron a reír, como ríen los hombres a quienes se ha ordenado que vistan con armadura completa en un buque en medio del océano y que han oído que el hombre que daba tal orden hacía una broma. Corvo, que ya llevaba su propia coraza recién plateada debajo del manto, sonrió severamente. Bán había

decidido hacía mucho tiempo que no iba a reír ante bromas que no comprendía. Mantuvo los ojos clavados en el capitán del barco mercante y no dijo nada.

El emperador sabía leer en la cara de los hombres. Hizo un gesto expansivo hacia Corvo.

—Nuestro nuevo ciudadano no comprende la fuente de nuestra frivolidad. Deberías explicársela.

—Por supuesto, mi señor. Excusadme —el prefecto se volvió con un cuidado que nunca mostraba en tierra. En un galo formal, dijo—: La pasarela de desembarque se conoce como «cuervo» por la púa que lleva en la punta, que atraviesa los buques enemigos como el pico de un cuervo atraviesa la carroña. Se usó ya en las primeras guerras púnicas, y recientemente con gran efecto por el deificado Augusto, como medio para que los legionarios de un barco pudiesen pasar y luchar contra los de otro.

Bán asintió, para demostrar que había escuchado y comprendido. No dijo nada. Toda su atención estaba concentrada en la proa del otro buque.

El emperador estaba de buen humor.

—Es un artilugio de guerra anticuado, tal como nuestro prefecto naval te informará, si le das algo de tiempo. Pero creemos que en esta instancia sirve para anclar de forma segura nuestra nave a la del enemigo, y que dará ánimos a aquellos que se sienten en peligro en alta mar, permitiéndoles cruzar de un barco a otro con entera seguridad.

Cayo miró a su alrededor. Su escolta miraba al frente sin pestañear. No se les había dado la orden de cruzar al otro barco, y no darían ni un solo paso sin recibirla. Fue Amminio quien hizo el primer movimiento. Uno podía imaginarse que siempre se le había dado bien el mar, pues desde la primera infancia debió de hacer regularmente la travesía entre la corte de su padre y las posesiones de la Galia de su madre. Saltó desde la cubierta de proa de su barco hacia la pasarela que unía ambos buques. Por accidente o premeditadamente, el espacio entre los barcos había aumentado antes de que el corvo los fijara, dejando un espacio del largo de una lanza de agua muerta que borboteaba abajo. Amminio no llevaba armadura, pero el peso de su espada habría bastado para arrastrarlo hacia abajo, si hubiese caído.

—Excelencia… —en una pasarela que oscilaba sobre el océano, hizo la reverencia de rigor—. Mis mensajeros os habrán dado la noticia de mi llegada. Habría venido antes, pero las rutas marítimas estuvieron cerradas durante el invierno, y hasta ahora no he podido encontrar a un hombre preparado para viajar. Le he pagado dos veces lo que vale su barco para convencerle de que abandonase la seguridad de los blancos acantilados, y aun así, se queja de que es demasiado peligroso. Viendo la facilidad con la que habéis viajado para reuniros con nosotros y —sus ojos supervisaron plenamente la armadura dorada y el brillo de la escolta que le acompañaba— observando el supremo dominio del océano de vuestra excelencia, se ha avergonzado de una conducta que no corresponde al capitán de un navío. Permitidme que me disculpe en su lugar. No me perdonaría que algo tan trivial estropease el momento de

unión de nuestros esfuerzos.

Su latín era excelente. Bán se lo podría haber dicho, si ellos se lo hubiesen preguntado, pero Cayo no estaba interesado en las habilidades lingüísticas de Amminio. Su única pregunta, en una tarde de órdenes, fue si el Caudillo de los britones sabía nadar. La respuesta de Bán de que era posible, aunque no seguro, era el único motivo por el cual la *Euridyke* no había hecho uso del espolón de proa de bronce para hundir al mercante en su primer encuentro.

«… Unirte a nuestra empresa…» Cayo le miraba en pensativo silencio. Era un hombre educado en el mundo de los halagos y los engaños, donde cada frase tenía varios niveles de significados. De no haber sido capaz de penetrar el verdadero corazón de las cosas, habría muerto en la niñez, como sus hermanos. Levantó una ceja e hizo una seña a Corvo, que levantó un brazo para dar una orden. La escolta se adelantó hasta el borde de la cubierta, marchando como si estuvieran en tierra firme. En las cubiertas laterales, una partida de ocho arqueros escitas ajustaron sus flechas, levantaron los arcos y esperaron la orden de disparar.

Corvo dio el paso final hacia la pasarela y saludó como saluda un oficial romano a otro. En perfecto trinovante, dijo:

—Amminio, hijo de Cunobelin, líder de las águilas de guerra y Caudillo de toda Britania, en nombre de Cayo Julio César Germánico, emperador de Roma y de todas sus provincias, acepto la rendición incondicional de tus tierras, tu barco, tus guerreros y tu persona. Ahora entregarás tu espada y a ti mismo a la autoridad de Roma —lo repitió, de forma superflua, en latín.

El mar se agitaba y rugía entre los dos barcos. Una gaviota solitaria lanzó un graznido más alto y más quejumbroso que el silbato de los remeros. Amminio no dijo nada. Sus ojos se clavaron en los del emperador durante más tiempo que cualquier otro ser viviente, y cuando se apartaron a un lado, como por azar, se fijaron en el ayudante recién nombrado que estaba detrás de él, un hombre que no llevaba armadura, pero que ostentaba un medallón del valor de oro en el pecho.

—¿Bán? —el silencio duró un latido del corazón más de la cuenta. Entonces, el Caudillo de toda Britania, para la sorpresa de todos aquellos que no le conocían, echó atrás la cabeza y soltó una carcajada. Su eco ahuyentó a las gaviotas e hizo que los arqueros tensaran sus arcos. La escolta, su comandante y el emperador aguardaron. Al final, serenándose, hizo el saludo del guerrero. Con un latín perfecto y sin acento alguno, dijo—: Bán de los icenos. Los muertos vuelven de la tumba.

* * *

Bán estaba arrodillado junto a las letrinas, vomitando, cuando Teófilo lo encontró. Había pasado hacía tiempo el punto en que su estómago tenía algo que vomitar, pero

las arcadas continuaban, y él ya estaba demasiado mal para notar quién venía a ayudarle, o para que eso le preocupase. Unos largos dedos le cogieron por los hombros e hicieron que se sentara erguido, y le limpiaron la bilis de la boca y la barbilla. Le colocaron una copa entre las manos, la retiraron y la volvieron a llenar cuando él la dejó caer.

—Vamos, te la sujetaré. Bebe… muy bien. Sí, cógela. Bebe todo lo que puedas. Tienes fiebre. Ya te lo dije ayer. No deberías haber subido al barco. Vamos adentro ahora…

—No, dentro no. Necesito aire fresco.

Ya estaba oscuro. El equinoccio de primavera no había pasado aún, y la noche caía con mucha mayor rapidez allí en el norte que junto al río. La niebla costera se alzaba y formaba una nube baja, de modo que los atardeceres eran breves y llenos de colorido, pero la luna y las estrellas resultaban invisibles. En los campamentos legionarios a las afueras de la ciudad, el faro se burlaba de la oscuridad. Un fuego rugía al rojo vivo en la punta, arrojando chispas hacia la noche, y proyectando una luz fija en toda la ciudad y la residencia del emperador. Afuera, en los campos, la luz era más suave y amable para los ancianos. Teófilo perdía diez años de edad a su brillo. Se veía que había sido muy atractivo, en su juventud. Sus ojos buscaron los de Bán.

—Tú has participado en el desfile —dijo—. Yo estaba ocupado con unos hombres del Segundo que se habían intoxicado con la comida, o sea que no he podido mirar. ¿Ha ido todo bien?

—Para Cayo sí que ha ido bien. A los magistrados de la ciudad no los iban a coger dormidos una segunda vez. Y Amminio todavía tiene esperanzas de que le apoye más tarde. Ha jugado bien su papel.

En realidad, Gesoriacum, habiendo recibido el aviso con un día más de tiempo, había demostrado que sabía exactamente cómo dar la bienvenida a casa a un glorioso general después de su victoria sobre el océano y las hordas bárbaras. Si el propio y deificado Julio hubiese entrado a caballo en la ciudad con Vercingetórix cargado de cadenas en su carro, no habrían organizado un espectáculo mejor. No fue un desfile oficial de victoria, eso era prerrogativa de Roma, pero los ciudadanos que se agolpaban en las calles que conducían hasta el muelle agitaban ramas de laurel, o cosas alternativas que se podían encontrar en la segunda semana de marzo, y se había rescatado y dorado un carro, uncido a unos caballos blancos que podían tirar de él sin mostrar dudas ante el ruido, para que el dios sobre la tierra cabalgase a la cabeza de su ejército con su cautivo, con la cabeza desnuda y despojado de sus armas, caminando detrás.

Bán no había esperado que Amminio interpretase su papel con tanta dignidad. Él mismo había marchado en su lugar eh la escolta, y había recibido los elogios de la multitud, y se había odiado a sí mismo por ello después. Su enfermedad en parte procedía de ello. Estaba de camino para recoger una manta en su tienda cuando la urgente necesidad de vaciar el estómago le abrumó. Se agachó, temblando, y recordó.

—Teófilo, no es fiebre. No hay infusión ni ungüento que pueda curar esto. Cuando me vaya de aquí, o se vaya él, estaré como siempre. Mientras tanto, debo apartarme de su camino.

—¿Del camino de Cayo o del de Amminio?

—De ambos. Son hombres del mismo estilo. Se han reconocido al verse en el barco. Ninguno de los dos es seguro para todos los demás.

—¿Te conocía él?

—¿Amminio? Por supuesto.

—¿Pero no te ha traicionado?

—¿Y qué iba a traicionar? Cayo sabe todo lo que hay que saber sobre mí. Yo soy la prueba viviente de que los bárbaros se pueden civilizar; que lo que se necesita, en las tierras que hay más allá del océano, es la mano civilizadora de Roma; a su debido tiempo, esas gentes se convertirán en ciudadanos romanos modélicos. Si hubiese sabido lo romano que era Amminio, no me habría necesitado como prueba. La cosa ya estaba así.

La taza que tenía en la mano contenía solo agua. Sujetando una mano con la otra, se enjuagó la boca y escupió el líquido. El gusto a bilis seguía adherido a sus dientes. Se puso de pie y no se tambaleó.

—Me voy a la cama. Ya te veré por la mañana.

—Puedes dormir dentro. Tengo un lecho vacío en la enfermería, y un brasero encendido.

—No, creo que no. Has olvidado que ahora estoy en la caballería. Comparto una tienda con siete galos. Hasta ahora soy su mascota, su amuleto de la buena suerte, que les atraerá el favor del emperador. Con solo unos pocos privilegios inmerecidos, todo eso podría cambiar. Además. —Bán sonrió, dándose cuenta sorprendido de que era verdad—, todavía soy un bárbaro de corazón. Prefiero pasar la noche a la intemperie, durmiendo en compañía de otros, que tener una habitación propia. El día que eso cambie, sabrás que soy plenamente romano. O griego.

—Eso nunca —el anciano se puso de pie. El caduceo que colgaba en su pecho cobraba vida a la luz del faro. Las serpientes se retorcían alrededor del bastón, brillantes como anguilas—. Ten cuidado. Tienes razón en tus observaciones. Esos dos hombres son peligrosos, pero solo Amminio está fuera esta noche.

—¿Cómo? —el pecho de Bán se cerró, negándole el aire—. ¿No está en la mansión del magistrado? ¿Y dónde está, pues?

—No lo sé, solo sé que no está dentro. Le han tenido como huésped de honor en el banquete (Alejandro festejaba a aquellos de sus enemigos que se rendían voluntariamente, y por lo tanto Cayo debe hacer lo mismo), pero se le ha dado permiso para retirarse después.

—¿Adónde, Teófilo? ¿Adónde ha ido?

—No lo sé. Ha dado palabra de permanecer dentro de las fronteras de los dos campamentos, y creo que la mantendrá. Como has dicho, si quiere que Cayo le ayude

el verano próximo, cuando el Rin haya sido pacificado, no va a correr a guarecerse ahora. Pero del mismo modo no puede hacerte daño, cuando está tan claro que tienes el favor del emperador.

—No. No lo hará. No es así como funciona.

—¿El potro? —Teófilo era de comprensión rápida; eso era lo que le convertía en una compañía agradable—. Corvo está dentro. No se le puede ver, pero Civilis y Rufo estarán cerca. ¿Les busco?

—No. Debo hacerlo yo solo.

El temblor había cesado, y la náusea, ambas cosas eran un lujo excesivo. Bán sonrió, cambiado, sintiendo el calor del faro que le daba de lleno en la cara, y vio el cambio reflejado en los ojos del físico. Había olvidado lo que era odiar de verdad, y tener la libertad de actuar en consecuencia. Procuró poner mucho calor en su voz, por Teófilo.

—Gracias, pero no es asunto de ellos, ni tuyo tampoco. Vuelve ahora a la enfermería y que te vean bien aquellos cuya palabra pueda contar, si se requiere que testifiques. Ocurra lo que ocurra esta noche, tú no formas parte de ello. Has sido bueno conmigo. Te estoy agradecido.

—¿Sí? —el hombre se volvió y la sombra le devolvió todos sus años. Solo sus ojos eran los mismos, una vida entera de sabiduría templada por el pesar—. Entonces, cuídate. No me gustaría perder a un paciente con los cuchillos de desollar, solo porque ha tomado un camino errado. Recuerda, sea lo que sea. Cayo es buen juez de hombres. Prueba a los que se encuentran a su alrededor, buscando sus puntos débiles. No le muestres los tuyos.

—Ya los conoce: Amminio y el potro.

—Entonces no actúes de la forma que se podría esperar de ti. Puedes estar seguro de que tendrá planes para ello.

* * *

Iccio volvió a Bán mientras pasaba junto a la última de las tiendas. El niño corría delante hacia el puente, brincando y haciendo la rueda y riendo libremente, como había empezado a hacer los pocos días transcurridos desde que dejó a Amminio hasta que volvió a ser capturado de nuevo. El río que bordeaba el campamento era importante, pero no era el Rin, y no absorbía las almas, ni formaba una barrera entre la civilización y la barbarie. Este río, en cuanto suponía una frontera, dividía las tiendas de las líneas de los caballos. Por un accidente de los dioses, el brillo del faro llegaba hasta el borde y no más allá. Bán cruzó el puente entre la oscuridad total. El río fluía por debajo, soñadoramente, con el ruido suficiente para ahogar el sonido de sus pisadas. Se sentía ligero como un milano, y hueco. Tenía que pellizcarse el dorso

de la mano para asegurarse de que no había pasado ya al mundo de los espíritus. Entonces miró hacia arriba y le abandonaron todas las certezas. Eburovic le esperaba al final del puente, y era la primera vez que aparecía ante Bán desde la batalla en la que había muerto. Llevaba su lanza de guerra y el escudo con la osa, y su sonrisa bastaba para detener el mundo. Tomó su lugar al lado de la lanza de Bán, el lugar del guerrero mayor. Iccio se colocó a su izquierda. Un nuevo escudo colgaba del hombro del niño, con la silueta del potro dibujada en negro sobre un fondo de piel de toro blanco. Bán notó que su aliento silbaba al pasar entre los dientes, y por ese simple hecho comprendió que aún estaba vivo. Para él quedó claro por qué había vivido hasta aquel momento, y se sintió agradecido, más de lo que podía expresar, de que los dioses le hubiesen concedido tanto. Se agachó y recogió una piedra de un montón que había junto a la entrada del puente. No era un arma de guerrero, pero bastaba. Dio unos pasos hacia delante y notó que las sombras de los suyos le acompañaban.

—Vamos —dijo.

Los caballos estaban en filas, en unos compartimentos con el fondo de mimbre y unos tejadillos que les cubrían la cabeza y un buen heno en pesebres cuadrados de madera, para que fueran comiendo durante la noche. Igual que en el campamento legionario, los hombres estaban separados, así los caballos estaban aparte de los de las cohortes, y éstos de nuevo separados de los que transportaban el equipaje. Dos legiones habían salido juntas de Gesoriacum: la Decimocuarta, que había marchado con Cayo, y la Segunda, que se había unido a ellos desde Argentorate. Las dos habían realizado unas maniobras competitivas a lo largo de la costa en los días anteriores a su llegada al puerto, demostrando su preparación para la batalla. A ésas se unían cuatro alas de la caballería, ocho cohortes mixtas de infantería y caballería, y la guardia montada del emperador, dos cohortes de la Guardia Pretoriana, el enorme despliegue del séquito de viaje del emperador y una delegación de Judea, que había alcanzado al séquito en Nemetacum y forzosamente se había incorporado al convoy. Más de trece mil hombres habían viajado desde el Rin a la costa, y cada noche la orden de acampar había sido la misma. Aunque solo fuese por la fuerza del hábito, Bán encontraba al potro con cualquier tiempo, en cualquier momento de la noche.

Siguió su camino, aspirando los cálidos aromas cereales del afrecho y la cebada, heno y estiércol de caballo que perfumaban todos los campamentos. Llegó a su propia fila y se quedó de pie en el extremo más alejado del potro, escuchando. Los caballos comían, o dormitaban en paz, con las grupas inclinadas y los cuartos traseros en reposo. No creía que hubiese un extraño entre ellos.

El potro estaba colocado siempre en el último compartimento de las caballerizas. En el viaje hacia el este desde Durocortum habían averiguado enseguida que coceaba a los hombres que atendían a los caballos por ambos lados, y que era más seguro colocarlo en la pared de mimbre del fondo. Desde que dejaron el Rin, habían amarrado la yegua marrón de Bán cada noche a su derecha, con un espacio en medio, para mayor seguridad.

Bán estaba a la vista de la yegua cuando el *Cuervo* empezó a moverse, El blanco de su cara aparecía a la débil luz de los distantes fuegos de campamento al agitar la cabeza y recular un paso. Al dar el segundo paso, tiró de la cuerda del ronzal y bufó, produciendo un sonido hondo y gutural que, inevitablemente, presagiaba violencia. Un hombre juró bajito en innovante. Bán habló en la misma lengua.

—El robo de un caballo de la caballería es un delito gravísimo. ¿No te lo han dicho?

El potro sacudió la cabeza como si le hubiesen tirado del ronzal. Amminio dijo:

—No es ningún robo que un hombre reclame algo que es de su propiedad. El potro es mío, un regalo del emperador.

—Mientes. Si el emperador creyera que cualquier otro hombre puede montar a este potro y seguir viviendo, estaría en su establo. Lo ha visto luchar. Pero no lo regalará jamás.

—¿Ni siquiera por la promesa de un reino? Le haces más justicia de la que merece —el potro lanzó una coz a la voz.

Una pata medio blanca relampagueó en la oscuridad. Amminio dio un paso a un lado con la facilidad de la larga práctica.

—No lo has domado todavía, ya veo. Siempre nos preguntábamos si este animal había nacido así o se hizo así durante el viaje a Noviodunum. Solo los potros engendrados por él nos habrían podido dar la respuesta. Teníamos el plan de emparejarlo con veinte yeguas diferentes en su primera temporada. Si la primera camada hubiese salido mala, lo habríamos sacrificado antes de la segunda.

Había dejado el ronzal. Su voz se desplazaba. El potro sabía muy bien adonde. Bán seguía la posición de la oreja medio blanca.

—De pequeño era manso —dijo.

—Dicen que Cayo Germánico era un niño muy tranquilo. Y mírale ahora. Hombres del calibre de Corvo tiemblan ante su mirada.

—Corvo no…

—No, claro que no. Un hombre que ha sobrevivido a un naufragio preferiría siempre llevar armadura completa a bordo de un barco. No seas ridículo. Cayo es un monstruo, y todo el mundo lo sabe.

—Tú todavía vives —sonaba como un niño que suplicaba. Se calló.

—Yo le sirvo. Me exhibirá por toda Roma y el Senado convocará unos juegos en honor de su victoria y le erigirá una estatua en el templo de Marte Ultor. Al año siguiente, si Galba cree que puede conservar para él las legiones, seré su excusa para invadir Britania, y cuando las legiones hayan ganado, yo seré su rey cliente en las tierras de trinovantes y catuvelaunos. Puedo esperar.

—Una vez en un sueño te vi como Mandubracio, el traidor. Si hubiese sabido lo cierto que era, te habría matado.

—¿Y atraer hacia ti la muerte del soñador? No, no lo habrías hecho —la voz procedía de detrás de la yegua marrón.

Bán se apartó de ella, dirigiéndose hacia el potro. Los aromas de los baños flotaban ante él: aceite de romero y lavanda, vapor y humo, y la muerte de Iccio. Pero Iccio estaba junto a él, bien vivo. Su padre blandía la lanza en la mano, con la mirada muerta clavada en un lugar fijo. Amminio dijo:

—¿Sabías que según la leyenda trinovante, Mandubracio fue un héroe que luchó a muerte con sus camaradas? Fue Andurovic, de los icenos, quien traicionó a las tribus por César. Por eso nunca he confiado en ti.

Estaba cerca, quizás en el compartimento más allá de la yegua. Bán se movió al otro lado del potro. Hablaba hacia la pared, haciendo que su voz rebotase.

—Mientes. Los icenos siempre han odiado a Roma. Todas las tribus lo saben.

—Por supuesto. Por eso Bán, de los icenos, ha aceptado una plaza en la caballería de César; He oído que acaban de nombrarte para la Ala Quinta Gallorum. Favorito del prefecto y de su emperador, plena ciudadanía, por el dios viviente en persona… —habían estado hablando la lengua de las tribus. Él cambió al latín, burlón—: Julio Valerio. ¿Sabe Cayo que odias a Roma y todo lo que representa?

—Ya lo averiguará.

—Solo si vives lo suficiente. Estoy tentado de dejarte vivir. Cayo te infligirá una muerte mucho más larga que yo, porque ahora no tengo tiempo.

—Pero cuando acabe, seré libre. A ti te perseguirán por la tierra de los muertos aquellos que mataste por tu traición.

—Si creyese eso, mi pobre bárbaro salvaje, ¿supones qué yo habría…? Oh, no, todavía no, hermoso mío… —había dado una vuelta por detrás. El potro daba coces, a la forma tanto como al sonido de la voz. Amminio se deslizó junto a él. Su voz resonó, malévola—. Ah, es un luchador. Será estupendo tenerlo otra vez.

—No puedes llevártelo. Nunca trabajará para ti.

—Por supuesto que lo hará. ¿Quién crees que empezó a domarlo el primero? No fue tu amigo dacio. Nunca habría podido acercarse a él siquiera.

—Mientes. Zorro era mil veces mejor jinete que tú.

—Quizá, pero fui yo quien domó al potro. Mira, me conoce…

Amminio estaba junto a la cabeza, tirando del ronzal con los dedos. El cáñamo susurró al rozar el poste. El *Cuervo* se puso rígido, con las manos apoyadas en el suelo y muy separadas, bufando como advertencia. Bán contó varios latidos de corazón, los ojos bien abiertos en la oscuridad buscando un movimiento que podía notar, pero no ver. Cuando la cuerda se soltó, saltó hacia delante, golpeando con la mano el pelaje oscuro. El potro dio un salto hacia atrás, encontró suelto el ronzal y se dio la vuelta hacia un lado, serpenteando con la cabeza. Unos dientes desnudos y asesinos asomaron, blancos. Amminio se inclinó hacia delante, riendo.

—Bán, Bán, eres tan predecible… Bueno, yo también lo soy.

Bán se tiró al suelo y rodó, en el espacio entre los caballos. El hierro siseó al salir del cuero. Un cuchillo atrapó la luz desde la oscuridad. Iccio gritó una advertencia sin sonido e hizo girar su escudo, blandiendo su borde como una porra. Eburovic clavó

su lanza, bloqueando la huida. El *Cuervo*, libre de toda constricción, coceó con las patas delanteras, como había hecho con los chattos, decidido a matar con una pasión salvaje y desatada. Chilló lleno de rabia, cubriendo el ruido truncado de la muerte humana. El olor a sangre se alzó y flotó por toda la línea, alterando a los otros caballos y, pronto, también a la guardia. Voces y antorchas a la carrera se reunieron en el otro extremo del puente. Una sola figura sombría se deslizó entre los caballos en el extremo más lejano de la fila y corrió buscando refugio entre los miles de monturas que se acababan de despertar por la súbita presencia de la muerte entre ellas.

# XXIV

Estaba echado en la tienda, despierto, cuando vinieron a buscarle. Eran ocho hombres y un centurión de la II Augusta, todos ellos desconocidos. Los hombres de su tienda lucharon por él hasta que oyeron los cargos; luego retrocedieron, pálidos a la luz de la mañana, y dejaron que los otros se lo llevaran. Bán caminó en el centro de los ocho, acoplando el paso sin esfuerzo con los hombres que llevaba a ambos lados. Estaba despierto. Más aún, estaba plenamente vivo. Una alegría salvaje ardía en su pecho. Bajo la niebla y el cegador resplandor del faro, la mañana era sublime. El campamento se despertaba a su alrededor, febril y organizado. Bán olió el humo de miles de fogatas y pan recién cocido que se mezclaba con el de las letrinas, y pensó que todo aquello era perfecto, igualmente. Imaginó su muerte y el dolor que vendría antes, y no le importó. Iccio y su padre le habían dejado, pero vivía con la certeza de que se uniría a ellos al anochecer, o quizás al amanecer del día siguiente. Nada más le importaba ya.

El emperador no estaba preparado para enfrentarse a temas jurídicos al amanecer. Los guardias pegaron al prisionero con mucho cuidado, procurando no dejar magulladuras ni en la cara ni en las manos, y le encerraron en un almacén en la residencia del magistrado hasta que le llamasen. Bán se quedó echado de espaldas, con la cabeza apoyada en un fardo de tela sin teñir y los pies protegidos por unas cardas de lana cruda; contempló a una rata preñada que hacía su nido en el centro del fardo de al lado, sin molestarla. Recordó a los dioses de su niñez y le dio gracias a Nemain, diosa de las aguas, y a Briga, diosa de la muerte. No les pidió su favor. Al otorgarle la muerte de Amminio de la forma en que había sucedido, le habían dado más de lo que podía pedir jamás. Su mundo era perfecto, y nada podía empañar aquel hecho. Cuando volvieran a buscarle, cantaría la canción de muerte de su pueblo.

Ya estaba acostumbrado a la realidad de una sala de audiencia imperial: las paredes recién encaladas, el exceso de oro, las sedas deslumbrantes que podían ser colocadas y recogidas según fuese necesario. Solo las personas firmes ante la tarima tuvieron la capacidad de sorprenderle. No había esperado que Teófilo asistiese a la audiencia, ni tampoco Corvo. Temporalmente, su presencia empañaba el brillo de la mañana. No formaba parte de su plan que otros pudieran sufrir porque él debiera hacerlo. El físico frunció el ceño cuando entró el prisionero. Ya lamentaba la pérdida de un pupilo prometedor que carecía de sentido común para seguir los buenos consejos. Corvo estaba de pie, muy rígido y firme, con los ojos fijos en la nada y unas ojeras oscuras en la piel olivácea. Bán sabía que estaba radiante y se sintió culpable por un momento; luego, entró el emperador y fue imposible mirar a cualquier otro sitio.

Cayo caminaba con tranquilidad, haciendo que los pretorianos que iban delante y detrás aminorasen su paso. Vestía la toga, era la primera vez que Bán le veía así vestido, y llevaba un pergamino en la mano. La gran silla con el águila tallada esperaba su presencia. Pasó junto a ella y se quedó de pie ante el prisionero. Siempre era más alto de lo que uno recordaba; no llegaba a la altura de los batavos, pero era más alto que la mayoría de los romanos. Como ocurrió en otra ocasión anterior, Bán vio el extraordinario dolor que se encerraba en sus ojos. Estaban clavados en él en aquel momento, arrebatando toda la alegría de la mañana.

—¿Una buena noche? —preguntó el emperador, suavemente.

—Sí, mi señor —no pretendía mentir.

—Bien. Disfrútala. Su recuerdo te sustentará durante el resto de tu vida.

Cayo, maestro en la ambigüedad, ascendió al trono sonriendo.

Los hombres de la II Augusta habían encontrado el cuerpo y uno de sus tribunos más jóvenes leyó los cargos: que durante la primera guardia de la noche, el acusado, Julio Valerio Corvo, dejó suelto su caballo, un potro picazo conocido por su temperamento inestable, e hizo que matase a un tal Amminio, hijo de Cunobelino, con el cual alimentaba una rencilla, estando ese hombre bajo la protección y el cuidado de su noble majestad, el emperador Cayo Julio César Germánico.

Los cargos eran conocidos por los presentes. Teófilo cerró los ojos. El caduceo se elevaba y luego caía sobre su pecho, irregularmente. El resto miraba al frente sin parpadear y no decía nada. El emperador se inclinó hacia delante, con el codo apoyado en la rodilla y la mano sujetando la barbilla. Su sonrisa escondía un ansia que Bán no había visto antes en él. Por primera vez, comprendió la plena magnitud del dolor prometido. El terror se abrió paso en su interior, crispándole; los nervios. Sintió que la vida se escapaba de su corazón.

El emperador se echó hacia atrás lentamente. Unió las yemas de los dedos y se dio unos golpecitos con ellos en los labios. El tiempo se convertía en un espacio entre los dos. Al final, dijo:

—¿Soltaste al potro?

—No, mi señor, no lo hice.

—¿Juras en el nombre de Júpiter, el mayor de los dioses, y ante tu emperador, lo más sagrado que puedes venerar, que no soltaste al potro?

—Lo juro —así lo dijo.

De todos modos, después no supondría diferencia alguna. El emperador echó una mirada de soslayo a Corvo. El prefecto podría haber estado esculpido en mármol, hasta tal punto permanecía inmóvil. El índice del emperador dio unos golpecitos en sus delgados labios, sin pintar. En torno a él, los hombres aguardaban las preguntas relevantes y el inevitable veredicto. Solo la sentencia seguía siendo dudosa.

Cayo les dejó esperando. Su sonrisa mostraba indulgencia. Asintió con más claridad a Corvo.

—El prefecto me dice que el amor entre hombres es una vergüenza entre tu

pueblo. ¿Es así?

—¿Mi señor? —Bán frunció el ceño, extrañado.

No era una expresión adecuada para adoptarla ante el emperador. Luchó por recuperar la calma anterior. Cayo no le dio tiempo.

—Ya os he visto juntos. En el río, luchando contra los chattos. A bordo de la *Euridyke*, aquí y allá, en el campamento. Viendo cómo luchaste por su vida, había pensado que esto ocurría desde hace tiempo, pero me han dicho que la noche pasada fue la primera vez. También me han dicho que tú morirías antes que admitirlo, cosa muy desafortunada, y una negación de algo que en realidad es muy hermoso.

—¿Mi señor?

Bán notaba que el mundo se hundía bajo sus pies. Durante un momento se quedó vacilante al borde de un precipicio, negando la evidencia de lo que oía. Luego la comprensión le inundó, llevando consigo su propia destrucción. Se cerró una puerta que había permanecido abierta, y en su lugar sintió el peso de una nueva obligación, una vida en equilibrio con la suya propia. Podía negar lo que ellos creían a pies juntillas que era cierto, y ellos podían no creerle, tacharle de niño, sencillamente, o bien él podía proporcionarles pruebas de la verdad, que él había matado a Amminio, y la vida de Corvo estaría tan comprometida como la suya propia. Por el rabillo del ojo, vio a Iccio encogerse de hombros y alejarse.

—Corvo… —el emperador se volvió hacia el prefecto.

Un solo músculo se movió en la mejilla del hombre. Los ojos grises se clavaron en la pared y no se apartaron de ella. Precisamente entre todos los hombres, el prefecto era quien mejor comprendía la profundidad de su traición.

Bán volvió a dirigir la mirada con gran esfuerzo hacia la silla dorada. El emperador sonreía como había sonreído Amminio al ganar el primer duro combate de la Danza del Guerrero. Dijo:

—Tenemos hombres muy avezados en obtener información. No creo que tú fueras capaz de morir antes de admitirlo, pero ya no estarías en condiciones de repetir tu experiencia, o de luchar por tu emperador después, y todavía tenemos necesidad de ti. Además —la oscura mirada se paseó por la habitación; nadie escapó a ella—, hay otras formas de llegar a la verdad, aparte del dolor. Las palabras pueden negar la realidad, pero el cuerpo no.

Los ojos del emperador se clavaron al fin en el tribuno de la Segunda.

—Tito Pompeyo, te encomendamos una acción inmediata, pero no creemos que los cargos, tal como se han presentado, soporten el escrutinio. Hay factores de los que no eres consciente, el menor de los cuales no es que el muerto había requerido el potro picazo como regalo y se le había negado. Está claro para nosotros que intentó tomar lo que deseaba y que el caballo, conociendo su deber hacia el emperador, no dejó que lo cogiesen. Es una lección para todos nosotros, que debemos confiar en la integridad del animal, pues solo conoce a su verdadero amo. ¿No es así?

Quizá fuese una pregunta retórica, pero no era seguro asumir tal cosa. El tribuno

asintió, por tanto.

—Sí, mi señor.

—Bien. La culpa se encuentra pues en el muerto, y ha pagado su precio. Tus legionarios, sin embargo, permitieron que un ladrón entrase entre los caballos y pusiese las manos en nuestra propiedad, y por tanto son culpables de negligencia en el cumplimiento del deber. El castigo será ejemplar y rápido, y debe incluir a toda la cadena de mando, incluyendo al centurión. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, mi señor —el tribuno había esperado otra cosa.

Lívido, saludó y fue despedido.

Bán no se había movido. Abrió la boca. El emperador sonreía, así que la cerró. El miedo le removía las tripas, amenazando con soltarlas. El emperador miró entonces el pergamino que llevaba en la mano.

—Dentro de un año, nuestro comandante en el Rin cree que será capaz de proporcionarnos las legiones que se requieren para completar el asunto iniciado por nuestro noble predecesor, Cayo Julio César. Entonces tendremos necesidad de ti, porque tú eres el guía más fiable para nosotros entre tu pueblo. Hoy, sin embargo, el día es tuyo, y deberías celebrarlo. Te envidio. Un amor como ése, el amor más auténtico, que nunca traiciona ni es traicionado, solo ocurre una vez en la vida. No hay vergüenza alguna en él. No te sientas vil. Pero tampoco te entregues a él en exceso, porque no queremos perderte debido a las noches sin dormir —sonrió lascivamente. Desde detrás del trono, el liberto griego se echó a reír.

Bán asintió. No era capaz de hablar. La risa reptaba por encima de su piel. Mirando a su alrededor, vio que hacía eco en los ojos de los menos favorecidos que, por fuerza, debían permanecer silenciosos en presencia de su emperador. Él había oído lo mismo y en el mismo tono de las mujeres y niños que se vendían a sí mismos a las legiones, y ahora lo oía para ruina de su orgullo. Si hubiese podido morir simplemente deseándolo, lo habría hecho entonces.

Los ojos de Cayo despellejaban la carne viva de su alma. Su emperador, que poseía su vida, dijo mordazmente:

—Julio Valerio, no has sido traicionado.

—No. mi señor.

—Puedes irte. Prefecto —se volvió hacia Corvo—, llévatelo a casa y cuídalo. Los guardias le han maltratado. Si tienes necesidad de mi físico, llámale. Es una orden. Podéis iros.

* * *

—Corvo…

—No lo digas.

—Pero…

—No —unos labios secos se apretaron contra su cabeza. Una voz cálida, llena de amor y añoranza, dijo—: Querido mío, lo siento. Acordamos no hablar de ello, pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Estaban de pie en los alojamientos de Corvo, en una habitación que había imitado en tiempos la opulencia de la sala de audiencias del emperador, pero de la cual todo el brillo había sido eliminado con rapidez. Estaba limpia y despejada y olía a cuero de arneses, a aceite de lámpara y a arena de pulir. El sirviente que rondaba por la entrada había sido despedido de forma displicente y les había dejado solos.

Bán se quedó de pie, muy rígido, en el lugar adonde le habían conducido. Unos cálidos brazos le rodeaban. Una mano le acarició el pelo. Su carne se erizaba por el contacto. El hombre al que había confiado su vida, y la certeza de su muerte, rio cálidamente y dijo:

—Julio Valerio, no pensaba perderte ante los cuchillos de desollar solo por mantener unas normas de decoro bárbaras. Tal como le has oído decir al emperador en persona, esto no es causa de vergüenza en Roma.

Corvo le acarició el pelo una vez más. La burlona sonrisa seguía en sus labios. Por encima de ella, iluminados por el sol de la mañana, sus ojos relampagueaban. En el espacio que quedaba entre los dos, la mano del otro esbozó el signo iceno para guardarse contra el mal, o para mentir impunemente. Bán notó que el suelo se hundía bajo sus pies por segunda vez. Se tambaleó y le sujetaron con firmeza. Con cordial claridad, y una voz que podía elevarse en el campo de batalla o mantenerse privada entre ambos, pero que se esforzaba por hablar bien alto a las paredes, Corvo dijo:

—Cariño, cariño, estamos solos aquí, como la noche pasada. No tenemos que mantener las distancias.

—No. Lo siento —era lo único que podía hacer.

Su mundo se estaba desmoronando por los bordes, como si la luz del sol hubiese sangrado todos sus colores. Volvió a tambalearse, y el otro le ayudó a sentarse. Miró por primera vez la habitación que tenía a su alrededor. Dos arcos estaban tapados con unas colgaduras. Cada uno de ellos podía haber conducido a otra habitación o hueco; había espacio detrás de ellos para un escriba y su pergamino. Devolvió la mirada a Corvo y se esforzó por sonreír.

—Gracias —le dijo—. No te habría pedido tanto. Pero te estoy muy agradecido.

—Bien —el alivio que vio era real—. ¿Te han hecho mucho daño los guardias?

—No lo sé —no le había dedicado ni un pensamiento a aquello; no era nada, comparado con lo que le esperaba, con lo que podía esperarles todavía a ambos si no aprendían a representar su papel debidamente.

Nunca antes había tenido que mentir. Con una mueca que cualquier observador habría interpretado, probó a flexionar los brazos y dijo:

—Creo que me han abierto otra vez la herida del hombro.

—¿Sí? Qué bastardos. Después de todo el cuidado que hemos tenido para no

dañarla… Bueno, pues iremos a ver a Teófilo antes de ir a los baños. Ahora ya todo el mundo lo sabe. No hay necesidad de ocultarse, y te encontrarás mucho mejor después de ponerte un poco a remojo y someterte a los cuidados de un masajista. Después, creo que lo mejor será ir a ver a ese loco caballo tuyo. Le tienen acorralado, pero está más salvaje que nunca. Me dicen que ni siquiera Sigimur se puede acercar a él —una mano le cogió del brazo bueno por el codo y le levantó, dándole otro abrazo cuidadoso.

Los labios que le rozaron el pelo pronunciaron absurdas ternezas en latín, y entre ellas, con mucha más sequedad y en iceno, dijeron:

—Y tendrás que actuar un poco mejor, amigo mío, o nos colgarán a los dos.

* * *

Una lámpara de tres llamas parpadeaba en la pequeña hornacina que se encontraba encima del lecho. Junto a ésta, una estatua dorada de Horus, de la altura de la palma de la mano, miraba hacia la noche con sus ojos de ébano. Un caballo de cobre, más pequeño y con la pátina verde de la edad, reculaba y piafaba en la noche. Bán no había estado demasiado a menudo en el dormitorio de Corvo, pero sí lo bastante para saber que esas tres cosas, la lámpara, el dios halcón y el caballo luchador, viajaban con él a todas partes, tan constantes en su vida como su armadura; nunca había esperado despertarse junto a ellas. Se quedó echado y quieto, notando los muelles de la cama y el lujo inhabitual de las sábanas. Le ardía el hombro, pero solo si pensaba en él. Un Teófilo silencioso se lo había vendado. Bán intentó hablar, pero lo acalló un dedo índice que hizo palanca en su barbilla. El físico sonrió ante la sorda indignación que siguió.

—Di que es por puros celos desatados —le dijo—, pero la verdad es que no quiero saber los detalles. Puedes contármelo todo cuando ambos nos encontremos libres del ejército… si es que vivimos lo suficiente para hablar de tales cosas —se detuvo al ver el rostro de Bán y entonces, con una suave y sorprendente ira, dijo—: ¿Qué es lo que te preocupa más? ¿La risa de los griegos o el hecho de que tú sigas todavía en posesión de tu piel?

Eran ambas cosas, y no quería admitir ninguna de las dos. Teófilo le miró desafiante.

—Si vives en el ejército, tendrás que acostumbrarte a ser objeto de cotilleos o risas. Tu orgullo sufrirá cada día, de otro modo. Yen cuanto a lo otro… no deberías ansiar una muerte como la que te ofrece Cayo si no la has visto antes. Si te quieres tan poco, te daré una infusión que tardará tres días en matarte y puedes disfrutar así cada momento de tu danza con el dolor, pero no en público, en presencia de aquellos que se preocupan por ti.

Bán dijo entonces, amargamente:

—¿Y el emperador te dejaría vivo después de eso? ¿O a Corvo? ¿Eso es lo que crees?

—¿Y te importa, acaso?

No era una pregunta a la que pudiera contestar entonces, ni ahora tampoco. Una corriente que provenía de la puerta dio en la lámpara, y tres sombras corretearon por el techo. Miró hacia arriba. Corvoestaba de pie junto al lecho. Su forma había cambiado, y la forma en que se mantenía allí de pie. Las máscaras del día habían desaparecido, dejando solo la tensión de su peso. Suspiró con fuerza entre unos labios tensos.

—Ya puedes relajarte —dijo—. Ha pasado.

—¿El qué?

—La pantomima. Era Civilis. Tenía noticias urgentes que no podían esperar hasta la mañana. Ha traído a su perro. No es tan bueno como *Granizo*, pero si lo bastante para decirnos que los espías han sido sustituidos.

—¿Es que había más de uno?

—Sí. Ésa era la noticia, o parte de ella. Uno de los libertos del emperador salió de la casa que hay aquí al lado con el cambio de guardia. Rufo lo ha comprobado desde fuera. Había uno junto a la ventana, pero se ha ido también. El tejado es plano, y no hay sitio para que se esconda un hombre, ni tampoco lo hay en otro sitio. Ya estamos solos, ahora de verdad. —Corvo estaba de pie torpemente junto a la cama. Las tres llamas parpadeaban en sus ojos, de modo que eran imposibles de leer—. No creo que debas salir aún, pero puedes irte al amanecer y no tienes que volver. Cayo sale para Roma mañana al mediodía. Dudo de que exija que los espías le informen de algo tan trivial como la relación entre el prefecto de un ala de caballería y su caballerizo mayor.

—¿Qué?

—Caballerizo mayor. Esa era la otra noticia que venía a darnos Civilis. Cayo lo decretó anoche. Te han ascendido. No estás al nivel de decurión, pero ya no se te requerirá que hagas guardias o que caves letrinas. Y lo más importante es que ya no tienes que compartir la tienda con siete galos —una media sonrisa aleteó por su rostro, y algo que podía ser también una disculpa—. Después de esto, es lo más sensato.

Bán se incorporó. La ropa de la cama se enroscaba en su cintura. Le dolía el corazón.

—Cayo leerá los informes de los espías al amanecer. Puede decretar algo diferente si cree que le hemos engañado. ¿Tienes una hoja, por si viene a buscarnos?

—Sí —era una daga de ceremonia, con la hoja de unos treinta centímetros de largo y afilada por ambos lados. Había estado colocada en el suelo de mosaico bajo la cama todo el rato. Corvo la sacó a la vista y la sujetó encima de las dos palmas—. Eres libre para usarla. Siempre ha sido así, pero no la necesitaremos por Cayo. Esperaba ya los informes. Si hubiese querido actuar, por ahora ya lo habría hecho. Se va por la

mañana, y se habría querido quedar para verlo. Nunca ha sido hombre que ejecutara sus sentencias de forma precipitada. Civilis no habría venido con el perro, si no hubiese estado convencido de que estábamos seguros.

Corvo se acercó a la ventana y abrió los postigos, dejando que entrase el frío y neblinoso aire de la noche. La lámpara distribuyó una suave luz por su espalda, mostrando la cicatriz parecida a una quemadura entre sus costillas, donde la lanza panonia casi le quita la vida, el verano antes de un naufragio. Otras cicatrices se enlazaban con aquella, pero ninguna era profunda. Habló sin volverse.

—Bán, tú…

—¿Ya no soy Julio Valerio?

—Creo que no. Eso es un invento de Cayo. No es ese jinete iceno que cabalga en un caballo cuyo nombre significa Muerte —hablaban en galo.

Se habían pasado al galo desde el latín al abrir los postigos Corvo, y Bán ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Cómo sabes que cuervo significa muerte?

—Porque tu hermana me lo dijo.

—Ah.

No había pensado en Breaca desde antes de abandonar el Rin. Le costó tiempo recrear mentalmente la imagen de su cara. El color de sus ojos se le escapaba.

Corvo abandonó la ventana. Cuando se sentó al borde del lecho, la lámpara ya no le enmascaró más.

Bán levantó las sábanas y las apretó más en torno a sus hombros. Tenía los nervios mucho más alterados de lo que había conseguido jamás Amminio, y hacía mucho tiempo que había perdido la conciencia de lo que pensaba o sentía. Se le ofrecía amistad, pero no estaba seguro, ya no, de que bastase. Tampoco sabía lo que quería a cambio.

Como era lo más fácil, dijo:

—¿Me vas a pedir algo?

El prefecto dejó la daga en la sábana. La luz de la lámpara la iluminó.

—Iba a decir que una vez tú me diste una hoja, una escapatoria para la muerte de los soñadores. Había pensado que podía evitártela a ti, pero está aquí, si la necesitas.

Era una disculpa, camuflada con detalles del pasado, pero aun así no bastaba.

—Hay cosas peores que la muerte, venga ésta de donde venga. Pregúntale a Iccio.

—¿Bán? —Corvo se puso de pie repentinamente. El Horus se tambaleó en su hornacina—. ¿Te he ofendido acaso? ¿Te he deshonrado de alguna forma?

—Tú le has dicho a Cayo…

—Yo le he dicho a Cayo lo que todos los hombres de la legión creían ya que era cierto. Y, ¿acaso es tan malo que prefieres morir al cabo de dos días que ver tu nombre unido a ello? ¿De verdad? —Corvo giró sobre sus talones y volvió hacia la ventana. La rabia le animaba, cosa que no habían conseguido hacer ni el temor ni el alivio—. Cuando le he dicho al emperador que era causa de vergüenza entre tu

pueblo, yo creía que estaba mintiendo. Pasé un invierno en la casa de los hombres, y no me pareció que fuese gran causa de vergüenza entre aquellos con quienes la compartí. Y sin embargo… —hizo un gesto hacia fuera, hacia la niebla—. Si lees a los eruditos, te dirán que en las tribus germánicas es un delito gravísimo, que arrojan a esos hombres boca abajo a los pantanos, les colocan encima unas esteras de mimbre y luego los pisan hasta que mueren. ¿Te parece a ti que es así? ¿Eso crees?

A regañadientes, Bán sonrió.

—Si es así, alguien debería avisar a Civilis.

—Exactamente. Gracias. Entonces, ¿por qué… por qué…? —de nuevo estaba junto al lecho. Los postigos golpearon tras él. El cuchillo estaba plano encima de su palma—. ¿Por qué es mejor esto?

—No tengo miedo de morir.

—No, yo diría que no. Estás obsesionado con ello. Ha sido así desde la muerte de Iccio. Yo esperaba que quizá podríamos darte alguna razón para vivir.

—¿Mintiendo?

—Pero por todos los dioses, ¿qué querías que hiciera? ¿Decirle que le rompiste la cabeza a Amminio con una piedra y que debía crucificarte? —Corvo se detuvo, jadeando—. Bán, escúchame. Tito Pompeyo nunca ha estado en un campo de batalla, y la Segunda es una cohorte de nuevos reclutas que todavía no saben siquiera cómo librarse de las guardias a base de sobornos. Si no fuera por eso, tú tendrías la muerte lenta que ansias y no hubiéramos podido hacer nada para evitarlo. El potro se puso como loco, pero estaba coceando un cuerpo ya muerto. El golpe de muerte en la cabeza no se lo produjo un caballo. Ningún hombre que haya luchado contra la caballería (ningún hombre que hubiese vivido después del ataque de los chattos del mes pasado y viese los cuerpos después) cometería el mismo error que ellos. Los centinelas del Segundo vieron lo que querían ver, y Cayo no tenía demasiada prisa en hacer que se verificase. No tenía ninguna necesidad de Amminio, y ahora tú estás en deuda con él. Lo único que necesitaba era un motivo para dejarte libre. Y yo se lo di.

—Y ahora yo también estoy en deuda contigo, así como con él.

Era aquello lo que le dolía, más que nada. No le importaba nada Cayo, pero no deseaba de ningún modo estar en deuda con el hombre que se sentaba ahora al borde del lecho, que levantaba ambas manos y que se detenía justo antes de tocarle, y las volvía a retirar, cerrando y abriendo los dedos. El hombre que decía:

—Dioses, Bán, ¿por qué tienes que ser tan tozudo? No me debes nada. No me has debido nunca nada, y nunca me deberás nada. Aunque no me hubieses dado tu cuchillo cuando pensábamos que Caradoc traía la noticia de la muerte de los soñadores, seguirías sin deberme nada. No se trata de deudas, ni de hacer cuentas de favores, se trata de cariño. Yo te amo. ¿Acaso no lo sabes?

Bán estaba sentado muy quieto, sin osar moverse. Como la niebla que se alzaba con la aurora, la niebla de su mente se alzó y le reveló la única cosa que había sentido, pero no visto, cuando Teófilo hizo su primera pregunta.

«¿Le quieres?

Sí; mucho. Pero no sé si ese cariño es correspondido».

Y por eso lo había cubierto con orgullo herido, con rabia antigua, con los últimos posos de la necesidad de morir, temiendo que abandonar esta última sería la máxima traición a los muertos. Buscó a Iccio en aquel momento, pero no pudo encontrarle, aunque no sintió ningún rechazo tampoco.

La tranquilidad se fue extendiendo, Bán notó el contacto en su hombro bueno, y no se resistió a él. Al final, levantó su mano y tropezó con otra, sorprendentemente fría, cuando la suya estaba húmeda de sudor. Las dos se unieron un momento, luego notó un apretón y se soltó, y cuando volvieron a unirse la otra mano llevaba una copa de vino, y entonces notó que podía incorporarse, tomarla y beber sin derramarlo. El vino era del mejor, del propio del emperador. La copa era verde, con un pie muy largo, y dejó en él las huellas de sus dedos. La bebida se le subió a la cabeza, haciendo que le silbaran los oídos. A través del ruido oyó a Corvo que hablaba con cuidado, en los medidos y controlados tonos que usaba antes de las maniobras.

—… no tienes que quedarte. Yo no te obligaré a dar nada que no puedas dar. Ya sé lo que es ser amado y no amar a cambio. Puedes quedarte en la legión, y seguiremos como estábamos antes. O si, sabiendo esto, no puedes soportar estar tan cerca, puedo conseguirte un barco para que te lleve a casa. Sería muy duro, y tendríamos que inventar algún motivo, pero no es imposible…

Él no escuchaba. No quería escuchar. Meneó la cabeza. Su corazón latía con fuerza contra su pecho, y el dolor era insoportable.

Corvo dijo:

—Bán, mírame.

Le miraba. Sus ojos estaban abiertos de hito en hito. No veía nada a través de la cortina de lágrimas. Se las secó con el dorso de la mano.

—Pero Bán, ¿qué es esto? ¿Es que yo he…?

—No, es que… ¿podrías dejar de ser el prefecto durante un momento y abrazarme sin más? ¿Por favor?

* * *

Se despertó a la luz del día, con los dedos del sol separando la niebla. Corvoyacía junto a él, ya despierto. Horus les miraba a ambos, con los ojos abiertos al sol. Bán se levantó y le acarició la cabeza.

—Te vigila —dijo.

—Sí, nos vigila.

—¿Fue un regalo? ¿Y el caballo? Horus para protegerte y el caballo para luchar —se formó una imagen en su mente, la de una cabeza rubia que yacía en lugar de la suya

propia, una cara más delgada y mayor—. ¿Cómo se llama la persona que te los regaló?

—Marco. Marco Emilio. Murió en Panonia.

—Cuando te hicieron esto —le tocó la cicatriz.

La piel en torno a ella era más sensible que en cualquier otro lugar. Por la noche había paseado por allí sus labios, explorando los nudos y los huecos purpúreos, trazando el perfil de las costillas hasta la columna y luego de vuelta. Ahora pasó el dedo por allí y contempló su efecto. El nombre no importaba, ni tampoco quién fue. El pasado era lo que les había formado y les había llevado hasta allí. Le pasó la palma de la mano a un lado y otro y oyó que él retenía el aliento.

—¿Debo detenerme?

—No, por mí no. ¿Quieres hacerlo?

—No. Nunca —sonrió, recordando cosas de la noche—. A lo mejor ahora que hay luz conseguimos no derramar el vino…

La mañana avanzaba. Fuera, las voces de los hombres iban y venían, preparándose para la partida del emperador. En el refugio del lecho, Bán se apoyó en los brazos que le sujetaban.

—Si les oímos a ellos —dijo—, ellos pueden oírnos a nosotros.

—¿Y te importa?

—No. A menos que piensen que todavía estamos fingiendo.

—No lo creo —un beso le robó la risa—. Será mejor que no te ofrezcas nunca para mentir. Nos matarían a ambos.

—Ya lo sé. Te dejé que llevaras el peso tú solo, y yo lo sabía y sin embargo te dejé. Lo siento mucho.

—No lo sientas. Hiciste lo que pudiste. Y ha bastado.

—¿Tenías miedo?

—Terror. ¿No lo notaste? Hubiese preferido luchar contra los chattos con una sola mano. Una cosa es morir en batalla, y otra muy distinta vivir un día y una noche para el entretenimiento de Cayo —los dedos le cogían mechones del cabello y los levantaban por encima de su cabeza—. Y pensé que te había perdido, lo poco que tenía de ti. Tenías que haber visto la cara que pusiste en la sala de audiencias. Creía que me odiarías por aquello.

—No te odiaba. Odiaba a Cayo por la forma que tenía de sonreír, y a sus libertos por sus risas, pero a ti no. Fue una conmoción. No me lo esperaba.

—Pues tendrías que haberlo esperado. Todo el mundo lo sabía.

—Quizá, pero los muertos solo se aman entre sí; no hay sitio entre ellos para los vivos. Yo deseaba tanto estar con Iccio que no noté nada más.

—Bán, tú no estás muerto.

—Ya lo sé —levantó una palma y la besó, inclinándola hacia la luz. Había mujeres entre los parisos que se decía que sabían ver la vida de un hombre en su mano. Frotó la base del pulgar en el encaje de callosidades y cicatrices y los siguió hasta el final—. Cuando Cayo se vaya, ¿qué haremos nosotros?

—Esto. Y volver hacia el Rin. Y adiestrarnos. Y ver si podemos coger ese potro loco y asesino tuyo y convertirlo en un caballo de la caballería. Y esperar hasta que Galba diga que puede traer las legiones, y navegar entonces a través el océano para cumplir la promesa que hizo Cayo a Amminio.

—¿Lo hará, aunque Amminio esté muerto?

—Tiene que hacerlo. Es lo que le salvará. El Senado quizá le odie, pero si puede darles Britania, el pueblo permitirá que conserve la cabeza. —Corvo se apoyó en un codo—. La noche pasada hablaba en serio. No tienes que tomar parte en la invasión contra tu pueblo. Puedes dejarnos, si quieres. Te encontraré un barco que te lleve a casa.

—¿Corvo?

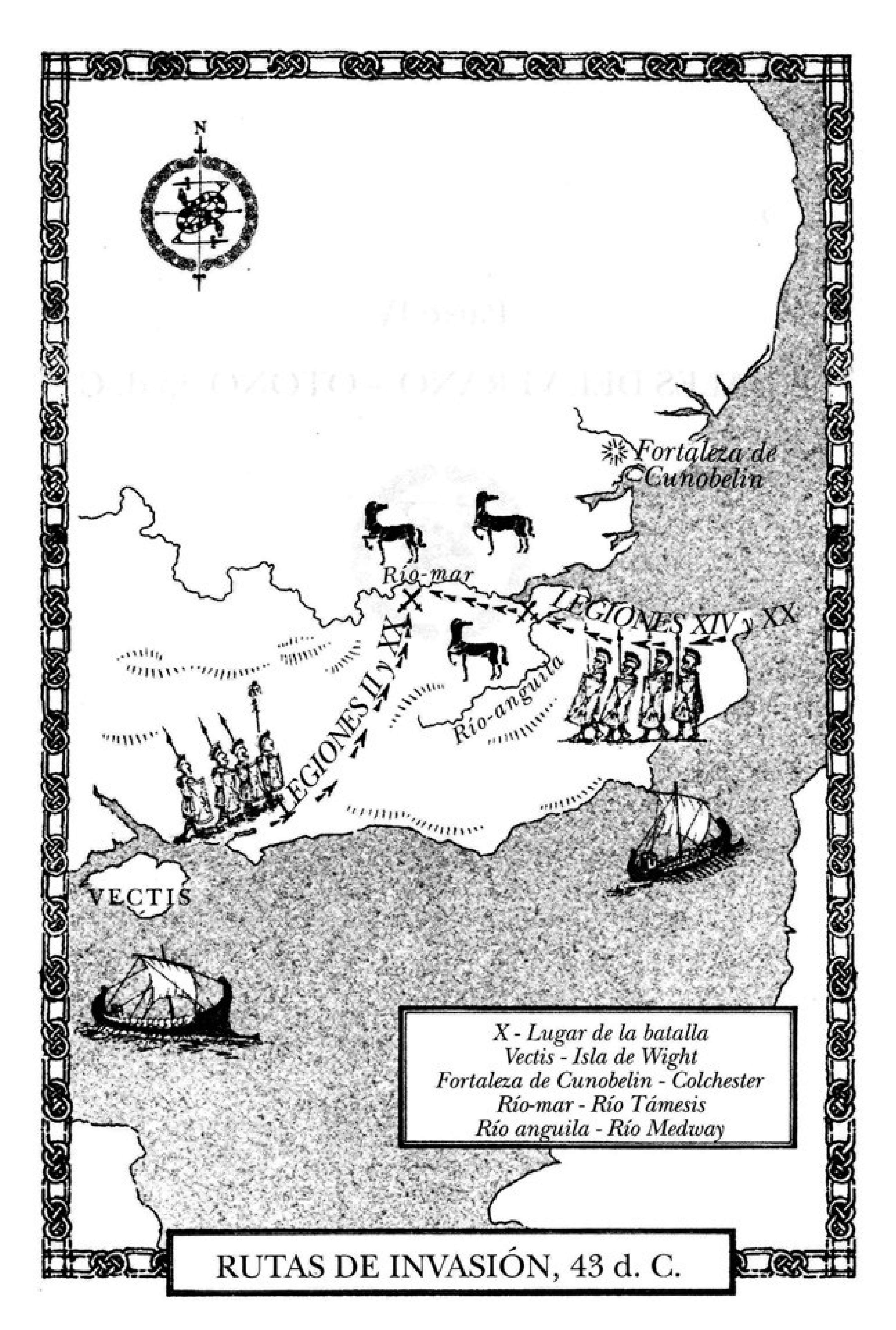
—¿Sí?

—Los míos están muertos. Iccio era el último, y mi alma murió cuando él murió. Nací de nuevo ayer, en este lugar, con la gente que es mi gente. Yo era Bán de los icenos. Ahora soy simplemente Bán, que monta un caballo llamado *Muerte*. Allá donde me lleve, ése es mi hogar.

# Parte IV

## Finales del verano - otoño 43 d. C.




N
Fortaleza de
Cunobelin
Río-mar
LEGIONES XIV y XX
LEGIONES II y XX
Río-anguila
VECTIS
X - Lugar de la batalla
Vectis - Isla de Wight
Fortaleza de Cunobelin - Colchester
Río-mar - Río Támesis
Río anguila - Río Medway
RUTAS DE INVASIÓN, 43 d. C.

# XXV

La salina se encontraba en la costa oriental más lejana, al sur del río-mar, en el lugar donde un solo barco (o una flota invasora) que navegase desde Gesoriacum o la boca del Rin, buscando el lugar más corto para cruzar con las mejores mareas, podía recalar.

El día de la última luna nueva antes del equinoccio de otoño, no había barcos a la vista. El mar se balanceaba con sus lentos ritmos y una ocasional cresta de espuma relampagueaba sobre las olas. El viento que había entonces soplaba desde la costa hacia mar adentro. La tierra estaba tranquila. Las llanuras saladas resplandecían bajo el sol de media mañana y de finales del verano. Unas aves zancudas vadeaban en el barro de la marea. Un montón de ostreros de pico rojo, llamados picazas de mar por los cantiacos locales, se removían y se posaban, piando con sus altas notas aflautadas. Breaca, sentada en una roca, se volvió a mirar qué era lo que la había alterado. El horizonte permanecía libre de naves pero, al cabo de un rato, notó a través de las plantas de los pies la vibración de los cascos que se aproximaban. Las aves eran buenas guardianas, aunque no tan buenas como habían sido a finales de la primavera, cuando se reunieron las tribus por primera vez. Al principio, se alzaban en grandes masas; chillando, cada vez que alguien tosía. Durante los meses siguientes, se iban zambullendo en las pozas aunque los guerreros estuviesen practicando con la espada, y solo levantaban el vuelo a causa de los perros.

El guerrero que llegaba desmontó a medio galope. Aterrizó pesadamente, y no tenía las manos libres para conservar bien el equilibrio. Breaca oyó los pasos que dio para estabilizarse, pero no miró tras ella. Los que importaban se habían reunido al romper el día, y permanecían a lo largo de la costa, mirando al mar. Caradoc estaba allí con cincuenta de sus ordovicos como guardia de honor, con el pelo como un resplandor dorado entre los mantos blancos. Habían pasado dieciocho meses desde que condujo a los guerreros de la maza de guerra hacia el ala izquierda de la batalla contra Beriko, de los atrebates, y todavía le cubría la pátina de la victoria.

Togodubno y su grupito de líderes con mantos amarillos estaban de pie, no lejos de allí: un tejón canoso, mostrando ya su edad y las tensiones del liderazgo. Los dos días que duró esa misma batalla, las lanzas concentradas de los trinovantes defendieron el terreno central sólidamente contra el enemigo, y las alas fueron obligadas a retirarse temporalmente. Ellos también irradiaban un orgullo palpable.

A su izquierda, Gunovic y Tago compartían el azul de su pueblo, pero poco más. Los icenos, dirigidos por Gunovic, se habían mezclado con las lanzas de Mona y habían ganado honor para ambos en el ala derecha, particularmente el segundo día.

Tago no luchó entonces.

Más atrás, Ardaco y Gwyddhien, Cumal y Braint, Maroc y Airmid formaban un bloque uniforme y gris, como había ocurrido en el campo de batalla: había sido la primera vez desde César que el Guerrero dirigía a las lanzas de Mona en un conflicto. Breaca, en cabeza, notaba un eco de la certidumbre que había conocido la noche de la elección, y vio que aquello conmovía a los que la seguían. No les había conducido a una victoria inmediata, pero les había convertido en una sólida unidad, y habían muerto menos de los que ella esperaba. Ahora, un año y medio después, la serpiente-lanza aparecía fresca de nuevo en sus escudos, en preparación para una guerra mayor.

El recién llegado no era ninguno de ellos, sino que actuaba como si poseyera un lugar en su Consejo. Pasó junto a Breaca, dejando caer las pajas como un tejado mal acabado. En la piedra de reunión, donde tenía que haberse encontrado el orador, arrojó su carga al suelo. Las ataduras de la gavilla se rompieron, esparciendo el trigo cortado de forma tardía, blanco por el exceso de sol y azulado en la punta debido al moho. Si se había hecho la trilla, había sido de mala manera. Una espiga entera cayó en la pierna de Breaca, y unos granos de trigo se esparcieron por encima de sus pies. Como si la calidad de la cosecha fuese su única preocupación, cogió un grano y lo mordió. La capa exterior estaba llena de moho, y se deslizaba de forma desagradable entre los dientes, pero el núcleo interior estaba seco y duro; si duraba el buen tiempo, no sería imposible salvar la cosecha. Inclinando la palma, dejó caer los granos en la hierba.

—¿Qué te dice esto, Guerrera de Mona?

La sombra del hombre cayó sobre sus piernas. Su voz convertía su título en un insulto. Ella miró hacia arriba, haciéndose sombra con la mano. Beduoc de los dobunios, molinero y aliado no muy de fiar, había sido guapo a su manera suave y sureña, hasta que el peso de su traición le fue estropeando. Las líneas de sus huesos todavía eran armoniosas bajo la piel aflojada por la bebida y la boca torcida. Tenía los ojos rojos por el polvo y el calor de la cabalgada. Estaba empapado de sudor. Tozudamente, volvió a hacer la misma pregunta:

—El trigo, icena. ¿Qué te dice?

Aquello también podía ser un insulto, si ella quería tomárselo así; ella era de Mona, en primer lugar, e icena en segundo, mientras fuese Guerrera. Decirlo de otro modo era negar su posición. Ella le miró fijamente y él apartó la vista primero.

—¿Que los dobunios recogen las cosechas demasiado tarde?

—¿Tarde? —él escupió en la piedra que ella tenía al lado—. No es tarde. No es tarde en absoluto. He cortado esto con mi cuchillo de despellejar mientras me alejaba de mi tierra natal. El resto sigue en los campos, alimentando a las ratas y los estorninos.

Él se alejó unos pasos y paseó la mirada por el rastrojo que tenían detrás de ellos.

—No ves nada aquí —extendió el brazo, culpándolos a todos—. Habéis cortado todas las espigas que había a lo largo de la costa, y durante dos días de viaje tierra

adentro, para poder comer vosotros y que los romanos, cuando lleguen, no puedan, pero en el resto de la isla, desde aquí hasta la costa occidental más alejada, el trigo sin cortar sigue en los campos alimentando a los pájaros. En las tierras de los dobunios, los pichones se atiborran desde el amanecer hasta que se pone el sol. A mediodía están tan llenos que no pueden volar, y los niños de pecho pueden cogerlos del suelo y llevárselos a casa para retorcerles el pescuezo. Nuestras abuelas los abren en canal y sacan el trigo de sus buches, para tener algo de pan que comer en invierno, sabiendo que no dispondrán de la cosecha. Nuestra tierra está vacía, atendida solo por niños pequeños y lisiados, mientras que todos los guerreros hábiles esperan aquí, contemplando el mar vacío y esperando a un enemigo que no viene. Nuestros niños ya conocen el hambre y las primeras heladas empezarán solo dentro de un mes. Es hora de actuar mientras todavía podamos salvar algo para el invierno.

La parte de Breaca que estaba dedicada a Mona escuchaba con un oído que le decía que si su vida hubiese sido distinta, Beduoc de los dobunios podía haber sido un buen bardo; los tonos de su voz estaban ahí, dando forma a la rabia. En un rincón de su corazón, lamentó la pérdida de aquel talento. El resto de su persona contemplaba los principios de un acuerdo hecho por el grueso de los guerreros, si no los líderes y los soñadores. Beduoc no gustaba, ni tampoco confiaban en él, pero sí que escuchaban lo que decía. Su gente, los dobunios, eran aliados tardíos, y solo la mitad de ellos además: la parte cuya tierra bordeaba la de los catuvelaunos, y que podía forjar nuevas alianzas con mayor facilidad. El primer día de la batalla lucharon con Beriko y sus atrebates. Sus guerreros blandieron las hojas con una ferocidad inquebrantable, y la carnicería en el flanco izquierdo, donde ellos mantenían el terreno, fue terrible. Caradoc condujo a los ordovicos contra ellos, carga tras carga, y ninguno de los dos bandos se dio cuartel, de modo que los cuerpos se amontonaban en enormes piras de cremación aquella noche.

El coste se pagó. A la mañana del segundo día, el propio Beduoc llegó al campamento para jurar lealtad a Togodubno y sus aliados. Nadie confía en un hombre que rompe su juramento de sangre, pero por necesidad aceptaron su oferta y todos estuvieron de acuerdo en que era bueno no tener que enfrentarse a las lanzas de guerra de su pueblo el segundo día de batalla. Probablemente fue aquello lo que inclinó a su favor el día, y no fue culpa de Beduoc que Beriko escapase y consiguiese llegar hasta Roma.

Un rumor se extendió por toda la reunión. Tago, que se había ganado un lugar en el Consejo de los icenos, dio un paso al frente. Estaba encorvado bajo el peso de un dolor perpetuo, y su manga derecha colgaba vacía por debajo del codo. Su voz era clara y llegaba hasta el lugar más alejado de la reunión.

—Hay otro asunto. Los cantiacos nos han acogido a lo largo de todo el verano, pero no podemos aprovecharnos demasiado de su buena voluntad. Nos estamos comiendo su grano y bebiendo su agua, cazamos sus presas y hacemos fuego con leña de sus bosques. ¿Y para qué? Ha pasado un año y medio desde que reclamamos la

tierra del sur del río para el hijo de Togodubno. Todo este tiempo le ha costado al emperador reunir a sus legiones, y ahora las tiene ya al borde del océano, y sin embargo, siguen sin venir. Claudio no es diferente de su predecesor. Calígula también era un payaso, sin estómago para la batalla. Digo que es momento de irnos a casa. En las tierras de los icenos también el trigo permanece sin cortar en los campos, y nuestra gente teme el oso blanco del invierno.

Tago no era el mismo hombre que antes de la batalla. Su mirada recorrió todo el círculo, desafiándolos a todos a llamarle cobarde. Nadie lo hizo. Ya no era guerrero, pero abandonando el nombre de tal, se había ganado su respeto. No fue así la primera mañana de la batalla, cuando cabalgó a la cabeza de cincuenta lanceros icenos. La pérdida de un brazo ante las águilas de guerra de Amminio le había convertido en una especie de héroe entre aquellos que antes honraron a Caradoc, y él trabajó obstinadamente desde entonces, aprendiendo a sujetar la espada con la mano izquierda. Gunovic le hizo un escudo que se podía sujetar con unas correas al muñón de su brazo derecho y luchó bien con él en combates singulares contra los jóvenes de los icenos, que se aterrorizaban ante sus trenzas de guerrero y sus plumas de muerte y las pruebas palpables de su participación en la masacre más grande de su época.

Pero fue diferente en la batalla contra los atrebates. Los guerreros del sur no sabían nada de su pasado, ni les importaban las plumas con cañón rojo que llevaba en el pelo. Solo veían que era un guerrero con un solo brazo, y una lanza arrojada desde la derecha tenía más posibilidades de hacer blanco. Sobrevivió el primer día gracias a que sus amigos enlazaron los escudos y formaron un muro en torno a él. Dos murieron para que él pudiese vivir. Pero lo que le hizo cambiar fue la pérdida de Verulo, el vacilante muchacho del pie cojo, el padre del hijo de Nemma, que tenía que haber luchado a caballo, pero prefirió quedarse de pie y defender a su amigo. Aquella noche, Tago encendió el fuego en honor de los muertos. A su luz y frente a todo el mundo, se deshizo las trenzas de guerrero del cabello y arrojó sus plumas al centro de las llamas. Sus amigos de batalla lo contemplaron en silencio hasta que el fuego se extinguió, y luego le dejaron solo para que hiciese las paces con los dioses. Fue una buena acción, era lo correcto, pero estaba claro que aquello marcaba el final de su camino como guerrero. Por tanto, requería más valor para él que para la mayoría alzar la voz para pedir que se fueran a casa, y por eso sus palabras hicieron mella en los que estaban alineados frente a él en las salinas.

Gunovic se adelantó hacia él. Había luchado como un oso; nadie podía discutir su valor. Sus ojos se volvieron un momento hacia Breaca y se apartaron, apenados por la necesidad de nadar entre dos aguas.

—Tago tiene razón. Si las tropas de Claudio embarcan ahora, se arriesgan a que las atrapen las tormentas de otoño a su vuelta, como le ocurrió a César. Saben todo esto mejor que nosotros, y eso afecta a sus actos. Esta mañana he tenido noticias de Luain MacCalma; dice que las dos legiones germanas se han asentado en Gesoriacum, y que se niegan a embarcar. Más al este, la legión hispana espera en Juliobona y

tampoco ha embarcado todavía. No hay un solo legionario que esté deseoso de hacerse a la mar. Si el nuevo emperador desea comprar la credibilidad del Senado para reforzar sus pretensiones de gobernar, tendrá que encontrar otra moneda que la vida de sus hombres o la conquista de Britania.

Si hubiese sido otro que Gunovic, Breaca habría rechazado su versión de la situación de plano. Como no podía hacerlo, dijo:

—Claudio ha pasado todo el verano reuniendo su ejército. Tiene veinte mil legionarios y otros tantos de la caballería y auxiliares esperando inactivos en sus puertos. Ha encargado una flota más grande de lo que jamás ha visto Roma. ¿Me dices en serio que no pretende usarla?

—Este año, no.

Estalló el alboroto en la reunión. Parecía que hasta los guerreros más jóvenes (en particular, los más jóvenes) lo sabían, o lo habían soñado, o lo habían visto en los movimientos de los mercaderes a lo largo de la costa.

—Vendrá en primavera… si es que viene.

—Calígula no tuvo el valor de atacar, y Claudio es un hombre de menos valía. No tiene estómago para una lucha en la que sabe que va a perder. Calígula al menos había acompañado a su padre en el ejército; éste no sabe nada…

—Es todo por aparentar. A Roma no le preocupa lo que se encuentra más allá del océano que la rodea; solo necesitan alimentar la imaginación de su pueblo…

Solo los soñadores estaban sentados en silencio, y los dos hijos de Cunobelin. El resto chillaba como gaviotas que luchan por arrebatarse los restos del vertedero. Detrás de ellos, unas gaviotas auténticas, a miles, volaban entre los vientos turbulentos de la salina, blanqueando el cielo. El mar oscilaba bajo las aves, demasiado suave para la época del año en la que estaban. El sol incidía en las olas pulidas y resplandecía, con un brillo cegador. Sonó un cuerno en la distancia y las gaviotas se movieron como si actuaran bajo sus órdenes, relampagueando como cardúmenes de peces al girar y bajar en picado para aposentarse en el agua. En una flota ordenada, cada una levantó un ala para captar el viento. Las corrientes invisibles las empujaron hasta encallar en las salinas. Tenían los ojos rojos, sangrantes, y cuando movían la cabeza, salpicaban y manchaban la arena. Por encima de ellas, un águila de guerra planeaba en una corriente térmica.

—¿Breaca?

Se había dejado caer desde la roca. Airmid se arrodilló frente a ella. Maroc estaba a su lado. Ahora era el Anciano: era así desde mediados del invierno, cuando murió Talla… y eso cambió la forma de percibirle. Sus ojos se hundían en los huecos de su cráneo, iluminando su alma. Con calma, como si formara parte de una conversación interrumpida, dijo:

—Breaca, las gaviotas no han venido todavía.

Ella ya lo veía. Estaba agotada. Asintió, sin fuerzas para hablar.

Caradoc estaba más cerca de lo que había imaginado. El verano le había suavizado

un poco, blanqueando su cabello, más claro que la paja ahora, y convirtiendo su piel en una gamuza suave. La compleja mirada gris la estudió con el juicio del guerrero. Ella no esperaba menos. En los cuatro años que habían pasado desde que ella detuvo la yegua gris en la cima de una colina y dejó a un lado la rabia y el dolor frente a una amenaza mucho mayor, había llegado a una actitud pragmática con Caradoc, una actitud que funcionaba para ambos al servicio de la tierra y de su gente. Él la trataba como a una medio hermana distante, con la cual hubiese tenido alguna disputa familiar no curada aún, y de la que ya no se hablaba. Ella le trataba como habría hecho con Amminio si, después de perder la Danza del Guerrero con Bán, el hermano mediano se hubiese unido a sus hermanos en la guerra contra Roma y hubiese demostrado que era un competente líder de hombres: con respeto y una distancia necesaria. Ahora, él se agachaba sobre los talones, con las manos apoyadas en las rodillas, y ella notaba la presión de su escrutinio.

Desde su izquierda, Maroc hizo la única pregunta necesaria:

—¿Cuándo atracarán las velas blancas?

Ella miró hacia arriba, sin tener la respuesta. Airmid vino y se arrodilló a su lado. Aquella noche, Airmid había soñado con miles de garzas que mataban a todas las ranas, e intentaba encontrar el valor suficiente para contarlo. Las gaviotas eran peores, pero no para ella.

—Mira al sol —dijo—. Él te lo dirá.

Breaca cerró los ojos y pensó. El día había sido demasiado brillante, y el mar estaba demasiado tranquilo… una tranquilidad de los dioses, no real. No veía el sol. Meneó la cabeza.

—Las sombras entonces.

Miró hacia abajo. La respuesta se encontraba a sus pies, en la sombra inclinada.

—Por la tarde, a mitad de camino entre el mediodía y el atardecer.

No era eso lo que esperaban. Maroc aspiró hondo y Breaca se convirtió de nuevo en una novata, aprendiendo a leer latín y desenvolviéndose mal. La vergüenza la sonrojó desde el cuello hasta la raíz del cabello. Con paciencia, Airmid dijo:

—No, eso no. Mira el ángulo del sol. ¿Qué época del año es?

El sol no daba respuestas. Mentalmente, Breaca miraba el césped y las hojas del pequeño abedul azotado por el viento que creía solo en el risco que había detrás. La hierba era áspera y marrón y con pegotes de sal marina. El abedul estaba casi desnudo, un arbolito pequeño, con la corteza plateada y unas escasas hojas verdes de sol.

Abrió los ojos. La hierba real era menos marrón, el abedul tenía más hojas, pero su color era el mismo. Un fuerte viento las arrebataría y lo convertiría en el árbol de su sueño.

—No falta mucho. Un mes. Quizá menos. Después de las primeras tormentas de otoño.

Los guerreros se habían quedado silenciosos. Aquellos de los dobunios cuyos

abuelos habían rechazado a los dioses formaron el signo para protegerse contra el mal. Otros levantaron una mano por Briga, o por Nemain. Gunovic la contempló como un perro que protege a su cachorro. Con pesar evidente, dijo:

—Breaca, ¿estás segura de que será este año? ¿No podría ser el año que viene? —era un hombre íntegro; no podía dejar de hacer la pregunta que le parecía obvia.

Ella le miró, irrazonablemente furiosa.

—¿Enviarían los dioses un aviso de peligro para dentro de un año?

Él hizo un gesto dudoso, sin dejarse convencer. Maroc, que debería haber conocido la respuesta, no decía nada.

Beduoc dijo:

—Aun así, deberíamos recoger la cosecha. Los dioses no dan suerte a los guerreros que van al campo de batalla muertos de hambre, en caballos mal alimentados y con perros cuyos corazones están puestos en la caza, más que en la batalla que les espera.

En torno a él, otros asintieron: hombres y mujeres que tenían más cosas que perder que una simple vida, y menos que una nación. Ninguno de ellos dirigía menos de cien lanzas. Estaban cansados de esperar.

Se dirigieron, como un solo hombre, hacia aquellos que estaban agrupados en torno a la piedra del orador, y su mensaje era claro.

—Id —Togodubno habló por los demás. Volvió su escudo de modo que quedase frente a ellos, para que la marca del Perro del Sol, oro sobre blanco, diese más peso a sus palabras—. Tomad a vuestros guerreros. Todos aquellos que tengáis todavía el trigo en los campos deberíais ir ahora a casa y traerlo. Yo volveré a la fortaleza. Si la luna vuelve y no tenéis todavía para el invierno, enviadme noticia allí. Los graneros de los trinovantes no están vacíos precisamente. Yo me aseguraré de que se envíen alimentos a todos aquellos que los necesiten.

Airmid preguntó:

—Si tú estás al norte del río-mar, ¿quién vigilará aquí la llegada de Roma?

Caradoc no se levantó. Tranquilamente, desde donde estaba, agachado junto a la roca, dijo:

—Yo me quedaré, y también las lanzas juramentadas de los catuvelaunos; no los necesitan en casa.

Ahora él dirigía a ese pueblo, habiéndole sido garantizado el juramento de sangre por su hermano después de la batalla contra Beriko. Había pasado los dos últimos veranos entre ellos, y su hija le veía solo en invierno. Si su madre deseaba otra cosa, nadie lo sabía. Una vez, en un momento de distracción, Breaca le recordó su promesa de que aquella niña crecería sabiendo más de su padre de lo que Caradoc había sabido de Cunobelin. La intensidad de su ira la sorprendió, y su respuesta también. En casi cuatro años, fue la única vez que se pelearon. Nunca volvieron a mencionar aquel tema desde entonces.

Caradoc la miraba, pensativamente, como si leyese la corriente de sus pensamientos. Dijo:

—Aquellos de los atrebates que me deben lealtad pueden unirse a nosotros. Tienen pocos guerreros y muchos para atender sus campos. Y Mona también, creo.

—Por supuesto —ella asintió. Lo sabía, igual que Togodubno, pero había que decirlo de nuevo, tan a menudo como fuese necesario, delante de aquellos que podían albergar alguna duda—. El Consejo de los ancianos ha dado su palabra; los guerreros de Mona se quedarán en el este hasta que empiece la guerra o el invierno cierre el océano. Volveremos en primavera, y cada año, hasta que la amenaza haya pasado.

—Gracias. —Caradoc sonrió un poco. Ante la amplia asamblea, dijo—: Cualquier otro que quiera unirse a nosotros será bienvenido. Cuando vengan las legiones, enviaremos mensajeros. Habrá tiempo para que os arméis y vengáis.

Gunovic preguntó:

—¿Todavía crees que van a venir?

—Ah, sí —su mirada era sombría—. Ellos también están esperando la cosecha. Cuando el trigo haya crecido y puedan alimentar a las legiones con el fruto de nuestros esfuerzos, vendrán.

## XXVI

La lluvia caía leve, fina como una neblina, y la cabezuela del diente de león temblaba. Un solo milano se desprendió y voló hacia arriba, atrapado por la brisa. Otros se agitaron, sin soltarse de sus amarras. Breaca yacía echada de cara y los contemplaba, Las sacudidas adquirieron un ritmo, como las olas en unas aguas tranquilas. En los árboles, una urraca graznó, alarmada. Tras ella, un búho ululó a plena luz del día. Al oírlo, *Granizo* movió el rabo de lado a lado y volvió una oreja hacia atrás. Breaca se limpió las manos de la hierba y señaló hacia el bosquecillo de hayas que tenían cerca. Una masa oscura de lana de oveja manchada de hierba y piel cubierta de barro saltó hacia delante y se quedó echada, jadeando en el otro lado: Braint.

—Ya vienen —la voz de la chica estaba ronca por la emoción y la prisa, y la necesidad de sigilo.

—Lo sé. Los oigo. ¿Cuántos?

—Veinte jinetes con lanzas y espadas y escudos grandes. Van protegiendo a otros tantos a pie, armados con lanzas.

—¿Una partida de caza?

—Podría ser. No les hemos dejado nada para comer.

—Que coman pescado.

—Exacto —la chica sonrió, y los dientes relampaguearon blancos entre el barro de su cara. Era de los brigantes, que solo comen carne y cereales, y odiaba el sabor del pescado. Se retorció hacia atrás, bajo la cresta de la loma, y se arrodilló—. No había ni perros ni honderos. ¿Puedo ir?

—Sí. Llévate a Ardaco. Te espera.

La chica se confundía con la tierra. Al final, la bola del diente de león empezó a temblar con un nuevo ritmo. Breaca dio unos golpecitos a *Granizo* en la pata y se deslizaron de lado y hacia abajo, donde la yegua gris estaba atada con los otros caballos, con los pies envueltos en pieles de oveja, y los arneses y el bozal cubiertos con trapos. Quitó los trapos y montó. *Granizo* corría a un lado; Gwyddhien, poco expresiva y tranquila, al otro. La guardia de honor de Mona les seguía. Eran treinta, veintidós de los cuales habían compartido la elección en Mona. El resto provenía de la escuela de los guerreros, elegidos para fortalecer y ampliar la habilidad de sus iguales.

Iban formando una línea, fantasmas con mantos grises cabalgando unos caballos silenciados colina arriba, a través de un bosque silencioso. En el mes que había transcurrido desde la reunión en las salinas, habían vivido exclusivamente de la tierra, aligerando el peso de su presencia para sus anfitriones, los cantiacos. En ese tiempo, incluso más que en el verano que le antecedía, el sol y el viento les habían templado,

forjando una uniformidad como de gamuza que les hacía parecidos, a pesar de la altura y el color de su cabello. Iban bien armados, con lanzas recién hechas y buenas espadas y escudos de piel de toro marcados con la serpiente-lanza. La mayoría llevaba también cascos de hierro, salvo Breaca; Desde el principio de la batalla contra Beriko, ella supo que su cabello era el mejor estandarte, y que sus guerreros lucharían con más fuerza si la podían ver con mayor claridad en el campo de batalla. El cabello era mucho más luminoso ahora que entonces: el verano lo había bruñido y le había dado un encendido color cobre veteado de oro que resplandecía incluso bajo las nubes. En el breve tiempo desde que habían desembarcado, los romanos habían aprendido a reconocerlo, y a temerlo.

Los guerreros llegaron al borde del bosquecillo de hayas y se desplegaron a los lados para formar una sola línea uno junto al otro. Desmontaron y despojaron las patas de sus monturas de la envoltura de piel de oveja, desechando el secreto en favor de una carrera más segura y más veloz. Breaca hizo una señal, y cinco de los suyos se colgaron las lanzas a la espalda, sacaron las hondas y abrieron las bolsas con piedras de río que llevaban en el cinturón. Era su arma secreta; entrenados y dirigidos por Cumal, maestro de la honda. Un día bueno, podían desarzonar a un hombre en el espacio de dos latidos de corazón. Inclinándose hacia abajo, Breaca colocó su mano plana encima de la serpiente-lanza pintada en rojo en el brazuelo de la yegua gris, y rogó a la anciana abuela que le concediera un día perfecto.



Los jinetes eran galos, eso se podía deducir de su tamaño y el cabello amarillo dorado que caía en largas trenzas por debajo de sus cascos. En todos los demás aspectos, iban armados y pertrechados exactamente igual que la caballería romana, con lanzas, largas espadas y escudos ovalados pintados de negro con rayos y la marca del águila en oro. Vieron a Braint recogiendo leña en un claro y creyeron haber recibido la bendición de los dioses. Ella se había limpiado el barro de la cara y se había soltado el pelo, y su túnica ondeaba al viento por encima del cinturón, mostrando un pecho con su moreno pezón mientras se inclinaba para recoger otra rama más. Los galos aullaron desde la distancia. La chica lanzó un chillido y dejó caer la leña, y se echó a correr hacia el bosquecillo de hayas, recogiéndose el pelo hacia atrás mientras corría. Era la mejor corredora del grupo de su edad en Mona, pero los galos iban montados y ella no. Breaca, observando desde su elevado punto de observación en el bosque de hayas, cerró y abrió el puño de la mano derecha, jurando una muerte lenta a cualquiera que consiguiera tocarla.

La chica se escabulló entre los árboles, y cuando los galos la volvieron a ver iba en compañía de un hombre, su padre quizás, o su hermano. El hombre no era grande ni

iba armado, al menos aparentemente. Ambos iban montados y corrieron hacia un valle con los árboles talados y bosques a cada lado, y una abrupta elevación al fondo desde la cual no había escapatoria posible. Los galos dieron gracias a sus dioses, aullando. En los bosques de arriba, una yegua gris piafaba y fue acallada. Un perro con manchitas blancas lanzó un gruñido que era una amenaza de guerra, demasiado bajo para ser oído, y se le erizó el pelo del cuello, como si fuese una crin.

La chica y su padre llegaron al final del valle y se volvieron, acorralados. Al hacerlo se pudo ver que, de hecho, ambos iban armados, pero eso solo hacía más divertido el juego. Los galos aminoraron la marcha y llamaron a sus camaradas, los cazadores, silbándoles para que abandonasen el rastro de un ciervo. Estos hombres eran más pequeños y morenos, y juraban brutalmente en latín, hasta que vieron a la chica. Entonces uno de ellos hizo una broma en galo acerca de darse un festín de carne humana. En la colina de arriba, un joven coritano de cabello trigueño enseñó los dientes y exclamó: «ése es mío».

El primero de los galos estaba a un tiro de lanza de Ardaco cuando la piedra de honda silbó desde las alturas y le golpeó en el cráneo. Su compañero apartó un instante los ojos de la espada de Braint y murió con la garganta rebanada, emitiendo aire con un silbido. El aspirante a caníbal pronto se atragantó al recibir una lanza en el cuello, de la cual colgaban las plumas de un milano rojo.

El galo que dirigía el grupo no era ningún idiota; la suya no era la primera patrulla atacada, y había asistido a los informes de aquellos de sus predecesores que habían escapado con vida. Gritando órdenes, hizo girar a su caballo para enfrentarse a la ola de guerreros con mantos grises, buscando desesperadamente el cabello llameante entre ellos… y lo encontró, demasiado cerca. Levantó su espada bien alta para parar un golpe mortal que iba dirigido a su cabeza y lo vio girar en el último momento y buscar, con una rapidez imposible, su garganta.

En un acto final de obstinado valor, miró más allá de la espada para ver qué mano le había matado, y con los ojos desorbitados vio que ninguno de los que habían sobrevivido se había acercado siquiera en sus informes a la verdad. Su última visión de este mundo fue el rostro de una diosa radiante y feroz, enmarcada en un fuego salvaje, y el perro moteado de blanco que luchaba a su lado.

El caballo del líder era un zaino de fuerte sangre gala, bien entrenado para aguantar en batalla. Breaca lo tuvo en cuenta mentalmente mientras sacaba la espada del cuello de su jinete, y se volvió para enfrentarse a los enemigos que quedaban. Su número disminuía con rapidez. *Granizo* y la gris mataron a uno de los cazadores romanos entre los dos, y Breaca acabó con su compañero de escudo con su espada. La mano le latía ansiosa de acción, pero solo ligeramente. Era la segunda emboscada del día, la sexta desde que las legiones habían desembarcado. Matar era fácil. El aire se espesó con los quejidos de los moribundos y el hedor a sangre y heces, pero ella apenas lo notó. Dos de los cazadores que estaban más cerca del borde trataron de escapar subiendo por la colina, hacia los bosques, y se encontraron frente a Braint,

que había abandonado a su caballo en el valle y corría entre los árboles para adelantarles. La conmoción hizo más lentos sus reflejos (nunca se habían enfrentado a una mujer en combate), y murieron antes de tener tiempo de pensar en la imposibilidad de lo que les ocurría. El guerrero de cabello trigueño de los coritanos felicitó a la joven por haber degustado por primera vez la auténtica sangre romana. Ella le saludó, sonriente, y se inclinó a cortar un rizo de cabello de cada uno de los muertos, añadiéndolos a la bolsa que colgaba de su cinturón, ya abultada, antes de echar a correr colina abajo para ayudar a sujetar los caballos del enemigo.

Cuando todo acabó, los enemigos muertos fueron arrastrados a los bosques y ensartados en troncos de árbol con sus propias lanzas; después les cortaron la garganta y los genitales, como advertencia. El joven coritano le quitó al líder la camisa y le grabó en el pecho el símbolo de la serpiente-lanza. Breaca lo vio y no hizo nada para impedírselo. Ya lo habían hecho cinco veces antes.

El resto de las armas romanas fueron repartidas entre los guerreros. Los mantos grises de Mona se fueron tal como habían llegado, silenciosos, con los pies acolchados. Tras ellos, las aves carroñeras ya se estaban reuniendo. Muy atrás, hacia la costa, el humo de mil campamentos manchaba el cielo.

* * *

Una pequeña corriente discurría por el extremo más lejano del bosquecillo de hayas. Desmontaron junto a ésta y se lavaron, y comieron queso de cabra envuelto en hojas de ortiga, y carne fría, regalo de una familia de atrebates del norte. Breaca se sentó con *Granizo* a sus pies y le lavó un arañazo que tenía en la pata delantera. Él colocó la cabeza contra su brazo, con los dientes muy apretados contra la piel de ella, y gruñó suavemente, como hacía cuando jugaban. A ella le costaba recordar una época anterior a la de su cariño mutuo. Breaca le cerró la herida con telarañas y le alimentó con carne que llevaba en su alforja. Corriente abajo, Ardaco atendía a uno de la guardia de honor que sangraba por una herida de lanza encima de la rodilla. Otros lavaban sus heridas o se quedaban de pie en la corriente con las manos de la espada sumergidas en el agua para menguar el calor y la hinchazón de la batalla. Duborno, que en tiempos fue de los icenos y ahora era de Mona, tomó un recipiente con agua y vino a sentarse a su lado.

—Esta vez había más —dijo—, e iban mejor armados que los últimos. El siguiente grupo será todavía mayor.

No era una acusación; él ya no actuaba así. Duborno era uno de los que ella había elegido para formar la guardia de honor, reconociendo el cambio que había sufrido. Un cambio que empezó inmediatamente después de la batalla con Amminio, en la cual Duborno atrajo la vergüenza hacia él y su familia fingiendo la muerte frente al

enemigo. A causa de ello, fue el primero en cambiar y en él la diferencia se notó más. Por vergüenza, renunció a su lanza de guerrero la primera noche de su vuelta y se comprometió a cazar y aprovisionar de comida a la gente. Más tarde, cuando todos los ojos se habían apartado de él, regaló sus ornamentos de oro y sus bonitos mantos a las familias de los muertos, y empezó a vestir con áspera lana tejida y con un solo brazalete hecho con el pellejo del zorro rojo, que era su sueño, aunque anteriormente no le había prestado ninguna atención. Se convirtió en un buen cazador, pero nadie se había dado cuenta de ello. Entonces, la primavera antes de que Breaca hubiese sido elegida Guerrera, fue a ver a Macha con un sueño y ella le nombró bardo, y le envió al oeste a Mona para que se adiestrase.

Llevaba allí ya casi un año cuando Breaca se fijó en él. El otoño anterior a su elección, a su vuelta del funeral del Perro del Sol, Maroc le pidió que enseñase a los bardos el uso de las armas, y ella averiguó que el cantor de los icenos era también un luchador de consumada habilidad, y discreto. Luchaba sin arrogancia, sin deseos de ganar, y ganaba por tanto a todos excepto a los pocos que los dioses habían señalado como verdaderos guerreros. Después de la victoria sobre Beriko, le eligió como uno de los ocho que debían formar la guardia de honor. Y nunca lo había lamentado. En el campo de batalla luchaba con pasión controlada, desinteresadamente. Fuera, cantaba tan bien como Gunovic, y posiblemente (aunque Breaca no era la mejor para juzgarlo) como había cantado Graine. En Consejo, Breaca confiaba en su juicio.

Aceptó el agua que le ofrecía, y dejó que se llevara el regusto de sangre de su garganta.

—¿Crees que no deberíamos hacer esto? —preguntó.

—No. Es necesario. Mina su moral y hace que se den cuenta de que están en territorio enemigo; les priva de comida, de modo que deben vivir del mar, y cada muerto es uno menos contra el que luchar, cuando el ejército en bloque nos ataque.

—¿Pero?

—Pero nosotros somos solo treinta, y la mayoría estamos heridos. Deberíamos saber por anticipado con cuántos nos podremos enfrentar en una emboscada, y estar preparados para ello. Entre nosotros hay algunos que morirían solo por la oportunidad de matar a otro romano.

—¿Braint? —era obvio.

Breaca ya lo había observado, y acababa de presenciarlo en el movimiento de flanqueo de los dos cazadores romanos.

El otro asintió.

—Y Ardaco también, creo. Se ha tomado la invasión como una afrenta personal.

—Comprende lo que harán si consiguen afianzarse. Y no es el único.

—No. Pero precisamente por ese motivo no podemos permitirnos perderle.

Miraron ambos hacia la corriente. Ardaco concluyó su vendaje y se levantó con suavidad. Más que nunca, los últimos días habían dejado bien claro la fuerza con que corría en él la sangre de los antepasados, en los ágiles movimientos y su fiera e

inquebrantable rabia en la batalla.

Contemplándole, Breaca notó que su corazón se alegraba. Durante casi un año después de la derrota de Beriko ambos habían sido amantes, y ella todavía notaba que el mundo se iluminaba más en su presencia.

Él captó su mirada entonces y, sonriendo, ella levantó una mano para llamarle a su lado… y se detuvo de pronto, porque la mirada de él se desplazó más allá de la suya, y el rostro del hombre mostró la preocupación en sus rasgos. Breaca se volvió. Braint corría hacia ella sin restricción alguna, agitando fuerte los brazos para avisar de algún peligro. Cuando estuvieron lo bastante cerca para oír su voz por encima del murmullo del arroyo, ella se detuvo y dijo:

—Ya vienen. He visto sus estandartes desde lo alto de la colina.

—¿Quién viene?

—Las legiones, la caballería, los galos, los germanos… todos. Han levantado el campamento y se están desplazando hacia el oeste —ella miró hacia arriba. Sus ojos estaban dilatados por el odio y la rabia impotente—. Son miles. Decenas de miles. La línea se extiende por todo el camino hasta el mar. No podemos enfrentarnos a eso.

Una sombra pasó por encima del grupo. Duborno hizo el signo en contra del mal de ojo. La joven palideció y se llevó la mano a la boca.

—Quería decir que los que estamos aquí ahora no…

Breaca le puso una mano en el brazo.

—Ya sé lo que querías decir. Solo podemos enfrentarnos a Roma si estamos todos juntos. Siempre lo hemos sabido. Llama a los otros para que monten. Volveremos y nos uniremos a Caradoc y a sus guerreros en el torrente-anguila.



El torrente-anguila era el río más largo que los romanos tenían que cruzar al avanzar desde el lugar de su desembarco, en la lejana costa oriental. Las mareas se movían en su boca, haciendo que la tierra fuese traicionera a cada lado, pero se estrechaba con mucha rapidez, de modo que, a medio día de distancia a caballo tierra adentro, había un lugar donde un caballo podía vadearlo con toda facilidad y un guerrero de pie en una orilla podía arrojar una lanza al otro lado y esperar dar en el blanco. Era el lugar por donde, obviamente, cruzarían las legiones, y Caradoc y su ejército mixto de catuvelaunos y ordovicos había estado allí preparándose desde que llegaron noticias de los primeros desembarcos de romanos. No se los había llevado a todos consigo, ni mucho menos; si los guerreros de ambas tribus se contaban juntos llegaban a más de cinco mil, y él en cambio había llevado menos de un millar, suficiente para vigilar el vadeo de un río, pero no tantos como para debilitar a la fuerza principal, si los derrotaban. A ellos se añadía el grueso de los guerreros de Mona, actuando bajo sus

órdenes, que no se separarían de su Guerrera excepto para escaramuzas menores.

En conjunto, los defensores ascendían a cerca de tres mil, y llevaban tres días trabajando sin descanso. El resultado era tan bueno como podía ser, mejor de lo que Breaca había esperado. Bajando a caballo desde las colinas que había detrás, vio las filas de estacas endurecidas al fuego que sobresalían desde el agua, apuntando hacia el enemigo. Rocas tan grandes como un cerdo se hallaban diseminadas por ambas orillas, convirtiendo aquel terreno en una pesadilla para la caballería, de modo que ningún jinete podía aproximarse rápidamente al agua a un tiro de lanza de cada lado del vado. Alfombras de ramas entretejidas cubrían los trozos más estrechos, para entorpecer el paso tanto de infantería como de los caballos. Detrás de los defensores, una colina larga y boscosa se extendía hacia el sur y el oeste, formando un muro a su espalda y ocultando la totalidad de sus fuerzas, o la falta de ellas.

Breaca había conducido a sus treinta a través del río, corriente arriba, y dio la vuelta, bajando entre los árboles. Apareció entonces y vio debajo de ella a unos guerreros montados que corrían con sus caballos a lo largo de la orilla occidental, gritando y lanzando pullas al enemigo. Ella apenas les miró. En la orilla más alejada, el ejército de Roma se iba reuniendo. Eran muchos hombres, muy bien armados y rígidamente disciplinados, Era fácil ver por qué Braint había perdido el valor al verlos por primera vez. Fila tras fila, columna tras columna, de seis en fondo en las centurias, las primeras dos cohortes de las legiones Vigésima y Decimocuarta esperaban, apoyadas en sus jabalinas, moviendo las espadas en sus vainas. La lluvia les perlaba los hombros y el casco, formando brillantes joyas en el metal oscuro y creando uniformidad donde no habría existido de otro modo. No parecían humanos… Breaca podía haberlo pensado, si no hubiese matado a un puñado de los suyos aquella misma mañana.

Las legiones la vieron mientras ella salía a caballo entre los árboles, a mitad de camino de la colina. Un murmullo se extendió por la columna, que luego se convirtió en grito. No inhumano, sino más bien teñido de ira y de temor. Ella sonrió fieramente y esperó que los otros la vieran. Seguro que habían encontrado los mutilados cadáveres de los suyos de camino hacia allí. No quedaban supervivientes para contar la historia de la guerrera del pelo cobrizo y los asesinos de mantos grises, pero ella ya era conocida por anteriores ataques y la marca en el pecho de los muertos era la misma, igual que el mensaje que dejaba. «Moriréis aquí, e iréis a reuniros con vuestros dioses incompletos. Dejadnos».

Por si quedaba alguna duda, ella trasladó su escudo al brazo derecho para que, al bajar de la colina con los árboles a su izquierda, el signo de la serpiente-lanza fuese bien visible. Detrás de ella, los treinta guerreros de su guardia de honor hicieron lo mismo. Ella levantó la lanza por encima de su cabeza y vio el destello del hierro al repetirse el gesto en toda la fila. *Granizo* corrió ante ella, con la cabeza y el rabo bien altos, un perro de guerra mejor que ninguno de los que Roma podía ofrecer. Era el recuerdo vivo de Bán, y ella lo usaba, como había hecho en Mona, para encender una

chispa de odio y furor que luego pudiese dirigir hacia Roma tan fácilmente como la dirigió a Amminio, y que se convirtiese, al crecer en su interior, en certidumbre de victoria. Ella notó que su manto cubría a la guardia de honor y se extendía a los guerreros que estaban junto a ella, de modo que hubo una pausa en la actividad frenética y se vio una alfombra de rostros pintados, lanzas levantadas y espadas que relampagueaban a la luz y prometían la muerte al enemigo.

En la otra orilla, aumentó el clamor. Los hombres empezaron a golpear los escudos con las empuñaduras de sus espadas. Un golpeteo resonó por encima de la música del torrente, como el granizo en una lámina de hierro, adquiriendo más fuerza cada vez. En el extremo más alejado de la caballería romana, un hombre de cabello negro con el manto a cuadros de los atrebates tiró de la manga de un comandante montado y señaló. Breaca levantó el brazo e hizo una señal en el aire como le había visto hacer a Maroc, nombrando traidor a aquel atrebate y marcándole para Briga. El hombre titubeó y cayó hacia atrás, protegiéndose la cara como si ella le hubiese arrojado piedras por encima del agua. El ruido de las espadas se convirtió en un verdadero muro, como el rugido de un campo de batalla. Breaca apretó los dientes, hizo una mueca y notó que la lanza saltaba en su mano como un ser viviente. La yegua gris levantó la cabeza y relinchó como lo haría un potro antes de la batalla.

Caradoc se reunió con ella al pie de la colina. Él también estaba más delgado y más moreno que en la reunión de las salinas, e incluso bajo la lluvia su cabello brillaba como el oro, como si estuviera iluminado desde dentro. Todavía llevaba los colores de los ordovicos; el manto blanco caía desde sus hombros, cubriendo en parte la cota de malla robada que ella le había enviado después de la primera escaramuza, y cayendo luego por encima de la grupa del caballo zaino de la caballería que fue montura del líder galo muerto aquel mismo día. Ella le había enviado el caballo con los exploradores que habían ido directamente a verle después. Un regalo, porque le habían matado a su potro pardo, pero también una advertencia al enemigo: «Hemos luchado contra vosotros y hemos ganado. Estamos por delante de vosotros, y a vuestro lado, y detrás. No estaréis a salvo en ninguna parte. Volved a casa».

Él había comprendido. Ella sabía que sería así. Aun antes de llegar a verle oyó la voz familiar, seca y divertida, con aquel punto de peligro que ella había conocido en la batalla contra Beriko y antes, en el río, nadando contra la corriente.

—Breaca, sé bienvenida. Este caballo es la misma perfección, gracias. Roma sabe lo que ha perdido.

El grupito de su guardia de honor se separó para dejarlo pasar. La lluvia le pegaba los hilos de oro del pelo a la frente. Tenía los ojos brillantes, como las chispas que saltan del pedernal. Él también llevaba cuatro años esperando aquello. Le ofreció el apretón de manos de un hermano a su hermana, y ella se lo devolvió, de buen grado. En esto eran como parientes, luchando contra un enemigo común. Al separarse, él la examinó sin rencor.

—Tienes el mismo aspecto que en Mona, la noche de la elección. ¿No lo notas?

Ella sonrió.

—Un poco. Lo suficiente para hoy, y para lo que venga después.

Pero ella no ardía, como le ocurrió en Mona: la lluvia, o quizá la presencia de las legiones, o la voluntad de los dioses empapaban los bordes de sus sensaciones, pero bastaba; lo notaba en la médula de los huesos. Aquellos que habían conocido la sensación auténtica la notarían: Caradoc, Ardaco y Gwyddhien, y los demás de los treinta que la siguieron. Para el resto, había corrido ya la voz de que la Guerrera de Mona había negado, trayendo consigo el fuego salvaje, y que Roma no podía ganar. Por encima de todo lo demás, ella quería que el enemigo supiera aquello, y que tuviese miedo desde el principio. Mirando hacia la montura romana robada, dijo:

—Me alegro de que reconozcan su caballo. ¿Cabalga igual de bien que lo que parece por su estampa?

—Mejor. Airmid dice que el dolor de su pérdida y su presencia en nuestro bando cambiará el curso de la batalla. ¿Era de alto rango su jinete?

Airmid se había quedado con Caradoc; no era seguro, pero sí más seguro que cabalgar con el destacamento de las escaramuzas. Si ella se había preocupado de hablar del caballo, es que el tema era importante. Breaca volvió mentalmente a la mañana, y no vio nada memorable.

—No lo sé —dijo—. Es posible que sí. Conducía una incursión de aprovisionamiento de cuarenta. Su armadura era muy buena. Cumal lleva su cota de malla.

—Entonces era grande, al menos. Cumal es el único hombre que conozco tan grande como Gunovic y tu padre.

—Pero él vive, y el galo está muerto —dijo Breaca—. Igual que morirán todos los demás.

Caradoc hizo una mueca y ella colocó la yegua gris a su lado. Juntos, cabalgaron hacia la marca de seguridad señalada en la orilla del río, que les mantenía fuera del alcance de las jabalinas, y se enfrentaron juntos al ejército de Roma, tan largo tiempo esperado. En la orilla de enfrente, las filas de las legiones ondulaban y se aquietaban mientras fajos de jabalinas pasaban entre las filas y se distribuían por las tres primeras. Cada hombre cogió cuatro, añadiéndolas a las dos que ya llevaban en la marcha. Las filas delanteras clavaron las suyas en el suelo y se quedaron de pie junto a ellas, para alcanzarlas fácilmente, pero no mostraron signo alguno de acción inmediata. Las filas de atrás formaron fajos, los arrojaron al suelo y luego se sentaron. Algunos se pusieron a jugar a los dados, otros comieron lo que llevaban en los zurrones. En la tierra alta que había más allá, otros ya estaban levantando tiendas y encendiendo fuegos. La brisa llevaba consigo el olor de carne de caballo asada, y de miles y miles de hombres sudorosos que esperaban.

Ahora estaban tranquilos, excepto por las órdenes que se daban, los ruidos que producían los movimientos y algún ocasional juramento. En el lado de los defensores, los guerreros también estaban quietos. De haber luchado a su manera, los líderes

individuales habrían gritado sus desafíos al enemigo para enzarzarse en combate singular. Si la causa de la guerra era débil, se podría haber decidido solo por eso. Contra Roma, donde la causa era la más fuerte, no habría combate singular; Roma no lo habría permitido, y aunque lo hubiese hecho, el resultado no supondría diferencia alguna para la batalla o la guerra mayor. Y por tanto, las filas esperaban, y nadie se decidía a hacer el primer movimiento.

Breaca aguzó la vista entre la lluvia.

—Si leemos bien los estandartes, hay solo dos legiones, y los que viajan con ellos.

Caradoc asintió.

—Dos legiones, seis alas de la caballería y ocho cohortes auxiliares, la mayoría de ellos de la caballería batava. Hay veinte mil, y nosotros somos menos de tres mil. Me gustaría que las proporciones fuesen mejores.

—Por supuesto. Pero mientras estén en la otra orilla del río, su número no supone diferencia alguna, y tú has colocado muy bien las piedras. No pueden llegar al vado más de cien cada vez. No hay espacio.

Ella vio un movimiento por el rabillo del ojo. Un guerrero había subido a las piedras en el lado de los defensores del vado. Su manto era verde con cuadros marrones, el color de los catuvelaunos; llevaba el cabello arreglado con unas trenzas de guerra de un modelo que ella no conocía, entretejido con plumas de muerte que hablaban de una vida entera de batallas. Caradoc, contemplándole, entornó los ojos.

—Está ofreciendo combate singular —dijo—. Y lo han aceptado.

Así fue. Un hombre se adelantó entre las piedras, del lado romano. Entonces desmontó y empezó a pasar hacia la orilla del río. El guerrero hizo lo mismo. Ambos se quedaron de pie a una distancia de un tiro de lanza, con el agua formando una cinta brillante y espumosa entre los dos, y arremolinándose en torno a las estacas que la hacían segura. Cuando llegaron uno frente al otro, un respingo colectivo corrió entre las líneas de ambos lados, mientras contemplaban lo imposible: los hombres que se enfrentaban uno al otro eran iguales. Breaca miró a Caradoc, con una pregunta implícita.

—Chano procede de los belgos. Ha comerciado durante años con la Galia. El otro puede ser un primo.

—¿O un hijo? —el del lado romano era más joven. Debajo del casco, su cabello rubio era más largo y claro.

—Quizás.

Fuera cual fuese la relación, se habían pronunciado y devuelto insultos, amenazas y promesas, todo en galo. Los romanos podían haber hecho volver a su hombre, pero no Caradoc, ni Breaca. El suyo no era un ejército en el cual se pudiesen dar órdenes, sino una reunión de guerreros, hombres y mujeres que luchaban por su honor, y su vida se hallaba en manos de los dioses.

Los insultos continuaron, tal como debía ser. Mirando más allá de los dos hombres y pensando en otra cosa que en su pequeño y singular desafío, Breaca dijo:

—¿Podremos contener a los veinte mil?

Caradoc se encogió de hombros.

—No lo sé. Tenemos que intentarlo. Togodubno necesita tiempo para reunir a las tribus en el río-mar. Podemos derrotarles aquí, pero no antes de que las tribus estén dispuestas.

Ella dijo en voz baja:

—¿Y el resto, las otras dos legiones? ¿Tendremos que contenerlas también? —ésa era la cuestión que había estado acosándola desde el desembarco.

Durante todo el verano los espías habían traído noticias de que Claudio tenía cuatro legiones esperando para cruzar el océano; por el momento, solo habían visto dos.

Caradoc dijo:

—Éstas son la Decimocuarta y la Vigésima, que vienen del Rin. La Segunda y la Novena debían hacerse a la mar desde Gesoriacum, pero si lo han hecho, nadie sabe dónde ha sido. Se han enviado mensajeros a una distancia de tres días por la costa y no han informado de otros desembarcos. Las cohortes tendrían que volar en las alas de los dioses para flanquearnos aquí, y no creo que tengan ese poder.

—Bien —dijo, Breaca—. Entonces, todavía podemos ganar. Si Chano puede matar a su pariente, entonces tendremos un buen principio.

Junto al río, había cesado la catarata de insultos. Ambos hombres habían dejado sus escudos y sus cotas de malla. Ambos levantaban las lanzas. Por tradición, las arrojarían a la vez. Era posible que ambos muriesen. Breaca dijo:

—¿Es bueno con la lanza?

—El mejor.

No solo era bueno, sino que sabía adivinar las acciones de los demás. Ambos hombres lanzaron y luego se agacharon cuando las lanzas todavía estaban en el aire. El mercenario galo la había arrojado recta, sin esperar que el otro la esquivase. Chano la había arrojado hacia la izquierda, esperando el movimiento del otro y aventurándose a elegir un lado. La lanza romana rebotó inofensiva en una piedra, y el mango se astilló. La del catuvelauno se enterró hasta la altura de un brazo en el pecho sin armadura de su objetivo. El enemigo cayó, ahogándose en sangre. En torno a Breaca, los guerreros defensores irrumpieron en vítores. Chano levantó el brazo, triunfante, y aulló un insulto final… y cayó bajo tres jabalinas legionarias arrojadas por tres hombres que se habían adelantado corriendo hacia la línea de piedras; un acto de un deshonor inimaginable.

Durante un latido del corazón, Breaca notó que los guerreros que tenía a su alrededor se quedaban helados. Nadie les había preparado para tal infracción de los códigos de la guerra. Siguieron mirando en silencio, sin poder creer lo que acababan de presenciar. Entonces, los que estaban más cerca de Chano reaccionaron y se lanzaron hacia delante, con los escudos bien altos, y se arrastraron hacia la seguridad que estaba más allá del alcance de la muerte que llovía. Hubo gran confusión entre las

líneas de ambos lados. Guerreros y legionarios lanzaron gritos de ánimo y de ira. Caradoc impulsó a su montura hacia delante con el escudo levantado, gritando por encima del hombro a Breaca:

—¡Reúne las lanzas de Mona! No dejes que…

—¡Atrás!

La yegua gris saltó hacia delante con su pensamiento, girando bruscamente a un lado y empujando con el peso de una pata delantera al gran caballo zaino. La montura de la caballería cayó hacia atrás, resbalando en la hierba mojada. El cielo lanzó un sonido como un relincho y se oscureció. Cayeron mil jabalinas como una lluvia letal, arrojadas por los legionarios que esperaban justamente ese momento. La orilla del río estaba cubierta de astas como las púas de un erizo. Guerreros y caballos chillaban, y un perro que había corrido hacia delante para atacar a un enemigo que no podía alcanzar de ningún modo…

—¡Breaca, no! Déjale…

… y un joven de los coritanos que había matado a un romano aquella misma mañana…

—¡Braint! ¡No, vuelve! Breaca… Dios mío, ¿estáis locas las dos? Gwyddhien, sujeta a Braint. No dejes que vaya. ¡Breaca, vuelve, no es seguro! ¿En qué estabas pensando?

Breaca miró hacia arriba. Caradoc estaba descabalgado, igual que ella, arrodillado a su lado, con el escudo cubriéndoles a ambos por encima de la cabeza. Las jabalinas, lanzadas a su máximo alcance, patinaban en la hierba a ambos lados de su escudo. La mirada cálida y gris ardía llena de dolor, pena y furia impotente, y el violento autoreproche de un líder que deja que mueran guerreros sin motivo alguno. Ella respondió a su vez.

—Es *Granizo*. ¿Qué querías que hiciese?

—Dejarlo donde está, como debemos hacer con todos ellos. Era una trampa, y no lo hemos sabido ver. ¿Morirías aquí por un perro?

Era *Granizo*, que a su vez era Bán; ella habría muerto por él, y Caradoc lo sabía. Abrió la boca para decirlo, pero Ardaco apareció allí de repente, una sólida presencia en aquel infierno espantoso. Arrodillándose al otro lado del animal, buscó los latidos de su corazón y gritó:

—¡Está vivo!

Era lo único que ella necesitaba saber. Con la habilidad de los antepasados, por lo cual ella le quería tanto, el hombre pasó una mano experta por la carne blanca y carmesí de la herida y encontró lo que había visto Breaca mientras corría para poner a cubierto al perro.

—Tiene la pata delantera rota. No caminará de nuevo sin ayuda —miró a su alrededor—. ¿Dónde está Airmid?

Breaca dijo:

—Detrás de las filas, segura —porque allí era donde habría debido estar, pero el

silencio de Ardaco era muy significativo, y miró hacia arriba.

—No, aquí estoy.

Nemain caminando sobre la tierra. Ella también se arrodilló y sus dedos en la pata rota y herida ya estaban buscando los detalles que podían conducir a la curación.

Estaban en plena batalla; no podían perder tiempo con los heridos. Poniéndose de pie, Breaca dijo:

—Mantenle a salvo. Y tú también. Ya te buscaré luego. —Y a Gwyddhien le dijo —: ¿Qué ha ocurrido con Braint?

—Han herido a su hombre.

En la orilla del río, los gritos de los heridos ahogaban el ruido de las lanzas que caían. En torno a las piedras, un arco de guerreros y caballos yacían muertos o heridos; eran aquéllos que se habían visto atrapados demasiado cerca del río cuando empezaron a caer las lanzas. Quedaba un tramo estrecho de orilla entre la tierra segura y la que no lo era. A mitad de camino desde Breaca a las piedras, un guerrero de los coritanos de cabello trigueño yacía de cara, con las manos hincadas en el césped. Braint se retorcía y luchaba entre las manos de Gwyddhien.

—¡Déjame ir con él!

—No. Con uno muerto es suficiente. Morirá a la próxima andanada. Nadie puede sobrevivir ahí fuera.

La chica estaba llorando, llena de furia y de pena.

—No, vivirá. Han visto que le conocemos. Apuntan a otros sitios. ¿Es que no lo ves?

Ardaco dijo:

—Se les están acabando las jabalinas.

El aire se aclaró un poco.

Caradoc dijo, suavemente:

—Todavía está vivo.

Un cuerno sonó, y cesó la lluvia mortífera. Los romanos se quedaron detrás de sus escudos, sonriendo. A lo largo de la orilla occidental, los quejidos de los heridos se alzaron en el súbito silencio. Un centenar de guerreros catuvelaunos dieron un paso al frente y arrojaron su única lanza. En la orilla lejana, los escudos se alzaron al unísono y las lanzas golpearon inofensivas en el agua. Braint mordió la mano de Gwyddhien. La guerrera hizo una mueca y la sujetó más fuerte aún.

—No desperdicies tu vida. Mira cómo se ríen. Están tratando de atraerte allí.

Era necesaria la acción, para Braint y para todos los demás. Breaca cogió dos venablos de la hierba que tenía al lado. Le dijo a Braint:

—¿Puedes dar en el blanco nueve veces de cada nueve?

Ya conocía la respuesta.

La chica escupió. Sus ojos relampagueaban.

—Doce veces de cada doce.

—Entonces, toma tu lanza y ayúdame. Pero primero jura que no tratarás de irte

con él. Se está muriendo. Solo podemos hacer que sea más rápido y encomendarlo a la diosa. ¿Lo juras?

La chica juró por Briga, su tocaya; un juramento irrompible. Gwyddhien la soltó. Breaca la llevó hasta el lugar donde estaban las jabalinas más alejadas y dijo:

—Di su nombre.

El joven coritano era hijo del hombre que había matado a su madre, el primer hombre a quien mató Breaca. Ella lo sabía desde que llegó a Mona, y, aun así, lo había elegido para su guardia de honor por sus habilidades con la lanza y con el caballo. Su nombre era Helovar. Cuando Braint lo dijo, él levantó los ojos de la hierba como lo haría un borracho, oyendo voces en la noche. A la segunda llamada él identificó el origen y, comprendiendo, se puso de rodillas. Dos lanzas le dieron de lleno en el pecho, perforando el jubón de cuero hervido. El pequeño sonido de su muerte se perdió entre el fragor del río. Los romanos vitorearon. El cielo silbó de nuevo. Cien jabalinas cayeron en torno al cuerpo caído. Tres de ellas resbalaron hacia delante, a un tiro de lanza de los pies de Breaca. Ella cogió la más cercana, pensando en arrojarla de nuevo, pero el mango era de hierro blando, y se había doblado mientras el arma perforaba la tierra. Sin pensar, rompió el mango y se guardó el hierro en su alforja para fundirlo y volverlo a trabajar más tarde. En el fondo de su corazón era una herrera todavía, digna hija de su padre.

A su lado; Braint la miraba a través de las lágrimas que corrían silenciosas por su rostro.

Breaca dijo:

—Ha muerto como un valiente.

—Ha muerto sin motivo alguno.

—Pero tú no lo harás. Puedes matar a unos cuantos —se volvió al otro lado, hacia Caradoc—. No podremos aguantar mucho tiempo después de esto.

—Ya lo sé —él también se daba cuenta de la necesidad de acción. Estaba inclinado desde su silla para hablar con el joven catuvelauno, su mensajero—. Envía a decir por la línea que acercarse a las piedras significa la muerte. No debemos perder más guerreros solo por eso. Braint ha mostrado lo que se debe hacer. Seguid su ejemplo, si aquellos a quienes queréis yacen ahí moribundos.

Como Braint, el joven lloraba abiertamente. Volvió el rostro hacia el hombre que era su dios, que había sido infalible.

—Si pueden alcanzarnos, nosotros también podemos alcanzarlos a ellos. Podemos lanzar mejor que ellos. Deberíamos luchar.

—No. Somos muy pocos, y solo tenemos una lanza cada uno. Tendrían que haberlas ahorrado para darles mejor uso en otro momento. Pasa la voz.

El joven se volvió y se echó a correr. Breaca vigilaba a aquellos que creían que podían ganar reputación atreviéndose a hacer lo que Caradoc, de las Tres Tribus, y la Guerrera de Mona no osaban, pero la indiscriminada muerte de las jabalinas había sido demasiado fría, demasiado implacable, y estaba claro que aquellos contra los que

luchaban carecían de todo honor. Cerca ya de las piedras, los guerreros retrocedieron, excepto aquellos que podían dar en el blanco de forma fiable, que dieron muerte a sus amigos.

Al otro lado, se estaban pasando de nuevo fajos de jabalinas a través de las filas, y se distribuían otra vez. Los legionarios esperaban y contemplaban cómo se derramaba la sangre de los muertos. El traidor atrebate habló al comandante, y se pasó la voz hacia delante. Mil ojos se volvieron hacia Caradoc y Breaca, y hacia el grupo de su guardia de honor que estaba de pie entre los árboles. Los hombres escupieron y humedecieron las jabalinas, diciendo los nombres de aquellos a quienes esperaban matar. Breaca les contemplaba, impertérrita. El fuego de Mona ardía bajo en su interior, ensordecido por el odio y el horror de las vidas desperdiciadas.

Un cuerno sonó entonces, atiplado, desde la parte posterior dé las filas, y media centuria de hombres convergieron en las piedras que Caradoc había repartido por el vado, alzando sus escudos para protegerse. A su abrigo, con la cabeza desnuda, hombres sin armadura metían unos troncos de roble bajo las piedras y las hacían rodar hacia el río.

Breaca notó un calor pasajero por su derecha, y se volvió. Duborno se adelantó con su caballo pío de fuertes líneas y se colocó junto a la yegua gris. Breaca dijo:

—Ya lo sé. Debemos irnos. Dentro de medio día, los esclavos habrán limpiado el vado. Si nos quedamos aquí cuando crucen, estamos muertos.

Él asintió. El bardo que había en él traía paz, allí donde el guerrero solo habría traído guerra. En esto era como Venutio, e igual de valorado. Dijo:

—Has hecho lo que has podido. Solo estábamos aquí para que los mensajeros ganasen un poco de tiempo y llegasen a las tribus, y los guerreros alcanzasen a Togodubno en el río-mar, no para derrotar a dos legiones.

—Lo sé. Y eso lo hemos conseguido. Creo que Togodubno estará ya preparado. —Breaca señaló entré los árboles, hacia el lugar donde una mujer con el manto amarillo de los trinovantes se apoyaba en un tejo. Un caballo desfondado resoplaba a su lado. Caradoc estaba ya con ella, escuchando. Miró hacia arriba al aproximarse Breaca, y dijo, agriamente:

—Hemos encontrado las legiones que nos faltaban. La Segunda y la Novena han desembarcado con sus auxiliares y sus cohortes en el extremo sur de la costa. Ahora se dirigen hacia el norte.

Breaca asintió. Era lo que ella habría hecho.

—Entonces debemos partir y reunimos con Togodubno antes de que puedan acosarnos.

—Eso haremos. Las tribus se están concentrando en el río-mar. Togodubno está reuniendo a todos los que llegan. Ha destruido los puentes y quemado los barcos, pero ha enviado a un guía que conoce la ruta y nos llevará al otro lado. Debemos estar allí antes de que caiga la noche, para cruzar con la marea baja. Si no llegamos, se irá sola.

Ardaco se unió a ellos, con la cara tensa por la necesidad de luchar. Dijo:

—¿Y si los romanos nos siguen? Hay traidores entre las filas de los atrebates que les conducirán tras nuestra pista. El río es solo una barrera para aquellos que no lo conocen.

La mensajera meneó la cabeza.

—No hay nadie que se lo pueda decir. Aquellos que conocían el camino y deseaban vivir están con Togodubno. El resto, con Briga.

El grupo se quedó silencioso un momento, por respeto a los muertos.

Pensando en la batalla que se avecinaba, Breaca preguntó:

—¿Qué tribus se encuentran ya allí, y en qué número?

—Los siluros y los durotriges ya han enviado guerreros de los que pueden prescindir. En total, son cinco mil. Los coritanos han enviado mil, y Venutio de los brigantes, antes de Mona, ha llevado también el mismo número de seguidores suyos.

Venutio, que había sido Guerrero y que, el día después de dejar de serlo, se sentó bajo un árbol en compañía de su sucesora con la carga de su nueva vida claramente dibujada ante sus ojos. Breaca preguntó:

—¿Y Cartimandua no ha enviado a nadie? —la mensajera meneó la cabeza. A su lado, Caradoc hizo una mueca.

—Dice que es partidaria de Roma.

Breaca dijo:

—Porque tú no lo eres.

Él hizo un gesto de desdén. Sus ojos se clavaron en los de ella, sin soltar prenda. Ella nunca había oído el relato de aquel invierno que él pasó en el norte con Cartimandua. Le parecía poco probable que se lo explicara alguna vez. Dejando pasar el tema. Caradoc añadió:

—Todos los guerreros hábiles de los trinovantes han respondido a la llamada. La noche pasada, los guerreros y soñadores de los icenos se unieron a ellos. No los han contado, pero mi hermano cree que tiene ya más de veinte mil lanzas, incluyendo a los tres mil que esperamos aquí.

—¿Y los dobunios? —preguntó Breaca—. ¿Se ha unido a nosotros Beduoc?

La mensajera trinovante escupió.

—Beduoc ha mandado una hoja de trigo trillado a los mensajeros. Ha corrido la voz de que ha vuelto a ponerse de parte de Beriko y de Roma.

—Beriko está en el exilio.

—Ya no. Viajó a Roma para pedir ayuda, y Claudio le ha concedido su deseo. Beriko ha vuelto a su pueblo con la Segunda y la Novena tras él, para hacer cambiar de idea a aquellos que se le oponían. A su vuelta, Beriko ha garantizado grano y leña por parte de los romanos en cantidades ilimitadas. Se ha dicho que Beduoc ha prometido lo mismo si cruzan el río-mar y entran en tierras de los dobunios.

—¿Y dónde están ahora las legiones?

Caradoc dijo:

—Han rodeado el bosque-pantano entre las colinas y se dirigen hacia el norte. Estarán en la orilla sur del río-mar dentro de dos días. Si no podemos detenerlos, lo cruzarán y marcharán hacia la fortaleza. Si lo toman y consiguen hacerse con el puerto que lo protege, las tribus del este estarán acabadas, y posiblemente todas las tribus de esta tierra.

Hablaba en silencio. No era ninguna noticia. Habían vivido sabiendo todo aquello desde antes de la muerte del Perro del Sol. A veces (cuando Amminio fue a la Galia y no volvió, o cuando Beriko fue derrotado y se dijo, equivocadamente, que había muerto), les pareció posible evitarlo, pero no lo creyeron durante demasiado tiempo.

Breaca miró hacia el río, sopesando las probabilidades de derrotar a cuatro legiones concentradas en un mismo lugar. La lluvia diluía el cielo por encima de las líneas romanas. Las jabalinas caían esporádicamente cuando uno de los defensores perdía la paciencia y se adelantaba un poco. Y los esclavos habían hecho rodar ya ocho de las piedras hacia el río.

Caradoc montó e hizo señales a sus mensajeros. A Breaca y los guerreros de Mona que esperaban, les dijo:

—Tenemos que contenerlos hasta la noche. Si partimos a plena luz del día, nos verán y nos seguirán demasiado de cerca. Las piedras no los contendrán tanto rato. Debemos encontrar algo más.

La respuesta era obvia, una vez se planteó claramente la pregunta. No había honor en ello, pero el honor se había dejado a un lado cuando Chano murió. Breaca levantó el brazo y los mantos grises empezaron a ondear entre los árboles hacia ella.

—Tenemos una docena de honderos —dijo—. Pueden ir protegidos por escudos, como los hombres del otro lado. Si se concentran en los que van sin armadura, los que están haciendo el trabajo, pueden detenerlos. Si los retrasamos hasta la noche, tendremos toda una noche entera para retirarnos. Pero no deben saber que nos hemos ido.

—No lo sabrán. —Airmid estaba allí, hablando con la autoridad de alguien a quien han hablado los dioses—. Si los guerreros de Mona pueden defender el río, la gente de Caradoc procurará el engaño. Cada uno debe encender al menos dos fuegos para que parezca que nos quedamos. Aquellos que mejor conocen la tierra deben quedarse hasta medianoche, para cantar y simular que nos estamos preparando para la batalla de mañana. El resto puede ir cabalgando hacia el río-mar con toda seguridad.

# XXVII

En el torrente-anguila, los fuegos ardieron estratégicamente durante toda la noche. El río-mar mantuvo su secreto ante aquellos que podían seguirles, y siguió manteniendo a salvo aquellas vidas que dependían de él. A cubierto en la oscuridad, tres mil guerreros, con sus caballos y sus perros, abandonaron la posición siguiendo a la única guía que quedaba viva en el lado sur y que podía conducirles a través de la marea baja por un pantano que prometía una muerte fangosa a cualquier viajero que no conociese bien la ruta. Mucho después de medianoche, llegaron a la ancha llanura del río con sus bajas colinas y sus matorrales dispersos, fácilmente desbrozados, que Togodubno había elegido como campo de batalla. Los fuegos de miles de hogueras brillaban en la noche. Los guerreros, decenas de millares, dormían junto a ellos, esperando hacer la guerra a los invasores por la mañana. Los que llegaban fueron saludados y alimentados discretamente, y se les buscó un lugar donde dormir: chozas para los líderes y soñadores que desearan usarlas, al raso los demás. Los romanos, que quedaron atrás junto al vado del torrente-anguila, no notaron su ausencia.

* * *

Breaca había decidido dormir a cielo abierto. Se despertó al amanecer del día siguiente, al oír el rumor de los veinte mil que se preparaban para el combate. El murmullo de las voces la envolvió como el zumbido de las abejas en verano. Se levantó y fue en busca de Macha, que había quedado al cuidado de *Granizo*, y la encontró en la más cercana de las tiendas de los soñadores, gracias al olor a humo de salvia y espino. *Cygfa*, la perra criada por Odras, estaba echada en el umbral. Desde la muerte de Bán, nunca se había alejado demasiado de Macha. *Granizo* yacía a su lado, aprovechando los primeros rayos del sol. Breaca se arrodilló a su lado.

—¿Vivirá?

—Eso creo. Es fuerte para su edad, y Airmid detuvo la hemorragia pronto.

—¿Será capaz de cazar con una pata inútil?

—Se han dado casos.

Macha había cambiado tras la muerte de Eburovic, cuando sufrió ella misma la herida de lanza, pero no hasta el punto que pudiese importar a aquellos que la amaban. Estaba de pie en la puerta de la choza, una mujer alta, regia, doblemente regia por la torques de los icenos que ostentaba en espera del día en que Breaca ya no

fuese Guerrera de la isla de los dioses y pudiese volver a su pueblo como líder. Además de la torques, Macha llevaba, colgando de una cadena de plata, el cuerpo entero de un carrizo con las alas extendidas como si estuviese en pleno vuelo, y las patas delanteras de una osa con las garras enfundadas en cobre colgando de la cintura. Nunca había visto tan claramente Breaca las fuentes del poder de Macha. Si la hubiesen recibido en Mona, Maroc no habría sido más que un novato, a su lado.

*Granizo* yacía dormido al sol, a sus pies, enroscado como un cachorro. Solo al mirarlo muy de cerca veía Breaca que le faltaba una pata delantera. Recordó de forma pasajera a Bán y lo mucho que cuidó al perro cuando era solo un cachorro y estuvo a punto de morir por una enfermedad. Entonces no se daba cuenta de que vivía una edad dorada, ni sabía que podía acabar de forma tan repentina. Hundió los dedos en el áspero pelaje gris del perro, como hacía cuando iban a cazar, y pronunció su nombre, como había hecho Bán. Él siguió durmiendo, sin conmoverse. Breaca levantó la vista.

—¿Por qué no se despierta?

—Le hemos dado adormidera para poderle cortar la pata sin que sufriera. Se despertará a mediodía.

—Entonces ya estaremos luchando. Intentará unirse a nosotros. No debes permitírselo.

—Está unido a Airmid. Ella sostuvo su sueño mientras le cortábamos la pata. Se quedará con ella.

Macha se arrodilló al otro lado. Un rayo de sol matutino iluminó sus ojos, eliminando por un momento la austeridad de anciana. Ella sonrió, y fue entonces la voz amorosa a la luz del fuego, la caricia en la noche oscura, amada como una segunda madre.

Acunando la cabeza del perro en sus rodillas, Macha dijo:

—Tus plumas se han multiplicado.

—¿Éstas? —Breaca tocó con las yemas de los dedos las plumas de muerte de sus sienes, recién ganadas. Los cañones eran dorados, teñidos con ajo silvestre, como símbolo de los romanos muertos. Susurraban al mover la cabeza—. La guardia de honor las hace cada noche, en torno al fuego. Lo sienten como un deshonor si no me las pongo. Pero no significarán nada cuando empiece la batalla.

—Significarán algo para todos los que te siguen, y no solo para las lanzas de Mona. No hay nadie que haya matado a tantos romanos como tú. A los demás les da un motivo para luchar —una mano se alzó y acarició el rostro de Breaca, como había hecho su padre una vez, hacía mucho tiempo, después de su primera muerte—. ¿Por qué te duele tanto?

No debía ser tan obvio. Si Macha se había dado cuenta, otros lo harían también. Breaca dijo:

—Han roto el honor de un desafío, y han sacado esclavos sin armadura a la batalla, sin preocuparse de cuántos puedan morir.

Aquello les había dolido mucho a todos, matar a hombres obligados a trabajar. Breaca pensó en Iccio. Otros tenían parientes que fueron raptados por los esclavistas.

Macha, comprendiendo, le preguntó:

—¿Cuántos murieron?

—Matamos a casi cincuenta antes de caer la noche, por la pérdida de un solo hondero.

—Hiciste lo que era necesario.

—Pero les matamos. Y luego abandonamos el campo de batalla —eso también le dolía—. Ya están celebrando la derrota de Caradoc.

—Sabías que nunca podrías contenerlos en el torrente-anguila. Era demasiado pequeño, y vosotros muy pocos.

—Ya lo sé. Pero aun así, me siento mal… un guerrero no debe abandonar el campo de batalla antes de que ésta acabe.

Macha sonrió, convirtiéndose de nuevo en anciana.

—Has traído la batalla contigo. Te seguirán. No se puede cruzar por ningún otro sitio, solo por aquí. Y tú no les dejarás llegar aquí a menos que se lo ganen.

—Eso es cierto. Y creo que podemos ganar, si los dioses nos acompañan.

En torno a ellos, todos los guerreros habían respondido ya al llamamiento a la batalla de Togodubno. Parecían tan numerosos como los romanos, demasiados para contarlos, pero en la batalla que se avecinaba, el liderazgo contaría tanto como el número de contendientes. Antes de dormirse, Breaca había estado junto a los fuegos de los icenos y había hablado con Gunovic y los demás líderes. Como ocurrió contra Beriko, ellos se unirían con las lanzas de Mona y seguirían su liderazgo. Solo un hombre a quien había esperado encontrar no estaba allí. Le dijo a Macha:

—¿Por qué no está Tago?

—Silla le dio una hija el día que los mensajeros llegaron con la llamada a la guerra. La niña murió con un solo día. Tago se quedó destrozado, había pensado que podía ser padre, ya que no podía ser guerrero. Se ha quedado para consolar a Silla.

—¿O para que ella le consuele?

Breaca no sabía que a Silla le gustaba Tago. De haber vivido su hija, Breaca habría sido su tía. Si ella moría aquel mismo día u otro día, habría gobernado a los icenos, después de Silla. Breaca no estaba segura de querer que una hija de Tago gobernase a su pueblo. Miró a Macha y vio la misma sensación reflejada en sus ojos.

Macha dijo:

—Se consuelan el uno al otro, creo. No supondrá ninguna diferencia para el resultado de la batalla. Tago no es ni guerrero ni soñador, y tenemos suficientes de ambos para no necesitar más voces en torno al fuego. Y aquí hay alguien que quiere verte… —se apartó de la puerta. Desde dentro llego el sustancioso olor de antorchas de pino empapadas en grasa de oso. Un joven alto, con plumas de la cola del halcón gris en el pelo, salió a la luz, parpadeando.

—¡Efnís! —se abrazaron—. Me alegro de verte. —Breaca se apartó para mirarle—.

Tienes un nuevo sueño.

—Llegó con la última luna —estaba tímidamente complacido. Solo un soñador entre miles soñaba con el halcón. Su rostro se había vuelto más fuerte por ello.

Breaca encontró un alijo de oro y monedas de plata recién enterrados cuando tendieron su primera emboscada. Una de ellas llevaba la marca de un halcón. Por suerte la había conservado. La sacó de su bolsa y se la ofreció a él.

—Debes ir a Mona. Hay mucho que aprender.

—Lo haré. Cuando acabe todo esto.

Ella le dejó con Macha y Maroc, planeando de qué forma los soñadores podían invocar a los dioses para que les ayudasen en la batalla. Por todas partes, a la distancia que podía abarcar la vista, miles de hombres y mujeres se trenzaban el cabello y se entretejían las plumas en él, pintando nuevas marcas en sus escudos, y en los brazuelos de los caballos, para que los dioses y los amigos les reconocieran en el caos del campo de batalla. Los niños corrían entre las fogatas, llevando mensajes, pintura y piedras de afilar, así como todos los elementos necesarios para la batalla que pudiese necesitar un guerrero, pero que no desease transportar. A la mayoría de los niños les faltaba un año para sus largas noches, y habían suplicado la oportunidad de luchar en la batalla. No se les permitiría, pero sí ayudar, ver cómo se tejían las plumas de muerte, oír las canciones y las plegarias, y aprender todo lo que pudiesen de valor y estrategia, mediante el ejemplo de sus mayores. En la batalla llevarían el agua a los que descansaran detrás de las líneas activas. En aquello residía su mayor esperanza de honor y fama. Cada uno de ellos sabía, porque lo había oído en largos relatos junto al fuego, cómo Breaca, Guerrera de Mona, había ganado su lanza en combate real a la edad de doce años. Muchos niños de doce años habían empeñado su corazón en lograr algo semejante, o mejorarlo incluso, en los días que se avecinaban.



Desde la choza de Macha, Breaca fue andando hacia los caballos, en busca de la yegua gris, Al dejar el torrente-anguila, su montura de guerra no solo había llevado a Breaca, sino también a *Granizo* a través de su cruz, un peso de la mitad de un hombre adulto, y aun así, corrió en medio de la noche y la llevó hasta la seguridad. Mientras corrían, le quedó claro que estaba coja. En el campamento de Togodubno, Breaca pidió antorchas y encontró que los tendones de la yegua estaban tirantes y calientes al tacto en ambas patas delanteras. Había pasado un buen rato de pie con el animal en un pequeño afluente del río, pero el daño que sufría no se curaba simplemente con agua fría. Ahora, caminando entre las hileras de caballos que esperaban, Breaca encontró a Airmid con la yegua, envolviendo unas hojas de sauce en torno a los miembros afectados. Se agachó para observar el alcance de los daños. Su palma quedó llena de

vapor.

Airmid la miró:

—No se la podrá cabalgar hoy.

—¿Y más adelante?

—No lo sé.

—¿Perderá el potrillo? —la yegua estaba preñada de cuatro meses, y el potro debía ser el mejor caballo de batalla que jamás se había visto en Mona.

—No lo creo, pero no puedo estar segura. Necesita descanso y alimentarse bien, y solo lo tendrá si conseguimos expulsar a los romanos.

—Lo haremos.

—Bien.

Airmid se puso de pie, apartándose el pelo de los ojos. Hubo una pausa breve, incómoda. Nunca se decían adiós el día de una batalla; así fue desde la primera lucha contra Amminio, y no era aquél un día adecuado para romper aquella tradición. Breaca se quedó inmóvil, notando la necesidad de atesorar aquel momento. En torno a ellas, el ruido del campamento se fue elevando a medida que la preparación para la batalla se iba aproximando a su final. Cerca, Ardaco se dirigía a un grupo de niños, dándoles lecciones sobre la seguridad y la necesidad que tenían de agua los guerreros; más allá, Cumal iba pisoteando un fuego de campamento hasta convertir las brasas en cenizas, y vaciaba una olla. Gwyddhien esperaba a una discreta distancia, pero no a Breaca.

La voz de Airmid se dejó oír:

—He soñado con una serpiente con cabeza de lanza que mataba a un águila. Le perforaba el cuerpo por debajo del ala izquierda, sacándole el corazón. Debes recordarlo.

—Lo haré. Gracias.

Se abrazaron en silencio, porque nada más quedaba por decir. Braint se unió a Breaca cuando ésta se alejaba. La chica brillaba como una hoja recién afilada.

—Gunovic te llama. Tiene un nuevo caballo.

Breaca sonrió.

—Gunovic siempre tiene caballos nuevos —recordó un mensaje que le habían dado antes—. Debes ir a ver a Macha. Tiene un cráneo de lince. Si te reúnes con ella en la choza de los soñadores, te lo dará.

—Gracias. Iré enseguida —el lince era el sueño de Braint; aun sin el cráneo, uno podía darse cuenta. También se abrazaron. La chica, antes de apartarse, añadió—: Sigue a salvo.

—Tú también.

Breaca notaba un nudo en la garganta; demasiadas despedidas sin expresar. Fue río arriba, en busca de Gunovic. Durante años, él le había dicho que le iba a preparar un nuevo caballo de batalla, y ella le decía que no, sintiéndolo como un desaire hacia la yegua gris y una cierta arrogancia ante los dioses. No le sorprendió que él lo

hubiese hecho, de todos modos.

Le encontró en el tramo superior de la corriente, enfriándose las manos como preparación para un día de lucha. Dos caballos pastaban allí cerca, uno gris, tan pálido que casi podía considerarse blanco, y el otro un potro marrón y feo, de grandes huesos, con el pelaje ya espeso para el invierno y un morro que se curvaba hacia afuera, como el de un oso. El herrero chapoteaba en el agua, sonriendo, e hizo una seña para presentarle su regalo. El gris era suyo, y lo había sido desde hacía años. No se lo ofrecería. Ella miró el caballo marrón y luego a él de nuevo.

—Gunovic, eso es un oso, no un caballo de guerra. Sería bueno para tirar de un carro, pero no será útil en la batalla. Y además, no suelo montar caballos que tienen los cascos más anchos que el largo de mi pie.

—No tiene los cascos más anchos que tu yegua. Y es el pelo que tiene lo que le hace parecer grande. Súbete y te echo una carrera hasta los árboles y de vuelta. Luego me dices si lo quieres o no.

Corrieron. Y ganó Breaca, o más bien su caballo; poco esfuerzo tuvo que hacer ella. Lo intentaron con escudo, lanza y espada. El caballo-oso no anticipaba sus movimientos como la yegua gris, pero era muy rápido, giraba muy bien y sabía lo que tenía que hacer. Ella desmontó y le miró los dientes, y encontró que tenía cuatro años. Frunció el ceño, pensativa.

—Has estado al sur del río-mar preparando las defensas o comerciando con los atrebates durante más de la mitad del tiempo transcurrido desde que éste animal conoció el bocado. ¿Quién lo ha entrenado?

—Macha. Lo consiguió de una de las yeguas de Eburovic.

Breaca se mordió los labios. No podía ser nadie más.

—Es bueno.

—Es el mejor. Con él, podrás derrotar a los romanos.

Era la tercera persona que le decía aquello. Breaca hizo internamente un signo a Nemain para que no se tomase aquellas palabras como una presunción, y dirigió su nueva montura hacia el río, en busca de Caradoc.



Caradoc no era difícil de encontrar, una vez se sabía lo que se buscaba. Había abandonado el blanco de los ordovicos en favor del manto multicolor del héroe Casivelauno, recién tejido para él por los tejedores de los catuvelaunos, incluyendo los colores de todas las tribus que se habían unido a ellos. Atraía los ojos al cabalgar. A Breaca le había ofrecido el mismo manto, pero ella lo rechazó y siguió con el gris de Mona y la marca de la serpiente-lanza en rojo sangre. Su cabello ya era un estandarte suficiente; al sol, ardía como el fuego vivo, y se estaba levantando algo de viento. En

batalla, cargando contra el enemigo, ondearía como una bandera.

Cabalgó hacia abajo, hasta el borde del agua, con su hierba verde y fresca y sus zarzamoras llenas de fruto a un lado. Deberían haberlas quitado, pero las dejaron con su fruto intacto como ofrenda a los dioses de la cosecha. Por casualidad, señalaban el primer lugar donde se podía vadear el río-mar, demasiado tierra adentro para que se pudiesen aventurar los barcos romanos, pero no tan lejos como para poder tender un puente a su través con facilidad, o estar al alcance de las jabalinas en las líneas defensoras.

Togodubno había estado trabajando algo en el sur, cortando árboles para que no sirvieran de refugio y leña al enemigo, y cavando hoyos cubiertos con maleza para confundir a los caballos. Había destruido los puentes que existían y quemado aquellos barcos que no se habían llevado al otro lado. Un puñado de armazones carbonizados y desarmados humeaba irregularmente en la costa del sur. Un día antes de que llegaran Breaca y Caradoc, Togodubno realizó una ceremonia con los soñadores y arrojó al río un bonito escudo de bronce, con forma de caballo por ambos lados, como oferta a Nemain, para que recordase que ellos estaban protegiendo el agua sagrada y no lucharían a través de ella, para no deshonrarla, pero también para pedirle su ayuda en la defensa de su tierra.

Breaca se unió a Caradoc junto al vado.

—Breaca, bienvenida —él se volvió, alerta, como un perro una mañana de caza.

Todo en él estaba afilado. La culminación de su vida se encontraba ante él, y posiblemente también su muerte. Ella nunca había considerado la posibilidad de que él pudiese morir, pero entonces él sonreía, y ella, macabra, le vio como un cadáver sonriente, un cráneo descarnado hasta mostrar el hueso, con los dientes arrancados hasta las raíces y el pelo dorado empapado de barro. Aquel pensamiento se aferró a su mente, retorciéndole las tripas como nada había conseguido hacerlo. Si Airmid hubiese estado allí, le habría dicho si era una visión verdadera o no. Como no la tenía a ella, Breaca solo podía esperar hasta que pasara. Se sentía enferma.

La sonrisa de Caradoc desapareció. Sus ojos escudriñaron el rostro de la joven.

—Deberías llevar casco —dijo, penetrando en su mente. El viento hacía volar su cabello suelto.

—¿Como tú? —lo pronunció de forma mucho más maliciosa de lo que hubiese debido—. Si los dioses quieren que muramos, aunque nos pongamos un casco de hierro de un dedo de grosor, sucederá. Mientras tanto, es mejor que nos vean aquellos que nos siguen.

—Ah, sí, creo que nos verán —el humor siempre había sido un escudo para él, una defensa automática. Ahora recurría a él, examinando el caballo de ella con abierta curiosidad—. ¿Crees que los romanos te temerán más si vas montando un oso?

Ella también era capaz de esconderse detrás de las bromas.

—Vamos a hacer una carrera, ir y volver hasta los árboles —ofreció—. Apuesto mi escudo contra el tuyo a que un caballo-oso iceno puede ganar a una montura de la

caballería romana.

—¿De verdad? —nunca hacían carreras entre ellos. Desde el primer invierno entre los icenos, en todas las competiciones de Mona y los juegos del funeral de su padre, lo habían evitado. En Mona, la noche de la elección, compitieron contra los dioses y los soñadores, pero no entre ellos. Él ladeó la cabeza, pensativo, y ella vio que la sonrisa se desvanecía de su rostro—. No, mejor no. Mi padre me enseñó a no apostar nunca por cosas seguras. Y el tiempo de las carreras a lo mejor ha pasado… para siempre —señaló con la barbilla hacia el río y, en voz baja, añadió—: El enemigo está aquí.

Ella les había oído toda la mañana, el segundo ruido detrás de la niebla, Ahora miraba a través del río, observaba la realidad que el tráfago de su propio campamento le había ocultado antes. No era una visión que inspirase terror, como había temido; en la otra orilla, se habían alzado los estandartes de dos legiones, pero apenas una centuria de hombres permanecían dispuestos. Detrás de ellos, una serpiente ondulante de armaduras pulidas se perdía en el este. El sonido de los cuernos y los pies que marchaban llegaba hasta ellos débilmente.

Breaca estudió los estandartes más de cerca.

—Siguen siendo solamente la Decimocuarta y la Vigésima —dijo—. Han marchado desde el amanecer, no antes. Lucharán habiendo dormido menos que nosotros.

Caradoc asintió desde su caballo, pulcro y brillante comparado con el de ella.

—Están solos. Y esta vez, les superamos en número —aquello era lo que más le importaba.

—No por mucho tiempo. —Togodubno apareció a caballo, a la derecha de Caradoc—. Sentio Saturnino marcha hacia el norte a la cabeza de la Segunda y la Novena. Si podemos derrotar a estos dos hoy, tendremos que combatir con otros tantos mañana, posiblemente incluso antes.

Togodubno había envejecido en el mes transcurrido desde la reunión en las salinas. El peso de la invasión hundía sus ojos, como si llevase consigo el temor de todas sus muertes. Detrás de él, una riña llegó a su punto álgido y un solitario guerrero de los trinovantes se despegó de un pequeño grupo de otros guerreros, seguido por un niño que iba muy tieso en un pequeño poni castaño. Cuando se acercaron, Breaca vio que el guerrero era una mujer, y en un estado que debería haberla mantenido alejada de la batalla.

Ella habría dicho algo, pero vio el rostro de Caradoc, y el breve temblor de su cabeza. Togodubno se volvió, y quedó claro entonces que su carga no la causaba del todo Roma. Hizo la presentación formal brevemente, como si el tiempo no permitiera extenderse más.

—Ya conoces a mi hijo Cunomar, y a Odras, su madre. Ha venido a luchar contra los invasores que quieren mancillar su hogar —sonrió, cansadamente—. Puedo dirigir a diez mil guerreros, pero no a una sola mujer.

—Deberías visitar a los ordovicos —dijo Caradoc, secamente—. Ni siquiera lo

intentarías entonces.

La mujer se acercó a ellos cabalgando y, mientra. Caradoc se inclinaba para besarla, resultó evidente que la chispa que hubo entre ellos en una feria de ganado hacía varios años todavía seguía viva. Breaca pensó brevemente en Cartimandua, de los brigantes, que se había puesto a favor de Roma porque Caradoc no lo estaba, y a una mujer de los ordovicos que le había dado una hija, y se preguntó si alguna de ellas le había visto en presencia de Odras.

Caradoc estaba hablando:

—¿… una elección muy prudente para una mujer que espera un hijo?

La cabeza de Odras estaba muy erguida. No era el primero que le hacía aquella pregunta.

—La más prudente de todas. Faltan todavía cinco meses para que dé a luz. No arriesgo el niño. Y tengo que conseguir que mi hija viva libre del yugo romano… o no vivirá.

Era la primera en reconocer en voz alta que podían no ganar. Los tres lo oyeron y no dijeron nada.

Mirando a su hermano, Togodubno aprovechó la ocasión para demostrar lo difícil que era convencer a Odras:

—Siempre has dicho que ella sabía cabalgar mucho mejor que cualquiera de los hombres. Cinco de sus primos ya forman parte de mi guardia de honor. Ella ha jurado superarlos a todos hoy, y probarlo.

—Bien —sonriendo, Caradoc hizo girar su caballo. Se dirigió a Odras—: Yo dirigiré a los ordovicos y a los catuvelaunos por el flanco izquierdo. Si encuentras la batalla demasiado tranquila en el centro con mi hermano, puedes unirte a mí, si quieres —puso una mano en el hombro de Cunomar—. Estarías mejor con Macha y Maroc —tuvo mucho cuidado en evitar cualquier referencia a los niños—. Ellos guiarán tu participación en la batalla —el niño tenía los enormes ojos castaños de la madre. Miró al rostro de su tío, el héroe de las tres tribus, y asintió. Todavía no era un guerrero, pero su corazón estaba comprometido en la fama.



La mañana vino con la certeza de un sueño. Cunomar fue llevado atrás, a las líneas de retaguardia, para que se uniese a los demás niños. Odras se unió a Togodubno y colocó su caballo en la línea delantera, junto a las zarzamoras, con el grupo más importante de los trinovantes y las pequeñas delegaciones de los coritanos y los cornovios agrupados detrás de ellos. Breaca subió corriente arriba hacia el ala derecha, dirigiendo a los icenos y a los guerreros de Mona. Caradoc sopló su cuerno para llamar a los catuvelaunos, los ordovicos, los durotriges y los siluros, en un grupo

a la izquierda, enfrentándose al flanco derecho, el más fuerte del enemigo. Venutio llevó a sus brigantes de manto negro para que se uniesen al ala derecha con Breaca, y ella se alegró de ello. Esperando a la cabeza de todos ellos, montada a caballo, sacó la hoja de su espada de la vaina y empezó la búsqueda interior que prendería el fuego de la certeza, y buscó más allá de ella misma los pensamientos de los soñadores para que la ayudaran. Por primera vez en su vida adulta, la palma le latía como había ocurrido después de la muerte de su madre.

En la otra orilla, los cuernos sonaban con ritmos entrecortados. Los hombres gritaban y los escuadrones de legionarios maniobraban. Las primeras cohortes de las legiones Decimocuarta y Vigésima se colocaron en líneas ordenadas tal como habían hecho en un río-mar más estrecho, y, casi sin darse cuenta, empezó la batalla.

# XXVIII

La tierra vibraba con los ritmos de la guerra. El *Cuervo* olía la sangre y quería unirse a la batalla. Bán le habló, dirigiéndole palabras de tranquilidad y calma, y estaban ya a la vista de los heridos en la parte posterior de la zona de combate cuando se dio cuenta de que hablaba galo, y de que en aquel lugar y aquel momento su propia lengua le había abandonado. Buscó en su interior la sombra de Iccio o de su padre, el recuerdo de la anciana abuela, cualquier signo de que lo que hacía estaba equivocado. Había investigado del mismo modo en Germania, cuando llegó la noticia de que Calígula había muerto bajo una lluvia de cuchillos y que Claudio, convertido en emperador por la Guardia Pretoriana, planeaba continuar la invasión.

Más tarde, cuando la contienda y la revuelta amenazaban con derrocar al nuevo titular, Bán se volvió más displicente, creyendo que el Senado era débil y que, careciendo de la visión impulsora de un César o un Alejandro, nunca implicaría su corazón plenamente en la conquista. Entonces, a principios del verano, llegó la orden de prepararse para la guerra, y el Ala V Gallorum fue enviada hacia el este para unirse con la Legio II Augusta, al norte de Argentorate, y luego subiendo por el puerto-canal de Juliobona hasta los barcos que aguardaban inactivos en la boca del río, esperando órdenes finales.

Fue una espera muy larga. Al principio, Bán montaba al *Cuervo* por entre los árboles, dirigiéndose hasta el santuario galo de Cernunnos, donde el dios cornudo de los galos, tallado en una gigantesca mole de granito, recibía el homenaje de las fieras del bosque. Él llevaba pan y un cuchillo al que acababa de poner un mango de cuerno, y los dejó bajo la piedra, junto con su petición de guía. En el silencio posterior, temió que Nemain le hubiese abandonado por su duplicidad y pasó una noche entera a solas bajo la luna llena, rogando que volviese. Como ella no volvió, llevó una ofrenda al santuario de Júpiter Óptimo Máximo, el dios de los soldados, y la dejó junto a un montón de ofrendas más. No hizo un sacrificio viviente (sus dioses no le permitían que derramase la sangre de otro ser), pero sí que dejó la mitad de la paga que había ahorrado y, más tarde, tomó también gran parte de lo que le quedaba y lo arrojó al agua, entregándoselo a Manannan, el dios del mar.

Durante días enteros, su propia voz resonó, hueca y desesperada, suplicando ayuda, pero no recibió ninguna. Corvo, que era quien mejor le conocía, no tenía otra respuesta que la preocupación y la lógica del legionario. Le habló una noche mientras cenaban codorniz asada y vino. El bronce de Horus les miraba, atesorando sus recuerdos.

—Ahora eres uno de nosotros. Has hecho el juramento del soldado, que liga

mucho más que cualquier otro. Si los dioses quisieran que lo rompieses, nunca te habrían permitido hacerlo, desde un principio.

Bán inclinó su vaso de vino hasta que la superficie se convirtió en un espejo que reflejaba las lámparas. Pozas circulares de luz salpicaron en la oscuridad. Sus ojos estaban muy abiertos, insondables.

—¿Lucharías tú contra el pueblo de tu madre? —preguntó al fin.

—Lo hice… en Panonia. Era el pueblo de mi abuela. Ahora son nuestros aliados.

—¿Y los icenos, serán alguna vez aliados de Roma?

—Si tienen sentido común, sí. Si lees a César, fue un líder de los cenos magnos quien le rindió homenaje cuando se realizó la invasión, y a cambio le garantizaron derecho de comercio. Contando con que se hizo una mala traducción, los icenos y los cenos magnos podrían ser los mismos.

—Pero ahora no se les dejará ningún derecho de comercio. Se le ha prometido a Aulo Plautio el cargo de gobernador de toda Britania.

—Del mismo modo que Galba era gobernador de Germania superior. Eso no convirtió en esclavos a la gente de Civilis, y los chattos todavía son libres. Esas cosas tienen sus límites. Si los icenos no luchan, no se les hará esclavos, ni se ocuparán sus tierras. Roma no tiene nada en contra de tu pueblo.

—Los icenos lucharán.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Están empapados con la leyenda de Casivelauno y el manto de muchos colores. Si Togodubno y su hermano llaman a las tribus del este a la guerra, los icenos no se echarán atrás.

—¿Aun después de la muerte de Breaca y de tus padres?

—Aun así.

—Si Caradoc y Togodubno están ahí los dos, tendrás tu oportunidad de vengarte de los hijos del Perro del Sol.

—Ya lo sé. Quizá por eso debería ir.

Se quedaron sentados en silencio. Era muy tarde. Más allá de los muros de los cuarteles de Corvo, el mundo dormía. Las lámparas se fueron quedando sin aceite una tras otra hasta que la última ardió con luz parpadeante, sola en la oscuridad. Corvo puso su mano encima de la de Bán.

—Si el vino no nos ha dado respuestas, la noche todavía nos dará menos. Deberíamos dormir.

La mano que estaba bajo la suya se volvió, y la sonrisa era la que él conocía, disipando la confusión. Bán dijo:

—¿Solo dormir?

Y la lámpara se apagó antes de que Corvo pudiese responder, y decidieron no volver a encenderla, y dirigirse al lecho a tientas en la oscuridad cómplice.

Al final, se durmieron y se despertaron sin haber decidido nada. Bán se daba cuenta de que en realidad no se podía decidir nada. Vivía como si fuera dos personas;

una era una sombra que vivía en el pasado, la otra amaba y vivía, y había hecho juramentos que le ligaban al presente. Tendría que aprender a vivir al final con aquella dualidad, o moriría.



Bán durmió mejor las noches posteriores a aquélla, aunque no tan bien como debería, y cuando llegó finalmente la orden de embarcar, se dirigió a la nave con los demás, guiando al *Cuervo* por la pasarela hacia la bodega, prometiéndole un pasaje corto y buen tiempo.

Se equivocó en ambos casos. La travesía fue un infierno y duró desde antes del amanecer hasta después de medianoche. Durante casi un día entero, Bán estuvo en cubierta con violentas náuseas, deseando estar muerto. Navegaban contra la marea, los remeros estaban exhaustos y el mar luchaba contra todos sus movimientos, cuando la estrella fugaz cruzó por su proa, mostrándoles el camino hacia la tierra. Dio gracias a Nemain, en cuya noche estaba, y a Júpiter, que gobernaba los cielos, por enviar una señal tan clara. Más tarde, después de atracar, oyó que Civilis, Rufo y los hombres de la Vigésima y Decimocuarta que habían navegado desde la boca del Rin habían cruzado en media mañana, y atracado con la cálida luz del sol y sin oposición alguna. Al sur, el Ala V Gallorum pasó dos días bajo el mando de Vespasiano, legado de la II Augusta, sometiendo Vectis, la isla que se encontraba junto a la costa y que se suponía que ya hablaba por Roma. Después de aquello, caminaron durante ocho días sin descanso para llegar al río-mar, donde las tribus se estaban concentrando para defenderse. Llegaron rumores de que Togodubno y Caradoc habían formado una confederación más poderosa que la que había luchado contra César. Los rumores no se tomaban la molestia dé enumerar las tribus implicadas, pero íntimamente Bán sabía que los icenos estarían allí. Habló con el *Cuervo* en galo y se recordó a sí mismo que era un romano. Aquello penetraba con menos facilidad en su alma que antes.

Un cuerno llamó a la vanguardia de la columna. La caballería se detuvo. A su izquierda, la primera cohorte de la Legión Augusta hizo otro tanto. Otras órdenes les dispersaron: la caballería a la derecha, los legionarios de las dos primeras cohortes a montar sus tiendas fuera de la vista de los heridos y a prepararse para la batalla. Otros, más atrás, fueron enviados en grupos armados de ocho a buscar leña. Las centurias de retaguardia, bajo el mando de un ingeniero, empezaron a cavar nuevas letrinas. El hedor de las que se encontraban delante, que escocía en los ojos, solo se veía apagado en parte por el olor a sangre de la batalla. A la caballería se le indicó que dejase descansar los caballos y esperase nuevas órdenes.

Bán ató cuidadosamente al *Cuervo* entre unos tocones de árboles recién cortados, en prevención de trampas. Ante él, Civilis tenía a su cohorte de batavos agrupados y

dispuestos; un hombre de cada dos iba montado, y los de en medio, caminando hacia delante a pie, explorando el terreno en busca de hoyos, estacas o piedras afiladas. Bán bordeó una zanja hasta la altura de la rodilla, marcada con fragmentos de huesos blancos. Al acercarse, se dio cuenta de que esos indicadores eran trozos de un cráneo, rotos como una cáscara de huevo; los batavos nunca se habían acabado de librar de sus raíces tribales.

Civilis estaba montado en su caballo ante los otros, contemplando el río. Iba con la cabeza desnuda, como solían hacer los de su pueblo, y sus armas apenas eran romanas. El venablo que llevaba en la mano habría sido el orgullo de un herrero de los icenos. Vio aproximarse a Bán y le saludó.

—¿Dónde está Corvo?

—Con los estandartes. Aulo Plautio ha convocado una reunión del mando.

—Hijo de puta —el germano hizo un gesto que le habría valido unos azotes, de haber sido visto por un oficial de rango superior—. Ha perdido a Rufo, ¿no lo habías oído decir?

—¿Que le ha perdido? ¿Cómo?

—Lo envió a una incursión con pocos hombres y pocas armas —su voz se volvió afectadamente nasal—. «Los bárbaros no tienen estómago para la batalla. Dejan caer sus cosechas y salen corriendo al ver un ejército real» —escupió con veneno, y su voz bajó de registro—. Ignorante latino hijo de puta.

—Lo siento.

Bán tomó, el brazo de su amigo. Una pequeña parte de su interior, oculta, estaba exultante por la derrota de Roma. En su mayor parte, se retraía ante él recuerdo de los cuerpos de atrebates que habían encontrado a lo largo de todo el camino. Todos eran hombres conocidos por su lealtad a Beriko, que trabajaban como espías entre los trinovantes y sus aliados, y cada uno de ellos había sido encontrado con la garganta rajada y la marca del perro del sol grabada en el pecho.

Bán despreciaba a Beriko por ser un traidor de voluntad débil, pero no se había dado cuenta de que era tan odiado por los trinovantes. Se decía entonces que si mutilaban a los guerreros que estaban en sus propias tierras, ¿qué no harían a los galos, batavos y romanos, que no tenían derecho a pisarlas en absoluto? Imaginó a Rufo muriendo la muerte de los soñadores, y la simple idea le puso enfermo.

—¿Encontraron su cuerpo después? —preguntó.

—Clavado a un árbol con los testículos metidos en la boca y la marca infernal de los bárbaros en el pecho. —Civilis había estado llorando; se veía en sus ojos—. Esos idiotas mandaron media cohorte de diez en diez y de veinte en veinte antes de darse cuenta de que se enfrentaban a algo más que a un puñado de fanáticos armados.

—Ahora ya lo saben. —Bán miró al otro lado del río. Guerreros en número incontable luchaban al borde del agua, o se tomaban algo de tiempo más atrás, descansando de las luchas recientes. Los mantos de colores que nunca había visto y cuyo significado había olvidado hacía largo tiempo se mezclaban con el blanco de los

ordovicos, el gris hierro de Mona y el odiado amarillo de los trinovantes. Dio un respingo y vio que el flanco occidental, más allá del gris, era de un azul uniforme, el color del cielo después de la lluvia. El dolor le oprimió el pecho y le quitó el aliento. Un momento después, volvió en sí al ver a un hombre con el cabello claro color trigo y un manto de muchos colores que cabalgaba en un llamativo caballo zaino, se metía en el río y conducía a los otros colores tras él.

Civilis estaba mirando al lugar donde se habían posado sus ojos. Dijo con precaución:

—¿Es tu pueblo?

—Sí. Los de azul. —Bán estaba distante.

El mundo había retrocedido un paso. Iccio estaba junto a él por primera vez desde que Amminio murió. Su padre se encontraba también cerca, sonriendo. Veía a través de los dos, pero solo con dificultades. A Civilis le dijo:

—Los de amarillo son los trinovantes, excepto el del manto de colores. Ése es Caradoc. El gigante de pelo negro con el manto amarillo con el Perro del Sol en el escudo es Togodubno. Si les matamos a ambos, habremos eliminado el corazón vivo de los trinovantes. Nuestro camino hacia la fortaleza quedará libre.

—Bien. Entonces creo que los guerreros batavos a caballo serán los adecuados para hacer el destrozo. Tenemos que ajustarles las cuentas a esos dos, y quedaría mal que los mataran otros, antes de que nosotros llegásemos allí.

Al otro lado del río, la figura de Caradoc, con su manto multicolor, sacaba el caballo del agua y cabalgaba por la orilla. Bán entornó los ojos, viendo una cosa y sin creer que pudiese ser cierto. Precavido, dijo:

—Creo que ya sé quién mató a Rufo. Caradoc monta su caballo.

—Ya lo sé. Morirá bajo mi lanza, y su cráneo adornará mi cinturón mientras su alma sirve como esclava a Rufo en las tierras de los dioses. —Civilis sonaba demasiado parecido a los chattos. Sonriendo, miró por encima del agua y aspiró con fuerza, especulando—. Ese río —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Tú dirías que corre más lento o más rápido que el Rin?



La ofensiva se produjo a última hora de la tarde y fue ejecutada con un estilo clásico. Dos cohortes de la Novena se unieron a hombres frescos, descansados, de la Decimocuarta y la Vigésima, junto a la orilla del río, en un esfuerzo conjunto para tomar el vado. En filas de hierro, adelantaron paso a paso por el agua, con los escudos trabados formando una línea imbatible. Guerreros y legionarios cayeron a docenas, y fueron pisoteados dentro del lecho del río. La orilla del otro lado, que desde hacía rato se había cubierto de barro manchado de rojo, empezó a fluir hacia el río, inundada

por la sangre derramada.

Los guerreros de los trinovantes llevaron la parte más importante del ataque, arrojándose en oleadas contra la roca de los escudos romanos. Los defensores habían visto las dos nuevas legiones y sabían lo que eso significaba. Aquello no había afectado de forma notoria a su valor. Cuando los cuernos llamaron a las cohortes frescas a la línea de batalla, extendiéndose corriente abajo en el agua más honda. Caradoc condujo al grueso de los catuvelaunos y todos los demás guerreros de la orilla este hacia el río, para contenerlos. Los cuernos de guerra bramaban. Los guerreros cantaban a voz en grito sus canciones de muerte. Caballos y perros luchaban a muerte. Los legionarios aullaban triunfantes y moribundos. El crescendo de la guerra llegó a un clímax y se estancó allí, dolorosamente. Cuando ya no podía ser mayor el estruendo, los cuernos no se oían y las órdenes debían seguirse fiándose del ondear de los estandartes; cuando todos los guerreros de la confederación de Togodubno estaban ocupados en el río, Aulo Plautio, comandante de las fuerzas invasoras, emitió su segunda orden.

Los batavos, tal como ellos mismos habían rogado, fueron el cierre de la correa. A Civilis le habían dado a una mujer de los atrebates para que les dirigiera. Bán fue comisionado también como intérprete. Era su primera incursión en la batalla por Roma, y Corvo no estaba cerca. Notó su ausencia como podía notar la pérdida de un diente, un hueco incordiante que se le hacía presente cuando había tranquilidad.

Pero no hubo un momento de tranquilidad desde que llegó la señal. La mujer de los atrebates les dirigió al este, a lo largo de la orilla del río, pasando junto a los tocones de árboles talados y los matorrales espinosos que podrían haber despellejado las patas de los caballos, de no haber conocido bien la mujer aquella ruta. Cabalgaban en fila india, en silencio, una cohorte completa de batavos y un antiguo guerrero iceno, ahora ciudadano romano. El río se curvaba hacia el norte. Lo siguieron. La confusión de la batalla hervía detrás de ellos, y el ruido no disminuía con la distancia.

—Aquí —la mujer señaló—. Se ensancha, y la corriente es más lenta. Y además no os verán. Id en buena hora y matad a los cachorros del Perro del Sol.

Bán se dio cuenta de que sobraba. Civilis en realidad no necesitaba ningún intérprete. Las palabras de la mujer no podían ser más claras, y ella había hablado en germano. Alegremente, el batavo tarareó su canción de batalla. Ya estaba contando los muertos que enviaría a Rufo para que fuesen sus sirvientes en el otro mundo. Se volvió en la silla para comprobar sus armas. Sus hombres hicieron lo mismo. La mujer sonrió y se desvaneció entre los matorrales.

—Aquí —Civilis le pasó a Bán un trozo de venda de lino—. Ata tu espada con esto, o la perderás.

—Gracias.

Bán observó a un hombre que rodeaba la empuñadura de la espada con aquel lino y luego pasaba la tela por las correas de la cincha, y le imitó. Como procedía del Rin (y lo odiaba), él nunca le había pedido al *Cuervo* que nadase. El caballo miraba el agua y

resoplaba como advertencia.

Civilis desmontó. Su caballo, sabiendo lo que se avecinaba, se dirigió hacia el agua. Él se volvió, sonriendo.

—¿Crees que podrás hacerlo?

—Por supuesto.

Caradoc estaba en la otra orilla; sus guerreros serían los primeros en enfrentarse a ellos. Importaba que Bán estuviese allí para presenciar su muerte; formaba parte de la promesa a Iccio y a su padre. Y no consentiría que le superase ningún germano. Bajó de la silla y tensó la cincha. El *Cuervo* le miró de lado, mostrando el blanco del ojo.

Los hombres se reunieron en grupos de diez a lo largo de la orilla del agua. Civilis levantó el brazo y lo dejó caer repentinamente.

—¡Adelante!

En el último momento antes de entrar en el agua, Bán recordó a Breaca y la carrera del río. Este río estaba caliente y sabía a sangre. Lo abrazó como un útero, y lo succionó hacia el fondo. Se hundió y notó que las patas del *Cuervo* pataleaban por encima de su cabeza y le obligaban a subir de nuevo. En algún lugar, en lo más profundo de sus oídos, oyó cantar a su madre. Salió a la superficie. El *Cuervo* nadaba enseñando los dientes. La espuma le caía del morro y se la llevaba la corriente formando hilillos. Bán se agarró a su brida y dio una patada con la pierna que tenía fuera. La otra orilla fue a su encuentro.

—Monta. No hables. Saca el arma y sígueme.

Civilis había cambiado. El cabello le chorreaba a la espalda, apartado del rostro por el nudo de guerra, por encima de la oreja derecha. Montaba muy agachado en la silla, con la punta de la lanza arrastrando por el suelo. Los caballos batavos aullaban como perros. El *Cuervo* bailoteaba en las puntas de los cascos, resoplando. Bán juró en tres lenguas distintas, intentando calmarlo, siguieron la orilla del río, doblaron el recodo y emergieron ya a la vista de la batalla. Mil guerreros enemigos estaban de espaldas a ellos, dispuestos para morir. Civilis ató una tira de tela al mango de su lanza y la levantó. En el puesto de mando de la orilla opuesta, un estandarte se abatió y ondeó y se inclinó dos veces hacia el oeste, como respuesta. Civilis hizo una señal de reconocimiento y se volvió a sus hombres. Aquella señal no necesitaba ser traducida; las legiones del vado estaban perdiendo la batalla, pero la Segunda había cruzado el río, corriente arriba, y estaba en su sitio en el oeste; era el deber de los batavos distraer todo lo que pudieran la atención de ellos.

Ésas eran las órdenes, pero sus corazones les llevaron mucho más lejos. Más allá del deber, los batavos tenían una cuenta pendiente con Caradoc, y aquel hombre cabalgaba a la vanguardia de los enemigos, separado de las líneas de retaguardia por mil guerreros o más. Por mucho que fuese el valor y las habilidades guerreras de los batavos, si atacaban desde atrás nunca conseguirían su presa; necesitaban alguna forma de hacerle volver. La sonrisa de Civilis era feroz. Hizo las señas de manos que habían convencido antes, y añadió una nueva. Sonriendo, los hombres de su cohorte

se apartaron del río hacia las filas de reserva del enemigo. Horrorizado, Bán agarró a Civilis cuando éste pasó a su lado.

—No puedes hacer eso —sus palabras se perdieron entre el caos. El batavo se inclinó y puso su boca en el oído del otro.

—Es necesario. Si no tienes estómago para verlo, vuelve atrás. No te necesitamos.

—No, me quedo. Pero yo no lo haré.

—Lo que quieras —ya se había ido, azuzando a su montura hacia las líneas de los caballos.

Bán le contempló hasta que empezó la matanza y entonces, palideciendo, obligó al *Cuervo* a ir hacia delante y unirse a la parte posterior de la caballería, que se arremolinaba. Él había ido allí a matar guerreros, a vengar la muerte de los suyos; nada en el mundo podría persuadirle de tomar venganza sobre sus monturas.

Los batavos no tenían tales escrúpulos. Un caballo herido chilla mucho más fuerte que ningún hombre. Cuarenta caballos con los tendones cortados, los vientres abiertos y los flancos traspasados hasta el hueso chillaban muy fuerte, por encima incluso del estruendo de la batalla. Los que no estaban heridos se aterrorizaron y rompieron sus ligaduras. Algunos no cojeaban y consiguieron huir. El resto se rompió las patas tratando de hacerlo, y aún hicieron más ruido. Habría sido imposible no oírlo, no sentirse enfermo al escuchar aquel sonido. Bán se inclinó sobre el cuello del *Cuervo*, debilitado, y vomitó en el suelo. Hasta los romanos que trabajaban en las filas se detuvieron a escuchar.

El efecto en los defensores fue demoledor. Primero de uno en uno, de dos en dos y luego por centenares, los siluros, durotriges y ordovicos, y finalmente Caradoc y sus catuvelaunos se volvieron hacia el sonido de aquella carnicería que procedía de detrás de sus filas. Dudaron, indecisos entre la necesidad de defender el vado y otra necesidad igual de enfrentarse al nuevo ataque.

Un grito resonó con una nota distinta. Había yeguas entre las bestias heridas, y algunas de ellas estaban preñadas. Un guerrero batavo cabalgó por delante de las filas de los caballos con el venablo en alto y un potro aún no nacido retorciéndose mudo en la punta. No habría hecho más daño si la bestia moribunda hubiese sido un niño. Bramando venganza y muerte, los guerreros de cuatro tribus y un gran grupo de trinovantes abandonaron la batalla en el río y arrearon a sus monturas hacia el nuevo enemigo. El estruendo de sus aullidos ahogó el de los caballos moribundos.

Los batavos eran quinientos, una cohorte entera. Los britones les superaban en centenares a uno. Caradoc se abrió paso, rodeado por un pequeño grupo de ordovicos de manto blanco que formaban su guardia de honor, todos elegidos entre los parientes de su hija. La mitad eran mujeres, y todas habían dado a luz al menos a un niño. El potrillo muerto se convirtió en su estandarte, robado y profanado por el enemigo: un acto de sacrilegio para el cual solo podía haber una respuesta. Atajaron y alcanzaron vivo al hombre que lo había sujetado en alto. Su muerte, empalado en su propia lanza, fue más lenta que ninguna otra en el campo de batalla aquel día, y

claramente visible para los invasores. Los batavos, viéndolo, lucharon con la ferocidad de bestias acorraladas; la guardia montada no podría haberlo hecho mejor. Pero aun así, cayeron como árboles abatidos en una tormenta. Doscientos treinta guerreros batavos murieron en menos tiempo de lo que había costado cruzar el río. Los restantes, dirigidos por Civilis, lucharon sangrientamente mientras se retiraban hacia el agua. Allí, setenta de ellos formaron una retaguardia, mientras los demás se reunían en grupos para volver a nado.

Bán estaba entre los últimos que se fueron. El *Cuervo* se le rebeló todo el camino hacia el agua. El potro había olido la muerte de otros caballos y se hizo imposible de manejar, matando indiscriminadamente. Al menos un batavo murió bajo sus patas agitadas, y el resto se dio cuenta de que el único lugar seguro era detrás de él o a un lado, pero lejos. Incluso al final, cuando la locura ya remitía, ninguno de ellos se colocó para nadar a su lado. Bán usó la parte plana de su espada en los flancos del potro y le obligó a meterse en el agua. La corriente los cogió a ambos y les hizo girar río abajo. El caballo luchó, pataleó y se lanzó hacia delante. Bán nadó a su lado, sujetando la espada en la mano derecha, dejando que el agua le lavase la sangre y su propio vómito y el horror que le producía aquel sacrilegio. La matanza de los caballos le había entumecido para todo lo que siguió después. Había matado a los de su propio pueblo, y ni siquiera se había enterado. No había visto a Caradoc, solo un remolino de colores mezclados dentro de un círculo de blanco letal y aullante. Vio cómo mataba su enemigo, pero no le vio morir. Sus fantasmas le dijeron que les había fallado.

En la otra orilla, una mano batava colocó a Bán encima de la silla y el *Cuervo*, sin intervención de su jinete, siguió a Civilis mientras éste volvía a ocupar su lugar en las filas. Desde allí, mareado, Bán se dirigió a través del campo de batalla hacia detrás de los hombres de la Decimocuarta que descansaban, hasta unirse al Ala V Gallorum que se había congregado junto al estandarte. Aulo Plautio estaba allí a la vista, y Sentio Saturnino, que había dirigido los desembarcos del sur. Los legados y tribunos de cada legión estaban reunidos junto a ellos. Corvo tenía su caballo presto a la cabeza de la caballería, esperando. Tenía mala cara, estaba muy blanco. Se saludaron, cada uno según su rango.

—Estás vivo —dijo Corvo.

—Eso parece.

—Caradoc vive.

—Ya lo sé. Civilis mató a los caballos.

—Esas cosas ocurren en la guerra.

—No deberían ocurrir. Va en contra de los dioses.

—Entonces los dioses han hablado y nos han dicho que lo hiciéramos. Mira.

El campo de batalla que se extendía ante ellos era como un dibujo en la arena. Bán solo tenía ojos para el extremo oriental, donde media cohorte de guerreros batavos yacían muertos, con los cuerpos ya despojados de armadura y armas. Un hombre estaba rígido y tieso, con el casco en el suelo ante él. Desde aquella distancia, era

imposible ver si todavía vivía. Un segundo y más espeso grupo de cuerpos estaba amontonado junto a la orilla del río, donde la retaguardia había dado la vida por sus hermanos. Bán se tambaleó al ver la escala de la matanza.

—Hemos fracasado. Lo siento.

—No. Vosotros solo erais la diversión. Es la Segunda la que ha fracasado. Era una legión entera, y deberían haber irrumpido mientras distraíais la atención de Caradoc y sus guerreros.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Los icenos y los guerreros de Mona defendían el flanco occidental. Son tantos como una legión, e igual de sólidos. Vespasiano ha fallado.

—¿Los icenos? —las palabras resonaban huecas en sus oídos. El resto resbaló por encima de él, desprovisto de todo sentido.

—Sí. Lo siento. Deberías mirar, Bán. No puedes cambiarlo escondiendo la vista.

Bán no quería mirar. Desde que vio por primera vez los mantos azules, su mente negó la posibilidad de que los guerreros icenos matasen y resultasen muertos, o que los muertos icenos fuesen abandonados después a los saqueadores, o que él mismo tropezase con una cara conocida en la batalla. Le costó el mayor esfuerzo de voluntad de toda su vida volverse a mirar hacia el oeste, mirar con detalle al lugar superior del vado, donde los hombres de la Segunda habían cruzado hacia la orilla norte.

Estaba más lejos de lo que había imaginado. A aquella distancia, la cinta del río se convertía en una salpicadura de hierro fundido, con la baja luz de la tarde. Las figuras se agrupaban y se separaban, y resultaba imposible distinguir hombres de mujeres, o adultos de niños. Solo las legiones se distinguían por sus cascos y sus escudos, y el sólido muro de guerreros que se oponía a ellos desde los mantos flotantes, gris hierro para Mona, azul para los icenos, y verde rayado con negro para los coritanos. Luchaban como un solo cuerpo, y las cohortes dirigentes rompían sobre ellos como una ola rompe contra un acantilado, perdiendo hombres y sin avanzar. Entonces, mientras los miraba, un gran grupo de guerreros con mantos de color aliaga galoparon a lo largo de la orilla del río y cayeron sobre la legión desde atrás.

—Dioses, es Togodubno. Penetrará entre ellos como un cuchillo.

—No. Le han visto. Mira.

La Segunda contaba con luchadores muy avezados. Ya desde que sonó la primera nota del cuerno, flotando por encima del campo de batalla, aquellos que observaban vieron el brillo y se separaron, y un hombre de cada dos se apartó de la primera línea de batalla y se volvió espalda con espalda con sus camaradas para enfrentarse al nuevo enemigo. Fue una maniobra muy bella, bien ejecutada; los escudos se entrelazaron y subieron como las escamas de una serpiente, las espadas y cascos relampaguearon, y la nueva fila recibió el golpe del ataque de Togodubno y resistió bien, encogiéndose solo ligeramente de largo, mientras los vivos se movían lateralmente para cerrar los huecos dejados por los muertos. Los guerreros del manto amarillo luchaban en apretada formación, y la marca del Perro del Sol, amarillo sobre blanco, aparecía

incluso en aquellos del extremo más alejado del río. Las pérdidas eran mayores entre los legionarios que entre los guerreros.

Bán dijo:

—Togodubno no abandonará. Los cortarán a pedacitos, a menos que Plautio les mande refuerzos.

—Por eso lo está haciendo.

Ya mientras hablaban, un estandarte ondeó de izquierda a derecha y se abatió hacia el río. Las cuatro cohortes de la Novena que comandaba estaban esperando una señal semejante. Se dirigieron hacia delante, al agua, en un solo bloque, cruzando con el agua a la altura del hombro para caer sobre los trinovantes desde atrás. Los guerreros, encontrándose atacados por dos lados a la vez por la infantería, galoparon a lo largo de la orilla del río, dejando atrás al enemigo con facilidad.

Los legionarios no los siguieron, porque tenían otras órdenes. Las filas de la Segunda estaban ante ellos, con sus hombres exhaustos. Los de la Novena estaban frescos y ansiosos por probarse a sí mismos. Formaron filas detrás de sus camaradas y entrechocaron las espadas con los escudos, mostrando su disposición. Los cuernos aullaban en toda la Segunda legión. Como un solo hombre, las cohortes que se enfrentaban al grueso de los icenos se retiraron, retrocedieron y se fueron separando, cada legionario a una distancia de una lanza de su vecino. El cuerno sonó por segunda vez, irregularmente, porque las maniobras ejecutadas en el fragor de la batalla raramente adquieren la pulida perfección del desfile y los icenos no les daban cuartel, los hombres de la Novena se movieron a través de los huecos dejados entre las filas para tomar la vanguardia, cerrando filas de nuevo en estrecha formación de combate. Detrás de ellos, los hombres agotados de la Segunda se retiraban en bloques ordenados hacia el río, y empezaron a cruzar con toda seguridad.

Las cohortes frescas se veían tan superadas en número como aquellas a las que relevaban, y los guerreros a los que se oponían habían olido la victoria y extraían de ella su fuerza. El combate se inició de nuevo con renovada ferocidad. El grupo de los trinovantes que había atacado la retaguardia retrocedió y se desplazó por la orilla del río, una cuña de amarillo en un mar de gris y azul. Una centuria de la Novena dio la vuelta por un lado para cortarles el camino. El resto mantuvo sus posiciones fijas hasta que la Segunda hubo cruzado con toda seguridad, y empezó una retirada paulatina.

Bán se mordió los nudillos. El orgullo y el terror luchaban en su interior.

—Todavía están perdiendo. Los icenos no serán derrotados. El último de la Novena en defender la orilla morirá, como murieron los batavos. Plautio perderá a quinientos hombres más sin sentido alguno.

—No lo creo. Tiene todavía media legión que no ha participado en la lucha. Observa. Ahora van a intervenir.

El estandarte se movió de nuevo y las cinco cohortes que quedaban cruzaron siguiendo a sus camaradas y tomaron a los trinovantes una vez más desde atrás. Esta

vez, la mitad de los guerreros montados se volvió para enfrentarse a ellos y darles batalla.

—Dioses, ¿es que Togodubno ha perdido la cabeza? Deberían correr, como han hecho antes.

—¿Hacia dónde? Están rodeados. Hosicio Geta es el centurión de la primera cohorte. Lleva años luchando contra guerreros montados. No les dejará escapar.

Habían practicado aquellos movimientos a menudo. Las dos filas de la Novena se unieron por los extremos, rodeando al grupo de mantos amarillos como una ostra rodea a la perla. Los mantos amarillos hicieron girar a sus monturas, buscando una salida que no existía. Togodubno chilló por encima del ruido de la batalla y los sonidos de muerte cambiaron cuando los trinovantes formaron un círculo hacia fuera y empezaron a entonar sus cánticos de guerra, sabiendo que estaban condenados.

Corvo dio unos golpecitos con un dedo en el pomo de su silla.

—Ahora, si Caradoc intenta salvar a su hermano, quizás hayamos conseguido dar la vuelta a la batalla.

Agobiado, Bán dijo:

—Ahí llega.

Por el rabillo del ojo, como si lo hubiesen convocado sus palabras, una lanza blanca con la punta de color dorado se arrojó hacia la Novena. La legión vio que se aproximaba y sus comandantes tuvieron tiempo de preparar sus órdenes. Los ordovicos no opusieron resistencia. Como una puerta, dos bloques de hombres se apartaron y dejaron que los guerreros al galope pasaran y, como una vega de hierro, se cerraron suavemente tras ellos.

Se formó un verdadero pandemónium entre los guerreros atrapados, mientras los mantos amarillos se mezclaban con los blancos y uno cuyos colores parecían un rompecabezas multicolor, un manto que cubría a un hombre montado en un brillante caballo zaino. Las filas de la Novena se cerraron estrechamente y no les dieron tiempo para formar en filas de combate. Los guerreros abandonaron su formación de combate y se enfrentaron de uno en uno y de dos en dos, cada uno cuidando de un compañero de escudo, pero no más. El sonido de las canciones de muerte se hizo más agudo.

—Ya está —Corvo cerró el puño entero en el pomo de su espada—. Los tenemos.



—¡Ardaco! ¡Ahí!

Breaca obligó al caballo-oso a ir hacia delante, golpeando la cara blanca y sin protección del legionario que amenazaba a Ardaco. El hombrecillo arrojó su escudo y el gladio con el que apuñalaba se deslizó de lado mientras aquel que lo había

empuñado moría. El cuerpo se quedó erguido un momento, cogido entre otros dos, vivos, hasta que estos también murieron y los tres cayeron juntos, desparramando sangre y fluidos corporales en la hierba pisoteada y destrozada. Su existencia había sido olvidada largo rato antes de que sus cuerpos cayesen; no era una batalla que diese tiempo a lo individual, a honrar el valor del enemigo, o a los actos de valor individual sin fin de aquellos que luchaban codo con codo, salvando una y otra vez las vidas de sus compañeros de escudo. Era una batalla en la que uno mataba interminablemente, a pie y a caballo, usando la lanza, la espada, el borde del escudo y las manos desnudas, si era necesario. Breaca mantuvo todo el día el grupo de su guardia de honor junto a ella, y se arrojaron a las partes más duras de la batalla, a veces a caballo, separando a grupos de legionarios para rodearlos, matando, como otros matan los salmones, desde el círculo exterior hacia adentro; en otras ocasiones desmontaron y formaron una fila a pie, dejando los caballos con los niños, obligándoles a jurar que montarían y buscarían un lugar seguro si la batalla superaba a los guerreros.

Y mientras tanto, el furor de la batalla ardía dentro de Breaca, y se expandía hacia sus guerreros y los icenos, como llevaba ocurriendo desde la mañana, desde el primer encontronazo junto al vado, cuando las dos legiones se lanzaron hacia delante y los guerreros del lado de los defensores fueron a reunirse con ellas. Siguió ardiendo al mediodía, cuando los dos ejércitos se separaron bajo la luz del sol y el río corrió por el espacio entre ellos rojo de sangre, pero solo ligeramente, de modo que todavía se podían ver las algas de un verde pardusco y los cardúmenes de pececillos plateados que relampagueaban bajo la superficie. Y siguió ardiendo después, cuando se vio llegar a un caballo exhausto desde el sur y unirse a las legiones, su jinete echado hacia delante en una ola de entusiasmo para alcanzar al comandante, y la noticia de refuerzos, de las dos legiones perdidas, se extendió por las filas. Incluso entonces el fuego de Mona se siguió manteniendo, y les llevó a iniciar un nuevo ataque, y otro, de modo que los guerreros del flanco derecho todavía creían en la victoria final.

La certeza vivía dentro de Breaca como una cosa aparte, sustentada, creía ella, por los soñadores. Ella notaba a Airmid, como si estuviera luchando a su lado, con Macha y Maroc detrás, dos osos unidos en defensa de su tierra. Luain MacCalma estaba en todas partes, añadiendo la agudeza de su visión, que era la garza, y Efnís daba vueltas por encima, un halcón gris de amplia cola que oteaba el cielo. Todos ellos encendían la hoguera de los dioses y la mantenían ardiendo en las almas de todos aquellos que luchaban, para que no conocieran el miedo ni la desesperación frente a un número abrumador.

Solo en una ocasión Breaca perdió aquella sensación. Fue cuando iba a pie, preparándose contra la matanza de la Segunda legión, cuando los batavos asesinos alzaron el cadáver del potrillo no nacido en el lado más alejado del campo de batalla y corrió la voz, como el fuego en un campo de trigo maduro, del sacrilegio. Ella estaba junto al río, y no podía llegar hasta los batavos, pero en su lugar había matado a sus aliados los romanos, sola y temeraria, sin la seguridad del fuego de Mona, consumida

solamente por un dolor desesperado que la impulsó muy lejos dentro de las líneas enemigas, hasta que Ardaco y Gwyddhien y Braint la sacaron y la condujeron hasta un lugar seguro donde los niños llevaron agua y la obligaron a detenerse y beber, y pensar en Mona y en el bien común. Pero la Segunda legión cruzó el río, y durante un rato no pudieron hacer otra cosa que intentar sobrevivir. Más tarde, por el niño del agua, le llegó la noticia de que la yegua asesinada era castaña y no gris, y al saberlo se encendió una llamita en Breaca; algo pequeño, que podía atesorar en medio de toda aquella carnicería, añadido a la exultación mayor que ocurrió cuando obligaron a retirarse a la Segunda.

Aquello había sido hacía un siglo, parte de un pasado distante. Entre tanto se encontraba solo la niebla de la muerte. En batalla ella solo pensaba en la muerte, en vigilar y golpear cabezas desnudas o miembros desnudos; en el tirón del caballo-oso bajo su cuerpo cuando luchaba con ella y para ella, matando cuando ella mataba; en vivir, en formar un espacio a su alrededor y que Ardaco, Braint, Gwyddhien y Duborno pudieran vivir también; en mantener las hojas punzantes apartadas de Gunovic, que luchaba ahora a su derecha, con su caballo gris convertido en alazán por la sangre seca, su martillo rompiendo cascos como una piedra rompe un huevo y su espada segando miembros de los vivos. Cuando tuvo tiempo de pensarlo, se dijo que era bueno luchar con Gunovic. En los últimos años el hombre se había hecho más lento, pero todavía luchaba con la misma ferocidad de siempre. Desde que llegaron los refuerzos romanos, le dio por llevar su martillo de herrero en la mano izquierda, en lugar de escudo, diciendo que así podía matar dos veces más. Ambos sabían que moriría por ello. Pero ninguno de los dos lo dijo; era su elección. Breaca mataba para que él pudiese vivir, y confiaba en que él matase por ella, a cambio, y en que Ardaco cabalgase a su izquierda, en el lado del escudo, luchando por protegerla de las jabalinas que llovían y de las espadas invisibles. Él había pedido y perdido ya tres escudos, y luchaba ahora con un scutum de un legionario, con los bordes cuadrados y curvados, porque era de la infantería, no de la caballería. Un gladio relampagueó hacia él y Ardaco lo desvió con su propia espada, permitiendo así que fuera Braint quien diera muerte al desprotegido romano; ésta jadeó dándole las gracias y a cambio le preparó otro para que lo matara él. En medio de la locura de formas cambiantes, en un remolino de improvisaciones e invenciones que iba mucho más allá que cualquier entrenamiento de Mona, más allá incluso que la batalla contra Beriko, la guardia de honor de Mona mataba, mataban unos por los otros, y por los que estaban más allá, y en el fondo de su mente, en los hilos de su alma, Breaca mataba también por Caradoc, que estaba ligado a ella por los brillantes hilos de Mona y que, en algún lugar de aquel mismo campo de batalla, se enfrentaba a la muerte, o al menos eso creía. Mentalmente ella sonrió, y se convirtió en una calavera sonriente, y el dolor que sintió en las tripas añadió más fuego a la rabia, al odio y a la llama que ardía cada vez con más fuerza en su interior y en el de aquellos que la rodeaban, de modo que, al cabo de un momento, hubo espacio para respirar y para mirar.

Breaca mató al hombre que tenía ante ella y dejó que el caballo-oso se alzara para golpear la cara de su compañero de escudo. En ese momento, alzándose por encima de la refriega, ella consiguió ver el plan conjunto de la batalla. Conocía los estandartes romanos; sus imágenes se encontraban grabadas en su alma. La Segunda legión se había ido, retirándose a la seguridad del río. Los hombres frescos de la Novena se mantenían firmes, luchando en dos frentes, y, en su centro, un mar de hierro rodeaba a un grupito de amarillo. Se veía una cabeza oscura, que sobresalía entre las demás, y otra de un color pálido y dorado, con un manto multicolor tras ella.

Caradoc.

El caballo-oso cayó de nuevo al suelo y ya la batalla había pasado junto a ellos; Venutio condujo a sus brigantes en una carga que cortó a través de los guerreros de Mona, echando atrás a la legión. Un niño de unos diez años llegó corriendo con agua, arriesgándose a cortarse los pies desnudos con las espadas desenvainadas, entre los ásperos estertores de los moribundos. No era Cunomar, pero era, fuerte y ágil y tenía el sentido común necesario para apartarse de los peores peligros.

Con una sonrisa qué rebosaba orgullo, le tendió la jarra a Breaca. Recordando devolverle la sonrisa, ella bebió y le pasó la jarra a Gwyddhien. La ola de la batalla se dirigió hacia dentro, permitiendo que descansaran aquellos que habían luchado, y que quienes habían descansado volvieran al combate. Llevaban así desde la mañana, pero ahora Caradoc estaba atrapado.

—Las legiones han cogido a Togodubno y Caradoc —Breaca se puso de pie en su silla para decirlo.

—Ya lo he visto. Baja —Ardaco le tiró de la manga, preocupado por las jabalinas y piedras arrojadas por el enemigo—. Si no consiguen librarse, no podemos ir nosotros. Si les matan, lo sabremos enseguida.

Lo oyeron de inmediato. «¡Togodubno ha caído!» La noticia corrió entre las filas en media docena de lenguas, animando a los romanos y dejando anonadados a los brigantes que luchaban contra ellos. «Togodubno está herido junto al río y Caradoc está atrapado con él».

Entre los guerreros de Mona, Gwyddhien fue la primera que lo gritó, como pregunta, y luego otros, confirmándolo. Mentalmente, Breaca volvió a repasar el diseño de la batalla; el sólido bloque de romanos que se retiraban ahora ante los brigantes, y el círculo de legionarios junto al río, de ocho en fondo en algunos lugares, que rodeaban a los asediados trinovantes. Estaban en una hondonada, en un lugar donde la tierra formaba un desnivel irregular hacia el agua. Arbustos y matorrales interrumpían el círculo formado por los romanos, y había un lugar en el extremo más occidental donde las filas de la legión se hacían más delgadas hasta tener casi solo dos hombres de fondo. Detrás, la tierra volvía a remontarse hasta formar una pequeña colina. Breaca rezó a Briga, cuya presencia llenaba el aire que los rodeaba. Como respuesta, recordó el sueño de Airmid.

El cuerno del Guerrero saltó a su mano y lo hizo sonar por encima del ruido de la

batalla. Breaca se alzó en su silla y sujetó el escudo por encima de la cabeza, donde se pudiera ver con absoluta claridad la serpiente-lanza. Su voz se alzó muy alta por encima del resto.

—¡Mona y la serpiente-lanza, conmigo!

Su guardia de honor se concentró en torno a ella, y luego los guerreros solos, que no se veían atrapados en el espesor de la batalla. Otros retrocedieron, matando aún. Tenía cincuenta, cien, doscientos, ya bastaba. Volvió el caballo-oso hacia la derecha, hacia el norte, lejos de lo más encarnizado de la lucha. A su espalda, el pulso de la batalla cambio y se hizo más rápido.

Eran quinientos como máximo, cabalgando contra dos mil. Breaca les condujo al galope en torno a la parte inferior del pequeño montículo, al oeste del campo de batalla principal. La lucha no había pasado por allí todavía; en el frío lado norteó los cascos de sus caballos dejaron huellas en la hierba intacta. En el extremo más alejado hicieron una pausa, tomando aliento fuera de la vista de la batalla, y Ardaco trepó a la cima del montículo, volviendo al cabo de un momento a informar de que el círculo de las legiones era el mismo, pero más trinovantes habían muerto. No había visto a Caradoc.

Breaca le dio instrucciones. Los quinientos eran de Mona; confiaban en su Guerrera y habían practicado juntos para aquella ocasión: Briga estaba con ellos, como ocurrió al principio. Con tranquila eficiencia, formaron una línea larga, de dos y tres en fondo, y con los caballos tensos, con las orejas enhiestas, como podrían estar al principio de una carrera. A lo largo de toda su longitud, los guerreros preparaban sus escudos y nivelaban sus espadas. En la vanguardia, Breaca elevó la serpiente-lanza y se llevó el cuerno a los labios. No era la primera vez desde Mona que lo tocaba, pero sí era la primera en que la rabia ardía pura y sin empañar en su interior. Todo su cuerpo temblaba con los latidos de su corazón, lleno de orgullo y odio apasionado hacia el enemigo, con la feroz exultación de la batalla. Tomó aliento y puso toda el alma en el sonido del cuerno. Con ensordecedora pureza, la ráfaga llegó a toda la extensión del campo de batalla y más allá, hasta el reino de los dioses. El caballo-oso saltó como un ciervo desde la quietud hasta el galope tendido, y los caballos de Mona atronaron tras él, siguiendo el estandarte de cobre brillante que marcaba a su Guerrera por encima de todos los demás del campo. Mientras rodeaban la colina, formaban una serpiente retorcida, con el caballo-oso galopando al frente. Una cabeza de serpiente fea, perfecta y letal: el sueño de Airmid hecho real por la voluntad de Nemain, para enviar a toda Roma a Briga.

Breaca empuñó su espada formando una línea perfecta con su brazo y, esta vez, liberada por los dioses de la carga de su mayor conflicto, y convertida por ellos en instrumento de su divino castigo, lanzó su grito de batalla, que era el nombre de su hermano.

Salida de la nada, aullando, con el cabello rojo, la muerte flameante cayó sobre los hombres de la Novena legión y aquellos que estaban más cerca se volvieron llenos de

terror, exponiendo su espalda a los guerreros atrapados en el círculo. En el momento del impacto, los trinovantes se arrojaron hacia el círculo interior de hombres, mientras la cabeza de serpiente de Mona golpeaba desde el exterior. Cogida entre ambos, la cáscara de hierro se hizo pedazos, vertiendo mantos amarillos como pus de una herida sajada. Los romanos murieron a centenares, y se quedaron allí echados como juguetes rotos.

* * *

Breaca encontró a Caradoc cerca del centro, rodeado por su grupo de fieles ordovicos. El manto multicolor yacía en el suelo a los pies de su caballo, cubriendo un cuerpo. La batalla se había apartado de ellos, obligada a bajar al agua por los brigantes de Venutio y el grupo más importante de Mona, que persiguieron la victoria hasta su final seguro. Los romanos corrían hacia el río y los guerreros les perseguían desde atrás. Aquellos que murieron en el último momento de batalla lo hicieron con lanzas clavadas en la espalda o con cortes de espada en la columna. Del círculo que rodeaba a los trinovantes, no quedó ni uno solo vivo.

En el espacio donde habían estado, Caradoc se bajó de su caballo. La sangre coagulada le pegaba las manos a las riendas, de modo que tuvo que luchar para liberarse de ellas. La sangre seca le tapaba también media cara, procedente de una herida en el cuero cabelludo. Tenía los ojos inyectados en sangre, llenos de polvo y restos de otros hombres muertos. Tieso, como si le doliera todo, se arrodilló junto a su manto y el cuerpo que estaba debajo. Breaca cayó al suelo junto a él. El fuego de la batalla se había extinguido, dejándola mareada y aturdida. Pensar requería un gran esfuerzo de voluntad, como caminar a través de la nieve, pero ella ya sabía antes de que dejasen de luchar que Caradoc estaba vivo, que había dejado caer su manto al suelo y por qué lo había hecho. Ella tocó una esquina del tejido colorido.

—¿Togodubno? —preguntó.

—Sí —Caradoc asintió, con el dolor y el agotamiento reflejados en el rostro.

Dejó que ella levantase la esquina del manto. Debajo, su hermano yacía quieto, con la cara blanca y contraída por el dolor, carente de la paz que otorga la muerte reciente. Breaca le puso una mano en el cuello y notó un pulso debilísimo.

—Todavía está vivo.

—Ya lo sé. Pero morirá pronto. Mira…

Bajó más el manto, más allá del hombro, de modo que ella pudiese ver lo que él ya sabía. El mango de la jabalina que le había dado estaba roto. La punta se había alojado en el espacio existente entre la axila derecha de Togodubno y su esternón. Era un milagro que hubiese sobrevivido tanto tiempo.

—Aquí.

Ardaco estaba allí, llevando un caballo de más. Había luchado junto a ella todo el día. Ella le debía su vida tantas veces que ya no se podían contar, y él a ella del mismo modo. Ardaco se arrodilló también en la hierba maltratada y colocó una mano en el cuello de Togodubno.

—Deberíamos llevarlo con los soñadores. Si debe morir, que no sea aquí. Los romanos creen que han perdido, y que nosotros hemos ganado. Sería bueno que creyeran que nuestra victoria no se ha visto estropeada por la muerte.

—Tiene razón. No dejes que esto lo cambie —el hombre herido abrió los ojos. Apretó los dientes y se esforzó por incorporarse—. Puedo cabalgar. Dadme un caballo. Deben verme abandonar el campo vivo. Después, podéis llevarme con los soñadores.

* * *

—Lo han hecho, han enviado al Noveno. Y Caradoc está vivo, y creo que su hermano también. Ha salido cabalgando del campo de batalla. Ahora ya todo ha terminado. La noche está demasiado próxima para volver a intentarlo. Han ganado, al menos por hoy.

Bán encontró que llevaba un buen rato sin respirar y lo hizo, pesadamente. Durante un momento, todo el mundo a su alrededor hizo lo mismo. Entonces, el rugido de los guerreros defensores llegó hasta ellos, tan ensordecedor como en la batalla. Nacieron vítores incipientes y finalmente se convirtieron en un cántico, una sola palabra repetida una y otra vez, en señal de triunfo, de celebración, de desafío.

—¿Qué es lo que dicen? —Vespasiano estaba cerca de ellos, era el legado de la Segunda, que había visto a sus hombres obligados a una humillante retirada en el río —. Tú, Corvo, tú conoces su lengua. ¿Qué es lo que dicen?

Las manos de Corvo, agarradas al pomo de su silla, estaban apretadas y blancas. Con los ojos todavía clavados en el enemigo, dijo:

—Creo que dicen *Boudeg*. Significa «Portador de Victoria». Es un galardón reservado para los mejores guerreros. Puede que sea Caradoc, o tal vez Togodubno. O ambos, podría ser por ambos.

—No —Bán miraba sin ver la masa ondulante de azul y gris que había sido su pueblo. El ruido rompió sobre él con olas oceánicas, y deseó haberse ahogado—. No es Caradoc. Él estaba perdido. Están celebrando al guerrero que le rescató —se volvió hacia Vespasiano, que le miraba intrigado—. La carga desde el oeste fue dirigida por una mujer, la Guerrera de Mona. El nombre que le dan es *Boudica*. La que trae la victoria.

# XXIX

La choza en la que yacía Togodubno era poco más que un biombo con un tejadillo, que se alzaba detrás de las líneas de batalla. Ardían piras en todas partes; su luz vacilante arrojaba en las tablillas de las paredes más sombras que las propias antorchas que había en el interior. El humo de salvia perfumaba el aire, ahogando los dos olores corruptos: el de sudor de la batalla y el de la muerte inminente. Togodubno yacía desnudo hasta la cintura, sudando, aunque el aire era frío. La punta de la jabalina seguía en su sitio, negra contra la piel lívida. Estaba claro, aun para aquellos sin habilidades especiales para curar, que si la quitaban moriría más rápidamente, y que, mientras viviese, su dolor no sería menor si se la arrancaban. Cunomar se encontraba de pie junto al féretro, sujetando la mano de su padre. El niño estaba cerca de las líneas de los caballos cuando atacaron los batavos, y había visto que la segunda montura de su padre era mutilada y asesinada. No había hablado desde entonces, excepto para confirmar que sabía que también su madre había muerto.

Al anochecer, cuando quedó bien claro que los romanos no volverían a atacar aquel día, el cuerpo de Odras había sido recuperado de entre el apretado montón de mantos amarillos que yacían muertos junto al río. De los siete miembros de la familia real que habían cabalgado hacia la batalla aquella misma mañana, solo Togodubno estaba vivo, y apenas. Por todo el campo había corrido la voz de que se estaba muriendo. Como era importante que el enemigo siguiera creyéndole vivo y ya que, después de todo, habían conseguido una victoria contra unas oportunidades abrumadoras, que se cantaría junto a los fuegos invernales durante generaciones, los guerreros celebraron el día de su triunfo con fuegos, canciones y cerveza. Los sonidos llenaron los espacios tranquilos de la choza igual que la corriente de un río tranquiliza el alma, pero sin interferir con la conversación necesaria.

—No abandonarán solo por esto. Atacarán de nuevo mañana, y pasado mañana, y al otro, hasta que les hayamos echado de nuevo al mar.

Togodubno hablaba con los dientes apretados, para conservar el aliento y el dolor. La vida se le escapaba con cada latido del corazón, y tenía muchas más cosas que decir de las que podía expresar en el tiempo que le quedaba. Agarró la mano de su hermano.

—Debes mantener a los pueblos unidos. César ganó en la Galia porque las tribus lucharon entre ellas. Nosotros hemos perdido a los dobunios y los atrebates. No podemos permitirnos perder…

—Ya lo sé. Se hará. Conserva las fuerzas. Ya hemos hablado de esto antes.

Caradoc hablaba con ligereza. Su rostro estaba tranquilo. Su mano libre retorcía

un pliegue de su manto, fuera de la vista del ataúd de muerte, con los nudillos blancos de tanta presión. Solo Breaca, que estaba muy cerca de él, podía verlo.

—Bien. Puedes… —Togodubno se detuvo, abrumado por el dolor. Los que le rodeaban esperaron mientras él luchaba. Abandonó la frase. Sus labios formaron una palabra diferente—. ¿Luain…?

—Estoy aquí.

Luain MacCalma llevaba el pellejo completo disecado de una garza. Las alas grises le salían de los hombros, de modo que parecía sorprendente que no hubiese emprendido todavía el vuelo. La cabeza y el pico asesino colgaban en su pecho. Los ojos habían sido reemplazados por cuentas de ámbar que adquirían vida con el humo. Se movió detrás del hombre moribundo y le colocó sus largos dedos en las sienes. Silenciosamente, empezó la invocación a Briga para que conservase a salvo el alma de aquel muerto en batalla. Macha, Maroc, Efnís y Airmid se unieron a él. En toda la historia conocida de los trinovantes, nunca hubo más soñadores presentes en una muerte.

Togodubno abrió los ojos.

—No quiero una tumba como la de mi padre… solo el fuego.

—Está preparado. Hemos construido una pira para ti encima de la pequeña corriente que conduce hacia el gran río. Descansarás en un lugar donde el fuego se encuentra con el agua, y la tierra con el cielo. No podría ser mejor. Briga te espera. Irás a su encuentro armado y con armadura, con caballo y arneses, y toda la comida que podamos darte.

—¿Y Odras?

—Odras ya te espera. Yace preparada en la pira.

—Gracias —el sudor corría por su rostro.

Su aliento corría, acelerado, y luego parecía desaparecer. Pensaron que ya no podía hablar más, pero al cabo de un rato abrió los ojos y movió la cabeza a un lado y sonrió al niño que sujetaba su mano izquierda.

—Cunomar… quédate junto a Caradoc, tu tío. Él te amará como a un hijo.

Caradoc dijo:

—Ya está conmigo.

El niño prescindió de los dos. Miraba más allá de su padre, al espacio más allá del fuego donde se abría la cortina de piel de la puerta. Solo allí había un hueco entre los que miraban, un espacio que habían dejado libre para que el espíritu que partía pudiese encontrar su camino hacia la libertad sin impedimento alguno por parte de los vivos. Con precaución y sorprendido deleite, el niño dijo:

—¿Madre?

Agachándose hasta la altura del niño, Caradoc dijo:

—Cunomar, hijo mío, tu madre era la mejor de las guerreras. Ella ha dado su vida por… —pero Airmid le tocó el brazo para detenerle, y Togodubno, levantando la cabeza, sonrió como si el sol hubiese mostrado su rostro en medio de la oscuridad—.

Odras… has venido —su cabeza cayó hacia atrás, en la manta enrollada que tenía debajo. Su boca se movió sin emitir sonido, alguno, con un saludo de amor. Escuchó un rato mientras le respondía las preguntas y luego se volvió hacia su hijo, sonriendo entre lágrimas—. Cunomar, te esperaremos junto al río.

Murió cuando las últimas palabras llegaban a oídos de los vivos. El niño asintió, complacido, sin comprender nada, y luego estalló en un violento llanto cuando vio la muerte con claridad. Los adultos, mirándose a los ojos, honraron a los espíritus que partían y no dijeron nada.

Quemaron el cuerpo de Togodubno con el de Odras en la pira que ya esperaba. En su lado del río había muchísima madera, aumentada por el bosque de leños que flotaban desde la otra orilla, como anticipo de la batalla. En torno al campamento, los fuegos de la victoria y las piras de muerte eran todo uno; otra cosa habría despertado sospechas entre los romanos. Un gigante de cabello negro entre los trinovantes había sido elegido ya para llevar un casco y un escudo similares a los del hombre muerto. Para el beneficio de aquellos que podían estar contemplándoles, él fue quien condujo las canciones para las almas que partían, y luego otros por la victoria sobre el enemigo. El gran grupo de guerreros se concentró durante un rato y luego se separó, y todos fueron a sentarse junto a sus propios fuegos para dormir.

* * *

—Deberías dormir.

—No lo creo. Mañana podría dormir para siempre. ¿Por qué perderme la noche ahora?

—Entonces al menos deberías comer. No puedes luchar con el estómago vacío.

—No tengo hambre.

Breaca había pensado caminar hasta la orilla del río sola, pero Caradoc se había unido a ella. Eran los únicos que quedaban despiertos. Los soñadores se habían retirado a su lugar de reunión, prometiendo una intervención de los dioses por la mañana, si se podía conseguir. Braint, Duborno y Gunovic se habían retirado, llevándose a Cunomar con ellos y jurando que darían su vida por su seguridad. Si Togodubno había dicho la verdad, el chico moriría; la muerte no puede esperar mucho a los vivos, pero los que habían quedado procurarían que no muriese innecesariamente, ni por falta de cuidados. Los guerreros que quedaban se habían retirado de uno en uno o de dos en dos, enrollándose en las mantas junto al fuego. En ambas orillas del río, los fuegos de campamento se habían preparado para que durasen toda la noche. El viento había cesado, y una niebla fina oscurecía la luna y las estrellas. El río ondulaba y borboteaba, convertidas sus aguas en turbulentas por los montones de cuerpos acumulados justo debajo de la superficie.

Caminaron en silencio, ya que no tenían nada que decirse. Caradoc se había quitado su cota de malla y el manto de héroe. Llevaba los colores de los ordovicos, con una túnica sencilla debajo. Le sentaba mejor. Breaca se había quitado la cota de malla, pero nada más.

Ella pasó junto a un guerrero caído y se inclinó para comprobar que estaba muerto. Un cabello largo y rojizo se enredó en su mano. Ella lo apartó y apareció el rostro de una mujer, estropeado por el golpe penetrante que le había hundido un pómulo y destrozado el cráneo, desnudando los huesos y dientes en su camino. La mano sin vida agarraba su venablo. La punta estaba medio enterrada en la ingle de un legionario romano.

Caradoc dijo:

—Era Cerin —había sido una de los treinta, la noche de la elección. Él no la había olvidado. Se arrodilló a su lado.

Breaca asintió, recordando.

—Se ha echado hacia delante para recibir la lanza más abajo, en la armadura. El hombre que tenía a su derecha le ha clavado la espada cuando ella ha bajado la guardia.

—Se ha llevado a uno con ella. Eso es lo que cuenta.

—Ha hecho mucho más. Ha luchado contra ellos desde el día en que desembarcaron. Mató a tres en la emboscada de anteayer, ella sola. Pensaba que conocía mejor sus trucos.

Breaca sacó la lanza del cuerpo y la colocó al costado del cuerpo de la guerrera. Un manto gris yacía pisoteado en el barro bajo ella.

Juntos, lo sacaron y la envolvieron con él, colocándola recta, con la cabeza hacia el oeste, hacia la noche y hacia Briga. Breaca hizo la invocación para los muertos caídos en batalla. Caradoc recuperó el escudo de la mujer y lo limpió en el río, dejando que apareciese la marca de la serpiente-lanza pintada en rojo sobre el negro. Con respeto, lo colocó encima de la cabeza de ella. Los guerreros de Mona habían luchado como lobos para defender el río y devolver la carnicería perpetrada por la Segunda legión.

—Lo siento —dijo él—. Era una buena amiga.

—Todos son amigos, y lo sentimos por todos. Y habrá más mañana, si no podemos hacerlo mejor.

Breaca estaba cansada, y había visto morir a demasiadas personas que le importaban para procurar suavizar las palabras para los vivos. Los fuegos de su alma se hallaban extinguidos, y la furia de la batalla, y la certeza de la victoria. Podía luchar otro día más, y otros después de ése, si sobrevivía, pero no estaba ya segura de poder ganar. Su consuelo era que las legiones, durmiendo junto a fuegos pobres y habiendo conocido la derrota, se sentirían peor aún.

Caradoc se levantó cuando ella lo hizo y la siguió, alejándose del río.

—Lo haremos mejor mañana —dijo—. Y aún creo que deberías comer.

—Más tarde. Después de ir a ver a los caballos.

El caballo-oso era el que estaba más cerca. Lo encontraron bien atendido y comiendo heno. A su lado, un puñado de niños icenos dormían con sus almohazas cerca, al alcance de la mano, igual que los guerreros duermen con sus espadas. Una docena de guerreros armados hacían guardia por si los batavos volvían a atacar. Los saludos se hicieron en silencio, para no despertar a los niños.

Hacia el final de las líneas, pasaron junto a una yegua ruana que descansaba un cuarto trasero. Le habían pintado la señal de la serpiente-lanza en el negro pelaje de un brazuelo. Estaba ya empezando a desvanecerse, pero aún se podía ver. Breaca dijo:

—Tu montura de la caballería está coja. Lo he visto cuando veníamos. Necesitarás un nuevo caballo para mañana. Éste era el segundo de Cerin. Te irá bien, pero deberás encontrar los arneses adecuados. Los suyos fueron destruidos cuando…

—No —él la cogió por el brazo—. Breaca, espera. Tengo otro caballo preparado, y con los arneses dispuestos. Si necesitase otro, tomaría éste con mucho gusto, pero por ahora, hay que parar ya. Al menos debes beber un poco de agua. Cuando luchamos nos quedamos sin agua, y después de la batalla nunca se bebe la suficiente para recuperarla.

Ella había bebido cada vez que los niños le habían ofrecido agua, y se la habían ofrecido cada vez que descansaba. Aun así, nunca bastaba para sustituir la que se perdía en el calor sofocante de la batalla, y más rápidamente aún por las heridas. Ella no había pensado en aquello durante el tiempo transcurrido desde la última lucha. El cansancio la había dejado algo mareada e inmune al dolor. Al recordarlo, se dio Cuenta de que estaba reseca; su lengua era como un trozo de cuero curtido, y la voz le raspaba en la garganta como una lima. A regañadientes, asintió.

—Puedes tener…

Se detuvo. Él solo había inclinado la cabeza. Estaba de pie junto a ella, iluminado por la luz del fuego. Sus ojos eran del mismo color del agua del río, y su cabello reflejaba la luz del fuego. Él levantó una ceja.

—¿Puedo tener razón?

Él la conocía demasiado bien, y ella a él también. Las barreras entre ambos, cuidadosamente alzadas, habían desaparecido. Los recuerdos se agolpaban y se le clavaban en las tripas, cruelmente.

—No. Gracias —ella apartó su mano con delicadeza y empezó a caminar hacia la choza que le habían preparado.

Caradoc la siguió, yendo en el lugar que hubiese correspondido a *Granizo*. Ambos se detuvieron juntos ante la puerta de la choza y pareció probable que él intentara seguirla adentro.

Ella se volvió, bloqueándole el camino.

—Tago corría a mis talones como tú lo haces ahora. No creía que tú fueses a hacer lo mismo.

—¿No? —los ojos de él escrutaron su rostro. El seco regocijo, poco disimulado, desapareció, y ella se dio cuenta de que prefería que estuviera presente. Era más fácil

lidiar con el humor que con la preocupación—. Me has salvado la vida, y también la de mis amigos. ¿No me está permitido preocuparme un poco?

—Pero no conseguí salvar a Odras para ti. Lo siento —el dolor la hizo más amarga —. Ni tampoco me he preocupado por la madre de tu hija. ¿Ha sobrevivido al día de hoy?

—Ah —él se mordió el labio inferior. Era la única vez que le había visto indeciso. Dio un paso al lado de ella, para levantar la cortina de piel y atisbar en el interior—. ¿Tienes agua ahí dentro?

—No lo sé.

—Entonces la respuesta es no. Breaca, vamos —le cogió el brazo de tal forma que habría resultado difícil escapar con dignidad—. Está oscuro ahí dentro, y el humo ha consumido todo el aire. Es una bella noche. La niebla no es fría, y estarás mejor al aire libre.

Ella permitió que él la guiase, porque carecía de la voluntad necesaria para luchar. Él la llevó pasando junto a la pira de su hermano hasta un lugar que estaba mucho más allá, donde ardía un solitario fuego bajo un haya. Una jarra de agua estaba colocada encima de una piedra plana, y un envoltorio que contenía queso, carne fría y cebada malteada, en unos cuencos separados. Con el humo se elevaban aquellos olores y se llevaban los posos de la batalla. El hambre explotó en el interior de la joven, y una sed asfixiante. Caradoc soltó su brazo y echó su manto en el suelo. Una piel de oso que se encontraba debajo prometía más comodidad al durmiente.

—Mi fuego —dijo, con toda sencillez—. Me sentiría muy honrado si quisieras compartirlo.

Ella se sentó rápidamente, mientras todavía conservaba el dominio de sus miembros. Él le pasó el agua y la carne, y la vio beber y comer sin hacer comentario alguno. Cuándo estuvo claro que habría suficiente para los dos, se sentó frente a ella y se puso a comer también, cortando el queso a trozos con las manos y compartiendo los bocados junto al fuego. Cuando acabaron, él se echó hacia atrás, apoyándose en el árbol, y se sentaron juntos en silencio.

—Airmid vive todavía —dijo Caradoc al final—. Eso está bien.

—Sí, es verdad.

Ella había estado ligada a Airmid mucho antes de Mona, y el lazo que las unía era mucho más profundo que con los demás. Hasta el momento se había aflojado un poco, aunque no se había roto. Ella sabía sin duda alguna que si Airmid hubiese muerto, ella lo habría sabido, que habría perdido todo el control y habría ido a un lugar donde ni Ardaco ni Braint hubiesen podido recuperarla.

—Si ella no estuviera, yo habría muerto —dijo.

—Ya lo sé.

Él arrojó una rama al fuego, vieja y seca, llena de líquenes, inflamable como la hierba de verano. Las llamas frescas surgieron en torno a ella. Él la contempló a través de las llamas.

—Cwmfen sigue en las tierras de los ordovicos con Cygfa, nuestra hija, y su hijo recién nacido. Ella no salió a cabalgar con los guerreros de la maza de guerra cuando respondieron a la llamada de Togodubno.

Breaca estaba demasiado cansada para sentirse conmocionada o furiosa, y tampoco tenía ya derecho a saber nada de la vida de él, como había creído una vez que tenía. Del mismo modo, él tampoco tenía derecho a cargarla con sus detalles; rompía los límites de su acuerdo. Tiesamente, le dijo:

—No sabía que tenías un hijo.

—Y no lo tengo —él sonrió—. El padre del niño cabalga ahora en mi guardia de honor. He jurado proteger su vida con la mía. Hoy, la has salvado para mí.

—Ya veo —la rama crepitó con el calor del fuego.

La comida le calentaba el estómago. Otras cosas se removían dentro de ella, inesperadas y peligrosas. La proximidad de él dejaba un rastro ligero en su piel, fundiéndole los huesos. Con cuidado, ella dijo:

—¿Has pasado demasiados meses en las tierras de los catuvelaunos?

—Y ella sabía además que mi corazón estaba en otro lugar.

Los movimientos se detuvieron de pronto, ahogados por el frío. Con la garganta seca, ella dijo:

—Odras. Lo siento muchísimo. Si yo hubiese sabido antes que estaba en peligro…

—No, no se trata de Odras. Ella siempre estuvo consagrada a Togodubno, desde antes de que creciéramos. Éramos amigos; era la hermana que nunca tuve. Nunca fue mi amante.

—Pero te habría gustado que lo fuese.

—Quizá, cuando era mucho más joven, pero ella no quiso. Fue muy amable conmigo, pero se mantuvo firme. Esas cosas deben venir de ambas partes, o no tienen valor alguno. Tú lo sabes perfectamente.

Ella levantó la mirada, bruscamente. La voz de él había cambiado, y la mirada luminosa y cálida de sus ojos. Lo volvió a decir de nuevo, para eliminar toda posible duda:

—La necesidad debe venir de ambos, Breaca. No basta si el corazón de alguien está en otra parte. Tú lo sabes.

—Sí —ella tenía la garganta demasiado seca todavía.

Notaba como si estuviese en un momento de peligro mortal, cuando el tiempo aminora su marcha y un latido del corazón se prolonga y dura una eternidad. Habría podido tender las manos por encima del fuego y tocarle. Él podría haber hecho otro tanto. Pero ninguno de los dos hizo un solo movimiento.

—Cerin era la amante de Ardaco —dijo—. Por eso he ido a buscarla. Yo sabía dónde había caído. Él está cuidando a Cunomar, y no puede ir solo. Y además, creo que no desea debilitarse para mañana. Se lo habría pedido a Airmid, pero ella no puede dejar a los soñadores una noche en la que están convocando a los dioses por el bien del pueblo… —ella hablaba para llenar el vacío.

Se detuvo de pronto. Él no dijo nada. El espacio entre ambos se estiró más allá de los límites de lo soportable.

—Caradoc…

Él apartó su manto de la piel de oso. El pellejo tenía reflejos ambarinos a la luz de la hoguera.

—El oso tiene espacio para dos —le ofreció, y se mostró tímido de pronto, como un niño—. Si quieres venir, sabré que la necesidad procede de ambos.

Ella estaba rígida, incapaz de acercarse, sujeta por la imposibilidad del deseo.

—¿No lo sabes ya? ¿Cómo es posible que no lo sepas? ¿Has olvidado Mona?

—No, ¿cómo iba a olvidarlo? Pero tampoco he olvidado la tumba de mi padre, o una colina desde la cual se veía a los atrebates. Eres terrible cuando te enfadas —él sonrió, dolido, solo serio a medias—. Y además, Airmid me odia. ¿Cómo iba a ofender a la soñadora favorita de Maroc?

—¿Airmid? —la conmoción de la risa permitió que se moviera al fin. Ella se puso de pie y dio la vuelta en torno al fuego—. Ella no te odia. Airmid lleva años diciéndome que los dioses nos formaron a ti y a mí juntos con un fin determinado. Yo pensaba que lo decía porque era lo que yo quería oír.

—¿Y era así?

—Ah, claro —ella se inclinó y le tocó la mano, y los dedos de él se cerraron en torno a los suyos. Un rayo chisporroteó en su brazo, quitándole el aliento—. Desde el principio, sí.

—Entonces, es bueno que lo sepamos ahora, cuando aún no es demasiado tarde.

La muerte y el terror del día desaparecieron. La sonrisa del hombre era como la de un muchacho en un río, desafiando a los dioses. Atrapó el corazón de la joven y lo levantó bajo el influjo de los dioses; separó la piel de su cuerpo, de modo que todos los finales nerviosos le dolían, de tanto ansiar su contacto; destrozó las últimas fronteras de las restricciones autoimpuestas, igual que las primeras inundaciones de la primavera rompen un dique hecho por un niño con palitos y paja, y lo sumergen en el olvido.

Temblando, ella se aproximó y trazó la línea de los labios de él con el dedo, prolongando aquel momento, atesorando una eternidad de alegría en las yemas de los dedos, como había atesorado una eternidad de muerte en el campo de batalla. Él se incorporó y le cogió la muñeca, le dio la vuelta y besó la suave piel de su interior, donde el pulso corría a un nuevo ritmo que cambiaba a medida que los labios se iban posando sobre ella, y luego notó el suave tirón de los dientes, y entonces ella entrelazó los dedos en la dorada seda de sus cabellos y los desplazó hacia la nuca y hacia el hombro hasta que, muy juntos, yacieron en la piel de oso. La noche era cálida. La piel que tenían debajo era suave y segura.

No fue, de ningún modo, tal como ella había imaginado. Él era hábil, pero no con ella; estaba acostumbrado a otros ritmos. Lucharon por quitarse la ropa y mantener la intimidad en un lugar donde les podían escuchar todos los hombres, mujeres y niños

vivos en la orilla norte del rio-mar. Ambos habían visto los frenéticos acoplamientos de otros guerreros que se unían después de la batalla debido a la compartida intimidad de la muerte inminente, y comprendieron que necesitaban sentir que no era lo mismo. Los dioses les sonrieron y enviaron una niebla que les envolvió estrechamente y les aisló del mundo. Más tarde, cuando la niebla era todavía densa, el mundo entero podía haberse levantado a mirar, y ellos no lo habrían notado.

Breaca no tenía deseo alguno de dormir. La niebla formaba remolinos en torno a ellos, espesa y con los colores del fuego. Ella se quedó echada bajo el manto, envuelta en el almizclado olor del sexo de él y del suyo propio, explorando. Encontró y contó las cicatrices en el cuerpo de él, y nombró el arma y el ángulo de cada una, y los errores que había cometido él al permitir que le alcanzaran. Él reconoció los errores e hizo lo mismo con ella, acabando al fin en la serpiente-lanza tatuada con tinta en la piel de su antebrazo. La recorrió con el índice, haciendo que los pelitos se le erizaran en la columna vertebral.

—No tenías esto cuando nos conocimos, ni la noche de la elección.

—No. Maroc me lo hizo en Mona antes de convertirme en Guerrera. Tuvo un sueño y dijo que yo debía llevar la señal donde se pudiera ver, aun sin llevar escudo. No me contó cuál era el contenido del sueño.

—Ahora es la marca de batalla de todo el mundo, ¿lo sabías? Vi guerreros pintándola en sus escudos en torno a los fuegos, la noche pasada. La marca de la segunda victoria. Lucharemos con su protección mañana… hoy —habían olvidado la guerra. Pero volvió, estropeando su alegría. Los ojos de él se nublaron—. No dejes que te maten.

—No lo tenía planeado.

—A menos que maten a Airmid —él estaba bromeando, pero solo a medias.

—O a ti —la mano de él todavía estaba en su brazo, cubriendo la marca del sueño. Ella ya había buscado en el cuerpo de Caradoc y no había encontrado ningún tatuaje; no lo había esperado. Le dijo—: No tienes ningún sueño ni marca en tu escudo. ¿Cómo es posible que el guerrero de las Tres Tribus no tenga sueño?

Siempre había querido preguntárselo, y nunca había tenido derecho a ello; solo los parientes cercanos o los amantes pueden preguntar una cosa así. El conocimiento de que ahora podía hacerlo con tal libertad la fundió de nuevo, se inclinó y le besó. Con el aliento de ella en el suyo, él dijo:

—Mi sueño es el águila.

—Por supuesto —ella tenía que haberlo sabido. Estaba inscrito en lo más profundo de su ser. Recordaba la sensación de triunfo que notó cuando pensó que el águila podía ser su sueño. Apretándole mucho, dijo—: Tu padre habría estado encantado.

—Mi padre no creía en los sueños. No sé si has olvidado que llegó a Luain muy tarde en la vida. Prohibió los sueños mientras yo estaba todavía bajo su influjo. Cuando quedé fuera de su alcance, era demasiado tarde. Amminio había oído hablar

de ello y lo convirtió en arma.

Horrorizada, ella recordó.

—Sus hombres llevaban la marca del águila de guerra.

—Sí. Si tú hubieses sentido por tu hermano lo que yo sentía por el mío, y supieras que sus matarifes a sueldo llevaban la marca de tu sueño, ¿habrías querido pintarla en tu escudo? Además, no tenemos ninguna necesidad de ella, ahora —se incorporó sobre un codo y la atrajo hacia así, pasándole los dedos entre el pelo— Boudica. La que trae la victoria —le dio la cadencia de un cántico, como si ella fuese ya una heroína y la historia de su ataque se, relatase junto al fuego, y luego lo volvió a decir, de forma diferente—: Boudica —de una manera que convertía el nombre en una cosa privada entre ambos.

Ella frunció el ceño por aquella presunción ante los dioses, y él sonrió, borrándole las arrugas de la frente con el pulgar antes de inclinarse hacia atrás y coger su escudo de la pila de armas que se encontraban detrás del árbol.

—Mira, ahora es el de todos, no solo de unos pocos.

El escudo era de piel de toro sobre madera de sauce, y podía soportar un hachazo sin romperse. De día había sido blanco. Ahora, la serpiente-lanza destacaba en rojo sobre gris, exactamente igual que en el de ella.

Él sonrió irónicamente, como había hecho antes, sabiendo cuáles eran los puntos más sensibles de la joven y los motivos.

—Le pedí a uno de tu pueblo que me la pintara anoche. Si vamos a ganar, tenemos que luchar bajo un solo sueño. Si vamos a morir, prefiero morir con tu marca que con la mía.

—Caradoc… —era un regalo hecho antes de que hubiesen estado juntos, y mucho mejor por eso mismo. Ella no podía ni hablar. Lo apretó contra su cuerpo, disimulando así su estupor, y le hizo saber cuánto la había conmovido.

Un poco después, con una parte del cuerpo de él todavía en su interior, ella dijo:

—A nuestro hijo, cuando lo tengamos, ¿se le permitirá tener su propio sueño?

Él se echó atrás, asombrado.

—¿De verdad? ¿Lo sabes ya, tan pronto?

—No. Pero Airmid me lo dijo hace años. Me gustaría creerla.

Él rio, triunfante.

—Entonces debemos encontrar un nombre, un nombre del que pueda sentirse orgulloso; uno de los que murieron con más valentía en la batalla de ayer.

—O que morirán en la de hoy —ella estaba seria. El momento de la lucha se aproximaba, y una muerte, al menos, se había predicho ya. Los primeros dedos de la aurora iban borrando los colores de la noche. La niebla se espesó al aproximarse el día. Ella le apartó el cabello de la frente, le besó y salió de debajo del manto. Poniéndose de pie, dijo—: Ya tiene nombre. Le llegó a Airmid en el mismo sueño que vaticinaba su concepción.

El rostro de él quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos y fijos.

—¿El mío?

—No. Si vivo lo bastante para tener al niño, tú también estarás vivo para educarlo.

«Si… Nada es seguro, pero algunos vivirán y otros morirán. El mejor de los sueños muestra solo un camino posible entre muchos». Fue Maroc quien dijo aquello. Ella no creyó necesario contárselo.

Ambos se estaban colocando las cotas de malla y abrochándose los cinturones con las espadas, cuando él le cogió la muñeca y la volvió para que se encarase a él.

—¿Qué nombre es ese, Breaca? ¿Qué nombre le dio Airmid? «¿Cuya vida ya está en manos de los dioses?»

—Cunomar.

* * *

Los perros fueron los primeros en advertir el ataque. Los que estaban en el borde occidental más alejado del campamento aullaban como si estuvieran de caza, y pronto los demás les hicieron eco. Los guerreros despiertos, sorprendidos vistiéndose o vaciando los intestinos, corrieron a armarse y a enjaezar sus caballos. Breaca, que estaba ensillando el caballo-oso, montó y miró por encima de un mar de cabezas que se sacudían el sueño. La niebla era más espesa qué nunca. Hacia el este se teñía de un rosa enfermizo, desafiando a la aurora. El oeste se encontraba todavía sumido en la oscuridad. Un centenar de fuegos temblaban en los extremos más alejados del campamento, como rosados puntitos de luz en la niebla. Más allá, entre los matorrales y árboles dispersos, una línea de sombra Oscurecía la tierra. El caballo-oso levantó las orejas y lanzó un relincho. Muy lejos, una potranca le respondió.

—Es romana.

—Es posible —Caradoc iba montado junto a ella en un caballo que le había regalado Gunovic. Su nueva montura sacudió la cabeza al notar una mano extraña en el bocado. Él dirigió su mirada al lugar donde ella le señalaba—. Hemos puesto centinelas.

—Deberíamos haber puesto perros. Con esta niebla, podrías darte de bruces con un hombre y cortarle la garganta sin que te viera. Dioses… —un fuego relampagueó en el borde del campamento, mientras un guerrero luchaba por sujetar a su perro aullante.

Durante un momento la niebla se aclaró, y Breaca vio claramente las líneas de una armadura chispeando en la luz; líneas infinitas se extendían a los lados y hacia atrás. La invadió un terror frío como el hielo.

—Son los romanos, sí. Una legión al menos. Han vadeado el río más arriba y han venido en la oscuridad, a cubierto de la niebla.

El cuerno del Guerrero colgaba de su silla. Sin pensar, se lo llevó a los labios. Las

notas altas y claras se extendieron por todo el campamento. Los romanos abandonaron su secreto. Un centenar de cuernos de legionarios sonaron también como eco al suyo. Mientras el ruido se desvanecía, ya cinco mil legionarios estaban golpeando las espadas en los escudos y gritando con ensordecedora sincronía. Si el mismísimo Camul hubiese enviado el trueno para marcar el inicio de la batalla, el sonido no habría sido más fuerte. Se dijo después que una docena de guerreros habían muerto de terror por aquel ruido.

La carnicería empezó en el oeste y se fue desplazando hacia delante como el hielo en el agua tranquila. No había tiempo de colocarse en filas ordenadas. Los que estaban listos montaron y fueron a buscar a los otros entre la niebla. Los que todavía dormían (y eran muchos) se vistieron a toda prisa, y por tanto dejaron las cosas a medio hacer. La mitad de los guerreros que fueron a la batalla aquel día lo hicieron montando a pelo y con algún arma menos. La mayoría de ellos murieron.

Los guardias de honor de todas las tribus eran más perspicaces y estaban ya preparados. Incluso antes de alcanzar la batalla, Breaca y Caradoc se vieron rodeados por guerreros con manto gris y blanco. Otros se les unieron mientras cabalgaban. Los seguidores de Togodubno entre los trinovantes todavía luchaban con la imagen del Perro del Sol en sus escudos. El resto, mantos grises y azules, coritanos de mantos rayados, durotriges, siluros… todos llevaban la serpiente-lanza, recién pintada en colores que hacían juego con sus mantos. «Para lo que les va a servir…» En medio de la niebla voraz, Breaca vio su sueño convertirse en pesadilla. La náusea tensó sus manos en las riendas. El caballo-oso movía la cabeza mientras corría.

—Los soñadores…

Duborno llevó su caballo junto al de ella. Estaba gris por el sueño, y su voz áspera por un día entero de batalla.

—Creen que pueden mantener la línea. Quieren que les ayudemos.

Era una locura. Todo el mundo estaba loco. Breaca volvió su caballo hacia el lugar donde él le señalaba, y la guardia de honor se volvió con ella.

—¿Adonde?

—Junto a la pira de Togodubno. El fuego todavía arde.

La tierra se unía con el agua, el fuego se unía con el cielo. La pira era igual de grande que la noche anterior. Alguien se había ocupado de alimentarla bien, y brillaba entre la niebla como un faro para la última batalla… o para el milagro. Los que creían que podían invocar a los dioses para que les protegieran estaban de pie, en forma de media luna, ante el fuego, con Macha y Airmid en el vértice y Maroc y Luain MacCalma en ambos extremos. Gunovic también se encontraba junto a Macha y su perra, *Cygfa*. Ardaco, Briant, Gwyddhien y Cumal permanecían detrás, de pie, con Cunomar montado en su poni entre ellos. Viendo al niño allí Breaca supo que iba a morir; los dioses y su padre, Togodubno, lo habían dicho.

*Granizo* estaba detrás de Airmid, de pie sobre sus tres patas. Saludó alegremente a Breaca, como una vez había saludado a Bán, y ella le devolvió el saludo de igual modo;

el corazón del animal era grande y merecía su amor. Airmid también la saludó. Sabía dónde había estado Breaca y lo que había hecho aquella noche, y se alegraba. La mano firme y amada apretó las suyas. La cara que se volvió hacia la suya para recibir el beso tenía una expresión de pena insoportable, y sin embargo, seguía siendo bella.

—Has venido. Gracias. Si vamos a morir, quiero que sea en esta compañía.

No lloraba, porque era día de batalla. No podía hacerlo.

—¿Han dicho los dioses que debemos morir?

—Algunos de nosotros, sí —la voz de Airmid llevaba consigo la certeza del sueño —. Pero si tú vives para tener ese niño, Caradoc vivirá también para educarlo. Lo juro.

Si vivía…

Caradoc estaba al final de la línea con Maroc, casi fuera de la vista. Otros, viendo que se podía librar allí una batalla, se estaban uniendo a ellos. Eran muy pocos, un grupito patético. Breaca estimó que apenas serían mil para contener a toda una legión. Ya lo habían hecho antes, pero el pulso de la batalla estaba entonces con ellos; ahora, iba en su contra. Notó la muerte con más seguridad que nunca. Bajó la vista y encontró a Airmid todavía observándola.

—¿Tan seguros son los sueños? —le preguntó.

—Algunos.

—¿Podemos rechazar a las legiones?

—No. Pero Macha ha soñado que podemos contenerlas él tiempo suficiente.

—¿El tiempo suficiente para qué? No hay nadie que pueda ayudarnos.

—No lo sabemos. Ya se nos mostrará.

La primera oleada de guerreros murió en su presencia. Muchos se unieron a su lugar junto a la pira. Eran unos mil quinientos e iban en aumento. La niebla formaba remolinos, demasiado espesa para estar segura de su número. Delante, en la blancura, la línea de legionarios se movió hacia delante como si tirasen de ella caballos de labranza, lentamente pero sin ruptura alguna, con todos los hombres a salvo detrás de sus escudos, y alanceando desde el pequeño espacio que quedaba entre ellos. Perdían uno por cada veinte guerreros muertos. Unos pocos efectivos de la caballería romana (no los salvajes caballistas batavos de las cohortes o sus camaradas auxiliares galos) cubrían los márgenes, evitando un ataque desde atrás. Su control era terrorífico. Cabalgar a la vista de la batalla y no matar hablaba de una disciplina más allá de todo lo imaginable.

«Nosotros vamos montados; ellos, en su mayor parte, a pie. Si podemos derrotar a su caballería, entonces les derrotaremos».

Breaca se volvió a Airmid:

—Tenemos que dispersar los caballos, si queremos tener una oportunidad de detener a la caballería.

—El sueño de Macha dice que les detendremos. Los medios ya se nos mostrarán —la soñadora estaba extrañamente tranquila. La fe eliminaba el miedo.

Duborno apareció a su lado. Dijo a Breaca:

—He estado en los extremos más alejados de la línea. Somos dos mil, y aumentando. Todavía no basta. Seguro que no han mandado menos de cinco mil.

—Ya lo sé, Airmid, si los dioses quieren que luchemos, entonces tendrán que mostrarnos… —el viento refrescó, soplando desde el norte. Las llamas se hincharon en la fogata. *Granizo* se aplastó contra el suelo. El caballo-oso se estremeció entre una neblina de pelo chamuscado. En toda la línea, los guerreros lucharon para controlar a sus monturas. Con un burbujeo en el cerebro, le llegó la comprensión.

—El fuego… podemos usar el fuego contra ellos. Mira…

Breaca ya estaba cortando un trozo de su manto. Llevaba tres lanzas; antes sus armas eran escasas, pero ahora tenían en abundancia. Ató la tira del manto en torno a la cabeza de su lanza, justo por detrás del mango.

—¡Efnís! —este se adelantó, a una distancia de cuatro soñadores en la fila—. ¿Tienes suficiente grasa de oso y resina de pino?

Él ya estaba corriendo antes de que ella acabase la frase. Un puñado de niños manchados por el humo corrieron también tras él; siempre se le habían dado bien los niños. Cuando volvió con el líquido para las antorchas, los guerreros estaban atando tiras a centenares también en sus lanzas. Los niños y los guerreros más jóvenes cogían jarras y vasos: nadie bebería aquel día, o si lo hacían, sería al final de la batalla. Los recipientes se llenaron con ropas y grasa y todo tipo de cosas inflamables. Los niños ataron correas de cuero en torno a los mangos y las muescas, para que las lanzas pudiesen ser empuñadas y lanzadas mucho más lejos. Todos veían en aquellas armas una oportunidad de honor y canciones contadas a la luz de la lumbre. Nadie esperaba salir vivo de allí.

Caradoc colocó el caballo a la izquierda de Breaca. Su presencia la llenó. El broche de la serpiente-lanza que ella le había regalado, hacía ya toda una vida, relampagueaba en su hombro con el brillo de la plata y las prendas de amor de pelo de caballo renovadas, para que todos las vieran. El dolor atenazaba la garganta de la joven.

—Caradoc…

—Ya lo sé —le dio un beso—. Yo también. Aquí —había encontrado un alijo de venablos, algunos de ellos romanos, cogidos a los batavos muertos.

Golpeaban el suelo entre los dos. Su manto de muchos colores se encontraba en su silla convertido en tiras de tela, y ya estaba rompiendo lo que quedaba. Ella tragó saliva y empezó a atar los mangos de las lanzas. Dijo:

—Deberíamos apuntar a los caballos. Si conseguimos penetrar en la caballería, al final podremos atacar a las filas.

—Hasta que envíen las reservas a través del río, para cortarnos la retirada.

—No hables de lo que no ha ocurrido todavía.

El río se encontraba a su izquierda. Breaca lo notaba a través de la niebla, punzándole la piel y prometiendo peligro. No tardaría mucho.

Estaban preparados. La línea romana había aminorado su paso, enzarzada con un grupito de trinovantes que habían hecho juramento de muerte. Sus canciones

invadían la niebla, llenas de odio. Los guerreros del Perro del Sol ya no luchaban para proteger su tierra, sino para vengar la muerte de Togodubno. Breaca lanzó una maldición.

—Venden sus vidas demasiado baratas. Cuando las legiones nos derroten, irán directos hacia la fortaleza, y la carnicería será terrible. Seguramente sabrán eso.

Caradoc la miró como había hecho aquella misma noche, con el alma en la cara. Su mano cogió la de ella.

—¿Breaca? ¿Has dicho cuando nos derroten? ¿No «si nos derrotan»? ¿Es que sabes algo?

—¿Cómo? —ella estaba distraída con el fuego.

El viento formaba espirales en el interior de la fogata, como una tormenta de polvo veraniega. Las llamas levantaban una catarata de luz roja. La anciana abuela se encontraba entre ellas, opaca contra toda lógica y con un tamaño mucho mayor del que debía tener. A su alrededor, los guerreros de los antepasados se pintaban la serpiente-lanza con glasto azul en los brazos. Todos llevaban la misma marca, pero el líder llevaba dibujada una liebre. Por encima, en el cielo azul, las águilas daban vueltas, dispuestas a matar. La anciana abuela señaló con un dedo delgado como un hueso a través del fuego. «Están aprendiendo, pero no lo bastante rápido. Son los últimos. Después de ellos, ya no habrá más».

Su propia voz, más joven, decía: «Esos son solo los hombres. Debe de haber mujeres y niños. Si viven, el pueblo vivirá con ellos».

La abuela inclinó la cabeza hacia un lado. «Eso depende de ti».

La cabeza le daba vueltas. Se sentía enferma. Se agarró al manto de Caradoc porque no le veía con claridad.

—Los niños… los niños deben vivir —se volvió hacia el otro lado. Airmid la estaba mirando, alerta ante la voz de los dioses—. Airmid… díselo a Macha, Luain, Maroc y a todos ellos. No estamos aquí para contener una línea y detener la invasión, solo para contenerles el tiempo suficiente para que los niños puedan huir. Ellos serán los guerreros del futuro. No deben morir aquí.

La abuela ocupaba toda su cabeza. Parodiando su propia voz, decía: «No basta con eso. Deben quedar los ancianos suficientes para enseñarles sus costumbres, sus sueños y sus cuentos. Si no, ¿cómo se va a conocer un pueblo a sí mismo?».

En voz alta, dijo:

—No podemos huir. Los guerreros no pueden huir del campo de batalla.

«Entonces morirás por nada, y tu pueblo contigo. Para siempre. Tú eres la última que puede luchar».

Era un sacrilegio, la última negación de un guerrero. El dolor le apuñalaba el corazón. Durante un momento creyó que la habían herido, y que sus batallas habían terminado para siempre. Vio el rostro de Caradoc y conoció el pesar más desgarrador. Airmid la abofeteaba con fuerza.

—¡Breaca! ¡Háblame! ¿Qué has visto?

—Tenemos que partir. Debemos irnos todos, los guerreros y los niños. Éste no es el momento ni el lugar… no es la forma adecuada de luchar contra ellos —Tragó cenizas, y las palabras le abrasaron la boca. Llena de angustia, dijo—: Los guerreros del Perro del Sol bastan para mantener la línea. Los de la serpiente-lanza deben partir. Tenemos que vivir para luchar de nuevo, o toda la tierra estará perdida.

—¿Cómo?

—¿Estás segura?

Ella era la Guerrera de Mona, ella era Boudica, la que trae la victoria, y les estaba pidiendo que se retirasen. En torno a ella notaba la presión de su resistencia. Solo Ardaco estaba con ella. Él conocía los errores de los antepasados mejor que nadie, y confiaba en ella por encima de todos los demás.

—La Guerrera tiene razón. La batalla está perdida, pero no la guerra. Los niños deben vivir lo bastante para que les enseñemos cómo seguir a los dioses —miró a su alrededor en la niebla—. ¿Cómo podemos encontrar una salida?

Nadie respondió. Todos esperaban la palabra de Breaca. Los ojos de Caradoc, clavados en los suyos, eran un mar amplio y tumultuoso. Breaca sintió que se ahogaba en ellos, notó las oleadas de su espíritu buscar los rincones de su ser. Llena de gratitud, le mostró a la anciana abuela y sus ácidas risas, y notó el lecho de roca de su comprensión. A los otros les dijo:

—Estamos rodeados de pantanos y la niebla es un regalo de los dioses para ocultarnos. Si no podemos ver más allá de la punta de nuestras lanzas, tampoco ellos nos verán. Si los que nos quedemos hacemos el ruido suficiente, no os verán partir.

Él cogió el brazo de Airmid como una vez había cogido el de Odras. Qué tontería haber pensado alguna vez que expresaba con su gesto algo más que amistad.

—Ve —le dijo—. Breaca tiene razón. Aquí no podemos ganar nada, salvo una muerte heroica, y para nada, si todos morimos. Partid ahora y llevaos a los niños. Yo procuraré que la línea se mantenga. Las legiones pagarán muy caro cada paso hacia delante que den —volviéndose al otro lado, dedicó a Duborno el saludo del guerrero, la primera vez que hacía tal cosa—. Debes ir con ellos. Los soñadores necesitan la protección de un guerrero. Canta sobre nosotros más tarde.

La sonrisa de Duborno resplandecía entre la niebla. La enemistad de la niñez se disipó entre ellos. Hizo el saludo de mayor honor de los bardos, con los ojos húmedos.

—La canción ya está hecha.

—No.

—No te dejaré.

Airmid y Breaca hablaban a la vez. La voz de Airmid, de tono más agudo, se oía mejor.

—Caradoc, no puedes quedarte. Si Breaca vive, tú debes vivir. El sueño no miente. Y ésta es tu tierra. Solo tú puedes dirigir la salida. Ve con los demás. Los soñadores mantendremos la línea. Para eso hemos vivido.

—¿Cómo? —Breaca se echó a reír desconsoladamente—. Airmid, ¿estás loca? ¿Qué vas a hacer? ¿Echar jarras de fuego a las legiones?

—Macha soñó con la línea, y estaba formada por soñadores.

—¿Quiénes?

Empezaron a pelear la una con la otra, con el sueño, con el tiempo. Las canciones de los trinovantes luchadores se iban haciendo cada vez más débiles, convertidas en chillidos animales de los heridos y moribundos. Breaca leyó el dolor de la traición en los rostros de los que le rodeaban. Boudica no podía abandonar el lugar de su victoria, aunque se encontrara frente a una derrota cierta. Cerró los oídos a la risita de la anciana abuela, alzó la voz y dijo:

—No dejaré este lugar a menos que todos los guerreros que lleven la serpiente-lanza cabalguen conmigo… y también sus soñadores. Si uno se queda, todos nos quedamos.

Eso les decidió. Más de uno deseaba quedarse, si le daban la oportunidad. Los guerreros sonrieron, dándole las gracias, levantaron las armas y se volvieron para enfrentarse al enemigo. Pero aquel plan murió nada más nacer.

—¡No! Iréis adonde se os ha dicho, y cuando se os diga. ¿Creéis que esta niebla es un accidente? ¿Lo creéis de verdad?

Era Macha quien hablaba, de pie en el centro de la línea de soñadores, de espaldas al fuego, de modo que la luz resplandecía roja en torno a ella y su sombra se balanceaba y se proyectaba en picado sobre todos ellos. Su voz procedía de los dioses, y penetraba más allá de los muros de la niebla.

—En los tiempos de César, Onomaris y todos los soñadores llamaron a Manannan, el dios del mar, pidiéndole ayuda. Los dioses oyeron su súplica y enviaron una tormenta que hizo naufragar los barcos de los invasores. De modo que una vez más hemos convocado a Briga y a Nemain para que ayuden a su pueblo, y nos han enviado esta niebla. ¿De qué sirve, si no la usamos para lo que se nos ha dicho?

Caradoc dijo:

—Usaremos la niebla para luchar.

La rabia espoleó aún más a Macha. Su voz fustigó a Caradoc y a todos los guerreros que habían accedido.

—¿Contra cuatro legiones que han vadeado el río? Creo que no. La usaréis para compraros el honor y la gloria, y una muerte fácil. ¿Qué os importan a vosotros los que queden vivos en una tierra sin líderes, sin soñadores, sin guerreros que vayan a la batalla? Sois egoístas, los más egoístas que jamás se ha visto. Los dioses os abandonarán en la muerte —a Breaca, con una voz de absoluto desdén, le dijo—: La anciana abuela entregó las últimas fuerzas de su vida para proporcionarte un sueño de poder incalculable. Es elección tuya si lo dejas a un lado. No esperes que te dé las gracias cuando te reúnas con ella en la tierra de los muertos.

Se apartó del fuego. Las llamas parpadearon y se apagaron. La niebla vaciló y los romanos, al verles, lanzaron vítores. Estaban solo a una docena de tiros de lanza de

distancia, y los trinovantes que les contenían se podían contar en pocos centenares, no miles.

Breaca se colocó junto al fuego. Notaba el muro de calor detrás de ella, y oía los alientos de todos los que la rodeaban. Ardaco levantó su escudo robado como espejo, y ella se vio reflejada en el tachón, con el cabello rojo contra el fondo de fuego rojo y la niebla roja a su alrededor. Sentía frío y dolor por el azote de la lengua de Macha. Levantó el escudo y reforzó su voz como le había enseñado una vez Maroc, para que ostentase toda la autoridad de la Guerrera.

—Macha tiene razón —dijo, con toda claridad—. Los dioses deben ser escuchados. Debemos irnos, tal como se nos ha pedido. Todos los que lleven la serpiente-lanza tomarán los caballos y los niños. Aquellos que lleven el Perro del Sol se quedarán y lucharán. Caradoc dirigirá a los que parten.

La pira siseó como si estuviese devorando madera nueva. La niebla se elevó y escondió las líneas de batalla. Los dioses no podían haber hablado con mayor claridad. Un largo suspiro quejumbroso se escapó de los defensores que esperaban, como el presagio de un duelo, Breaca notó que el peso de su resistencia se disipaba.

Estaba sola y tenía mucho frío. Caradoc le cogió la muñeca como había hecho por la noche e, inclinándose desde su caballo, apretó los labios contra su cabeza. Breaca habría querido hablar, pero las palabras no acudieron a ella. Asintió, con el rostro serio y silencioso, y volvió su caballo hacia el norte. Todos los guerreros que llevaban su marca se volvieron y la siguieron. Al cabo de un centenar de latidos del corazón, el éxodo se había iniciado. Los niños silenciosos y con los ojos como platos fueron elevados hasta las sillas, y sus voces sonaron como juncos susurrando en la niebla, preguntando si les iban a llevar a la lucha. Los caballos que quedaban fueron desatados y los montaron niños o soñadores, dos o tres en cada uno. Hombres y mujeres partieron de la línea de los soñadores. De los icenos solo quedaron Macha y Gunovic. Luain MacCalma se despidió rápidamente de ambos y cabalgó hacia delante, con Caradoc. Lo que tenían que decirse entre ellos ya se lo habían dicho la noche anterior, sabiendo lo que iba a pasar. Todos los que importaban ya lo sabían, al parecer, excepto Breaca. El conocimiento era un cuchillo que penetraba en la carne viva de su corazón. Llevó a su caballo-oso hacia delante, junto a Macha.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —le preguntó.

Macha ya no estaba enfadada. Sus ojos mostraban una paz que no habían conocido desde la muerte de Eburovic. Su rostro era el de Bán, y solo le faltaba su constante expresión de maravilla ante el mundo. Sonriendo, dijo:

—Hace tiempo, ciertamente. Me quedó bien claro por la noche.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Me habrías escuchado? Sé lo que cuesta a un guerrero abandonar el campo de batalla. Tenía que proceder de los dioses para que tú lo creyeras —el caballo-oso hozó en el cuello de Macha. Ella le acarició el hocico, ausente, y levantó sus manos hasta la torques de los icenos, como si el caballo le hubiese recordado su presencia. Se la quitó

y se la tendió a la joven—. Es tuya, como antes fue de tu madre. Llévala con orgullo y cuando llegue el día en que seas libre de tus deberes en Mona y puedas volver con los icenos, gobiérnalos bien y con amor, como lo hizo ella.

Una vez Breaca había pensado en aquella torques como en algo vivo, una serpiente de oro en manos de la anciana abuela. Ahora, la niebla se enroscaba a su alrededor, como un cojín blanco, y la tira metálica yacía en el centro como una espiga tejida. Inclinándose, dejó que Macha la colocase en torno a su cuello. La sensación de recuperar a su madre fue abrumadora, por un momento. Macha lo comprendió y sonrió.

—Lo harás tan bien como ella, si los dioses lo permiten.

El dolor atenazó de nuevo la garganta de Breaca.

—Sois icenos, ambos. No tenéis por qué quedaros. Por favor, venid con nosotros.

Macha movió la cabeza.

—No podemos. ¿Quién crees que está manteniendo la niebla?

La injusticia de aquel hecho dolía mucho, y costaba aceptarlo con calma. Desesperada, Breaca dijo:

—Nuestros dioses no son dioses romanos. No exigen la muerte de nuestro pueblo cómo precio de sus dones.

—Una vida que se entrega libremente no es un pago. Uno al menos debe quedarse para mantener la niebla, igual que Onomaris caminó hacia el mar para mantener la tormenta en tiempos de César. Así hay que hacerlo.

—Lo podría hacer otra persona —Breaca Se volvió y encontró un rostro que conocía: la única soñadora de los trinovantes estaba de pie, no lejos de la pira, moviendo la boca con las invocaciones a los dioses—. Lanis se queda —dijo—. Ella podría mantener la niebla, ¿no?

—No. La traje yo. Y yo tengo que mantenerla.

—Entonces no me voy. Los niños ya están a salvo. Ardaco también.

Estaba cerca, con la mano en la brida de un niño. Breaca estaba a punto de hacer la señal, pero Macha la contuvo.

—No, Breaca. ¿Es que no lo comprendes? No se trata solo de estos niños. También se trata de ti y de Caradoc, y del niño que tú llevas dentro por la última noche, y de otros no concebidos todavía. Se trata de Airmid y Braint, Duborno y Efnís, Gwyddhien y Ardaco y otros, que les cuidarán y educarán. Entre vosotros, todos vosotros, lleváis la semilla del futuro. Si vives hoy, existe la esperanza de que todo lo que somos, todo lo que tenemos (los sueños, los dioses, las canciones del pasado y del presente) pueda sobrevivir. Sin ello, Roma lo destruirá todo y nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos sabrán tan poco de nosotros como nosotros sabemos de los antepasados… menos aún, porque los sueños habrán desaparecido. Será como si nunca hubiésemos existido.

—Eso no puede ocurrir nunca.

—Sí que puede. Si no te vas ahora, ocurrirá. Y aun así, nada es seguro.

Macha hablaba en serio ahora, no enfadada, pero sí insistente.

—Júrame que tú lucharás de todas las formas que puedas. Que escucharás a los dioses para que te guíen y sigan los sueños. Que enseñarás a tus hijos lo mismo.

Breaca puso la mano en la empuñadura de su espada.

—Lo juro.

La niebla se cerraba en torno a ellas. Hacia el norte, se iba tragando a los niños en bocados de diez o doce; soñadores y guerreros de rostro pétreo les seguían. Caradoc les conducía, muy lejos, por delante. Gwyddhien, Duborno y Braint esperaban, calculando la distancia hasta los romanos. Airmid era la última, conduciendo la yegua gris de batalla. *Granizo* corría a sus pies. Gunovic se quedó junto a la brida de Breaca, hablando con su caballo. Ella hizo el saludo del guerrero.

—Gracias por el caballo-oso. Es el mejor que he montado jamás.

Él sonrió, aquel hombre grande como un oso que le había enseñado lo que era galopar con el corazón abierto y luchar para ganar. Dijo:

—Engendrará muy bien si lo cruzas con tu yegua gris… pero solo si te vas ahora mismo y le das la oportunidad. No soportaría que los romanos recogiesen el fruto de cuatro años de trabajo.

—Ya me voy —imperdonable en el campo de batalla: estaba llorando. Cogió el brazo de Macha desde la silla—. Cantaremos tu canción cada invierno, durante mil generaciones. No dejéis que os cojan vivos a ninguno de los dos.

—No ocurrirá tal cosa. Y ahora, vete.

Ella volvió el caballo. A su izquierda, los últimos miembros de la guardia de honor de Togodubno estaban muriendo y la línea legionaria se movía hacia delante, las espadas golpeando contra los escudos, las botas retumbando en el suelo. Les cegaba la niebla e iban despacio, probando cada paso con cuidado. Breaca puso su caballo al trote. Airmid la esperaba con la yegua gris.

Breaca le preguntó:

—¿Podrá correr?

—Sí, si no la cargas. Vamos, debemos darnos prisa… ¡Dioses! Cunomar, no…

Braint estaba a cargo del niño. La profecía de su padre había sido olvidada, o ignorada, y, aunque era el único que llevaba el Perro del Sol, le estaban obligando a partir también. Al principio se negó, pero luego de repente cedió y siguió a la joven guerrera hoscamente, pasando junto a la pira de su padre. Al otro lado, cuando ella se inclinaba para dejar sus lanzas de fuego en el suelo, el niño se soltó de repente, se volvió y, cogiendo una tea ardiendo del fuego, arreó a su poni y se dirigió hacia la niebla.

Se oyó la canción de muerte del Perro del Sol con unas notas muy agudas, sin perder fuerza con la distancia. Al llegar a su clímax, la llama roja manchó la niebla. Un caballo relinchó aterrorizado. Los hombres aullaron, primero sorprendidos y luego llenos de pánico. Un niño murió bajo una docena de espadas. Macha pronunció la invocación a Briga con toda claridad, de modo que pudiese llegar hasta más allá de

la niebla; el sonido de un carrizo con la primera luz de la aurora. La perra *Cygfa* se unió a ella, levantando el morro en el aire húmedo. Junto a ellos, Gunovic empuñó su martillo y colocó el primero de sus venablos de fuego en la pira.

Breaca iba en la cola de una silenciosa fila de guerreros. Caras conocidas aparecían en la niebla ante ella: Airmid y Gwyddhien, Ardaco y Braint, Duborno y Efnís, Luain, que había vuelto para ver que todos hubiesen partido ya, media guardia de honor de Mona, un mar de icenos de manto azul. Ella levantó su escudo y lo mantuvo contra el cielo. Los puños cerrados se elevaron en torno a ella. Airmid señaló al camino entre los pantanos, donde Caradoc encabezaba la marcha hacia la libertad.

—Debemos irnos.

En la pira, el primer ataque de los guerreros enmascaró el sonido de su partida.

# epílogo

Macha.

Estaba allí, con mucha mayor claridad que en las visiones. Bán la veía de pie al lado de Gunovic, el herrero ambulante, y una perra a la que no conocía, junto con Togodubno y Odras y un niño que tenía el rubio cabello de la una y los ojos castaños del otro, y que montaba un pequeño poni gris, sonriendo y lanzando su desafío de batalla. Ella estaba allí en espíritu, como Bán la había visto a lo largo de los seis años pasados, y sin embargo su cuerpo, recién muerto, yacía carbonizado y humeante entre los restos de la pira. El golpe de martillo que la había matado se veía claramente en su cabeza, y el carrizo de plata colgaba en oleadas fundidas sobre su pecho. Gunovic, cuyo martillo, misericordiosamente, había dado el golpe, y cuyas manos, llenas de honor y de dolor, la habían colocado en la pira con la perra a su costado, murió muy cerca bajo las espadas de una docena de legionarios, no sin enviar al doble de ellos, o quizá más, al otro mundo por delante de él. A estos también los veía Bán, pero mucho más débiles, como apariciones, como una vez había visto a su madre y a su hermana, creyendo que ambas estaban muertas, cuando una, al menos, todavía seguía viva.

Bán se dio cuenta de su error y la magnitud de éste poco a poco, y con gran resistencia. No había tomado parte en la sistemática carnicería que representó la batalla de la segunda mañana; eso estaba reservado para la II Legión, un regalo de Aulo Plautio a su comandante Vespasiano para disipar la humillación de la derrota del primer día. Los auxiliares, Bán entre ellos, fueron convocados al otro lado del río después, cuando la niebla empezó a levantarse, para que registraran el campo de batalla en busca de heridos y matasen a todos los enemigos que podían estar allí, fingiéndose muertos, y condujesen a los legionarios heridos de vuelta al otro lado del río para recibir los cuidados de Teófilo y sus ayudantes. Desde el principio, pasando entre las líneas de los caídos trinovantes, los auxiliares habían encontrado los escudos que ostentaban la serpiente-lanza recién pintada y habían reparado en ella: los galos también tenían sus antepasados y conocían sus marcas. Bán fue el único que permaneció silencioso, escudando la mente ante el temor de su corazón, el terror que le asaltó el día anterior en una colina, cuando una guerrera de cabello rojo dirigió la carga en rescate de Caradoc y Togodubno.

Solo cuando encontró la pira, cuando se arrodilló, haciendo arcadas, ante el humo acre que surgía del cuerpo de su madre, cuando miró a la que tan recientemente estuvo viva y ahora yacía, despojada de la mitad de su carne, entre las brasas, cuando levantó la cabeza y vio el alma de su madre, luminosa y radiante ante él, solo entonces los escudos se desintegraron y la verdad le inundó.

—¡Macha!

Gritó su nombre, y no recibió respuesta. En el silencio de los fantasmas que pasaban, Bán lloró como no había llorado en su vida. Un dolor incomparable le desgarraba, era la tormenta de los dioses, que le arrancaba el alma de los cimientos. Corvo quedó olvidado, y todo lo que él representaba. La muerte era su mejor, su única esperanza, su liberación. El cuchillo de su cinturón llevaba la marca del dios halcón, Horus. Fue un regalo de Corvo al principio de los días que pasaron juntos, una promesa y un ofrecimiento que ninguno de los dos esperó que se cumpliese. Los dedos de Bán se cerraron en torno a él, como si solo hubiesen pertenecido a aquel objeto. Dulcemente salió de su vaina y dirigió la punta hacia su pecho. El dolor fue sordo y duro pero no mortal; era el dolor del impacto de un cuchillo de hierro que golpea un medallón de oro macizo y no penetra. Sus dedos, entumecidos, se abrieron, y la sombra de su madre bajó a quitarle el arma de la mano. Ni siquiera en el confinamiento del barco esclavista de Amminio la había visto tan cercana y tan real. Mirando hacia arriba, solo leyó desdén en sus ojos. Su alma gritaba a la de ella: «¡Madre! Quiero reunirme contigo».

«No puedes».

«¿Por qué?».

«Ya lo averiguarás. Lo tienes prohibido. Los dioses te condenan a la vida».

Ella le dejó entonces para unirse a los suyos, y Bán no era uno de ellos. Uno por uno, vio cómo los muertos de las batallas de los dos últimos días (icenos, trinovantes, brigantes, votadinos, coritanos, catuvelaunos, siluros, ordovicos) iban desfilando junto al río, al cuidado de sus dioses. Sus nombres llegaron hasta él igual que sus títulos, sus hazañas y sus amoríos, cada uno de ellos grabado en su mente como si fuera mármol. Al final quedó un vacío, y el conocimiento de que la persona que más buscaba junto a su madre no había pasado. Macha esperaba a un lado, sola. Le sonrió fríamente y observó: «Breaca vive. Tu hermana es Boudica, la que trae la victoria. Con Caradoc, cuida a los niños. Recuérdalo».

Los campos amarillos y verdes del otro mundo la llamaban. Macha se volvió y caminó entre la neblina. Lo último que vio Bán de su madre fue el reflejo de su espalda y el carrizo que volaba en círculos en torno a ella, cantando.

# nota de la autora

Los pueblos británicos de finales de la Edad de Hierro, en la era prerromana, no tenían registros escritos de su historia, sus sueños o sus enseñanzas orales. No tenemos por tanto documentos contemporáneos, excepto los que escribió el enemigo (Roma), con toda la parcialidad política, cultural y social que ello implica. De la mujer que conocemos como Boudica se sabe muy poco, aparte de su papel en los acontecimientos que condujeron a la revuelta del año 60-61 después de Cristo y en los mismos hechos, tal como los registró Tácito. De los años precedentes, particularmente de los acontecimientos que rodearon la invasión de Claudio, solo tenemos el relato incompleto de Dión Cassio, escrito casi dos siglos más tarde. Por lo que respecta al inicio de su vida, no existe testimonio escrito, y por tanto todo lo contenido en estas páginas (la gente, su vida y sus sueños) es pura ficción. En lo posible, he entretejido mis invenciones dentro del marco de la teoría arqueológica contemporánea, pero hay que insistir en el hecho de que esta interpretación del rompecabezas de fragmentos de cerámica, restos de los vertederos, arqueología experimental y teoría numismática es enteramente personal.

De los contemporáneos de Boudica se sabe un poco más: Cunobelin y sus tres hijos se mencionan en las fuentes clásicas, y se pueden inferir algunos detalles de la existencia y extensión de las monedas de la época, aunque solo con las debidas reservas. Se sabe más de Caradoc/Carataco, que era, sin duda alguna, un líder guerrero inteligente y carismático. Webster afirma que «si se puede decir que Cunobeline [*sic*] fue el primer estadista britano, Caratacus [*sic*] fue el primer gran comandante britano»[1].

Otros a los cuales podemos atribuir una autoridad creíble son Beriko (Verica), Beduoc, Cartimandua de los brigantes (su nombre significa «poni elegante»), su consorte Venutio y el conductor de su carro, Vellocato.

En el continente, se sabe que Julio Civilis dirigía una cohorte de auxiliares batavos y que durante una revuelta posterior era conocido y se consideraba a sí mismo amigo del futuro emperador, Vespasiano. Mi suposición de que ambos se conocieron durante la invasión del 43 después de Cristo no está fundamentada, pero tampoco me parece irrazonable.

La tribu que ocupaba las tierras inmediatamente al oeste de los icenos se conoce actualmente como corieltauvos. Sin embargo, y después de pensarlo detenidamente, me ha parecido que para el lector poco familiarizado con la arqueología local ese nombre se puede confundir demasiado fácilmente con los catuvelaunos, que se encontraban más al sur, y por eso, por puras razones editoriales, he usado su título

anterior, los coritanos.

En cuanto a los aspectos romanos de la narración, las fuentes son muchas y diversas. Al investigar el personaje de Cayo/Calígula y los acontecimientos del invierno del 39-40 d. C., he decidido aceptar la interpretación de Anthony Barrett en su obra *Caligula. The Corruption of Power*, en particular en lo que respecta a los acontecimientos, que rodearon a la «rendición» de Amminio.

El personaje de Corvo es totalmente ficticio, pero su carrera militar está basada libremente en la de Atatino Modesto, un comandante citado por John Spaul en su libro *Ala*[2] cuya carrera empezó en tiempos de Augusto en el Ala II Gallorum y continuó a lo largo de dieciséis años en la Legio X Gemina.

Finalmente, por parte de los romanos, he seguido la descripción que hace Webster de Galba como L. Sulpicio Galba, siguiendo la observación de Suetonio de que no tomó el nombre de Servio hasta que llegó al trono, el año de los cuatro emperadores.

Los detalles de la invasión también son motivo de controversia entre los arqueólogos. Dión bosqueja dos batallas, ambas junto a un río, pero no nos da el número exacto de legiones que tomaron parte o la ubicación geográfica de los desembarcos, cuando estos datos son vitales para comprender los acontecimientos de este período. A partir de un estudio de registros militares en el período posterior a la invasión, se acepta, de forma general, que tomaron parte cuatro legiones más sus auxiliares y cohortes: un total de alrededor de cuarenta mil hombres armados, dos veces más de los que César llevó en los años 55 y 54 a. C. Los cálculos más ajustados indican que se requerían mil barcos para transportarlos desde el continente, alrededor de diez veces más de los que intervinieron en la Armada Invencible.

En el momento de escribir este relato, existen dos teorías sobre el lugar exacto de los desembarcos. La primera es que desembarcaron en Richborough, en Kent (la geografía de la línea de la costa era algo diferente a la que existe hoy en día) y fueron hacia el oeste para reunirse con las fuerzas nativas, primero en el Medway y luego en el Támesis. Esta teoría se ve respaldada por el hecho de que el lugar de desembarco es una travesía de seis horas desde Boulogne (la ruta más corta posible) y hay pruebas arqueológicas de actividad militar romana, que se ha datado en torno al tiempo dé la invasión. Este lugar de desembarco tenía la ventaja de estar muy cerca del Támesis y del territorio trinovante, ambos de importancia estratégica vital.

La segunda teoría sitúa el desembarco de los invasores en la costa sur, en Fishbourne o cerca, y esta teoría se ve apoyada por el hecho de que la excusa romana para la invasión era devolver a Beriko (Verica) de los atrebates a su reino natal. Esto daba a la invasión la ventaja de un desembarco en territorio amigo, y acceso a comida, agua y combustible, mientras establecían bases. Contra ella se halla el hecho de que la travesía desde Boulogne cuesta veinte horas, y debe efectuarse con dos mareas en contra.

Para el novelista que debía construir una realidad ficticia era necesario siempre

elegir entre una u otra teoría, hasta que un artículo publicado por Black[3], examinando otras fuentes clásicas, propuso una tercera teoría: que tuvieron lugar dos desembarcos distintos, uno en cada ubicación. Es bastante improbable que algún día lleguemos a desvelar esta incógnita, pero, dada la pesadilla logística que suponía desembarcar mil barcos en un solo lugar, esta tercera teoría me parece mucho más sensata que cualquiera de las otras dos, y es la opción que he elegido al final. Ustedes, por supuesto, son libres de imaginarla alternativa que quieran, igual que con todo lo demás.

# Bibliografía

**BARRETT, ANTHONY**, *Caligula-The Corruption of Power*, Routledge, 1993.

**CAMPBELL, BRIAN**, *The Roman Army 31BC-AD 337*, Routledge, 1994.

**CHEESEMAN, G. L.,** *The Auxilia of the Roman Imperial Army*, Ares Publishers Inc., 1975.

**CRUMMY, PHILIP**, *City of Victory: The Story of Colchester Britain's First Roman Town*, Colchester Archaeological Trust, 1977.

**CUNLIFFE, BARRY**, *The Ancient Celts*, Oxford University Press, 1997.

**DIXON, KAREN R y SOUTHERN, PAT**, *The Roman Cavalry*, Routledge, 1997.

**GILLIVER, C. M.**, *The Roman Art of War*, Tempus Publishing Ltd., 1999.

**GOLDSWORTHY, ADRIAN KEITH**, *The Roman Army at War, 100 BC-AD 200*, Oxford University Press, 1996.

**HYLAND, ANN**, *Training the Roman Cavalry*, Alan Sutton Publishing Ltd., 1993.

**LE BOHEC, YANN**, *The Imperial Roman Army*, B. T. Batsford Ltd., 1994.

**MACKILLIP, JAMES**, *The Dictionary of Celtic Mythology*, Oxford University Press, 1998.

**O'HOGAIN, DAITHI**, *Celtic Warriors. The armies of one of the first great peoples in Europe*, Pegasus Publications Ltd., 1999.

**PEDDIE, JOHN**, *The Roman War Machine*, Alan Sutton Publishing Ltd., 1994.

**REES, ALWYN and BRINLEY**, *Celtic Heritage. Ancient Tradition in Ireland and Wales*, Thames & Hudson Ltd., 1961.

**SALWAY, PETER**, *A History of Roman Britain*, Oxford University Press, 1993.

**SHIRLEY, ELIZABETH**, *Building a Roman Legionary fortress*, Tempus Publishing Ltd., 2001.

**SPAUL, JOHN E. H.**, *Ala. The Auxiliary Cavalry Units of the Pre-Diocletianic Imperial Roman Army*, Nectoreca Press, 1984, edición revisada, 2000.

**SPAUL, JOHN E. H.**, *Cohors. The evidence for and a short history of the auxiliary 541 infantry units of the Imperial Roman Army*, BAR International Series 841, 2000.

**WEBSTER**, *The Roman Invasión of Britain*, Routledge, 1993.

**WEBSTER**, *Rome against Caratacus. The Roma. Campaigns in Britain AD 48-58*, Routledge, 1993.

**WEBSTER, GRAHAM**, *Boudica, the British Revolt against Rome AD 60*,

Routledge, 1993.
**WEBSTER, GRAHAM,** *The Roman Imperial Army*, A&C Black, 1997.
**WOOLF, GREG,** *Becoming Roman. The Origins of Provincia. Civilisation in Gaul*, Cambridge University Press, 1998.
**WOOLLISCROFT, D. I.,** *Roman Military Signalling*, Tempus, 2001.

# Notas

[1] Graham Webster, *The Roman Invasion of Britain*, Routledge, 1999. <<

[2] John E. H. Spaul, *Ala. The Auxiliary Cavalry Units of the PreDioclelianic Imperial Roman* Army, Nectoreca Press, 1984, 2000.f <<

[3] E, W. Black, «Sentius Saturninus and the invasion of Britain», Britannia, 31 (2000), pp. 1-10. <<